

Selección RNR

Noches perdidas

MINA VERA



Romance Histórico

NOCHES PERDIDAS

Mina Vera



1.^a edición: marzo, 2015

© 2015 by Mina Vera

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona

(España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 9376-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-079-6

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución

de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Alberto,
mi luz en la oscuridad.*

You see everything, you see every
part.

You see all my light and you love my
dark.

Everything

Alanis Morissette

Ves todo, ves cada parte

Ves toda mi luz y amas mi oscuridad.

Todo

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Prólogo

Zaragoza, septiembre de 1858

Una enérgica ráfaga de viento agitó las ramas del viejo sauce. El murmullo del follaje se convirtió en una melodía que comenzaba en lo alto de su copa y culminaba en las últimas hojas, las que acariciaban las frescas aguas del Ebro. Y allí, a la orilla del río y al cobijo de la sombra del majestuoso árbol, Alejandro y Verónica jugaron la que sería su última partida de ajedrez de ese verano. Tal vez la última en muchos años.

Estaban tumbados frente a frente, apoyados en los codos y en silencio, solo mirándose el uno al otro por encima del tablero tras cada movimiento. Como en los otros juegos que habían compartido durante más de dos meses, la niña se mostraba

competitiva, una digna rival. Y creativa, una inigualable compañera de diversiones infantiles. No importaba que tuviera solo siete años y Alejandro estuviera a punto de cumplir los doce; ella le había exigido que no le concediera ningún tipo de ventaja. Si ganaba, quería hacerlo por sus propios méritos. Ya lo había conseguido en varias ocasiones, aunque ni una sola al ajedrez.

Por eso, cuando Alejandro movió la torre negra en lugar del alfil con el que haría jaque mate y no solo jaque a su rey blanco, ella levantó una ceja y lo miró con aquellos profundos ojos color violeta que hablaban por sí solos. Antes de terminar el movimiento, Alejandro arrugó la nariz como si hubiera recibido una colleja. Las tenues pecas que le cubrían esa parte del rostro se acercaron unas a otras, de aquella forma que tanto le gustaba a la niña. Aunque lo que más le gustaba de él era que compitiera limpiamente con ella, de igual a igual.

Y así lo hizo cuando eligió la ficha correcta para hacer el movimiento acertado, dando por concluido el juego.

—Tengo un regalo para ti. —Emocionada ante sus palabras, Verónica se incorporó y se puso de rodillas a la vez que él, observando cómo su amigo sacaba un papel del bolsillo interior de la chaqueta—. Lo he hecho yo.

—¿Es uno de tus dibujos? —preguntó impaciente, antes de abrirlo.

Lo había deducido nada más ver el papel, porque Alejandro se había pasado medio verano dibujando. De todo. La casa desde el jardín, el jardín desde la casa, los caballos en el establo, o el río desde diferentes ángulos. Y lo hacía francamente bien.

—El mejor de mis dibujos —matizó—. Para que te acuerdes de mí.

Verónica abrió el papel doblado por la mitad, y

lo que encontró no fue lo que había esperado. Jamás le había visto haciendo un retrato. Y ella nunca había posado para él. ¿Cómo podía haberla dibujado con tanto detalle y tan fielmente?

—¿Te gusta? —su tono reflejaba su inseguridad.

Le gustaba dibujar, incluso creía hacerlo decentemente. Y a pesar de que no escondía sus obras, nunca había hecho una expresamente para alguien. Podía ser muy poca cosa como regalo, pensó de pronto.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca. —Su sonrisa infantil era radiante y, como siempre, contagiosa—. Deberías dedicarte a esto. Tienes mucho talento.

—Me gustaría. Aunque mi padre quiere que empiece a interesarme por sus negocios. Supongo que pintaré solo en mis ratos libres.

—Lo entiendo. Yo también quiero trabajar con

mi padre algún día, aunque él dice que las mujeres debemos dedicarnos a otras cosas, ya sabes: los hijos, la casa y todo eso. Pero nunca dejes de pintar. Si es lo que realmente te gusta, no dejes de hacerlo.

El muchacho le sonrió y ella le devolvió la sonrisa con gran alegría, a pesar de que se sentía triste por la marcha del mejor amigo varón que había tenido nunca. De pronto se dio cuenta de que no tenía nada que darle a él; no se le había ocurrido hacerle ningún regalo de despedida. Mirando el precioso dibujo con culpabilidad, fijó la vista en las coletas que Alejandro había trazado recogiendo su pelo y que, ese día como tantos otros, también llevaba.

—Toma. Para que tú también me recuerdes.

Se soltó uno de los lazos blancos, casi transparentes, que decoraban sus dorados rizos y, cogiendo la mano de Alejandro, se lo anudó a la

muñeca.

—Alejandro, tenemos que irnos ya.

Desde la casa oyeron la voz de Fernando, que estaba junto al carruaje, acompañado de Arturo. Con pesar, ambos niños se levantaron y corrieron hacia sus padres.

Fernando y Arturo contemplaron a sus hijos juntos una vez más. Estaban riendo y mirándose el uno al otro en lo que era una carrera en toda regla. En ese preciso momento, ambos hombres —viudos desde que sus hijos habían nacido— pensaron lo mismo y a la vez.

—¿Crees que podríamos decírselo ahora?

—Creo que es el momento perfecto.

Los niños llegaron casi simultáneamente, y sin aliento, a la entrada de la casa, y sus padres les rodearon por el hombro para explicarles algo importante:

—¿Lo habéis pasado bien estas vacaciones? —

les preguntó Fernando, acariciando el cobrizo pelo de su hijo.

Ambos asintieron sonrientes, pero con un raro dolor en el estómago que les provocaba solo pensar en decir adiós.

—Nos alegra que hayáis hecho tan buenas migas, porque hay algo que debéis saber.

Arturo les explicó la promesa que él y Fernando habían pronunciado ante la tumba de su mujer. La promesa de que sus hijos no se quedarían solos cuando ellos dejaran este mundo.

—Prometimos que si, a nuestra muerte, ninguno de los dos había encontrado con quién compartir su vida, cuidaríais el uno del otro.

Hubo un silencio en el que ninguno de los niños dijo nada, a pesar de que sus padres ansiaban conocer su reacción.

—¿Se refiere a que Verónica y yo nos casaremos, *Monsieur* Arturo? —Alejandro estaba

tan confuso ante las ambiguas palabras, que olvidó controlar su acento francés y las solemnes formas de su buena educación.

—Sí. Exactamente.

El muchacho parpadeó y miró a Verónica, quien solo sonreía y parecía estar asimilándolo aún, como él. Se dijo que era comprensible que ambos progenitores hubieran ideado algo así. Ellos habían enviudado y no habían vuelto a casarse. Como su propio padre, Arturo debía de sentirse muy solo. Sabía que los hombres necesitaban la compañía de las mujeres cuando se hacían mayores. Teniendo en cuenta los matrimonios que él conocía, los cuales, salvo contadas excepciones, no parecían tener nada en común, pensó que casarse con Verónica no estaría nada mal. Se divertirían. Si tenía que pasar toda su vida con la misma mujer, bien podía ser ella.

—Tendremos muchos hijos. —Tras pensar en

ello un largo rato, e imaginando lo que sería ser mayor y estar casada con su buen amigo Alejandro, la niña había llegado a la rápida conclusión de que la idea era estupenda—. Tendrán tus pecas y mis ojos.

Los hombres rieron cuando Alejandro se rascó la nariz.

—Mejor solo lo segundo —alegó él, mientras Fernando abrazaba a la niña y después a Arturo para despedirse de ellos.

Verónica también abrazó con fuerza a Alejandro y se llevó su dibujo al pecho. Él se rodeó una muñeca con la mano y le dio un beso en la mejilla antes de subir al carruaje y despedirse desde la ventana, agitando su mano, en la que ella pudo ver asomar el lazo bajo la manga.

Arturo, con su hija delante de él, se despidió del que había sido su mejor amigo desde la infancia. Por desgracia, hacía años que vivía en el

país vecino, haciendo imposible verse tan a menudo como quisieran. Acarició la cabeza de su hija, feliz de que ambos hubieran aceptado la sagrada promesa de sus padres. En la caricia notó que solo llevaba un lazo.

—Has perdido uno de tus lazos. Y eran tus favoritos.

—No lo he perdido. Se lo he regalado a Alejandro. Para que no me olvide. Y él me ha regalado esto.

La niña le mostró el dibujo, y al hombre se le encogió el corazón. Había sabido reflejar el espíritu de su hija, en unas cuantas líneas a carboncillo, de la más maravillosa de las formas.

—Es precioso. Como tú.

Antes de que Arturo pudiera cogerlo para verlo mejor, una ráfaga de viento arrancó el papel de las manos de Verónica, arrastrándolo por el suelo para volver a levantarlo en una especie de remolino que

lo llevó hasta el río, sin que ninguno de ellos pudiera evitarlo.

—¡Papá, mi dibujo!

Arturo buscó por el suelo alguna rama larga con que alcanzarlo, pero la corriente ya lo había arrastrado río abajo.

—No pasa nada, cariño. Lo tienes grabado aquí —le dijo, tocándole la frente—. Y lo que es más importante, aquí —le indicó, señalándole el pecho a la altura del corazón.

Contemplando cómo el pedazo de papel se perdía entre las aguas, Verónica pensó que, por suerte, ella había atado el lazo a la muñeca de Alejandro, tal como su padre le había enseñado a atarse los cordones de los zapatos. Nudo, lazada, nudo. Él no perdería su regalo tan fácilmente. Así que ahí tenían un nuevo reto, pensó entusiasmada.

El regalo de él había sido más personal, realizado con su propio esfuerzo y talento. Pero el

viento se lo había robado, convirtiéndolo en algo efímero, que solo se mantendría vivo en su memoria. Y en su corazón. En cambio, ella había anudado su regalo bien fuerte a él. Como casi siempre, él jugaría con ventaja, pero ¿quién de los dos ganaría finalmente el juego de recordar mejor al otro?

Capítulo 1

Zaragoza, septiembre de 1872

Con un ágil salto, Alejandro Zaldívar se apeó del vagón en la Estación del Campo Sepulcro en cuanto la locomotora silbó, anunciando la llegada a su destino. Aunque el ejercicio regular lo mantenía en forma, todo su cuerpo se resintió tras otro largo viaje en tren. Por mucho que, tanto la construcción de la red ferroviaria de media Europa como la fabricación de las más modernas locomotoras, fueran dos de sus más importantes inversiones, debía reconocer que no era un transporte tan apetecible cuando lo que uno quería era disfrutar de su hogar después de tres meses de viaje. En cuanto hubo rehecho una de sus maletas, se puso en marcha otra vez. La carta que llevaba

semanas en su escritorio así lo exigía.

Tenía algunos recuerdos imborrables de la ciudad de Zaragoza, como los incansables lugareños paseando por sus calles, la casi perfecta elipse que estas dibujaban, dando tan geométrica forma a la ciudad, rodeada por las *torres*, los edificios de los campos circundantes, cerca de los cuales se encontraba el palacete a donde él se dirigía. Hacía mucho tiempo, cuando era tan solo un niño, había pasado allí un verano inolvidable: el más divertido de su infancia.

Siempre lo había tenido todo —o casi todo—, pues no había llegado a conocer a su madre, y eso era algo por lo que habría cambiado todas sus posesiones. Tener el nivel económico que le generaban los fructíferos negocios de su padre, y la posición social que heredaba generación tras generación la familia de su madre, le había permitido pasar las vacaciones escolares en

diferentes ciudades de Europa y Asia.

Pero ninguno había vuelto a ser como aquel verano que pasó jugando, entre campos y calles a medio adoquinar, con aquella niña de extraños ojos color violeta. En tan solo tres meses llegó a considerarla una amiga del alma. Y nunca había vuelto a tener una relación de amistad de tal magnitud con ninguna otra mujer, fuese niña o adulta.

Mientras se abría paso entre los viajeros, con un escaso equipaje de mano, recordó con nostalgia cómo su padre lo regañó hasta el mismísimo día de su muerte por no tomar a ninguna mujer en serio. Para él, todas eran un juego, un flirteo. Tal vez por ese motivo le hizo jurar, por su propia alma, que haría de Verónica su esposa si así se lo solicitaba Arturo, tal como habían pactado cuando ambos implicados aún eran solo unos críos. Y si ella estuviera casada cuando la muerte decidiera

llevarse a su querido amigo, debía asegurarse de que su hija fuera feliz y de que nunca le faltara nada.

La carta de Arturo lo había tomado por sorpresa a su vuelta a Orleans, después de pasar en Italia un verano memorable junto a sus compañeros de Arte y Arquitectura de La Sorbona. Habían celebrado el final de sus estudios recorriendo el artístico país mediterráneo, y practicando lo que más les apasionaba: la pintura.

La misiva había llegado a su casa casi un mes antes que él. Tenía la esperanza de encontrar aún con vida a Arturo para que, si realmente estaba tan enfermo que no hubiera ya nada que pudiera hacerse por él, muriera en paz sabiendo que, efectivamente, Alejandro iba a cumplir su promesa. Se lo debía a Fernando, su padre, y a sí mismo. Era un hombre de palabra como él y, estuviera donde estuviera el alma de su progenitor,

se lo iba a demostrar.

Después de todo, si había podido congeniar con Verónica siendo niños, no podía ser tan terrible ser esposos, aunque fuera de forma convenida y sin amor. Esperaba que la amistad resurgiera y que, por lo menos, pudieran llevarse bien.

Realmente dudaba de que Verónica se acordara de él; solo tenía siete años cuando se conocieron. Él tenía once, y aún recordaba aquel verano con cariño, aunque muchos detalles empezaban a perderse en los rincones de su mente. A pesar de todo, esperaba que algo de aquellos meses perdurara en los recuerdos de la joven, para que su repentina boda no le causara un impacto aún más grande que la muerte de la única persona que le quedaba en el mundo.

Cuando hizo aquella promesa, junto al lecho de su padre, no creyó que aquel pacto fuera tan serio; y hasta la llegada de la carta de Arturo, había

dudado de que algún día llegara a verse obligado a cumplir aquella promesa.

Pero ya estaba allí y no había vuelta atrás.

Ya en el Paseo de la Independencia, del cual no habría recordado el nombre si no hubiera sido porque ahora todas las calles se encontraban rotuladas en negro sobre una baldosa blanca, se preguntó cuántas cosas de la ciudad habían cambiado, y si sería capaz de percibir dichos cambios.

Por lo pronto, no podía recordar si aquellas farolas de reverbero, instaladas a lo largo del Paseo, habían estado hacía catorce años o no. Y ese pensamiento lo llevó a otro que lo inquietó ligeramente. Se preguntó si reconocería a Verónica cuando la viera. La recordaba como una niña preciosa y adorable, y según aseguraba Arturo en su carta, su belleza había cautivado a muchos hombres. Aunque también mencionaba que el

carácter de su hija había empeorado a raíz de su enfermedad. Eso era comprensible, pensó Alejandro. Él también había sufrido mucho, y se había enfadado con el mundo, tras la muerte de su propio padre hacía ya ocho años.

Pero era, sobre todo, una de las frases de la carta que había leído innumerables veces a lo largo del viaje la que le rondaba por la cabeza y le preocupaba sobremanera. Según palabras textuales de Arturo: ella se había encargado de desinteresar a sus pretendientes. ¿Cómo lo había hecho? Sí recordaba la increíble imaginación de Verónica en los juegos que habían compartido de niños, pero no podía adivinar de qué artimañas se había servido para alejar a tantos hombres. Tampoco entendía por qué había desconfiado de todos. Alguno de ellos debía de tener buenas intenciones.

El rechazo era una posibilidad que no había contemplado. Aunque solo fuera por no quedar

desamparada y en la calle, Verónica debería aceptarlo. No dejar morir a su padre con remordimientos sería, en todo caso, lo que la llevaría a decir «sí quiero» ante el sacerdote, e irse a vivir a Orleans con él. Mirase por donde mirase la situación, se aseguró Alejandro a sí mismo, él era su único recurso.

En cuanto acabó de dar clase de Aritmética a los alumnos de tercer curso, Verónica Aranda recogió sus escasas pertenencias y se dirigió, a toda velocidad, al centro de la ciudad. El boticario le había advertido que tan solo lo encontraría hasta mediodía en su laboratorio, pues estaría todo el fin de semana de viaje. Ella no podía esperar hasta el lunes para conseguir las medicinas de su padre. Estaba en la agonía de su enfermedad, y los dolores eran cada vez más intensos. Si se daba

prisa, aún encontraría al Licenciado Bermejo allí, y podría conseguir los calmantes.

Llevaba saltándose el almuerzo varios días, lo que sumado a la paga semanal, sería suficiente para las dosis de siete días, y aún le sobraría para comprar algo de pan, fruta y leche. La carne y el pescado eran lujos que solo se podían permitir un par de veces a la semana, con suerte.

Le dolía el alma cada vez que pensaba en el momento de la inminente muerte de su padre. Desde hacía tres años, convivía con el terrible cargo de conciencia de no haber nacido varón para que él hubiera aceptado enseñarle a manejar sus negocios, y así salvar su fortuna. En lugar de ello, había forjado su formación académica en caros colegios en el extranjero, logrando el grado de bachiller que en España no podría haber alcanzado.

A Verónica siempre la había indignado que, en

su país, la educación de la mujer se limitara a lo más básico para ejercer correctamente el papel que la sociedad, y sobre todo la Iglesia, quería darle: ser buena madre y buena esposa. En cambio, durante las lujosas vacaciones que había disfrutado en sus veranos de adolescencia, con la familia de su amiga Úrsula, había visto mujeres trabajando como doctoras, entre otras profesiones que en su país no parecía posible que una mujer desempeñara.

Algún día —se dijo por aquel entonces— iré a la universidad y le demostraré a este mundo de hombres que las mujeres somos perfectamente capaces de ejercer cualquier profesión, tan bien o incluso mejor que ellos.

Con aquel objetivo obcecándola, había estudiado con ahínco y había estado abierta a todo lo que pudiera aprender en sus viajes, permaneciendo alejada inconscientemente de los

problemas de salud y dinero de su padre. Tanto, que lo había ignorado por completo hasta que los embargos estallaron en sus narices, y la continuidad de sus estudios se convirtió en una quimera, viéndose sustituida por una profesión escasamente remunerada que apenas les daba para subsistir, si bien ella disfrutaba del trabajo de maestra como jamás llegó a imaginar.

El único consuelo que había encontrado en su día a día, eran los adorables niños a los que instruía y quienes, a su vez, le aportaban el cariño que ni siquiera su padre podía darle ya, debido a su precario estado de salud.

A ella no le importaba vivir humildemente, solo anhelaba reunir la cantidad suficiente para comprar un ataúd y colocarlo junto al nicho de su madre, en lugar de tener que abrir el de ella para depositar el cuerpo sin vida de su esposo. Solo de pensarlo se le revolvían las entrañas.

Otra culpa más rondaba su ya torturada mente al recordar la cantidad de hombres interesados en casarse con ella que había tenido que rechazar. Verónica habría aceptado a cualquiera de ellos, si eso hubiera salvado la vida de su padre. Pero solo eran lobos con piel de cordero que aún veían en las empresas Aranda una buena inversión. Casándose con la heredera, y pagando unas cuantas deudas, levantarían en pocos meses el negocio en crisis.

Sin embargo la avaricia encubierta con la excusa de que habían sido cautivados por su belleza, pronto salió a la luz. Cuando las empresas fueron embargadas, se acabaron las ofertas de matrimonio. Todas, menos una: la que Verónica trataba de olvidar por encima de las demás.

La certeza del carácter interesado de aquellas proposiciones era lo único que amortiguaba ligeramente la culpa que sentía al ver agonizar a su

padre. En el fondo, había hecho bien en mostrarse arisca e insoportable con todos ellos, a pesar de los sermones de su padre. «Así no se comporta una señorita...», eran las primeras palabras antes del rapapolvo por haber espantado a un pretendiente más con sus gritos, o lanzándole algún que otro jarrón. La excusa más habitual que le daban a Arturo, para retractarse de su oferta matrimonial, era que estaba loca y lo más conveniente era encerrarla en un centro mental... *Pobres patanes*, se dijo para sí, y empujó con escasa fuerza la puerta de la botica.

Eran ya las dos de la tarde cuando Alejandro montó en el carruaje, hacia la mansión de los Aranda. Bruno, el primer cochero que encontró tras recorrer varias manzanas, no tuvo ningún problema en reconocer el apellido, y le aseguró

que estarían allí en menos de veinte minutos.

Durante el camino, Alejandro recordó la cara de asombro del joven cuando le indicó a dónde se dirigía. Bruno lo había mirado de arriba abajo antes de aceptar llevarlo hasta allí. Su aspecto o vestimenta podían resultar extraños, o tal vez fuera su forma de hablar, pensó. Su padre le había enseñado desde niño su idioma natal, aunque quizá su acento francés fuera más marcado de lo que pensaba.

Estaba concentrado en el paisaje que se divisaba por la ventanilla izquierda, pensando en su siguiente lienzo, cuando notó cómo el carruaje viraba bruscamente hacia aquel lado pero, aun así, algo chocaba contra el lateral derecho de la cabina. Se detuvieron en seco, y Alejandro se asomó por la derecha para ver el origen del impacto.

Cuando vio a una joven, tirada en la cuneta,

salió como alma que lleva el diablo a comprobar su estado. No parecía que la hubieran atropellado, más bien había sido un choque lateral que la lanzó a un lado del camino. El cochero también se acercó y, en cuanto giraron el cuerpo yacente de forma que pudieran verle el rostro, Bruno cayó sentado sobre el suelo, balbuceando:

—Es...es...ella.

Alejandro no entendía a quién se refería, así que lo ignoró e intentó despertar a la muchacha.

—Despierte, *Mademoiselle* —le dijo repetidamente mientras le daba palmaditas en ambos carrillos. Pero la joven no abría los ojos, así que decidió cogerla en brazos y llevarla al carruaje para dirigirse urgentemente al centro de la ciudad.

—Bruno, coge los paquetes que llevaba y mételo todo en el carruaje. Vamos a buscar a un médico —le indicó mientras cargaba con la joven

hasta el coche.

—Como ordene, señor. Pero está casi todo echado a perder. Parecen medicinas, y los frascos están rotos. —El hombre recogió unas frutas y varios frascos, cuyo líquido no se había derramado, y los depositó en el asiento—. De todos modos, casi hemos llegado a su casa, y tal vez fuera mejor acostarla allí e ir después en busca de un médico.

—¿Cómo que a su casa?

—A casa de los Aranda. ¿Acaso no conoce a la hija de Arturo Aranda? Es allí adonde quería ir, ¿o no? —Al ver que no le respondía, cerró la puerta y se puso en marcha rumbo a las afueras—. A su casa, entonces —dijo para sí mismo.

Alejandro se quedó helado. No podía creer que hubieran ido a chocar, precisamente, contra su futura esposa. No podía haber empezado con peor pie su relación. Eso, siempre y cuando Verónica

despertara. Su padre debía de estar revolviéndose en su tumba.

Miró a la joven que yacía inconsciente entre sus brazos. Parecía que aún respiraba. Estaba extremadamente delgada y pálida. No tenía nada que ver con aquella niña rellenita, de carrillos sonrosados, que él recordaba. Tan solo sus cabellos dorados, ahora alborotados y manchados de tierra por la caída, podían hacerla parecerse, en algo, a la Verónica de sus recuerdos.

—¿Dónde estoy? —murmuró desde su regazo, abriendo lentamente sus inconfundibles ojos color violeta. Era ella, sin duda.

—*Mademoiselle*, ha sido un accidente: hemos chocado contra usted en el camino. No se preocupe, estamos muy cerca de su casa, y en cuanto la haya acostado buscaré a un médico.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe dónde vivo? ¡Suélteme! —Se zafó de su abrazo y se sentó frente

a él, mirándolo con miedo en los ojos: un miedo que se convirtió en odio cuando vio las pocas frutas y un par de frascos que habían salido vivos del accidente.

—¿Dónde está el resto de mis cosas? —gritó enfurecida, haciendo recuento de los pequeños botecitos de cristal.

—Se han roto con el golpe, esto es todo lo que hemos podido recuperar.

—¡No! ¡Es la medicina de mi padre! Tengo que ir a buscarla. —Abrió la puerta e intentó saltar del carruaje en marcha. Alejandro tuvo que agarrarla con todas sus fuerzas para volver a meterla dentro y conseguir calmarla. Estaba como loca.

—No se preocupe, yo le repondré todo lo que falte. Es más, la recompensaré con el doble de lo que le hemos roto. Ahora tiene que calmarse y recuperarse del golpe. ¿Cómo se encuentra?

—No, eso no importa. Usted no lo entiende.

Solo con esto, mi padre no llegará al lunes, y no habrá más medicinas hasta entonces. ¡Tengo que recuperarlas!

Intentó soltarse, pero estaba demasiado débil para luchar contra él, quien intentó tranquilizarla y comprobar los daños que había sufrido.

—Está bien, yo mismo iré al lugar del accidente y cogeré cada uno de los frascos que encuentre. Aun así, conseguiré más medicinas antes del lunes, le doy mi palabra. —La muchacha lo miró, desconfiada, con los ojos entrecerrados y cara de sospecha—. Déjeme ver la gravedad de sus heridas, para poder informar al médico cuando vaya a buscarlo.

—No se moleste. Estoy perfectamente, solo algo mareada. En cuanto me deje en mi casa, vaya a por las medicinas que ha abandonado en el camino. Después de traérmelas puede marcharse, no necesito ningún médico, ni nada más de usted.

Alejandro quedó sorprendido por la frialdad de sus palabras, y el orgullo con que rechazaba cualquier clase de ayuda por su parte, más allá de lo que consideraba que estaba obligado a devolverle. Si no fuera por aquellos inconfundibles ojos, habría jurado que se trataba de la hija de otro Arturo Aranda, distinto al que fuera amigo de su padre.

—Ya hemos llegado —gritó el cochero al mismo tiempo que se detenían.

—Vaya a por mis medicinas, antes de que las destrocen las ruedas de otros carruajes —ordenó la muchacha, recogiendo en su falda sus pertenencias. Bajó del coche y dio un portazo antes de que él pudiera salir detrás de ella.

—Espere, *Mademoiselle*, tengo que hablar con usted sobre... —No pudo terminar la frase. El cochero había emprendido de nuevo la marcha, en respuesta a las acusaciones de Verónica.

—¿A qué esperas, Bruno? ¿No has tenido suficiente con atropellarme, que también pretendes dejar morir a mi padre? ¡En marcha!

Cuando por fin oyó abrirse la puerta, Arturo pudo respirar tranquilo. Verónica nunca se ausentaba de su lado más de lo estrictamente necesario para trabajar y comprar comida y medicinas. Él había gastado sus últimas fuerzas, llamándola a gritos, en el instante en que sintió una punzada en el pecho: algo que lo advertía de que algo malo había ocurrido.

—¡Padre! —exclamó ella al verlo incorporado en la cama, y más pálido aún de lo que lo había dejado esa misma mañana—. Túmbese, no debe hacer esfuerzos —le instó mientras ahuecaba las almohadas y lo obligaba a apoyarse en ellas.

—¡Estás aquí! Hija mía, estaba tan preocupado.

La furia superó al miedo solo de pensar que su padre hubiese empeorado por preocuparse por ella. ¡Maldito hombre, entrometido y patoso! Si no hubiera sido por él, y el aún más torpe de Bruno, su padre no estaría así.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Y por qué llevas el pelo alborotado y lleno de...? —La tos cortó sus débiles palabras.

—Padre, no se preocupe, estoy bien. Tenga, beba un poco de agua.

El hombre dio un sorbo y se atragantó. Tras unos segundos tosiendo, que fueron eternos para ella, se recostó y cerró los ojos, tratando de acompasar el ritmo de la respiración.

—Descanse, padre, que yo me quedo aquí, a su lado.

Verónica acercó la silla en la que tantas noches había dormido, aquellas noches en que su padre respiraba tan ruidosamente que ella era capaz de

oírlo desde su cuarto, y prefería quedarse a su lado, velándolo, por si alguno de esos silbidos acababa siendo su último suspiro.

Permaneció sentada, en silencio, sosteniéndole la mano, rezando a su madre para que velara por él en los momentos en que ella no podía acompañarlo.

Cuando Arturo no se movió, tras dos golpes secos de la aldaba, Verónica confirmó que se había dormido. Se levantó de su silla y corrió hacia la puerta, tras la cual ya sabía a quién iba a encontrar. Lo que no esperaba era encontrarlo con una maleta en la mano. Y sin un carruaje a sus espaldas.

—¿Dónde está Bruno?

—Le he encargado que vaya a hacer algunas compras, a otra ciudad si es necesario. Ya le dije antes que pensaba recompensarla por los daños y las pérdidas que se han derivado de este

desafortunado accidente. Vuelvo a pedirle mis más sinceras disculpas.

Alejandro le tendió un pañuelo con unos pocos frascos que solo habían sufrido rasgaduras y aún conservaban el líquido intacto. Lo único que había podido recuperar en el camino.

—Muy bien —aceptó Verónica, al ver que iba a necesitar las medicinas que trajera Bruno—. Acepto sus disculpas y su compensación. Ahora ya puede marcharse por donde ha venido.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, Alejandro adelantó un pie, deteniendo su movimiento.

—La verdad es que, incidente aparte, es aquí adonde me dirigía.

Verónica volvió a mirar su maleta. ¿Equipaje para pocos días... o artículos de venta? No, ese hombre no tenía aspecto de viajante, por mucho que percibiera en su voz un ligero acento francés.

Vestía con ropas excesivamente caras: levita de terciopelo y chaleco de color burdeos, camisa y pantalones tan blancos como el algodón puro, junto con unos zapatos que relucían en un negro brillante. Además, tenía un porte demasiado elegante como para dedicarse a ese trabajo. Llevaba un corte de pelo pulcro, de raya a un lado, a pesar de los mechones castaños despeinados por el viento. Sus ojos color miel parecían acompañar a los labios al sonreír, lo que lo dotaba de un aura de confianza en sí mismo que invitaba a los demás a hacerlo igualmente.

Aquello llevó a Verónica a cargarse de precaución. Después de estudiar las expresiones de muchos hombres que habían pasado por allí, que alguien se mostrara tan natural y sin artificios era de lo más sospechoso. Se temía que si ese hombre mintiera, no podría verlo en su cara.

Ante el evidente escrutinio de su persona,

Alejandro decidió darle explicaciones:

—Estoy aquí porque así lo solicitó su padre, *Mademoiselle*.

Verónica observó, curiosa, el sobre que aquel hombre le extendía. Sin duda, aquélla era la letra de su padre. El remite rezaba la dirección de su casa. Y el destinatario era Alejandro Zaldívar, en la ciudad de Orleans. La conclusión saltó en su mente como una chispa.

—Mi padre acudió hace algunos años al funeral de un amigo, en Orleans. Yo me quedé en casa de mi ya difunta tía esos días. Es usted su hijo, ¿verdad? El hijo de Fernando Zaldívar.

—Eso es. Me alegra que me recuerde.

—¿Recordarlo? No. —Verónica le devolvió el sobre, restándole importancia—. Simplemente es una deducción.

—Vaya, por un momento pensé que me recordaba de aquel verano que pasé aquí, jugando

con usted cuando solo éramos unos críos. — Alejandro guardó la carta en el bolsillo interior de su levita—. ¿Me permite? Aquí, en la puerta, me siento como un vendedor ambulante.

Verónica, algo desconcertada, dio un paso atrás y le permitió a aquel hombre entrar en su casa. Cuando cerró la puerta se preguntó si no habría cometido el peor error de su vida.

—Verónica, ¿dónde estás? —El sonido de la puerta, al cerrarse, debió de despertar a Arturo porque su débil voz se dejó oír a lo lejos, justo cuando ya Alejandro iba a preguntar por él.

—Aquí, padre —gritó ella, bien alto—. Ya voy.

La joven tomó la maleta que Alejandro aún sostenía, y la dejó sobre una mesita vacía excepto por un pequeño jarrón con un ramo de flores silvestres, que era el único adorno presente en todo el recibidor. Después, emprendió la marcha hacia el dormitorio de su padre; pero antes le

dirigió una rápida mirada a Alejandro, quien interpretó que quería que la siguiera.

Recorrieron un estrecho y escasamente iluminado pasillo, que separaba varias estancias en la planta baja del edificio, el cual, según recordaba Alejandro, tanto por fuera como por dentro, había pasado tiempos mejores. Y si no hubiera sido porque la voz de Arturo provenía de aquella zona, habría jurado que Verónica no lo llevaba al cuarto de su padre. Según recordaba, los dormitorios del señor y la señorita de la casa estaban arriba, incluso los de los invitados. En la planta baja solo se encontraban las cocinas y los cuartos de los sirvientes. Al parecer, las finanzas de Arturo estaban aún peor de lo que había sospechado.

Antes de entrar en el dormitorio, Verónica se detuvo y frenó el paso de Alejandro, posando la palma de su mano contra su pecho con más fuerza

de la que él hubiera esperado en una joven de su delgadez. Después, alzando lentamente la cabeza que había mantenido gacha durante el escaso trayecto, lo miró a los ojos en la penumbra del pasillo.

—Espere un momento aquí, por favor. Mi padre está bastante delicado de salud, y cualquier emoción lo sobresalta. Recuerdo que, para él, la muerte de su padre fue un golpe muy duro; verlo a usted, probablemente lo altere aunque su presencia le resulte grata. Últimamente tiene delirios. Llama a mi madre en sueños, e incluso a veces me confunde con ella.

—Esperaré aquí hasta que me indique que puedo pasar, *Mademoiselle* —aseguró Alejandro, al notar que a la joven se le hacía un nudo en la garganta. Se mantuvo quieto y en silencio, atento a las palabras que oía en el interior de la estancia.

—Padre, estoy aquí.

—Hija, hija, ven a mi lado. He tenido otra de mis pesadillas.

Verónica se acercó a él y lo besó en la frente perlada de sudor. Aquellas pesadillas recurrentes mortificaban a su moribundo padre. Ella no podía dejar de sentirse culpable por ello.

—Son solo delirios, producto de la fiebre, padre. No me va a suceder nada, nadie va a entrar a hurtadillas en plena noche y me va a arrancar de su lado. Sabe que cierro cada ventana y cada puerta antes de acostarme. Estoy a salvo y, además, sé defenderme perfectamente sola.

—No, hija. No era esa pesadilla esta vez. He soñado que él no llegaba a tiempo.

—¿Quién, padre?

No pudo responder, pues la tos se abrió paso por su garganta. Acompañada de sangre.

Verónica contuvo el llanto, mordiéndose el labio, y le apretó la mano hasta que dejó de toser.

Preparó una de sus inyecciones y, tras administrársela, le ofreció un poco de agua. Cuando estuvo recostado sobre las almohadas, su hija se sentó en un lateral de la cama y le habló, suave y lento, mientras le peinaba un mechón de su pelo prematuramente cano y le abrochaba el botón más alto del camisón que se había convertido en su prenda de diario.

—Padre, ¿ha escrito una carta recientemente?

Arturo abrió los ojos y apretó con fuerza la mano que su hija le sostenía.

—Sí. La hice mandar con el Padre Gregorio un día que vino a visitarme.

—¿Por qué? ¿Por qué no me la entregó a mí para que la enviara yo?

Arturo decidió decirle la verdad, solo a medias.

—Porque acababa de terminarla y, precisamente, ese día él vino a visitarme. Me

preguntó si podía hacer algo más por mí, así que aproveché su ofrecimiento. Además, si la enviaba él, tú no tendrías que gastar un solo céntimo en el envío.

—Entiendo —murmuró Verónica, entristecida.

—Pero, ¿por qué me preguntas eso? —¿Acaso había recibido una respuesta a esa carta? ¿Una respuesta negativa o... habían devuelto la carta sin abrir? Arturo temió que la peor de sus pesadillas se hiciera realidad.

—Porque hay un caballero esperando para verlo. El hombre al que usted dirigió esa carta.

—¿El hijo de Fernando? —Se incorporó en la cama de golpe, con fuerzas que Verónica no supo de dónde había sacado—. ¿Está aquí?

—Sí, padre. Está en el pasillo. ¿Quiere que lo haga pasar?

—Por supuesto, hija, hazlo pasar. Y ofrécele un asiento en condiciones. ¡Gracias a Dios! ¡Gracias

al cielo!

Verónica se dirigió a la puerta. Le resultó extraño aunque agradeció que, siendo testigo de la conversación, aquel caballero hubiera esperado a que ella le diera permiso para pasar.

—Adelante, señor Zaldívar. Mi padre quiere verlo.

Siguiendo las instrucciones que su padre le había indicado, Verónica fue a una habitación contigua y llevó una silla para la honorable visita. Una silla mejor que la que utilizaba para sentarse junto a él. Una de las que tenía previsto vender, en un par de semanas, a un anticuario que cada tres meses se dejaba caer por su casa, tal como habían acordado desde su primer contacto hacía ya dos años.

Pero cuando llegó con el mueble, la visita estaba sentada al borde de la cama y sostenía las manos de su padre, cuyos ojos lloraban mientras

sus labios sonreían.

—Ya te parecías a Fernando la última vez que te vi. Pero ahora eres su vivo retrato.

—Eso me dice todo el mundo. Es un honor para mí —le oyó responder con tono amable.

—De niño, te parecías más a tu madre. Ahora solo la veo en tus ojos.

Alejandro se limitó a sonreír. Que las personas que habían conocido a su madre la vieran en él siempre lo había hecho feliz. Se había mirado cientos de veces en el espejo, tratando de imaginar a su madre sonriéndole, pues la sonrisa era el rasgo más parecido que ambos compartían, según aquellas personas. Pero ahora que su rostro había dejado de ser el de un jovencito, y había comenzado a marcarse como el de un hombre adulto, él mismo se veía muy parecido a su padre. Si bien su carácter siempre sería el de ella, tal como Fernando le había dicho cuando le daba las

buenas noches de niño: *«Eres un alma soñadora y libre, Alejandro. Heredaste eso de tu madre. Nunca lo pierdas.»*

—Pensé que no vendrías. Pero estás aquí —continuó Arturo—. Hace casi dos meses que te escribí. Al no tener noticias tuyas, pensé que no te vería nunca más.

—He pasado todo el verano en Italia. Vine en cuanto llegué a casa y leí su carta. Me alegra saber que he llegado a tiempo.

«¿A tiempo de qué?», se preguntó Verónica. Pero ya imaginaba la respuesta: A tiempo de verlo por última vez antes de morir. En esa misteriosa carta debió de pedirle que lo visitara en sus últimos días. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Ambos lo sabían desde hacía meses. Los calmantes solo hacían menos dolorosa la cuenta atrás.

—Sí, hijo mío, justo a tiempo. ¿Puedo contar

con que cumplirás tu palabra?

—Desde luego —aseguró él antes de mirar hacia atrás, consciente de la presencia de Verónica—. Tal vez debería dejarlos solos para que puedan hablar. Es evidente que su hija no sabe nada al respecto.

—No. Esperaba a que llegaras, hijo.

—Que no sé nada ¿sobre qué? —Verónica salió de detrás de la alta silla de roble y cuero que había arrastrado hasta la habitación—. ¿Hay algo más que no me haya contado, padre?

—Mi niña también se parece cada vez más a mi Isabel —comentó Arturo en un susurro—. Ven aquí, Verónica —solicitó, golpeando con una mano el otro lado de la cama para que ella se sentara tal como estaba sentado Alejandro—. Y tú, Alejandro, no te vayas.

Con paso lento, y mirando suspicazmente al hombre que, intuía, iba a poner patas arriba su

vida, Verónica se apoyó en el lateral del colchón y tomó la mano de su padre entre las suyas.

—La madre de Alejandro murió al dar a luz a su único hijo, al igual que tu madre murió al nacer tú —comenzó a contar, mirando a su hija—. Fernando y yo éramos amigos desde niños, realmente como hermanos; lo habíamos compartido todo en esos años de juventud, hasta que ambos encontramos a la mujer de nuestra vida. Por desgracia, también compartimos el dolor de la pérdida; un dolor que ensombreció la alegría de recibir a un hijo en nuestros brazos. En el funeral de tu madre, al cual Fernando vino con un Alejandro de solo cuatro años, nos hicimos una promesa. Él, contigo de la mano —explicó mirando a Alejandro—, y yo, contigo en brazos —añadió volviendo la mirada hacia su hija, quien lo escuchaba en silencio—, juramos ante la tumba de Isabel que, si a nuestra muerte, vosotros dos no

habíais encontrado aún la persona con la que compartir vuestra vida, ambos cuidaríais el uno del otro.

A Verónica solo le hizo falta un segundo para comprender. Retiró la mano de golpe, y se alejó un par de pasos de la cama de su padre.

—Padre, ya hemos tenido esta conversación cientos de veces. No me casaré con ningún hombre de esa forma.

—Esto no tiene nada que ver con ninguna de nuestras conversaciones sobre nuestra ruina financiera, Verónica —aclaró con tono severo—. Estoy hablando de una promesa incorruptible.

—¡No puede obligar a dos personas a casarse por una promesa que hizo usted! —le recriminó ella, intransigente.

—Yo también hice esa promesa —intervino Alejandro—. Mi padre me confesó, en su lecho de muerte, lo que el suyo acaba de explicarle ahora

mismo. Era su última voluntad, y yo acepté cumplirla si este día llegaba. Si usted estuviera casada, yo sería una especie de familiar lejano que, de vez en cuando, la visitaría para comprobar que estuviera bien y fuera feliz. Pero si seguía soltera, y yo también, debía desposarla y cuidar de usted cada día. Y yo siempre cumplo mis promesas —añadió con aquella seguridad en sí mismo que comenzaba a irritar a Verónica a pasos agigantados.

—Ya, bueno. —Carraspeó—. Pero debe tener algo en cuenta, *Monsieur*: para que haya una boda, debe haber una mujer que diga «*sí quiero*». Y yo no voy a decirlo. Jamás.

—Verónica, es mi última voluntad —recalcó su padre.

Verónica tragó saliva marcadamente. ¿Cómo podía usar eso en su contra? Él sabía perfectamente el cargo de conciencia que le

suponía verlo morir sin poder hacer nada por él. Le clavó una mirada llena de reprobación.

—Entonces elija otra porque eso, padre, eso es lo único que no obtendrá de mí.

Arturo respiró todo lo profundamente que sus casi inservibles pulmones le permitían, y se incorporó un poco más en la cama, apoyándose en la mano de Alejandro.

—Es lo único que me queda para darte, hija. No tengo otra forma de asegurar tu futuro.

—Mi futuro está aquí, con mis alumnos, en esta casa... Aunque cualquier día usted ya no esté —replicó ella con amargura.

—No, Verónica. Cuando muera, esta casa pasará a mis acreedores. Te quedarás en la calle. Y aunque no fuera así, no podría morir en paz sabiendo que te he dejado aquí sola. Mi alma no descansaría jamás.

La joven dio un par de vueltas por la

habitación. Resopló, se peinó los rizos que estaban llenos de tierra del camino, pero volvió a replicar, sin mirar ni una sola vez a Alejandro.

—No intente convencerme con esos argumentos, padre. Es injusto.

—Esta vida es injusta en muchos aspectos. Pero un hombre debería poder morir, sabiendo que lo que más ama estará seguro cuando él ya no esté. Y no me queda mucho tiempo, hija. Las fuerzas me abandonan. Concédeme la tranquilidad de saber que alguien, en quien tengo tanta fe como para confiarle mi tesoro máspreciado, va a cuidar de ti.

—Padre...

Ambos hombres sabían que los ojos de la joven habían estado a punto de llorar antes de que se diera la vuelta y saliera corriendo.

—Es una buena señal —murmuró Arturo, desplomándose en la cama.

Alejandro fue consciente del gran esfuerzo que

había hecho el hombre para mantenerse erguido y dirigirse a su hija con voz firme. Tal vez demasiado esfuerzo.

—Que se vaya casi llorando ¿es una buena señal? —Alejandro parpadeó, escéptico.

—Que deje de discutir sin haber conseguido convencerme es la única forma en que Verónica admite que no se ha salido con la suya. Además, no ha lanzado nada por los aires. Acatará mi última voluntad. Estoy seguro.

—Tal vez necesite algo de tiempo para hacerse a la idea —murmuró Alejandro, asimilando las palabras de Arturo—. Ni siquiera se acuerda de mí. Entiendo que se muestre reacia.

—Me temo que el tiempo es algo de lo que no disponemos, Alejandro. —Arturo volvió a tomarlo de la mano y lo miró a los ojos como solo un padre puede hacerlo—. Debes encontrar al Padre Gregorio y decirle que se prepare para officiar la

ceremonia cuanto antes. Él sabrá cómo encontrar a Úrsula, la mejor amiga de mi hija. Ella y yo haremos de testigos.

—Un cochero, llamado Bruno, vendrá en cualquier momento con algunos alimentos y medicinas —le comunicó el joven—. Él podrá ayudarme a encontrar al sacerdote.

—Seguro. Bruno es un muchacho al que conocemos desde niño. Nos ayudará —confirmó el hombre, suspirando cada vez más profundamente, como si hubiera estado corriendo—. Ahora ve con ella. Debéis conoceros un poco antes de casaros, intentad ser amigos.

—No sé yo si es el mejor momento para que hable con ella —opinó Alejandro, mirando hacia la puerta por donde había visto salir huyendo a su futura esposa.

—No tenemos otro momento, hijo. Quiero estar presente en vuestra boda. Por favor. —Alejandro

vio la cara demacrada de un hombre al que había recordado bien parecido y fuerte. La enfermedad se lo estaba comiendo por dentro. Tal vez no le quedaran más que unas horas—. Además, si no te enfrentas a esta situación como es debido y como sé que eres capaz de hacer: como todo un hombre, mi hija no te respetará.

—Haré lo que pueda —cedió finalmente, diciéndose a sí mismo que había tratado con todo tipo de mujeres y esta no podría suponer mayor reto para él. Cuando Alejandro Zaldívar mostraba todos sus encantos, ninguna mujer podía resistirse.

Alejandro dejó a Arturo descansando y buscó a Verónica por toda la casa. Recorrió las habitaciones de la planta baja, casi todas totalmente vacías, hasta que dio con una en la que encontró su equipaje. Abrió su maleta y sacó algo que, se dijo, debía entregarle a Verónica para comenzar a hacer las cosas como Dios manda.

Salió del que, parecía, iba a ser su cuarto durante algún tiempo y la encontró en una estancia contigua a la cocina, de espaldas, planchando unas sábanas. Ella lo oyó acercarse y se giró sin el más mínimo síntoma de sobresalto. Al parecer, ya lo esperaba. Lo que sí pudo ver fueron sus ojos enrojecidos de haber llorado, aunque ya no hubiera una sola lágrima en ellos.

—*Mademoiselle...*

Verónica le calló y le detuvo antes de que se acercara a ella, levantando la plancha caliente e interponiéndola entre ambos. Alejandro se detuvo en seco, y a punto estuvo de alzar las manos en señal de rendición.

—Verónica. Mi nombre es Verónica —repitió, amenazándole con la ardiente arma—. Si vas a ser mi marido, deberías empezar a llamarme por mi nombre —espetó y, como si hubiera preparado aquel discurso a conciencia, se giró hacia su tarea

y continuó hablando mientras planchaba—: De cualquier forma, aún no soy tu esposa y, como habrás podido comprobar ya, en esta casa no hay sirvientes.

—Eso no es ningún problema.

—Seguro. Pero es a mí a quien corresponde preparar el cuarto para las visitas. Si no quieres morir congelado en las habitaciones superiores, las cuales no se usan desde hace tres años, deberás conformarte con un humilde cuarto de los más cercanos a las cocinas, aquí abajo. Tu cama estará lista en unos minutos. —Dobló la sábana por la mitad, depositó la plancha de hierro ya templada sobre el fogón, y tomó una segunda plancha que había estado calentando en el mismo lugar para pasarla concienzudamente sobre la tela—. Podrás descansar y deshacer tu equipaje. Acomódate porque, por mucho que sea tu esposa, pienso quedarme en esta casa mientras mi padre esté en

este mundo.

—Lo entiendo. —Alejandro rodeó la mesa sobre la que ella estaba planchando con tanta firmeza que podía parecer que, bajo aquella sábana, se encontraba su peor enemigo—. En ningún momento me había planteado que pudiera abandonar a su padre, o hacerle viajar hasta Orleans en su estado.

—Estoy segura de que mi padre querrá disponer la boda para dentro de cinco minutos —continuó como si él no hubiera hablado—. Te agradecería que me ayudaras a convencerlo de que me conceda un par de días. El domingo, mi amiga Úrsula vuelve de viaje y me gustaría que estuviera presente.

—Sí, su padre mencionó que ella debía ser testigo junto con él.

—Muy bien, entonces. —Hizo otro doblez a la sábana y la dejó caer desde bien alto sobre la

mesa, forzando un molesto ruido—. El padre Gregorio será discreto y aceptará casarnos aquí para que mi padre no tenga que levantarse de la cama. Ahora puedes dar un paseo por la parte trasera de la casa, si quieres. Lo que fueron los jardines, hoy es un huerto. Pero tiene un banco de piedra con vistas al río. Te avisaré cuando tu habitación esté lista.

Sin ni tan siquiera mirarlo, cogió la sábana bajera y se afanó en dejarla tan perfecta como la encimera.

—No hace falta que me prepare el cuarto, *Mademoiselle*, yo mismo puedo instalarme.

—*Verónica*, llámame por mi nombre y trátame de tú. Hace años que nadie me trata como a una dama porque hace años dejé de serlo.

Alejandro dio un paso más, hasta estar completamente pegado a la mesa, y esta vez consiguió captar la mirada de ella mientras

hablaba.

—Una dama no deja de serlo nunca, por mucho que el dinero no la acompañe. Son sus actos y sus formas lo que la hacen digna de ese tratamiento.

—Lo que tú digas, Alejandro. —Puso todo su desdén en esas palabras, consciente de que las de él iban con segundas intenciones por cómo se estaba comportando ella en esos momentos. Como, por ejemplo, que hasta ahora no lo hubiera mirado a la cara ni una sola vez—. Ahora déjame seguir con mi tarea si no quieres dormir sobre unas sábanas arrugadas o chamuscadas.

—Verónica. —Se dirigió a ella por primera vez por su nombre. La forma en que lo pronunció sonó como si mordiera cada sílaba y la obligó a mirarlo directamente a aquellos ojos como el caramelo, que seguían sin perder la compostura, pero que brillaban con una fuerza nueva—. Ambos nos hemos visto arrastrados hasta esta situación por

los deseos de nuestros padres. No es necesario que nos llevemos mal, al contrario: podemos hacerlo todo más sencillo si tratamos de aceptar lo que va a ser el resto de nuestra vida.

—Me alegra que uno de los dos se lo tome con tanta filosofía. Pero comprenderás que yo no llevo... ¿Cuántos?, ¿ocho años? sabiendo que voy a acabar condenada a casarme con un hombre al que no amo. Más concretamente: al que ni siquiera conozco. Precisamente, lo que he tratado de evitar durante mucho tiempo —confesó con voz cada vez más irritada, y apretando la tela con tanta fuerza que las venas de las manos comenzaron a asomar por su pálida piel—. Ha habido muchos otros hombres antes de ti, muchos que pretendieron hacerme su esposa, pero todos dieron la vuelta al ver que no había más dinero que rascar.

—O después de que tú los desengañaras —apostilló él, consiguiendo dejarla muda durante

unos segundos.

—Vaya, veo que mi padre te ha puesto al día —comentó, y cambió de plancha de nuevo solo por poder evitar su mirada.

—Muy vagamente. No puedo imaginar qué clase de cosas le hiciste a esos hombres.

—Mejor que no lo sepas. —Alejandro pudo adivinar un amago de sonrisa en su mueca de desinterés—. Pero te advierto que puedo recurrir a alguna si no soy capaz de quitarme de la cabeza la idea de sentirme vendida como una...

—Agradecería que no lo vieras de esa manera, pues yo no te veo así en absoluto —la interrumpió antes de oír alguna barbaridad—. Y tampoco creas que parto con tanta ventaja en este asunto. Hasta que no recibí la carta de tu padre, no creí que realmente fuera a llegar nunca este día—. Suspiró y extendió una bolsita negra y aterciopelada hacia ella—. Me gustaría que aceptaras esto.

Verónica dejó la plancha sobre las brasas y dio un paso hacia Alejandro. Tomó la bolsita y vació su contenido sobre la palma de su mano.

—¿Me vas a dar un anillo de compromiso? Puedes ahorrártelo, no me interesa. No soy la clase de mujer que se deja deslumbrar con joyas y regalos caros.

—Mi esposa debe llevar el anillo de compromiso que mi padre le regaló a mi madre. Además, creo que llevarlo, aunque sea poco antes de la boda, te ayudará a aceptarla mejor.

Ella lo miró con suspicacia. Contra todo pronóstico, le parecía sincero. No había fingido sentirse cautivado por ella, ni había hincado la rodilla en el suelo para darle la joya formalmente, como exigía la tradición. Simplemente se la había entregado sin ni siquiera sacarla de su envoltorio, únicamente aludiendo a la herencia familiar que el anillo simbolizaba. Y bueno, confiando en que

llevarlo podía ayudarla a hacerse a la idea de lo que se le venía encima. Menuda tontería. Eso no tenía por qué ser sinceridad y sencillez. Bien podía ser una clase distinta de estrategia: una que perfectamente podía haberle ayudado a elaborar su padre, quien tan bien la conocía. Mejor no confiarse.

—Si me niego a ponérmelo, ¿vas a obligarme?

—Yo tampoco soy de esa clase de hombres —respondió al hilo de las palabras de ella—. Pero te agradecería que lo aceptaras. A mi madre le hubiera gustado. Y estoy seguro de que a tu padre le alegrará vértelo puesto cuanto antes.

¡Ajá! Ahí estaba. Acababa de delatarse.

—¿Te ha pedido mi padre que trates de ganarte mi simpatía?

—Sí.

—Vaya. —La rápida respuesta la había sorprendido—. Al menos, en eso eres sincero.

—Siempre digo la verdad. —Se cruzó de brazos y apoyó la cadera contra la mesa, sorprendentemente relajado—. Por lo que también he de decirte que habría tratado de ganarme tu simpatía aunque Arturo no me lo hubiera sugerido. Vamos a convivir lo que nos queda de vida. ¿No sería mejor hacerlo en paz y armonía?

Verónica lo observó, algo inquieta. Parecía cómodo, demasiado. Y eso la irritaba aún más. ¿Tan seguro estaba de sí mismo? Esa sonrisa simpática y desenfadada podía funcionarle en su país, pero con ella no tenía ningún efecto.

—Ahora mismo no me siento muy pacífica ni armoniosa. —Cogió el anillo y se lo puso en un dedo. Al ver que le quedaba grande, lo cambió a la otra mano—. ¿Contento? Ya es oficial. —Extendió la mano para que pudiera ver el anillo en su dedo anular. Después volvió a su tarea—. Ahora, ve a disfrutar del paisaje.

—Me gusta lo que veo aquí.

Alejandro vio cómo el cuello de Verónica se tensaba, concretamente la zona de la garganta. No había querido decir eso en voz alta, simplemente le había salido. La joven estaba desaliñada, aún tenía algunos mechones despeinados y manchados de tierra, pero eso solamente la hacía parecer más salvaje, totalmente acorde con la rapidez de sus afiladas palabras y el tono frío y distante. Estaba pálida y delgada, pero eso no impedía que fuera una mujer hermosa, ni siquiera el vestido gris y apagado que no favorecía en nada a su rostro, el cual estaba permanentemente iluminado por el violeta de sus ojos, y en ese momento también por el sonrojo que le había proporcionado el calor que desprendía su labor... ¿O cabía la posibilidad de que se hubiera ruborizado por su comentario?

Por si sus últimas palabras no la hubieran molestado lo suficiente, que la observara de pies a

cabeza terminó por alterar los nervios de Verónica, que se debatía entre tirarle o no tirarle la plancha a la cara, en cualquier momento, para borrarle esa sonrisa de rompecorazones.

—Te dejaré sola si es lo que quieres —decidió finalmente Alejandro, consciente de las intenciones de ella—. Pero iré a hablar un rato con Arturo. Seguro que puede contarme muchas historias sobre mis padres. Y tal vez... me cuente algo también sobre ti.

—Nada de lo que cuente de mí será de tu agrado, límitate a preguntarle sobre tu familia.

—Me temo que, a partir de ahora, tú eres mi familia.

Cuando Alejandro salió por la puerta, esas palabras parecieron flotar en el aire del cuarto de la plancha, formando una nube alrededor de su cabeza, como el propio calor que desprendía la pesada herramienta de hierro. Tan pesada como la

fuerza de la mirada de Alejandro sobre ella.

Capítulo 2

Cuando Bruno llamó tímidamente a la puerta principal, Alejandro se apresuró a acudir a la entrada antes de que Verónica volviera a asustarlo con su trato agresivo. Si antes de enterarse de su inminente matrimonio, su humor no había sido el mejor, ahora el pobre cochero podía sufrir una apoplejía si a ella le daba por volver a gritarle.

Para su sorpresa, Verónica no acudió a abrir, y cuando él lo hizo encontró a un Bruno que parecía bastante más relajado y no venía solo. Como si hubiera sabido el motivo de su visita, un anciano vestido de sotana lo acompañaba y le contaba algo que le hacía reír. Además, cargaba con la mitad de las bolsas que contenían lo que Alejandro le había encargado.

—Buenas tardes —saludó Alejandro educadamente.

—Este es el caballero del que le he hablado, Padre Gregorio —le indicó al párroco, e inmediatamente hizo una pequeña reverencia a Alejandro—. Me complace comprobar que sigue usted de una pieza, señor.

—¡Qué exagerado eres, Bruno! —El sacerdote le dio un codazo que hizo desestabilizar la bolsa más grande que cargaba—. Así que ha venido. —El hombre de pelo cano y ojeras hundidas, que aportaban a su rostro una edad que su abierta y cálida sonrisa no parecía compartir, se dirigió a Alejandro—: Porque usted debe de ser Alejandro Zaldívar. ¿No es cierto? Un joven con acento francés, y tan parecido a Fernando, que Dios tenga en su gloria, no puede ser otro.

—Sí, lo soy. —Alejandro parpadeó un par de veces y se hizo a un lado en la puerta—. Pero no

se queden ahí, pasen, por favor.

Alejandro los dirigió hacia las cocinas, donde sabía que Verónica no se encontraba, pues él había pasado hacía unos instantes por allí, aunque tampoco sabía dónde se había metido.

—¿Conoció usted a mi padre?

—Él y Arturo fueron monaguillos míos, de niños, en mis primeras misas. ¡Qué tiempos!

—¿En serio? Mi padre nunca mencionó nada parecido.

Con una confianza y un conocimiento del lugar que sorprendieron a Alejandro, el Padre Gregorio comenzó a sacar los alimentos de las bolsas y a colocarlos en lugares que parecían definidos para ello.

—Será porque no quería que te enteraras de que, a menudo, acababa castigado después de misa. Nada grave, pequeñas travesuras como haberle dado un trago al vino dulce a escondidas.

Un buen trago. Tan bueno como para que le diera el hipo en mitad de mi sermón.

Alejandro escuchó, entusiasmado, las hilarantes historias que el sacerdote comenzó a contar sobre los dos pilluelos que habían sido, a los diez años, Arturo y Fernando.

Verónica guardó en un baúl el último de los escasos objetos que se había negado a vender y se dirigió a la planta baja, alarmada por las sonoras carcajadas que rebotaban contra las paredes.

El primero en verla aparecer fue Bruno, y el cambio radical en el gesto de su cara alertó a los otros dos hombres que aún emitían los rescoldos de unas risas provocadas por la imagen figurada para uno, y el recuerdo para el otro, de Fernando arrodillado frente a Evangeline una mañana de domingo, junto a la basílica, en el momento de pedirle matrimonio; y cómo una paloma traicionera había decidido sobrevolar sus cabezas

en aquel momento y descargar su última comida sobre la elegante chaqueta del enamorado.

Nadie, salvo tal vez Bruno, quien siempre estaba alerta cuando entraba en casa de los Aranda, se esperaba una reacción como aquella. Alejandro se quedó sin palabras mientras el Padre Gregorio se armó de paciencia para esperar a que pasara la tormenta antes de abrir la boca.

—Si lo que queréis es emborracharos para encontrar un motivo por el que reír en esta miserable vida, disponéis de varias tabernuchas en la ciudad donde podréis encontrar compañía además de licor —alegó ella en tono aún no muy alto, a la vez que señalaba una botella de anís y tres pequeñas copas de cristal a medio terminar que reposaban sobre la mesa central de la cocina. Cuando lanzó una de las copas contra la pared, haciéndola añicos, el volumen de su voz superó al estruendo del impacto—. ¡Pero esta es una casa

decente, donde un hombre está luchando por cada aliento de vida, así que el que no respete su descanso y su agonía saldrá por donde ha entrado, bien por su propio pie... o de una patada en el trasero! ¿He sido suficientemente clara?

Alejandro, aun no considerándose un hombre cobarde, se sintió irremediablemente aliviado al ver que los ojos enfurecidos de Verónica se dirigían principalmente al sacerdote, sospechaba que debido a que él era quien había llevado aquella botella de anís a esa casa hacía ya tiempo, para tomar una copita los días que iba a visitar a Arturo, como él mismo les había contado cuando la había sacado de un armario y les había servido un trago a cada uno.

—¿Es un anillo de compromiso lo que veo en tu mano, querida niña?

Tras esa pregunta, Alejandro se preguntó si aquel hombre tenía instintos suicidas. Desde luego,

dudaba de que con esa estrategia lograra calmar a la joven.

—Padre Gregorio, no me haga olvidar que es usted un hombre de Dios al igual que, al parecer, usted ha olvidado las normas que rigen esta casa.

—Una copita de anís y un par de recuerdos alegres no van en contra de ninguna norma, ni harán ningún daño a tu padre, quien te enseñó a tratar mejor a las visitas. ¡Vaya! ¿Son auténticas?

—El sacerdote tomó la mano de Verónica para inspeccionar el anillo.

—Era de mi madre —adujo Alejandro—. El que mi padre le entregó junto a la basílica...

Verónica se dio la vuelta y salió airada de la cocina cuando vio a los dos hombres reír con complicidad, sin poder explicárselo. Ya tenía suficientes tonterías por el momento. Se dirigió a la habitación de su padre para ver si aquellos desalmados lo habían despertado con su griterío...

O ella con su ira, se lamentó. Pero antes se detuvo en el quicio de la puerta y se encaró con ellos, quienes dejaron de reír cuando sintieron la mirada helada de la joven.

—Bruno, ya que por lo que veo no estás haciendo nada, sube al primer cuarto de arriba y baja un baúl que he dejado junto a la puerta. Alejandro, haz algo útil y échale una mano, dudo que pueda él solo.

Más satisfecha con cómo había dejado ahora las cosas, que no era otra forma que con su última palabra, cruzó el pasillo pero tuvo que morderse la lengua para no responder al último comentario que tuvo lugar en la cocina.

—Es una joya muy hermosa, muchacho. Además, la amatista hace juego con sus ojos.

—Ya me había dado cuenta —respondió Alejandro sin apartar la vista del lugar por donde Verónica había desaparecido, dejando una

poderosa e invisible estela tras ella. Un poder que, Alejandro sabía bien, solo las mujeres poseían—. De ambas cosas.

Apenas había comprobado que, contra todo pronóstico, su padre seguía dormido cuando Verónica oyó que llamaban a la puerta.

—¡Demonios! ¿Quién puede ser ahora? —rezongó.

Con el hastío reflejado en el rostro se dirigió a la entrada, donde se encontró con Alejandro a punto de abrir la puerta él mismo, y con Bruno pisándole los talones.

En cuanto la puerta se abrió, el Padre Gregorio, que se acercaba con su pesado caminar, fue el primero en saludar:

—Pero ¡mira quién está aquí! Precisamente la única que nos faltaba.

—¡Hola, Padre Gregorio! —saludó la joven de

ojos y cabellos azabache, tez nívea y sonrisa cordial—. Me alegra verlo a usted tan bien.

—¡Úrsula! —Verónica se lanzó a los brazos de su amiga con tanto ímpetu que esta se temió que algo hubiera ocurrido en su escaso mes de ausencia—. ¿No volvías el domingo?

—Me temo que mi madre estaba algo más que harta de las manías de mi abuela y ha convencido a mi padre para que volviéramos antes del fin de semana —comentó entre risas.

—¿Y cuándo has llegado? —le preguntó, invitándola a pasar.

—Hace como... cinco minutos —bromeó sacudiendo la cabeza, aún consternada por lo que la había llevado allí con tanta prisa—. He venido al galope en Serafina en cuanto he llegado a casa y la he ensillado. Tenía que comprobar si eran ciertos los rumores que he oído nada más poner un pie en la ciudad. Y por lo que veo, lo son —

añadió mirando hacia Alejandro.

—¿Qué rumores? —Verónica se llevó las manos a las caderas e irguió la espalda, preparándose para algo que, se temía, no iba a gustarle.

—Se dice que hay un desconocido en casa de los Aranda. Un hombre joven con acento francés. Eso es lo único en lo que coinciden las versiones que he ido oyendo, que no son pocas.

—¡Bruno!

El cochero subió a la carrera unas cuantas escaleras más para poner distancia entre él y Verónica cuando ella se giró y gritó su nombre.

—¿Qué podía hacer, señorita? El caballero me encargó que comprara ciertas cosas y tuve que dar explicaciones allá donde fui a buscarlas. Juro que no he dicho nada que no fuera cierto, pero no me hago responsable de las diferentes versiones que la señorita Oliván haya podido oír.

—¡A mí sí vas a tener que darme explicaciones!
—gritó Verónica, airada—. Trae ese baúl aquí y desaparece de mi vista.

—No seas así con el pobre Bruno, querida amiga. —Úrsula le rodeó un brazo para tranquilizarla, conocía de sobras sus arrebatos—. Ya sabes lo que le gusta chismorrear a la gente. ¿No vas a presentarme a tu invitado?

Tratando de recomponerse ante los últimos acontecimientos, Alejandro recuperó sus modales y se presentó él mismo.

—Alejandro Zaldívar, para servirla. —Besó su mano e hizo una reverencia—. Es un placer conocer a la mejor amiga de Verónica.

—Úrsula Oliván. —La muchacha inclinó la cabeza en respuesta al gesto de Alejandro—. ¿Es usted el mismo Alejandro que, si la memoria no me falla, estuvo aquí hace quince años?

—Catorce. —A Alejandro se le escapó una

sonrisa de sorpresa—. Pasé un verano con mi padre en esta casa. ¿La conocí a usted entonces? Disculpe que no la recuerde.

—Me marché al extranjero varios meses, pero coincidimos aquí los primeros días del verano. Jugué con usted y con Verónica en la orilla del río, detrás de la casa, al menos tres o cuatro tardes antes de partir. ¿Recuerdas, Verónica?

Ella había estado observando y escuchando la conversación entre Alejandro y Úrsula sin poder abrir la boca, pues no tenía nada que aportar. A pesar de estar aún con su brazo enlazado al de su amiga, se había sentido completamente desplazada hasta ese momento.

—No, Úrsula. No recuerdo ese verano, ni a él, ni a ti jugando con nosotros en el río. ¡Tenía siete años, por todos los santos! ¿Quién recuerda qué hizo con siete años?

Úrsula le apretó el brazo en una señal que

ambas conocían, una que decía: «*Cálmate, no pasa nada.*»

—Yo también tenía esa edad, pero lo recuerdo perfectamente. Usted tenía el cabello algo distinto. Cobrizo, ¿cierto? —Él asintió, muy sonriente—. Y su padre... se parecía mucho a usted ahora. Pero ¿por qué te pones así, Verónica? —dijo con la paciencia agotada cuando esta se zafó de su brazo y retrocedió un par de pasos.

La aludida se estaba frotando las sienes con energía, la cabeza parecía estar a punto de estallarle. La presencia de su amiga había llegado como lluvia refrescante en un caluroso día de verano, pero su alegre conversación con Alejandro, y que insistiera en hablar de algo que ella era incapaz de recordar la estaba incomodando aún más, y ya llevaba bastante incomodidad en ese fatídico día.

—Estoy cansada —se excusó—. Hoy ha sido

un día muy largo.

—Eso es... ¡Dios santo, Verónica! Al final, los chismorreos van a ser algo más que eso. —Le tomó la mano para contemplar lo mismo que el Padre Gregorio había detectado momentos antes —. ¿Es un anillo de compromiso?

—Os dejaré a solas —intervino Alejandro y, tras una reverencia, subió escaleras arriba, seguido por Bruno. Sabía que esa conversación entre amigas debía ser privada.

—Yo iré a hacer compañía a Arturo —señaló el sacerdote y desapareció por el pasillo.

—¿Lo es? —Insistió Úrsula, sin soltarle la mano, mientras Verónica la arrastraba hasta su cuarto para tener un poco de intimidad en su propia casa—. ¿Te has prometido?

Tras cerrar la puerta con cerrojo, Verónica se desplomó sobre su cama justo en el momento en que las rodillas la vencieron. Su amiga se sentó a

su lado y la tomó de ambas manos.

—Teniendo en cuenta que la boda va a celebrarse en dos días, más bien es mi alianza de boda. —Los hombros se le hundieron y las lágrimas, que creía haber logrado controlar, salieron a borbotones—. Me caso, Úrsula. Después de todo este tiempo luchando por evitar algo así, me caso con un hombre al que no conozco por mucho que tú recuerdes al niño que un día fue. Mi padre ha acabado saliéndose con la suya.

Verónica se levantó con fuerzas renovadas gracias a las largas horas de profundo y reparador sueño. Supo que había dormido hasta tarde por la brillante luz que se colaba por las rendijas de las ventanas. También supo que la infusión que había acompañado a la cena fría que Úrsula había preparado y llevado hasta su cuarto para que

cenara a solas —pues se sentía indispuesta y lo último que le apetecía era compartir mesa con Alejandro y el Padre Gregorio— contenía algún tipo de somnífero. No era la primera vez que lo hacía. Su amiga se preocupaba mucho por ella y trataba de ayudarles, a ella y a su padre, en todo lo que estuviera en su mano.

Pero esta vez no podía reprochárselo. Úrsula se había hecho cargo de las visitas y la había excusado con ellos, no sin antes atender a su padre. Pero ahora que se sentía mejor, que su estómago había dejado de amenazar con arrojar todo su contenido, y que su cabeza había dejado de palpar como si estuvieran golpeándola con un martillo, se haría cargo de sus obligaciones: el aseo, medicación y desayuno de su padre; el desayuno y limpieza del cuarto de su invitado; y la organización de una sencilla ceremonia para el día siguiente. Todo en ese estricto orden.

Se aseó con rapidez y, más en consideración a su padre que a las visitas, se vistió con uno de sus mejores vestidos. También se peinó de forma menos severa, soltándose algunos cabellos en lugar de recogerse todo el pelo en un sencillo moño bajo.

Por desgracia, toda su serenidad y buenas intenciones se vieron truncadas cuando abrió la puerta de su cuarto. La primera voz que reconoció fue la de Úrsula, lo que la hizo preguntarse si su amiga había dormido allí. No tenía sentido que hubiera madrugado tanto después de haberse quedado hasta tarde la noche anterior. La segunda voz la hizo plantearse quedarse escondida en el pasillo en lugar de entrar en el cuarto de Arturo. El Padre Gregorio daba algunas instrucciones sobre dónde colocar una mesa. Por último, una tercera voz le confirmó lo que estaba sucediendo dentro del dormitorio.

—¿Dónde quiere que coloque las flores, *Mademoiselle*?

—Aquí, Alejandro, a los pies de la cama de Arturo —respondió Úrsula en el mismo instante en que Verónica se personaba el umbral de la puerta —. Así las verá justo delante de vosotros mientras pronunciáis vuestros votos.

—¡Oh, es una excelente idea, querida niña! —elogió Arturo, quien admiraba, sentado en la cama, el proceso de transformación de su lúgubre cuarto en una sala luminosa y alegre. Mientras, se terminaba de ajustar el cuello de la camisa de su chaqué, traje que hacía años que no se ponía y para lo cual había precisado de la ayuda del Padre Gregorio y Alejandro.

Verónica observó incrédula a su padre. Después contempló cómo, mano a mano, su mejor amiga y su futuro esposo colocaban lirios de agua, encadenados entre sí con lazos blancos, a lo largo

del hierro que rodeaba el colchón. Un colchón que ocupaba un demasiado sonriente Arturo, que —en ese mismo momento— le clavó la mirada, advirtiéndole que no dijera lo que sabía que iba a decir. Así de bien conocía la expresión del rostro de su hija.

—Veo que os habéis hecho íntimos en mi ausencia —murmuró Verónica en alusión a la forma en que Úrsula había tuteado a Alejandro—. Además, por cómo habéis dejado esta habitación, y al hombre que debería estar durmiendo en ella, veo que formáis un gran equipo. Estaría encantada de ser tu dama de honor, Úrsula.

La aludida apenas la miró por encima del hombro, fue un solo instante en el que aprovechó para sonreírle ampliamente, y volvió a su tarea de colocar, una a una, las calas anudadas por sendos lazos de raso.

—Digas lo que digas y hagas lo que hagas en el

día de hoy, amiga mía, no conseguirás provocarme. Ni a ninguno de los aquí presentes —añadió mientras solicitaba otra flor de las que sostenía Alejandro, quien, a diferencia de ella, no había quitado ojo a Verónica desde que había dicho aquellas groseras palabras—. Es el día de tu boda, y todos pasaremos por alto cualquier actitud que te provoquen los comprensibles nervios. Incluso tus comentarios desdeñosos.

Verónica soltó un bufido, nada propio de una señorita y, tras mirar uno a uno a los presentes, se aferró con fuerza al marco de la puerta.

—Me complace comprobar que todos os habéis confabulado en esto. Pero hay algo que no habéis tenido en cuenta. La boda será mañana —concluyó y, tratando de no montar un escándalo mayor, se dio la vuelta para marcharse cuanto antes a desahogarse a cualquier otro lugar.

Ni siquiera había avanzado un paso fuera del

cuarto cuando unas palabras la paralizaron:

—No. La boda será hoy.

—¿Disculpa? —Verónica prefirió fingir que no lo había oído bien en lugar de contradecir directamente a Alejandro.

Apenas se había dado la vuelta para mirarlo, cuando él la cogió por la muñeca y la arrastró fuera del cuarto mientras ella forcejeaba y le exigía que la soltara. No era que estuviera haciéndole daño, pero sí la sostenía con suficiente fuerza como para que no se pudiera liberar. Y si había algo que la disgustaba de los hombres, por encima de cualquier otra cosa, era su tendencia a aprovecharse de su ventajosa condición física para imponer sus deseos. Ella podía ser más débil físicamente, pero en otros aspectos no lo era en absoluto. Y pensaba demostrárselo.

En mitad del pasillo le propinó un fuerte pisotón en el pie que lo sorprendió lo suficiente

como para soltarla, *lapsus* que ella aprovechó para tratar de escapar. La huida duró apenas dos segundos: los que Alejandro tardó en reaccionar y decidir que la cortesía se había terminado.

Sin mediar palabra, la cogió por la cintura, la giró hacia sí y antes de que ella pudiera abrir la boca, se la cargó al hombro mientras pasaba por delante de la puerta del dormitorio de Arturo en dirección al suyo, no sin dificultad a causa de los pataleos de una enfurecida Verónica.

Allí iban a tener un par de palabras en privado.

Tras cerrar la puerta de una patada, la arrojó sobre la cama haciéndola rebotar contra el colchón. Ella se levantó rauda, temiéndose unas intenciones que cierto indeseable ya tuvo una vez en otro dormitorio de esa casa. Lo que no podía creer era que ese hombre, en concreto, fuera a hacer lo mismo, no solo porque no le había parecido de esa calaña, sino porque al otro lado

de la puerta había varias personas que se lo impedirían si ella gritaba.

Algo más relajada tras ese razonamiento, observó cómo Alejandro se cruzaba de brazos quedándose de pie delante de la puerta, obviamente para que no pudiera huir. Resignada a un temporal cautiverio, la muchacha se apoyó en el tocador donde aún reposaba la maleta a medio deshacer de su huésped y, subversiva, se cruzó de brazos de la misma forma que él.

—¿Qué? —Acabó diciendo, al ver que el hombre no iba a decir nada, pues simplemente la miraba de aquella forma tan intensa que lo caracterizaba—. ¡¿Qué?! —volvió a repetir segundos más tarde, al ver que él seguía sin hablar y solo levantaba una ceja.

—No lo sé. Dímelo tú.

Incómoda por no obtener una reprimenda a la que poder rebatir con gritos y desaires, Verónica

apartó la mirada de Alejandro y se enfurruñó como una niña. Finalmente resopló y volvió a mirar al hombre que parecía no querer hablar hasta que ella diera el primer paso.

—Podrías ponerte en mi lugar por un momento. ¿No crees?

—Créeme cuando te digo que ponerme en tu lugar es lo único que me ha impedido intervenir hasta ahora. Pero esto último ha llegado demasiado lejos.

—¡Vosotros habéis llegado demasiado lejos! —Replicó, señalando hacia la puerta—. Habéis montado todo esto a mis espaldas, y adelantado algo que dejé bien claro tendría lugar mañana. ¡La única maldita y clara condición que puse a esta descabellada boda!

Alejandro dio los pasos precisos hasta quedarse a tan solo un palmo de distancia de ella. A esa distancia, ella pudo percibir el aroma de su

jabón, lo que la llevó a observar que el hombre iba vestido de etiqueta, estaba cuidadosamente peinado, afeitado y lucía una pequeña cala en la solapa. Discutir con él, vestido de novio, era lo único que le faltaba.

—Tu amiga Úrsula, tu mejor amiga, lleva horas con todos los preparativos. Ayer se fue muy tarde de aquí porque quería cubrir tus funciones de anfitriona, pues tú estabas indispuesta.

—Lo estaba, de lo contrario jamás habría desatendido a mi padre.

—Lo sé, solo hubieras inventado una excusa como esa para desatender al resto de tus invitados. Pero eso no te exime de mostrar agradecimiento por sus esfuerzos de ayer, ni por los de hoy. Se ha presentado aquí a las siete de la mañana y nos ha despertado a todos, incluyendo al Padre Gregorio, que se había quedado velando a Arturo —le explicó, cada vez más cerca de ella, y sin apartar

la mirada de la suya—. Nos ha explicado su idea de cómo reordenar el cuarto para que él pueda permanecer recostado en la cama. Su madre se ha levantado al amanecer para recoger las calas más frescas de su jardín, porque sabe que son tus favoritas. Ha tardado dos horas en preparar tu ramo de novia, y parte de la decoración que ni te has molestado en apreciar, al igual que ni te has molestado en darnos los buenos días. ¿Quieres que siga?

—No es necesario —murmuró cabizbaja, conteniendo el aliento al imaginar a Eugenia Oliván arrodillada en sus jardines al amanecer. Por ella.

Él le levantó la barbilla con los nudillos, obligándola a mirarlo. El calor de su contacto la hizo estremecer y la firmeza de su pulso, bajo su mandíbula, le dio otra prueba de la seguridad en sí mismo que tenía aquel maldito hombre. Apretó los

dientes con fuerza mientras él la reprendía.

—Oh, sí que lo es. Porque me pregunto quién es la Verónica que merece que personas amables y bondadosas como el Padre Gregorio, *Mademoiselle* Úrsula o su madre estén haciendo tales esfuerzos. Desde luego, no la que he estado viendo desde que llegué.

Verónica trató de huir de su mirada, de repente avergonzada por los recuerdos de todas las cosas que había hecho y dicho en presencia de Alejandro. Poca cosa, si lo comparaba con el modo en que se había comportado para alejar a otros hombres que la pretendían. Pero quizá demasiado, una vez que había aceptado casarse con él, aunque fuera a regañadientes.

—Sabes que he aceptado ser tu esposa porque mi padre no me ha dejado alternativa. —Su voz sonaba resignada y herida a oídos de Alejandro, pero al menos había dejado de sonar combativa—.

No he podido elegir con quién voy a compartir el resto de mi vida, pero creo que al menos tengo derecho a decidir cuándo, dónde y cómo quiero que tenga lugar la ceremonia.

Verónica se sobresaltó al sentir las manos del hombre tomar las suyas con fuerza y acercarse más a ella, casi a un solo suspiro de distancia. La mirada no dejó de ser intensa, pero se dulcificó ligeramente, al igual que el tono de reproche se tornó más suave y comprensivo.

—¿Realmente hay tanta diferencia entre hoy y mañana?

—No —reconoció ella en un susurro, bajo el intenso escrutinio de los ojos dorados que no se apartaban de los suyos ni un instante.

—Y realmente, ¿es tan terrible que tu dama de honor se tome la molestia de hacerse cargo de todos los preparativos cuando tú estás enferma y no puedes hacerlo por ti misma?

—No —admitió. No obstante, antes de que él dijera nada, se justificó—: Pero podría haber venido a decírmelo antes de poner toda la casa en movimiento.

—Entonces no habría sido una sorpresa. ¿No crees? —Le preguntó con un tono que exigía una respuesta afirmativa—. Lamento que te haya parecido desagradable, tanto por ti como por ella. La habitación está realmente elegante y ella está exhausta.

—No es eso. —No pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad—. Me gusta tener el control de mi propia vida. Y ni siquiera he podido elegir qué día va a acabar mi libertad.

Trató de soltarse de sus manos cuando él entrelazó sus dedos con los suyos, en un gesto demasiado íntimo, pero en lugar de lograrlo se vio arrastrada hacia él, levantándose del borde del tocador donde había apoyado tanto su peso como

la carga que sentía a sus espaldas.

—No pretendo, ni pretenderé jamás, coartar tu libertad. Apenas hemos tenido oportunidad de conocernos, pero ser mi esposa no implica ser mi prisionera. Al contrario, al estar protegida por mi apellido y mi fortuna serás más libre de lo que has sido hasta ahora.

Permíteme que lo dude, pensó para sí la joven. Ninguna mujer ganaba libertad uniéndose a un hombre, pasaba a pertenecerle. Había sido así siempre, por mucho que el mundo estuviera cambiando en muchos aspectos. Pero, por desgracia, continuaba siendo un mundo de hombres.

—¿Y qué condiciones me pones para que las cosas sean como dices?

—¿Condiciones? —Él no pudo evitar alejarse un poco, perplejo—. Por lo pronto, que dejes de comportarte como una niña malcriada y seas una

mujer adulta de una vez.

—No pienso acostarme contigo.

Más perplejo todavía, Alejandro la soltó.

—No me refería precisamente a eso con lo de mujer adulta.

—Seré tu esposa, me comportaré como tal en los círculos sociales, en tu casa...

—*Nuestra casa.*

—... pero no pretendas que aparente ser feliz, estar enamorada o siquiera dispuesta a yacer debajo de ti. Esto ni siquiera es un matrimonio de conveniencia del que se esperen herederos. Esta unión es «un contrato» que nos obliga a vivir juntos y nada más.

Alejandro la observó con el ceño fruncido. Había abierto la caja de Pandora.

—Eres maestra. Muy buena, según me han contado, y cariñosa con tus alumnos. ¿De verdad no quieres tener tus propios hijos?

Él vio cómo la garganta de la joven tragaba saliva con dificultad, lo que delataba que la seguridad que trataba de mostrar con sus palabras no era tal.

—Si el Padre Gregorio se entera de que no vamos a consumir este matrimonio, se opondrá a casarnos. Así que más vale dejar este tema.

Alejandro quiso pensar que eso no era un NO rotundo, y dejando para otro momento aquel debate se centró en lo que lo había llevado a encerrarla con él en su cuarto, que no era otra cosa que salir de allí con una novia convencida de casarse esa misma mañana.

—Muy bien. Dejaremos este tema. De momento. Siempre y cuando te pongas ahora mismo algo que tú sí has elegido, y le regales un momento de felicidad a tu padre casándote conmigo, sin discutir durante la ceremonia, y el posterior banquete. ¿Es mucho pedir?

—¿De qué hablas? Ya te he dicho que no me habéis dado la oportunidad de elegir absolutamente nada.

Por primera vez, Alejandro percibió en aquellos profundos ojos algo que lo conmovió. Curiosidad. Tomó nota de ello. Podría serle útil en alguna otra ocasión. Además, ver en su mirada algo que no fuera reproche e ira era muy, muy satisfactorio.

—¿Estás segura de eso? Porque cuando, lamentablemente, ayer Bruno dejó caer el baúl en la última escalera, este se abrió. No se rompió nada, pero ese vestido blanco asomó y bueno... Imagino que era el vestido de boda de tu madre.

—Lo era. —Un nudo en la garganta la hizo tragar saliva de nuevo.

Alejandro lo percibió, al igual que notó cuándo el rostro de la joven se entristeció, y las palabras salieron de su boca sin poder evitarlo:

—Estarás muy bella con él.

—No tienes por qué hacerme cumplidos —le indicó, mirando hacia otro lado.

—No lo he dicho por obligación. —Salvó la distancia que lo separaba de ella y acicaló uno de sus rizos, colocándolo en torno a su rostro. La creciente satisfacción aumentó al percibir que ella se estremecía ligeramente—. Úrsula quería peinarte, pero creo que no será necesario. Este peinado te favorece muchísimo.

—Déjalo ya —protestó de nuevo.

—Soy un hombre sincero. Si opino que estás hermosa, te lo haré saber. Si opino que estás comportándote como una bruja, también te lo diré.

Bueno, era más fácil tratar con él cuando la insultaba que cuando la elogiaba. Para lo segundo no tenía réplica; simplemente la hacía sentir incómoda.

—Yo también soy sincera, y te diré que

alabando mi belleza solo conseguirás enfurecerme.

—Entonces, si pretendes que alabe tu personalidad, más vale que cambies de actitud.

—No lo entiendes, ¿verdad? No pretendo en absoluto que me elogies. En ningún aspecto.

—Te he dicho que no coartaré tu libertad. Por lo tanto, tú debes comportarte igual conmigo. Si quiero dirigirte un cumplido, lo haré. Tú estás en el mismo derecho de hacer caso omiso de él.

Alejandro se vio desconcertado por una carcajada de Verónica, que ahora se mostraba escéptica.

—¿Insinúas que estaremos en *igualdad de condiciones*? ¿Que ambos tendremos *los mismos derechos y obligaciones*?

—No lo insinúo. Lo afirmo.

—Ningún hombre aceptará a una mujer como «su igual». Al menos, no en este siglo.

Solo para desconcertarla, como ella estaba

haciendo con él, Alejandro le dedicó una coqueta sonrisa.

—Pensaba que eras mucho más luchadora que eso. Y no todos los hombres somos iguales en nuestra forma de ser y pensar.

Lo miró, contrariada, preguntándose si era posible que hubiera ido a topar con el único hombre del mundo civilizado que rechazaba abiertamente sentirse superior a una mujer, a *su propia mujer*. Pero verlo sonreír de aquel modo petulante hizo que le hirviera la sangre.

—¿Se puede saber cómo puedes tomarte todo esto con tanta tranquilidad?

—Verás que otra de mis cualidades, si te moletas en descubrirlas, es que soy un hombre práctico. La vida es muy corta, y a nosotros nos ha tocado compartir lo que nos queda de ella. Por mi parte, pretendo disfrutarla y adaptarme a lo que me toque vivir. Tú podrías hacer lo mismo.

Verónica dio un brinco cuando Alejandro subió su pie izquierdo al borde del tocador, sacó un pañuelo de la maleta y se limpió la puntera del zapato. Tuvo que contener la risa al recordar el regalito que le había dado en el pasillo.

—Tu vestido está en la sala de la plancha. La doncella de tu amiga se ha pasado horas con él. Ha quedado realmente magnífico.

Dicho esto, y viendo que ella no replicaba nada en contra, se giró y, antes de salir por la puerta, la miró de reojo.

—A las once y media te espero en el altar.

Soltando todo el aire de sus pulmones, una vez que la puerta estuvo cerrada a su espalda, Alejandro caminó hasta la habitación de Arturo, donde no se oía ni un solo ruido. En cuanto puso un pie dentro, se vio observado por las tres personas que ocupaban el dormitorio.

—*Mademoiselle*, es posible que la novia necesite de la ayuda de su dama de honor para vestirse —informó e inmediatamente vio cómo todos suspiraban aliviados.

—Eres un hombre entre un millón, Alejandro —comentó Úrsula y, antes de salir por la puerta, lo besó en la mejilla—. Dale un poco de tiempo y te aseguro que no te arrepentirás.

Ya me estoy arrepintiendo, pensó para sí. Le había costado una buena ración de argumentos hacerla entrar en razón. Además, había tenido que comportarse como un cavernícola —cosa que él no era en absoluto— para simplemente conseguir llevarla a un lugar donde hablar en privado. No obstante, ella lo había provocado primero, comportándose como una fiera. Aún le dolía el pie...

Aunque también tenía que reconocerle el mérito de haberlo pillado por sorpresa. Al igual que le

habían pillado desprevenido algunas emociones que no esperaba haber sentido. Por ejemplo, al tocar sus manos, percibir el dulce aroma de su piel, o mirar en lo más profundo de sus ojos. Ella era capaz de transmitir todo un abanico de emociones a través de ellos, y a través de todo su cuerpo. La tensión de su garganta cuando encontraba uno de sus puntos débiles, o cómo se estremecía cuando la tocaba. No era miedo, lo sabía; ella no lo temía. Pero tampoco sabía qué era. ¿Incertidumbre? ¿Curiosidad? No lo tenía claro, pero sí sabía que ninguno de los dos era indiferente al otro. Tratar de aparentar eso iba a ser completamente imposible.

Capítulo 3

A las once y treinta y cinco minutos, Úrsula entró en el dormitorio, convertido en improvisada pero espectacular capilla, y se sentó en la silla que había dispuesto para ella junto a Arturo, al lado de la cama. Cogió su flautín y comenzó a tocar una dulce melodía que logró que a los tres hombres, allí presentes, se les encogiera el corazón.

Desde su posición y la de Arturo se veía a Alejandro junto a la ventana, a los pies de la cama, en una pose serena y gallarda. A pesar de ese gesto de supuesta tranquilidad, la joven pudo adivinar nerviosismo en la mirada del novio, pues deambulaba por el cuarto sin centrarse en un punto fijo, pero acababa siempre posada en la puerta. Aquello le resultó de lo más encantador.

A su lado, la mesita de la entrada se había dispuesto para que hiciese las veces de altar, y cubierta con el mantelito de hilo bordado cumplía honorablemente su función. Detrás de la misma, y de espaldas a la puerta, aunque unos pasos más a la derecha para no bloquear la entrada, se encontraba el Padre Gregorio, quien la miraba con ojos llorosos.

El enlace que iba a officiar, bajo su punto de vista, era un regalo de Dios en respuesta a las oraciones que él había dedicado durante años a la familia Aranda. Tuvo que evitar cruzar su mirada con la de Arturo para no echarse a llorar en el momento en que su rostro se iluminó al ver entrar a su hija, justo cuando la música se tornaba más ligera.

Verónica hizo su aparición en el umbral con un caminar lento pero seguro, la mirada perdida en un horizonte imaginario y la boca apretada en una fina

línea que ocultaba la belleza de sus carnosos labios. Ninguno de los esfuerzos que pudiera haber hecho para quitarle majestuosidad a su entrada habría tenido menos efecto. Aquel vestido de ensueño la hacía parecer un hada del bosque, con sus tirabuzones rebotando a cada paso que daba, y sus ojos iluminados por el sol de la mañana que se colaba por la ventana abierta de par en par.

La joven se detuvo frente a Alejandro mientras aferraba sus manos en torno al ramo de calas, trenzadas expresamente para la ocasión.

Cuando la melodía llegó a su fin, el Padre Gregorio comenzó con el oficio de una ceremonia, que fue breve y concisa. A pesar de ello, se aseguró de no pasar por alto ninguna de las tres cosas que él consideraba vital en un matrimonio: fidelidad, respeto y la bendición de los hijos. La simple mención de aquello hizo que la novia quisiera evitar los ojos del sacerdote, y en aquella

huida acabó mirando al hombre que, en ese preciso momento, decidió tomar una de sus manos y dar un paso hacia ella.

Sin aliento, lo oyó hablar de cómo la tomaba por esposa para amarla y hacerla feliz hasta el fin de sus días. A su vez deslizó hacia fuera el anillo que le había entregado el día anterior y lo volvió a colocar delicadamente en su lugar.

¿Acaso se había vuelto loco? Aquellas palabras eran, como poco, una exageración de la pantomima que estaban representando. Cuidarla, respetarla... Habría sido más que suficiente. Pero él había dicho sus propios votos sin esperar a que el Padre Gregorio hiciera ninguna pregunta directa. ¿En qué estaba pensando? ¿Y por qué no dejaba de mirarla de esa manera?

Ante el silencio de ella, el sacerdote le preguntó expresamente si aceptaba a Alejandro por esposo, y dijo por ella cada palabra en forma

de pregunta para que tan solo tuviera que responder *Sí acepto, Sí me comprometo, Sí quiero*. Después, Úrsula le hizo entrega de la alianza que Arturo se quitó de su propia mano para que ella la colocara en el dedo anular de Alejandro, movimiento que hizo de forma rápida, intentando no mirarlo a la cara. Él entrelazó los dedos con los suyos, una vez recibido el anillo, y acarició el dorso de su mano con el pulgar.

Si con aquel gesto pretendía tranquilizarla, no lo consiguió. Al contrario. Aquella intimidad a la cual él parecía atribuirse el derecho, incluso antes de finalizar su nada sincero enlace, era algo a lo que ella no pretendía ceder jamás.

Una vez que el párroco dio por concluida la ceremonia, anunciando que Alejandro y Verónica ya eran marido y mujer, y sin que ella fuera capaz de reaccionar para evitarlo, él la besó en la mejilla, casi rozando la comisura de sus labios.

Cuando al fin la soltó, y mientras los testigos aplaudían emocionados, las miradas de los nuevos esposos se cruzaron. A él solo le hizo falta un segundo para comprender que ella no iba permitirle nunca más que la besara, ni siquiera ese leve roce contra la piel de su mejilla.

Contra todo pronóstico, ella vio en los ojos de él que estaba casi tan desconcertado como ella en ese momento, y que el beso no había sido nada más que un impulso; nada premeditado.

No obstante, Alejandro no estaba tan seguro de no querer volver a intentarlo, al igual que en el último momento había decidido besarla solo en la mejilla, y no en los labios, como su cuerpo le había pedido expresamente. Pero no tuvo tiempo para castigarse a sí mismo por haber estado a punto de dejarse llevar, pues el Padre Gregorio le tendió la mano para felicitarlo, y Arturo los llamó con los brazos extendidos para abrazarlos a

ambos.

—Gracias, hijos. No sabéis lo que esto significa para mí.

—Yo abro —anunció Úrsula al oír dos toques en la puerta—. Serán Bruno y Lucrecia.

La dama de honor corrió a recibir a su doncella, quien tras preparar la mesa del comedor y planchar el vestido de novia, se había ido a casa para ayudar a la cocinera con el menú. Tanto ella, como el cochero, entraron cargados con bandejas y depositaron todo en la cocina.

—El pastel aún no estaba listo, señorita Úrsula, tendré que volver en un par de horas.

—Yo vendré a recogerla sin falta, señorita Lucrecia —se apresuró a ofrecerse Bruno, logrando que la doncella se sonrojara—. El señor Zaldívar ha solicitado mis servicios todo el tiempo que permanezca en la ciudad.

Dicho esto, el muchacho salió corriendo, no sin

tropezarse con sus propios pies antes de recorrer el pasillo, y cerró la puerta con demasiada fuerza a su salida.

—Cuando bajes de tu nube, Lucrecia, sirve unas copas de champán y los aperitivos en el saloncito. —Le dio un pequeño codazo de complicidad y volvió al cuarto donde, sabía, tenía que conseguir que el ambiente continuara siendo tan pacífico como lo había sido durante la ceremonia. Cruzó los dedos, esperando ser capaz de conseguir semejante milagro.

—Hacía meses que no me sentaba a la cabecera de la mesa —comentó Arturo, acomodándose en el mullido respaldo que Alejandro había ideado para que él pudiera mantenerse erguido sin esfuerzo—. Y ahora tengo a mi derecha a mi yerno, y a mi izquierda a mi hija: la novia más preciosa del

mundo. ¿No te parece que está muy hermosa, hijo?

—Padre, usted me enseñó que es de mala educación hacer preguntas cuya respuesta condicionamos previamente.

—Ahí tu hija tiene razón —señaló el Padre Gregorio mientras degustaba una segunda copa de vino.

—No es tu padre quien condiciona la respuesta, Verónica, eres tú misma. —Alejandro alzó su copa y la inclinó hacia el frente, como si brindara por ella—. Nadie puede decir sin mentir que no estás preciosa.

—Ya sabes lo que opino de los cumplidos huecos y forzados —comentó, intentando no atragantarse con el último bocado de perdiz.

—Y tú también sabes lo que opino yo sobre aquellos que son sinceros y espontáneos. Y lo libre que eres para hacer oídos sordos a ellos.

Arturo sonrió, sabiendo que aquello debía de

ser algo que ellos habían hablado en privado, probablemente esa mañana. Y se dijo que, si Alejandro era capaz de soportar sin pestañear la mirada que su hija le estaba clavando, tenía la mitad del camino andado. Bien por él.

—¡Voy yo! —exclamó Verónica, haciendo a un lado la servilleta al oír los golpes en la puerta.

Era la excusa perfecta para levantarse de la mesa. Alejandro ya estaba mirándola de aquella manera otra vez. Y, desde que resultaba ser su esposa, se sentía distinta respecto a él. Pero lo peor era que temía que a él le sucediera lo mismo. Era como si entre ellos hubiera surgido una especie de conexión, una que ella estaba intentado evitar por todos los medios pues, sabía, no podían ser nada más que imaginaciones suyas.

Abrió la puerta y encontró un enorme pastel sobre una gran bandeja que sujetaban dos manos finas y pálidas. El pastel viró y detrás de él salió

la persona que más había echado en falta el día de su boda, que aunque no fuera una boda elegida por ella, era boda al fin y al cabo.

—Oh, mi niña. ¿Acaso podrías estar más radiante?

Sí, seguro que podría estarlo si se sintiera más feliz. Pero, tal vez, el hecho de verla allí le hubiera iluminado el rostro lo suficiente como para irradiar parte de esa felicidad. Nunca había tenido a su madre, pero Eugenia había cubierto ese puesto en su corazón durante un tiempo, hacía ya mucho. No obstante, un sentimiento como ese no podía desaparecer tan fácilmente.

—Señora Oliván. Yo... Siento no haberla podido invitar. Todo ha sido tan rápido, y esta boda no es exactamente...

—Calla, hija, calla. Úrsula me lo ha contado todo. Y ya sabes que debes llamarme Eugenia, solo Eugenia.

—¡Mamá! —Precisamente fue Úrsula quien se acercó a ellas y se hizo con el pastel para dejarlo en manos de Lucrecia, quien lo llevó de inmediato al comedor—. ¿Cómo lo has convencido para que te permitiera venir?

—¿Tú qué crees? No podía quedarme sin ver a la novia. Y sin darle un fuerte abrazo. Ven aquí, pequeña mía.

De pronto, todos los desplantes de su padre a quienes habían sido grandes amigos, su orgullo a la hora de no aceptar su caridad, y el distanciamiento que, muy a su pesar, había sufrido quedaron a un lado. Verónica se abalanzó a los brazos de una de las personas que más había querido en su vida.

—Muchas gracias por el ramo. ¡Es precioso!

—Sabía que te encantaría.

Eugenia soltó un poco el abrazo y Verónica retrocedió un paso. Siguió la mirada de la mujer y

encontró a Alejandro, aproximándose.

—Tú debes de ser el afortunado novio.

—Así es. Alejandro Zaldívar. —Le besó la mano e hizo una reverencia—. Y usted debe de ser de quien ha heredado esos ojos *Mademoiselle* Úrsula.

—Las palabras rápidas y adecuadas te serán muy útiles para lidiar con la mujer que has elegido. Solo espero que sepas apreciarla.

—Ya lo hago. A cada instante.

Verónica no pudo sino mirarlo con reproche. ¿A qué venía eso? Sus palabras no paraban de desconcertarla.

—También espero que ella sepa apreciarte. Aunque no dudo un ápice de su inteligencia, sí me preocupa más lo testaruda que puede llegar a ser.

—Eugenia —interrumpió Verónica. Parecía que tanto madre como hija disfrutaban de conversar con Alejandro en la puerta de su casa, obviando su

presencia. Si no tenía más remedio que dejarlos hacer, por lo menos que fueran sentados a la mesa, pensó con resignación—. ¿Por qué no pasas y tomas el postre con nosotros? A mi padre seguro que le encanta la idea.

—¿Ha venido usted sola, *Madame*? —se interesó Alejandro.

La mujer titubeó, y a Verónica le saltó el corazón dentro del pecho.

—No. Lo cierto es que mi marido se negaba a dejarme venir si no me traía él mismo.

—¡Papá! —exclamó Úrsula, asomando la cabeza por la puerta y buscándolo con la mirada.

—Eso esperábamos —comentó Alejandro, haciendo una reverencia.

Las tres mujeres se quedaron mirando cómo Alejandro caminaba con paso firme hacia el hombre que sostenía las riendas de dos caballos inquietos, aunque él no lo estaba menos. Los tres

pares de ojos contemplaron cómo el joven extendía una mano hacia Ricardo Oliván, quien lo recibió con algo de reparo. No eran capaces de oír las palabras, pero sí muy hábiles para interpretar los diferentes gestos del rostro del hombre. Fuera lo que fuera lo que Alejandro le dijo, sirvió para que Ricardo amarrara los caballos a un árbol cercano y lo siguiera hasta la casa.

Su mujer no había estado más orgullosa de él en toda su vida.

—Te quiero, cariño —le susurró al oído cuando él pasó por su lado, y vio cómo la comisura de sus labios se estiraba ligeramente.

—¿Me da su permiso para besar a la novia, señor Zaldívar?

Verónica hizo todo lo posible por no llevarse la mano al corazón, que le latía desbocado. Había echado tanto de menos aquella voz ronca y autoritaria, la misma que se tornaba divertida

cuando el Señor Oliván estaba de buen humor, o cariñosa cuando se sentía orgulloso de algo que hubiera hecho su hija y... Hacía tiempo, ella misma.

—Las novias deben ser besadas el día de su boda por todos sus seres queridos —alegó Alejandro—. ¿Acaso en España no se respeta esa tradición?

Cuando Ricardo se detuvo frente a Verónica, y la miró con media sonrisa, ella adivinó una lágrima en el borde de sus pestañas.

—¿Y tú, niña? ¿Me das tu permiso para felicitarte con todo mi corazón?

Verónica no tardó ni dos segundos en correr a sus brazos, casi con el mismo ímpetu con que se había arrojado a los de Eugenia. Miles de recuerdos llovieron sobre su mente. Un abrazo similar tras una caída en la plaza de la basílica, sus brazos aupándola cuando ella no era capaz de

subirse sola a un caballo, o la felicitación el día que consiguió el grado de bachiller.

—Arturo querría compartir este momento con nosotros. ¿Por qué no lo acompañamos?

Alejandro tendió el brazo a su esposa y esperó largos segundos a que ella lo aceptara.

—Gracias —articuló con voz apenas perceptible en cuanto lo tocó.

—¿Por qué?

—Por convencer a Ricardo para que entrara.

—No me adjudiques ese mérito. Yo solo le he transmitido un mensaje de tu padre.

—Entonces, gracias por transmitirlo de forma que él haya aceptado entrar.

—Si insistes, de nada. Ha sido un placer. Pero he de decirte que lo he hecho por tu padre, no por ti. Aunque si llego a saber lo que este matrimonio te adora, yo mismo hubiera ido a buscarlos para que estuvieran presentes en la ceremonia. Y

entonces sí tendrías que darme las gracias, porque no me hubiera marchado de allí hasta conseguir traerlos aquí. Para ti.

Verónica no pudo evitar mirarlo mientras hablaba. Era tal la determinación en sus palabras que no dudó en absoluto de cada una de ellas.

—Enhorabuena, Arturo. Ricardo y yo comentábamos que le damos nuestro visto bueno a tu yerno.

El tono jovial con que Eugenia empezó la conversación, antes de darle un fuerte abrazo al padrino, lo hizo todo más llevadero. Volver a verlo, y tan desmejorado. Volver a estar en aquella casa, y verla también tan venida a menos. Y enterrar por un día el orgullo y la desconfianza para volver a ser, al menos por unas horas, los buenos amigos que una vez fueron.

Arturo se moría, y tal vez aquélla fuera la última vez que lo vieran. Ese era el mensaje que

Alejandro le había dado a Ricardo en la calesa. Un mensaje que Arturo le había pedido que diera por él, si era él quien estaba allí fuera; y no lo dudaba, pues había oído la voz de su mujer. Aún querían a su hija, y él aún esperaba que ellos pudieran perdonarle sus errores.

Rememorando antiguas andanzas de la juventud y la niñez de los presentes, la sobremesa se alargó enlazándose con una merienda que terminó en cena. Verónica tuvo que interrumpir en un par de ocasiones la alegre conversación para administrar a su padre sus calmantes. Hasta que, al anochecer, la fiesta se dio por concluida y cada invitado volvió a su casa.

—Levante los brazos, padre, vamos a quitarle el traje.

—¡No! —Espetó Arturo, casi sin aliento, una

vez en su cama—. Quiero dormir con él puesto.

—Pero ¿qué dice? Eso es una tontería. Estará incómodo y no hará más que arrugarlo.

—Eso da lo mismo. Quiero alargar unas horas más la felicidad de este día.

—Pero...

—Dejémosle, Verónica. Es solo un traje.

Perpleja ante la mirada ilusionada que Arturo le dedicó, ella decidió concederle ese capricho.

—Como quiera. Pero mañana se lo quitaré para asearlo y no le dejaré volver a ponérselo.

—Trato hecho —aceptó con una gran sonrisa y abrió los brazos para recibirla—. Deja que te abrace, hija mía. Creo que aún no lo he hecho suficientes veces hoy.

Ella se dejó rodear por sus brazos mientras Alejandro lo arropaba con las sábanas, por lo que pudo oír lo que Arturo le susurraba su hija.

—Muéstrale cómo eres, mi niña. Cómo eres en verdad.

Tampoco se le escapó cómo ella lo miraba con reproche, pero después asentía débilmente con un gesto de su barbilla.

—Deja que te abrace a ti también, Alejandro.

Él lo hizo de igual forma, y supo que las palabras que le dedicaba a él eran igualmente escuchadas por ella.

—He cometido muchos errores en mi vida, pero sé que no me he equivocado contigo, muchacho. Todo lo contrario. Estoy seguro de que no existe mejor hombre para mi única hija.

Alejandro se apartó y prácticamente lo sintió dormirse en sus brazos.

—Buenas noches, hijos míos.

—Buenas noches, padre. Que descanse.

Los ojos se le cerraron mientras hablaba y su hija lo besó en la frente antes de salir.

sigilosamente del cuarto.

—Se lo veía muy fatigado —comentó Alejandro, mirando hacia la puerta que Verónica cerraba con suavidad.

—A la noche siempre está algo peor. Y después de todo el ajetreo de hoy, de estar fuera de la cama, las emociones de la ceremonia, las visitas inesperadas... —Suspiró. Para ella también había sido excesivo—. Demasiado para un solo día.

—Fatigado, pero también feliz.

—Sí. Hacía años, muchos, que no lo veía así.

—Lamento que tú no lo estés tanto.

—Mira, Alejandro —carraspeó—. Estoy muy cansada, y esta conversación ya la hemos tenido esta mañana.

—No. Antes no hemos hablado de que yo pretendo hacerte feliz. No hemos podido hacerlo porque es algo que he decidido durante la ceremonia. Y todo lo que ha sucedido después no

ha hecho más que reafirmarme en mi propósito.

Ella pensó en sus palabras, en que iba a amarla y hacerla feliz hasta el fin de sus días.

—Mi felicidad no está en tus manos, Alejandro.
—Habló casi en un jadeo, pues no quería despertar a su padre—. Es algo que no puedes comprar ni manipular. Solo yo puedo conseguir eso.

—Yo creo que te equivocas. Puedo contribuir a que seas feliz. Al menos, voy a poner todo mi empeño en ello. Si tú hicieras lo mismo, verías que no es tan difícil contentarse con pequeñas cosas, incluso las más nimias. Como por ejemplo: dormir vestido de padrino.

Ella no pudo evitar dejar asomar una sonrisa, a pesar de que su primer impulso había sido no permitirse una sonrisa sincera con él. *Muéstrate tal como eres*, se dijo a sí misma, y dejó que sus labios sonrieran todo lo que quisieran,

sorprendiendo a Alejandro por completo.

—Hasta mañana, *Monsieur Zaldívar*.

Se giró y se apresuró a ir hacia su cuarto. Aun así, en los pocos pasos que la separaban de su puerta sintió aquellos ojos clavados en su piel como miel caliente.

—Buenas noches, *Madame Zaldívar*.

Aquellas palabras la hicieron detenerse en seco cuando ya tenía la mano en el pomo de su puerta. Se giró hacia él, quien también estaba ya en el umbral de su cuarto, al otro lado del pasillo. Allí, en la penumbra, divisó sus ojos y lo que le decían. La retaban a negarlo, decir que ese no era ahora su nombre.

Como no podía decir tal cosa, puesto que lo había aceptado ante el sacerdote y había firmado aquellos dichosos papeles, se limitó a devolverle la mirada y lo que vio la dejó sin palabras. Parecía que, por la sonrisa que le dedicaba, él se

alegrara de tal hecho. Y lo más sorprendente de todo: a ella la idea ya no la disgustaba tanto.

Incrédula ante ese pensamiento, y ante la inclinación de cabeza que percibió en Alejandro justo cuando ella se reconoció a sí misma que aquel hombre parecía el menos infame de todos los que la habían pretendido, entró en su cuarto mientras él permanecía allí inmóvil, solo mirándola.

¿En qué había estado pensando el largo minuto que se habían sostenido la mirada?, pensó mientras se desvestía. Aquellos ojos se fijaban en ella de una manera tan profunda que era como si viera más allá de su rostro, más allá de lo que estaba dispuesta a mostrar. Y para colmo, ella creía empezar a ser capaz de ver también más allá de él. Ya no creía que su cara fuera una máscara de cortesía y petulancia. Él era así: sencillo y natural; y el encanto que irradiaba era innato, no fingido.

¡Maldito fuera! ¿Quién podía permanecer constantemente enfadada con un hombre así?

Puesto que apenas había pegado ojo en toda la noche, afectado por unos ardientes sueños con su reciente esposa, que eran más propios de un adolescente que de un hombre de su edad y experiencia, Alejandro se levantó con la primera luz del alba. Tras asearse y vestirse, decidió escribir una carta a su casa. Intentó ser lo más conciso posible, sin entrar en demasiados detalles.

Acababa de meterla en su sobre cuando sintió que no estaba solo en el cuarto. No fue ningún ruido ni aroma, sino una sensación —casi tangible— de unos ojos clavados en su espalda.

Se giró violentamente y encontró a Verónica. Estaba allí, de pie, mirándolo fijamente pero a la vez daba la sensación de que tenía la mirada

perdida.

No pudo evitar deslizar su propia mirada por el cuerpo de la joven, que ese día lucía un bonito aunque sencillo vestido de tonos rosados, lo que le hizo pensar que, sin duda, ese era su color.

—Buenos días —empezó él, ya que ella parecía no querer decir nada, tan solo mirarlo con esos ojos que podían hipnotizarlo—. Precisamente estaba escribiendo a Orleans, a la que será nuestra casa, *Le Petit Château Beaumont*, aunque como lo de «castillo» siempre nos ha sonado demasiado ostentoso, solemos llamarle solo *Le Petit Beaumont*.

Como ella seguía sin contestar, se levantó y le extendió la carta para que la leyera y comprobara que era cierto lo que decía.

—Quería informarles de nuestro enlace y que, de momento, permaneceremos aquí. Mi secretario vendrá en unos días; agradecería que me ayudaras

a habilitarle un dormitorio. Tengo bastante trabajo pendiente y solo él puede ponerme al día. Por supuesto —continuó, viendo que ella solo sostenía la carta, sin ni siquiera mirarla—, contrataremos a una cocinera y una doncella. Tú ya no tendrás que hacer las tareas de la casa. Le indicaré a Bruno que esté solo a nuestro servicio durante este tiempo, y también había pensado buscar una enfermera que se ocupe de tu padre en exclusiva. Si a ti te parece bien, claro.

El único gesto de ella fue mirar la dirección de envío de la carta antes de devolvérsela. Después estiró su mano hacia él, quien, por su parte, entendió que quería que se la cogiera. Inmediatamente se vio arrastrado fuera del cuarto, caminando lentamente por el pasillo.

Estaba a la vez sorprendido e intrigado, y el leve tacto de sus dedos sobre su mano estaba llevando a su cabeza los mismos pensamientos que

no lo habían dejado dormir esa noche. Pero sus locas fantasías se hicieron añicos cuando ella se detuvo delante del cuarto de Arturo. La puerta estaba abierta y pudo comprobar que el hombre aún dormía. Ella le indicó, con un casi imperceptible gesto de su mano, que entrara y permaneció quieta en el quicio de la puerta mientras él se acercaba a su suegro.

¿Querría decirle algo Arturo? Tal vez tuviera los ojos cerrados pero estuviera despierto. En cuanto llegó al lecho, se temió qué era lo que había mantenido así de misteriosa a Verónica.

Se acercó a Arturo y le habló al oído. Al no obtener respuesta, se inclinó sobre su pecho, tratando de escuchar su corazón. Después, le puso una mano bajo la nariz, intentando sentir su respiración, y por último le tomó el pulso de cuello y muñeca. No pudo evitar estremecerse al levantar uno de sus párpados y ver sus pupilas

perdidas, entornadas hacia arriba.

—Descansa en paz —murmuró antes de besarlo en la frente y taparlo hasta el cuello con las sábanas.

En cuanto levantó la vista hacia Verónica, que tenía ambas manos apretadas en dos puños contra su pecho, las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Solo pudo decirle *lo siento* con la mirada.

—No —susurró ella, sacudiendo la cabeza—. No.

Él se le acercó despacio y, antes de poder reaccionar, se la encontró golpeándolo en el pecho con dos puños de acero.

—¡Si tú no hubieras venido! —le gritaba una y otra vez.

Él trató de sujetarla, pero ella se escurrió entre sus manos, desplomándose sobre el suelo de rodillas. Él se agachó y la giró de forma que

quedara refugiada contra su pecho, de espaldas a él.

—Si tú no hubieras venido —volvió a repetir casi sin aliento. Pero cuando se dio cuenta de lo que eso significaba realmente, no volvió a repetirlo más.

Lo culpaba de la muerte de su padre. Si él no hubiera llegado, su padre habría seguido luchando por sobrevivir. Ahora que su hija estaba a salvo, según su criterio protector, él podía descansar en paz, y por eso había dejado de luchar por amanecer un día más.

En cambio, sabía que si Alejandro no hubiera llegado justo cuando lo había hecho, tal vez su padre habría muerto igualmente, pero desolado por abandonarla a su suerte, y en la miseria, por lo que, desde luego, no luciría esa sonrisa en el rostro a pesar de estar muerto.

El sollozo que le produjo aquel pensamiento

superó a todos los anteriores, y de repente fue consciente de que su esposo la abrazaba con fuerza y comprensión. No estaba sola, pensó, pero ni siquiera eso pudo consolarla.

—Tranquila —fue lo único que Alejandro pudo articular, con el rostro hundido en el pelo de ella mientras la acunaba entre sus brazos—. Tranquila.

Si lo odiaba, no podía culparla. ¿Cómo hacerlo si él mismo se echaba la culpa de no haber hecho algo más por Arturo? Y por no poder consolarla más que con una insulsa palabra y unos brazos que la sostenían, mientras ella lloraba sobre una manga de su camisa, de espaldas a él, para que no viera las lágrimas caer por su rostro.

Le había parecido una mujer tan fuerte, tan autosuficiente dentro de sus limitados recursos. ¡Y ahora la veía tan vulnerable, desmadejada en el suelo donde él había caído con ella, desolado por ella y por él!

—Yo cuidaré de ti —añadió minutos más tarde, pero eso solo pareció hacerla llorar aún más, por lo que decidió mantener la boca cerrada, al menos hasta que Verónica terminara de llorar todo lo que tuviera que llorar en ese primer momento de consciencia absoluta de que, al perder a su padre, había perdido una parte de sí misma. Él sabía perfectamente cuál era ese sentimiento. Y este arrebató de llanto no sería más que el primero de muchos.

Tras un tiempo indefinido de rodillas, en el suelo, y cuando Alejandro dejó de mecerla hasta quedarse simplemente abrazados el uno al otro, este sacó su pañuelo del bolsillo y se lo ofreció a la joven para que secara sus lágrimas y sonara su nariz.

Ella lo aceptó y se levantó lentamente, sacando fuerzas de flaqueza, con las piernas entumecidas, y se acercó al lecho para sentarse al lado de Arturo

y tomarlo de la mano.

Alejandro también se levantó y, queriendo darle tiempo a solas con su padre, se dispuso a salir del cuarto. Esperaría a que llegara Bruno para pedirle que informara al Padre Gregorio y a la familia Oliván de lo sucedido. Desde luego, no pensaba dejar sola a Verónica velando a Arturo. Eso era algo que ahora les correspondía a ambos.

Antes de que pudiera salir por la puerta, la oyó hablar con voz firme y decidida:

—Rompe esa carta, Alejandro, y escribe otra diciendo que en breve volverás. Conmigo. Ya no hay nada que me retenga en esta casa. Él ya se ha ido. Aquí ya no me queda nada.

Capítulo 4

Estaba oscureciendo cuando el carruaje traspasó una imponente verja de hierro forjado, se adentró en un pedregoso y largo camino, flanqueado por altos álamos y, tras rodear un conjunto de setos bajos que formaban un círculo entorno a un sinfín de flores, se detuvo en su destino.

Había sido un largo trayecto desde la última estación de tren en la que Alejandro y Verónica se habían apeado. Que el traqueteo del vehículo se detuviera por fin, hizo a la joven sentir un alivio inesperado.

En una especie de afrenta personal por todo lo que había sucedido, Verónica se esforzaba por mirar a Alejandro lo menos posible. Sin embargo,

no podía evitar apreciar que, para haber realizado ese mismo itinerario hacía menos de dos semanas, él no parecía ni la mitad de fatigado de lo que ella se sentía. Tampoco la mitad de molesto por su actitud de lo que ella había esperado, o incluso buscado.

Inexplicablemente, había respetado su silencio; supuso que al igual que respetaba su luto. Además la había tratado con paciencia en cada momento, no insistiendo en que comiera si ella no probaba bocado, ni en que saliera a pasear con él por el pueblo en el que habían pernoctado a la espera del transbordo a su último tren.

Verónica se había quedado en su mitad de la suite doble que Alejandro había solicitado expresamente en la recepción del hotel, y había cerrado con llave su puerta. Como ella necesitaba esas horas en soledad para llorar todo lo que su orgullo no le permitía hacer delante de él, hasta

esa mañana no habían vuelto a verse.

No le había reprochado nada en ningún momento. Ni siquiera el día del funeral de su padre, cuando ella había permanecido alejada de él, en brazos de Úrsula y Eugenia, le había recriminado que lo tratara con tanto desdén, casi como si no existiera. Y, en el fondo, estaba aún más molesta porque él fuera tan cargantemente comprensivo.

Sentados en silencio, en los mullidos asientos del carruaje de alquiler que los había llevado hasta la puerta principal de *Le Petit Château Beaumont*, esperó a que Alejandro saliese para ayudarla a bajar, como había hecho constantemente durante el viaje, aunque ella no deseara ni mucho menos su caballerosidad.

No obstante, esta vez él no se movió. Y por primera vez desde que lo había conocido, no vio determinación en su rostro: más bien todo lo

contrario. Estaba tenso, apretando una mano contra otra, mirándoselas mientras se retorció los dedos.

Verónica se había sentido nerviosa ante la llegada a la casa, la cual era más impresionante de lo que había imaginado antes de pisar las tierras del Valle del Loira. Se había temido que pudiera tener ese aspecto cuando, desde la ventanilla del tren, había divisado aquellos inmensos castillos a lo largo del frondoso valle. Por lo poco que pudo apreciar a través de la ventanilla del carruaje, *Le Petit Château Beaumont* era bastante más pequeño que aquellos majestuosos edificios señoriales, pero parecía tres veces mayor que su propia casa.

Ahora, ese nerviosismo había sido sustituido por curiosidad e incredulidad. ¿Estaba Alejandro asustado? ¿Precisamente ahora, que ya la tenía en su terreno?

—Verónica —murmuró antes de levantar la

cabeza y mirarla intensamente a los ojos—. No puedo hacer esto solo.

—¿A qué te refieres? —dijo, en lo que fueron sus primeras palabras en ocho días, hecho del que ambos fueron conscientes al mismo tiempo.

Con auténtico dolor en su corazón, Alejandro le expuso lo que más miedo le daba de tenerla allí, en su casa. Algo que no había esperado en absoluto cuando había aceptado casarse con ella. Algo que creyó imposible el día de su boda, cuando había sentido crecer entre ambos una especie de vínculo, una complicidad, la muda promesa de que la convivencia iba a ser mejor de lo que había imaginado. Una mágica conexión que se había roto en el preciso momento en el que Arturo había muerto.

—Puedes ignorarme, contestarme mal, o no hablarme en absoluto; incluso tratar de hacer mi vida imposible todo lo que te plazca. Yo me lo he

buscado, por así decirlo. Pero mi familia no tiene la culpa de mis decisiones, y no merecen tu despotismo.

—¿Tu familia? —Verónica parpadeó repetidamente, confusa—. Creí que no...

—Mis sirvientes, Verónica. Mi padre era la única persona a la que me unía la sangre en esta casa, pero todos los que en ella habitan son mi familia desde... Desde que tengo uso de razón. Y me lo demostraron aún más cuando mi padre murió. No sé cómo tratabas tú a tus sirvientes cuando los tenías, pero no permitiré que maltrates a uno solo de los míos.

—No pensaba maltratar a nadie. —Sosteniéndole la mirada en todo momento, la joven contuvo unas lágrimas que amenazaban con brotar por sus ojos—. Tampoco a ti.

—Pues lo has hecho desde el primer momento en que me viste.

—¡Tú me atropellaste con tu carruaje! —le reprochó, completamente impotente ante sus argumentos.

—Técnicamente no fui yo, pero eso ya no importa. —Agitó la mano y suspiró, adelantándose en el asiento para mirarla más de cerca—. ¿Te comportarás como una digna dama? No tienes que fingir que te agrado; ellos ya saben las condiciones de nuestro matrimonio, se lo expliqué sutilmente en el telegrama que les envié. Al menos, dentro de esta casa será visto como una unión pactada. Como un enlace acordado desde tu nacimiento, que ambos hemos aceptado. Solo tienes que tratarles con educación y no ser tan grosera conmigo en su presencia. —Cerró los ojos un instante, y ella pudo comprobar que estaba más cansado de lo que aparentaba. En más de un sentido—. En privado, puedes seguir odiándome cuanto quieras.

¿Odiarlo? Tampoco era que lo odiara. Ese era

un sentimiento demasiado fuerte para alguien a quien apenas estaba conociendo aún. Para alguien que simplemente cumplía una promesa y... *Si tú no hubieras venido*. La frase se repitió en su cabeza, y tuvo que hacer otro gran esfuerzo por no romper a llorar. Tragó saliva y, tras un largo suspiro, llevó la conversación hacia un punto que la preocupaba especialmente.

—Respecto a eso, precisamente, estar en privado... Espero que te hayas adelantado a los acontecimientos, indicando que yo dispondré de una habitación propia.

Alejandro pensó que hasta que no estuviera tranquila en cuanto a sus miedos no podría lograr razonar con ella respecto a nada.

—No, no me he adelantado. Sinceramente, no había pensado en ello cuando partí. Aunque es muy probable que, tras recibir mi telegrama, Berta haya tenido en cuenta ambas posibilidades y haya

arreglado, tanto mi cuarto para ser compartido, como otro para ti. Es muy eficiente, como podrás comprobar si le das una oportunidad.

Al ver que él no pretendía poner trabas a que durmieran separados, Verónica se calmó un poco. Lo justo para concederle calma a él.

—Está bien. Puedes estar tranquilo. Seré todo lo encantadora que mi actual estado de ánimo me permite.

—Te repito mi más sincero pésame por la muerte de tu padre, Verónica.

—No solo por mi duelo —aclaró, contrariada al entender que no veía lo obvios que eran sus motivos para sentirse incómoda—. Me siento como una intrusa: no deseada, acogida y... totalmente fuera de lugar.

—Comparto lo de no sentirme deseado, créeme. —*Y nunca me había sentido así*, pensó para sí—. El resto no lo siento en absoluto, y

espero que tú no lo veas de esa manera a partir de ahora. Eres la señora de la casa, y así es como lo verán ellos. Eres su patrona y tus órdenes serán acatadas. Solo espero que sean razonables para no tener que desautorizarte.

—Ya. —Casi río—. Tu palabra siempre quedará por encima de la mía, eso lo tengo claro.

—Está en tus manos hacer de esta tu casa, Verónica —repuso con seriedad, un instante antes de abrir la puerta del carruaje—. Únicamente en tus manos.

Tomada del brazo de Alejandro, caminó hacia la puerta principal de *Le Petit Beaumont*, obviando mentalmente la palabra *Château*, ya que de por sí la intimidaba, y miró a su alrededor maravillada por lo que los últimos rayos de sol le permitían apreciar.

Los jardines estaban cuidados con lo que catalogó como mimo y gusto exquisito, y la

arquitectura del edificio, de tres plantas, era como un ensayo de lo que podrían haber sido posteriormente los esplendorosos castillos que había visto a orillas del Loira, de camino a la casa. La piedra, casi blanca, quedaba cubierta por enredaderas que trepaban alrededor de los ventanales, coronando dos balconadas, donde se entrelazaban con buganvillas de un fucsia intenso.

Antes de subir la docena de escaleras que llevaban al portón de madera entreabierto, un enorme perro salió corriendo y prácticamente se abalanzó sobre ellos.

—¡Gino! —Alejandro se soltó de Verónica para agacharse a recibir a su peludo amigo. Le frotó debajo de las largas orejas y el animal ladró de entusiasmo.

Hasta que no le acarició la cabeza, el lomo y le dio unas palmaditas, Gino no se dio por satisfecho y decidió cambiar su objetivo. Algo reacia cuando

su hocico comenzó a subir por sus piernas, Verónica miró a Alejandro para que contuviera al entusiasta animal.

—Solo quiere conocerte —le explicó y le tomó la mano—. Tiene que olisquearte bien para saber que tu olor formará parte de esta casa y que no tiene nada que temer. Nada de qué protegerme —añadió, mirándola con media sonrisa—. Déjale olfatearte. No te morderá.

Resignada, permitió que Alejandro tirara de su mano y la acercara al hocico de Gino, el cual no tardó ni un segundo en lamérsela, para regocijo de su dueño. Ella decidió que el perro de la casa no podía ser el mayor de sus problemas, y se agachó ligeramente para poder acariciar con su otra mano la cabeza castaña del enorme perro de cuerpo blanco.

—¿De qué raza es?

—Es un *setter* irlandés. Probablemente con

algo de mestizaje, es más grande que la mayoría.

—Ya lo veo —murmuró, puesto que el animal le llegaba más arriba de la rodilla—. Hola, Gino. Yo soy Verónica. ¿Me entenderá si no le hablo en francés? —se percató de pronto. Alejandro había hablado en perfecto castellano en todo momento.

Él, más relajado al verla acariciar con más ternura de la que hubiera esperado al viejo y afable Gino, no respondió hasta que el portón de doble hoja se abrió por completo, mostrando una ordenada fila de sirvientes en una silenciosa bienvenida.

—Mi padre trajo consigo al servicio, que estuvo dispuesto a dejar España, y acompañarlo a su nueva vida. Y los que no han nacido allí, aprendieron el idioma en esta casa.

—Puedo hablar francés. —Volvió a enlazar su brazo con el de Alejandro para subir el resto de las escaleras—. Solo me refería al perro.

Como estaban ya muy cerca, la conversación se volvió un murmullo entre dientes:

—A él puedes hablarle en francés o castellano. Seguramente, no te haga caso en ninguno de los dos idiomas. Es... bastante especial.

—Siempre se me han dado bien los perros. Tuve tres distintos —le indicó, desafiante.

—Muy bien. Ya veremos. —Contento por el reto que acababa de presentársele, la miró un segundo antes de dirigir su atención a la fila que los esperaba, expectante—. Hola a todos. Da gusto volver a casa y ver que estáis todos bien. Dejad que os presente a mi esposa. Verónica Aranda. De Zaldívar —añadió en el último momento, por la falta de costumbre.

Tragando saliva lo más discretamente que pudo, Verónica hizo una lenta reverencia y cuando alzó la vista, pudo ver los rostros estupefactos de todos los sirvientes, quienes hicieron lo mismo en cuanto

sintieron su mirada sobre ellos.

—Empezaremos por la derecha —comentó Alejandro, sonriente, tratando de quitar solemnidad a aquella escena. Nunca le habían gustado los formalismos—. Esta es Melissa, doncella y ayudante en la cocina, que es terreno de Margot desde antes de que yo naciera.

—Nací en esta casa, Madame —dijo esta última—. Mi madre me dio a luz bajo este techo. Y me enseñó todo lo que sé.

—Encantada —dijo Verónica, algo sorprendida por la elección del comentario de la cocinera, pero les dio la mano a ambas, mirándolas a los ojos y tratando de sonreír todo lo que pudo.

La primera era una mujer que aparentaba casi cuarenta años, pero que probablemente tuviera bastantes menos. Era fuerte y de piel pálida, con cabellos de un castaño muy claro y los ojos verdes, oscuros y tranquilos. Si no hubiera sido

por que a su lado no había ningún hombre ni niño, hubiera jurado que era una esposa con hijos. En cambio, la cocinera tendría más de cincuenta años, era bastante flaca y de pelo tan negro como el carbón. Sus ojos, redondos y negros también, hacían juego con su oscuro uniforme. Ninguna de ellas llevaba delantal ni cofia, por lo que imaginaba que Alejandro no era muy estricto en ese aspecto.

—Arthur es el cochero, y marido de Margot.

—Lo segundo me da más trabajo que lo primero —murmuró el hombre, y la cocinera le dio un discreto codazo que no pasó desapercibido a Verónica.

Alejandro esperó a que su esposa le diera la mano al alto hombre de casi sesenta años, pelo cano y ojos castaños hundidos, para continuar las presentaciones.

—Ella es Ivette, doncella, aprendiz de

jardinera y, bueno, realmente echa una mano en cualquier tarea de la casa.

—A su servicio, *Madame*. Estamos muy contentos de que, por fin, haya una Señora Zaldívar.

La muchacha miró hacia un lateral y enrojeció. Verónica pudo comprobar que la mujer que se encontraba en el extremo izquierdo le había echado una dura mirada por su comentario, el cual a ella le había agradado bastante.

—Y yo estoy muy contenta de estar aquí, Ivette. Muchas gracias.

Le tomó la mano con calidez y le dedicó la que había sido su única sonrisa en muchos días. No pudo evitar fijarse en lo bonita que era, la belleza de una niña que empieza a hacerse mujer, con sus cabellos castaños lisos recogidos en un coqueto moño alto, y unos ojos soñadores y esperanzados brillando con un color ambarino.

—Gracias, Ivy, tú siempre tan amable. Él es Leo. Léonard —se corrigió Alejandro—. Se encarga de los jardines y de los caballos.

—Yo también aprendí de mi padre todo lo que sé de mi trabajo —comentó, mirando a Margot—; y de mi madre, todo lo demás. —Miró a su izquierda y le sonrió a la mujer seria y plantada como un guardia, que apenas había movido un músculo desde que estaban todos allí—. Encantado, *Madame*. Deseamos que se sienta como en casa desde este preciso momento.

—Sois todos muy amables, Léonard. —Le dio la mano, y encontró la suya cálida aunque algo áspera, con heridas propias de su trabajo. Tal vez también por ese motivo su pelo rubio estaba tan dorado, y su tez bronceada por el sol—. Intentaré adaptarme lo más rápido posible.

—Y ella es Berta. Ama de llaves y cerebro de todo lo que sucede en la casa. Seguro que tendréis

mucho de lo que hablar, pero dejémoslo para mañana. Es tarde y estoy hambriento.

—*Bienvenue, Madame*—. A Verónica le molestó que aquella mujer le hablara en francés, pero solo porque ningún otro lo había hecho. Aunque, realmente, fue el tono lo que la hizo rechinar los dientes. Probablemente ella lo captó, porque continuó en castellano—: Espero que encuentre todo de su agrado.

—No dudo que así será.

Sin dejar de mirar a la mujer bajita, morena y de ojos tan serios que apenas dejaban apreciar que su azul era del mismo tono que el de su hijo, pues a él los ojos le brillaban alegremente mientras que en ella parecían estar completamente apagados, sintió cómo Alejandro la tomaba del brazo y la invitaba a entrar en la casa.

—Cenemos, solo cenemos y vayamos a descansar. Mañana será otro día. Te mostraré la

casa y todo lo que quieras. Pero ahora me pueden el hambre y el sueño.

—Alejandro, yo preferiría retirarme. El viaje ha sido muy largo y me gustaría descansar.

—¿Hoy tampoco vas a cenar?

—Le subiremos la cena, *Madame* —intervino Berta, quien, con un gesto, envió al resto de mujeres hacia un pasillo. Después se dirigió a Alejandro—: Las dependencias contiguas a su dormitorio han sido equipadas para hacer uso de ellas si así lo desean.

—Verónica y yo nos organizaremos. Gracias, Berta.

—Muy bien. Si su esposa necesita ayuda para deshacer su equipaje, le enviaré a Ivette. Melissa le subirá la cena en unos minutos. Con permiso.

Léonard y Arthur entraron en ese momento, cargando uno de los dos únicos baúles que Verónica había llevado consigo.

—¿El resto del equipaje, Alejandro? — preguntó el joven, de forma familiar y directa.

—Eso es todo, Leo.

Sorprendido, pero sin replicar, le indicó a Arthur que lo siguiera, y ambos subieron la gran escalinata que llevaba al primer piso.

—Te enseñaré tu cuarto. —Alejandro esperó a que estuvieran solos—. Instálate o vete a dormir. Pero antes, por favor, come algo de lo que te suban. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré.

Verónica volvió a aceptar su brazo, y ambos se encaminaron en la misma dirección que los sirvientes. Tras cruzarse con ellos, llegaron a una puerta junto a la que habían dejado el primer baúl. Alejandro la abrió para mostrar su interior, aunque ella solo asomó la cabeza.

—Mi dormitorio. Como comprobarás, es muy similar al tuyo. A excepción de que desde el mío

se puede acceder directamente al cuarto de baño —señaló la puerta más cercana a la escalinata—. Por supuesto, tanto esa puerta como la que da al pasillo tienen llave —añadió cuando los ojos de ella se abrieron de par en par—. Y justo en frente tienes otro, si prefieres usar ese a compartir el mío. Pero cuando algún familiar viene de visita, se aloja en los dormitorios de en frente. Y hace uso del baño, por supuesto —explicó, de forma que a ella no le quedó ni la menor duda de cuál era el que debía usar—. Continuemos.

Llegaron al final del corredor, en el que Verónica contó ocho puertas. Por cómo estaban dispuestas: de forma similar a ambos lados, dedujo que toda el ala derecha del primer piso estaba destinada a dormitorios.

—Traedlo aquí. Y el otro también —indicó Alejandro cuando los dos sirvientes aparecieron con el segundo baúl. Con gesto de comprensión,

obedecieron sin rechistar.

Los dos hombres se marcharon y en las escaleras se cruzaron con Melissa e Ivette, quienes llevaban una bandeja con la cena de la nueva patrona y el escaso equipaje de Alejandro respectivamente.

—La bandeja, a la otra habitación —murmuró Léonard.

Ambas mujeres se miraron entre sí y se despidieron con gesto desilusionado en el umbral de la puerta del dormitorio de Alejandro.

—Con permiso.

Verónica se giró sobresaltada al oír a la doncella, quien dejó la bandeja sobre el tocador y se quedó parada a la espera de más instrucciones.

—Eso es todo, Melissa. Puedes retirarte. Verónica no necesitará nada más por hoy.

—Muy bien. Buenas noches, *Madame*.

—Gracias —dijo Verónica, reaccionando algo

tarde—. Melissa. Buenas noches.

Había estado observando su nuevo cuarto bajo la luz de un quinqué, varias velas en hermosos candelabros y la chimenea encendida. Todo lo necesario para iluminar la amplia estancia, amplísima. Demasiado para una sola persona. Pero estaba en un pequeño castillo, se recordó; allí todo sería majestuoso. Sin embargo no era demasiado pomposo, aunque sí muy acogedor.

En la pared izquierda, la cual separaba su dormitorio del de Alejandro, se encontraba el lecho. Este, a pesar de sus exageradas dimensiones y delicado dosel, prometía ofrecer un sueño reparador y cálido bajo aquel cobertor de tonos pastel, acompañado de varios cojines a juego. Las dos mesitas a ambos laterales contaban con dos lamparitas de gas que en ese momento no estaban encendidas, pero que Verónica enseguida adjudicó como su iluminación para la lectura que

acostumbraba a disfrutar antes de dormir.

Una hilera de ventanales llenaba la pared frontal a la puerta, cubierta por densos cortinajes de un color verdoso sobre un pálido beis. En la pared derecha, la chimenea estaba flanqueada por un pequeño escritorio con su silla a un lado y, al otro: un gabinete en distintos tonos de marrón, formando motivos de fauna y flora, que Verónica enseguida identificó de estilo holandés. Ella misma había tenido uno muy parecido, al menos hasta hacía tres años, cuando lo había vendido muy por debajo de su precio.

A la izquierda del lecho estaba el tocador con su espejo, con un amplio vestidor a un lado y un chifonier al otro. Demasiados muebles que llenar con las escasas ropas y objetos que ella llevaba en sus dos baúles.

—Margot cocina muy bien. Prueba la cena. Al menos pruébala.

—Huele de maravilla. —Se sentó en el taburete del tocador—. Y la habitación es estupenda. Mucho más de lo que necesito.

—Las necesidades cambian con las circunstancias. Come —le indicó, y no se marchó hasta que la vio probar un bocado.

—Está muy rico —concedió después de tragar sin apenas masticar.

—¿Necesitas algo más? —Ella negó con la cabeza—. Entonces hasta mañana, Verónica. Que descanses.

—Tú también. —Le dedicó una imperceptible sonrisa y pinchó otro trozo de ternera para que Alejandro se marchara tranquilo.

Terminó de masticar con desgana el pedazo de carne y la mirada se le perdió entre las llamas que bailaban en la chimenea, como si la tuvieran hipnotizada. De pronto, en un impulso se levantó corriendo y cerró con llave la puerta del

dormitorio. Acto seguido, se tiró sobre la cama y se echó a llorar. Otra noche más.

—Parece una mujer muy triste —comentó Melissa, sentada a la mesa de la cocina junto al resto del servicio.

—¿Y qué esperabais? Acaba de perder a su padre. —La forma rotunda con la que Léonard hizo ese comentario provocó que todos dejaran de comer durante unos segundos—. Lo siento —añadió, y le apretó la mano a Melissa antes de levantarse de la mesa, con desgana.

—El Niño la hará sonreír de verdad. Le doy un mes, como mucho. —Margot se levantó detrás de Léonard y lo empujó para que volviera a su asiento—. Aquí todos comemos dos platos, Leo. Mi cocina, mis normas. —Cogió la fuente con la ternera en salsa y la colocó en el centro de la mesa

—. ¿Tú qué dices, Arthur?

—Yo mejor me callo —adujo el hombre dedicándose por completo a su cena.

—¿Y tú, Ivy?

—Yo... creo que Madame Verónica se esforzaba por ser amable con nosotros. A pesar de que lo más seguro es que no sintiera ningunas ganas de sonreír, lo ha hecho.

—Muchos cambios a la vez para una mujer tan joven —repuso Melissa, y se sirvió apenas una cucharada en su plato.

—Ahora somos su familia —alegó Ivy, recordando cómo ella misma había llegado allí no teniendo a nadie en la vida, pero había encontrado a la que consideraba su verdadera familia.

Berta la atravesó con la mirada.

—Recuerda tu lugar en esta casa, Ivette. Nunca olvides cuál es.

—¡Mamá! —protestó Léonard, contrariado por

aquellas frías palabras.

—Vamos, Berta. —Margot, como siempre, tuvo que interceder por la muchacha ante ella—. Se trata de la esposa del Niño. Y él nos considera su familia desde siempre.

—Y os he echado mucho de menos, como siempre.

Todos se sobresaltaron y se levantaron de sus asientos al oír entrar a Alejandro, más por culpabilidad por lo que estaban hablando, que por costumbre. Las muestras demasiado formales de respeto eran algo que Alejandro nunca había apreciado, al contrario: le disgustaban. Precisamente porque, para él, eran más familia que servicio.

—¿Sigo teniendo un hueco en esta mesa?

—La cabecera siempre está libre, a no ser que tú la ocupes, Niño. —Margot le dio un fuerte beso en la mejilla y le puso un plato rebosante en la

mesa.

—Os debía esto. —Alejandro besó y abrazó, uno a uno, a todos antes de sentarse en su lugar habitual—. Antes no me ha parecido un buen momento.

Berta sacó una copa para él, en lugar de los sencillos vasos que ellos utilizaban.

—¿Qué tal estos últimos meses? —Aunque había pasado por casa antes de dirigirse a Zaragoza, en el escaso día que había permanecido allí no había tenido tiempo de hablar con ellos como le hubiera gustado.

—Todo en orden, Alejandro, como siempre —fueron los únicos informes de Berta.

—Griselda y Baviera han tenido a sus potros, solo con dos semanas de diferencia. —Le informó Léonard—. Están sanos y los dos son machos.

—¿De veras? ¿Y cómo los habéis llamado?

Una risa ahogada resonó entre los comensales,

y Alejandro miró a Melissa. Ya se imaginaba por dónde iban los tiros.

—Júpiter y Neptuno —confesó ella—. Lo siento, Alejandro.

—No, si está muy bien. Son dos nombres muy dignos. Grandes planetas y dioses romanos. — Pero no pudo evitar carcajearse.

—Yo le dije que podía elegirlos porque hizo de ayudante en los dos partos. —Se culpó Léonard—. La próxima vez seré más cauteloso con mis concesiones.

—De los errores se aprende —concluyó Alejandro, y pidió más noticias sobre lo ocurrido en su casa en su ausencia.

Era agradable volver al hogar y ver que, salvo pequeñas cosas, todo seguía el curso habitual de los últimos años, tranquilo y sin sobresaltos. Después de todo por lo que habían pasado tiempo atrás, se merecían al menos eso.

Porque lo conocía como una madre conoce a su hijo, Berta esperó a que todos se retiraran a dormir para acudir al despacho de Alejandro, donde sabía que lo encontraría. Aunque ella no lo hubiera traído a este mundo, lo había criado antes incluso de tener a su propio hijo, antes de casarse con Henri, como Fernando había esperado de ella. A pesar de que, en su día, se habría conformado con cuidar de Alejandro por siempre, incluso ahora, que era un hombre adulto, le daba gracias a Dios por la criatura que había llevado en su vientre y había amado antes incluso de ver su rostro, de ver sus propios ojos en él. Léonard era su máspreciado tesoro. Alejandro, el siguiente.

—¿Revisando el correo?

Alejandro levantó la vista de la última carta de Basile, su secretario, la única que pensaba leer

por el momento, de todas las que se apilaban sobre su escritorio.

—Solo asegurándome de que no hay nada urgente antes de irme a dormir.

Aún recordaba la carta de Arturo entre el gran montón de correspondencia. Y se preguntaba qué habría sucedido si él hubiera tardado un solo día más en leerla.

—Hasta mañana por la mañana no podrás solucionar nada, por muy urgente que sea.

Ella siempre tan pragmática, pensó Alejandro mientras la veía servir dos copas de coñac y sentarse frente a él, mirándolo fijamente a los ojos. Había una conversación en ciernes sobre algo que le preocupaba a ella y no podía esperar hasta la mañana siguiente.

—Pero así me iré mucho más tranquilo a dormir. —Le sujetó la mano por la muñeca antes de que bebiera el primer sorbo—. Gabriel dijo

que, por sus efectos depresivos, no era recomendable que bebieras. Que bebiéramos —se corrigió, pues había sido un consejo dirigido a todos, si bien ella debería controlarse más que nadie—. Como mucho, una copa de vino en las comidas.

—Gabriel pasó por aquí la semana pasada y dijo que estaba muy bien.

—¿Qué dijo sobre Melissa?

—Pregúntaselo a ella. Pero te puedo asegurar que todos estamos bien. Cosa que no sé si puedo decir de ti. —Le dio un sorbo a su copa y la dejó con fuerza sobre la mesa—. ¿Qué has hecho, Alejandro?

—Cumplir una promesa.

Ella lo miró sin pestañear.

—Algunas promesas no es necesario cumplirlas.

—No es eso lo que tú me enseñaste, ni lo que

me enseñó mi padre. Y yo siempre he cumplido mi palabra. No iba a estrenarme faltando a la más sagrada de las promesas que he hecho en mi vida. La que hice en el lecho de mi padre justo antes de que muriera.

—Siempre fue difícil decirle no a tu padre. —
Suspiró y bebió otro trago, esta vez más largo. Después negó con la cabeza—. Ella no es nadie. ¿Cierto?

—Es mi esposa. Eso es más que suficiente.

Berta pensó en sus anodinas ropas y en su escaso equipaje.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Rara vez Alejandro se enfurecía, menos aún con Berta, a quien respetaba y quería. Pero ese tema, ese en concreto, lo sacaba de sus casillas.

—No necesito una esposa con pedigrí, Berta. No necesité a mi tío Armand, ni nada, ni a nadie, de la familia de mi madre. Mi padre fue lo

bastante bueno para ella y, según Armand, él tampoco era nadie.

Las personas eran alguien o no lo eran en función de los ojos de quien los mirara, pensó ella.

—Tu vida cambiará por completo —le advirtió—. Lo sabes, ¿verdad?

—He terminado mis estudios. Pensaba dejar atrás mis correrías, que tú sabes que han sido muchas. Quiero disfrutar de mi hogar más tiempo, todo el que me permitan las visitas ineludibles a mis socios. Por eso, creo que es bueno tener a una esposa esperando mi regreso, o incluso acompañándome en mis viajes.

—¿Ella lo hará?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Ha venido obligada. Más de lo que imaginaba. Lo he notado.

—Cambiará de opinión...

—Tú siempre tan seguro de ti mismo. —Berta

se carcajeó—. Como tu padre.

—Y soñador, como mi madre.

Ella carraspeó y levantó su copa.

—Brindemos pues. —Esperó a que él la imitara—. Por tu enlace, Alejandro. Espero que hayas hecho lo correcto.

—No tengo la menor duda de que así ha sido.

Berta apuró su copa mientras que Alejandro apenas bebió un sorbo.

—El tiempo lo dirá. —El ama de llaves se levantó y se llevó su vaso. Pero antes de salir, se volvió hacia Alejandro—. Si tenéis pronto un hijo, ella se centrará en él y será todo más sencillo para vosotros.

Aunque Alejandro no lo supiera, ella lo decía por propia experiencia.

—Me temo que eso no va a suceder de momento, Berta—. No iba a ser ningún secreto en breve, así que para qué ocultarlo, y más a ella—.

Pero gracias por el consejo.

Capítulo 5

Verónica se levantó temprano. Era inútil tratar de conciliar el sueño al alba cuando la noche anterior se había despertado innumerables veces. Algunas llorando, otras tiritando. Estaba claro que ni la cama más mullida y acogedora, ni el dormitorio más cálido podían lograr hacer descansar a un alma sin consuelo.

Se vistió con otro de sus recios vestidos de luto y bajó las escaleras hacia el comedor, donde imaginaba que aún no habría nadie. Alejandro estaría cansado del viaje y el servicio no los esperaría a ninguno hasta dentro de un par de horas. Así que, si quería desayunar, debería ir directamente a la cocina.

No era que no pudiera hacerlo. Si era la

cocinera —Margot, recordó— quien se encontraba allí, permanecería con ella de buena gana mientras desayunaba. Le había parecido una mujer agradable. Pero si era Berta la que aparecía por algún lado, simplemente la saludaría y se marcharía de nuevo a su cuarto a esperar a que Alejandro bajara a desayunar con ella. Aunque, ¡demonios!, se moría de hambre. Tal vez ese fuera uno de los motivos por los que no podía dormir. A la noche no había sido capaz de probar más que dos bocados de aquella carne. Y no porque no estuviera sabrosa, sino porque había tenido el estómago completamente cerrado.

Se dirigió al pasillo que las mujeres habían tomado la noche anterior. Antes de atravesar el vestíbulo, oyó un ruido a su espalda, como de pies contra el suelo, corriendo. Apenas se había girado cuando oyó una risita en lo alto de la escalera y otros pasos que se perdían por el oscuro pasillo.

Se aproximó allí rauda y vio una sombra desaparecer en una curva.

—¿Madame? —pronunció una voz sombría a su espalda.

Verónica dio un brinco y se llevó la mano al pecho.

—Berta —la voz apenas le salió—. Me has asustado.

—Lo lamento. No la esperaba por aquí, ni tan temprano.

—Me cuesta dormir últimamente.

La mujer la miró desde abajo, pues ella era bastante más alta que el ama de llaves. Sus ojos azules parecieron refulgir en la oscuridad con un extraño brillo.

—La muerte se lleva las almas de los muertos y perturba las de los vivos —murmuró con tono lúgubre.

—Sí. Así es.

Otra risa se oyó detrás de ambas, y Verónica supo que esta vez no era su mente cansada y sugestionada, porque Berta se giró y miró hacia el pasillo con los ojos entrecerrados.

—¿Eso son risas de niños?

—Tranquila, Madame. Yo me encargo de esto.

La mujer se encaminó hacia las escaleras. Verónica la siguió de cerca.

—¿Hay niños en esta casa?

—No, Madame. No deberían estar en la casa. Yo me encargaré —repitió—, no se preocupe.

—¿Si no deberían estar en la casa, cómo es que están?

—Son los hijos de Melissa. Les tengo dicho que no pasen de la puerta de la cocina ni de las dependencias del servicio. Pero son unos niños muy desobedientes.

Los hijos de Melissa. Aquello la alegró inesperadamente, y no solo porque su intuición le

hubiera dicho que aquella mujer tenía aspecto de madre, sino porque tener niños a su alrededor siempre le hacía sentirse viva.

—Son solo niños, Berta. Y si son los hijos de Melissa deberían haberme sido presentados ayer con todos vosotros. ¿No crees?

—No forman parte del servicio. Aún. Son demasiado pequeños. Al menos eso opina Monsieur Alejandro. Yo ya llevaba dos años trabajando en casa de los Zaldívar en Zaragoza cuando tenía la edad de las gemelas —le informó con tono de superioridad.

—Soy de la opinión de que ningún niño debería trabajar. Aun así, si viven en esta casa tendré que conocerlos. Haz el favor de llamarlos.

—Como desee, Madame.

Verónica la siguió cuando enfiló el pasillo y llamó a los niños nada menos que por cuatro nombres. Alejandro iba a tener que explicarle por

qué no le había dicho nada de la existencia de cuatro niños en la casa en la que iba a vivir. Él sabía que ella era maestra, que le gustaban los niños. ¿Por qué ni siquiera los había mencionado? No lograba comprenderlo.

—Aquí tiene a uno, Madame —anunció Berta cuando logró coger del cuello de la camisa a un muchacho sin las dos paletas superiores que trataba de esconderse en el hueco de la escalera.

—Saluda a la esposa de Monsieur Alejandro, Jacques —le indicó en francés.

Ella se agachó para poder verlo de cerca y lo cogió por los hombros para que Berta lo soltara.

—Hola, Jacques. Yo soy Verónica. —Se dirigió a él también en francés y, amablemente, le ofreció una mano que él apretó débilmente un solo segundo. Estaba claramente asustado—. ¿Cuántos años tienes?

—Seis —respondió con un ceceo a causa del

hueco entre sus dientes.

—Oh, ya eres un hombrecito. Me gustaría conocer a tus hermanos. ¿Podrías buscarlos conmigo? Por lo que veo, estabais jugando al escondite. A mí también me gusta ese juego.

Él asintió con la cabeza y la tomó de la mano después echarle una mirada de desconfianza a Berta. La joven se sorprendió de que pareciera más asustado del ama de llaves que de ella, quien era una completa desconocida para él

—Eso es todo, Berta. Gracias.

Indignada, la mujer la miró unos instantes antes de irse a la cocina, que era adonde se dirigía cuando había visto a la nueva patrona husmear por los pasillos. Y a los niños curioseando para conocer a la nueva patrona. Bien, si unos querían encontrarse con los otros, que lo hicieran. Ella tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

En lo alto de la escalera, dos niñas como dos gotas de agua miraban con la boca abierta a su hermano pequeño, quien aún sostenía la mano de Verónica.

—Le gusta jugar al escondite —les informó con su característica y silbante voz, tan alto que las niñas bajaron corriendo para que no gritara.

—Mamá nos reñirá si despertamos a Alejandro.

—No pasa nada. —Verónica sacudió el oscuro y rizado pelo del niño con la mano, y este rio—. Alejandro duerme como un tronco.

Imitó unos graves ronquidos que desconocía si Alejandro emitía, pero que lograron que las niñas rieran tímidamente.

—Ellas son Emma y Caroline. Tienen ocho años. Las puede distinguir porque Emma es un poco más alta.

—No es verdad —protestó Caroline.

—Sí lo es —le contradijo su hermana, y ambas se pusieron rígidas para demostrarlo.

—Uy, qué difícil. Tendré que buscar otra forma de diferenciaros.

—Yo tengo un lunar aquí. —Caroline le mostró su mejilla izquierda.

—Y yo tengo los ojos más grandes —intervino Emma, abriendo de par en par unos ojos tan verdes y oscuros como los de su madre. También sus cabellos, entre rubios y castaños, eran como los de Melissa.

Verónica se dijo que la competitividad entre hermanas era algo que les iba a tener entretenidos en más de una ocasión.

—¿Y vuestro otro hermano? ¿Nolan? —recordó de cuando Berta los había nombrado.

—Él tiene siete. Pero estará con Leo llevando el heno a los caballos.

—Siempre está con Leo y los caballos —se

quejó Jacques, notablemente molesto.

—Eso debe de ser porque le gustan mucho — resolvió Verónica, no pudiendo evitar sacudir de nuevo el pelo del pequeño de carita adorable.

—Vaya, vaya. Mirad lo que tenemos aquí.

Las gemelas bajaron rápidamente el escalón en el que se encontraban, se pusieron erguidas frente a la escalinata y se inclinaron ante Alejandro con una reverencia, como Berta les había exigido y enseñado.

—Buenos días, Monsieur Alejandro —dijeron al unísono—. Bienvenido a casa.

—... a casa —se oyó muy bajito y tardíamente a Jacques, quien hizo la reverencia más torpemente y después de haber hablado.

—Buenos días, Alejandro. Eso mismo me he dicho yo hace un momento. Mira lo que tenemos aquí. —El tono de Verónica era claramente acusatorio—. ¿Por qué nadie me había dicho que

había niños en la casa?

—Era tarde cuando llegamos. —Alejandro bajó las escaleras hasta quedar a su lado—. Estaban acostados. Y tú estabas... cansada. Pero hoy iba a presentártelos sin falta.

—Berta no nos ha reñido porque estaba Madame Verónica —aportó como dato importante Jacques, haciendo que sus hermanas palidecieran.

—Sabemos que no debemos jugar en la casa, Monsieur —se disculpó Emma—. No lo volveremos a hacer.

—Desde luego que podéis jugar en la casa. —Verónica habló sin pensar, y después miró a Alejandro casi pidiendo disculpas, de lo que luego se arrepintió. ¿Acaso no era también su casa ahora? Tenía derecho a opinar.

—Yo nunca os lo he prohibido. Siempre que tengáis cuidado.

—No hemos vuelto a romper nada desde el día

del jarrón.

Todos miraron a Jacques, que tenía un pie más atrasado, apoyado sobre la punta, y girándolo nerviosamente.

—Ya entiendo. —Alejandro se dirigió a Verónica, cuya mano reposaba protectoramente sobre el hombro del muchacho—. Recuerdo que Berta les gritó un día que golpearon con una pelota un jarrón antiguo que trajo mi padre de su casa en España. Ella sabía que era bastante valioso y se enfadó mucho. Pero hay docenas de jarrones por todas partes, así que no pasa nada. Imagino que desde entonces os tiene bien firmes —los miró con cariño y comprensión.

—Tú no has estado mucho por aquí últimamente, ¿verdad? —advirtió Verónica.

—La verdad es que, seguido, no. Estos diablillos han crecido una barbaridad.

—A mí se me han caído dos dientes. —Jacques

le enseñó el hueco de su boca, orgulloso.

—Caramba. —Alejandro se agachó para mirarle de cerca y Jacques inclinó aún más la cabeza—. Espero que no te los hayas tragado.

—¡No! Los escupí —explicó y Verónica rio a carcajadas.

Aquel sonido dejó a Alejandro sin aliento. Si hubiera sabido que ella iba a salir de la oscuridad en la que estaba sumida después de cruzar cuatro palabras con aquellos tunantes, los habría levantado de sus camas la noche anterior. Bueno, no lo habría hecho, pobrecitos. Y tal vez había sido mejor así.

Ella los había encontrado por su cuenta y parecía haber hecho muy buenas migas enseguida. Estaba bien que se desarrollara sola por la casa, con todas las personas que la habitaban. Y, ¡Santo Dios!, que sonriera como lo acababa de hacer. Eso era una insólita bendición.

—Pero aquí falta uno, ¿no? La última vez que os vi erais cuatro.

—Dicen que suele acompañar a Léonard a darle el heno a los caballos. —Verónica se mostró bastante molesta.

—Nolan siempre ha tenido interés por los caballos. Y parece que Leo se ha buscado un buen ayudante.

—Es muy pequeño para trabajar, Alejandro.

—Dudo que Leo lo tenga esclavizado, Verónica. Lo entenderás en cuanto lo conozcas.

Ella notó cómo alguien le tiraba de las faldas.

—Leo ha intentado librarse de él muchas veces, pero Nolan siempre vuelve —le contó Jacques, muy bajito, como si fuera un secreto—. Se levanta a la misma hora que él para poder acompañarle y nos despierta a todos.

—Eso es que tiene un auténtico interés —le defendió Alejandro, más ante Verónica que ante

sus hermanos.

—Alejandro, ¿qué te parece si desayunamos y así le damos tiempo a Nolan a volver?

Él se quedó mudo. ¿Desayunar? ¿Pensaba comer de verdad y no solo quedarse sentada frente al plato sin hacer ni decir nada?

—Él piensa que usted no sabe nuestro idioma —confesó Emma—. Bueno, todos lo pensábamos porque mamá nos dijo que debíamos hablarle en castellano.

—Aprendí francés cuando era niña. Así que podéis hablarme en el idioma que más os guste.

Hasta ese momento, ella les había hablado en francés porque era como Berta se había dirigido a Jacques en primer lugar. Por su parte, Alejandro ni siquiera se había percatado de ello hasta que lo habían mencionado. Para él, hablar en ambos idiomas había sido algo normal desde niño, y como las gemelas le habían saludado en francés, él

había continuado y no le había llamado la atención que Verónica lo estuviera hablando también, y con bastante soltura, debía admitir. Estaba demasiado impactado por verla simplemente con una sonrisa en los labios.

—En cuanto llegue vuestro hermano, decirle que venga a saludar a su nueva patrona. Y a mí, por supuesto, que hace mucho que no me ve.

—¿Nos has traído algo de tu viaje?

Emma le dio un codazo a su hermano, quien además de tener la lengua muy larga, olvidaba tratarlo de usted.

—Claro que sí. ¿Acaso alguna vez no lo he hecho? —Sonrió al ver los ojos ilusionados del pequeño—. Venid con Nolan cuando llegue y os lo daré a todos a la vez. Ahora corred, avisad a Margot de que vamos a desayunar en el comedor. Rápido.

—¿En el comedor? —El niño parecía

estupefacto, y Verónica no pudo entender por qué.
¿Dónde podrían desayunar si no?

—Sí, en el comedor. Vamos.

En los establos, Nolan imitaba todos los movimientos de Léonard. Cambiaba el heno, reponía el agua y hasta retiraba con la pala los excrementos de cada cubículo, si bien sus principales tareas giraban en torno a los potros desde que habían nacido. Él sabía que su amigo y mentor lo había decidido así porque, como él, eran más pequeños y el esfuerzo era algo menor. Por supuesto, él obedecía sin rechistar. Iba a demostrarle a Leo que era tan buen ayudante que, dentro de poco, Arthur podría cederle su puesto en los establos y dedicarse solo a su huerto y a las cocheras. Seguro que entonces no tendría tantos dolores de espalda y volvería a perseguirlos por

los jardines cuando él y sus hermanos jugaban.

Aunque era una mañana más fresca que otras y se notaba que el otoño se estaba acercando, Nolan se había quitado el abrigo que su madre le había obligado a ponerse antes de salir de la casa. Las labores eran arduas, y enseguida se entraba en calor. Cuando sus brazos fueran como los de Leo, cuando pudieran levantar la pala estando totalmente llena —para lo cual se decía que no faltaba mucho—, él también trabajaría en mangas de camisa. De momento, se dejaría el jersey puesto. Con la puerta delantera y la trasera abiertas, en el establo había bastante corriente.

—¿Cómo es la esposa de Alejandro, Leo? —Se detuvo para recuperar el aliento, dejando en el suelo los dos cubos de agua que acababa de cargar—. Mi madre dice que es muy bonita.

—Tu madre siempre tiene razón. —Leo levantó la vista de su tarea para guiñarle un ojo a su

renacuajo favorito—. Dentro de poco, podrás comprobarlo por ti mismo.

El niño observó a Leo. Cada uno de sus movimientos parecía perfectamente estudiado, era preciso y su ritmo parecía un baile. Él le había explicado que era importante no hacer gestos bruscos si no quería andar inclinado hacia delante como Arthur. Mantener un ritmo constante contribuía a no fatigarse. Debería haberlo recordado cuando había venido casi corriendo.

—¿Más bonita que Ivy?

La pregunta hizo que Leo se detuviera. En seco. El muchacho captó toda su atención.

—Eso solo lo puedes juzgar tú mismo cuando la veas.

Observó con orgullo cómo Nolan levantaba, ya con menos dificultad, un cubo para reponer el agua del bebedero de los potros.

—Ivy es más bonita que ninguna de las mujeres

de la ciudad —le informó el muchacho, pues era algo en lo que se había estado fijando en sus últimas visitas al mercado con ella, Margot y su madre—. Algún día le pediré que sea mi novia.

Si no estuviera hablando mientras vaciaba el segundo cubo, como quien habla para sí mientras trabaja, Leo habría pensado que le estaba tomando el pelo.

—¿Y por qué esperar? —Decidió indagar un poco más—. Puede que si no te das prisa, alguien se te adelante.

—Aún soy muy pequeño, Leo —le indicó, mirándole como si estuviera sorprendido de que no percibiera algo tan obvio—. Debo esperar a que me salga barba.

Leo no pudo evitar sonreír. Ese chico nunca dejaba de sorprenderlo.

—Para eso, amigo mío, te quedan unos cuantos años.

—No tantos —repuso, tocándose la barbilla.

—Al menos cinco. Tiempo más que suficiente para que ella se fije en otro. Y tú también.

Leo observó cómo las cejas de Nolan se alzaban y su boca se apretaba.

—Yo nunca me fijaré en otra —le advirtió, abiertamente molesto.

—Buenos días chicos.

Ambos detuvieron su siguiente paso para dirigir la mirada al lugar de donde procedía aquella voz que habían reconocido inmediatamente.

Leo se rio de sí mismo cuando sintió una punzada en el estómago al ver a Ivy caminar hasta Nolan, revolverle el rizado pelo oscuro y besarlo en la frente, maternalmente. Aunque pudo ver en los ojos del chico que él no lo percibía precisamente así.

—¿Os queda mucho aquí?

—Media hora —auguró Leo—. ¿Por qué?

¿Necesitas algo?

Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—La esposa de Alejandro se ha levantado temprano. La verdad es que hoy parece de mejor humor. —Se dirigió a Nolan, quien la miraba con sus redondos ojos brillando bajo los primeros rayos de sol—. Ya ha conocido a tus hermanos, y quiere conocerte a ti también.

—¿Tiene que ser ahora? —Preguntó, debatiéndose entre la curiosidad y el deber—. Aún tengo que cepillar a Júpiter y a Neptuno.

—Ella y Alejandro estaban a punto de desayunar. —En un gesto habitual e inconsciente, le pellizcó la mejilla—. Seguro que te da tiempo a cepillarlos bien antes de que acaben.

—Me daré prisa —aseguró, y corrió a por el resto del agua que aún tenía que ir a buscar y que, por supuesto, no iba a dejar sin traer.

Ivy se acercó entonces a uno de los potros y le

acarició entre los ojos. Leo vio en aquel gesto una ternura muy similar a la que acababa de mostrar con Nolan.

—A Madame Verónica parece que le gustan los niños. —Rascó tras las orejas a Neptuno—. Y los tres se han quedado encantados con ella nada más conocerla.

—Es una buena noticia. —Leo terminó en el cubículo de Griselda y se dirigió al de Baviera, más cerca de Ivy—. ¿Estás muy ocupada esta tarde?

Ivy levantó la vista que había fijado intencionadamente en el potro. Ver a Leo trabajar, con la camisa remangada y a medio abotonar, siempre la alteraba.

—Es mi tarde libre. A no ser que la nueva patrona o Alejandro me precisen para algo. —Eso era lo que le había dicho Berta, quien desde que había llegado el telegrama de Alejandro avisando

de que se había casado y que volvía en unos días, había tenido a todo el servicio trabajando casi de sol a sol para que todo estuviera perfecto. Como si habitualmente no lo estuviera—. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

Leo se apoyó con ambas manos sobre el mango de la pala y la miró con complicidad y media sonrisa al oírla imitar sus preguntas.

—Está cambiando el tiempo. Voy a sustituir algunas flores del jardín trasero. He pensado que podría seguir enseñándote cómo se hace. —*Acaba de decirte que es su tarde libre, la primera en dos semanas*, se reprochó, y rápidamente retomó su labor, dejando de mirarla—. Pero a lo mejor quieres aprovechar la tarde yendo a la ciudad o descansando. No importa.

—Me encantará.

A Ivy le dio un saltito el corazón cuando Leo levantó la vista y sopló hacia arriba para apartarse

de la frente un mechón de su dorado pelo, gesto que tanto hacía y que tanto le gustaba.

Él se quedó sin habla mientras ella lo miraba con esa sonrisa silenciosa que lo dejaba de una pieza, durante la cual se preguntaba qué estaría pasando por su cabeza.

—Empezaremos después de comer. Si a los patrones no se les ofrece nada, claro.

—Vale.

—Vale —repitió él.

La siguió con la mirada mientras salía del establo y se cruzaba con Nolan, quien llegaba a la carrera con los cubos desbordando el agua a cada paso.

—No. No es más bonita que Ivy —le dijo a Baviera, quien relinchó como respuesta.

La mesa del comedor era larga, mucho, pero Alejandro le ofreció a Verónica la silla contigua a la suya, que presidía la mesa.

Se dio cuenta de que él la observaba intensamente mientras ella desdoblaba la servilleta. Decidió sacar algún tema de conversación para que dejara de mirarla de aquella extraña manera.

—Tienes muy buena relación con esos niños, ¿verdad?

—Ya te dije que las personas que viven aquí son mi familia.

—Pero ayer...

—Estaban acostados, Verónica. —Alejandro dejó caer su servilleta sobre su regazo—. Era muy tarde para ellos. Si no, Melissa los habría tenido peinados y bien vestidos delante de ella en la fila de bienvenida. Me pareció que ya habías conocido a bastantes personas en ese momento. Podría

habértelo mencionado si hubiéramos cenado juntos, pero te retiraste a tu cuarto. No creía que fuera mayor problema no hablarte de su existencia hasta hoy. Lamento si te ha molestado.

—No. No pasa nada. Solo me había extrañado.

—No quería hacer un mundo de aquello, sobre todo, porque no se sentía con fuerzas para discutir. Por lo menos hasta que comiera algo—. Es agradable tener presencia infantil en la casa. Echo de menos a mis alumnos.

Podrías tener tus propios hijos, nuestros propios hijos, pensó Alejandro, pero prefirió guardarse esa idea. De momento.

—¿Hay alguien más en esta casa que me quede por conocer?

—No —el tono de Alejandro se volvió frío.

—¿No hay un padre para esos cuatro niños?

—Murió. En un accidente.

Como Alejandro no dio más detalles, ella

prefirió no insistir.

—¿Ivette es hija de Margot y Arthur?

—No. Ellos no han tenido la suerte de poder engendrar hijos. E Ivette vino a esta casa al quedar huérfana. —Alejandro resopló. ¿Por qué tenía que elegir Verónica esas preguntas, y todas seguidas? —. Su madre sirvió aquí un tiempo, no mucho. Años después murió de unas fiebres. Y el padre, bueno, Berta nos contó que desapareció de la ciudad en cuanto Claudette quedó embarazada. Berta era su amiga y le pidió a mi padre que aceptara en el servicio a su hija. Por supuesto, él al principio no la dejó trabajar más que en tareas livianas. Solo tenía seis años.

—Pobre muchacha.

No dijo nada más. Pero recordó la mirada reprobatoria de Berta ante el único comentario de Ivette. Para haber sido ella quien la había acogido, no parecía tenerle demasiado aprecio.

—¿Y el marido de Berta, el padre de Léonard?
Alejandro suspiró antes de responder.

—También murió.

—Buenos días. —Melissa apareció con un carrito repleto con el desayuno. —Como no sabíamos qué le gustaba, Madame, le hemos traído lo mismo que desayuna Monsieur Alejandro. Pero si quiere cualquier otra cosa, no tiene más que pedirla. —Señaló una campanita.

Verónica observó el pan, el queso, el jamón, los huevos revueltos, las tostadas con mantequilla y compota, la leche y el té.

—Esto es perfecto. Y estoy hambrienta. Pero... ¿alguna pieza de fruta sería posible?

Alejandro se mordió el interior de la mejilla. Era su casa, podía pedir lo que quisiera.

—Por supuesto, Madame. Tenemos toda la fruta de temporada. ¿Quiere algo en especial?

—Trae un frutero, Melissa. Ella se servirá.

Gracias.

—Gracias —repitió ella sintiéndose torpe. Después, esperó a que Alejandro empezara.

—¿A qué esperas? No has cenado y casi no comiste. Apenas has probado bocado desde hace días. No entiendo cómo aún te mantienes en pie.

—Ahora mismo estoy sentada —argumentó, pero se santiguó como siempre hacía para dar gracias por la comida que un día más tenía en el plato y empezó a comer con más ganas de las que había sentido en mucho tiempo.

Se está levantando, poco a poco, pensó Alejandro mientras la observaba comer a dos carrillos pero sin perder un ápice de elegancia. Solo necesita un poco de tiempo. Como todos.

—Monsieur, Nolan ya ha vuelto—. Emma habló desde el umbral de la puerta y Alejandro les indicó que pasaran.

Detrás de ella entraron sus hermanos, todos ellos. Verónica se levantó para poder verlos de cerca. Enseguida encontró un enorme parecido entre los dos niños, solo que no parecían llevarse solo un año de edad.

Nolan era más alto y fuerte. Además, su mirada era menos inocente que la de Jacques. Aun así, vio que ambos debían haber salido a su difunto padre, por sus ojos oscuros y su pelo negro y rizado, tan distintos a sus hermanas y a su madre.

—Hola de nuevo —saludó sonriente a los demás—. Así que tú eres Nolan. —Le extendió la mano y el niño la apretó con firmeza—. ¿Has aprendido algo nuevo hoy sobre los caballos?

Nolan, que había estado serio y en posición erguida, relajó los hombros y sonrió levemente.

—Claro, Madame. Todos los días aprendo algo nuevo. A Leo le gusta contarme cosas sobre ellos y me deja ayudarlo si no me meto en medio.

—Leo siempre tan precavido. —Alejandro se levantó de su silla y se dirigió a la puerta—. Ahora mismo vuelvo.

Todos sabían adónde iba, y estaban expectantes por ver qué les había traído de Italia.

Los niños aceptaron unas uvas que Verónica les ofreció, las cuales comieron con cuidado de no manchar el suelo. Verónica vio la sombra de Berta en ese gesto de precaución.

—Aquí lo tengo. —Alejandro bajó con las manos a la espalda, y se agachó de cuclillas delante de los niños, esperando.

El primero en acercarse fue Jacques, quien le dio un beso en la mejilla, como sabía que él esperaba, antes de recibir su regalo. Los tres hermanos lo imitaron. Solo entonces, Alejandro apoyó sobre la mesa los cuatro regalos, en cuyos paquetes estaba escrito el nombre de cada uno. Pero ninguno de ellos abrió el suyo, ni ningún otro,

detalle que a Verónica no se le escapó.

—Son máscaras. De Venecia —explicó Alejandro al ver la cara de confusión de los muchachos, y él mismo abrió las cajas y las distribuyó. —Les gusta disfrazarse con la ropa de los mayores —le indicó a su esposa—. Con esto, estarán disfrazados de verdad.

—La mía es la más bonita —alegó Emma mientras su hermana le ataba las correas a la cabeza.

—No. Lo es la mía —protestó ella, tal como Verónica ya esperaba.

—Dan miedo —dijo Jacques con voz temerosa.

—¿Miedo? —Verónica debía reconocer que tenía razón. Eran espeluznantes—. Pero eso sería si no supierais que detrás estáis vosotros. Sabiéndolo, no dan miedo.

Aquello pareció animar a Jacques.

—Me queda un poco grande —indicó cuando

se le cayó hasta la barbilla.

—Ya crecerás. —Alejandro se la apretó un poco más—. Ahora, id a asustar a Berta. Rápido.

—¿A Berta? —Verónica hubiera esperado que lo propusiera con cualquiera menos con ella.

—¿No será una dulce venganza?

Los niños se miraron un instante, ajustándose las máscaras al hueco de los ojos, y salieron corriendo en busca del ama de llaves. Si lo había ordenado Alejandro, no podrían ser reprendidos. Aquello fue aún mejor que el regalo en sí.

Después de que los niños se marcharan y tras comprobar que de la cocina provenían voces que se convirtieron en gritos, Alejandro condujo a Verónica hacia la puerta principal.

—Quiero enseñarte la casa entera. Para que puedas moverte con libertad por donde quieras.

—¿Ahora?

—Sí. Porque a la tarde tengo que marcharme.

—Decidió probar suerte—. Podrías acompañarme.

—Prefiero quedarme. —No tardó ni un segundo en responder—. Tú haz lo que tengas que hacer.

Cómo no. Era rápida en despacharle.

—Yo tengo que acercarme a la ciudad a enviar varios telegramas. — ¿No querría ella conocer la ciudad de Orleans teniéndola a un par de horas nada más?—. ¿Qué vas a hacer tú?

Verónica lo miró insegura. Realmente, no sabía qué esperaba de ella. Qué pretendía que hiciera allí, día a día, ahora que no tenía que trabajar, ni limpiar, ni cuidar de un padre enfermo.

—Seguro que tienes una biblioteca —pensó de repente—. Leeré algo.

—¿Toda la tarde?

—Me gusta leer —alegó encogiéndose de hombros.

Poniendo los ojos en blanco, Alejandro abrió la

puerta y esperó a que ella saliera delante de él para mover la cabeza de lado a lado y así hacer crujir su cuello sin que lo viera. Aquel simple gesto solía calmarle cuando estaba tenso. Por desgracia, parecía haber dejado de funcionar.

El paseo de reconocimiento comenzó por el exterior de la casa. Alejandro era consciente de que el día anterior ella apenas había podido ver la fachada principal, y creía que le sería más sencillo situar cada estancia si primero se hacía una idea general del edificio visto desde fuera.

Bajaron los doce escalones y caminaron alrededor del círculo que formaban los setos expresamente ubicados allí, no solo como algo estéticamente bello, sino como una glorieta para que el coche de caballos, la calesa o el carro en el que solían traer diferentes mercancías cada cierto tiempo pudieran girar con facilidad tanto al llegar como al marchar.

—Me gusta observar la casa desde cierta distancia —le explicó, señalando varios bancos de piedra a lo largo del camino de la entrada—. Supongo que se debe a que he vivido aquí toda mi vida. Excepto los años de universidad y los veranos en los que viajaba con mi padre —puntualizó—. Pero siempre he pensado que es el edificio más hermoso del mundo.

—Es realmente un pequeño castillo —confirmó ella, contemplando la fastuosa edificación—. Por suerte, no tan grande como los que vi ayer por el camino.

—¿Verdad que algo así es exagerado? —Él rio, sabía que a ella su nueva casa ya le parecía demasiado grande—. No tenemos nada que envidiar al Castillo Real de Blois o al de Valençay. Pero algún día te llevaré a la veintena de castillos que dominan esta región.

Verónica observó que la luz de la mañana hacía

parecer la casa aún más gigantesca que al anochecer. La piedra blanca se volvía luminosa bajo los rayos del sol, salpicando con destellos cada uno de los ventanales que se repartían entre los tres pisos, con su balconada floreada en un intenso fucsia en el piso intermedio, el de los dormitorios.

Como ya se había vuelto una costumbre, Verónica aceptó el brazo de su marido para rodear la casa por el lado derecho, contemplando las flores azuladas que crecían a los pies del edificio.

—Hacia este lado, hacia el río, dan las puertas de las cocinas y se encuentran las estancias del servicio. Disponen de su propio salón además de sus dormitorios.

Acababan de adentrarse en un patio trasero en cuyo centro se ubicaba un pozo con el arco de hierro que lo coronaba plagado de flores de un rojo tan vivo como el fuego. *Agua y fuego, tan*

opuestos y tan necesarios, pensó Verónica antes de fijar la vista en una puerta entreabierta.

Allí divisó lo que supuso que era un pequeño almacén o una despensa, pues dejaba a la vista varias cajas con lo que parecían alimentos. Acto seguido se giró y se quedó sorprendida.

—¿Qué es eso?

Se refería a una verja baja que rodeaba un pedazo de terreno que llegaba hasta la orilla del río.

—El huerto de Arthur. —Al ver que ella levantaba una ceja, Alejandro decidió explicarle ciertos detalles—. Sí, de Arthur. Es su territorio, por así decirlo. O su pasatiempo, si prefieres llamarlo así. Pero jamás lo hagas delante de él. Está muy orgulloso de sus... ¿cultivos?

—No entiendo.

Para desconcierto de Verónica, Alejandro se rio a carcajadas. Nadie en la casa lograba

entenderlo del todo.

—En parte de la tierra hay verduras comunes, en una parte muy concreta y señalizada que Margot le obligó a destinar al abastecimiento de la casa. Pero pocas veces habrá algo del otro lado del huerto en alguno de los platos que ella cocine. Arthur experimenta con las hortalizas. Es una especie de científico loco. —Se puso serio—. Tampoco le digas eso nunca a él.

—Así que cultiva alimentos que no se pueden comer —interpretó de aquellas palabras.

—Oh, sí se pueden comer. Leo y yo hemos probado en crudo alguno de sus *tomates especiales*. Ninguno hemos enfermado, pero tampoco volveríamos a probarlos. Sabían raros.

Verónica observó dos partes claramente diferenciadas en el huerto. Aquello era bastante extraño, pero tampoco conocía a aquel hombre como para juzgarlo por su peculiar

entretenimiento.

—Espero no haberte asustado —le dijo Alejandro rascándose la cabeza.

Quizás debería haber comenzado por otra parte de la casa.

—Yo también tenía un huerto, tú mismo lo viste. Y he de reconocer que mis primeros cultivos no fueron gran cosa.

Al verla reírse de sí misma, Alejandro recuperó el ánimo y continuó la visita, rodeando la casa por la parte trasera.

—Hacia aquí dan nuestros cuartos, y otras estancias que necesitan orientación sur por su buena iluminación durante todo el día.

El río serpenteaba ligeramente en esa zona y se adentraba hacia los jardines traseros que eran como un laberinto dibujado por diferentes flores formando distintas figuras geométricas. Desde luego, Léonard había aprendido muy bien el

trabajo de su padre, pensó la joven. Aquello podía definirse como un diseño artístico, original y definitivamente hermoso.

Pasaron por el último lateral del edificio y Verónica alcanzó a ver una gran cabaña de madera, pintada de blanco con el tejado de un rojo muy vivo, y no tuvo ninguna duda de a qué estaba destinada. Por el tamaño calculó que allí habría al menos una docena de ejemplares equinos.

—A este lado, justo frente a los establos, están las cocheras. —Alejandro abrió una puerta de hierro de aquel lateral más estrecho del edificio rectangular de esquinas redondeadas—. Nada demasiado interesante —concluyó antes de cerrar de nuevo la puerta.

Verónica solo le echó un pequeño vistazo al oscuro recinto de la planta baja. Era un frío sótano que solo se utilizaba para guardar los carruajes, así que poco más podía querer ver allí.

En cambio, sentía una creciente curiosidad por entrar de nuevo en la casa y averiguar qué albergaban las innumerables estancias que les iba a llevar un buen rato recorrer. Pero se sentía animada a conocer todo aquello, les llevara el tiempo que les llevara. Mucho más animada de lo que había imaginado hacía tan solo unas horas.

Miró de nuevo a su alrededor, respiró el aire fresco y perfumado por las flores que parecían abarcarlo todo en aquellos flamantes jardines, y subió de nuevo las doce escaleras.

Ahora que había visto los otros dos accesos a la casa, dos escalinatas mucho más estrechas a ambos lados en la parte trasera, aquella entrada le parecía aún más espectacular. Dos altos muros flanqueaban la docena de escalones y cuatro grandes maceteros de piedra del mismo tono blanco que lo dominaba todo se repartían en los cuatro extremos de aquel acceso.

Una vez arriba, comprobó que todo el edificio estaba rodeado de macetas alargadas que decoraban la baranda que circundaba un inmenso corredor. Seguro que era una agradable zona para pasear por las noches, pensó, y de pronto se vio a sí misma allí, apoyada en aquella repisa, asomada hacia los jardines, y contemplando las estrellas de un despejado cielo de verano.

—¿Entramos? —le preguntó Alejandro al verla ensimismada.

—Sí, claro. Aún nos quedará muchísimo que ver.

Él asintió y se adentró en la casa, dispuesto a seguir haciendo de guía todo el tiempo que fuera necesario, incluso más, si eso suponía que ella iba volver a parecer interesada en algo. Aquellos ojos parecían volver a brillar. Y no había nada en ese momento que él deseara más.

Tras atravesar el comedor, recorrieron un saloncito contiguo que parecía muy acogedor. Justo al lado, había un gabinete que Alejandro utilizaba como despacho cuando sus socios le visitaban en la casa, si bien él tenía otro más privado en el piso de arriba, a pocos pasos de su dormitorio.

Después, pasaron por otros cinco salones aún más espaciosos que, a pesar de estar dispuestos de un modo similar, habían sido decorados de forma muy diferente, como si cada uno de ellos quisiera representar un estilo distinto. Alejandro se lo confirmó al explicarle que los muebles, cortinajes, lámparas y tapices de cada una de esas estancias provenían de diferentes países del mundo, fruto de una pasión por viajar que se remontaba a sus tatarabuelos.

También había dos aseos, aunque ninguno era un cuarto de baño completo como el que ella ya

había visitado esa mañana en el piso de arriba. Aquel disponía de una espaciosa bañera de hierro, la cual estaba deseando utilizar, si bien había querido asegurarse de que Alejandro no estuviera justo al lado, en su cuarto, mientras ella se bañaba.

Antes de subir al siguiente piso, le mostró cómo varias puertas que separaban un gran salón de baile del vestíbulo podían abrirse por completo, haciendo de la ya por sí espaciosa sala un lugar capaz de albergar a un par de cientos de personas.

Ya en el siguiente piso, Alejandro abrió cada puerta del corredor derecho. Allí se ubicaban diferentes dormitorios, aunque solo los cuatro primeros eran tan grandes como el suyo. Los otros eran más modestos, y no por ello menos impresionantes. Grandes camas con dosel, hermosas chimeneas coronadas con sus respectivos y vistosos cuadros, vestidores y tocadores. Cualquier visita estaría encantada de

pasar la noche en uno de aquellos elegantes dormitorios.

—En el corredor izquierdo también había solo dormitorios —le explicó cuando ella dio por completada la visita del lado opuesto—. Pero yo reconvertí cuatro de ellos en otra cosa.

Primero, le mostró su despacho, cuya puerta era la más próxima a las escaleras. A ella le pareció un lugar ordenado y, desde luego, profesional. Poco tenía que ver con la decoración del resto de la casa. Se notaba que se había definido para poder trabajar, incluso estudiar, con la mesa enfocada hacia la ventana, hacia las inigualables vistas de sus jardines, una amplia pradera y, al fondo, un poblado bosque.

—Cuando estoy aquí, suelo olvidarme de la hora. —Le sonrió como si se sintiera culpable por ello—. Tienes total libertad para entrar a por mí si es hora de cenar y no aún he bajado.

—No te molestaré si estás ocupado —respondió ella, con una seriedad que él no había esperado.

Se dijo que las siguientes salas, como poco, le cambiarían ese gesto de indiferencia.

—Las próximas dos puertas dan acceso a una sola sala. Reconvertí dos dormitorios en un gimnasio.

Verónica entró en aquel lugar y, cuando Alejandro descorrió varias cortinas para que entrara más luz, se quedó literalmente sin palabras.

La mitad del suelo estaba forrado con algún tipo de material que parecía muy mullido, pero no era una alfombra exactamente. Al otro lado, había seis muñecos formando un círculo, sujetos a una base que parecía estar clavada al suelo. De las paredes, de todas excepto de las de los ventanales, colgaban diferentes armas de distintos tamaños, formas y empuñaduras. Ella se dijo que, al menos

las de fuego, debían de ser meramente decorativas.

Bajo algunas de ellas, algo parecido a unas armaduras, pero que no eran de metal alguno, reposaban en unos soportes similares a los de los peles que parecían estar realizando algún tipo de juego infantil.

—¿Qué clase de deporte practicas aquí?

—Varios. —Aquella era una historia demasiado larga para contársela en ese momento—. Si quieres, algún día puedo hacerte una demostración.

Él no supo por qué, pero ella puso un gesto de disgusto tras su comentario.

—Creo que no me gustaría ver nada que tenga que ver con espadas o sables, gracias —indicó, molesta porque él intentara pavonearse con a saber qué tonterías—. ¿Y la última habitación?

Resignado a que ella no iba a interesarse por nada que tuviera que ver con sus gustos ni

actividades cotidianas, Alejandro le mostró con desgana el último cuarto, el más importante para él. Su taller de pintura.

—Si algún día te apetece pintar, aquí hay de todo —le dijo sin más.

Ni siquiera se molestó en mostrarle el lugar, solo abrió la puerta y, sin entrar, esperó a que ella echara un vistazo, aunque probablemente no pudo ver gran cosa ya que casi todas las cortinas estaban echadas.

—En el piso de arriba tienes la biblioteca, a la derecha. Y a la izquierda solo hay salas vacías, con algunos muebles y otras cosas viejas. Es una especie de desván. Creo que eso podrás verlo por ti sola.

La joven se preguntó por qué de repente él daba por terminada la visita. Retrocediendo un poco en sus últimas palabras, comprendió que había vuelto a mostrar su lado menos agradable. Pero ya era

tarde para lamentarse, se dijo, sobre todo, porque no podía evitar reaccionar así. Le salía de esa forma, y punto. Si no le gustaba, que la dejara en paz.

—Sí, gracias. —Su tono se volvió frío, como el de él—. Iré a ver qué libros tienes.

—Eso puede llevarte meses. —La miró a los ojos en la penumbra del pasillo, esperando a que ella dijera algo más. Como no lo hizo, decidió que mejor la dejaba sola, ya que eso parecía ser lo que deseaba—. Nos vemos en la comida.

Alejandro bajó las escaleras, y ella las subió. Pero él se detuvo a medio camino y escuchó el característico sonido que él ya conocía de la puerta de la biblioteca al abrirse, justo antes de cerrarse con un golpe seco, casi un portazo.

Lo que había empezado bien se había vuelto un auténtico desastre. Él estaba poniendo de su parte, se dijo concienzudamente, pero ella no daba su

brazo a torcer en ningún momento. Esperaba que, pasando un rato a solas leyendo, que parecía ser uno de sus únicos placeres, el humor le mejorara y tuvieran una comida agradable.

Esa tarde él no iba estar, así que suponía que ella volvería a la biblioteca, o tal vez se llevaría un libro a su cuarto. Eso si no se planteaba dar un paseo por los jardines o ir hasta los establos, donde, ahora que lo pensaba, no la había llevado.

—Que haga lo que le venga en gana —rezongó mientras se dirigía a ver a los potros por primera vez.

Lo que no se esperaba Alejandro era que durante la siguiente semana, a excepción de la comidas en las que ambos compartían el comedor, ella no fuera a salir de su dormitorio o de la biblioteca. Sí que Margot le mantenía informado

de todas las veces que ella se pasaba por la cocina, aunque sospechaba que era porque los niños solían andar mucho por allí.

Ella la retenía todo lo que podía ofreciéndole alguno de sus dulces caseros o fruta fresca, que parecía ser su pequeña debilidad. Mientras estaban solas, o alguna vez con Ivette y Melissa, ella solo las escuchaba hablar, y rara vez contaba algo. Hasta el momento, apenas algunas historias de su país, siempre que fueran al hilo de la conversación, pero nunca nada personal. Ya era más de lo que le contaba a él, se decía Alejandro cada vez que Margot le informaba de que su esposa había vuelto a pasar un rato allí.

Por si fuera poco, las escasas veces que él le proponía ir a algún lado ella se negaba, y si insistía, se ponía hecha una furia. En una ocasión había perdido el control delante de Ivette y Léonard y había acabado marchándose del

comedor dejándole con la palabra en la boca después de exigirle que respetara su luto y el hecho de que no tuviera ánimo de ir a ningún lado.

Por eso, a su vuelta de un viaje de negocios que lo había retenido dos noches fuera, le sorprendió encontrarla en el camino que pasaba por delante de la casa, seguida de cerca por Gino, tan de cerca que no paraba de golpearle las piernas con el hocico.

—¡Alto ahí! — Verónica lo vio asomado a la ventanilla del carruaje, con una ceja alzada—. ¿Intentabas escapar?

La joven sintió algo de alivio cuando el perro decidió ir hacia él al verlo bajar del carruaje. Había tratado de darle esquinazo yendo más allá de los muros de la finca, pero el animal no paraba de seguirla a todos lados cada vez que ella decidía dar un paseo.

—Solo paseaba. Aunque Gino parece pensar lo

mismo que tú. Es como una sombra.

—Le indiqué que te vigilara, por supuesto — bromeó, aunque ella dudó de si lo estaba diciendo en serio.

Le ofreció el brazo para caminar juntos hasta la casa y ella lo aceptó de forma mecánica, simplemente no se había parado a pensar en rechazarlo. Su educación a veces iba por delante de su voluntad.

—Te he traído algo —canturreó él con tono misterioso.

—Te dije que no necesitaba nada. —El tono de ella fue seco y cortante.

—Lo sé. Pero lo vi y no me pude resistir. No lo busqué. Él vino a mí.

—¿Qué es?

—Un regalo no debe revelarse antes de abrir el paquete.

Algo extrañada por sus palabras, Verónica se

dejó conducir hasta su dormitorio, donde Ivette ya los esperaba tal como Alejandro le había indicado a Arthur antes de bajarse del carruaje. Léonard salía justo en ese momento del cuarto, pues se había cruzado con Ivette cargada con varias cajas y se había ofrecido a ayudarla.

—Esperaré fuera. Avísame cuando te lo hayas probado.

Verónica abrió el paquete más grande que reposaba sobre su cama y sacó un vestido que soltó de inmediato.

—No pienso probármelo —le avisó antes de que se marchara con Léonard—. Es demasiado ostentoso.

—Es un vestido digno de la esposa de Alejandro Zaldívar.

—¿El resto de mis vestidos no lo son?

—No. —Se acercó lo suficiente a ella como para tirar de su falda y mostrar que estaba

desgastada por los bajos de tanto andar por los pedregosos y a menudo embarrados caminos de Zaragoza—. De hecho, preferiría que hicieras el menor uso posible de ellos.

—No puedo llevar algo así a diario. —Le dio un golpecito en la mano para que soltara su falda y se cruzó de brazos con tozudez—. Es demasiado recargado e incómodo.

—Bueno, es cierto que este es para una ocasión más especial. —Acercándose a la cama, Alejandro deslizó un dedo por la tela que había imaginado sobre la piel de Verónica nada más verla en un escaparaté—. Pero haré venir a una modista para que te haga otros nuevos de diario. O si lo prefieres, te acompañaré a la ciudad.

—No quiero ir a por vestidos.

—Entonces ellos vendrán a ti. Como este.

—¿Piensas obligarme?

Los brazos de la joven pasaron de estar

cruzados sobre su pecho a estarlo en jarras sobre sus caderas.

—¿Piensas ir desnuda si quemo todo tu armario?

—Podría ponerme ese vestido y no quitármelo nunca.

Ambos se sostuvieron la mirada y Alejandro se encaró con ella, casi haciendo que sus narices se rozaran.

—¡Eres insufrible! ¿Nunca te lo han dicho?

Ella sonrió altivamente y retrocedió un paso. Sí que se lo habían dicho, pero se encogió de hombros con indiferencia.

—Mira. Solo pruébatelo, ¿quieres? — Cogiéndolo él mismo de la caja donde tan pulcramente lo habían envuelto para ella, se lo acercó—. Por favor.

Verónica lo miró. Había esperado que después de aquello se hubiera ido, mandándola al infierno.

Pero insistía, se lo pedía por favor. Léonard e Ivette miraban con cara triste. Ella pudo leer, como si lo llevaran escrito en la cara, que estaban profundamente decepcionados.

—Está bien. Solo probármelo. —Se lo arrancó de las manos de un tirón—. Después me vestiré con uno de los míos.

—No puedes estar de luto eternamente. —Alejandro observó de reojo la fotografía de Arturo, una antigua y en la que se le veía joven y sano, reposando sobre la mesita de noche—. Créeme, no eres la primera en pasar por algo así.

—Tengo más vestidos de los que llevo últimamente —repuso, y siguió la mirada de Alejandro hasta el portafotos—. Ya lo sabes.

—No me refería solo a la ropa. —Suspiró profundamente sin cruzar la mirada con la de ella. Agarró a Léonard del brazo para salir del cuarto—. Esperaré fuera.

Tras cerrar la puerta, Léonard lo miró comprensivamente. Alejandro dejó caer la espalda contra la pared y se pasó las manos por el pelo con frustración.

—Sabes que no acostumbro, pero ahora me tomaría una copa. ¿Me acompañas?

—Creo que te la mereces —concedió el joven, atónito por lo que acababa de presenciar—. Puede que incluso dos.

Mientras Ivette estiraba la tela de los bajos del vestido con gran delicadeza, como si fuera a romperse, Verónica se miraba en el espejo interior de su armario y no podía creérselo. Aquel vestido le quedaba como un guante. Y era el más hermoso que había tenido nunca. Incluso más que el que fuera de su madre y que ella había llevado el día de su boda.

Su corte era mucho más moderno, de un estilo

que no había visto nunca. Se abotonaba en la parte delantera, justo hasta cubrirle los senos, sobre los que sobresalía un tejido casi transparente de encaje, de un tono rosa más fuerte que el resto del vestido. La cintura se ajustaba perfectamente antes de llegar al vuelo de la falda, el cual formaba una cascada de tela superpuesta, como los pétalos de una flor. Al girarse, pudo comprobar que la parte superior de su espalda quedaba tan desnuda como los hombros, y tuvo el impulso de soltarse el moño para taparse la piel con sus rizos. Estaba en ello cuando una voz la hizo perder las horquillas que sostenía y que Ivette recogió del suelo de inmediato.

—Si te atreves a decirme que no te gusta, no te creeré. Así que ahórratelo.

—Admito que el tejido es muy agradable al tacto —y seguro que era seda, pensó algo cohibida por el dinero que debía de haberle costado—. Y el

color es encantador.

—Está preciosa, Madame. Les dejaré a solas.

Verónica sintió la tentación de decirle a Ivette que se quedara, pero no se le ocurría una excusa para hacerlo. Ya la había ayudado a vestirse.

—¿Cómo es posible que sea exactamente de mi medida?

Él esbozó una sonrisa petulante.

—No me creo que tengas tan buen ojo para algo así.

—Tenerlo... lo tengo. —Algún día le contaría que uno de sus muchos talentos era ser capaz de retener las imágenes en su cabeza como si fueran fotografías. De ahí su pasión por la pintura—. Pero esta vez he hecho trampa.

—¿Cómo? —Consciente de que tenía el cabello suelto, se apartó varios mechones del rostro sosteniéndolos con las horquillas, pero dejó la espalda cubierta por su melena.

Alejandro la contempló mientras se peinaba, deseando que aquellas manos que acariciaban sus dorados cabellos fueran las suyas.

—¿No has echado en falta algo de tu armario?

—No.

—No me sorprende. Un vestido lúgubre más o uno menos...

—¡Deja de meterte con mi ropa!

—¿Sabías que el rosa te favorece muchísimo?

—*Y los cabellos tal y como te los acabas de peinar todavía más, pensó.*

—¿Puedo quitármelo ya? —La forma en que la miraba la estaba poniendo nerviosa.

—¿Me pides permiso?

—No. Más bien te echo de mi dormitorio de forma sutil.

—En ese caso, no. Aún no puedes quitártelo.

—¿Y se puede saber por qué? —Le habló como

a un niño pesado.

—Porque hay zapatos a juego.

Rebuscó dentro de una de las cajas y le entregó un par de zapatos que ella se puso inmediatamente.

—Me quedan pequeños. ¿No robaste calzado de mi armario?

—Ese detalle se me pasó. Así que te he comprado tres tallas diferentes. Alguna te quedará bien —comentó sacando otro par idéntico.

—A quien tiene dinero poco le importa tirarlo —le reprochó, y se probó el segundo par, que también le quedaba pequeño.

—Dentro de poco volveré a la ciudad. Quedé con el dependiente en que los dos pares que no te sirvieran, los cambiaría por otros dos modelos de tu talla. Él auguró que podrías ir tú misma a descambiarlos.

—Pobre diablo —se burló, y al probarse el tercer par, comprobó que le quedaba perfecto.

—Sí. —Alejandro se entretuvo guardando los dos pares que ella había descartado—. Ya sé que jamás me acompañarás en ninguno de mis viajes. Me voy haciendo a la idea de cómo quieres que sean las cosas entre nosotros.

—¿Y cómo quieres tú que sean? —Algo más alta con el calzado puesto, se sintió menos vulnerable frente a él. El elegante vestido también le daba la sensación de estar de igual a igual, y su propia superficialidad la irritó.

—Como poco, menos tirantes. No pretendo que te arrojes a mis brazos a la primera de cambio, pero sí que no montes escenas delante de los sirvientes y aceptes tu nueva posición, que exige que vistas de una manera menos... humilde.

Dejó caer las cajas sobre la cama y se dirigió a la puerta. La abrió y se volvió para mirarla de pies a cabeza.

—Ahora ya puedes quitártelo. Y si no quieres,

no vuelvas a ponértelo nunca.

El portazo resonó en toda la estancia e hizo que los cristales retumbaran.

Su imagen vibró al hacerlo el espejo y ella se quedó mirándose a sí misma, preguntándose cómo había llegado a ser esa mujer arisca e insoportable, y por qué lo peor de ella salía a la luz en ese momento, cuando él acababa de hacerle un regalo tan hermoso.

—¿Quién eres? —le dijo a su reflejo—. ¿De dónde demonios has salido y qué has hecho conmigo?

Capítulo 6

El primero de octubre amaneció especialmente soleado. Era el día más despejado desde que Verónica había llegado a *Le Petit Beaumont* hacía casi tres semanas. La suave temperatura que se alcanzó a las diez de la mañana animó a la joven a salir a dar un paseo por los jardines. En lugar de limitarse a disfrutar de su actual lectura en su dormitorio o en la biblioteca, optó por llevarse consigo el didáctico manual de gramática francesa que trataba de ocultar a ojos de Alejandro, consciente de que era un simple acto de orgullo. No quería reconocer, ante nadie en general pero ante él en particular, la debilidad de no dominar completamente un idioma que había aprendido de niña con tanta facilidad y que ahora recordaba con menor precisión. Por mucho que los sirvientes

hablaran el castellano con soltura, ella debía ser perfectamente capaz de desenvolverse en el idioma del país que era ahora su hogar.

En cuanto salió de la casa se vio seguida por Gino. Realmente le parecía era que el animal disfrutaba de su compañía, sentimiento que, debía reconocer, era mutuo.

Ya había paseado varias veces por aquellos jardines de ensueño, pero esa iba a ser la primera vez que se sentara en uno de los bancos de piedra que salpicaban la entrada del castillo, bajo la sombra de alguno de los álamos que bordeaban tanto los jardines como la casa, a modo de cercado natural.

Las horas se le pasaron volando y prácticamente olvidó que su idea inicial había sido leer al aire libre. Se deleitó escuchando el trinar de los pájaros e inhalando la brisa fresca que traía consigo no solo el aroma sino también la melodía

del río, el chapoteo que la corriente provocaba en el salto de agua que ella podía divisar desde el balcón de su cuarto. Aquel sonido había sido un consuelo las noches que no conseguía dormir, pues el Loira le traía recuerdos de su apreciado Ebro. Quien había vivido prácticamente toda su vida a la orilla de un río no sabía dormir sin la compañía del cantar de sus aguas.

Tuvo que ser Gino quien le recordara que era la hora de comer. Tironeó de los bajos de sus faldas hasta que ella despertó de su ensimismamiento y lo siguió hasta la casa.

Como ya venía siendo costumbre, Alejandro la esperaba sentado a la mesa. Solía ser el primero en llegar pero nunca probaba bocado hasta que estaban los dos presentes, cosa que la desconcertaba y la conmovía en la misma medida. Se dijo que había tardado demasiado en acudir a la mesa cuando lo vio leyendo el periódico,

prácticamente terminando la última página.

—Hoy me gustaría salir a dar un paseo — comentó mientras tomaba asiento.

—Vaya, me hablas otra vez.

Verónica tardó un par de segundos en darse cuenta de que el día anterior se habían despedido con una discusión. Siendo sincera consigo misma, tuvo que reconocer que tampoco recordaba el motivo de su disputa. Su actitud era negativa en todo lo que concerniera a Alejandro, y se había comportado de forma arisca con él prácticamente en todas sus conversaciones.

Después de sopesarlo unos instantes, y recordar algo sobre una reunión de amigos para la cual parecía querer su colaboración, decidió no tocar el tema e ir directa a lo que le interesaba.

—La verdad es que hace un día magnífico y no quiero quedarme aquí encerrada.

Alejandro bajó el periódico de forma que sus

ojos quedaron a la vista por encima de las páginas y la miraron con una ceja alzada.

—Eres tú la que no has querido ir a ningún sitio hasta ahora.

—Me gustaría pasear más allá de los jardines —aclaró, obviando que él tenía toda la razón.

En esta ocasión Alejandro dobló *Le Siècle* y lo dejó a un lado, mirándola en todo momento, con los ojos entrecerrados.

—¿Pretendes escaparte?

—Si quisiera escaparme, ya me habría ido. No te estaría pidiendo permiso.

El hombre barruntó las explicaciones de su esposa mientras bebía un sorbo de su vino. Por supuesto, mantuvo la mirada fija en la de ella hasta que decidió darse por satisfecho y aceptar la lógica de sus palabras. Con ella nunca sabía qué esperar.

—No tienes que pedirme permiso para salir a

dar un paseo. Solo hacérmelo saber.

¡Maldición! Había caído en su propia trampa. Acababa de reconocer que necesitaba su permiso para salir de la casa. Aunque él lo hubiera tachado de excesivo, era concederle poder sobre ella, más del que él mismo sabía que tenía. Decidió centrar su atención en otro comentario.

—Ya, para que no pienses que me he escapado.

—Exactamente.

Dando por hecho que aquello significaba que él lo aprobaba, dio el siguiente paso.

—Pero no conozco los alrededores. Tal vez alguno de los sirvientes podría acompañarme. Léonard, por ejemplo.

—Yo te acompañaré.

Sorprendida, Verónica esperó a que Melissa terminara de servir el consomé para continuar con la conversación.

—¿Tú?

—Sí. Creo que debería ser yo quien te mostrara hasta donde llegan las tierras que ahora tú también posees.

—Para eso imagino que habría que ir a caballo.

—¿Y hay algún problema en eso?

—No. —Tragó una cuchara demasiado caliente y la voz le salió ahogada.

—Entonces arreglo unos asuntos y salimos. Te espero en los establos una hora después de que acabemos de comer.

—¿Tan pronto?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

La pregunta era capciosa, así que su respuesta también lo fue.

—Por desgracia, nada en absoluto.

—*Très bien.*

Terminaron de comer sin volver a decirse nada y, tras el postre, Alejandro se marchó a su

despacho. Verónica decidió que para montar a caballo no llevaba la ropa más adecuada, así que se dirigió a su dormitorio a buscar un vestido que no fuera del todo inapropiado. Por fin tenía un motivo para probarse los vestidos que Alejandro le había ido trayendo. Hasta ahora, se había limitado a usar solo dos o tres en un acto de rebeldía en contra de la opulencia con la que había ido llenando su armario después de la discusión que tuvieron cuando le compró el primero. Pero no podía negarse a sí misma que le habría gustado lucir algunos de ellos, cuyas telas eran tan finas y radiantes que era una auténtica pena que permanecieran ocultos. Pero su orgullo era lo primero, siempre lo sería. No obstante, hoy tenía una buena excusa para saltarse sus propias normas.

—Esa yegua es demasiado grande para ti —

pronunció Alejandro detrás de Verónica mientras ella cepillaba a Giralda, la cual había llamado su atención nada más poner un pie en los establos.

—Lo mismo le he indicado yo, Alejandro, pero Madame Verónica insiste en que quiere esta —se excusó Léonard.

—Quiero un caballo andaluz. Me recordará a mi tierra. ¿Hay algún problema en eso?

—¿Lleváis mucho tiempo hablando de la raza de mis caballos?

Aunque la pregunta iba dirigida a Léonard, fue ella quien respondió.

—No ha sido necesario. Sabía la raza de Giralda antes de conocer su nombre. Es excepcionalmente esbelta. —Acarició el largo cuello dorado de la yegua baya. —En serio. Quiero esta. No montaré ningún otro ejemplar.

—Tenía un pequeño caballo trotón para ti, pero si insistes...

—Insisto.

—Muy bien. Leo, ponle la montura a Giralda. Vamos a salir a dar un paseo.

—Yo puedo hacerlo. —Ella se adelantó cogiendo la montura de las manos del joven, quien se quedó mirando a Alejandro, esperando su aprobación.

—Déjala. Solo asegúrate de que no la pone del revés.

—Sé perfectamente cómo ponerla. Gracias por tu sarcasmo.

Léonard insistió en ayudarla y ella le dejó al percibir que parecía realmente preocupado. En cambio Alejandro se ocupó de la montura de su semental árabe y la esperó en la puerta.

—Gracias, Leo. Eres todo un caballero —apuntilló bien alto para que Alejandro pudiera oírla.

—De nada, Madame. Estoy a su servicio —le

indicó ofreciéndole la mano para ayudarla a subir, sorprendido de que le nombrara por su diminutivo.

—Tranquilo. A partir de aquí, puedo yo sola.

Puso un pie en el estribo y subió de un salto. Hacía varios años que no montaba, excepto a Serafina cuando Úrsula se la prestaba. Su padre había perdido sus caballos antes que la mitad de las empresas, ya que mantenerlos era demasiado costoso. Pero recordaba perfectamente cómo montar, y lo había extrañado tanto...

—Tienes estilo —apreció Alejandro según salía a su lado.

—Giralda me lo está poniendo fácil. Es muy dócil. —La yegua alcanzó al caballo zaino que montaba Alejandro y se mantuvo al paso a su lado—. En cambio Aquiles me ha bufado cuando me he acercado a él.

—Eso es porque solo deja que lo monte yo. Como mucho se deja lavar y cepillar por Leo

siempre y cuando le dé de comer primero. En cambio, a mí Giralda nunca me ha parecido precisamente dócil. Debe de ser que le gustas.

—Entonces el sentimiento es mutuo.

Tras acariciar el cuello de la yegua, alzó la vista y pudo divisar un edificio que no había visto hasta ese momento, no muy lejos de los establos. Por la estructura y la cruz en lo alto, le pareció una pequeña ermita. A pesar de tener aspecto antiguo, estaba completamente en pie, no como los muros derruidos que apenas se entreveían a poca distancia, detrás de una hilera de árboles que comenzaban a perder sus hojas.

—Es agradable saber que hay algo en esta casa que te gusta.

Verónica pospuso sus preguntas sobre ambas edificaciones para más tarde y centró su atención en Alejandro.

—Que no te haya informado de ello no significa

que no haya nada aquí que me guste. —Aligeró el paso y Alejandro la siguió al trote.

—¿Qué otras cosas te gustan?

Como no había motivo para no ser sincera, contestó con la verdad.

—El aroma del aire, fresco y cargado del perfume de las flores de los jardines que rodean la casa. Tan solo echo en falta el de la flor de azahar. También me gusta la biblioteca, tienes una gran colección, con ejemplares muy interesantes. Y Margot es una cocinera sublime. Creo que estoy ganando peso.

Él se adelantó y se cruzó en su camino, cortándole el paso y obligándola a detenerse.

—Son muchas más cosas de las que esperaba.

—Llevo casi un mes aquí y solo son tres cosas —recalcó, recriminándose que al ser sincera le había dado una satisfacción a él—. Yo diría que son pocas.

—Cuatro.

—¿Cómo?

—Giralda es la cuarta.

—Cierto. —No podía negarlo—. Entonces Gino es la quinta.

Alejandro sonrió de forma indescifrable y giró en su montura para reanudar el camino.

—Y después de este paseo, serán seis. Sígueme.

Dejando atrás la pequeña colina que se alzaba poco más allá del establo, cabalgaron por una extensa llanura cubierta de flores silvestres, amapolas, margaritas, dientes de león... Múltiples colores que empezaban a apagarse según avanzaban los días y el otoño se hacía más presente.

Alejandro la condujo por la orilla del río, ancho y caudaloso, hasta llegar a un punto donde

un estrecho arroyo moría al verter sus aguas en el Loira. Siguiendo este arroyo se encaminaron cuesta arriba, y se adentraron en un bosque que poco a poco se volvió más cerrado, casi haciendo imperceptible el riachuelo. Y allí, en el punto en el que las aguas parecían desaparecer, fue donde Alejandro, o tal vez el propio Aquiles, decidió cruzar.

El sol apenas podía adentrarse entre la frondosidad de las copas de los árboles de aquel espeso bosque, y Verónica comenzó a sentir el frío en el rostro. También el olor era más húmedo, y hasta los sonidos cambiaban. Los cascos de los caballos resonaban contra las piedras cubiertas de musgo y producían un eco que amortiguaba el canto de los pájaros, cientos, miles de ellos, a refugio en sus nidos, avisando a sus compañeros de la presencia de extraños en aquel apacible y solitario lugar.

Supo que el bosque se abría cuando la temperatura comenzó a subir. Los troncos ya estaban más distantes entre sí y cabalgar se le hizo menos complicado, si bien Giralda parecía sentirse perfectamente cómoda en aquel paraje. Los rayos del sol la cegaron cuando, casi de golpe, otra llanura se presentó frente a ella.

Una pradera de lavanda colapsó agradablemente su vista con su intenso colorido y su olfato con su penetrante aroma.

Ya en campo abierto, Giralda aceleró el paso para ponerse a la altura de Aquiles, pues hasta entonces había sido imposible cabalgar en paralelo. A la par, subieron una pendiente bastante pronunciada hasta lo alto de la colina más elevada de los alrededores.

—Desde allí se ve Orleans —gritó Alejandro, señalando un gran roble en lo alto, solitario y majestuoso. —Es una vista impresionante.

Desmontaron junto al roble y, a su sombra, Alejandro ató a los caballos para que descansaran.

—Es una ciudad muy bonita —comentó Verónica mirando al horizonte.

Y de pronto, se dijo que aquella imagen ya la había visto. En un cuadro. El que decoraba la pared de su propio dormitorio.

Lo primero que le llamó la atención fue la Catedral de Santa Cruz, con sus torres mellizas de estilo gótico alzándose sobre los tejados del resto de la ciudad. Recordaba su nombre, porque allí había sido el funeral de Fernando. Lo que no sabía era cómo aquel recuerdo había acudido a su mente tan de repente, pues hacía ocho años que su padre le había contado lo terrible de aquel viaje para despedir a su amigo.

El resto de los edificios, incluso otros que sobresalían aunque con menor importancia que la catedral, le parecieron minúsculos a su lado,

amontonándose a su alrededor, como buscando su refugio y protección.

Era una ciudad muy grande, pensó, y se sintió inquieta por no conocer aún sus calles ni sus gentes, como sí conocía las de Zaragoza, por donde podía caminar sin fijarse, por pura inercia.

Sumida en los recuerdos mientras miraba la escena como había mirado en incontables ocasiones el cuadro de su cuarto, suspiró, nostálgica.

—¿Estás cansada?

—No —respondió automáticamente.

—Este tramo podríamos hacerlo caminando, si te apetece.

—De acuerdo.

Bajaron la colina a pie y dejaron a los caballos descansar un poco más.

Alejandro le explicó que todo aquel terreno, el que habían recorrido y el segundo bosque en el

que ahora se adentraban, formaba parte de la herencia de su madre. Aquella parte en concreto era un coto que apenas se explotaba, pues a él la caza nunca le había llamado mucho la atención. No obstante, solía permitir que algunos amigos de sus padres practicasen ese deporte de vez en cuando en sus terrenos.

—Pero a partir de aquí, nadie puede cazar —le advirtió cuando llegaron a un vallado. —Solo criar ganado y cultivar la tierra.

Ella miró a lo lejos, y divisó algunos edificios desperdigados entre incontables campos de cultivo.

—¿Pero también son terrenos tuyos?

—Nuestros —la corrigió y vio la incomodidad en su rostro—. Aunque están arrendados. Distribuidos en total entre ocho fincas.

—¿Ocho? —parpadeó y volvió a mirar al horizonte.

—Sí. Había demasiado terreno sin explotar. Me parecía una lástima, un absurdo desperdicio. Nada productivo.

—Así que también eres un terrateniente.

—Toda la carne y la leche que se consume en esta casa proviene de esas granjas. Y buena parte del vino de nuestra bodega tiene su origen en este suelo. Tres de las fincas explotan viñedos. —La hizo girarse hacia su izquierda y le indicó que mirara hacia una zona bastante lejana donde se veían algunas cepas.

—Eso debe de ser mucho terreno. —Era imposible abarcar todo aquel terreno con la mirada—. Más del que hemos recorrido.

—Prácticamente el doble.

—Seguro que dan sustento a muchas familias —dijo ella, aunque después pensó un poco más allá—. Si la renta que te pagan es razonable, claro.

—¿No me crees un hombre razonable?

No le respondió, y a él eso le pareció más que un sí.

Mientras ella admiraba una de las asombrosas vistas que él había pintado en numerosas ocasiones, la observó con detenimiento. Y supo que tenía que retratarla. De nuevo. Ahora que la belleza que hacía años había plasmado en un pequeño pedazo de papel ya no era la de una linda niñita. Sino la de toda una mujer, con los rasgos y expresiones más arrebatadores que jamás había contemplado. Un rostro, y un cuerpo, del que cada vez le costaba más despegar los ojos.

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—¿Volvemos?

—Sí, sí. —Verónica se había quedado con la mirada perdida. Absolutamente maravillada.

Aquello no se le escapó a Alejandro, una de las ventajas de no haberle quitado ojo en ningún momento.

—¿Ya son seis? —le preguntó en cuanto emprendieron el camino de vuelta.

—¿Cómo dices?

—Las cosas que te gustan de tu nuevo hogar.

¿Son seis?

Ella le miró de reojo e hizo una mueca con la boca, como si le costara mucho reconocerlo.

—He de admitir que sí.

El camino se estrechaba y Alejandro la dejó pasar delante de él. Ella se entretuvo mirando las flores silvestres, los árboles perdiendo sus primeras hojas y las aves que anidaban en ellos. Cuando fijó la vista en el suelo, pudo ver la sombra de Alejandro a una distancia demasiado corta. Se detuvo en seco y miró hacia atrás para averiguar el motivo de su proximidad.

—¿Qué? —preguntó perplejo, seguramente porque le había fulminado con la mirada sin motivo aparente, ya que realmente se encontraba lo

menos a cuatro pasos de ella.

El sol del atardecer había hecho un curioso juego de sombras y le había dado una impresión equivocada.

—Nada. —Continuó caminando, sin dejar de mirar sus sombras con desconfianza.

Alejandro debió de captarlo y se acercó más, tanto que las sombras se superpusieron y ella se detuvo de nuevo. Antes de poder girarse para pedirle explicaciones, unas extrañas orejas de conejo aparecieron sobre la cabeza de su sombra. Alejandro encogió los dedos y los volvió a estirar, dándole un efecto muy gracioso a su nuevo aspecto y logrando que a ella le diera la risa.

—¿Se puede saber qué haces? —exigió saber dándose la vuelta y tratando de ponerse seria.

—Robarle una sonrisa, Madame.

—Eso ha sido una tontería.

Siguió caminando, intentando ignorarle, pero su

sombra se encogió y adquirió la forma de una gallina picoteando grano del suelo. Le pareció tan ridículo que soltó una gran carcajada.

—¿Eres bufón en tus ratos libres?

—No me importa hacer de bufón de vez en cuando, si con eso consigo oír lo que acabo de oír.

—¿El qué?

—Tienes una risa muy bonita. Espero poder oírla de nuevo. —La adelantó y siguió caminando —. Vamos a tomar un atajo.

Verónica tuvo que recoger sus faldas para salvar la altura de un montículo que Alejandro ya había subido, dejándola atrás. Pero al llegar a lo alto, tropezó y cayó de bruces. Le faltó solo un instante para dar contra el suelo, pero Alejandro se agachó y detuvo su caída.

—Pensé que nada podía contigo. Pero veo que no eres invulnerable.

—Cualquiera puede tropezarse. Y si tú llevaras

estas faldas seguro que no llevarías un paso tan ligero.

Alejandro contempló su vestido. Ya se había fijado en que era la primera vez que usaba ese en concreto, de color verde y más oscuro que otros que le había traído. La satisfacción de verla hacer uso de sus regalos se vio empañada por la decepción consigo mismo por no haberle comprado algo adecuado para cabalgar. Decidió que debía corregir ese error en cuanto pudiera. Pero por el momento, se encargaría de que no se abriera la cabeza.

—Si quieres, puedo darte la mano para llegar hasta los caballos. —Los señaló a lo lejos—. Está pendiente es muy pronunciada.

—Puedo bajar perfectamente sola.

Se apartó de él y siguió en línea recta hacia el árbol en el que descansaban los caballos. Se planteó si Alejandro habría escogido a propósito

ese camino. Era realmente complicado bajar. Pero no iba a ceder. Bajaría sin su ayuda.

La hierba era muy alta y no le dejaba ver el terreno que pisaba, por lo que debía bajar más despacio de lo que le hubiera gustado. Él la custodiaba, sin duda esperando a que volviera a caer, cosa que sucedió. Se resbaló y cayó de costado, esta vez sin que él pudiera evitarlo.

—¿Estás bien? —Le ofreció la mano para que se levantara.

—Sí, no ha sido una gran caída. Las he sufrido peores. —Él fue a retirar su mano, pero ella no se la soltó—. Puedo aceptar tu ayuda hasta el final de la pendiente, si aún me la ofreces.

Prefería ceder ante eso que volver a caer y que luego él se jactara de ello.

—Siempre podrás contar con ella, aunque la rechaces mil veces —le aseguró y le sujetó el codo con la otra mano, continuando el descenso

lentamente.

—Por aquí ya puedo sola —le informó al llegar a terreno llano y, aunque trató de apartar su brazo, él no lo permitió—. Ya puedes soltarme —insistió.

—Ahora mismo estoy muy bien como estoy.

Verónica levantó la vista con la intención de clavarle una mirada de reproche. Tal vez esa sonrisa traviesa le valiera con las francesitas que se dejaban cautivar por su evidente atractivo, su dinero y su encanto natural. Pero con ella no iba a funcionar. No obstante, en ese momento un rayo de sol se abrió paso entre las nubes e iluminó de lleno su pelo, dejando ver unos reflejos cobrizos que no había visto en sus cabellos hasta ese momento. Y esa sonrisa traviesa se volvió de pronto infantil, pasando de un claro intento de seducción a una sonrisa pura según se sentía a sí misma sonreír. Y es que de pronto, le reconoció.

—Eras pelirrojo de pequeño.

Su sonrisa desapareció al instante, pero ya no importaba. Ella le estaba viendo allí, junto al río, salpicándola hasta que consiguió hacerla entrar en el agua para jugar con él. Una de muchas maravillosas tardes.

—Mi madre era pelirroja, y yo heredé algo de ese rasgo, solo un poco —matizó.

—Yo diría que más que un poco —apuntilló la joven y señaló una de las pocas pecas que le quedaban sobre la nariz.

—¿Ah, sí? —La sujetó por la muñeca para apartarla de su cara. Para una vez que le tocaba y tenía que ser a causa de las pecas que nunca le habían gustado especialmente—. ¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Acabo de acordarme de ti.

Verónica tuvo la satisfacción de ver cómo el rostro de él palidecía, y esperó premeditadamente unos segundos durante los cuales permaneció

mirándolo fijamente. Era de lo más agradable sentirse en ventaja por una vez. Y en el fondo, llevaba esperando ese momento desde que lo había visto ante su puerta. No recordarlo mientras que él sí la había recordado a ella le parecía una desigualdad más entre ellos.

—Ha sido de repente, el sol en tu pelo, esa sonrisa de niño pillo. Te he visto en una tarde en la que, si no recuerdo mal, me sacaste del agua cuando estaba a punto de ahogarme.

De pronto los recuerdos la abrumaban. Le había salvado la vida y ella... ¿simplemente lo había olvidado?

—Bueno, no fue exactamente así —dijo él sonriendo de nuevo. ¿Se hacía ella la más mínima idea de lo que significaba para él que de pronto lo recordara? Seguramente no, puesto que ni él había esperado sentirse tan complacido. —Tú no te estabas ahogando, te hiciste daño en el pie con una

roca y yo te saqué del agua en brazos.

—Cierto. Tuve el pie vendado unos días —recordó poco a poco—. Pero tú también te heriste.

—Sí —reconoció riendo—. Al sacarte tropecé y caí sobre una rodilla. Tú me preguntabas si me dolía, y me dolía horrores, pero yo no podía reconocerlo. Era tu héroe y no podía llorar como lo estabas haciendo tú. Así que aguanté hasta que te dejé con nuestros padres y me fui a curarme yo solo. Entonces sí que lloré, a moco tendido. —Se agachó y se remangó la pernera del pantalón, señalando su rodilla—. ¿Ves?

Ella se agachó para ver su cicatriz, llena de curiosidad y también algo de culpabilidad.

—Sí, sí. —Trató de mitigar una repentina sensación de nostalgia y afecto—. Ya veo que tienes pruebas de que eres aquel niño. Tampoco es que tuviera ninguna duda al respecto.

—Pero mis pecas te lo han confirmado. —Por

cómo arrugó su nariz ella dedujo que no le gustaban mucho.

—¿Tienes algún problema con tus pecas o con los reflejos rojizos de tu pelo?

—Nunca me gustaron más que por el hecho de hacerme más parecido a mi madre —reconoció—. Pero a ti parecen gustarte.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces no te gustan? —Exageró su tono de decepción—. Vaya, tenía la esperanza de que la séptima cosa que te gustara de esta casa tuviera algo más directo que ver conmigo.

—Tampoco he dicho que no me gusten —continuó ella, ansiosa de seguir con aquel repentino juego, pero comenzando a caminar para dejarlo atrás y que él tuviera que seguirla—. Pero si me gustaran, jamás lo reconocería.

—Entonces es que te gustan —le acusó señalándole a la cara y echando a correr hacia los

caballos, en un gesto que le recordó de nuevo a su infancia.

—Si fuera así, cosa que no he dicho —continuó haciéndose de rogar y subiendo el volumen para que la oyera en la distancia—, no sería mérito tuyo, si no de tu madre. Es algo que simplemente has heredado.

—Así que no me ganaré tu afecto a través de nada que tenga que ver con mi físico, puesto que según tú todo es heredado.

Él sacó pecho y levantó el mentón mientras ella se volvía a situar a su altura.

Verónica reconoció, solo para sí, que una buena ascendencia le había proporcionado la base de su belleza, pero el porte y la elegancia le vendrían de la educación. En cambio, la forma de mirar y la musculatura eran algo suyo, de su personalidad y del ejercicio físico que debía de hacer para tener aquel cuerpo duro y... Miró hacia otro lado,

plenamente consciente de que se había quedado mirándolo de arriba a abajo.

—Me encantan los retos. Encontraré algo que te guste de mí y que no tenga que ver más que con mis propios méritos.

—Me gustará verte intentarlo.

—A mí me gustará verte reconociéndolo.

Sin responderle con nada más que una altiva mirada, Verónica se subió elegantemente y con gran agilidad a lomos de Giralda y la hizo ponerse en marcha dejando a Alejandro en el sitio.

Muy bien, la dejaría ir en la dirección equivocada un rato más, comenzó a pensar Alejandro, pero enseguida la vio rectificar y retomar el camino correcto. Así que truncada esa pequeña satisfacción, se aferró a otra. A aquello que Arturo le había revelado poco antes de su muerte. Si Verónica consentía en no tener la última palabra, es que había cedido.

Durante la cena, Alejandro retomó la conversación que había derivado en discusión la noche anterior. Confiaba en que el agradable paseo que habían compartido esa tarde y el aparente buen humor que Verónica exhibía ese día, lo ayudaran a convencerla de sus propósitos.

—Realmente me gustaría que aceptaras organizar conmigo la fiesta por mi cumpleaños. No solo es algo que me apetece enormemente, después de llevar varios meses sin ver a muchos de mis amigos, si no que me parece el momento perfecto para que todos te conozcan. Llevo dándoles largas desde que vinimos porque imaginaba que...

—No, no quería ver a nadie, conocer a nadie más, ni dar explicaciones de por qué estoy aquí.

Alejandro resopló discretamente, tratando de calmarse y hablar con ella razonablemente,

ignorando el hecho de que, una vez más, le había interrumpido a mitad de una frase.

—Los dos primeros motivos los comprendo. El último, es irrelevante. Estás aquí porque eres mi esposa. No hay explicaciones que dar.

—Sí que las hay. Nadie ha sabido nada de mí hasta después de la boda. ¿No sospecharán sobre la falsedad de este matrimonio?

—No, porque no hay falsedad en él. Es auténtico. Que no haya amor de por medio es algo que no tenemos por qué revelar a nadie.

—¿Pretendes que finja que estoy enamorada de ti durante la fiesta? La cual, por cierto, ayer no mencionaste que fuera por tu cumpleaños, ni que fuera una fiesta. Dijiste una reunión de amigos.

—Lo habría mencionado si tú no me interrumpieras cada vez que intento hablar contigo. Y si no te hubieras marchado airada dejando la conversación a medias solo porque tú la habías

dado por zanjada. —Suspiró de nuevo, y se armó de toda la paciencia que pudo. Prosiguió al ver que ella, sorprendentemente, no replicaba—. En primer lugar, es una reunión de amigos con motivo de mi cumpleaños y en aras de presentarte oficialmente como mi esposa. Eso dirán las invitaciones. Y en segundo lugar, lo que pretendo es que organices conmigo lo que creo que podría llamarse fiesta porque celebraremos dos cosas importantes. También quiero que seas tan anfitriona como yo y que trates de comportarte realmente como una esposa, simplemente como eso. No hace falta que suspires por las esquinas ni finjas desmayarte cada vez que te mire.

—Eso no podría hacerlo. ¿Fingir desmayarme porque un hombre me mira? ¡Qué tontería! —comentó con una sonrisa no del todo oculta.

—No un hombre cualquiera —repuso él irguiéndose y echándose hacia atrás en su

respaldo.

Aquellos aires de seductor consumado lograron que Verónica rompiera a reír a carcajadas. Mientras Ivette servía el segundo plato sin poder ocultar la sonrisa que le provocaba ver reír de aquella manera a Verónica, Alejandro se debatió entre el humor y la ofensa, pues no lo había dicho totalmente en broma. Había mujeres, algunas de las cuales acudirían a aquella velada, que suspiraban por él y se ruborizaban si las miraba. Muy a su pesar.

—Me alegra que te parezca gracioso. ¿Significa que aceptas mi propuesta?

—Tal vez —comentó mientras comía despreocupada y delicadamente un bocado de pato en salsa de arándanos—. Tengo que pensarlo.

—Realmente creo que lo más práctico y conveniente para ambos sería simplificar al máximo los términos de este matrimonio: nos

enamoramos y nos casamos. Si señalamos que la causa determinante de la rapidez de la boda fue el avanzado estado de la enfermedad de tu padre, cosa que es bastante cierta, todo quedará bien atado. Nadie pedirá más explicaciones que puedan incomodarnos ni a ti ni a mí.

Verónica bebió un sorbo de su copa de Cabernet con deliberada lentitud antes de responder.

—Si se te considera el eterno soltero, es posible que les cueste creer que te hayas enamorado tanto como para querer casarte tan apresuradamente, por mucho que te importara la presencia de mi padre en el enlace.

—Si tú te comportas como una dama y simulas tenerme un mínimo de afecto, dudo que les cueste creerlo.

—¿Así que es mi actitud lo que nos delataría?
—Alzó las cejas con incredulidad, y también algo

ofendida.

—Sí. Si te sigues comportando tan arisca conmigo les será completamente inverosímil. Todos saben que soy muy afectuoso y no comprenderían que mi esposa no lo fuera. Por lo demás, no habrá ningún problema. Siempre y cuando no te pongas uno de esos vestidos que tanto...

—Que tanto odias, ya.

—Sí. Con cualquier otro estás perfecta.

—En resumen. La gente espera que tengas una esposa hermosa y afectuosa. —Esperó a que Alejandro asintiera y él pudo ver cómo el violeta de sus ojos se oscurecía—. No sé si seré capaz de estar a la altura de sus expectativas.

—No digas tonterías. Tú sabes lo hermosa que eres. Y yo sé que eres capaz de mostrarte mínimamente amable si te lo propones.

—Podría hacerlo. —Ella le mantuvo la mirada

largo rato y decidió que, sin duda, esa era la oportunidad perfecta para pedirle algo que no había querido rebajarse a solicitar, porque realmente no había querido tener que pedirle nada. Por mucho que odiara admitirlo, incluso solo para sí misma, ya se sentía bastante en deuda con él—. Siempre y cuando tuviera una buena motivación para ello.

—No entiendo.

Verónica bebió otro sorbo de su copa y midió cuidadosamente cada una de sus palabras.

—Te propongo algo con lo que creo que sales ganando. Eres un hombre de negocios. Así que supongo que sabrás aceptar una buena oportunidad en cuanto la ves.

—Te escucho. —Intrigado, Alejandro dejó los cubiertos a ambos lados del plato y le prestó toda su atención.

—El día de tu cumpleaños seré esa perfecta

esposa que tú quieres delante de todos tus invitados. Seré amable, cariñosa y estaré más radiante que nunca. Fingiré y te respaldaré en lo que quiera que te inventes sobre cómo nos enamoramos y cómo decidimos casarnos.

—Muy bien. —Con cautela, Alejandro fue al quid de la cuestión—. ¿Y qué tendría que hacer yo para motivar semejante milagro?

—Poca cosa. Convencer a Melissa para que me deje enseñar a leer a sus hijos. A los cuatro.

—*¿Quoi?*

—Ya lo has oído. Solo quiero eso. Ya te he dicho que era poca cosa.

Tras un par de parpadeos, intentando disimular lo perplejo que le había dejado su petición, respondió con total sinceridad.

—Puedo hablar con ella, pero si no quiere, no puedo obligarla. No soy de esa clase de patrones que decide sobre la vida personal de sus

empleados.

—No te pido que la obligues, sino que la convenzas. Eres lo suficientemente persuasivo como para lograrlo. Además, es algo bueno para ellos. No se me ocurre ningún motivo para que me digas que no lo intentarás. ¿O acaso no quieres que tus empleados sepan leer?

—Ellos son solo unos niños, no mis empleados. Y por supuesto que quiero lo mejor para ellos. Son mi familia. Pero te repito que si ella no lo acepta, no la obligaré.

—Entonces, ¿lo intentarás?

—Sí, lo haré. —Simplemente la esperanza con la que todo su rostro se iluminó al decir aquello, habría hecho que él le concediera cualquier cosa —. Pero tengo una condición más.

—¿Más? —Frunció el ceño, desilusionada—. Creo que ya aportó más que tú a este trato. Tú solo tienes que cruzar unas palabras con Melissa,

mientras que yo debo pasar toda una velada haciendo de actriz y dedicar varios días a la organización de la fiesta.

¿Varios días? Él solo había pensado en que escribieran juntos las invitaciones, eligieran el menú y decidieran si era mejor un cuarteto de cuerda o algo más completo. El resto pensaba dejarlo en manos de Berta, como todos los eventos que se habían celebrado en *Le Petit Beaumont*. Pero si ella había dado por hecho que quería que se encargara de todo de principio a fin, no sería él quien le quitara la idea de la cabeza.

—Lo que te voy a pedir es solo una minucia, no te supondrá ningún esfuerzo adicional. Quiero que te pongas el vestido rosa, el primero que te regalé.

—¿Por qué ese precisamente?

—Porque ningún otro te sienta tan bien.

—Quizás fuera así hace tiempo, cuando me lo compraste. Pero ya no me quedará igual. He

ganado peso.

—No importa. Tiene que ser ese.

Verónica aún estaba pensando por qué a veces tenía que ser tan testarudo cuando Ivette sirvió las peras al vino del postre y, antes de irse, le dedicó una sonrisa llena de esperanza.

¿Qué le sucedía a aquella muchacha, que siempre la miraba con ojos soñadores? La única teoría que tenía Verónica era que desde que ella estaba allí, le había pedido ayuda en alguna ocasión para guardar los vestidos y complementos que Alejandro le iba trayendo, y sospechaba que así la mantenía alejada de Berta y las sucias tareas del hogar que esta le encomendaba, no de muy buenas formas. Quizás hubiera oído parte la conversación y le hiciera ilusión ocuparse de preparar una fiesta y no solo de sacudir alfombras, limpiar ventanales y fregar suelos.

—Muy bien. —Continuó una vez que la

doncella se hubo retirado—. En ese caso, yo también tengo una condición más.

—¿Eso significa que aceptas ponértelo?

—Solo si puedo contar con un lugar donde dar clase a los niños. Una especie de aula con materiales y pupitres, donde nadie nos interrumpa. En la mesa de la cocina no puedo hacer que se concentren. Créeme, llevo intentándolo desde hace más de una semana —indicó recordando los pequeños momentos que conseguía robarles antes de las comidas, enseñándoles las vocales y después el nombre de cada uno de ellos dibujándolos con el dedo sobre un puñado de harina—. Y aunque la biblioteca estaría bien porque dispone de mesas amplias y silencio, creo que les intimida demasiado. El otro día apenas aguantaron un par de minutos allí, cuando les convencí de que fueran a echarle un vistazo a la cantidad de libros que podrían leer si aprendían.

Aunque en realidad creo que la causa de que estén tensos es Berta, que no deja de llamarles la atención cuando los ve jugar dentro de la casa.

El tono con el que se refirió a Berta reveló a Alejandro algo que ya se imaginaba. Verónica y ella no habían hecho buenas migas. Él sabía que el ama de llaves era una mujer bastante difícil, estricta y perfeccionista. Además, llevaba siendo quien manejaba la casa desde la muerte de su madre, por lo que él mismo la había respetado, e incluso querido, pues con él siempre había sido cariñosa dentro de su velada frialdad.

Que otra mujer llegara y tomara las riendas de lo que sucediera en *Le Petit Beaumont* no debía de gustarle mucho, aunque lo disimulara y aceptara las decisiones de Verónica como su esposa y dueña de todo aquello. Sin embargo, Verónica apenas había cambiado nada. Lo máximo que había aceptado hacer por iniciativa propia era

supervisar los menús semanales junto con Margot.

Llevaba años sin sirvientes, cocinando y haciendo las compras ella misma, incluso cultivando un huerto. Estar en la cocina debía de ser incluso un alivio para ella en una casa desconocida. Además, ¿quién no estaría a gusto con Margot, quien no paraba de canturrear mientras cocinaba ni de charlar sobre cualquier cosa sin parar, con continuas preguntas y chistes de cosecha propia?

Pero sus sospechas de que era por los niños por quienes se acercaba tanto allí quedaron confirmadas. Los hijos de Melissa siempre andaban por las cocinas, ayudando en algunas tareas livianas como llevar agua o sacar los desperdicios para así ganarse una galleta o algún dulce extra. Y Verónica era maestra, casi más por vocación que por necesidad, como estaba comprobando él mismo en esos momentos. Si

instruir a esos niños iba a hacer que su esposa se sintiera más gusto en su propia casa, él haría lo que estuviera en su mano para contribuir a ello.

—Creo que tengo el lugar perfecto. Habría que arreglarlo un poco, pero seguro que Leo nos echa una mano.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Tienes a tu entera disposición la antigua ermita que hay no muy lejos de los establos. Aunque para convertirla en una escuela, tendrás que trabajar conmigo. ¿No te parece razonable?

—Más que razonable —murmuró. Se le había secado la garganta.

—¿Más? Vaya, entonces volvemos al desequilibrio. Bien, eso me permite pedir algo a mí para igualar los puntos del acuerdo.

Verónica se mordió la lengua. Su comentario la había puesto en desventaja de nuevo.

—Está bien. ¿Qué más quieres?

—No sé. Déjame pensar.

Él se la quedó mirando, simulando que pensaba algo, cuando realmente ya lo tenía más que claro, y ella lo sabía.

—Alejandro...

—Vale, vale. Ya sé. Quiero que vengas conmigo en mi próximo viaje de negocios.

—¿A la ciudad?

—No he dicho un paseo de negocios. He dicho un viaje. El próximo que me suponga varias semanas, no solo unos días.

—De acuerdo —respondió sin dudar.

—¿Segura?

—Completamente. —¿Por qué no, si ya había viajado previamente con él y a cambio de eso iba a conseguir más de lo que ella misma había ansiado?—. ¿Tenemos un trato?

—Lo tenemos. Y ambos debemos respetarlo.

—Ambos.

Capítulo 7

Como bien había dicho Alejandro, la ermita necesitaba algunos arreglos. De camino, en lo que era un paseo de apenas unos minutos desde la casa, le explicó algo que Verónica no había esperado, pero que no pudo sino hacerla sentirse orgullosa del hombre al que tenía por marido.

El abuelo materno de Alejandro había sido el Marqués de Beaumont antes de fallecer y que su primogénito heredase el título, aunque no todas las propiedades de su padre. *Le Petit Château Beaumont* había sido para su hija pequeña, Evangeline, quien adoraba aquella casa, aun no siendo la más majestuosa ni moderna de la familia. Armand de Beaumont no había podido hacer nada para impedir que su hermana se fuera a vivir allí

cuando tuvo la mayoría de edad y pudo ejercer su derecho de herencia, pero trató de impedir por todos los medios que se casara con un hombre que no fuera noble y, sobre todo, que no fuera francés. Fue por eso que, al casarse Evangeline con Fernando Zaldívar, Armand se lo tomó como una afrenta personal y obligó a todos los Beaumont a renegar de ella si querían seguir contando con su beneplácito. De modo que Alejandro no había conocido a apenas ningún familiar de su rama materna.

—Ni falta que me hace —le respondió a Verónica cuando esta le preguntó si no le gustaría tener contacto con su tío.

—Pero es tu familia —replicó ella, solo por saber qué le respondería él.

—No. Mi familia es la que está en esta casa. La que me quiere y ha cuidado de mí desde que era un crío, y la que sufrió conmigo la muerte de mi

padre. La que me ayudó a seguir adelante y a ser el hombre que hoy soy.

Alejandro se quedó serio y prosiguió el camino en silencio, hasta llegar a la puerta de la ermita.

—Mi bisabuelo la mandó construir para que su esposa, que quedó postrada en una silla de ruedas, pudiera rezar en la Casa de Dios sin tener que acudir a la ciudad cada día. Pero mi padre la cerró a cal y canto cuando mi madre murió. Fue Berta quien me lo contó —explicó—, porque él nunca lo mencionó. A mi madre le gustaba venir aquí a poner flores frescas en el altar. Su idea era bautizar aquí a todos sus hijos. No obstante, mi padre se negó a que me bautizaran aquí. Según Berta, él creía que sin mi madre presente, este lugar había dejado de ser sagrado.

Verónica pensó que era mejor no decir nada, así que ocultó su silencio en el sonido que la puerta hizo al abrirse.

El diáfano lugar estaba lleno de polvo, pajarillos revoloteando hacia sus nidos y, sobre todo, un olor a humedad, cera de vela y años de aire viciado.

—¿Qué día dijiste que era tu cumpleaños?

—No te lo dije. El diez de octubre.

—Bien. Eso nos deja menos de dos semanas para los preparativos, y para los arreglos de la escuela. Espero que no tengas muchos compromisos laborales porque vas a estar muy ocupado.

—¿Pretendes convertir esto en una escuela antes de la fiesta?

—¡Por supuesto! En cuanto convenzas a Melissa, traeré aquí a los niños todas las mañanas de lunes a viernes.

Él sonrió y la miró de aquella manera que le hacía plantearse qué narices estaría pensando.

—Me alegra verte entusiasmada con algo.

Lo estaba. La perspectiva de retomar una rutina de horarios escolares y la elaboración de un proyecto educativo hacía que el corazón le latiera más deprisa. Como si hubiese revivido.

—¿De verdad me cedes la ermita para dar clase, Alejandro? —De pronto, le pareció que él estaba concediéndole demasiado—. Entiendo que este lugar puede ser especial para ti.

—Como te he dicho, mi padre dejó de considerarlo un lugar sagrado cuando mi madre murió. Yo no lo creo igual, tal vez porque no estoy enfadado con Dios por la muerte de mi madre. Aunque sí llegué a estarlo cuando se llevó a mi padre. Soy creyente —no muy practicante, la verdad— pero sí conozco las escrituras. Y recuerdo algo que Jesucristo decía: “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Seguro que allí arriba están encantados de que este lugar abra de nuevo sus puertas para algo como lo que tú vas a hacer

tan desinteresadamente por los hijos de Melissa.

Aquello le provocó una mueca e incluso una punzada de culpabilidad. Se acercó al altar y, al fondo, vio una hermosa imagen de la Virgen María, esculpida en mármol blanco y sosteniendo a su hijo en brazos. Comenzó a hablar como si estuviera confesándose ante ella.

—He de reconocer que no es algo totalmente desinteresado. A mí me resulta muy gratificante enseñar a los niños, estar en su alegre e inocente compañía a diario. Es algo que nunca supe hasta que empecé a hacerlo. —Suspiró y después se rio, negando con la cabeza—. Mientras estudiaba en Londres, en el North Collegiate School de Candem Town, mi idea era ir a la universidad. La directora, Frances Mary Buss, nos aseguró al comenzar nuestro último año que todas y cada una de nosotras podríamos acceder a la universidad y estudiar lo que quisiéramos, como cualquier

hombre. Miss Buss confiaba plenamente en mis posibilidades, y yo tenía la absoluta certeza de que acabaría unos estudios universitarios que me llevaran a poder participar en política. Y, no te rías —le advirtió, girándose para asegurarse de que no lo hacía—, que conseguiría promover una ley por la que todas las mujeres pudiéramos votar. Todas y cada una de nosotras.

Por supuesto, él no se rio. Al contrario, la cara se le quedó impasible, paralizada por el sentimiento de admiración que había despertado en él con la simple confesión de algo que ella ahora veía como una fantasía, pero que algo le decía que si hubiera podido seguir adelante, habría convertido en realidad. No dudaba que alguna mujer, en algún momento no muy lejano, lo conseguiría. Y aquella o aquellas que lo logaran tendrían que tener, como mínimo, algunas de las cualidades que tenía su mujer. Deberían ser

valientes, persistentes, inteligentes y seguras. Ella era todo eso. Entre otras muchas admirables cualidades más.

—Pero mi padre enfermó —continuó con voz pesarosa—, y yo volví a casa. Además, tampoco podría haber seguido estudiando. Por el dinero —aclaró con un suspiro—. Mi título de bachiller me abrió las puertas de una de las escuelas de Zaragoza y allí descubrí que enseñar a niños era lo que realmente quería hacer. Ver cómo crecen y cómo avanzan en las materias, cómo disfrutan descubriendo cosas nuevas... —La apesadumbrada nostalgia de sus ojos fue sustituida de inmediato por una radiante luz de esperanza—. Creo que es el mejor trabajo del mundo. Y que, de cierta manera, es otra forma de contribuir a mejorar la sociedad, enseñándoles valores de igualdad a los niños cuando sus mentes aún no están cerradas a lo que siempre ha sido, a lo que

ven en sus casas o en las calles. El futuro está en sus manos, y esas manos son las que van a poder cambiar lo que está mal.

Se giró y lo miró con algo de desconcierto, como si de pronto se diera cuenta de que él estaba allí. Soltó una risita y se encogió de hombros.

—Así fue como descubrí mi auténtica vocación. Por casualidad. O quizás, simplemente, fue el destino.

Alejandro estaba mirándola embelesado, por eso tardó unos instantes en darse cuenta de que ella esperaba que dijera algo.

—Así son las vocaciones, supongo —concluyó torpemente. Y porque no sabía qué hacer con las manos, pasó dos dedos por el respaldo de un banco. Después se sacudió la mano manchada de polvo—. Yo siempre supe que quería pintar.

—¿No te dedicabas a construir locomotoras y vías de ferrocarril? Bueno, a invertir en ello.

Qué poco sabían el uno del otro, pensó con tristeza mientras recorría el pasillo central que delimitaban los bancos antes de llegar al altar vacío. Sin una sola flor.

—Con eso me gano la vida. Son los negocios que heredé de mi padre. Y aunque me resultan interesantes y gratificantes en el sentido de contribuir a comunicar ciudades y países entre sí, de forma que los pasajeros y las mercancías lleguen cada vez en menos tiempo y con mayor comodidad, mi auténtica vocación está en los lienzos que pinto. Cuando uno me viene a la mente, tengo que dejar todo lo que estoy haciendo y entregarme a él por completo. Hasta que no lo termino, no puedo pensar en otra cosa.

Ella sabía que tenía un taller de pintura, lo había visto con sus propios ojos, pero había creído que era un pasatiempo más, como los ejercicios que realizaba en su gimnasio.

—¿En serio? —parpadeó sorprendida.

—Sí, en serio. —¿Podría llegar a entender ella la pasión que él sentía cuando pintaba? Se temía que ambas vocaciones eran muy distintas—. ¿No tengo aspecto de artista?

—La verdad es que, ahora que lo dices —lo miró entrecerrando los ojos—, sí.

Ambos rieron al unísono y sus voces hicieron eco contra las paredes del desolado edificio.

—Caramba. Da escalofríos. —De hecho, Verónica acababa de sentir uno.

—Sí. No tiene mucho aspecto de escuela. Habrá que trabajar mucho aquí dentro.

—Me parece que no voy a traer a los niños hasta que yo misma sea capaz de poner un pie aquí sin pensar en los espíritus de tus ancestros —decidió, mirando alrededor con desasosiego.

Él la miró extrañado. Eso no encajaba con ella.

—Mis ancestros hace mucho que dejaron estas

tierras, Verónica.

—Lo sé. Pero la imaginación de los niños es poderosa. ¿Por dónde podríamos empezar?

Él también miró alrededor. Si hacían todo lo que le estaba viniendo a la mente en imágenes, como cada vez que comenzaba un nuevo proyecto, necesitarían más mano de obra.

—Creo que lo mejor será hablar con Leo. Él conoce algunas cuadrillas de albañiles que pueden colaborar por un sueldo razonable. Porque tú y yo solos podemos formar un gran equipo —le guiñó desconcertantemente un ojo—, pero solo tenemos cuatro manos.

—Manos de artista. —Verónica le soltó casi de inmediato al darse cuenta de que se había quedado mirando una de sus manos, justo después de tomársela sin pensar. —Creo que he visto a Leo en los establos —comentó, nerviosa por su propio comportamiento.

Él le concedió el alivio de no darle mayor importancia a su impulsivo gesto.

—Si te fijas, encontrarás cuadros pintados por mí en la casa —le explicó mientras salían y cerraba la puerta con la llave que acto seguido le entregó a ella—. Podrías tratar de adivinar cuáles son míos y cuáles no.

—¿Es un juego? —La idea le parecía divertida—. ¿Ganaré algo si acierto?

—¿Ganaré yo algo si fallas?

Ella no respondió y ocultó su mirada al guardarse la llave en el bolsillo de su falda. Acababan de hacer un trato y no iba a meterse de lleno en otro por jugar a las adivinanzas. Aun así, mientras se dirigían a los establos, la curiosidad la pudo y se preguntó si encontraría la firma de Alejandro en el cuadro que había en su cuarto, sobre la chimenea, y que tan hermoso le había parecido desde el primer día.

Tras hablar con Léonard, Verónica volvió a la casa con una lista enorme detallando los arreglos por hacer. Al dirigirse a la cocina se cruzó con Berta, quien no solo no la saludó sino que prácticamente la fulminó con la mirada antes de marcharse con la cara encendida de rabia. Apenas pudo pensar en ello porque Jacques llegó corriendo y se le abrazó a las faldas.

—¿De verdad va a construir una escuela para nosotros? —preguntó en un sollozo.

—Construir exactamente, no. Arreglaremos la ermita que hay más allá de los establos. Pero será una escuela preciosa, ya lo verás.

El resto de los niños acudió a su encuentro. La avasallaron a preguntas hasta que Melissa se los quitó de encima, avisándoles de que si se ponían tan pesados, tal vez Madame Verónica cambiara de

idea antes de empezar.

Los niños vieron que aquello era posible y aceptaron irse sin hacer una sola pregunta más.

—No pasa nada, Melissa. Me encanta verlos tan entusiasmados. Una motivación como esa es de por sí la mitad del aprendizaje.

—Supongo que eso también es aplicable a la labor de la enseñanza. —Verónica asintió sonriente. Ella no podía estar más motivada—. No sé cómo podré agradecerse. Desde que mi esposo murió yo... solo he pensado en darles el doble de amor a mis hijos. Ya sé que eso no es excusa para no haberles enseñado a leer. Simplemente, quiero decirle que no había pensado en ello como una prioridad. Pero ahora sé que ellos anhelan aprender. Y lo necesitan.

—Aún son pequeños. No es tarde. La verdad es que nunca lo es. —Conmovida, Verónica le tomó las manos y se las apretó con fuerza—. Y son muy

listos. Aprenden muy rápido.

—En eso han salido a mi Jean. —Suspiró y evitó que una lágrima se le escapara frotándose un ojo—. Yo no soy tan inteligente como lo fue él. Pero soy hábil. Y trabajadora. Si le parece bien, me gustaría ayudar con las reformas.

Para que ella pudiera llorar a gusto y, para qué negarlo, para poder ocultar sus propias lágrimas, Verónica optó por abrazarla.

—Toda ayuda es bienvenida.

—Con esta ya son veinte las confirmaciones de asistencia. De veinte recibidas.

Verónica subrayó otros dos nombres de la lista que había elaborado con Alejandro hacía una escasa semana. Esa había sido una de las muchas tareas que habían compartido durante los

preparativos de la fiesta, ambos sentados frente a la mesa del despacho después de comer.

—Tu fiesta de cumpleaños va a estar muy concurrida. Y eso que tu familia materna no está invitada. —La joven cogió otro de los sobres que Alejandro había identificado y separado del resto del correo, leyó el remitente y, al sacar la nota, lo miró con una ceja alzada—. Veintiuna.

—Me temo que lo que les motiva a venir no es que yo cumpla años. Sino conocerte a ti.

—No querrían conocerme a mí si tú no fueras tan popular. —Con la boca apretada, subrayó los cuatro nombres de la Familia Dupont.

—Y tú no querías conocerlos a ellos si no estuvieras casada conmigo. —Intencionadamente, abrió un sobre rasgándolo con violencia con el afilado abrecartas.

—¿Quién ha dicho que quiera conocerlos? — Alejandro la miró ceñudo. Ella se encogió de

hombros y suspiró—. Tranquilo. Te dije que sería una estupenda anfitriona. Y lo seré.

¿Es que no pensaba darle ni un minuto de tregua?, se preguntó Alejandro. De pronto, parecía estar tan relajada, comentando con Leo la decoración floral del salón o calculando con él y Margot cuántos camareros iban a necesitar. Y al minuto siguiente, se ponía a la defensiva, recordándole que si estaba haciendo todo aquello era solo porque habían hecho un trato.

—Mira, seguro que después de conocer a dos de mis invitados de honor, te tragas tus palabras. —Le extendió el sobre que acababa de abrir, sin mirar su contenido—. Forman la pareja más encantadora que he visto en mi vida.

Verónica tomó la carta y leyó la primera parte. Más que suficiente, pensó.

—Al parecer, me voy a quedar con las ganas. —Algo molesta consigo misma por cómo le había

dicho aquellas palabras, leyó en alto las primeras líneas—. *Estimado Alejandro. Mi más sincera enhorabuena por tu enlace. También aprovecho la ocasión para felicitarte de mi parte y de la de Adele por tu cumpleaños. Lamentablemente, nos es imposible asistir al evento—*. Algo dolida por él, estiró el papel y él lo recogió con evidente disgusto.

Alejandro leyó toda la carta de su buen amigo Yang. Y para sorpresa de Verónica, sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué sonríes? Dice que no van a venir.

—Sonríó por el motivo de su ausencia.

Con el ánimo evidentemente mucho más alto, le devolvió la carta a Verónica para que terminara de leerla.

—Su mujer acaba de dar a luz. De acuerdo, es un motivo más que razonable para no asistir. Y un motivo de alegría también.

—Podrías no quedarte con ganas de conocerlos. Viven a poco más de una hora de aquí, en el centro de Orleans.

—Era una forma de hablar —repuso ella sin que él lo tuviera en cuenta.

—Les llevaríamos un detalle para el bebé. Un hijo que llevan más de diez años intentando tener —recalcó—. Y después de la visita, podríamos ir a cambiar esos zapatos de talla equivocada que te compré. Y de paso, te podrían tomar las medidas para nuevos vestidos.

—Alto, alto. No empieces a organizar más cosas cuando ni siquiera he aceptado la primera.

—Si aceptas, todas, dedicaré el día de mañana a las reformas de la escuela.

—¿Completo?

—De sol a sol. Con mis correspondientes descansos para comer, por supuesto. Tirana —añadió con sarcasmo.

Ella obvió su chiste mordaz.

—¿Eso a cambio de ir a conocer a tus amigos y a su bebé y después pasar por una tienda y cambiar unos zapatos?

—Y tomarte medidas para vestidos nuevos en otra. Tendrás que elegir telas, pero ambas están en la misma calle. Nos llevaremos a Ivy para que te ayude. Si quieres.

—Y a Leo. Hacían falta algunos materiales más para la escuela.

—Aunque eso no estará en la misma calle, trato hecho. —Como muestra de buena voluntad, le tendió una mano. Ella la aceptó a regañadientes—. Terminamos con esto y nos ponemos en marcha.

Sin dejar de sonreír, Alejandro rasgó otro sobre y Verónica tachó los dos únicos nombres que, por el momento, no iban a estar presentes —Adele y Yang Akio— pero cuyos rostros ella iba a conocer esa misma tarde.

Cómo no, Alejandro se había vuelto a salir con la suya. Sabía exactamente qué ofrecerle para conseguir sus propósitos. Y ella, de nuevo, había caído en su trampa. A partir de ahora, tenía que estar más atenta.

Leo detuvo el carruaje delante de la casa de la familia Akio. Mientras los patrones permanecían de visita, él e Ivy irían a hacer algunos recados aprovechando que iban a la ciudad.

Verónica caminó junto a Alejandro hasta la puerta de la casa de dos pisos, a cuyos lados había varios edificios similares. Su llegada iba a ser toda una sorpresa, aunque cabía la posibilidad de no fuera un buen momento.

Los nervios de la joven desaparecieron cuando un hombre bajito de origen oriental abrió la puerta y, nada más ver a Alejandro, lo abrazó con fuerza.

—Tú sí que sabes dar buenas sorpresas, amigo —. Tras dos fuertes palmadas en la espalda, Yang se separó de Alejandro y se dirigió a ella, con un gesto solemne en el rostro—. Madame Zaldívar, es un honor y un placer conocerla.

Cuando le besó la mano en una excelente reverencia, se dio cuenta de que a pesar de ser extranjero en origen, llevaba mucho tiempo rodeado de las costumbres del mundo occidental.

—Lo mismo digo, Monsieur Akio.

—Lláname Yang, por favor. —Con un gesto los invitó a entrar—. Mi casa es tu casa.

—Verónica —le dijo ella mientras él mismo les recogía la chaqueta y el chal, revelando que en aquella casa no había mayordomo ni sirvientes—. Yang, lláname Verónica.

—Deduzco que os ha llegado mi carta — continuó mientras caminaban por un pasillo que dejaba ver una tenue luz al final del mismo—. Y

que no estáis aquí para verme a mí.

—También, aunque no principalmente. — Alejandro le pasó un brazo por encima del hombro, en un gesto familiar y desenfadado—. ¿Dónde están Adele y vuestro pequeño milagro?

—Pequeña. —Los ojos rasgados del hombre se agrandaron y brillaron cuando dijo aquella única palabra—. Mi pequeña está merendando. Pero pasad. A Adele no le importa.

Verónica dejó pasar primero a Alejandro. La mujer estaba amamantando a su hija. Era mejor que reconociera el rostro de la primera persona que aparecía en su cuarto.

—¡Alejandro! Oh, querido. Sabía que vendrías pronto. Pero no tanto.

—En cuanto recibí la carta. Esto es para ti. — Le dio un beso en la frente y le tendió la cesta con el ramo de flores que habían elaborado antes de partir, además del arrullo que habían comprado en

una tienda artesanal antes de llegar a la casa—. También hay algo para al bebé.

—¿Nada para mí?— protestó Yang, dándole un pequeño empujoncito a Verónica para que entrara y no se quedara en la puerta.

—Tienes por esposa a la mujer que ningún nacido en Orleans ha podido conquistar y una niña que por lo que veo, y gracias al cielo, no ha salido a ti. ¿Qué más quieres?

—Nada —reconoció con una carcajada—. Absolutamente nada más.

Verónica sonrió al ver cómo Yang se sentaba junto a su esposa y le tocaba la punta de la nariz a la pequeña que, aunque parecía dormida, seguía mamando del pecho de su madre.

Se dijo que allí la confianza era grande, inmensa. Y se preguntó qué había llevado a Alejandro a tener a aquel insólito matrimonio como amigos íntimos. Él era bajito, poco

agraciado físicamente, en apariencia diez o quince años mayor que ella, y además extranjero. Ella era una joven que no podía haber cumplido aún los treinta. Tenía los rasgos típicos de las mujeres francesas que había visto por la calle de camino a la casa. Cabello castaño, largo y lacio, ojos grandes y almendrados. Tez pálida y perfecta. Y una sonrisa cálida cuando se dirigió a ella.

—Así que tú eres Verónica—. Adele le hizo un gesto con la mano—. Ven, acércate.

Alejandro le dejó sitio al otro lado de la cama, y ella se sentó a observar a la pequeña.

—¿Cómo se llama?

—Edith. Como mi madre. ¿Quieres cogerla?

—Yo... no sé.

—Claro, cógela —insistió.

Antes de poder negarse, ya la tenía en sus brazos. Incómoda por la postura, se levantó y la acunó lentamente. La niña le dirigió una mirada

confusa antes de sonreír y mostrar las encías.

—Oh, es encantadora —comentó mirando a la madre, quien estaba radiante a pesar de tener aspecto fatigado mientras se acomodaba las ropas. Decidió darle un rato de intimidad distrayendo a Alejandro—. ¿Has visto Alejandro? ¿No es una ricura?

Él pensó que el mundo se detenía cuando Verónica se acercó a él y le mostró la niña con expresión maternal, sosteniéndole una manita con un solo dedo. Las palabras no le salieron.

—Yo quería un varón, mi hombrecito, para que heredara mis dos negocios —explicó Yang—. Pero cada vez que veo a Edith, con la misma carita que mi mujer, solo puedo dar gracias.

Alejandro escuchó a su amigo sin quitar la vista de Verónica y la niña. Él siempre había imaginado que tendría un heredero. No solo como algo práctico, alguien a quien dejarle todo lo que tenía,

sino como sangre de su sangre, a quien enseñarle todo lo que sabía. Y sobre todo, a quien querer por encima de su propia vida, como sabía que su padre le había querido a él.

Él era un artista, creaba una pintura a partir del sentimiento que una imagen le evocaba. Para él, eso era una obra de arte, y siempre le había parecido un milagro. Un hermoso y extraordinario milagro. Pero desde luego, no había nada más bello y mágico en el mundo que crear vida. Y lo que aquella imagen que estaba viendo ahora le evocaba era que, tener a una pequeña Verónica fruto de la unión de ambos, era una posibilidad demasiado tentadora.

Serían dos hijos entonces, se prometió.

Durante el resto de la visita, conversaron mientras tomaban té y pastas. Verónica escuchó con fascinación la historia de cómo Adele había conocido a Yang por casualidad, un día que

acompañaba a su padre a por herraduras nuevas para sus caballos de tiro. Había ido por recomendación de un vecino, quien aseguraba que Yang trabajaba el metal con auténtico arte.

La joven había quedado tan fascinada por sus rasgos y por su forma de moverse que, pasados unos días, comenzó a rondar por la herrería cada vez que tenía oportunidad. Un tiempo después, empezó a saludarlo. Hasta que un día, él la invitó a pasar. Y ya nunca se quiso marchar.

Alejandro siempre había sentido admiración por aquella pareja. Ella lo había dejado todo por él. Era una mujer de clase media, a quien su padre había querido casar con un comerciante más acaudalado que Yang. Un comerciante, además, local. Su amigo, por su parte, había luchado por la mujer que amaba, y le había asegurado al padre de esta que jamás le faltaría de nada. Había trabajado duro para demostrárselo, incluso abriendo un

nuevo e insólito negocio. Así había sido como Alejandro y él se habían conocido.

La niña pasó de unos brazos a otros, y acabó en los suyos. Él la cogió sosteniéndola con ambos brazos estirados hacia delante, mirándola frente a frente.

Verónica pensó que parecía aún más pequeña en los fuertes y largos brazos de su esposo. Pero lo que la desconcertó fue lo que empezó a vibrar dentro de ella cuando la niña comenzó a llorar y él, en lugar de entregársela rápidamente a su madre como habrían hecho muchos hombres, se la colocó sobre el hombro y la meció hasta calmarla.

—Hay cuatro niños en mi casa. Y Jacques fue muy llorón durante el primer año —le indicó cuando vio que su mujer lo miraba estupefacta—. No es el primer bebé que cojo.

—Seguro que tampoco será el último —comentó Adele y miró a Verónica con

complicidad.

A ella le temblaron las rodillas y se llevó su taza de té a los labios para evitar tener que decir nada. Se mantuvo muda el resto de la visita, tratando de mirar a Alejandro lo menos posible, principalmente, mientras acunaba en sus brazos a la niña, mirándola con ternura. Mucha ternura.

Al abandonar la casa de los Akio, con la promesa de volver pronto, el carruaje ya les estaba esperando en la puerta. Tras un corto trayecto hasta una de las calles principales, Ivy y Verónica se bajaron para hacer sus compras y los hombres se marcharon en busca de algunos materiales que Leo estimaba indispensables para poder terminar la reforma de la escuela a tiempo.

Ivy estaba entusiasmada por ir a tiendas elegantes. En cambio, Verónica no se sentía especialmente afortunada por ello. Todavía tenía una sensación extraña en el estómago que le había

acompañado desde antes de salir de la casa de los Akio. Y sabía que Alejandro era el culpable. Él y cada nueva faceta que descubría de su persona.

A pesar de todo, se dejó medir, aconsejar y camelar. Las dependientas parecían haber visto un filón en la esposa de Alejandro Zaldívar. *Pobres, pensó, conmigo no os vais a ganar el sueldo.*

En cuanto los encargos estuvieron hechos, se acercaron a la zapatería, donde Verónica cambió los dos pares que no le valían por otros dos de su talla y que conjuntaran con las nuevas telas. También eligió un par de sombreros y bolsos por insistencia de Ivy.

Cuando por fin terminaron, les sorprendió comprobar que el carruaje aún no había llegado.

—Sí que hemos debido de tardar poco —comentó Verónica, si bien a ella se le había hecho eterno.

—Madame, puesto que tenemos tiempo,

podríamos entrar en aquella tienda de ahí enfrente.

—¿Más tiendas? —La miró como si le hubiera propuesto tirarse por el balcón—. No, no necesito nada más.

—Si me lo permite, creo que sí lo necesita.

—¿Ah, sí? —Verónica comprobó que con solo esas dos palabras había hecho sonrojar a la joven—. ¿Se puede saber qué crees que necesito?

—Camisones. Y camisolas. Y algunas medias. Tal vez algún corsé, puesto que el vestido para la fiesta se le ha quedado... un poco estrecho.

El sonrojo de la doncella fue mayúsculo esta vez. Pero Verónica debía agradecer que le hablara con sinceridad, y concederle que estaba en lo cierto. El día anterior se lo había probado y apenas le cerraba. Y Alejandro había insistido tanto en que fuera ese dichoso vestido...

—Vale, tienes toda la razón. Pero la verdad es que no tengo ganas de mirar nada más. ¿Podrías

encargarte tú?

—¿Yo?

—Tienes las medidas que me han tomado hace un momento. Entra allí y cómprame todo lo que creas que me hace falta. Confío en tu criterio y en tu buen gusto.

—No se quedará usted aquí fuera, ¿verdad?

—No. Yo tengo una cosa que hacer. Te vendré a buscar enseguida. No te preocupes.

—No creo que deba dejarla sola. —Pero ella ya se había puesto en marcha.

—Tranquila. No iré lejos.

Cuando Leo y Alejandro llegaron a la calle comercial, algo más tarde lo que habían calculado, encontraron a Ivy sosteniendo varias bolsas en la puerta de una tienda de lencería.

—¿Y Verónica? —Alejandro saltó del carruaje y miró a través del cristal de la tienda.

—Me dijo que venía enseguida. De eso hace más de media hora.

—¿Adónde ha ido?

—No... no lo sé, Alejandro. Lo siento. —Le temblaba la voz—. Me ha pedido que comprara algunas cosas aquí mientras que ella iba a buscar algo. Dijo que no iba lejos. No esperaba que fuera a perderse, o a pasarle algo. Pero... ¡Oh, Dios mío!

Leo le quitó las bolsas de las manos y prácticamente las tiró dentro del carruaje. Después la abrazó dejándola llorar en su hombro.

—Tranquila. —Alejandro la hizo mirarlo a la cara sosteniéndole la barbilla—. Ella te dio instrucciones y tú las cumpliste. Pero a partir de ahora, tienes mi permiso para desobedecerla si crees que no está actuando como una mujer adulta. ¿Me has entendido?

—Sí. Lo siento. —Volvió a echarse a llorar—.

Lo siento.

—No te preocupes. Estoy seguro de que está bien. ¿Por dónde se fue?

Ella le señaló el final de la calle y él supo al instante hacia dónde se había dirigido.

—Quedaos aquí. O mejor, Leo, llévala a tomar una infusión para que se tranquilice.

—Sí, ahora mismo.

—Volveremos enseguida.

Preguntó a los viandantes si la habían visto, pero no se molestó en entrar en ninguna de las tiendas. Sabía que no había ido a hacer ninguna compra, ni siquiera a curiosear en las boutiques. Los pocos que creyeron haber visto a una mujer como la que les describía, confirmaron su teoría inicial. Ella se había dirigido hacia lo único que le interesaba.

Antes de ir a la casa de Yang, al detenerse a

comprar el arrullo para Edith, ella se había quedado mirando un edificio a lo lejos, al final de un camino que serpenteaba entre un hayedo, apartado del resto de las calles. El viejo cartel que indicaba que era por allí por donde había que ir para llegar a la escuela, no decía que esta había cerrado sus puertas hacía años, y que allí solo quedaba un edificio abandonado. Tampoco avisaba de que, a esas horas de la tarde, aquel sendero se convertía en un atajo para aquellos que querían dirigirse a las tabernuchas de las afueras de la ciudad. Eso si en el propio edificio no habían decidido instalarse vagabundos y borrachos que los gendarmes expulsaban de las calles del centro.

Con el corazón en un puño, Alejandro corrió en aquella dirección, adentrándose en el camino lóbrego que no contaba con la iluminación que ya estaban encendiendo en el resto de las calles.

Antes de llegar a la puerta de la escuela, a lo

lejos, distinguió varias siluetas.

Supo que eran ladrones experimentados por la forma en que la habían rodeado, formando un círculo que se iba cerrando poco a poco. Ella se defendía con su sombrilla en alto, girando sobre sí misma y gritándoles todo tipo de palabras soeces, obviamente tratando de intimidarlos.

—Tenemos una mujercita deslenguada y valiente, muchachos. Creo que necesita que le dejemos claro quién manda aquí.

—Vete al demonio, bastardo. No me das ningún miedo.

La voz de Verónica sonaba firme, a pesar de que las piernas le estaban temblando bajo las faldas.

—Somos cuatro hombres. —Se señaló a sí mismo y a los demás—. Y tú solo una chiquilla con la lengua afilada y una sombrillita. Créeme, deberías tener miedo.

—No sois lo suficientemente hombres como para enfrentaros a mí de uno en uno —les retó.

Alejandro no pudo sino admirar su estrategia. Al menos lo hizo hasta que ella decidió atacar primero y clavarle la punta de la sombrilla en la entrepierna al que parecía el cabecilla.

—¡Serás ramera! —El tipo, que hasta el momento parecía estar solo divirtiéndose a su costa, se enfureció—. Verás lo que hago yo con las furcias como tú.

Antes de que el hombre, tan corpulento como sucio, diera un solo paso hacia ella, Alejandro salió de entre los árboles en los que se había mantenido agazapado, aguardando el mejor momento para intervenir. Verónica, en un acto casi camicace, había forzado que fuera ya mismo.

—A pesar de que estoy de acuerdo con vosotros en que la dama debería controlar su lenguaje —comenzó, paseando lentamente como si

pasara por allí por casualidad—, me temo que no lo estoy en eso de que sea una furcia, ni un ramera. Cosas que, técnicamente, son lo mismo.

—Lárgate de aquí, ricachón, y métete en tus asuntos —le espetó el tipo cuando Alejandro lo sujetó por un hombro, con una fuerza que no se había esperado de aquel figurín.

—Resulta que ella es mi asunto, para bien o para mal. Así que será mejor que seáis vosotros los que os larguéis—. Soltó el hombro del ladrón, que ahora le parecía de poca monta, y se acercó la mano a la nariz antes de sacudirla como si le picara—. De paso, podríais daros un baño. Y no me refiero a uno de brandy.

Verónica miró alrededor, buscando a Leo, pero esperando que Ivy estuviera bien lejos. Tres contra cuatro no sería tanta desventaja, aunque ella tuviera que admitir que ni siquiera era la mitad de fuerte que el más flacucho de los cuatro miserables

que la habían seguido sin que se diera cuenta.

—Así que es tu puta. —Los otros tres rieron al oír a su líder—. Haberlo dicho antes, amigo. Te habríamos cobrado un módico precio por librarte de ella.

—Qué generoso por vuestra parte. —Dando un paso al interior del círculo, colocó a Verónica a su espalda y le quitó la sombrilla de la mano—. Querida, el sol ya se ha ocultado. ¿Por qué tienes la sombrilla abierta?

Para asombro de los cuatro hombres, Alejandro la cerró y la giró alegremente sobre uno de sus dedos. Antes de que el primero de ellos se lanzara contra él, obedeciendo una orden transmitida por un gesto del jefe, Alejandro empujó a su esposa fuera del círculo y le asestó al tipo un fuerte golpe entre el hombro y el cuello, que lo dejó fuera de combate al instante.

Desde el árbol contra el que había ido a parar,

Verónica observó boquiabierta cómo Alejandro iba esquivando los ataques de aquellos hombres, desarmándolos de sus cuchillos con un ligero pero certero golpe de la sombrilla, que parecía más un florete que un complemento de moda.

Les golpeó en los brazos, una y otra vez hasta desarmarlos, alternando de uno a otro hombre según le iban atacando, sin lograr tocarle un solo pelo. Después los golpeó en el estómago y, seguidamente, en la espalda, haciéndolos inclinarse hacia delante y después hacia atrás

Pero los movimientos de su cuerpo poco tenían que ver con la esgrima, reconoció de pronto la joven. La postura era completamente diferente y la forma de atacar con el arma abarcaba toda la superficie y no solo la punta. Y después de tocar ciertos puntos, sin usar las manos directamente en ningún momento, todos acabaron cayendo de bruces, quedando inconscientes en el suelo.

—Vámonos antes de que se espabilen. — Alejandro le devolvió la sombrilla. Al cogerla, ella pudo comprobar que estaba algo curvada—. Tu juguete no aguantaría un asalto más.

Tomándola de una mano, la arrastró camino abajo con bastante rudeza.

—¿Cómo has hecho eso? —El corazón le latía desbocado en el pecho. En su mente, lo hacía esa pregunta.

—Yo te podría preguntar lo mismo. —Sin mirarla, la obligó a caminar más deprisa.

—¿Qué he hecho yo?

—¿Te parece poco dejar sola a Ivy y largarte sin avisar adónde, en una ciudad que no conoces? Por no mencionar meterte en un camino sombrío para que te roben o te maten o...

—Lo siento. —Ella debía admitir que tenía razón—. Quería ver la escuela, hablar con alguna maestra si aún estaba por allí. Pero he visto que el

edificio está abandonado.

—Pídele disculpas a Ivy. La he dejado con Leo, y con un ataque de nervios.

—No... —Se le hizo un nudo en la garganta y tropezó cuando Alejandro comenzó a caminar aún más rápido—. No pensé que fuera a ocurrirme nada estando tan cerca del centro.

—No pensaste, eso está claro.

Una vez en las calles iluminadas, con gente aún paseando antes de dirigirse a sus casas a cenar, Alejandro redujo la marcha y la tomó por los hombros, atravesándola con la mirada.

—Júrame que no volverás a hacer nunca algo así. Por la memoria de tu padre. —La sacudió al ver que ella no reaccionaba—. ¡Júramelo!

Ella solo pudo asentir con la cabeza. Los ojos de él echaban fuego. Él la sintió temblar y la soltó, consciente de que le estaba apretando excesivamente los brazos.

Le pareció que ella lo miraba temerosa, más de lo que se había mostrado cuando era a cuatro ladrones a quienes se enfrentaba. Lo que le faltaba. Ahora iba a tenerle miedo. Frustrado, le dio la espalda y comenzó a caminar de vuelta al carruaje.

—Gracias.

Al oírla se detuvo. Después respiró profundamente y se giró. Le ofreció el brazo para que caminara a su lado.

—¿Vas a contarme qué es eso que has hecho allí arriba?

—¿Salvarte la vida?

—Ya sabes a lo que me refiero. —Él parecía no ir a contestar—. Nunca había visto a un hombre moverse así.

—Y yo tampoco había visto nunca una mujer tan temeraria. No vuelvas a darme un susto como ese.

—Te lo juro —dijo con palabras lo que antes

solo había podido aceptar con un gesto.

—Más te vale —resopló, aún no se había quitado el susto del cuerpo, y las imágenes de lo que podría haberle sucedido se agolpaban en su mente—. Debería darte unos azotes.

—Los merezco —aceptó, cabizbaja—. Pero por si te sirve de algo, me he comprado varios vestidos, zapatos y hasta sombreros.

—Pero para la lencería has dejado a Ivy. Sola. Sin decirle adónde ibas. Desapareciendo y haciéndola sentirse culpable.

—No. Es culpa mía.

—Yo lo sé. Pero ella no.

—Se lo compensaré.

—¿Y a mí?

Se detuvo de golpe y volvió a mirarla con aquella furia. Ella pensó que aquella faceta suya era completamente opuesta a la que había visto en casa de Yang. Si bien el instinto protector estaba

presente en ambas situaciones.

—Ya veremos. Si me cuentas dónde aprendiste a pelear así.

—No es pelear. Es arte. —Ella lo miró con una ceja alzada. Aunque recordando la elegancia de sus movimientos, debía admitir que era cierto—. Si hubieras hecho tu pequeña escapada antes de ir a ver a Yang, podríamos haberle contado que sus clases de *Kenjutsu* han tenido sus frutos, y eso que han pasado más de diez años.

—¿Qué es el *Kenjutsu*?

—Podría decirse que es el esgrima japonés.

—¿Y Yang te lo enseñó?

—Sí. —Enfilando la calle principal, Alejandro se dispuso a resumirle una larga historia—. Cuando quiso casarse con Adele, necesitó incrementar sus ingresos para poder convencer a su padre. Sus propios padres, que eran él japonés y ella china, tuvieron dificultades para poder estar

juntos. Así fue como acabaron en Francia, huyendo de sus respectivas familias al quedar ella embarazada. —Volviendo a cogerle la mano, la hizo rodearle el brazo y seguir caminando. —Lo conocí en su herrería. Yo acababa de cumplir catorce años. Iba a tomar clases de esgrima, y mi padre quiso que me hicieran mis propios floretes imitando el par que él se trajo de España.

>>En cuanto me vio, Yang me miró a los ojos y sentí como si me leyera la mente. Me propuso darme clases de algo que creía que me podía gustar mucho más. Nos hizo una demostración de Kenjutsu en mitad de la herrería. En menos de cinco minutos, ya habíamos acordado horarios para las clases, en mi propia casa. Más tarde, él abrió una sala de entrenamientos, un *Ryu*. Fui el primero de muchos alumnos. Aunque no fue solo eso lo que me enseñó. Aprendí varios tipos de artes marciales cuerpo a cuerpo. Incluso conseguí

que Berta dejara participar a Leo para así tener alguien más con quien entrenarme. Como comprenderás, con esos malolientes no me ha parecido necesario llegar al contacto físico.

Verónica se había vuelto a detener, escuchándolo embelesada.

—Ahora me explico esas armas y armaduras raras que tienes en el gimnasio —comentó ella.

—Solo el sable o la katana son para practicar Kenjutsu. El resto, son armas que utilizo de otra manera. —Al ver que la dejaba boquiabierta, el humor le mejoró—. Como ya te he dicho, he viajado mucho.

Cuando llegaron al carruaje Ivy aún estaba llorando en el hombro de Leo, pero comenzó a llorar con más fuerza al verlos llegar. Verónica se disculpó y la abrazó, prometiéndole que nunca la pondría en una situación semejante de nuevo. A

Alejandro le sorprendió que también le pidiera disculpas a Leo, quien la miraba con seriedad y reproche. Pero pareció relajarse al comprobar que ella se sentía arrepentida de verdad.

Una vez en el carruaje, y queriendo huir de un incómodo silencio, Alejandro pensó que podrían hablar de cualquier cosa que no fuera la aventurita de esa tarde.

—¿Te has gastado toda tu asignación mensual?
—Verónica lo miró confundida—. Bien podrías, porque tienes dos meses sin tocar.

—¿Qué asignación mensual?

—La que te corresponde como mi esposa para que te gastes en ropa, joyas y todo lo que te plazca. Aunque supongo que cinco o seis bolsas no es mucho gasto.

Ella había dejado que Ivy se encargase de pagar, dando por hecho que Alejandro le habría entregado algún dinero a ella. Pero no esperaba

algo de esa magnitud. No cuando Ivy abrió el bolso y le mostró el dinero que había sobrado. *Más de la mitad*, le susurró. Y eso contando que habían pagado por adelantado los vestidos encargados.

Como Verónica no parecía enterarse mucho del tema, Alejandro sacó un papelito de uno de los paquetes, en concreto, la nota de los vestidos, la cual miró con vergüenza.

—Desde luego, nadie puede decir que te hayas casado conmigo por mi dinero.

Sacó una prenda al azar de otra de las bolsas y la estiró para verla. La boca se le secó y miró a Verónica con una ceja alzada. Ella miró de igual manera a Ivy, después de observar la prenda. Un camión prácticamente transparente y con un gran lazo en el centro que era lo único que mantenía el delicado tejido cerrado de cintura para arriba.

—¿Ivy?

—Me dijo que confiaba en mi buen gusto, Madame. Creo que era lo más hermoso de toda la tienda. Y me pareció que a usted le sentaría muy bien.

Alejandro carraspeó y volvió a guardar el camisón rápidamente, tratando de no imaginar a Verónica con aquella prenda puesta. Demasiado tarde.

—Poca tela, poco dinero —murmuró y miró por la ventana para intentar pensar en cualquier otra cosa.

Capítulo 8

Melissa se despertó de sopetón, sobresaltada por una voz que sabía que no pertenecía a sus sueños. “Mamá”, creyó volver a oír, y apartó las sábanas de golpe, saliendo de un salto de la cama y corriendo descalza fuera de su cuarto.

Hacía muchos, muchos meses que ninguno de sus hijos la reclamaba en plena noche. Por eso, y porque Gabriel así se lo había recomendado, se había permitido volver al dormitorio que Fernando les había asignado a Jean y a ella cuando se habían casado, llevándola a vivir a *Le Petit Beaumont* y dándole un trabajo en la casa.

Fernando había muerto solo seis meses más tarde, y ella no había tenido tiempo suficiente de agradecerle lo que había hecho por ambos. Sobre

todo, por ella en concreto. Allí había encontrado una familia además de formar la suya propia, antes de que Jean muriera de aquella terrible forma y la dejara desolada, aunque gracias a Fernando, no sola.

—¡Papá! —oyó a su espalda cuando estaba a punto de abrir la puerta del cuarto de sus dos hijos varones.

Entonces supo, y no solo porque la voz rota que clamaba por su padre proviniera del lado opuesto del pasillo, que no era ninguno de sus hijos quien tenía una pesadilla.

El corazón se le encogió y las lágrimas brotaron de sus ojos como hacía mucho tiempo no le ocurría. Ella lo estaba superando, y creía que él también lo había logrado mucho antes que ella. Estaba claro que se equivocaba.

—¡No, no! —escuchó esta vez, y la voz sonó desgarrada, absolutamente desesperada.

Berta salió como una exhalación y atravesó el pasillo, cruzando solo una furtiva mirada con Melissa antes de abrir la puerta del dormitorio de su hijo.

Melissa se quedó en el umbral de la puerta, mirando de reojo hacia fuera, por si los niños habían oído también los gritos y decidían salir a ver qué ocurría. Pero lo único que vio fue el gesto compungido de Ivy mientras caminaba temblando hacia ella, y a Margot y Arthur correr desde el final del pasillo con el rostro pálido y una vela en la mano.

—Leo ha tenido una pesadilla —les informó, y los cuatro observaron a Berta abrazar a su hijo en su lecho, mientras él lloraba como un crío en su hombro.

La cara de Berta quedaba oculta y nadie supo qué reflejaba. Pero Leo estaba empapado en sudor y temblaba como un pajarillo bajo la lluvia.

Tras unos minutos en los que pareció calmarse, Berta se incorporó, le dio un beso en la frente y salió del cuarto sin decirle nada.

—Iros a la cama —les indicó rudamente a los demás, aunque en realidad su mirada la dirigió exclusivamente a Ivy.

Margot y Arthur, después de comprobar que Leo se había recuperado ligeramente, se marcharon tras saludarle con la mano y sonreírle comprensivamente.

Pero Melissa hizo caso omiso a las frías palabras de Berta y entró en el cuarto para sentarse en el borde de la cama de Leo. Mirándole a los ojos, le tomó ambas manos.

—No sé qué me ha hecho recordarlo precisamente hoy —murmuró él, con la voz estrangulada. Aún le caían lágrimas por el rostro—. Hacía mucho tiempo que no tenía pesadillas.

—A veces, simplemente vuelve. —Las

palabras de ella provenían de la propia experiencia—. Aunque yo creo que, hoy en concreto, puede deberse a tu fiebre.

Le tocó la frente con el dorso de la mano y le obligó a acostarse de nuevo para taparlo con las sábanas hasta el cuello.

—En la cena comentaste que te dolía la cabeza. Estarás cogiendo un catarro.

—Estoy bien —replicó él.

—No. No lo estás. Mañana te quedarás en la cama. —Lo señaló con un dedo entre ceja y ceja como hacía cuando ordenaba algo a sus hijos y no había lugar para excusas—. Todo el día.

—No puedo. Tengo que ocuparme de los caballos. Y además Alejandro me ha indicado que quiere terminar mañana mismo lo que queda de las reformas de la escuela.

—No eres imprescindible, Leo. Al menos no por un solo día. —Como oyó un ruido a su

espalda, miró y vio a Ivy, quien aún permanecía en la puerta con los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo una responsabilidad —contradijo él.

—Arthur y Nolan se encargarán de los caballos. Harás muy feliz a mi hijo delegando en él tus tareas por un día. Y de la escuela nos encargaremos todos los demás, ¿verdad Ivy?

—Por supuesto. —Su voz se oyó como un susurro lastimero. Carraspeó y trató de sonar menos afectada—. ¿No eres tú quien dice que Melissa siempre tiene razón?

Él apenas asintió con un gesto de la cabeza.

—Todo solucionado —concluyó la mujer sin darle tiempo a replicar—. Ahora duérmete. Descansa. Si no, no estarás en cama solo un día, sino varios.

Melissa se agachó para besarlo en la mejilla. Cuando salió del cuarto, sonrió a Ivy y le dio un pequeño apretón en el hombro antes de marcharse.

—Entra. Por favor —le dijo él, estirando una mano hacia la joven.

Ivy entró con pasos lentos y se sentó en el mismo sitio que habían ocupado antes tanto Berta como Melissa.

—¿La misma pesadilla de siempre? —le preguntó tomándole de una mano.

Él la había consolado hacía solo unos días cuando su patrona se había perdido en la ciudad. Él la había abrazado, la había calmado. Ojalá ella tuviera ese mismo poder sobre él.

—Sí. Pero más vívida que nunca. —Suspiró profundamente y cerró los ojos con fuerza, negando con la cabeza—. Era como si realmente estuviera de nuevo allí, Ivy. Le he visto, le he oído, incluso he olido la sangre.

Ella asintió con cada palabra que él pronunciaba. No era la primera vez que le contaba sus pesadillas. Pero sí la primera que despertaba a

todos por los gritos que le provocaban.

—Hacía mucho que no te pasaba. —Le tocó la frente con el dorso de la mano que tenía libre—. Melissa tiene razón, debe de ser por la fiebre—. Lentamente, se acercó a él y, movida por un impulso que fue incapaz de contener, lo besó donde acababa de posar la mano—. Estás ardiendo —murmuró, y besó de nuevo su piel, acariciando sus dorados y empapados rizos.

La respiración se le cortó cuando Leo apretó más la mano que tenía unida a la suya antes de buscar su mirada.

—Quédate —susurró. *Hazme olvidar*, pensó.

Ella lo miró mientras sentía cómo su cuerpo se derretía gota a gota, observando la cara apesadumbrada de Leo que de pronto volvía a parecerse a aquel muchacho de dieciséis años que no encontraba consuelo tras perder a un padre al que veneraba como al mayor de los héroes.

—Quédate hasta que me duerma. Por favor.

—No me voy a ningún lado —respondió con una sonrisa cómplice, completamente inmersa en los ojos azules que la miraban esperanzados.

Ella le mantuvo una mano bien sujeta entre las suyas, acariciándola tranquilizadamente y, casi sin pensar, comenzó a cantar muy bajo y muy suavemente una de las canciones que Fernando les había enseñado a ambos cuando eran niños. Era una tonadilla infantil que hablaba de un hombre al que, una a una, se le iban volviendo cada vez más ligeras todas las partes del cuerpo hasta que, finalmente, conseguía echar a volar. El objetivo había sido enseñarles su idioma, en concreto, el vocabulario del cuerpo humano, pero aquella canción se había convertido en una de sus favoritas, y aún la tarareaban ambos a menudo mientras trabajaban.

Leo sonrió nada más oír la primera nota de la

dulce voz de Ivy. Cerró los ojos mientras sentía cómo su propio cuerpo se le iba volviendo tan ligero que no echaba a volar porque ella, la persona que más necesitaba en ese momento a su lado, lo mantenía sujeto. Antes de que la canción mencionara las rodillas, los tobillos y los pies, Leo cayó en un sueño carente de pesadillas.

Ivy se quedó incluso después de que Leo se durmiera. Lo observó respirar y suspirar, y hasta que no tuvo la certeza de que dormía plácidamente, sin ningún doloroso recuerdo que lo atormentara, no se marchó de su lado.

Algún día, pensó ya en su propia cama, algún día seré yo la primera que te abraza cuando te despierte una pesadilla. Porque estaré a tu lado, durmiendo en nuestra cama, abrazándote para ahuyentar tus miedos.

Con lágrimas en los ojos, se tapó la cabeza con la almohada. Esas solo eran fantasías propias de

una niña ingenua. Leo nunca sería suyo. No solo porque él podía encontrar cualquier mujer mil veces mejor que ella, sino porque Berta jamás lo permitiría.

Agotada, se durmió y se sumergió en sus propias pesadillas. Leo, en otra cama, durmiendo con otra mujer. Una a la que Berta sí aprobaba para su único hijo.

—Creo que esta tarde estará todo terminado —opinó Alejandro tras masticar con avidez el primer bocado de otra succulenta comida de Margot. Se sentía hambriento. Habían sido días de duro trabajo para la transformación de la ermita en escuela.

Verónica dudó antes de hablar, pues no sabía muy bien cómo sacarle el tema.

—Tus planteamientos para la reforma han sido

fabulosos. Casi... perfectos.

—Gracias —respondió él con asombro.

—¿Cuántos títulos universitarios tienes?

—Dos —respondió, alzando una ceja—. En Arte y Arquitectura.

—¿Cuál conseguiste primero?

—Estudié simultáneamente las dos cosas.

—¿En cuántos años?

Alejandro masticó despacio su siguiente bocado bajo la mirada escrutadora de su esposa.

—En cinco.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Estudiando mucho y haciendo malabarismos con los horarios. ¿Más vino?

—No, gracias. ¿Qué notas obtuviste?

Alejandro se bebió media copa de un sorbo. Odiaba hablar de esas cosas. Nunca le había gustado alardear.

—Me matriculé con honores.

—¿Y tus clases de Economía y Derecho Mercantil?

—¿Qué pasa con ellas? ¿Y cómo sabes que...?

—Frunció el ceño antes de acabar la pregunta—. ¿Margot?

—Supongo, no sé. Tal vez me lo dijeran Melissa o Ivette un día que me contaron algunas historias sobre ti mientras tomábamos un té en la cocina.

—Si quieres saber cosas sobre mí, podrías preguntarme directamente.

—Lo haré. ¿De dónde sacaste tiempo para, además de dos títulos, cursar otras asignaturas?

—Compartí algunas clases de Basile, mi secretario, que por aquel entonces era solo el hijo del secretario de mi padre. Yo acudía a las que podía, solo como oyente, y Basile me dejaba las notas que él tomaba de otras tantas. No me

examiné de ninguna. Mi objetivo solo era aprender.

El objetivo en sí debería ser ese para todo el mundo, pensó ella.

—Pero si te hubieras examinado, al final, habrías aprobado con buenas calificaciones.

—Probablemente.

Muy bien. Ya estaba harta de ese juego. Si él no lo decía, lo diría ella.

—¿Te cuesta mucho admitir que tienes una inteligencia superior a la media, Alejandro?

—No lo niego. Simplemente, es algo de lo que no hablo. ¿Seguro que no quieres más vino?

Ella negó con la cabeza, divertida por su comportamiento, aunque algo asqueada también.

—¿Por qué te pone nervioso? Es algo de lo que sentirse orgulloso.

—Yo no lo veo así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo ves entonces?

Alejandro soltó la servilleta y se recostó en el respaldo de la silla. Hasta que no confesara toda la verdad ella no iba a dejar de preguntar y preguntar.

—Nací en un lugar del mundo donde no hay escasez de nada. Y nací hombre, lo que en la sociedad en la que vivimos me da ciertas ventajas que tú misma reconoces. Además, nací en el seno de una familia adinerada, con un apellido, dos en realidad, que me respaldan. Estoy sano, he viajado por medio mundo, tengo una familia y buenos amigos que me quieren y ahora una esposa que espero que algún día me dé herederos. —A pesar de que el gesto de ella cambió con esa última frase, él no detuvo su disertación—. Podría decirse que soy un hombre afortunado, porque además me he podido dedicar a pintar siempre que he querido compaginándolo con los negocios bien

encauzados que heredé de mi padre. Y precisamente fue de él de quien, entre otras muchas cosas, heredé una mente privilegiada. — Ella alzó las cejas, como si no se lo esperara—. Aprendo rápido, mucho, y no pierdo un solo detalle de nada de lo que veo. Se queda grabado en mi cabeza como si mis ojos pudieran volver a verlo una y otra vez. Me pasa con imágenes y con escritos enteros. A mi padre le ocurría lo mismo, pero con otro de los sentidos. Tocaba el piano como un auténtico prodigio y nunca estudió solfeo. Lo hacía de oído.

—Mi madre también tocaba el piano —fue lo único que ella añadió antes de dedicarse exclusivamente a su plato.

Bien, se dijo Alejandro, no más preguntas incómodas. Aunque algo le decía que lo único que la había disuadido de seguir el interrogatorio era su mención al deseo de tener hijos. Él lo había

dicho sin pensar, como todo lo demás que le había explicado para darle a entender que para él, su extraño don era una ventaja más con la que contaba.

Pero si ella no iba a montar en cólera por su alusión a que esperaba de ella que fuera la madre de sus hijos, él no iba ahondar en el tema. Tenían trabajo esa tarde, su cumpleaños era al día siguiente. Más valía, nunca mejor dicho, tener la fiesta en paz.

Aún faltaba media hora para la comida cuando Alejandro terminó de leer los datos económicos del primer semestre de cada una de las ocho fincas. El administrador que llevaba las cuentas de los negocios que se desarrollaban en sus tierras le había hecho llegar esa misma mañana a través de un mensajero unos informes muy prometedores. Y

muy densos, todo fuera dicho. Que tuviera la capacidad de comprender e interpretar cifras y porcentajes con facilidad no significaba que le agradara en absoluto. Pero el deber era el deber.

Y con el deber cumplido, se dispuso a salir a tomar un poco el aire antes de ir al comedor y comprobar de qué humor se encontraba Verónica a pocas horas de la fiesta.

—¿Alejandro?

—Adelante —dijo de inmediato.

Cuando vio aparecer a Verónica con media sonrisa, supo que se traía algo entre manos.

—¿Tienes un momento?

—Para ti siempre.

Verónica le hizo un gesto de burla que él no creía merecer.

—Voy a echar un vistazo al único cuadro que me falta en mi lista. Ese —señaló el que colgaba de la pared izquierda de su despacho—. Y

después, te mostraré que he ganado el juego al que me retaste el otro día.

Él se cruzó de brazos y se apoyó en el borde de su mesa mientras la contemplaba ponerse de puntillas para ver el cuadro de cerca.

—Ajá —la oyó decir y después la vio apuntar algo en su pequeño pedazo de papel antes caminar hasta él para entregárselo—. Veintitrés cuadros tuyos y solo nueve de otros artistas.

Él alargó la mano y tomó la lista. La verdad era que nunca los había contado.

Aquellas notas estaban escritas, además de con su pulcra caligrafía, en un estricto orden de pisos y habitaciones. Había titulado cada cuadro con nombres sencillos y descriptivos como *Campo de amapolas*, *Puesta de sol en la playa* o *Labores en puerto de mar*. Por supuesto, todos ellos eran mucho más que simplemente eso. Evocaban un recuerdo, una situación vivida y sentida en ese

lugar. Aun así, le parecían nombres objetivos a los que él, como poco, hubiera añadido algún tipo de adjetivo como *Infinito*, *Sobrecogedora*, o *Arduas*, respectivamente.

Aunque en el fondo no podía quejarse. Al menos, cada uno de sus cuadros tenía su propio nombre. No como las naturalezas muertas que ella había bautizado cruelmente como *Bodegón de frutas uno, dos y tres*. Menos mal que ninguno de ellos era suyo.

—¿Cuánto tiempo te ha costado averiguarlo?

Revisó de nuevo toda la lista. No podía creer que hubiera acertado al cien por cien.

—Toda la mañana.

—¿Solo una mañana?

—Bueno, ya me había estado fijando en ellos desde que me planteaste este... juego. Pero hoy me he puesto en serio con ello. —Decidió decirle toda la verdad—. Por si alguno de tus invitados

saca el tema. No me gusta no saber qué contestar.

Y además, pensó para sí, me he mantenido entretenida y se me han pasado los nervios que me provocan pensar en la fiesta de esta noche.

—¿Me contestarías si te preguntara cómo has acertado absolutamente todos?

Ella le explicó cómo había empezado por el de su dormitorio y, de ahí, había ido reconociendo su estilo.

—Y he encontrado tu firma. O más bien, tú símbolo.

Completamente impresionado, vio cómo ella se acercaba de nuevo al cuadro y señalaba con el dedo el frontal de la locomotora que aparecía en la escena de una estación de tren. Allí, había dibujado algo que podría parecer una herradura, pero ella había deducido que era otra cosa.

—Omega —le dijo y esperó a que él asintiera—. Última letra del alfabeto griego. Al igual que

la Z de Zaldívar lo es del alfabeto latino.

—Asombroso Madame. —Aplaudió unos segundos—. He de reconocer que he sido derrotado. Mi más sincera enhorabuena por su perspicacia.

—Gracias, Monsieur. —Hizo una exagerada reverencia—. ¿Vamos a comer?

Orgullosa de sí misma y divertida porque realmente le había parecido un reto interesante, se dirigió a la puerta.

—Espera. ¿No quieres tu premio?

—Ver la cara que se te ha quedado ya me parece suficiente premio —se burló.

—Quizás. —Se sentía bastante halagado porque ella hubiera puesto semejante esfuerzo e interés en descubrir algo relacionado con él. Aunque solo fuera por pura curiosidad—. Pero tengo algo para ti.

La hizo seguirle hasta su dormitorio, al que ella

entró algo reacia, dejando la puerta abierta y dando solo un par de pasos en el interior.

Se quedó petrificada al ver la caja aterciopelada que él sacaba de un cajón de su cómoda.

—¿Contabas con perder de antemano?

—La verdad es que lo compré para ti pensando en esta noche. —Abrió la tapa y le mostró el contenido—. Y aprovechando tu brillante victoria, convertiré un simple regalo en un irrechazable premio.

A pesar de que a Verónica nunca le habían impresionado las joyas, se quedó con la boca abierta en cuanto vio el collar y los pendientes.

—Me pareció que combinaban perfectamente con tu sortija. Y con tus ojos —añadió mirándolos fijamente—. Son elegantes, aunque sencillos. No puedes reprocharme que sea algo exagerado. Pero son hermosos. Y quiero que los lleves esta noche.

—Son... preciosos —reconoció, no pudiendo evitar sentirse abrumada, pues le parecieron las joyas perfectas, como si estuvieran diseñadas expresamente para ella —. Pero no hacía falta.

—Póntelos. Quiero ver cómo te sientan.

La hizo girarse y mirarse en el espejo del tocador. Él mismo le apartó los mechones de pelo que sobresalían de su recogido y deslizó el collar por su cuello. Ella sintió un temblor al notar sus cálidos dedos acariciar su piel mientras manipulaba el cierre en su nuca. Y el temblor se convirtió en palpitaciones cuando, una por una, fue colocando las piedras de amatista de tamaño creciente que comenzaban en su clavícula hasta llegar a la más grande de todas ellas justo en el centro, coronada por un pequeño diamante, reposando al final de su garganta.

Tuvo que tragar saliva, cuando le oyó respirar a su espalda y, acto seguido, se encontró con su

mirada en el espejo. Debería estar mirando el collar, ¿por qué la miraba entonces a la cara?

—Los pendientes —susurró en su oído y un escalofrío la recorrió como si se anticipara al tacto de sus dedos de nuevo sobre su piel.

Le retiró el pelo detrás de las orejas y las acarició suavemente. Ella se mantuvo erguida y quieta esperando a que él le colocara uno por uno los pendientes, una amatista del mismo tamaño que las piedras más pequeñas del collar, pero coronadas por un diamante como lo estaba la piedra central, la más grande.

Alejandro pegó su rostro al de ella, con las manos sobre sus hombros.

—Deslumbrante —afirmó sonriendo.

—Gracias —respondió con un sonido casi imperceptible.

Entonces él tomó su mano y se la llevó a los labios, besándola justo sobre su sortija, solo que

sus ojos no se apartaron en ningún momento del espejo, de la imagen de ambos reflejada, repentinamente consciente de que aquello era una especie de abrazo íntimo e inesperado.

Verónica contempló cómo le estiraba la mano para colocarla junto al collar. Realmente parecían ir a juego, pendientes, collar y sortija. Y también sus ojos, corroboró, aunque los que realmente miraba eran los de él. Dulces, pensó, como el caramelo o la miel. Como el tacto de sus dedos. Como esa desconcertante sonrisa que le regalaba constantemente.

—Hay un montón de joyas de mi madre en la caja fuerte de mi despacho. Es una pena que se queden en la oscuridad cuando tú podrías hacerlas brillar en ocasiones como la de esta noche.

—Tengo más que suficiente con estas, de verdad. —Se apartó de golpe. Con nerviosismo, se las quitó y las guardó de nuevo en su estuche—.

Me las volveré a poner a la noche.

—Como quieras. —Alejandro suspiró y se alejó un par de pasos para darle el espacio que ella parecía necesitar—. Vamos a comer.

Alejandro se negó a pensar en por qué había reaccionado así ante su propuesta, rompiendo el mágico momento que habían creado entre ambos frente al espejo. Pero él ya había aprendido que era inútil darle vueltas a esas cosas cuando se trataba de Verónica.

Ella lo siguió escalera abajo, pensando con un repentino dolor en el pecho en el día en que se deshizo de sus propias joyas además de las de su madre para poder costear la visita de un prestigioso médico que diera una segunda opinión sobre la enfermedad de su padre.

El anillo le pesó en el dedo mientras lo recordaba. Y un sentimiento de pesadumbre que creía haber dejado atrás hacía días volvió a

apoderarse de ella, quitándole el apetito por completo.

Hoy no, se dijo, hoy tengo que dejar todo esto atrás. Él merece al menos eso de mí.

Ivette ayudó a Verónica a envolverse en el vestido que Alejandro había solicitado que luciera durante la fiesta. Era cierto que había ganado peso, porque tardaron una eternidad en conseguir colocarlo correctamente. Aun así, sus pechos parecían querer salir huyendo por el escote.

—¡Madame, está...! —exclamó Ivette haciendo un extraño gesto con la mano.

—Me cuesta bastante respirar. ¿Y qué quieres decir con *está*...? —imitó su gesto.

—Impresionante, preciosa... Será la envidia de todas las amiguitas de Alejandro y el centro de las

miradas de todos sus amigos. Pero lo más importante de todo. ¡Él se caerá de espaldas cuando la vea!

—Entonces el centro de atención será Alejandro, tumbado patas arriba.

Ambas rieron mientras Ivette colocaba el cabello de su señora en un elegante recogido con unos tirabuzones sueltos cayendo por un lateral, que dejaba al descubierto nuca y espalda hasta donde la seda del vestido comenzaba a oprimir a Verónica sin piedad.

—He apuntado algunas frases, puro protocolo, que debería dejar caer en algún momento de la fiesta. Échales un vistazo a ver qué te parecen, ¿quieres? —Ivette cogió el papel, le echó una rápida ojeada y después se lo devolvió—. Vosotros habéis sido muy considerados conmigo hablando casi siempre en mi idioma, por lo que no he practicado mucho el francés.

—Mejor dígamelas usted, a ver cómo me suenan.

Verónica la miró a través del espejo y, cuando la doncella esquivó su mirada, lo supo.

—No es necesario que me lo digas si no quieres. Pero no te avergüences de ello. Yo sé leer porque tuve la suerte de poder ir a la escuela. Tú no tuviste la misma suerte. Eso es todo.

Verónica se sorprendió ante la reacción de Ivette. Había levantado la vista y la miraba con los ojos llorosos, pero más llenos de rabia que de vergüenza.

—Tengo casi dieciocho años y no sé algo tan básico como leer ni escribir. ¿Qué hombre se fijaría en una analfabeta, acogida y...?

Verónica se giró, la sujetó por la muñeca y no la dejó seguir.

—Cualquiera que sepa apreciar a una jovencita preciosa y trabajadora, con un gran corazón y

muchos talentos sorprendentes. Como por ejemplo, tu capacidad única para peinar. ¡Mira esto! — Indicó dándose la vuelta y mirándose al espejo, acicalando sus rizos—. Jamás creí que mi cabello pudiera tener este aspecto.

Profundamente halagada, sentimiento al que no estaba nada acostumbrada, la muchacha dirigió los cumplidos a su señora.

—Tiene unos tirabuzones preciosos, Madame. Y no soy la única que lo cree.

—¿Ah, no?

—No. He sorprendido a Alejandro mirándola embelesado algunas veces cuando usted se marcha airada de la estancia y sus rizos rebotan según avanza con paso firme. Yo diría que en el fondo le encantan sus desaires.

—Mejor para él —concluyó con una sonrisa algo amarga—. Porque pienso seguir dándole mi opinión y negándome a hacer todo aquello que no

me agrade. Lo de esta noche, lo de ser la mujer obediente que no discute ninguna decisión, es algo puntual. Parte de un trato.

—¿Un trato? —La joven se quedó petrificada con un mechón de pelo en la mano, y después se ruborizó por su curiosidad—. Disculpe, no debería preguntar.

—Sí, un trato —continuó Verónica, nada molesta por la pregunta—. Pactamos que yo haría el papel de perfecta esposa en su fiesta si me permitía dar clases a los hijos de Melissa.

—Son unos niños muy afortunados. —Cogiendo algunas flores tan finas y rosadas como el tejido del vestido de su señora, decoró el tocado tal como había planeado.

—Son unos niños maravillosos.

—Y tendrán una maestra maravillosa.

Verónica la oyó suspirar y se regañó a sí misma por no haberlo pensado antes.

—¿Sabes qué? Se me está ocurriendo algo.

—¿Qué, Madame? —Terminó de colocar delicadamente cada flor formando dos hileras perfectas desde detrás de las orejas hasta la parte más alta del recogido. Completamente ajena a lo que Verónica le iba a plantear. Y a que, a partir de ese momento, su vida iba a cambiar.

—Podría pedirle a Alejandro que te permitiera asistir un par de horas al día a mis clases. Podría enseñarte a leer y... ¡muchas cosas más!

—¡No! ¿Cómo...? Trabajo todo el día en la casa. —Una flor cayó de entre sus dedos—. Y Berta no lo aprobaría —añadió, cabizbaja.

A Verónica se le hizo un nudo en la garganta.

—Berta no tiene nada que aprobar. Ella no es quien te paga. Ya se me ocurrirá cómo convencer a Alejandro. Seguramente me pedirá algo a cambio. —Suspiró y se miró al espejo, tocando con las yemas de sus dedos las delicadas flores de su pelo

—. Después de nuestro trato, me temo que todo entre él y yo va a funcionar así. Pero esta noche le voy a demostrar que cumpliré mi palabra y que es él quien sale ganando con el acuerdo.

—Solo con verla no le cabrá la menor duda. Es increíble que vaya usted a hacer esto solo por los niños. Y yo... le estoy muy agradecida de que piense también en mí.

—No me sobrevalores. —Verónica pellizcó sus mejillas para darles un poco de rubor, pero la doncella sacó un tarrito con unos polvos rosados y, con un algodón, se los extendió por el rostro—. Es cierto que me importan muchísimo y quiero hacer todo lo que esté en mi mano por ellos. Y por ti. Pero en parte, lo hago por mí. Eso va a volver a dar sentido a mi vida. Yo soy maestra por vocación. Es algo que no puedo dejar de ser.

Suspirando, se puso en pie y se echó una última mirada en el espejo.

—Bueno, llegó la hora. Deséame suerte, Ivy.

—No la necesita, Madame.

—Oh, sí. Seguro que sí.

Verónica llegó a la escalinata principal por la que había planeado bajar haciendo una entrada triunfal, propia del papel que esa noche iba a representar. Con Ivy custodiando sus espaldas se acercó a Berta, quien estaba en lo alto de las escaleras, preparada para anunciar su llegada.

En cuanto la vio aparecer, la recia mujer se adelantó hasta el primer escalón y, meneando una campanita, hizo que la música se detuviera y que todas las personas que estaban en el salón interrumpieran sus alegres conversaciones y miraran hacia lo alto. Con una rotunda voz, la presentó a los invitados a la vez que le hacía un gesto con la mano para que descendiera la escalinata hacia lo que prometía ser una velada

muy larga.

—La esposa de Monsieur Alejandro Zaldívar, Madame Verónica Aranda de Zaldívar.

Los nervios se le agarraron al estómago y sus pies no quisieron moverse. Le costaba respirar tanto por la presión del vestido como por la sensación que le produjo ver todos aquellos ojos clavados en ella, expectantes. Entre todas las miradas que la escudriñaban, pudo apreciar una que tenía otra expresión. No la juzgaba como las demás, sino que la miraba con sorpresa e incredulidad. Por un momento no pudo apartar sus ojos de los de Alejandro. Parecía atravesarla con ellos y se preguntó si habría hecho algo mal. Puede que esperara que hubiera salido a recibir a los invitados con él del brazo.

Ivy se acercó por detrás y le dio un pequeño empujoncito en la espalda. Eso le hizo recordar que debía bajar las escaleras en algún momento y

que tenía un papel que representar. Desenganchó los ojos de la extraña mirada de Alejandro y los paseó por las caras de las tres mujeres que lo rodeaban y que la miraban con recelo. Por la poca distancia que las separaba de su marido, supuso que si no había pasado algo entre ellos anteriormente, ellas esperaban que sucediera lo más pronto posible.

Verónica les dedicó una hipócrita pero abierta sonrisa según descendía con solemnidad cada escalón, sosteniendo con delicadeza sus faldas y mostrando a propósito más que sus tobillos. Si ellas eran descaradas, ella lo iba a ser más. Al fin y al cabo, estaban en la que ahora era su casa, y con quien ahora era su marido, quien se acercó lentamente hasta el comienzo de las escaleras para recibirla. Le tendió una mano a su llegada y cuando la aceptó, le besó caballerosamente el dorso de la suya sin dejar de mirarla a los ojos.

Aturdida, trató de huir de aquella penetrante mirada volviendo la suya hacia las mismas mujeres que le habían rodeado hasta hacía escasos segundos. Su forma de mirarla por encima del hombro como si trataran de convencerse a sí mismas de que eran mejores que ella, despertó su orgullo de tal forma que no pudo evitarlo. Se giró hacia Alejandro y, con la mano libre, le acarició una mejilla antes de besarle en los labios para su sorpresa y la de todos los presentes.

Murmillos y exclamaciones interrumpieron el silencio que había generado su presencia, y la ayudaron a separar sus atrevidos labios de los de Alejandro, inesperadamente carnosos, cálidos, dulces... y algo temblorosos también. Entrelazó su mano a la de un alucinado Alejandro e hizo una reverencia ante el público que se debatía entre la risa y la indignación.

Fue una anciana pareja la primera en acercarse

a ellos con una tranquilizadora sonrisa.

—¡Querida! —Exclamó una canosa mujer de muy poca estatura—. No sabes las ganas que tenía de conocerte.

Sin ningún miramiento, la mujer tomó la mano que Verónica tenía libre y, tirando de ella, le hizo agacharse para poder darle un beso. Tratando de no mostrarse sorprendida, ella misma se dirigió hacia el hombre que la acompañaba y lo besó de igual forma.

—Verónica —carraspeó Alejandro—, estos son mis tíos abuelos paternos, Bernarda y Julián Zaldívar. Son de Valencia y están encantados de que haya tomado como esposa a una joven española.

—¡Y yo estoy encantada de no tener que hablar en francés con todos los invitados de esta fiesta! Es un placer conocerlos a ambos. Alejandro me ha hablado maravillas de sus tíos de Valencia. —

Exageró muy hábilmente—. Por cierto, algún día me encantaría volver a visitar su hermosísima ciudad.

—¿Has estado por allí recientemente? —se interesó el hombre, poco más alto que su esposa y con el cabello del mismo tono plateado.

—Me temo que no. Pero cuando era niña fui en varias ocasiones. Sobre todo al puerto, por donde entraban las mercancías que importaba mi padre.

—Oh, por supuesto —comentó Julián—. Tu padre se dedicaba al comercio, Fernando nos habló de su amigo más querido en muchas ocasiones.

—Sí, pero todo eso quedó atrás.

—No hablemos del pasado —intervino Alejandro al ver que la voz de Verónica se quebraba—. El presente es mucho más interesante, justo lo que estamos celebrando esta noche.

Precisamente eso, el presente, fue el tema de

conversación principal durante casi una hora en cada círculo al que Alejandro la acercaba para presentarla formalmente. Además de recibir numerosas invitaciones para que conociera sus casas en pueblos y ciudades de los alrededores, los temas de conversación predominantes fueron cómo de agradable encontraba su estancia en Francia y en *Le Petit Beaumont*, cómo llevaba la vida de casada, o cuán comprensible era que una dama tan encantadora como ella hubiera logrado por fin hacer sentar la cabeza a Alejandro.

Conoció a varios compañeros de universidad de este, a las esposas de algunos y a las prometidas de otros; a socios y proveedores de sus empresas, de los que no sería capaz de recordar todos los nombres; familiares por parte de padre y vecinos de las fincas más cercanas.

Todo resultó ser bastante llevadero, con la suave música de fondo, los canapés y las bebidas

frías sirviéndose con puntualidad y discreción, incluso la mano firme de Alejandro sosteniendo la de ella en todo momento, más tranquilizadora que posesiva. Todo, hasta que finalmente les llegó el turno a las tres mujeres que habían rodeado a Alejandro antes de su entrada en escena. Tan solo con verlas acercarse sinuosamente, totalmente sincronizadas y con la mirada cargada de retorcidas intenciones, supo que con ellas la conversación no iba a ser tan agradable.

—Pensé que no nos iba a llegar el turno nunca —se quejó con un estudiado puchero la que parecía ser la cabecilla de aquel trío—. Hola querida. Estábamos deseando conocer a la afortunada que nos ha robado el corazón de Alejandro.

Directa al grano, pensó Verónica, forzando una sonrisa que probablemente fuera menos falsa que la de la jovencita de ojos azules y cabellos casi

blanquecinos. Su aspecto angelical era el disfraz perfecto para el ser diabólico que, intuía, habitaba en su interior.

—Sí, y lamentamos profundamente tu reciente pérdida, querida. Debe de ser horrible perder a un padre, sobre todo cuando tampoco tiene una a su madre —añadió su compañera de ojos negros y larga cabellera tan oscura como, probablemente, su corazón.

—Es terrible que hayas venido aquí sola, tan lejos de tu casa, sin familia ni ningún amigo, nada más que tu marido —se lamentó falsamente la joven que había parecido la más inofensiva de todas, con su pelo castaño recogido y sus ojos verdosos aún de niña ocultos tras unas espesas pestañas que no paraba de abrir y cerrar. Aunque, en este caso como en muchos otros, las apariencias engañaban—. Desde luego, tienes abiertas las puertas de nuestro *Comité de Damas* en la ciudad.

No hay en Orleans otro tan selecto, y dudo que en España exista nada parecido. Verás que todos los bailes y reuniones sociales que organizamos tienen gran seguimiento por parte de las clases más altas de esta región. —Con un movimiento deliberadamente lento, se acercó a Alejandro y le dio un toquécito en el pecho con su abanico cerrado—. Te echamos en falta en la última *Merienda de Despedida del Verano*, querido Alejandro. No fue lo mismo sin ti.

—Me temo que tenía mucho trabajo atrasado debido a mis últimos viajes. —Se excusó, con desgana—. Y puesto que ahora soy un hombre casado, tendré que organizar mi agenda junto con la de mi esposa. A no ser que ella esté interesada en pertenecer al Comité. ¿Qué opinas, querida? —Miró a Verónica con una sonrisa, lanzándole abiertamente un reto.

—Sinceramente, lamento haber tardado tanto

tiempo en poder organizar este evento —comenzó ella tras coger todo el aire que el vestido le permitía y tratando de no perder la sonrisa, ni la calma—. Como seguramente comprenderéis, debía respetar mi luto, y mi adorado marido tuvo el tierno detalle de acompañarme en mi pesar, aunque eso significara mantenerse alejado de ciertos compromisos y ciertas... amistades. —Con una mirada de soslayo, y apretando con más fuerza la mano que aún le sostenía, le devolvió el desafío a Alejandro antes de volver a dirigirse a ellas—. Agradeciendo infinitamente vuestra invitación, y a pesar de lo tentadora que me supone, me veo obligada rechazarla. Mi tiempo va a ser invertido en ciertas tareas que poco tienen que ver con actos sociales de clase alta. Aunque, por supuesto, acudiré encantada a vuestra próxima merienda para despedir el próximo verano, si mi querido Alejandro no quiere perdérsela esta vez.

—También despedimos el otoño, el invierno y la primavera —repuso la muchacha de ojos verdes, con las mejillas sonrojadas—. Pero el verano es siempre lo más divertido, ya que el tiempo acompaña.

La satisfacción que sintió Verónica la obligó a contener la risa que estaba a punto de escapársele. Aunque aquello duró poco, porque las otras dos mujeres no se habían dado ni mucho menos por vencidas. La primera de ellas, la belleza de rasgos nórdicos, no había quitado ojo a la mano de Alejandro sosteniendo la de Verónica. Y la morena no había apartado su mirada de la gargantilla y los pendientes que lucía. Cada una, pensó, le envidiaba algo que solo Alejandro podía ofrecer. Y aunque ambas ambiciones le parecieron muy peligrosas, se dijo que una lo era mucho más que la otra. Porque había más hombres con dinero en los alrededores. Pero ningún otro Alejandro, no

como él, en ningún lugar del mundo. Debía reconocer que él era único en su especie.

—Alejandro, querido, te hemos traído un regalo de cumpleaños —comentó la rubia sonriendo cada vez más forzadamente.

—Algo que sabemos que te encantará. Después de tantos años, te conocemos tan bien...

Las siguieron hasta una mesa que había sido apartada contra los ventanales, donde los invitados habían ido dejando sus regalos. Los cuales, en su mayoría y tal como les habían ido dejando caer en las conversaciones previas, iban dirigidos a los recién casados y no exclusivamente a quien cumplía años. No habían abierto aún ninguno, pero ellas solicitaron que Alejandro abriera el suyo de inmediato.

Cortésmente, y porque sabía que no se les podía decir que no a las tres niñas más consentidas de la alta sociedad de Orleans, Alejandro abrió el

paquete que le entregaron y encontró un maletín de pintor, con pinceles, botes de pintura y una paleta, todo de la más alta calidad.

—El maletín está grabado con tus iniciales — comentó la cabecilla, quien Verónica creyó que probablemente fuera la más interesada en él, después de todo.

—Muchas gracias. — Aunque tuviera más pinturas de las que podría gastar en años, era un detalle que apreciaran su pasión como más que una afición.

—Desde luego, a cambio nos tendrás que regalar uno de tus lienzos, uno que pintes con esas pinturas. —La morena miró a Verónica por encima del hombro, literalmente—. Para que lo colguemos en la sala del Comité de Damas.

—Sí, un retrato de las tres sería estupendo — añadió la teóricamente más inocente, con auténtica ilusión en el rostro y sin mirar a nadie más que a

Alejandro.

—Es un regalo envenenado, querido amigo —murmuró un hombre que Verónica identificó como un compañero de la universidad, uno de los solteros aunque de clase media, al que las tres miraron con desprecio.

—No, no lo es. Era solo una propuesta. Desde luego Alejandro no está obligado, ¿verdad hija? —intervino otro hombre de mediana edad que le había agradado bastante a Verónica cuando se lo habían presentado.

Otros dos hombres de edad similar y atuendo impecable acudieron al encuentro de las otras dos muchachas, como si quisieran protegerlas, y se preguntó cómo caballeros tan educados podían tener como hijas a aquellas tres... Daba igual. Mejor era no darles ninguna importancia.

—Pero es que es tan difícil encontrar qué regalarte, cuando ya lo tienes todo —se lamentó la

morena—. ¿Qué te ha regalado tu esposa?

Se produjo un silencio incómodo, el cual las tres jovencitas disfrutaron de lo lindo. Alejandro no quería decir nada, prefería que fuera Verónica quien respondiera, sobre todo porque él no sabía qué decir.

—Es imposible que no te haya regalado nada, Alejandro. —La rubia abrió la boca como si hubiera visto un crimen con sus propios ojos—. Eso sería... absolutamente impensable, desde luego —se corrigió al sentir la mano de su padre apretándole en el hombro, gesto que todos los que habían estado atentos a aquella conversación pudieron percibir.

Verónica improvisó un regalo que pudiera darle en ese preciso momento. No iba a dejar que ninguna de esas arpías la humillara. Ni siquiera cuando ella se lo merecía, pues no había pensado en ello, ni cuando él le había regalado las joyas

esa misma mañana.

Fuera como fuera, era su esposo, y merecía un regalo de su esposa. Así que se lanzó al vacío con la única idea que se le ocurrió.

—Claro que tiene un regalo de su esposa —siguió hablando de sí misma como si no estuviera allí, al igual que habían hecho ellas—. Y, desde luego, es un regalo único e inigualable. Pero su esposa ha querido esperar al momento perfecto para dárselo. Y... ¡vaya casualidad! Ese momento acaba de llegar.

Se dirigió hacia el piano, asegurándose de que tanto Alejandro como sus inseparables admiradoras la siguieran. Tuvo que pedir permiso a varias personas que charlaban a su alrededor para poder sentarse en el pequeño taburete, y esas mismas personas fueron las que solicitaron al cuarteto de cuerda que se tomara un descanso.

Sus movimientos fueron lentos y se mantuvo lo

más erguida que fue capaz. Si se doblaba demasiado para sentarse, el vestido estallaría por cualquier lado. Le entró un calor sofocante y deseó haberle comprado cualquier detalle a Alejandro con anterioridad. Pero ya no había marcha atrás. Ella solita se había metido en un lío del que no sabía si saldría bien parada.

En cuanto levantó la tapa del piano las manos le empezaron a sudar. Hacía años que no tocaba, probablemente los mismos que nadie tocaba aquellas teclas. Al menos esperaba que, quien lo hubiera mantenido limpio, también se hubiera encargado de mantenerlo afinado.

Por suerte, cuando tocó unos compases básicos de prueba, pudo comprobar que así era. El sonido era impecable, pero sobre todo, tan familiar que consiguió llenar su mente con la imagen de las partituras que había interpretado hasta su adolescencia, algunas de las cuales había llegado

a memorizar. Una en especial.

Las conversaciones comenzaron a detenerse, siendo sustituidas por murmullos y sonidos de pasos al acercarse al rincón del salón donde se encontraba el olvidado piano.

—¿Vas a interpretar una pieza como regalo de cumpleaños? —preguntó burlona la arpía número uno—. Eso no es inigualable, yo también toco el piano. Nadie interpreta como yo a Beethoven, y... ¡Au!

Las primeras notas, además de un segundo pellizco de su padre, acallaron aquellas presuntuosas palabras a las que ni Verónica ni nadie había hecho el menor caso.

—Es un regalo único porque esta pieza jamás la ha oído nadie. Hasta hoy —apuntilló mirando fijamente a Alejandro, quien se había colocado a un lado del piano, justo donde pudiera ver tanto su rostro como sus manos sobre las teclas.

Verónica comenzó con los primeros acordes, lenta y suavemente, permaneciendo fiel a la composición inicial, la que ella había encontrado incompleta entre las partituras de su madre. La cadencia había estado pensada para adormilar, relajar, hacer que quien la oyera se dejara llevar a un estado de ensoñación. Y sin saberlo, Verónica estaba logrando que ese efecto tomara un rumbo inesperado en las mentes de quienes escuchaban en aquel enorme salón. La fragilidad de las notas, la ternura que transmitían los acordes alternos de mano derecha y mano izquierda, hizo vulnerables los corazones de los presentes, logrando que todos, sin excepción, se trasladaran a un rincón de su mente en el que solo había paz, esperanza y sosiego.

Alejandro estaba más sumido que nadie en aquella sensación, observando a su esposa deslizar sus ágiles dedos por las teclas de un piano

olvidado desde hacía tantos años que el mero hecho de que ella lo estuviera tocando era ya de por sí sobrecogedor. Pero no tenía el corazón latiendo al compás que ella marcaba solo por el piano. Era por cómo ella cerraba los ojos durante unos segundos, sintiendo la música profundamente, dejándose llevar por ella como si la poseyera, demostrando que era una mujer rebosante de pasión y sensibilidad única.

El corazón pareció ir a estallarle cuando el ritmo de la melodía tomó un nuevo rumbo. Aquello era un despertar de los sentidos, una revelación de fuerza y entrega. La propia posición de la intérprete sobre el teclado había cambiado, ahora estaba más inclinada hacia él, la fuerza y la velocidad de las notas lo exigía, y sin separar los ojos de aquellas mágicas manos, él supo que todos en el salón estaban completamente concentrados, no solo en la pieza, si no en la actuación.

Cuando Alejandro pensó que ya no podía emocionarlo más, ella lo sorprendió decelerando el ritmo y culminando el tema con la misma melodía del inicio, pero esta vez, acompañándola de su propia voz. La voz de su mujer, pensó Alejandro, la voz de un ángel.

*Como el caramelo, como la más dulce miel
Siempre observadores, así son los ojos de él.
Manos de artista, mente brillante
Sonrisa amable, corazón fiel y amante.*

Hasta que Verónica no levantó la vista del teclado y reposó ambas manos sobre su regazo, nadie se atrevió a hacer el más mínimo ruido. Exhausta, pero sobre todo, con un sentimiento de plenitud que parecía salirse por los poros de la piel, Verónica miró a Alejandro, esperando ver en su rostro qué le había parecido su regalo. No sabía si se habría dado cuenta de que, a pesar de todas

las personas que había allí, había tocado solo para él.

Él se unió a los aplausos, y fue el ruido de esas palmas lo que le hizo recordar que había alguien más en aquella estancia que él y ella. Se le acercó y le ofreció su mano cuando la vio cohibida por tantos vítores, los cuales estaba claro que no había esperado.

—¿Mozart? —preguntó una de las damas más ancianas de la velada.

—¿Chopin? —aventuró un caballero de aspecto extranjero.

—Isabel Aranda. Mi madre —dijo con voz temblorosa la intérprete. Y coautora—. Con unos arreglos de Verónica, especialmente dedicados a mi marido.

Un sonoro “*oh*” se oyó por todo el salón y Alejandro, sin soltarse de su mano, se inclinó ante ella en una reverencia.

—Es el mejor regalo que he recibido en toda mi vida. Muchas gracias —pronunció bien alto, justo antes de darle un delicado beso en la mejilla, cerca de la comisura de sus labios, que a ella la trasladó inmediatamente hasta el día de su boda, haciéndola consciente de cuánto habían cambiado las cosas desde entonces.

Se sostuvieron las miradas un instante, él emocionado por el regalo y ella por lo que había sentido mientras tocaba, ambos observados por los presentes con creciente curiosidad.

—Los músicos ya están dispuestos para iniciar el baile, Monsieur —interrumpió Berta.

En el lugar donde hasta hacía unos instantes solo había un cuarteto de cuerda, ahora se encontraba una veintena de músicos, con flautas y flautines, clarinetes e incluso un arpa, más violines y violoncelos. Una mujer que se dirigía hacia ellos con varias partituras en la mano hizo una

admirativa reverencia ante Verónica antes de sentarse en el taburete del piano.

Solo hizo falta un gesto de asentimiento de Alejandro y la música comenzó a sonar, esta vez no como una melodía de fondo de las conversaciones, sino con gran ímpetu, invitando a todos a formar parejas y salir a la pista de baile. Fue Alejandro quien abrió paso al minué del brazo de su tía Bernarda, tal y como sabía que la mujer esperaba. Simultáneamente, Julián solicitó la compañía de Verónica.

Una hora más tarde, Alejandro solo quería bailar una pieza con su esposa. Un solo baile para poder hablarle y decirle unas cuantas cosas, en privado. Pero los que decían llamarse amigos suyos se habían dedicado a adelantársele con sorprendente habilidad y robársela antes de poder alcanzarla. *Tú ya la tienes para ti todos los días*, se excusaban algunos, y él no podía sino aceptar

bailar con el resto de las damas presentes, las esposas de sus amigos, y las madres de estos, quienes alabaron su elección. Sin duda, Verónica estaba cumpliendo con su parte del trato.

—¿Dónde has estado escondida todo este tiempo, pequeña artista? —le preguntó a Verónica un hombre que a pesar de tener unos cuarenta años tenía un especial atractivo, además de ser uno de los que mejor bailaba, tuvo que reconocer.

Gabriel, si no recordaba mal, a quien le habían presentado como amigo de la familia. Eso había explicado por qué lo había encontrado charlando con Leo, Ivy, Margot y Arthur en una discreta esquina en lugar de perderse entre el resto de los invitados.

—No he estado escondida. Solo a un país de distancia —alegó.

—Distancia que, afortunadamente para ti,

Alejandro ha recorrido.

Ella esperó a que él le diera un giro y volviera a agarrarla con firmeza para seguir la danza antes de responder. Así, de paso, pudo contener el impulso de darle una respuesta grosera.

—Me gusta pensar que él también es afortunado en ese sentido.

—Tal vez en cierto aspecto, digamos, más carnal. Pero no en el económico.

Poco faltó para que Verónica diera por terminado el baile, pero se contuvo y miró fijamente al hombre que la escudriñaba con los ojos entrecerrados, evaluándola.

—Dudo que sea conmigo con quien tiene que mantener esta conversación, Monsieur.

—No, es exactamente contigo con quien quiero mantenerla. Quiero saber qué le has dado a Alejandro. Qué le ha llevado casarse contigo de la noche a la mañana.

Un detalle temporal muy exacto, pensó ella, casi riéndose.

—Veo que está bien informado sobre algunos detalles, pero muy desencaminado sobre otros.

Para las personas de la casa, el suyo había sido un matrimonio pactado. En cambio, de puertas para afuera la explicación había sido un profundo y rápido enamoramiento. ¿Qué sabía y qué dejaba de saber ese hombre?

—Y yo veo cómo te mira Alejandro. Cómo no deja de mirarte ni un instante. Cómo te está mirando ahora mismo. No lo había visto mirar así a ninguna mujer antes y, créeme, lo conozco desde antes de que se le pusiera dura por primera vez.

Verónica no pudo evitar sentirse violenta hacia ese hombre. Ningún caballero hablaría así a una dama. Mucho menos a una casada con un amigo suyo. Aún menos en su propia casa, llena de gente y con el marido a tres parejas de distancia,

efectivamente, mirándolos fijamente. ¿Y aquel hombre era amigo de la familia? ¿Respaldaba Alejandro aquella amistad? Le había creído más inteligente y selectivo. Pero vistas las tres jóvenes brujas, ya no sabía qué pensar.

—Tampoco nunca antes había estado casado, si no me equivoco. Así que, sea lo que sea lo que insinúa, le aseguro que usted sí se está equivocando. Respecto a mí, y respecto a él.

Gabriel la miró con los ojos entrecerrados antes de cambiar el gesto de su cara por completo, como si hubiera estado actuando y ahora mostrara su verdadero rostro. Era como si tuviera puesta una de las máscaras venecianas que Alejandro había traído para los niños y, de repente, se hubiera cansado de jugar.

Aún estaba planteándose qué pensar sobre aquel hombre cuando la sorprendió soltando una sonora carcajada.

—Está bien, querida. Me has convencido. Aunque me temo que tú y yo tenemos aún mucho de qué hablar.

—Lo dudo —rechazó de inmediato.

Él no pareció desanimado.

—Y dime. ¿Ya te han sido revelados los secretos de esta casa?

La canción terminó y las parejas se dispersaron a su alrededor. En cambio, ellos siguieron donde estaban, sin moverse, clavándose la mirada el uno al otro.

—Creo que por fin podré bailar una pieza con mi esposa —comentó alegremente Alejandro cuando se acercó a ellos, pero ninguno pareció oírle.

—He de darle parte de razón, Madame. Tal vez me equivoque con respecto a usted, pero no con respecto a él. He aquí una prueba de ello. — Gabriel se giró hacia él y le dio una palmada en la

espalda—. Una dama deliciosa, amigo. Mi más sincera enhorabuena. A ambos —concluyó, mirando de reojo a Verónica antes de perderse entre la multitud.

—Gracias, Gabriel —respondió, confuso por ciertas palabras—. Te deseo la misma suerte.

Tomando a su esposa de la mano como llevaba largo rato ansiando, la acercó a él para unirse a las parejas que ya bailaban al compás de *El Bello Danubio Azul*, tema que la orquesta había reservado para cuando la pareja de anfitriones bailara por primera vez, lo cual habían imaginado que sería mucho antes. Aquella era una popular composición que en los últimos años se hacía imprescindible en ese tipo de actos, y no tocarla en la primera hora era poco habitual.

Con la música rodeándolos como él la rodeaba a ella, Alejandro comprobó lo que ya había sospechado: la agradable sensación que le

producía tenerla al fin entre sus brazos, sus cuerpos bailando sincronizados y muy, muy juntos.

—¿Qué le pasa a tu amigo, Alejandro? — Verónica había pensado aguardar a que estuvieran a solas para hablar con él del tema, pero la danza le estaba resultado demasiado íntima. Él la abrazaba de una forma que poco tenía que ver con la postura propia de un vals.

—Siento no haberte advertido sobre él. —Hizo una mueca de culpabilidad—. Es el hijo mayor de una buena amiga de mi madre, así que su familia siempre ha tenido un lugar especial en esta casa, él más que ningún otro, pues era su ahijado. Nuestra larga amistad lo hace tratar de sobreprotegerme, como un hermano mayor. Así que es posible que haya intentado tenderte una trampa para hacerte confesar tus malévolos y retorcidos planes.

Él rio, pero a ella el tema no le hacía ninguna gracia.

—¿Trampa?

—Él piensa que todas las mujeres tratan de cazarme. Por mi dinero, ya sabes —aclaró, visto que ella parecía completamente perdida—. Y aunque mi tío y yo no tengamos trato alguno, soy el cuarto en la lista de sucesión al título de Marqués de Beaumont. —Según lo decía, y por la cara que acababa de poner ella, se dio cuenta de que ese detallito no se lo había mencionado aún—. Y es de la opinión de que las mujeres usan muy bien cierto tipo de... armas. Espero que no te haya dicho ninguna grosería.

—Lo ha hecho —verificó sin ningún miramiento.

—Perdónale. Es doctor en medicina. Especialista en psiquiatría. Habrá usado uno de sus juegos mentales contigo, para ver si caías.

Verónica evitó la mirada de Alejandro mientras le confesaba la verdad.

—Ha insinuado que, bueno, que me vendía a ti, como una... ramera.

—¿Ha usado esa palabra?

—No, no exactamente.

—¿Entonces no tengo que matarlo?

—No creo que sea necesario. —Aunque no le veía la gracia, trató de restarle importancia, como estaba haciendo Alejandro—. Aunque si lo vuelve a hacer, yo misma te cederé mi sombrilla para que puedas noquearlo.

—Cariño —el apelativo le salió sin pensar y ambos reaccionaron quedándose quietos un instante antes de seguir bailando—, no me necesitas para eso. Con una de tus fulminantes miradas, tú solita podrías noquearlo.

—Yo no tengo miradas fulminantes.

—Sí las tienes. —Vaya si las tenía—. El día que lanzaste una copa de anís contra una pared de tu casa, vi la primera y más aterradora de todas.

Ella abrió mucho los ojos antes de sonrojarse y mirar hacia otro lado, completamente avergonzada por aquel comportamiento. Sobre todo, por el hecho de que Alejandro lo recordara con tanta precisión.

—Gabriel aparte, y Comité de Damas también, ¿estás disfrutando de la fiesta?

En cuanto ella respondió, pareció volverle el buen humor a los ojos.

—Desde luego, la prefiero a una merienda de despedida del verano. —Alejandro rompió a reír y, sin poder evitarlo, ella hizo lo mismo—. ¿Se puede saber qué bobería es esa del comité y sus opulentas actividades de alta alcurnia?

—Es algo que se han inventado para mantener entretenidas a damiselas como Brigitte, Rose y Marie. Tienes suerte de que solo hayan acudido ellas tres hoy, porque en total son seis.

—¿Hay otras tres brujas como ellas suspirando

por tus favores?

Encantado como no podría haberse imaginado, pues aquello le había sonado a algo parecido a los celos, le siguió la corriente, a pesar de que las otras tres damas eran respetables esposas —aún sin hijos de los que ocuparse y de ahí su holgado tiempo libre— nada rendidas a sus encantos masculinos. Al menos, ya no.

—Me temo que... sí. Pero ahora estás tú aquí para defenderme.

—Ya. Claro. Como si tú solito no te bastaras. Si quisieras —apuntilló cuando la melodía se tornó más suave, ya que en los momentos culmen del vals era imposible hacerse oír sin gritar.

Oh, sí, pensó él. Esto son celos.

—Créeme, no tengo el más mínimo interés en ninguna de ellas. Ni en ninguna otra. —La giró según exigía el baile y cuando volvió a atraerla hacia sí, lo hizo aún con más firmeza que antes—.

Me ha encantado tu regalo.

—Me alegro. Aunque no voy a mentirte. Los arreglos no los hice para ti —*aunque los cambios en la letra sí*, pensó ella pero no lo dijo—. Pero sí es la primera vez que la toco en público.

Terminaron la pieza y, en lugar de cambiar de pareja o unirse al resto para la siguiente danza, Alejandro la apartó junto a la mesa de los regalos.

—¿Para quién los hiciste? ¿Algún novio de la adolescencia?

Verónica se quedó absolutamente sorprendida ante aquel arranque de Alejandro. Si no fuera porque, simplemente, no podía ser, hubiera jurado que estaba celoso.

—Realmente, la partitura no estaba acabada. Mi madre la comenzó a componer cuando estaba embarazada de mí. Pero supongo que se empezó a encontrar mal antes de poderla terminar y... Aquel malestar fue lo que acabó provocando que muriera

al darme a luz. —Él asintió, comprensivo, y le ofreció una copa de champán en cuanto un camarero se les acercó. Ella dio un sorbo agradecida de poder refrescarse la garganta—. Iba a ser una nana. Para mí. Yo la encontré entre sus demás partituras pero jamás le dije nada a mi padre. Un día, sin más, la terminé, aunque no dejé que nadie la escuchara. Era nuestra, de ella y mía. Imaginé cómo hubiera querido ella que fuera... No sé. Te parecerá una tontería.

—Es una historia muy triste. —Alejandro hizo una mueca y bajó el tono de voz—. ¿Es mentira?

—¡Claro que no! —Verónica depositó violentamente la copa sobre la mesa, derramando parte del líquido y salpicando el maletín de pinturas sin querer. Trató de secar las gotas con la mano pero la piel ya había calado, así que lo apartó a un lado con brío antes de enfrentarse de nuevo a Alejandro—. Es totalmente cierto. ¿Cómo

crees que sería capaz de mentir en algo así?

—No sé. Hoy todo en ti es tan sumamente increíble que pensé que era parte de toda tu farsa.

Cuando lo vio beber de su copa con ojos tristes, se dijo que no podía reprocharle que desconfiara de la veracidad de sus palabras. Ella se lo había buscado. Pero, realmente, quería hacerle ese regalo.

—Esto, al menos esto, no ha sido fingido. Y aunque no la hiciera para ti, hoy he decidido regalártela. Y adaptar la letra de la nana a las circunstancias. Así que es tuya.

La música lo había conmovido, era hermosa y refrescante. Pero la letra le había lanzado una puñalada directa al corazón, como si supiera que esa parte sí iba dedicada expresamente a él, como si tuviera la estúpida esperanza de que aquellas palabras pudieran ser ciertas. Tragó saliva.

—No puedo aceptarla. Es demasiado especial

para ti. Un vínculo entre tu madre y tú.

—No te he dado ningún regalo de bodas —comenzó ella, amargamente y algo cabizbaja—. No tengo dote, ni ajuar. Y no te había comprado nada por tu cumpleaños. Creo que esto es lo más especial que tengo y que puedo ofrecerte. Pero si no lo aceptas...

—Lo acepto, si es lo que quieres.

—Es lo que quiero.

Desde luego, ese día no dejaba de sorprenderlo. Para bien.

—¿Sabes? Has conseguido emocionarme.

—¿Me van a levantar una estatua por ello?

Él se rio, sin humor, aunque agradecido de que ella volviera a estar en pie de guerra y dejara la melancolía atrás. Esa noche más que ninguna otra noche, no quería verla triste.

—¿Sabes? Creo que ningún regalo me ha gustado tanto desde que mi padre me regaló a Gino

cuando solo era un cachorro —le explicó, nostálgico, aunque divertido. Ella le había contado algo personal, importante para ella. Él quería hacer lo mismo—. Había cogido miedo a los perros porque uno enorme que tenían los vecinos me había mordido. Un buen mordisco del que aún tengo cicatriz. —Se señaló detrás del muslo—. Mi padre buscó el cachorro más precioso que encontró y me lo dejó una mañana en la cama. Cuando desperté...

—¡Alejandro! ¡Ven, corre! —gritó un hombre al que Verónica reconoció como uno de los proveedores de hierro de las minas del sur del país.

—Tus negocios te reclaman.

—Enseguida vuelvo contigo —aseguró él, molesto por la interrupción pero consciente de que no podía desoírla.

—Sí, me encantaría saber cómo reaccionaste al

despertar y ver a Gino.

—Jamás lo adivinarías —le guiñó un ojo y se dirigió al encuentro de lo que olía a conversación de negocios.

Como el vestido le oprimía cada vez más, Verónica aprovechó la ausencia de Alejandro —y que en esos momentos nadie parecía pendiente de ella— para salir a tomar aire fresco. Sentía como si fuera a desplomarse.

—Vamos a bailar. —Margot tiró del brazo de Arthur para obligarlo a llevarla a la pista—. Ya han sonado dos valeses y también me he perdido el minué. Así que, toquen lo que toquen ahora, bailará usted conmigo, Milord.

—No me gusta bailar —indicó él, y clavó los pies al suelo para que su esposa no pudiera arrastrarlo con ella.

—Pero a mí sí. Y es el cumpleaños del Niño.

No me hagas ir a por él y hacer que te obligue.

—Seguro que él me comprende. No creo que...

Arthur notó cómo su resistencia se esfumaba al sentir una mano empujarlo por la espalda. Cuando se volvió, con Margot ya entre sus brazos y girando con él en el carrusel de parejas de baile, pudo ver a Gabriel saludándole. Con la mano culpable. Aquello no quedaría así, se dijo a sí mismo, cediendo ante lo inevitable. Al menos, Margot sonreía y sus ojos brillaban como la tinta fresca, los ojos más negros y radiantes del mundo. Resignado, la llevó al centro de la pista. Ya que estaba condenado a bailar, por lo menos que ella disfrutara como se merecía.

—Vamos Ivy, bailemos nosotros también —solicitó Leo.

Sus palabras fueron acompañadas de su mano guiándola junto a Margot y Arthur. Tal como Gabriel había esperado.

—Supongo que acabas de acostar a tus cuatro fieras.

Melissa estaba distraída mirando a Berta, quien, a su juicio, parecía un buitre acechando en lo alto de la escalera, oculta entre las sombras y controlando los movimientos de cada uno de los allí presentes. Pero sobre todo, se dijo algo triste, cada uno de los pasos de dos jóvenes enamorados.

No obstante, aquello era un secreto del que nadie hablaba. Uno de tantos.

—Perdona. ¿Decías?

Gabriel suspiró. Y comenzó de nuevo.

—Te acabas de unir a la fiesta. —Y había tardado una eternidad en aparecer—. Eso debe de significar que tus hijos ya se han dormido.

—He tardado una hora más de lo habitual en conseguirlo. —Él se dijo que aquella hora debía de haber sido agotadora. Sobre todo, para ella sola—. Querían venir a bailar.

—Haberlos traído. Hasta Arthur está bailando.

—Ya. He visto que en eso has tenido bastante que ver —le indicó, mirándole como cuando regañaba a alguno de sus hijos.

Él no podía estar más encantado.

—Culpable —admitió alzando su mano—. Pero realmente, lo he hecho para que los jóvenes se lanzaran a la pista, aprovechando la ausencia del gendarme.

Melissa señaló discretamente a la parte alta de la escalera.

—Oh, oh —murmuró él.

Aquel secreto a voces también era de dominio de Gabriel, pues había cosas que con solo estar en la casa un par de veces al mes, frecuencia con la que acudía él, saltaban a la vista.

—Si nosotros también bailamos, seguro que comprenderá que Leo e Ivy no hayan tenido más remedio que hacerlo. No iban a ser los dos únicos

parados como estatuas.

Melissa lo miró desconcertada. ¿Por qué querría un hombre como Gabriel bailar con ella?

—No es necesario que te molestes. Hay muchas damas en la fiesta. Seguro que puedes sacar a bailar a cualquiera de ellas.

—Pero quiero que seas tú quien baile conmigo.

De hecho, la mano se le había escapado contra la espalda de Arthur porque había pensado más rápido que su cabeza que, así, Leo e Ivy les seguirían. Y que, así, ella quedaría sola. Para él.

Esa misma mano tomó la de la mujer que, tras ganarse su más profunda admiración, había acabado haciéndose también con su corazón.

—Hace mucho que no bailo, Gabriel. Tú mejor que nadie sabes cuánto.

—Por eso mismo. Ya va siendo hora de que rompas esa barrera. Déjame ayudarte a hacerlo.

Ella comenzó a temblar, y él apretó su mano

con más firmeza.

—Tú ya me has ayudado a romper muchas barreras. —A pesar de sus reparos, la estaba llevando a la pista. Se le hizo un nudo en la garganta—. No voy vestida para la ocasión. No pensaba acercarme tanto como para bailar. Solo quería comprobar que todo marchaba bien y...

—Estás preciosa.

Melissa no dijo nada más. Pero no fueron las palabras de él las que la dejaron sin habla. Sino la forma en que las dijo, cómo la miró mientras lo hacía, y cómo la hizo sentir mientras bailaban entre gente de su clase social. Aunque, por primera vez, eso no le importó en absoluto.

Con él nunca se había sentido más que ella misma, desde el primer día. Desde la primera sesión de terapia. Como su propio nombre delataba, al cual acompañaban unos ojos azules como el cielo y unos cabellos platino de infinitos

rizos, él era un ángel. Su ángel. Y sabía que, sin él, jamás habría salido de su particular infierno.

Le debía tanto, tantísimo, que creía estar confundiendo gratitud con otra cosa. Con algo que solo había sentido una vez, por un hombre bueno y cariñoso, que le había dado cuatro hijos maravillosos, pero que se había ido antes de tiempo. Un hombre al que añoraba cada día. Al que aún amaba. Al que siempre amaría. Al que jamás olvidaría. Y al que sentía estar traicionando solo por bailar con Gabriel, solo por pensar que aquella mirada decía cosas que no podían ser.

En cuanto la música se detuvo, se excusó y corrió a su cuarto. Estaba cansada. Era cierto, y eso era lo que le había dicho a él. Lo único que le había dicho. Aunque él sabía que aquello no era lo único que le ocurría. Ni mucho menos. Al parecer, seis años no era suficiente tiempo para sanar.

Así pues, esperaría un poco más. Todo cuanto

ella necesitara. Pero ni un solo minuto más.

Capítulo 9

Después de dar un paseo por el corredor, Verónica se apoyó en el muro que rodeaba la casa y se asomó sobre él para respirar el aroma de las flores del jardín en la oscuridad de la noche. Aun sin poder verlas, podía percibir el olor de todas y cada una de ellas, reconociéndolas.

Cometió el error de inhalar demasiado profundamente y el vestido no pudo más. Los botones delanteros se soltaron y los pechos de la joven se abrieron camino por encima del corsé, solo cubiertos por un fino encaje rosa. Aún estaba tratando de recomponer su indumentaria cuando unas cálidas manos se posaron sobre sus hombros, seguidas de un susurro en su oreja.

—¿Acaso la reina de la fiesta ha dado por

concluida la noche?

—No, no es eso —respondió Verónica sin girarse y trató de cerrar el vestido antes de que Alejandro se diera cuenta de la embarazosa situación.

—Te he estado buscando por todas partes —susurró de nuevo en su oído, haciendo notar su aliento muy cerca. Demasiado.

—Solo necesitaba tomar el aire unos instantes —comentó con risa floja sin conseguir atar uno solo de los dichosos botones.

—Esos instantes han sido eternos para mí.

Las manos del hombre se aferraron a los hombros de la mujer y la giraron tan rápido que ella apenas se dio cuenta hasta que se encontró frente a él, solo un segundo antes de notar su boca sobre la de ella. En pocos segundos, se abrió paso entre sus labios con su lengua hasta tocar la de ella, obligándola diestramente a acompañar sus

movimientos, lentos pero seguros.

Verónica estaba tan impactada que no fue capaz de protestar hasta que aquella hambrienta boca la liberó al descender por su cuello, a la vez que aquellas expertas manos se dejaban caer a lo largo de sus brazos hasta entrelazarse con sus dedos con fuerza, evitando así el intento de la joven por empujarle para apartarlo.

—¡Alejandro! —profirió, pero un carraspeo la dejó muda.

La boca de Alejandro se detuvo en su clavícula y ambos miraron hacia el origen del sonido.

—¡Demonios! ¡Quién fuera joven de nuevo! —exclamó Julián con una gran sonrisa, cerrando la puerta principal tras de sí.

—No... no es lo que usted piensa, de verdad... —balbuceó la joven y se llevó las manos al escote tratando de hacer que Alejandro se las soltara, pero sus dedos la acompañaron hasta que fijó su

mirada en el descompuesto vestido.

—*¡Mon Dieu!* —espetó Alejandro, y se apartó de ella de un salto. —Yo no... no he...

—Tranquilos, por mí no os preocupéis en absoluto. Da gusto ver a dos recién casados tan enamorados que no pueden esperar a estar en el lecho para comerse a besos. Tu padre estaría feliz por ti, hijo. Pero me temo que los invitados os reclaman.

—Ahora mismo entramos, tío —respondió Alejandro mirando al suelo. Si no se hubiera tratado de él, Verónica habría jurado que estaba ruborizado. Pero debió de ser la tenue luz del quinqué abriéndose paso por el hueco de la puerta que Julián había dejado entrecerrada, sin duda para darles algo más de intimidad y que ella terminara de vestirse.

—¿Has visto lo que has conseguido con tus arrebatos? —le recriminó y falló de nuevo en su

intento de atar el primer botón.

—Sí. —La sonrisa de Alejandro era burlona mientras se acercaba de nuevo peligrosamente a ella—. Hacer aún más creíble tu majestuosa actuación de esta noche.

—Eso es. Solo una actuación. No sé a qué ha venido esto.

—¿Esto?

—Sí. Esto. No sé qué te ha hecho pensar que podías besarme así.

—Primero, que eres mi esposa. Segundo, que me apetecía hacerlo. Y tercero, que tú lo has hecho antes. Y no necesariamente en ese orden.

—¡Era parte de la actuación! —insistió, aún atónita por lo que acababa de suceder—. Pero ahora no había nadie delante. No había nada que representar.

—Tal vez no al principio. Pero luego hemos tenido a un selecto espectador que ahora mismo

estará haciendo correr la voz por todas partes, enorgulleciéndose de la apasionada sangre que corre por mis venas, un Zaldívar de los pies a la cabeza, que no puede resistirse a amar a su bellísima esposa en un rincón oscuro en mitad de su propia fiesta...

—¡Calla! ¡Y haz el favor de llamar a Ivy para que me ayude a ponerme bien esto!

—Puedo ayudarte yo mismo. Si quieres —se ofreció con voz melosa, acariciándole un brazo—. ¿Por qué los has soltado? ¿Me estabas esperando?

—Muy gracioso. —Le hizo un gesto de burla, arrugando la nariz—. Me queda pequeño y los botones no han resistido más. Ya te lo dije, pero tú insististe en que tenía que ser este.

—Estás impresionante con él. —Agarró los laterales de la tela y tiró de ella hasta casi juntarla, con sus ojos fijos en la seda rosa, y en lo que había más allá.

En cuanto ella logró abrochar los botones, apartó las manos de él de un manotazo.

—Volvamos a la fiesta. No quiero que los rumores de tu tío sigan corriendo y que todo el mundo piense que estamos tratando de engendrar un hijo aquí mismo.

—¿Y no era eso lo que hacíamos?

Con una mirada felina, Verónica se adelantó a él para entrar lo antes posible en el salón. No hizo falta ver más que unos cuantos rostros sonrientes para saber que el rumor había corrido tal y como Alejandro había vaticinado. Se consoló con la satisfacción que le produjo ver las caras enrojecidas por la rabia de Brigitte, Marie y Rose. Que al menos aquel mal trago sirviera para algo, pensó mientras Gabriel le hacía una reverencia y le solicitaba otro baile.

—Acabas de ganarte un nuevo aliado, si lo aceptas —le susurró cuando ella bailó con él sin

protestas.

—Muy bien. Pero bailemos. Solo bailemos, por favor.

Estaba deseando que la velada acabase. Cuanto antes.

Por su parte, Alejandro también había estado esperando que la velada acabara, pero por otros motivos. Tras despedir a todos en la puerta a altas horas de la madrugada, ambos subieron del brazo hacia los dormitorios, donde ella se soltó inmediatamente y se alejó de él.

—¿Adónde te crees que vas?

—A mi habitación.

Apoyando el hombro contra su puerta, Alejandro la miró con una sonrisa de medio lado.

—Mis tíos dormirán en la que fue la habitación de mi padre —comentó señalando la puerta de enfrente—. Y Bernarda tiene el sueño ligero.

—¿Y?

—Que deberíamos dormir en el mismo cuarto hoy. Y debería ser el mío.

—¿Estás de broma?

—No. Hicimos un trato.

Se había imaginado que algo así podría pasar y se sentía estúpida por no haberse adelantado a esa posibilidad dejándole claro que eso, eso en concreto, no estaba incluido en el acuerdo.

—Esto no formaba parte de él.

—¿No? Si se trata de hacer tu papel de perfecta esposa, ¿no deberías dormir con tu marido?

Lo sopesó unos instantes, elaborando una estrategia nueva a partir del giro de los acontecimientos. Con todas las habitaciones que había en la casa, los únicos que iban a dormir allí tenían que hacerlo precisamente al lado de ellos. No dudó en que Alejandro podría haberlo dispuesto así a propósito.

—Entraré en tu cuarto y después me iré al mío, cuando se hayan dormido.

—Oirán la puerta —alegó él, cada vez más sonriente.

—Entonces... serás tú quien duerma hoy en mi cuarto y yo en el tuyo. Saltarás por el balcón.

Desde luego, tenía que concederle que tenía ideas creativas.

—Hay demasiada distancia de uno a otro.

—No tanta —repuso Verónica, no dando su brazo a torcer.

—¿Has pensado alguna noche en colarte en mi cuarto por el balcón? Es encantador.

Aquello la enfureció pero, tal y como había hecho durante toda la noche, se contuvo de explotar en gritos.

—Más bien me he asegurado de dejar la puerta del balcón bien cerrada para que tú no pudieras entrar.

—No esperaba menos, querida.

—Muchachos. —Oyeron de repente una voz familiar que parecía tener que interrumpirles siempre en el peor momento—. ¿Estabais esperándonos para darnos las buenas noches?

Los tíos de Alejandro aparecieron como por arte de magia junto a ellos. Verónica esperaba que no hubieran oído nada, ellos no tenían la culpa y no quería causarles una decepción.

—Claro, Julián. Alejandro ya sabe que mañana partimos muy temprano para no perder el tren de vuelta y le he dicho que no merece la pena que madruguen después de un día tan agotador. Nos damos por despedidos si nos dais un abrazo que valga por dos —añadió la anciana abriendo los brazos para recibir a Verónica.

—Por supuesto. —La joven se acercó y les dio un beso y un abrazo a ambos. —Que descansen. Deben de estar agotados a estas horas tan tardías.

—Ay, hijo. Qué suerte tienes de tener una esposa tan cariñosa —le felicitó Julián, dándole una palmada en el hombro.

—No lo sabes tú bien, tío —murmuró el aludido para sí mientras besaba a sus tíos, pero Verónica lo oyó perfectamente.

—Id, id. No perdáis tiempo. Queremos oír unos pequeños piecitos correteando por esta casa lo antes posible, antes de que nuestros días acaben.

—No diga eso, Bernarda —se apresuró a intervenir Verónica—. Estoy segura de que aún la veremos muchos años por aquí.

—Ojalá hija, ojalá.

De pronto, Alejandro se acercó a ella y la abrazó por la cintura.

—De todos modos, más vale ponerse manos a la obra cuanto antes. ¿Verdad querida?

—Sí, *querido*. Lo que tú digas.

Ivy se encaminó por el pasillo en ese momento

con una jarra de agua fresca para el cuarto de los invitados, y Verónica se soltó de Alejandro para dirigirse a ella.

—Ivy —le susurró—. Haz el favor de llevar uno de mis camisones al cuarto de Alejandro y dejar las puertas de mi balcón abiertas.

—Sí, Madame... ¿cómo? —preguntó cuando asimiló las órdenes.

—Tú solo hazlo.

Verónica le hizo girarse mientras se desvestía, mirando continuamente por encima del hombro para comprobar que él no la mirara. Pero lo único que se encontró fue a él quitándose los pantalones.

Mirándose el camión, el cual se preguntaba por qué narices tendría que haber elegido Ivy precisamente ese día, se dirigió al balcón y se asomó para comprobar que las del otro estuvieran abiertas. También pudo comprobar, para su

disgusto, que la distancia entre ambos era excesiva.

—Está bien. —Cerró las puertas y corrió las cortinas, resignada a tener que compartir el cuarto —. No quiero que te mates.

—Muy considerado por tu parte —agradeció Alejandro, y se metió en su lecho de un salto, solo vestido con unos calzones.

Compartir el cuarto no significaba compartir la cama, pero ¿cómo le decía que durmiera en una de las butacas o en el suelo? Le parecía demasiado vil. Así que se resignó a eso también.

—¿No piensas cambiarte de ropa?

—Duelmo así. Siempre —alegó él, dando dos toquitos a la cama con la mano. —Vamos, es muy tarde.

Irritada y algo temerosa, se subió a la cama por el lado más cercano a la puerta. Por si acaso.

—Buenas noches Alejandro.

La joven apagó la vela de la mesita de noche de un soplido, dejando como única luz la vela de la mesita del lado contrario. Se apoyó en la almohada boca arriba, se tapó con las sábanas hasta el cuello y cerró los ojos.

—Pensé que hoy las buenas noches irían acompañadas de un beso —oyó después de un largo minuto de silencio.

—Pensaste mal.

—Vamos, ya nos hemos besado dos veces —insistió apoyándose en un codo, a su lado—. ¿Qué tiene de malo rematar la noche con un tercer beso?

—No te confundas. Yo solo te he besado una vez. El segundo ha sido un beso robado.

—Tú me robaste el primero —le susurró él, cada vez más cerca.

—Pero tú me respondiste —se defendió la joven, girando la cara para poder mirarle a los ojos, que no había esperado que estuvieran tan

cerca de los suyos, ni que fueran a brillar de aquella manera.

—Tú también respondiste a mi beso. Vaya si lo hiciste.

—Yo no... —Volvió a mirar hacia el techo—. Bueno, me pillaste desprevenida. Pero, en todo caso, estamos empatados.

—No me gustan los empates. No son emocionantes.

Sin darle tiempo para una nueva réplica, se deslizó sobre ella bajo las sábanas y la besó, hundiendo su cabeza en la almohada.

Las manos de la joven trataron de empujarlo por los hombros, pero él las aferró y las sujetó contra la cama por encima de su cabeza. Su cuerpo se amoldó al de ella, separando sus piernas con la rodilla y oprimiendo su pecho contra los senos de ella, mientras su boca se volvía exigente al ver que Verónica, esta vez, se negaba a corresponderle.

Tras varios intentos sin obtener resultado alguno de sus labios, se irguió de forma que quedó a un palmo de su rostro y la miró fijamente a los ojos mientras sus manos descendían por los delicados brazos de la joven hasta llegar a sus pechos. Verónica se sobresaltó al comprobar que la mirada de él era desafiante, aunque esperaba que la suya propia no lo fuera menos.

—Ni se te ocurra —le advirtió con toda la determinación que su entrecortada voz fue capaz.

—¿O si no qué? —preguntó Alejandro burlonamente a la vez que dibujaba con sus manos el contorno de aquellos senos que palpitaban bajo sus caricias.

Verónica no pudo evitar estremecerse, provocando una chispa en la mirada de Alejandro, una mirada profunda y hambrienta.

—Gritaré —fue la única defensa que se le ocurrió contra lo que temía que se avecinaba.

—Adelante. —La advertencia no pareció inmutarle y ya estaba desatando la lazada del escote del camión—. Mis tíos pensarán que gritas de puro placer. Y pronto será verdaderamente así.

Separó la tela que cubría uno de los pechos hasta dejarlo al aire y bajó la vista hacia él según sus dedos lo acariciaban con suavidad. Verónica contuvo la respiración sintiéndose impotente ante el peso de aquel cuerpo de hombre inmovilizándola. Quiso mirar hacia otro lado pero un tacto húmedo en su piel la obligó a volver la vista hacia él. Aquella ágil lengua lamía su seno, aquella ardiente boca lo succionaba y sus dientes mordisqueaban el tenso pezón mientras su mano abierta mantenía sujeta su carne con delicadeza y firmeza a la vez.

Verónica comenzó a sentirse mareada y ahogó un jadeo, no pudiéndose creer lo que Alejandro se estaba atreviendo a hacer. Ella se negaba ni

siquiera a besarlo y él... ¿Acaso pensaba que así le iba a hacer ceder? Llena de rabia, solo se le ocurrió una forma de detenerlo.

—¡Fuego! —Exclamó la joven con todas sus fuerzas—. ¡Fuego!

Sorprendido por sus gritos, pues la había sentido estremecerse bajo sus caricias, Alejandro tapó su boca con la mano y la miró con sonrisa burlona.

—Vamos, no lo estropees ahora. Estaba a punto de comprobar si el derecho me excita igual o más que el izquierdo...

Verónica agitó la cabeza para liberarse de la mano que la impedía hablar, para poder gritarle tan alto como fue capaz.

—¡No creas que voy a permitirte...!

Pero sus gritos se vieron sofocados por aquella implacable boca de nuevo, que devoró la suya con insistencia y ansiedad, cada vez más

profundamente, hasta que ella consiguió hundir los dientes en su labio inferior.

—¡Au! —protestó él, echándose a un lado. —
¡Verónica! ¡Me has mordido!

—No me digas —masculló a la vez que ataba la lazada de nuevo, sin prisa, para dar a entender que sentía una tranquilidad que en absoluto poseía en ese momento.

—Desde luego, te lo estás tomando fatal.

Alejandro se apretó el labio para calmar el dolor y se sentó con las piernas cruzadas.

—¿Qué?

—Estamos casados, eso ya no tiene remedio. Podrías al menos tratar de sobrellevarlo.

—¡Eso es lo que hago! —se defendió, poniéndose de rodillas para enfrentarlo—. Pero tú no dejas de estropearlo.

—¿Estropearlo?

—Sí. Accedo a hacer el papel de esposa perfecta y tú te tomas la libertad de besarme.

—Tú me besaste antes —alegó él, quien acababa de coger un pañuelo de su mesita de noche y se limpiaba la sangre de la herida que Verónica le había causado para defenderse, como una auténtica fiera, tuvo que reconocer.

—Acepto que durmamos en la misma habitación para seguir manteniendo las apariencias y tú te metes en mi cama —prosiguió argumentando, con un ligero sentimiento de culpa al ver que le había herido de verdad.

—No creí que tuvieras pensado hacerme dormir en el suelo en mi propia alcoba.

—Aguanto que durmamos juntos y tú me desnudas. —Ahí no creía que pudiera rebatirle nada en absoluto.

—Eres tú la que te has puesto ese camisón que grita *desátame*.

—¡Basta! —Esta vez se levantó de la cama para alejarse de él—. No trates de hacer que todo parezca provocado por mí.

—Pero es así. —Ahora fue él quien se arrodilló en la cama, arrastrándose sinuosamente por ella hasta llegar al borde, donde su esposa se encontraba tratando de no mirar aquel impactante torso desnudo—. Tú me provocas.

—¿Cómo? —¿Qué le había dicho?

—Me haces desearte.

Tragó saliva. Sí, algo así le había parecido oír.

—No lo hago.

—Sí, lo haces —repitió él, mirándola a través de aquel leve tejido que apenas la cubría.

—No es cierto. Pero en todo caso... no es intencionado.

—No quiero imaginarme qué harías de tener auténtica intención.

Incómoda, se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Tú eres el que trata de provocarme.

—¿Y lo consigo? —Premeditadamente, irguió la espalda y sacó pecho a la vez que se elevaba sobre sus rodillas en lugar de permanecer sentado sobre sus pies.

Aquello le dio a Verónica una visión demasiado cercana y precisa de su imponente cuerpo.

—Por supuesto que no.

—Yo diría que sí. —*O si no, me estarías mirando desafiante a los ojos en lugar de esquivar mi mirada, o cualquier otra parte de mi cuerpo*, pensó satisfecho.

—Pues te equivocas.

—Hace un momento te he oído suspirar y te he sentido temblar entre mis brazos. Y en el porche, justo antes de que Julián nos interrumpiera, respondías a mis besos.

Verónica tragó saliva con dificultad. ¿Cómo negar aquello?

—Eso no significa lo que tú piensas.

—¿Qué crees que pienso que significa?

—No te amo. —Esta vez, lo miró directa y firmemente a los ojos.

—Lo sé. —Aunque saberlo no evitaba que doliera oírlo dicho de aquella manera—. Pero aquí nadie está hablando de amor.

—Yo solo sería capaz de entregarme a un hombre si lo amara.

Eso, dolía también, pero en otra parte del cuerpo distinta al corazón.

—Estás casada conmigo. No puedes entregarte a ningún hombre que no sea yo. Así lo establecen las leyes divinas y las de los hombres.

—Entonces me mantendré casta.

Alejandro cogió una almohada, el cobertor y

los lanzó al suelo.

—¡Eres insufrible! —le gritó antes de tumbarse sobre la otomana que reposaba ante la chimenea.

Dignamente, Verónica pasó por su lado para llegar a la otra mesita y apagar la vela antes de meterse en la cama, cómoda y mullida, y disponerse a dormir con un sentimiento de triunfo menor al que había esperado. Tal vez porque aún le temblaba la piel ahí donde él la había tocado y... probado. O porque aún tenía el sabor de sus besos en la boca.

Cuando Leo bajó a desayunar, a las seis como cada mañana, le sorprendió ver a Alejandro en la cocina, casi a oscuras, hurgando entre los botes de galletas caseras de Margot y bebiendo leche como cuando eran pequeños y ambos se colaban a hurtadillas a deshoras en la cocina. Algo, se temió,

no iba bien.

—¿Tú entiendes a las mujeres? —preguntó de pronto, sin mirarlo.

—¿Yo? Nunca me lo he planteado.

Alejandro se giró y le dedicó una amplia sonrisa. Leo pudo ver unas marcadas ojeras en su habitualmente descansado rostro.

—Buenos días, Leo. En realidad se lo preguntaba a Gino, pero puede que tus respuestas sean más precisas —bromeó mientras rascaba al perro tras sus largas orejas.

Leo se adelantó y vio a Gino a los pies de Alejandro, quien al parecer había sido su consejero durante un buen rato. No sabría calcular cuánto.

—¿Has pasado mala noche? —Quiso corroborar la evidencia.

—La peor de mi vida... en cuanto a descansar se refiere.

Después de dudar unos instantes, Leo se acercó más a él.

—¿En otros aspectos no ha sido tan mala?

—No al principio.

—Buenos días muchachos.

Margot interrumpió la conversación al pasar con su habitual canturreo de camino al patio trasero. Los jóvenes le devolvieron el saludo y Alejandro esperó a que cerrara la puerta para volver a hacerle una pregunta desconcertante.

—Leo, ¿alguna vez has deseado a una mujer?

—Yo... supongo que sí.

—Claro. —Lo miró en la penumbra y le revolvió el pelo—. Tienes ya veintidós años. ¡Cómo no ibas a haber deseado a cientos de ellas!

—Se rio y se sentó junto a la mesa. Lo agarró del brazo y le hizo sentarse frente a él—. Pero no me refiero a un deseo corriente ante una mujer hermosa.

—¿Entonces?

—Me refiero a otro tipo de deseo —bajó de pronto el volumen de su voz—. Uno punzante, casi enfermizo, que te hace pensar en poseerla a ella y solo a ella, a verla aunque no la tengas delante, sentirte completamente envuelto por su aroma y no querer dejar jamás de olerlo, querer tocar su delicada piel. Incluso la que no deja ver. Esa en especial. —Volvió a mirarlo a los ojos. Su mirada se había ido perdiendo en la nada según hablaba—. ¿Me entiendes?

Su mano aún agarraba el brazo del muchacho y lo apretaba cada vez con más fuerza.

—Te entiendo. Y creo que sí, lo he sentido... lo siento. Solo que yo, a eso, no lo llamo deseo, Alejandro. Al menos, no solo deseo.

La mano que había permanecido tensa se aflojó de golpe y Alejandro se levantó arrastrando la silla ruidosamente.

—¿Cuándo dejaste de ser un niño, Léonard?

Alejandro ya estaba de espaldas y se dirigía hacia la alacena. Cogió el bote de galletas y le ofreció un puñado que Leo aceptó.

—Creo —respondió mientras masticaba— que poco después de que empezaras la universidad.

—Desde entonces hemos estado más distanciados. Pero sigues conociéndome mejor que yo mismo. A ti no te puedo ocultar nada.

Alejandro volvió a sentarse frente a su amigo, su hermano, y este se sintió observado por unos ojos llenos de orgullo y complicidad.

—¿Qué ha sucedido, Alejandro? —Aprovechando que parecía querer hablar de ello, Leo le preguntó algo que le preocupaba de verdad, algo que le había preocupado cada día desde la llegada de Verónica, excepto precisamente la noche anterior—. ¿Va todo bien con tu esposa?

—Todo va fatal con Verónica. —Se rio con

desgana—. Cada vez peor.

—Lo lamento.

—No, si es culpa mía. —Se apoyó contra el respaldo de la silla y resopló, dejando los brazos como muertos a los lados—. Yo había aceptado este matrimonio como lo que era, y estaba resignado a compartir mi vida con una mujer que no me amara y a la que yo no amaría tampoco. Sí que contaba con llegar al menos a llevarnos bien, aceptarnos, una amistad cordial sin llegar a tener relaciones íntimas, ya me entiendes.

—Sí, creo que te sigo.

—Aunque en el fondo —reconoció— sí esperaba que ella deseara hijos y, bueno, que cediera en realizar el acto en alguna ocasión con ese objetivo. Muy de vez en cuando, y desde luego no hasta dentro de meses, o incluso años.

—¿De verdad ibas a..., bueno, conformarte con eso?

Leo lo conocía bien. Muy bien. Alejandro era apasionado y las mujeres nunca le habían faltado, más bien todo lo contrario. Esa clase de renuncia le parecía demasiado difícil para un hombre cuya sangre bullía en sus venas con tanta fuerza.

—Sí. Lo tenía claro, estaba decidido a ello. Ya había disfrutado de mi juventud, había estado con distintas mujeres, las más hermosas y exóticas de distintos países... Y entonces ella decidió besarme. Y lo arruinó todo.

Leo parpadeó, desconcertado. ¿Un beso? ¿Solo un beso era lo que lo tenía así, en vela y tan preocupado?

—Te besó delante de todos los invitados. Pero fue un beso bastante comedido, no sé por qué causó tanto revuelo. —Se encogió de hombros y se comió su última galleta.

—Pero es que yo después, en privado, volví a besarla, de forma menos comedida. Tanto que

cuando mi tío nos sorprendió, pensó que estábamos en celo.

Ambos se rieron, uno recordando la situación y el otro imaginándola. Este último no entendía cuál era el problema.

—Alejandro, si ella acepta besarte no veo qué...

—Ella no acepta besarme —le interrumpió con tono resignado—. Y yo no puedo dejar de desearlo a cada instante... y no solo besarla.

—Ya. Olerla, tocarla...—Carraspeó, recordando sus palabras y su mirada perdida en la nada—. Me hago cargo.

—Hoy he dormido en el suelo de mi habitación.

—¿Qué? —No lo podía creer. No lo habría creído. Pero sus ojeras eran la prueba. Y, cómo no, su palabra. La palabra inquebrantable de Alejandro Zaldívar.

—Mis tíos dormían frente a mi cuarto y

teníamos que seguir manteniendo las apariencias. Me propasé con ella y acabé durmiendo en el suelo.

—¿Qué hiciste? —sonó más protector de lo que en realidad se sentía hacia su señora, sobre todo porque su fidelidad iba dirigida a Alejandro. Pero la virtud de las damas, aunque fueran casadas, era algo que Leo creía que les pertenecía a ellas. Solo ellas podían regalar ese tesoro a un hombre voluntariamente—. Perdona, no es asunto mío.

—No, a ti quiero contártelo. Necesito otro punto de vista. La besé de nuevo y... ¡Cielo Santo! Tuve en mis manos y en mi boca el pecho más exquisito que jamás...

—Vale. Vale. Me hago una idea. —Le cortó antes de que entrara en demasiados detalles que no eran en absoluto asunto suyo. No quería visualizar la escena cada vez que los viera juntos por la casa —. No me extraña que te hiciera dormir en el

suelo si ni siquiera acepta que la beses.

—Me mordió el labio.

—¿Para defenderse o...?

A Leo le vino a la mente la única mujer a la que había tomado en toda su vida. Una corista muy hermosa que se había encaprichado de él y que a la menor oportunidad se había arrojado a sus brazos, no dudaba que al igual que a los de muchos otros hombres. A pesar de lo borracho que estaba aquella noche en la que Alejandro había insistido en llevarlo a un cabaret de la ciudad a celebrar su decimoctavo cumpleaños, recordaba cómo Madame Bisset le había convidado a varias copas poco antes de invitarlo a su camerino y, ya en su cama, le había hincado los dientes en el hombro en el preciso momento de culminar el acto. Por suerte, no le había quedado más cicatriz que la de la memoria.

—Sí. No fue un arrebato de pasión. Aunque lo

de dormir en el suelo fue cosa mía. O tal vez no lo fuera. —Se restregó los ojos con ambas manos—. ¿Qué hago, Leo? ¿Qué harías tú?

—¿De momento solo lo llamas deseo, verdad?

—Creo que sí. Sí.

—Entonces, no hagas nada.

—Buena estrategia. —Suspiró.

—Deja que las cosas sigan su curso hasta que sepas qué sientes realmente. Ya es tu esposa. —le recordó. Ojalá fuera un galán que supiera cómo conquistar a las damas para poder dar consejo a quien consideraba un hermano mayor—. Hay poco más que puedas hacer.

—Me centraré en mis lienzos. Eso ayudará.

—Sí. Pero antes, duerme un poco —le aconsejó sobre algo que sí conocía de sobra. Noches en vela pensando en una única mujer.

Alejandro rio y le dio dos palmaditas en el hombro antes de dirigirse a la puerta.

—Quizá más tarde. Por cierto... ¿Puedo saber quién es la afortunada jovencita por la que sientes algo a lo que no llamas solo deseo?

—Creo que ya lo sabes —confesó acariciando a Gino, que se había quedado dormido ante una conversación para la cual estaba ya muy viejo.

—Yo también lo creo. —A pesar de no estar mirándolo, Leo notó una sonrisa en sus palabras.

—Me voy a limpiar los establos —anunció y se levantó de golpe, despertando a Gino al arrastrar la silla.

—Sí. Eso te ayudará a ti también —sentenció Alejandro y se dirigió a su taller.

Empezar un nuevo cuadro siempre ayudaba a Alejandro a desconectar del mundo. Por lo menos siempre lo había hecho hasta ese momento. Mirar el lienzo en blanco e imaginar qué habría en él cuando hubiera acabado.

Era aún mejor si se encontraba en la soledad de su taller, un espacio diáfano donde la claridad que le otorgaban varios ventanales con orientación sur hacía de su guarida el lugar perfecto para evadirse por completo.

Sin embargo, sus momentos favoritos eran aquellos en los que empezaba a pintar sin tener ni la más mínima idea de cuál iba a ser el resultado final. Elegía un punto, no estaba seguro de si al azar o de forma inconsciente, y a partir de ahí todo iba saliendo solo. Gabriel decía que se trataba de imágenes que existían en su subconsciente, que tarde o temprano tenían que emerger. Nunca le había hecho caso, ni cuando le aconsejó que canalizara todo ese dolor que llevaba a través de sus cuadros, para liberarlo. No, nunca lo había hecho, hasta esa mañana.

No fue realmente consciente de lo que estaba plasmando en el lienzo hasta que tuvo que mezclar

varios colores en la paleta para dar con el tono exacto de sus ojos. Un poco más de magenta sobre el azul cian y...

Retrocedió un paso. Allí estaba ella, bajando de forma majestuosa por la escalinata hasta el vestíbulo. Sus ojos violeta clavados en él, pero no en su yo del cuadro, esperándola al final de la escalera, un figurante sin importancia. Ella era el eje central de su óleo, y sus ojos miraban al frente, desafiantes e inescrutables, tan profundos que capturaban la mirada como sus auténticos ojos. Jamás una de sus obras le había parecido tan real, menos aún sin ni estar terminada.

No se sintió capaz de continuar. Necesitaba relajarse, incluso dormir un poco. Apenas podía pensar.

Un par de horas de sueño era lo único que ocupaba su mente cuando se adentró en el pasillo

de su dormitorio. Pero ella tuvo que salir de su cuarto en ese preciso momento. Llevaba un libro en la mano y había vuelto a ponerse uno de los vestidos que había traído consigo. No se sintió con fuerzas para discutir y decidió ignorar el detalle para pasar de largo tras un saludo cordial.

—Buenos días, Alejandro.

—Buenos días, Verónica.

—Yo... quería pedirte algo.

El hombre se detuvo en el quicio de la puerta. La curiosidad lo había paralizado.

—Dime.

—Quisiera poder enseñar también a Ivy en la escuela. Ya que, por si desconocías este dato, no sabe leer ni escribir.

—Tiene trabajo que hacer —respondió sin apenas pensar—. No tendrá tiempo.

Enseguida decidió que ese no sería realmente un problema. ¿Cómo podía no haberse dado nunca

cuenta de que Ivy no sabía leer? Tenía seis años cuando había llegado a su casa, él trece, y sus pensamientos nada tenían que ver entonces con la formación del servicio. Un sentimiento de culpa que lo invadió, pero no iba a ceder así como así después de lo ocurrido la noche anterior.

—Sí lo tendrá —repuso cabizbaja—. Si contratas a alguien para que haga su actual trabajo.

Alejandro observó cómo las manos de Verónica jugueteaban con el libro que sostenían, lo que le dio una pista sobre el nerviosismo que le causaba la petición. Jugaba con ventaja sobre ella. Él no tenía nada que perder.

—¿Y ella qué haría? Porque no creo que vayas a darle clases durante todo el día.

—Sería mi doncella. A tiempo completo. La necesitaré si quieres que empiece a asistir a otras fiestas elegantemente vestida y peinada. Y si además tengo que ir contigo a un viaje largo en el

que tú estarás de reuniones, alguien tendrá que quedarse conmigo, ¿no crees?

Aquellos argumentos le mostraron que se había preparado el discurso a conciencia. Bien, si pensaba pillarlo por sorpresa, estaba equivocada. Él sería un duro negociador.

—Me estás pidiendo dos cosas. Si quieres que Ivette sea tu doncella, tendrás que tirar todos, absolutamente todos los vestidos que trajiste. Este que llevas el primero.

—Hecho —respondió de inmediato.

Después de ponerse los que él le había comprado, ya no se sentía cómoda con los suyos. Pero al despertarse esa mañana en la cama de Alejandro, no había podido evitar vestirse así a modo de modesta protesta revolucionaria.

—Pero que le des clases como a un niño más... No sé, eso es distinto.

—¿Qué quieres a cambio? Lo tendrás.

—¿Estás segura de lo que dices? —Fue incapaz de no sonreír. Era perfecto.

—¿Qué estás pensando? —preguntó, entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Quiero un beso de buenas noches.

—¿Solo eso?

—Solo eso. —Alejandro percibió que ella no lo había comprendido cuando vio su rostro relajarse—. Pero todas las noches. A partir de hoy.

—De acuerdo —aceptó sin titubear.

—Espera, espera. —No podía ser tan fácil—. Vamos a aclararlo. No quiero un beso en la mejilla ni en la frente. Quiero un beso apasionado. Y relativamente largo.

—¿De dos horas?

Alejandro soltó una carcajada ante el repentino buen humor de la misma mujer que la noche anterior se había defendido, no con uñas, pero sí con dientes.

—Un minuto.

—Medio —propuso ella.

—Dos minutos —fue la contraoferta de él.

—De acuerdo. Uno.

Alejandro visualizó la sorna reflejada en su propio rostro.

—Deberías dejar el arte del regateo para los auténticos negociantes.

—Pensaba que ante todo eras un artista —apostilló, cada vez más susceptible, pero tratando de controlarse—. ¿Vas a estar mirando tu reloj mientras te beso? —le retó.

—No sería capaz —admitió con total sinceridad—. Lo calcularé a ojo.

—Yo también lo calcularé, por si acaso.

Alejandro pensó que la situación no podía ser más divertida. Ni interesante. Y que no podía haber llegado en un momento más propicio.

—Te advierto que las mujeres dicen que el tiempo se detiene cuando las beso.

Aquello pareció irritarla, aunque sonrió con aires de suficiencia.

—¿Y besas a muchas mujeres con frecuencia?

—Solía hacerlo —confesó, si bien no era algo de lo que se sintiera especialmente orgulloso.

—Ah. Pensaba que estabas incumpliendo las leyes humanas y divinas de las que hablabas anoche.

Aquellas palabras le supieron dulces a Alejandro. Muy dulces. Deliciosas.

—¿Estás celosa? —Esa idea le alegró de nuevo más de lo que esperaba.

—No me hagas reír —respondió con un suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Estaría bien verte sonreír, para variar.

Touché, pensó ella.

—Lo harás cuando vuelva a dar clases. Eso me hace feliz.

—Es mi obligación como esposo hacer feliz a mi esposa.

—¿Eso me libera de nuestro último trato?

No le gustó ese repentino giro. Verónica no le iba a hacer retirar su propuesta.

—Ni hablar. Si quieres dar clases a Ivette, el precio es...

—Sí, un beso de un minuto exacto todas y cada una de las noches de mi vida a partir de hoy.

—Lo has captado perfectamente —la felicitó con una reverencia.

—¿Puedo ir ya a darle la noticia a Ivy? Bueno, y a Berta. Tendrá que ir buscando otra persona para sustituirla. —Además, se moría por ver la cara que ponía el ama de llaves al enterarse de que Ivy iba a dejar de ser su esclava particular.

—No. Antes quiero comprobar que quedo

satisfecho con lo que me ofreces. Que no me muerdes o algo peor.

¿Cómo se diría *doble touché*? La esgrima no era un fuerte de Verónica.

—Como buen negociante, pruebas la mercancía antes de cerrar el trato.

—Hoy te veo muy despierta.

—Será que he dormido bien —comentó alzando la barbilla.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Suelo frío? —preguntó triunfante.

Alejandro la vio mirarlo y, molesto, decidió contraatacar.

—No más que tus labios de hielo.

Verónica calló durante unos segundos y volvió a cambiar de mano su libro. Él se preguntó si el comentario le habría ofendido realmente.

—Entonces, ¿para qué quieres besarlos cada

noche? —le recriminó, mirándolo con unos ojos que eran el reflejo de lo herida que se sentía en su orgullo de mujer como jamás admitiría ella.

—Quiero ver si soy capaz de derretirlos.

Sin previo aviso, la cogió por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Su aroma lo embriagó de nuevo y se sintió perdido hasta que ella fijó su mirada en la de él, con frialdad.

—Empieza a contar —le indicó la joven, y cerró los ojos levantando la barbilla para recibirlo.

Alejandro la miró unos segundos, disfrutando el momento. Aunque fuera como parte de un acuerdo, y no por su propio deseo, iba a besarla... No, ella iba a besarlo a él. Se juró a sí mismo que sería ella quien vendría a él cada noche. Pero ese beso, el de muestra, se lo daría él; y sería tal y como quería recibirlo de ella.

Rozó sus labios con suavidad y éstos no

tardaron en responder. Realmente iba a hacerlo, se había rendido a cambio de instruir a Ivy. Descubrir cuáles eran sus motivaciones le hizo plantearse si la conocía realmente, pero decidió pensar en ello en más tarde. Quería saborearla a conciencia y, si él no lo hacía, ella se iba a limitar a un roce de labios.

Abrió ligeramente, con una caricia de sus dedos, la apetitosa boca que por fin se le ofrecía, y buscó su lengua mientras la atrapaba entre sus brazos. No sentir su rechazo fue aún más agradable de lo que esperaba, y el hombre se dejó llevar por sus instintos. Sujetó su rostro entre sus manos y la llevó a un beso más lento y profundo. La respiración de la mujer se volvió errática, y Alejandro sintió sus manos contra el pecho, justo antes de oír el sonido de un impacto contra el suelo.

—Ya ha pasado un minuto —susurró al

agacharse para recoger el libro.

Él dudó si se le había escurrido de las manos o lo había tirado a propósito para dar por finalizado el beso.

—Esta noche quiero una réplica —le recordó, aún relamiéndose; visión que ella trató de obviar.

Tendría que haberse hecho el loco, alegando que no entendía el humor español, y haberle exigido las dos horas que ella le había planteado. Un minuto nunca le había parecido tan corto.

—Yo quiero pupitres en mi escuela —exigió con la voz y la mirada.

Sus ojos ardían... De ira, creyó adivinar.

—Que no tenga que recordártelo esta noche. Si no vienes tú voluntariamente, tu doncella seguirá sin saber escribir su nombre. —Se sintió como un auténtico villano con sus palabras. Aunque no las decía de corazón, eran necesarias—. Si fallas una sola vez...

—Tengo muy buena memoria —le aseguró, sin dejarle seguir con la amenaza.

—Yo también —advirtió él en respuesta.

Ella no añadió más, y él tuvo la satisfacción de contar con la última palabra. Otra vez.

Verónica volvió a cambiar de mano su libro y se dirigió con paso enérgico a las escaleras, tratando de disimular que realmente le costaba caminar por el inesperado temblor de sus rodillas.

Alejandro decidió vestirse para ir a montar a caballo. Ya no tenía sueño. Las cosas habían dado un giro inesperado y necesitaba pensar con perspectiva.

Tanto Verónica como Alejandro forzaron que el resto de sus encuentros del día se limitaran a lo imprescindible, como la comida o la cena, aunque

pasando por el inevitable enfrentamiento con Berta, cuando fue informada de que iba a prescindir de los servicios de Ivy indefinidamente.

Verónica se lo había querido comentar en privado, pero no se dio cuenta de que Alejandro volvía en ese momento de cabalgar y entraba en la cocina a beber un buen trago de agua, justo cuando el ama de llaves ponía el grito en el cielo.

Su sonrojo fue notable, principalmente porque Alejandro le recriminó que, tras tantos años, no se alegrara de que alguien, a quien todos estimaban por su bondad y entrega, fuera a desempeñar una tarea mejor, además de ser instruida por su propia esposa.

—¿Tienes algo en contra de Ivette, Berta? —le preguntó su patrón al ver que ella no era capaz de responder a sus reproches.

—Nada en absoluto, *Monsieur*. Solo que... es alguien imprescindible en las tareas de la casa.

—En ese caso, no solo será la más indicada para ser la doncella personal de mi esposa, sino que además, tienes mi permiso para contratar a dos empleadas si crees que solo una no estará a la altura de nuestra Ivy —concedió él.

Después bebió dos vasos de agua, y se marchó para asearse y cambiarse de ropa tras la cabalgada más larga y enérgica que había realizado en años.

Berta, con la mirada perdida en la nada, se quedó pensando en lo que había ocurrido en aquella casa la última vez que habían contratado a sirvientas nuevas. A una en particular. La sangre le hirvió en las venas, y se marchó de la cocina sin despedirse ni pedir permiso a su patrona, quien —por suerte— no la detuvo. Necesitaba huir, antes de que uno de sus ataques la sorprendiera en mitad de la casa, con la nueva dueña como testigo.

Verónica, por su parte, no le dio la importancia que realmente tenía. Ni se lo figuraba.

Simplemente, achacó aquel comportamiento al nada llevadero carácter del ama de llaves.

Por suerte, todo aquello quedó a un lado cuando le informó a Ivy de que su nuevo puesto ya era oficial y de que, a partir de ese mismo lunes, comenzarían sus clases.

—¡Leo! ¡Leo!

Al joven se le cayeron las tijeras de podar al oír los gritos de Ivy. Alarmado, corrió a su encuentro.

—¿Qué pasa? —La cogió por los codos, buscando su mirada, mientras ella trataba de recuperar el aliento—. ¡Dime, Ivy! ¿Estás bien?

—Sí. —Tragó saliva y lo miró a los ojos con una radiante sonrisa en los labios—. ¡Ya no voy a trabajar limpiando la casa!

Leo creyó desfallecer.

—¿Y... adónde te vas?

Extrañada por su pregunta, y por su rostro de preocupación, ella le cogió ambas manos.

—¿Irme? ¡A ningún sitio! —La carcajada que soltó fue como una descarga eléctrica para el corazón de Leo, que volvió a latir—. Voy a ser la doncella personal de *Madame* Verónica.

—¿De verdad?

—¡Sí! Y además, va a enseñarme a leer. ¿No es fantástico?

Verla así de entusiasmada sí era fantástico.

—Si llego a saber que era tan importante para ti aprender a leer, yo mismo te habría enseñado —musitó, cabizbajo.

—Oh, Leo. No te preocupes. Realmente, no habría tenido tiempo con tanto trabajo.

Mi madre, pensó Leo, apesadumbrado. Siempre

había sido especialmente estricta con Ivy.

—Esto te hace realmente feliz, ¿no es así?

—Mucho —respondió ella, dándole un abrazo salido de la euforia del momento.

—Entonces yo también soy feliz, Ivy.

Ella le dio un beso en la mejilla y se marchó a la escuela para limpiar los suelos y todo lo que hiciera falta, y que el lunes estuviera impecable.

Desde el jardín, Leo la observó caminar a gran velocidad, dando pequeños saltitos de júbilo.

El susto que se había llevado había sido mayúsculo. Ella no se podía ir de la casa. Nunca. Al menos, no antes de que él le dijera lo que sentía. Si después de eso, ella elegía no estar a su lado, él lo aceptaría dignamente.

Pero antes merecía su oportunidad.

Recogió los utensilios de jardinería y se dirigió a la biblioteca, a buscar inspiración. Aún quedaban muchos meses para el cumpleaños de

Ivy, pero ese año, el que cumplía los dieciocho, su regalo sería especial: más que ningún otro. Y además, él le diría esas palabras que, desde hacía tanto tiempo, luchaban por salir de sus labios.

Capítulo 10

Provista con una carretilla que había tomado prestada del patio trasero, Verónica transportó varias docenas de libros hasta la escuela.

Se dijo que debería haber hecho dos viajes o pedir ayuda a Leo, quien había estado consultando algunos libros de jardinería para algún proyecto del que no había dado muchos detalles. Pero ya estaba en la puerta, exhausta, y en el fondo le gustaba hacerse cargo de sus propios asuntos.

Empujó la puerta, que gracias a Arthur ya no chirriaba, y empujó la carretilla hasta el armarito que Alejandro había construido para ella. Él solo, con sus propias manos, recordó con una sonrisita involuntaria mientras abría las puertas acristaladas. En su interior colocó los libros por

géneros, y en orden alfabético a partir de la inicial del apellido del autor.

Cuando todo estuvo tal como ella quería, y bajo la tenue luz de varios colores que se colaba por las vidrieras, contempló la amplia sala que ahora era su escuela. Los bancos habían sido retirados contra las paredes, circundando las mesas que habían cogido prestadas de la biblioteca. Tendría solo cinco alumnos, pero pensaba sacar el mayor partido de ellos.

Al darse cuenta de que la esperaba el camino de vuelta cargando la carretilla —la cual, aun vacía, pesaba lo suyo— se sentó en la silla que, junto al escritorio situado en el altillo donde había estado el altar, iba a ser su mesa de maestra. Descansaría unos instantes, lo justo para recuperar fuerzas.

Estaba a punto de levantarse cuando oyó un ruido. Algo que parecía una voz.

Se puso en pie de inmediato, esperando encontrar a alguien en la puerta, pero no se veía a nadie al otro lado.

—¿Hay alguien ahí? —Inquieta, se acercó a la entrada.

Un quejido que se perdía en el silencio casi sepulcral del lugar, la hizo dar un bote y girarse hacia el interior de la estancia al percatarse de que el ruido no provenía de fuera.

—Emma, Caroline. ¿Sois vosotras?

Cabía la posibilidad de que las niñas hubieran ido a curiosear a escondidas. Además, aunque confuso, el sonido le había parecido una voz femenina.

—No puedo jugar al escondite con vosotras, chicas, es la hora de cenar.

Al no obtener más respuesta que el sonido repetido, una y otra vez, cada vez más alto pero igual de indescifrable, Verónica se dispuso a

encender una vela y revisar cada rincón, empezando por la sacristía que, junto con el nuevo aseo, eran las dos únicas puertas cerradas y tras las cuales podía esconderse alguien.

—¿*Madame*? ¿Está usted aquí?

Verónica brincó, y la vela se le cayó de las manos justo cuando iba a encenderla, partiéndose por la mitad.

—¡Ivy! Me has asustado.

—Perdón, *Madame*. La estaba buscando para avisarla de que la cena está lista. Al no encontrarla en la casa, he imaginado que podría estar aquí.

—Sí, había venido a traer algunos libros.

Ivy la observó, mirando a su alrededor, aunque no podía ver el gesto de su cara.

—¿Busca algo? He estado limpiando, y tal vez haya dejado alguna cosa fuera de lugar.

—No. Bueno, sí. —Tenía que asegurarse de que

no tenía alucinaciones—. ¿Podrías guardar silencio un momento y simplemente escuchar?

—Claro. —Dio un par de pasos para alejarse de la puerta y se quedó escuchando. Pero no oyó nada—. Es un lugar muy silencioso. Muy tranquilo para dar sus clases.

—Sí. Supongo que sí. —Se frotó la cara. Ella tampoco oía ya nada—. ¿Has venido sola, Ivy?

—Sí. Como le he dicho, la estaba buscando para que fuera a cenar. ¿Por qué? ¿Necesita algo?

—Sí. —Ya empezaba a mirarla con cara de sospecha, y no quería que pensara que estaba loca—. ¿Me ayudas a llevar la carretilla? La he traído repleta de libros y ya no siento los brazos.

Pensó que aquella era la única explicación que podía darle sobre su extraño comportamiento. No podía comentarle que creía oír voces lastimeras, menos en un lugar que antes fue una ermita cerrada durante años, tras la muerte de la antigua señora de

la casa. Todo llevaría a la misma conclusión, y ella no creía en esas cosas. Pero tal vez Ivy sí lo hiciera, y no quería asustarla. Ni a ella ni a los niños. Por lo tanto, debía olvidarlo. Y cerrar la puerta con llave para que nadie pudiera colarse y asustarla, pensó, con las manos aún temblorosas.

Verónica fue a buscar a Alejandro a su despacho para darle las buenas noches, y lo que estas implicaban, pero no lo encontró allí. Extrañada, pues aún no era tan tarde, se dirigió a su dormitorio. En el preciso momento en que daba dos suaves toques, imaginó por qué Alejandro quería irse a dormir tan temprano. Era lo que cualquiera querría si la noche anterior hubiera dormido en un frío y duro suelo.

—¿Sí? —preguntó Alejandro, y rápidamente hizo una bola con la carta que tenía entre las

manos.

Su primer impulso había sido romperla en mil pedazos. Ya le había dado mala espina cuando, entre toda la correspondencia que había dejado apartada para revisarla, una vez terminada la fiesta, había distinguido un sobre lacrado. Y después, al ver el nombre y la dirección del remitente, su instinto le había dado un segundo toque. Pero había sido al leerla, cuando la sangre se le había helado en las venas un instante antes de que esa misma sangre le ardiera de furia.

Aquel mensaje era una amenaza personal en toda regla, y él debía reaccionar de forma emocional a ella, pero también inteligente. Y, finalmente, su decisión había sido la de hacer una pelota con aquellas prepotentes palabras, y olvidar que había recibido semejante misiva. Era lo mejor que podía hacer, sin duda. Así que, dos bolas de papel, una la de la carta y la otra la del sobre,

acabaron ardiendo en la chimenea antes de que Verónica respondiera a su pregunta.

—Ya sabes a lo que vengo.

—No. —Abrió la puerta solo una rendija. Lo justo para verle la cara—. ¿Querías algo?

—No juegues conmigo.

De mejor humor ahora, abrió un poco más la puerta.

—Me encanta jugar.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy cansada y quiero acostarme.

Alejandro dio un paso hacia ella y la cogió por la cintura, lentamente, deseando arrancarle aquel desaborido vestido que aún llevaba, y lanzarlo al fuego junto con la carta que no era capaz de sacarse de la cabeza. Con el objetivo de lograrlo, la atrajo poco a poco hacia sí.

—En mi cama hay sitio de sobra.

—Anda, cállate.

Irritada por la forma en que se tomaba aquello: como un juego al que ella misma había aceptado jugar, lo besó en los labios rudamente, apretándolos contra los suyos pero manteniéndolos cerrados casi tan fuertemente como sus ojos.

—Esta no es la réplica que acordamos. — Convencido de que lo había hecho a propósito para molestarlo, se preguntó si estaba perdiendo facultades en sus tácticas de seducción—. Y no ha durado ni un minuto.

—Será que el tiempo se ha detenido cuando me has besado —se burló ella. Aunque la falta del habitual brillo en los ojos de Alejandro, que parecía exhausto, le reveló que él ya no estaba para bromas.

—Utiliza tu buena memoria para repetir esto mañana —le ordenó, y la apretó contra su cuerpo para besarla tal y como él le había indicado

claramente esa misma mañana.

Verónica lo dejó hacer. Él quería besarla de cierta manera: de esa manera que empezaba a hacérsele ya familiar. Casi podía adivinar sus movimientos antes de que los hiciera, comprender su respiración y acompasarla con la suya.

No obstante, cuando ese abrazo se volvió fiero, cuando la fuerza de él la rodeó por todas partes, capturándola, reteniéndola contra aquel cuerpo pétreo, su corazón se colapsó. Primero, por el recuerdo de una opresión jamás olvidada, que la había condicionado en contra de cualquier rendición ante ese tipo de contacto. Pero después, ese mismo corazón temeroso se maravilló, asombrado por la transformación de aquella fuerza masculina en la más absoluta de las ternuras cuando él ni siquiera había aflojado el abrazo.

¿Era aquello posible? ¿Podía la fuerza bruta fundirse de aquella manera, natural y perfecta, con

una sensibilidad tal que su propia fragilidad pidiera a gritos verse sometida?

Cuanto más apretaba sus dedos sobre su piel, contra la carne de sus brazos y su cintura, y aún más cuando deslizaba su palma abierta por su nuca para girar su cabeza, de forma que el beso se profundizara hasta lo imposible, más sentía el anhelo de su feminidad exaltada: a flor de piel.

Aquella era la respuesta del cuerpo de una mujer que aceptaba, por primera vez, el contacto real de un hombre; abriendo sus puertas a lo que él podía hacerle sentir y desear, incluso reclamar.

Por puro instinto, ella se retorció entre sus brazos, buscando un mejor ángulo, un mayor contacto cuerpo a cuerpo; músculos firmes y palpitantes bajo sus manos, curiosas, exploradoras, titubeantes pero audaces. Tuvo la gran satisfacción de sentirlo rendirse ante aquel nuevo contacto, aquella novedosa actitud y osadía

de sus caricias.

Él no se lo había esperado y su reacción había sido tan clara y sorprendente que a Verónica la invadió el júbilo cuando él no pudo evitar dejar escapar un jadeo. El hombre también era débil, era frágil y sensible; precioso bajo sus manos y contra su boca, y eso la convertía a ella en la poderosa, en la fuerte en ese momento. Las tornas habían cambiado y, si hacía unos instantes la revelación de la belleza de su propia fragilidad la había emocionado, el descubrimiento de la vulnerabilidad del hombre, que parecía ir a traspasarla más allá de la piel, la dejó sin defensas.

Él la había desarmado, pero era ella quien lo había permitido. Aún no sabía cómo ni por qué.

—¿Estás bien? —Alejandro, tras un periodo de tiempo que, sabía, había superado con mucho el minuto estipulado, se apartó lo suficiente de ella

para mirarla a los ojos.

Sentía que había cambiado algo. En ella. Porque en él hacía ya tiempo que habían nacido unas nuevas sensaciones que no hacían sino crecer y crecer.

—Sí. Es solo que... —*No lo sé*, pensó para sí. Bueno, sí que lo sabía, pero no sabía cómo explicárselo. Aún tenía que meditar mucho sobre ello—. No entiendo por qué me besas así.

Alejandro rio para sí. No era nada más y nada menos que su inocencia lo que había alterado en ella. Sus más primitivos instintos territoriales, y de posesión, se dispararon como nunca antes.

—¿Tantos pretendientes y nadie te había besado antes?

—Claro que sí —respondió inmediatamente. Pensó en el tierno beso que, a los trece años, le había dado Carlos: un antiguo vecino de Zaragoza del que, después de marcharse a estudiar a

Inglaterra, nunca volvió a saber nada. A continuación, acudió a su mente el horrible momento que pasó años después: una horrible noche con un igualmente horrible hombre... Aunque ni uno ni otro podría llamarse beso. Uno fue demasiado casto. El otro: todo lo contrario—. Pero no de esta manera.

—¿Y de qué otra manera querías que te besara?

—Solo digo que es... diferente.

—¿Mejor o peor que tus otras experiencias?

—¿Está buscando un cumplido, *Monsieur Zaldívar*?

—No lo necesito. Con lo que ha sucedido hace un momento, me basta.

Cuando ella tragó saliva con dificultad, Alejandro supo que podía apuntarse un tanto. Por fin.

—Te elogias a ti mismo.

—Tú también podrías hacerlo contigo misma.
Buenas noches, *Madame Zaldívar*.

Alejandro se metió en su dormitorio, y Verónica quedó allí, inmóvil y llena de confusión. ¿A qué se refería con que podía halagarse también a sí misma? ¿Acaso él también había quedado impresionado con su forma de besarlo?

Para su propia sorpresa, aquella velada confesión la llenó de satisfacción.

La primera semana de clases pasó tan rápida que Verónica apenas tuvo tiempo de nada más. Quería redefinir las materias y preparar ejercicios específicos para cada uno de los niños, pues bien por su diferencia de edad, o bien por sus capacidades particulares, cada uno llevaba su ritmo. Pero estaba claro que el ritmo de Ivy era otro cantar. Era cierto que tenía casi dieciocho

años, pero le bastaba con que le explicara la lección una sola vez para que ella la retuviera al instante y ya no la soltara. Incluso se anticipaba a ciertas conclusiones, sobre todo en los ejercicios de aritmética. Era la alumna más brillante que había tenido en sus tres años como maestra. Y su motivación incentivaba sus ganas de enseñarle todo lo que pudiera.

Dados sus avances, calculaba que en pocas semanas Ivy leería con cierta fluidez. Y si aprovechaban los fines de semana para darle clases solo a ella, pues para los niños le parecía excesivo, avanzaría aún más deprisa.

Ivy aceptó nada más oír su propuesta, y el siguiente lunes, cuando los niños apenas estaban aprendiendo a escribir palabras básicas con el alfabeto recién memorizado, y sumas sencillas, Ivy era capaz de escribir cortos dictados.

Verónica apenas tuvo que corregirle un par de

errores ortográficos y le entregó la primera calificación del que podía considerarse su primer examen. Sobresaliente.

Era tal el buen humor que le habían provocado los logros de su mejor alumna que apenas le dio importancia a que Alejandro no se presentara a cenar con ella. Unos caballeros llevaban toda la tarde con él en su gabinete y, según le explicó Melissa mientras le servía la cena a ella sola, cenarían algo rápido en ese mismo lugar.

Totalmente consciente de que aquello poco o nada tenía que ver con ella, terminó su cena y se fue a su cuarto a preparar más ejercicios para sus alumnos, en lugar de ir al saloncito a leer un rato. Si Alejandro no iba estar allí, aquella rutina no le apetecía especialmente.

Eran más de las once de la noche cuando Alejandro salió del gabinete y acompañó hasta la

puerta de la casa a sus socios alemanes, donde un carruaje los esperaba para llevarlos hasta su hotel en el centro de Orleans.

Los últimos trámites para la fabricación de raíles de acero, destinados a sustituir progresivamente a los antiguos de hierro, habían tenido lugar entre copas; aunque él se había abstenido de beber. Sobre todo porque, si lo hacía, le costaría dormir. Y bastante le estaba costando ya dormir últimamente.

Había descubierto que los besos de Verónica, justo antes de acostarse, eran un dulce veneno contra el sueño. Marcharse solo a su cama, después de saborear aquella boca que cada vez se prestaba más dócilmente a ser devorada, suponía pasarse horas imaginando todo lo que podrían hacer si ella quisiera, si aceptara que él le enseñara lo que un hombre y una mujer podían gozar juntos.

La boca se le secó cuando llegó a su alcoba y se la encontró allí: de pie, en el umbral de la puerta, mirándolo con reproche. Pero poco duraron sus ojos en los de ella, pues llevaba puesta esa maravillosa prenda que lo volvía completamente loco.

—Me encanta ese camisón. —Se acercó, mirándola de pies a cabeza.

—Mañana tengo que madrugar. —Y llevaba más de una hora pendiente de si lo oía subir las escaleras—. Si quieres que el trato siga en pie, más vale que te acuestes a una hora prudente.

—Estaba trabajando. En el despacho de abajo —aclaró, pues parecía que le reprochaba acabar de llegar a casa después de una noche de juerga—. A veces, las negociaciones requieren de un rato distendido tomando unas copas. No te comportes como una esposa posesiva.

—A partir de ahora me acostaré a las diez. —

Ella no quiso hacer caso de su absurdo comentario. ¿Posesiva? ¡Ja! —. Si no estás accesible será culpa tuya, no mía, por lo que yo no habré roto mi parte del pacto. Tienes que entender que yo ahora madrugo más que antes, y llegar tarde a la escuela, porque me he quedado dormida, no es un buen ejemplo para mis alumnos.

Alejandro la miraba maravillado. ¿Cómo era posible que, en el fondo, le encantara verla protestar y recriminarle continuamente? ¿Podría ser por cómo alzaba la barbilla, cómo gesticulaba con sus sensuales labios, o cómo lo atravesaba con aquellos ojos de color fascinante que lo tenían hipnotizado?

—Podrías haber bajado a buscarme —propuso.

—No quería provocar a tus socios con mi camión.

—Bien pensado.

Pero mal pensado el no haberse puesto la bata

antes de ir a buscarlo, se dijo, lamentándose también de no haber cambiado por otro el camisón que Ivy le había dejado sobre la cama.

—Bueno, esto va a ser rápido. —Queriendo acabar cuanto antes, se apoyó en sus hombros con ambas manos para alcanzarlo mejor.

—No, un minuto —apuntó él, echando ligeramente le cabeza hacia atrás para esquivarla—. Siempre y cuando lo hagas bien.

—Sí, un minuto. Y no te preocupes. Sé perfectamente cómo quieres que te bese.

—¿De verdad? —Se le escapó una risilla de incredulidad—. ¿Y cómo quiero que me beses?

¿Acaso pensaba que era tonta? Había pasado más de una semana desde su trato, y ella había aprendido, paso a paso, cómo él la buscaba, cómo quería tocarla y que ella lo tocara a él. Más aún: sabía que él quería algo más que eso, pero aun así, se abstenía de pedirle más. Porque él tampoco era

tonto y sabía que ella no se lo iba a dar.

—Para ser buena maestra, también hay que ser buena alumna —le indicó, justo antes de rozarle los labios suavemente.

Él se entregó a aquella gloriosa sensación, pero de pronto se vio privado de la dulzura de aquellos labios, que se apartaron lo justo para poder hablar:

—Primero: te gusta que el contacto sea suave —susurró—; lento y solo labio con labio. Después...

Alejandro la vio acercarse, con la boca entreabierta, y emitió un sonido gutural al sentir la lengua de ella dentro de su boca, buscando la suya, acariciándola sin piedad.

—...Después: buscas un contacto más profundo, una especie de baile, pero aún quieres que sea lento y sin prisas. Es entonces cuando todo cambia.

Por primera vez, fue ella quien lo empujó hasta tenerlo contra la pared, cuando normalmente era al contrario; y, desde luego, no tan impetuosamente. Allí, volvió a hundirle la lengua en la boca, pero esta vez con frenesí; con movimientos más rápidos y menos sutiles, exigiendo, y a la vez dando.

—Ahora es cuando tus brazos me rodean, en lugar de limitarse a dejar que tus manos deambulen por mi espalda o mis caderas. —Lo miró a los ojos, desafiante—. Rodéame, Alejandro. Si no, no podré terminar la lección.

Aturdido, hizo lo que ella le ordenaba, y habría hecho cualquier cosa que ella le hubiera pedido en ese momento. Cualquier cosa.

—Bien, y por lo que he podido comprobar —continuó—, a ti te gusta que yo ponga mis manos en tu pecho, o alrededor de tu cuello, en lugar de rodearte como tú a mí.

—Puedo ser flexible en eso —adujo, pero ella

le puso un dedo sobre los labios.

—Shhh. No has levantado la mano para hablar, jovencito. —Se le escapó media sonrisa traviesa, y él creyó morir de puro deseo. ¿Era consciente de que estaba seduciéndolo? ¿Habría planeado hacerle aquello... o le había salido de forma espontánea?—. Y aún queda el final de la lección.

Sintió que los músculos se le derretían como la cera caliente cuando ella volvió a besarlo, a acariciarlo con su jugosa y deliciosa lengua: esta vez más delicadamente, alternando ligeros toques con besos pequeños; primero en su labio superior, y después en el inferior; acabando con una demoledora caricia de la punta de su nariz contra la suya.

—El final no debe llegar de golpe, sino con pequeñas caricias que lo hagan concluir poco a poco. —Como prueba le acarició el pecho con ambas manos antes de separarse de él, quien

parecía haberse quedado pegado contra la pared —. ¿He sido buena alumna? —Nunca se había permitido no serlo. Ella siempre había sido la primera de la clase.

Alejandro parpadeó, por primera vez agradecido de que el acuerdo fuera para un solo minuto. Si ella hubiera seguido un poco más, no se hubiera podido limitar a besarla. Le sorprendió su propio autocontrol. Había estado a punto de arrancarle la escasa prenda que llevaba, en pleno pasillo, y poseerla en el mismísimo suelo. Por un momento había creído que ella no lo rechazaría.

—Con que seas la mitad de buena como profesora, Ivy y los niños aprenderán a leer en dos semanas.

Satisfecha, y algo más tranquila, ahora que había acabado la locura que su orgullo la había llevado a cometer, fue a su dormitorio pensando, para sí, que ella también había tenido un excelente

profesor en Alejandro.

En su cama, Alejandro no pegó ojo en varias horas, las cuales pasó reviviendo ese minuto una y otra vez. Oyendo sus susurros mientras le explicaba, paso a paso, cómo eran sus besos. Sintiendo su aliento sobre su piel, y el sabor de su exquisita boca. Se torturó con aquellos recuerdos hasta que, poco antes del alba y exhausto, consiguió dormirse. Y soñar con ella. Sin aquel camión, ni ningún otro, que impidiera que sus manos tocaran su piel.

—¿Has salido a contemplar esta magnífica noche? —le susurró Alejandro al oído, sorprendiéndola del mismo modo que la noche de su cumpleaños.

Ella, que estaba distraída pensando en lo poco exitosos exámenes que acababa de corregir, se

temió que lo siguiente fuera a ser también lo mismo que aquella noche. Un giro rápido hasta ponerla de frente a él, y un abrupto beso al que esta vez no podría negarse.

—Sí, hace muy buena temperatura y corre una brisa muy agradable.

Las manos de Alejandro se deslizaron por sus brazos con una suave caricia.

—¿No tienes frío? —preguntó en tono cortés.

—No —la voz de ella sonó ahogada.

—Entonces, no rechazarás acompañarme a dar un paseo nocturno por los jardines. Hace tiempo que no lo hago y me apetece mucho.

Dio un paso hacia atrás, y cuando Verónica se giró, encontró su mano extendida hacia ella.

—¿Un paseo? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Hay lugares en este jardín cuya belleza solo puede apreciarse en noches como esta.

La joven apoyó su mano en la de Alejandro, quien como todo buen caballero entrelazó sus brazos, pero mantuvo la distancia entre sus cuerpos mientras dirigía el rumbo escaleras abajo.

Caminaron por el camino hasta adentrarse en un terreno poblado de vegetación. De noche, los colores de aquellos parterres se veían muy distintos a cuando los bañaba la luz del sol. Todo parecía teñido de un tono plateado, como un halo que rodeara cada rincón.

Habría caminado por allí durante horas, respirando aquel fresco aroma, escuchando la voz callada de la noche, enlazada al firme brazo de un hombre que sabía, como nadie, respetar sus silencios.

¡Cuánto habían cambiado las cosas desde que había llegado a *Le Petit Beaumont*! ¡Cuánto había cambiado ella misma! Consigo misma pero, sobre todo, con respecto a él. Sin embargo, él seguía

siendo el hombre que conoció en Zaragoza. Sí, era cierto que ahora lo conocía más en profundidad, pero él no había cambiado. Él era así. Auténtico. Jamás había fingido ser nada que no fuera; ni dicho nada que no fuera cierto. Y cuanto más descubría sobre él, no podía negar que más le agradaba.

—¿Te han besado alguna vez a la luz de la luna?

Bueno, también tenía el don de desconcertarla repentinamente.

—Sí.

—A mí no.

—No puede ser —replicó la joven—. Porque el beso al que me refiero me lo diste tú.

Su mirada cambió de pronto, como si el halo plateado que lo cubría todo se hubiera centrado solo en sus ojos que ahora parecían grises como los de un gato. Su sonrisa también se volvió felina.

—Yo me refería bajo la luna llena. Su luz es

distinta, y dicen que si dos personas que están hechas la una para la otra se besan bajo esa luz, recibirán una señal que les indicará que ese es su amor verdadero.

Verónica alzó una ceja y se soltó de su brazo.

—¿Y si no lo están?

Ambos se miraron, en una especie de reto implícito.

—Entonces no ocurrirá nada.

Alejandro nunca había dado crédito a aquella historia, que no era más que una leyenda. Pero tampoco había creído nunca en el amor verdadero y, a pesar de eso, lo había visto en parejas a las que quería como a su propia familia. Yang y Adele, Margot y Arthur, Melissa y Jean antes de... aquello. Todos ellos se amaban y por eso se habían casado. En cambio, Verónica y él habían empezado la casa por el tejado. Y, también a pesar de eso, él no podía negar que estaba sintiendo...

algo. Algo nuevo. Indescriptible. Y que lo tenía ligeramente aterrado.

—Te lo acabas de inventar.

—No. Lo he leído.

—¿Dónde?

¿Por qué parecía tan enfadada? No era más que un juego. Pero la leyenda existía.

—En un libro sobre folklore local de esa biblioteca que tanto visitas. Seguro que das con él un día de estos.

—No creo en esas historias, por mucho que estén escritas en un libro.

—Entonces no te importará que hagamos la prueba, ¿no? —Le indicó con un gesto de la mano que se sentara en uno de los bancos de piedra que salpicaban todo el jardín. —No tienes nada que perder.

—Un minuto —expuso ella, aunque se quedó repentinamente muda en cuanto tomó asiento.

Al alzar la vista para no mirar directamente a Alejandro mientras se sentaba junto a ella, había divisado —no muy lejos, en el recodo del río que se adentraba ligeramente en los jardines— unas flores que brillaban más que el resto. Allí, en la orilla, había una hilera de lirios de agua cuyo blanco inmaculado refulgía bajo la plateada luz de la luna llena.

Eso no es ninguna señal, se recriminó sacudiendo la cabeza, ni siquiera ha empezado a besarte aún. Y además, todo esto es una tontería.

—¿Preparada?

—Cuando quieras —mintió. No estaba preparada en absoluto.

Pero ya era demasiado tarde para retractarse, porque él ya le había tomado la barbilla con una mano y la alzaba para acercarla a sus labios.

—Estate atenta —le advirtió, con un brillo juguetón en la mirada.

Alejandro apenas rozó sus labios. Más bien parecía tentarla a que ella buscara su boca, a que profundizara aquellos besos ligeros y encantadores. Solo una mano tocaba su rostro bajo su barbilla, mientras que la otra le sostenía una de la suyas con gentileza, dibujando pequeños círculos con el pulgar sobre sus nudillos. Eso la dejaba a ella con una mano desocupada que buscaba un lugar donde posarse, temblando ante aquella ternura inesperada y cautivadora. ¿Por qué tenía que hacerla sentirse así? Su mano buscó algo a lo que aferrarse, encontró su bíceps y lo apretó con más fuerza de la que había pretendido.

Aquello pareció alterar a Alejandro, quien giró la cabeza y, deslizando su mano hasta su nuca, la atrajo hacia sí con devastadora lentitud, al mismo tiempo que deslizaba su lengua por los labios entreabiertos de ella.

Solo hizo falta que la joven asomara

ligeramente su lengua para que él la atrapara con un gruñido que salió de lo más profundo de su pecho. También su mano reaccionó ante aquella deliciosa caricia y arrastró la de ella hasta colocarla justo sobre su corazón, apretando, como si quisiera que ella traspasara la ropa e incluso la piel y lo tocara directamente.

La sangre de Verónica comenzó a bombear con fuerza cuando sintió aquellos latidos frenéticos en el imponente pecho de Alejandro, y su mano libre subió por su brazo hasta alcanzar su pelo y hundirse en él, tal como él tenía aferrado el de ella.

—Verónica —le oyó pronunciar cuando sus labios se separaron un segundo para respirar.

En cuanto sus bocas volvieron a fundirse, la joven percibió algo que no podía ser real.

Al principio quiso pensar que era su propia memoria, que había viajado hasta cierto momento

íntimo con Alejandro, puesto que ambos estaban teniendo un momento bastante íntimo ahora también. Era su canción, la que ella le había regalado a él, y estaba escuchando nítidamente cada una de sus notas y al mismo ritmo que ella las había tocado. Eran exactamente los arreglos que ella había hecho de la canción de su madre, una que nadie más que ella podía ser capaz de tocar.

Pero de pronto, un acorde demasiado agudo se coló entre toda aquella perfección, justo antes que la melodía volviera a sonar correctamente. Y eso, se dijo ella, no podía ser fruto de su memoria. Aunque su mente racional le decía que tampoco podía ser una señal de que Alejandro y ella estaban predestinados. Simplemente, no podía concebir algo así.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Alejandro, apartándose ligeramente de él.

—Sabía que tú también tenías que estar

oyéndolo —susurró y volvió a asaltar sus labios.

¡Dios! ¿Podía ser posible? Esa era su señal. La leyenda era cierta. Y sus peores temores empezaban a ser casi tangibles. Ella le hacía sentir... demasiadas cosas. Demasiado intensas.

Alejandro estaba entre excitado y sobrecogido, y solo aquellos labios parecían tener el poder de rescatarlo del abismo por el que estaba cayendo en ese momento.

—Para. Y escucha —exigió ella, apartándose con dificultad de él.

Alejandro parpadeó y miró a su alrededor. Después se removió en el asiento. Uf. El pantalón le apretaba.

—Es tu canción. Nuestra canción —se corrigió y sonrió.

—Sí. Alguien la está tocando.

—No. Solo tú y yo podemos oírla.

—Alejandro, tú sabes que eso no es posible.

Además, se ha confundido una vez. Las revelaciones mágicas no pueden equivocarse de tecla —se burló.

—Nadie de la casa sabe tocar el piano —le explicó—. Ni siquiera yo.

—Entonces hay alguien que no es de la casa tocándolo. Alguien que conoce mi canción, aunque no entiendo cómo.

Algo menos divertido por aquella posibilidad, se levantó y se encaminó hacia el edificio.

—Quédate aquí —le ordenó en tono severo, aunque sabía que ella lo seguiría igualmente.

Caminaron despacio y agazapados. Alejandro mantuvo a Verónica oculta tras él en todo momento, sin soltarle la mano. Rodearon la casa para llegar a las escaleras traseras que daban directamente a la parte del salón de baile donde se encontraba el piano. La puerta de acceso estaba cerrada, pero entre las cortinas de uno de los

ventanales se veían las manos de la intérprete y, al fondo, la cara sonriente de Leo completamente ensimismado.

Alejandro aporreó el cristal con un puño y Leo se levantó de un salto. La música se detuvo.

—Alejandro —leyeron que decían sus labios.

—Abre —ordenó él, mirándole con frialdad.

El joven se acercó a la puerta y dejó pasar a sus patrones. A ninguno le sorprendió ya ver a Ivy. No después de ver el rostro de Leo.

—Lo lamento —se disculpó ella, visiblemente afectada, con ambas manos en el regazo y a varios pasos del piano.

—¿Alguien puede explicarme qué significa esto?

—Creo que yo lo sé —se adelantó Verónica, sonriendo a Ivy para que dejara de temblar como si hubiera matado a alguien.

—Ilústrenos pues, Madame —dijo Alejandro

abriendo los brazos con gesto exagerado.

—Ivy tiene grandes capacidades de aprendizaje. Ya te conté lo rápido que está aprendiendo a leer. Seguro que con solo oír la canción una vez el día de tu cumpleaños, fue capaz de retenerla. Aunque has fallado en una nota —la regañó cariñosamente.

—Sí, me he dado cuenta —admitió con media sonrisa, dando un paso hacia Verónica. La mirada que Alejandro le estaba dirigiendo le daba un poco de miedo.

—Lo que no me explico es cómo has podido reproducirla. Si no sabes leer, no sabrás solfeo. Pero en cambio, sabes tocar el piano.

—Monsieur Fernando me enseñó. Y me dio permiso para tocar siempre que quisiera.

—*¿Quoi?*

Alejandro se acercó a ella y la joven retrocedió un paso.

—Alejandro, por favor —intervino Leo, y se dispuso a interponerse en su camino.

—¿De qué tienes miedo, Ivy? Yo jamás te he dado motivos para temerme.

—Oh, Monsieur, claro que no.

—Sabes que en privado me puedes llamar Alejandro. ¡Al demonio lo de Monsieur! —Sus manos se movían como si estuvieran golpeando algo invisible—. ¿Me quieres explicar cuándo te enseñó mi padre a tocar y por qué rayos acabo de enterarme por casualidad?

—Alejandro, cálmate. —Verónica dio un paso hacia él y le cogió de la mano—. ¿Os parece que nos sentemos todos y hablemos de esto tranquilamente?

Más afectado de lo que podría haberse imaginado, Alejandro se frotó la cara y se sentó en uno de los sofás situado junto a los ventanales. Verónica se colocó a su lado. Invitó a Leo e Ivy a

sentarse en las butacas que quedaban de frente, separados por una mesita decorada por un pequeño jarrón con flores frescas del jardín.

—Ivy, por favor, cuéntanos todo —solicitó Verónica con tono tranquilo.

La doncella miró a Leo y tragó saliva. Este le cogió la mano y ella pareció obtener fuerzas para empezar a hablar.

—*Monsieur* Fernando siempre me trató bien. Desde el primer día que llegué, llorando por la muerte de mi madre. Recuerdo como si fuera ayer que él se agachó a mi lado en el vestíbulo, me secó las lágrimas con su pañuelo y me dijo que desde ese día, este sería mi hogar. Por eso yo siempre me sentí como en casa, y por eso una noche que no podía dormir porque había tenido una pesadilla fui a la cocina a tomarme una tisana y escuché el sonido que provenía del salón.

»Él estaba sentado al piano, tocando una

canción muy triste. Me vio y me preguntó qué hacía despierta. Yo le confesé avergonzada que había tenido una pesadilla y que no podía volverme a dormir porque tenía miedo. Entonces me invitó a que me sentara a su lado en la banqueta. Yo observé sus manos y escuché con atención. Cuando terminó el tema, mis manos se movieron por sí solas y comenzaron a imitar lo que acababan de ver mis ojos y lo que habían escuchado mis oídos. Cometí bastantes errores, pero él dijo que no había visto nada igual en su vida, que ni siquiera él, que tocaba de oído, había conseguido algo así en sus comienzos.

—¿Esa fue la primera vez que tocaste un piano?

—Sí, Madame.

—Increíble —musitó Verónica.

—Después de esa noche, hubo otras. Yo tengo el sueño ligero y cuando él tocaba, le oía. Así que me levantaba y le hacía compañía. Cuando él

terminaba cada tema, yo trataba de imitar lo que acababa de tocar. Así aprendí.

Se hizo un breve silencio hasta que Alejandro habló entre murmullos.

—Desde que murió mi madre, mi padre solo accedía a tocar el piano en celebraciones especiales. Aunque veo que de noche también lo hacía, cuando nadie podía oírle, excepto tú.

—Lo siento, Alejandro. Tu padre me pidió que fuera nuestro secreto.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Ivy se hundió en el asiento, apesadumbrada.

—Pero para Leo no es un secreto —le recriminó Alejandro.

—Todos lo sabemos —corrigió él—. Ivy solo toca cuando tú no estás en la casa. Y cuando mi madre decide dar uno de sus paseos. A ella no le parece bien. Dice que el piano es de tu padre y que

nadie debería tocarlo excepto tú.

—¡Qué tontería!

Oír esas dos únicas palabras de Alejandro animó ligeramente a Ivy.

—Toqué por primera vez yo sola exactamente un año después de fallecer Monsieur Fernando. Toqué para él. Y pensé que nadie me oiría. Pero Berta estaba despierta y se puso a gritarme, despertando a todos. Así se enteraron. De otra forma, jamás hubiera faltado a mi palabra de mantenerlo en secreto.

A Alejandro no le bastaba con esas explicaciones.

—¿Y una vez que todos lo supieron, por qué no me lo contaste?

—Tenía miedo de que pensaras lo mismo que Berta. No quiero faltar al respeto a la memoria de Monsieur Fernando. Al contrario. Tocar me hace acordarme de él con cariño. Y desde que oí la

canción que Madame Verónica tocó el día de tu cumpleaños, he estado deseando poder reproducirla. Es preciosa.

—Gracias, Ivy. Tú tienes mucho talento.

—Yo le dije que podía tocarla ahora —se culpó Leo—. Vi a mi madre salir hacia el río poco antes de veros a ambos alejaros por los jardines. No pensé que pudierais oír la música.

Leo sostuvo la mirada de Alejandro estoicamente.

—¿Estás enfadado conmigo, Alejandro?

Él miro esos ojos dorados que eran como dos soles. Verlos llenos de pesar le dolía en el alma.

—Claro que no, Ivy. Nunca podría enfadarme contigo. Pero... me duele que pensaras que no te dejaría tocar. Me hubiera gustado saber que tenías esa conexión tan especial con mi padre. De alguna manera, oírte tocar podría mantener vivo un trocito de él, porque él te enseñó cómo hacerlo.

—¿Entonces no te importa que toque? —El corazón de Ivy dio un brinquito.

—Al contrario. Quiero verte hacerlo ahora mismo.

Para asombro de todos, se levantó y se dirigió al piano con paso enérgico.

—Sí —corroboró Verónica, arrastrando a la joven hasta la banqueta—. Tienes que corregir esa nota malsonante de mi canción. No vuelvas a fallar, ¿eh?

La joven tomó posiciones, respiró profundamente y comenzó a tocar de nuevo.

—Gracias —le susurró Leo a Alejandro a la vez que le daba una fuerte palmada en la espalda—. Y perdona por el secreto.

—De vosotros, lo entiendo. —Alejandro también habló muy bajito—. Pero de mi padre, me sorprende. Podría habérmelo contado.

—A lo mejor pensó que te molestaría que

enseñara a alguien del servicio en vez de a ti.

—Oh, no creo. Yo nunca quise un profesor de música, tenía otras inquietudes. Y él no podía enseñarme porque ni yo tenía su don ni él sabía solfeo. —Observó a Ivy con cariño—. Solo podía pasarle el testigo a alguien que tuviera su mismo talento.

—Me quedo hechizado cada vez que la veo ahí sentada —confesó Leo, con la mirada clavada en ella de nuevo.

—Te entiendo, hermano. No sabes cuánto.

Le devolvió la palmada y, como dos estatuas, de pie, delante de las dos mujeres que los tenían prendados, escucharon en silencio la melodía.

Tan absortos estaban que no vieron que Berta entraba por otra de las puertas y se quedaba a lo lejos mirándolos a todos, rechinando los dientes y clavándose las uñas en las manos por la fuerza con la que apretaba los puños.

Montada en cólera, volvió a toda prisa al lugar del que acababa de venir. Y esa noche, como tantas otras desde que había enviudado, la pasó allí.

El solfeo se sumó a las disciplinas que Verónica quiso enseñarle a Ivy. En consecuencia, ambas comenzaron a pasar juntas tantas horas que más que patrona y doncella o maestra y alumna, empezaron a convertirse en amigas. Aunque, en secreto, Ivy sentía que ella era la hermana que nunca tuvo y que siempre ansió. Alejandro y Leo eran algo mayores que ella cuando había llegado a la casa, además, varones, así que con ellos nunca había podido sentir esa relación fraternal que tanto deseaba. Después Alejandro empezó a faltar muchos meses seguidos y Leo dejó de ser su amigo para convertirse en algo distinto en su corazón.

En Margot había encontrado algo parecido a una abuela y en Melissa a una buena amiga, pues había llegado a la casa cuando ella ya tenía once años. Pero el lugar de su madre, a la que recordaba con nostalgia y cariño, nunca pudo ocuparlo nadie. Ni siquiera Berta, quien había ido a buscarla al morir su madre y quien había conseguido que la admitieran en la casa.

Al principio se había comportado con ella de manera más o menos cariñosa y delicada. Pero un día, de la forma más repentina y brusca, cuando solo tenía nueve años, todo cambió. Todo. Era como si de pronto hubiera empezado a odiarla, y eso se vio reflejado tanto en la manera de tratarla como en el volumen de trabajo que le asignaba. Pero era tal su agradecimiento hacia esa mujer que había soportado todos y cada uno de sus maltratos sin decir ni una palabra. Le consolaba saber que tenía al resto del servicio de su parte, incluso a su

propio hijo. Aun así, no podía evitar preguntarse qué era lo que había hecho mal. Y a pesar de que se moría de ganas de preguntárselo directamente, le faltaba valor.

—Sigue con esa partitura hasta que yo vuelva —le indicó Verónica, haciéndola regresar de sus divagaciones. Era como si la música que estaba interpretando le hubiera traído aquellos duros recuerdos—. Voy a buscar una pluma para ir haciendo algunas anotaciones.

Verónica subió al despacho de Alejandro, donde esperaba que hubiera un tintero de más para poder dejarlo de forma permanente junto a piano.

Llamó a la puerta y entró antes de que él tuviera tiempo de decir nada.

—Solo vengo a pedirte prestada una pluma y... ¡Oh! —Exclamó al abrir del todo la puerta—. No esperaba que estuvieras acompañado.

El joven que estaba sentado de espaldas a ella,

en un lateral de la mesa de Alejandro, se levantó como un resorte, echando la silla bruscamente hacia atrás. Ella miró su cara de niño y su pelo oscuro peinado con raya a un lado, tan pulcro como su pantalón y su chaleco gris a juego y su camisa blanca perfectamente planchada. En cambio, sus ojos negros parecían no ser capaces de estar fijos en un punto.

—Madame —dijo y la voz le salió como un graznido—. Es un honor conocerla.

—Verónica, este es Basile. Mi secretario. Acaba de venir de la fábrica de Bélgica.

—Hola Basile. —Se acercó y le ofreció la mano, que él tardó demasiado rato en aceptar—. Encantada de conocerte.

El joven parpadeó repetidas veces cuando ella le sonrió amablemente, y tardó aún más en soltarle la mano.

—Pensaba presentaros más tarde. Cuando ha

llegado estabais enfrascadas en vuestro concierto y no quería interrumpiros.

—Sí. Ivy está aprendiendo muy rápido a interpretar las partituras —explicó más al secretario que a su marido—. Bueno, como todo lo demás.

Se cruzaron varias miradas pero nadie añadió nada, tan solo Verónica permaneció sonriendo a un mudo y paralizado Basile.

—Le he contado lo de tu escuela y cree que es admirable —añadió Alejandro.

—Sí, Madame. Eso creo.

—Yo también creo que lo que tú haces es admirable. —Verónica le tocó un hombro amistosamente—. Alejandro tiene muchos negocios, y en ti delega temas muy importantes. Gracias a ti, está más tiempo en casa.

Esta vez fueron ambos los que quedaron estupefactos ante el comentario.

—Alejandro, necesito pluma y tintero que no vayas a necesitar. Si eres tan amable —insistió, al ver que él no se movía.

—Claro. —Buscó en un cajón de su escritorio —. Toma.

—Gracias. Os dejo seguir con lo vuestro. Hasta pronto Basile —se despidió y le dedicó otra radiante sonrisa.

—Madame. —Hizo una reverencia.

Los dos la observaron mientras salía del despacho y se quedaron igual de sorprendidos cuando ella se despidió con la mano antes de cerrar la puerta.

—Parece que tiene un buen día —farfulló Alejandro, algo estupefacto por la amabilidad que había irradiado en todo momento—. Sigamos Basile. Basile —repitió al ver que él seguía de pie mirando hacia la puerta.

—Sí, Alejandro. —Carraspeó y se sentó

rápidamente. De inmediato, sacó unos papeles de su maletín—. Los informes de materias primas. Aquí tenemos un problema.

Verónica caminaba por su dormitorio, asomándose a cada poco para comprobar si Alejandro salía del despacho. Había estado a punto de presentarse allí para llevarles ella misma la cena.

Por fin, oyó cerrarse una puerta a lo lejos y un intercambio rápido de palabras. Salió de su cuarto en cuanto identificó el sonido de pasos por las escaleras.

—Es media noche —le dijo a su marido justo antes de que entrara en su habitación.

—Lo sé. El presupuesto del departamento de compras de la fábrica de Bélgica se nos ha ido de las manos y hemos estado horas revisando números. —Se frotó la frente—. Mucho me temo

que tendré que irme de viaje en breve. Basile no puede representarme en este asunto en concreto.

Incluso a lo lejos, ella pudo percibir que tenía aspecto cansado. Pero de pronto le dedicó una mirada llena de brillo.

—¿Sabes? Has dejado bastante impresionado a mi secretario.

—Yo le he visto más sorprendido que impresionado por el hecho de que haya montado una escuela aquí mismo, y en tan poco tiempo.

—Eso ha podido sorprenderle, sí. Pero la que le has impresionado eres tú, no tu escuela. Ha estado distraído el resto de la tarde. Y las dos veces que han llamado a la puerta para traernos comida o refrescos, él se ha levantado y se ha cuadrado como un soldado pensando que eras tú.

—Entonces es que le he asustado. No era mi intención. No sé qué habré dicho para que me tenga tal respeto. Quizás sea porque soy tu esposa

y te respeta a ti.

—¿No entiendes nada, verdad? Lo has dejado fascinado. Como mujer. Es la primera vez que veo que le ocurre algo así. Agradecería que no le distrajeras más, tiene mucho trabajo que hacer.

Ella, completamente estupefacta, lo miró en la penumbra del pasillo.

—No me tomes el pelo.

—No lo hago.

El estómago le dio un ligero vuelco cuando él le tendió una mano, sin moverse de la puerta de su cuarto. Sin pensar, ella se dirigió hacia él y la aceptó. En cuanto se tocaron, él tiró de ella y la agarró por la cintura de forma posesiva, atrayéndola hasta él en un gesto que dejaba claro que era suya, y de nadie más. La forma en que la miró le dijo que estaba celoso. Y ella no pudo entender cómo había llegado a aquel estado, de la forma más absurda.

—Quizá deberías dejarle más tiempo libre, para que pudiera conocer a alguna mujer que le agrade. Es un joven muy apuesto, y si tú confías tanto en él, no dudo de que sea listo y eficiente en su trabajo.

—Si te oyera decir eso de él, podrías provocarle un ataque al corazón.

—Entonces procuraré no mencionarlo en su presencia.

—Gracias. No me gustaría tener que prescindir de sus servicios.

Pasaron unos segundos en los que, simplemente, se quedaron así, mirándose el uno al otro.

—¿Algo más?

—¿Tienes prisa por besarme?

—La verdad es que tengo sueño.

—Vaya. Yo pretendía hablar un rato más contigo para alargar el tiempo que te tengo así, abrazada, exactamente en esta postura.

—Alejandro... —protestó intentando dar un paso hacia atrás.

—Es para compensar el tiempo que esté de viaje y no pueda tocarte —alegó con voz melosa tirando de ella para que no se alejara—. Una larga semana.

—¿Tanto? —le salió sin querer.

—Sí. El tema requiere mi presencia personal. En Lyon.

—¿El tema son las cifras que no cuadran en el departamento de compras? —se interesó ella.

—Exactamente. —Y se temía que tendría que renegociar el precio del mineral de hierro.

—Podría ayudarte —se ofreció, sin apenas pensarlo.

—¿Ayudarme? —Parecía confuso—. ¿A qué?

Aquello le dolió. Esperaba que la falta de perspicacia se debiera al cansancio.

—Soy buena con los números —aclaró.

—Ya tengo un contable.

Aquel descarado rechazo, tan inmediato, no solo le dolió sino que le puso en pie de guerra.

—Que mi padre no me dejara participar de sus negocios no significa que yo no hubiera sido capaz de colaborar. Aprendí mucho en nuestros viajes. Presencié tratos, y viví sus consecuencias. Podría decirte cuándo un hombre está mintiendo solo por la expresión de su rostro.

—¿De veras?

—Sí —aseguró ante su gesto de incredulidad.

—¿Crees que te miento ahora cuando te digo que no me parece apropiado que mi mujer se implique en mis negocios?

—Sí, mientes. —Según se lo decía, le apuntó con el dedo en el pecho.

—No, no lo hago. —Él imitó su gesto, pero lo hizo señalándole la punta de la nariz.

Se miraron en silencio, estudiándose el uno al otro.

—Valoras mi opinión —argumentó Verónica—. Me lo has dicho y me lo has demostrado en más de una ocasión. —Pensó en cuando habían organizado la fiesta, intercambiando ideas y decidiendo en común. En cómo habían levantado juntos la escuela. O en las noches que, sentados en el saloncito después de cenar, él le preguntaba por la lectura que ella tenía entre manos y se interesaba por sus impresiones al respecto, bien para contrastarlas con las suyas propias si él había leído ese libro o para plantearse leerlo si a ella le parecía interesante—. Eso es algo que mi padre jamás hizo.

Alejandro no podía negar eso. Pero sobre todo, valoraba que ella se hubiera dado cuenta. Y que eso que él hacía de forma natural, le agradara.

—Eso sí es cierto. Y del mismo modo que

siempre soy sincero contigo, te repito que, aunque valore tu opinión, no considero apropiado que participes en mis negocios. Jamás hay mujeres presentes en ellos. Lo siento, no creo que mis socios lo vieran con buenos ojos.

—Está bien. Pero di que es por ellos, y no por ti.

Se soltó de él y se cruzó de brazos. La rabia de no haber nacido hombre se apoderó de ella al igual que el día que la última de las empresas de su padre fue embargada.

A Alejandro no le pasó desapercibido aquel dolor reflejado en su rostro. Y era algo que no se había esperado.

—¿Por qué este repentino interés en mis negocios?

—Tengo demasiado tiempo libre. No estoy acostumbrada.

—¿Ya te has aburrido de tu escuela?

Ella lo miró airada. ¿Es que había pensado que aquello no era nada más que un entretenimiento temporal para ella? ¿Cómo aquel estúpido comité para aquellas desocupadas damas de alta sociedad?

—¡Claro que no! ¿Por quién me has tomado? Pero solo tengo cuatro alumnos, cinco con Ivy. Ni siquiera preparando las clases a conciencia, ni sumando el tiempo que dedicamos ahora al solfeo, ocupo todas las horas de las que dispondría para...

De repente, algo hizo explosión en su mente. Algo fantástico.

—Mañana podemos salir a cabalgar si quieres —propuso Alejandro, consciente de que quizás la había desatendido pensando erróneamente que ella no lo necesitaba.

—¿Cuántas fincas hay por los alrededores, además de las ocho que tienes arrendadas?

—¿Quieres cabalgar hasta otras fincas?

Ella ignoró lo desencaminado que iba y comenzó a caminar en círculos.

—¿Cuántas, con servicio... o sin él, y que estén a una distancia prudencial, como para ir y volver en el mismo día?

—¿Andando o a caballo?

—Andando, andando. A no ser... —Se le iluminó el rostro—. ¡A no ser que pudiéramos conseguir un carro lo bastante grande, que hiciera un recorrido a primera hora de la mañana! Entonces podrían venir incluso desde la ciudad.

—¿Qué estás tramando, Verónica? —exigió saber antes de que siguiera divagando.

Ella lo miró con los ojos más brillantes que él había visto jamás.

—Hay sitio de sobra para más alumnos en mi escuela.

—¿Más?

—Unos... ¿veinte? —calculó—. Claro, que

harían falta más pupitres. Tal vez quitar definitivamente todos los bancos.

—Verónica. —La agarró de los brazos para ponerla frente a él, contra la puerta abierta de su cuarto—. Dime qué está pasando por esa cabecita tuya.

Ella le sonrió. Abrumada por su idea, se propuso convencerle.

—Quiero abrir las puertas de la escuela a todos los niños que lo necesiten.

—¿A todos? —Sus cejas se arquearon por la impresión.

—Bueno, a todos los de los alrededores. Hijos de los sirvientes de nuestros vecinos más cercanos. O de las familias que explotan las tierras que tú les has arrendado.

—Eso es muy complicado —resopló ante la idea.

—No, si tú me apoyas.

La miró receloso. Ya lo estaba liando otra vez.

—¿En qué podría ayudarte yo?

—En más de lo que imaginas. Por mucho que yo sea la maestra y tu esposa, la escuela está en tu casa, tú eres el hombre. —No pudo evitar carraspear al decir aquello. Le llenaba de rabia tener que admitirlo—. A mí apenas me conocen. Y soy extranjera. Tú eres Alejandro Zaldívar, confían en ti, te respetan. Aceptarán la idea de escolarizar a sus propios hijos o, en su caso, a los hijos de sus criados, si tú se lo planteas, cuando tú ya lo estás aceptando con tu propio servicio. Y si los patrones lo aceptan, convencerán al servicio.

Su mirada se perdió en la profundidad del pasillo y Verónica supuso que estaba digiriendo la propuesta que le acababa de presentar. Pero se equivocaba.

—¿Es esto un trato? —le preguntó apretándola aún más fuerte por los brazos.

—Yo... —No lo había pensado de ese modo.
Grave error.

—Lo parece. Pero aún no me has dicho qué voy a obtener a cambio.

Ella no le había creído tan miserable.

—Esperaba que lo vieras de otro modo. Como una obra de caridad.

—Lo haría, en otras circunstancias. Pero quiero algo de ti, y esta es la única opción para lograrlo —confesó sin tapujos.

Ella se revolvió y consiguió que la soltara. Después dio un paso atrás, lo justo para quedar en el pasillo y no dentro de su dormitorio.

—¿Qué quieres esta vez, Alejandro?

—Te quiero en mi cama cada noche.

Verónica sintió como si se le parase el corazón en seco.

—Ya te dije que yo no me entregaría a...

—Quiero que duermas conmigo —la interrumpió—, nada más. Que no nos separe una pared.

Ella sabía de sobra que no era solo eso lo que él quería.

—Recuerdo lo que sucedió la última vez que solo íbamos a dormir juntos.

—Te doy mi palabra de que no haré nada que tú no me consientas.

Lo miró fijamente. Como siempre, parecía sincero y decidido.

—¿No me crees? Podría haber entrado en tu cuarto cualquier noche, y no lo he hecho.

Lo meditó unos instantes. Hacía semanas que no cerraba la puerta con llave.

—Pero tendrás que acompañarme a proponérselo a todos y cada uno de los vecinos. Tal vez poner un anuncio en la puerta de las iglesias, para lo que habría que hablar con los

párrocos.

—Sí, sí. Colaboraré en lo que necesites. La idea me parece estupenda.

—¿En serio?

—Me sorprendes, ¿sabes? Todo esto que estás haciendo es admirable.

—Pero me pones un precio muy alto para poder llevarlo a cabo.

—No tanto. —Se encogió de hombros antes de abrazarla y llevarla de nuevo dentro de su habitación.

La apoyó contra la pared y ella tuvo que poner sus manos entre ambos cuerpos.

—¿Qué haces?

—¿Hoy no voy a tener beso de buenas noches? Un nuevo trato no cancela el anterior.

—Sí... claro. Pero hasta que tú no hayas cumplido tu parte del trato, seguiré durmiendo en

mi cama. Quiero pensar cómo empezar con el proyecto, con quién deberíamos hablar primero, cómo aprovechar el espacio al máximo. Y si tú...

—Y si yo estoy durmiendo a tu lado no te dejaría pensar —terminó por ella—. Creía que mi presencia te inspiraba, en lugar de distraerte. Pero en cualquiera de los dos casos, es todo un halago, muchas gracias.

Él se lo decía todo, pensó cuando consiguió asimilar sus palabras. Cuando hizo una exagerada reverencia como de agradecimiento, a ella se le escapó una risita que trató de ahogar. Aunque fue él quien sintió que se ahogaba.

—Está muy bonita cuando sonrío, Madame Zaldívar.

Sus labios la besaron con delicadeza antes de que sus brazos la rodearan y la levantaran del suelo. Sin dejar de besarla, comenzó a caminar.

Ella no quiso interrumpir el beso para protestar,

pues la obligaría a empezar de nuevo, así que esperó a estar en su cama para recordarle su decisión de esperar a que la promoción de la escuela estuviera concluida para cumplir su parte del nuevo acuerdo.

Permitió que la recostara lentamente sobre el lecho y, cuando la soltó, se descubrió a sí misma aferrándole por la nuca, con los dedos hundidos en su pelo. Él sonrió y la besó en la frente antes de ponerse en pie, en cuanto las manos de ella, que lo habían mantenido pegado a su boca con fuerza asombrosa, lo liberaron.

—Hasta mañana, Verónica.

La joven no pudo sentirse más estúpida al verlo salir por la puerta de su propio dormitorio, cerrándola tras de sí.

¿Cómo no se había dado cuenta de que habían recorrido el pasillo?

Se negó a formar parte de ese grupito de

mujeres que, según él, decían que el tiempo se detenía cuando las besaba. Tampoco es que hubiera tanta distancia entre ambos cuartos.

Capítulo 11

Alejandro cumplió su palabra y acompañó a Verónica durante tres días consecutivos a todos los lugares que consideraba que reunían dos requisitos básicos: distancia inferior a dos horas en carruaje y presencia infantil en potencia.

Portando unos panfletos que habían hecho imprimir en una imprenta local, visitaron granjas más o menos humildes, casonas con servicio interino y, por supuesto, las parroquias de la ciudad. Todos los sacerdotes sin excepción apreciaron la labor que la esposa del respetado y afamado Alejandro Zaldívar iba a realizar de forma altruista, y se comprometieron a informar de ello a sus feligreses e incluso a apuntar en un listado los nombres de aquellos que estuvieran

interesados, dándose como plazo una semana para las inscripciones.

Aquello apenas dejó tiempo a Alejandro para nada más, ni siquiera para revisar los datos que Basile le había traído con respecto a las materias primas que exportaban a Bélgica. Pero se dijo que ya lo haría de camino a Lyon. Ver a su esposa tan ilusionada y sentir que lo miraba con aquellos ojos llenos de gratitud y esperanza, bien valían tener que releer papeles aburridos en un ruidoso tren en lugar de en la tranquilidad de su despacho.

En consecuencia, la noche anterior a su partida, se entretuvo más de lo esperado preparando todos los documentos que tenía que llevar consigo, resultando ser casi las doce cuando se dispuso a irse a dormir.

Al cruzar el pasillo le sorprendió no ver a Verónica esperándolo. Él le había avisado de que se marcharía a primera hora y si no se despedían a

la noche, ya no la vería hasta la vuelta.

Por supuesto, eso era inconcebible.

Estaba a punto de ir al dormitorio de su esposa cuando vio la puerta del suyo entreabierta. La empujó despacio, abriéndola lo justo para caber por el hueco y poder entrar sigilosamente. La encontró de espaldas a él, observando con curiosidad una figurita que decoraba su cómoda. Y como quería que se quedara allí, tal como estaba, se acercó lentamente y en silencio, como un felino, como Yang le había enseñado para pillar por sorpresa al contrincante.

—Si te gusta, puedes llevártela a tu cuarto hasta mi vuelta. —*Ya que este será tu cuarto entonces,* llevaba implícita aquella frase.

Verónica dio un respingo al notar su aliento en la oreja antes incluso de oír su voz.

—Solo curioseaba mientras hacía tiempo hasta que vinieras y poder despedirme de ti. —Colocó

de nuevo la figurita de una mujer de cuatro brazos sobre la cómoda—. No quería ir al despacho e interrumpir tus preparativos de última hora.

Intentó girarse hacia él pero chocó contra su pecho, demasiado cercano a su espalda.

—Insisto. —La joven sintió un escalofrío por todo el cuerpo cuando él cogió su melena suelta y la giró en una coleta antes de echarle todo el cabello hacia delante, apoyado sobre su hombro derecho y cayendo por su pecho—. Es la diosa hindú de la protección. Me tranquilizará saber que te cuida por las noches en mi ausencia.

En cuanto terminó de hablar, comenzó a acariciarle la nuca con la punta de la nariz y a depositarle pequeños besos, suaves y casi imperceptibles, los cuales poco a poco, fueron volviéndose más marcados a la vez que se iban acercando a su garganta.

—Eres tú el que te marchas. —No puedo evitar

echar la cabeza hacia atrás—. Tal vez deberías llevártela contigo para que te proteja en el camino.

—¿Se preocupa por mí, *Madame Zaldívar*? —susurró contra la delicada piel de su cuello, haciendo que ella se estremeciera por el leve roce de su cálido aliento.

Volvió a estremecerse al sentir cómo las manos que habían estado quietas sobre sus hombros comenzaban a deslizarse por sus brazos, hasta llegar a su cintura y rodearla, atrayéndola hacia él. Tanto, que ella pudo sentir cierta rigidez contra sus nalgas.

—¿Qué estás haciendo, Alejandro? —pronunció con dificultad.

Los besos habían dejado de ser pequeños y se habían convertido en una especie de avance lento de sus labios por su piel, como una succión cada vez más sonora, cada vez más húmeda. Y ya había llegado a su mandíbula.

—¿No es obvio? —Deslizó una de sus fuertes manos trazando una línea recta desde la cintura hasta la barbilla de la joven, y la alzó para que lo mirara a los ojos, girándole la cabeza—. Seducir a mi esposa.

Alejandro se recreó en la mirada de confusión de ella, la cual sabía que estaba ligeramente nublada por lo que le había estado haciendo, del mismo modo que él había percibido cómo su respiración se había ido volviendo irregular mientras avanzaba por esa piel que se pasaría la vida entera saboreando.

Sin embargo, no estaba preparado para lo que llegó después.

El sonido gutural que ella emitió involuntariamente en cuanto él le tomó la boca con la suya lo dejó tan impactado que tuvo que separar sus labios de los de ella para asegurarse de que no estaba fingiendo aquello para burlarse de él.

Oh, pero ella adelantó la cabeza hacia sus labios, como si los extrañara, reclamando que volvieran al lugar que acababan de abandonar, con los ojos cerrados y sus manos aferradas al brazo que aún le rodeaba la cintura.

Alejandro recibió su boca de inmediato, y ese mismo murmullo volvió a salir de lo más profundo de la garganta de ella, un jadeo ahogado, un gemido suave de abandono, de entrega. Y él creyó volverse loco.

Con gran ímpetu, la giró hacia él tomándola por ambos brazos y le asestó un beso que más bien parecía un gran bocado, absorbiendo su boca por completo, labios y lengua, rugiendo como un animal.

Restregó todo su cuerpo contra el de ella, separándole las piernas con su rodilla, y la cómoda pareció ir a romperse en mil pedazos a su espalda.

No obstante, el crack que se oyó no fue el del mueble, si no el de algo más pequeño y delicado al caer al suelo. El impacto los sobresaltó lo justo para que se soltaran el uno al otro.

—La diosa —murmuró Verónica y se agachó a recogerla. Dos de sus brazos se habían partido—. Debí de dejarla demasiado al borde —justificó.

Yo debí lanzarte sobre la cama en lugar de empujarte contra la cómoda, pensó Alejandro, tratando de controlarse para no hacerlo en ese momento.

—Mañana buscaré cola y la arreglaré. Cuando vuelvas estará como nueva. —Le sonrió con gesto de disculpa y salió corriendo hacia la puerta sin darle tiempo a decirle nada—. Buenas noches, Alejandro. Y buen viaje.

¿Qué demonios ha pasado aquí?, se preguntó frotándose los ojos y soltándose los pantalones, pues notaba que la prenda estaba a punto de

estallarle.

Ella había disfrutado de ese encuentro igual o más que él, estaba seguro. Aquella reacción no se podía fingir, no de esa manera. Pero, ¿por qué huía de él? ¿Por qué se negaba a sentir lo que sabía que le había hecho sentir?

Bueno, tendría una semana entera para darle vueltas al tema. Una larga semana lejos de ella.

Después de desayunar, sola por primera vez en mucho tiempo, Verónica buscó a Arthur donde ya sabía que lo encontraría. Atravesó la cocina y se dirigió a su huerto.

Pensó que podría aprovechar esta oportunidad para conocer mejor al cochero. Lo encontró de rodillas en la parte del huerto que Margot no aprobaba.

—Buenos días, Arthur.

El hombre alzó la vista. Con el dorso de la mano se apartó un mechón de su pelo cano y se puso en pie.

—Buenos días, Madame. ¿En qué puedo ayudarla?

—Como ya sabes —comenzó—, en unos días tendré que pasar de nuevo por las parroquias y por algunas de las fincas para conocer los nombres de los niños que serán mis nuevos alumnos.

—Sí, Madame. Monsieur Alejandro me dejó instrucciones de que estuviera a su disposición para llevarla adonde precisara.

—Sí, ya me imagino —murmuró—. No sé qué resultado tendrán nuestros esfuerzos de estos días, pero mi esperanza es que vengan muchos niños. Diez o quince como mínimo. Y para que puedan llegar hasta aquí, necesitaré un carro lo suficientemente grande y un muchacho dispuesto a

recogerlos a primera hora de la mañana y llevarlos de vuelta después del almuerzo. ¿Sabrías tú dónde podría encontrar ambas cosas?

A Verónica le sorprendió que el hombre parpadeara como si no creyera lo que estaba oyendo.

—¿Es una broma, *Madame*? —Preguntó, con sus oscuros ojos entrecerrados, de forma que las arrugas se le marcaron de forma exagerada—. Tendrá que disculpar que no me ría. Los ingleses no somos famosos por nuestro sentido del humor.

—No es ninguna broma, Arthur. No entiendo por qué debería serlo.

—¿Por qué? Simplemente, porque yo soy el cochero de esta casa —alegó con rotundidad—. Desde que me lesioné la espalda, rara vez me dejan hacer poco más que conducir el carruaje o jugar con mi huerto, que es como todos ven lo que hago aquí. Antes ayudaba a Leo en los establos,

pero desde que ese avispado de Nolan ha descubierto su vocación, apenas tengo nada que hacer por allí.

Verónica trató de asimilar sus palabras rápidamente.

—¿Te estás ofreciendo a traer todas las mañanas a los niños hasta aquí y a llevarlos de vuelta a sus casas, Arthur?

—Realmente, daba por hecho que usted había pensado en mí para ello.

—Lo lamento. —La joven se sintió enrojecer—. He de reconocer que no lo había hecho. Pero solo porque me había parecido más práctico que el carro saliera de la ciudad directamente cada día. Si sale desde aquí, es hora y media de trayecto añadida.

—Nunca ha sido ningún problema para mí levantarme al alba, Madame.

Ella sonrió y los ojos se le iluminaron,

ilusionados. Arthur comprendió por qué Alejandro parecía tan ido últimamente.

—Y con respecto a su pregunta, sí, sé dónde conseguir un carro capaz de transportar hasta a veinte francesitos.

Esta vez Verónica rio a carcajadas, de una forma que demostraba que el hombre tenía más sentido del humor del que alardeaba.

—Gracias, Arthur.

—De nada, Madame. —Agachó la cabeza con gesto respetuoso—. Si eso es todo.

Volvió a su huerto y continuó con lo que estaba haciendo antes de que ella llegara.

—Yo también tenía un huerto en mi casa de Zaragoza. Mucho más pequeño que este, claro. —Guardó silencio unos instantes—. ¿Te molesta si te pregunto qué estás haciendo?

Antes de que respondiera, ella ya estaba arrodillada frente a él.

—Injertos. Trato de crear nuevas especies. — Animado por su interés, se dirigió hasta un pequeño matorral. De allí arrancó un fruto y se lo ofreció a ella—. ¿Se atreve a probarlo?

—Si es comestible, sí —aseveró.

—Lo es. Pero es un sabor nuevo. Llevo años trabajando en él. Creo que ha mejorado bastante.

—Siempre me ha encantado la fruta. Toda —añadió y, mirándole a los ojos, mordió la pieza redonda y pequeña—. Mmm. Sabe a algo entre una ciruela y una pera.

Él asintió con la cabeza.

—¿Le gusta?

—Mucho.

Se comió la extraña fruta mientras contemplaba a Arthur trabajar en silencio. Pero en cuanto acabó, comenzó a pasarle los esquejes que él tenía en un cuenco y, después de ver claramente cómo lo hacía, comenzó a imitarlo en otra hilera de terreno

ya preparada.

La grumosa tierra húmeda le trajo recuerdos de cuando ella cultivaba su propio huerto, y la nostalgia la invadió hasta que una fría voz la hizo volver al presente.

—Dudo que Monsieur Alejandro aprobara que usted estuviera haciendo esto.

Arthur ni siquiera miró a Berta, realmente hizo como si no la hubiera oído. En cambio Verónica alzó las manos manchadas y le dedicó una mirada de indiferencia.

—¿Has venido hasta aquí solo para decirme eso?

Berta pareció desconcertada por una fracción de segundo.

—No, Madame. Realmente buscaba a Arthur. Dentro de media hora tenemos que ir a la ciudad a hacer las compras.

Verónica contuvo una sonrisa. Sabía cuánto le

molestaba a Berta tener que ir ella misma a la ciudad desde que Ivy había pasado a ser su doncella personal.

—El coche estará listo para entonces, Berta —dijo él secamente y sin alzar la vista.

—Muy bien —respondió y se giró con gesto airado—. Por cierto —añadió sin dejar de caminar—. Como la había estado buscando por todas partes, excepto aquí, y no la había encontrado, he dejado la carta que ha llegado para usted en el escritorio de su alcoba.

Verónica la buscó con la mirada, pero ella ya se había adentrado en el patio.

¿Carta? Podría ser de... El corazón le dio un saltito de alegría y a punto estuvo de salir disparada hacia la casa. Pero, mirando la tarea que quedaba por hacer en el huerto y teniendo en cuenta que Arthur tendría que marcharse en breve, decidió que la carta de, imaginaba, su amiga

Úrsula podía esperar media hora más en su escritorio.

—Y dime, Arthur —preguntó de pronto—. ¿Cómo te dio por hacer estas cosas tan curiosas con los vegetales y las frutas?

—Mis padres tenían tierras en Inglaterra. Cuando yo tenía catorce años, hubo una epidemia que comenzó a afectar a los cultivos de forma devastadora. A mí siempre me había gustado trabajar el campo y ya había experimentado con abonos, pero entonces lo comencé a hacer con pesticidas caseros. Al cabo de algunos años, mis brebajes se vendían en toda la región, y ninguna plantación volvió a sufrir ninguna epidemia.

—Vaya. ¿Tienes estudios de química?

—No. Pero he leído algunos libros que me dieron ciertas ideas.

Verónica estaba impresionada. Y un tanto confusa.

—¿Y cómo acabaste en *Le Petit Beaumont*?

El hombre sonrió de medio lado.

—Oh, Madame. El amor mueve montañas.

Y mientras colocaba cada esqueje con delicadeza y cariño, Arthur le contó su historia.

Quince minutos más tarde, Verónica fue a lavarse las manos con el agua del pozo del patio trasero. Mientras hundía los dedos en uno de los cubos, observó cómo Margot salía de la cocina y se dirigía al huerto sin percatarse de que ella estaba allí.

La vio acercarse a Arthur, quien estaba recogiendo sus herramientas. En cuanto ella le dijo algo que Verónica no pudo oír, él estiró la mano para tocarla.

—¡Ni se le ocurra tocarme con esas manos tan sucias, *Milord*!

El grito fue tan alto que ella lo oyó

perfectamente, al igual que la carcajada de la cocinera cuando él salió corriendo tras ella tratando de agarrarla. Como dos niños, se persiguieron alrededor del vallado hasta que, finalmente, Arthur la capturó entre sus brazos.

Verónica se quedó embelesada al ver cómo el hombre miraba a su mujer y el rostro parecía rejuvenecerle de golpe. Ella le sonrió y dio un ligero beso. Él, en cambio, la atrajo hasta su cuerpo y la besó con una pasión que obligó a Verónica marcharse para dejarlos a solas.

Mientras subía hacia su alcoba, se preguntó cómo era posible que, tras tantos años, dos personas siguieran adorándose de aquella manera. En el fondo, no le sorprendía. La historia de ambos era tan romántica que, al escucharla, no había podido contener unas lágrimas de emoción.

Aquel hombre flaco y bastante arrugado había sido un joven bien parecido y fuerte, rebosante de

entusiasmo y esperanzas. Con solo diecinueve años, había viajado con dos socios hasta Francia para vender los pesticidas que había llegado a patentar.

Tras un par de semanas en Orleans, Arthur y sus amigos se acercaron a los festejos en la plaza, con música y teatro de calle. Entre el gentío, escuchó una risa que lo atrapó al instante.

Él nunca se había considerado un buen bailarín, pero le solicitó un baile en su francés chapurreado a la joven cuya risa, y después sus ojos, lo habían cautivado. Tal vez porque sus imprecisas palabras la hicieron volver a reír —de aquella cautivadora forma— ella aceptó.

Bailaron, rieron y charlaron. Ella le contó que trabajaba en el mismo lugar donde vivía aún con sus padres. Él le habló de su tierra, de la familia que había dejado atrás y de sus proyectos de venta por todo el país. Justo antes de despedirse, le

confesó que se marchaba al día siguiente.

Entonces, ella lo miró a los ojos y, tras rodearle el cuello con ambos brazos, lo besó, al principio tímidamente, y después como si le fuera la vida en ello.

“Por si nunca vuelvo a verte”, le susurró al oído antes de irse corriendo, tratando de ocultar unas lágrimas que él alcanzó a ver fugazmente.

No obstante, después de aquello, Arthur supo que no podía marcharse sin más.

Esa misma mañana, y sin saber muy bien qué iba a hacer, alquiló un caballo con parte de los ahorros que había reunido y se encaminó hacia *Le Petit Château Beaumont*, guiado por un precario mapa dibujado por el posadero de la casona donde se había hospedado.

No tenía ni idea de lo que iba a decirle a la joven de la que se había enamorado perdidamente la noche anterior y quien —a saber por qué, pero

gracias al cielo— le había dado el nombre del impresionante lugar donde trabajaba.

Un hombre serio, que más tarde descubriría que era el padre de ella, abrió y lo miró de arriba abajo antes de hacerle una pregunta en francés que en ese momento no comprendió, pero a la que respondió instintivamente “*Oui*”. Entonces el mayordomo lo condujo hasta un despacho donde lo recibió el mismísimo Armand de Beaumont.

El marqués supo que Arthur era inglés nada más verlo, y su gesto malhumorado cambió ligeramente. Lo primero que hizo fue preguntarle, en inglés, si sabía francés. Él confesó que lo comprendía mejor que hablarlo. Acto seguido, Armand le extendió un papel y una pluma y le dijo que el trabajo era suyo.

Al leer aquel documento, Arthur comprendió que la pregunta del mayordomo había sido si venía por el puesto vacante de caballero. La situación,

por lo que descubrió más tarde, era que Armand acababa de despedir al último hombre en ese cargo porque dedicaba más tiempo a la cháchara que al trabajo. Así que, con un muchacho que no conocía bien el idioma, dio por hecho que no iba a encontrarse con el mismo problema.

Ese mismo día se instaló en la casa y probó su primera comida cocinada por Margot, aún pinche de su madre, quien enrojecía cada vez que él la miraba, delatando ante el resto del servicio que ambos se traían algo entre manos.

Tres meses después, cuando fue merecedor de la confianza de todos en la casa tanto por su comportamiento como por su excelente trabajo, la pidió en matrimonio, confesándole cómo había acabado realmente allí. Tal vez por casualidad, o tal vez por el destino.

Antes de quedarse en silencio y seguir trabajando en el huerto, Arthur le había contado a

Verónica que a Margot siempre le había parecido irónico que pudiera salir algo bueno de la desidia y la prepotencia de Armand de Beaumont. Pues, si no hubiera sido por sus extrañas formas de tratar al servicio, ella y Arthur quizás no se habrían vuelto a ver.

Aquello hizo pensar a Verónica un par de cosas que ocuparon su mente el resto del día, pero sobre todo, de la noche. La primera, que efectivamente el amor podía mover montañas. Y la segunda, que si dos personas estaban realmente predestinadas a estar juntas, era posible que el universo se confabulara para conseguir que así fuera.

Alejandro se giró en la dura cama del primer hotel que había encontrado en su repentina huida disfrazada de cambio de planes. Querer evitarle a cierta dama la humillación de verse rechazada le

iba a costar un severo dolor lumbar. Y todo por no quedarse en la casa de Dominique Brel, como siempre había hecho en sus visitas a Lyon. No obstante, no se arrepentía de su decisión.

Volvió a girarse, no encontraba postura. Además le costaba respirar. Estaba intranquilo. El cierre del acuerdo para las explotaciones de mineral de hierro le iba a llevar más tiempo del que había calculado, puesto que Dominique estaba fuera de la ciudad y no se esperaba que volviera hasta después de cuatro o cinco días. No era la primera vez que le ocurría algo así a pesar de haber concertado la visita con él vía telegrama. Si no fuera porque les unía una amistad de años que había iniciado su padre, ya se habría buscado otro contacto en el sector minero, por ejemplo, del norte de España. Sus socios ingleses llevaban mucho tiempo interesados en aquella zona.

Tal vez iba siendo hora de sondear nuevos

yacimientos. Basile iría de avanzadilla, por primavera, para así tener informes antes de junio. Porque en verano, irían a España sin falta. Él y Verónica. Allí tenía una sorpresa para su esposa.

Su esposa... Eso era lo que no le dejaba respirar, reconoció. Su ausencia le dolía en el pecho, pues iba a estar, como poco, otra semana más sin verla.

Una vez que la había probado no podía prescindir de ella. Si nunca la hubiera besado todo sería más sencillo. Pero lo hizo, y en el fondo se alegraba, no importaba sufrir por ello o tener que recurrir a trueques para conseguir hacerlo con frecuencia, aunque nunca la suficiente.

Cada vez que la veía se tenía que contener para no abrazarla contra su pecho, o acariciar su rostro o... algo más. Así que, a lo largo de todo el día, las ganas de su contacto se iban acumulando y explotaban en cada beso, cada noche con más

fuerza. Y cada vez le costaba más no delatarse con alguna caricia indebida, suspiro demasiado profundo o palabra cariñosa. Eso cuando no le abrasaba la pasión y le arrancaría la ropa a bocados para devorarla de pies a cabeza.

Si ella supiera lo que le hacía sentir, pensó con la cabeza bajo la almohada, no sabía si accedería a seguir besándolo a diario. Pero él no sobreviviría sin ese minuto vital, de hecho, se sentía morir desde que se había marchado.

Aquellas revelaciones lo habían dejado pensativo esa misma tarde, en casa de Dominique. Su hija menor, Lili, lo había recibido en la casa y le había explicado que, como él, ella se había encontrado con que Dominique no estaba. Y eso que le había avisado de que iría a visitarlo con su marido y sus hijos. Y su cuñada.

Los niños se habían entretenido jugando a los pies de ambos en el gabinete donde estaban

charlando. Pero a pesar de que siempre era agradable conversar con Lili, ese día había decidido que la visita se terminaría ahí. Era lo más prudente.

Por supuesto, no fue nada fácil convencerla, y solo cedió cuando Alejandro aceptó quedarse, por lo menos, a cenar.

Un par de horas más tarde, cuando Antoine, el marido de Lili, había regresado a casa con su hermana Carla, Alejandro se había encontrado sentado frente a ella, quien ya en el primer plato, se había quitado un zapato para deslizar su pie descalzo por la entrepierna de Alejandro, haciéndole dar un salto y derramar parte del consomé.

Había sido algo brusco apartándole la extremidad de entre las suyas. Aun así, Carla no se había dado por vencida. Quizás los encuentros furtivos en dos visitas anteriores fueran lo que la

animaban a seguir intentándolo. Ella se había colado en el cuarto de él, por primera vez, hacía ya cinco años, solo uno después de quedar viuda. Alejandro era muy joven e inexperto todavía, y no había podido rechazar lo que aquella exuberante mujer le había puesto en bandeja. Al año siguiente, había sucedido algo parecido. Dos noches consecutivas. Y aunque habían pasado cuatro largos años, ella no parecía haber perdido un ápice de interés.

Ni siquiera pareció desanimarse cuando Lili comentó, poco antes del postre, que Alejandro se había casado recientemente.

Ya se había despedido de todos cuando, en la misma puerta de la casa, Carla se había lanzado a sus brazos y lo había besado en los labios con desesperación. Un beso al que él no había respondido.

—Soy un hombre casado, Carla.

—Dime a qué hotel vas. Iré cuando todos se duerman —le había solicitado en susurros, aún colgada de su cuello y pegando todo su cuerpo al de él.

—No lo has entendido. No es solo que no quiera que ellos se enteren. Es que yo ya no busco devaneos en mis viajes.

—Ella tampoco se va a enterar —le había asegurado mientras trataba de bajar las manos hasta su ingle, por lo que él había tenido que sujetarle las muñecas con fuerza para que no llegara más lejos—. Solo quiero pasar una noche contigo. Tú tampoco eres mi único hombre.

Eso lo había dejado bastante más tranquilo.

—Pero mi esposa sí es mi única mujer. Desde que me casé.

Ella se había reído, pero después de mirarlo y ver que él permanecía imperturbable, comprendió que decía la verdad.

—Debe de ser... una mujer única.

—Lo es.

—Mi difunto esposo también lo fue —comentó con un suspiro mientras la vista se le perdía en la nada. En dos segundos, volvió a mirarlo, esta vez con comprensión en los ojos—. Espero que te dé todo lo que necesitas, Alejandro. Que yo sé que es mucho.

Él no le había respondido, tan solo le había besado la mano y se había esfumado en busca de alojamiento para una semana.

Ni siquiera había pensado que aquel beso que Carla le había dado no le había hecho sentir nada. Tampoco su pie jugueteando bajo la mesa lo había excitado. No había habido respuesta alguna entre sus piernas más allá del sobresalto por el contacto inesperado.

Pero él deseaba, seguía siendo un hombre pasional. El problema era que todos sus deseos se

concentraban en una sola mujer. Y aquello, se dijo cuando por fin el sueño pareció invadirlo, aquello era una gran ironía. Solo deseaba a una mujer, a la suya, precisamente la que no lo deseaba a él. O más concretamente, la que se negaba a desearlo a él, se dijo, recordando su último beso en su alcoba por enésima vez.

Imitando a Ivy, quien a su vez imitaba a Leo, Verónica introdujo el primer bulbo bajo tierra.

—Ahora cubridlo por completo. Y repetid el proceso con el resto de los bulbos a solo un palmo de distancia —explicó Leo, observando cómo ambas mujeres seguían sus instrucciones.

Situados en cada uno de los tres círculos concéntricos que iban a formar un dibujo de tulipanes de distintos colores, se entregaron a la tarea que esa tarde Verónica había solicitado

compartir con ellos. Estaba mortalmente aburrida, y ni siquiera leer o preparar las clases para la veintena de alumnos con los que ahora contaba su escuela le quitaba la sensación de soledad que llevaba sintiendo... varios días.

Al encontrar a Leo y a Ivy en los jardines trabajando, les había pedido que la dejaran colaborar en sus tareas. Ellos, como siempre, habían sido encantadores con ella, incluyéndola en las clases que Leo impartía para Ivy ese día.

En ese momento, ella se había sentido de nuevo en casa. En familia. Además, encantada de poder contemplar cómo Leo miraba a Ivy mientras trabajaba. Con orgullo, con cariño, con esperanza. Con una sonrisa que lo decía todo. Y ella, inocente, no parecía darse cuenta de nada.

El sonido de los cascos de los caballos y las ruedas sobre la gravilla del camino hizo que los tres levantaran la cabeza hacia la casa. Y que

Verónica sintiera un vuelco en el estómago.

Había tardado mucho, más de lo que él le había dicho antes de marcharse. Pero ya estaba de vuelta y ella... se alegraba.

Desde lejos, Alejandro distinguió a las tres figuras arrodilladas en el suelo y se dirigió directamente hacia ellas.

Verónica levantó con orgullo uno de los bulbos, inesperadamente ilusionada por poder mostrarle que había aprendido a plantar una bonita espiral de tulipanes multicolor.

Pero él no hizo ningún caso de lo que le mostraba. Solo la cogió por la muñeca y, sin ni siquiera saludar a Leo o a Ivy, la arrastró hasta la parte trasera de la casa, lejos de las miradas sorprendidas de los otros dos jóvenes.

—Muchas mujeres de alta sociedad cultivan sus propios jardines, Alejandro —argumentó, creyendo que la alejaba de la tarea porque la

consideraba impropia de su clase social—. En Inglaterra es toda una tradición que las mujeres nobles cultiven rosas.

Él pareció no oírla cuando la empujó contra la pared trasera de la casa y la tomó por ambas mejillas, con la mandíbula apretada y los ojos echando fuego.

—Pídeme lo que quieras Verónica, cualquier cosa. —Su voz era ronca y su respiración jadeante—. Pero bésame hasta que me saque esta ansiedad que me está comiendo por dentro.

Antes de poder reaccionar de ninguna manera, la boca de Verónica fue asaltada por la de un verdaderamente ansioso Alejandro, hambriento y enfebrecido.

Ella mantuvo los brazos a ambos lados, estirados, evitando tocar su blanca camisa con las manos llenas de tierra. O eso trató de hacer al principio, mientras podía pensar. Porque tras unos

segundos, el beso que ya había sido arrollador se volvió salvaje, y ella tuvo que aferrarse a sus brazos para no caerse. Pudo sentir sus dientes apretando con la fuerza justa para hacerla jadear, su lengua deslizarse una y otra vez, como si nunca fuera suficiente. Y sus manos, tan cálidas como siempre, le acariciaron nerviosas la columna hasta la nuca antes de volver a su rostro y recorrerlo como queriendo comprobar que nada había cambiado, que era ella.

—Alejandro —murmuró empujándolo por el pecho—. Déjame respirar.

Él apenas se apartó unos milímetros.

—Perdona. Siento haber sido tan brusco.

Mantuvo la frente pegada a la de ella hasta oír su respiración más acompasada. Entonces volvió a besarla, esta vez más lentamente, casi con devoción.

—¿Ha ocurrido algo?

Ella lo había sospechado desde que le había dicho aquellas inesperadas palabras sobre lo ansioso que estaba. Pero su comportamiento lo había dejado más que claro. Y ella quería saber qué había provocado que su marido estuviera así.

—No. Solo que te he echado mucho de menos.

—¿Seguro?

Él retrocedió un paso, pero mantuvo las manos sobre sus mejillas.

—No solo tus besos, si es lo que estás pensando. También tu compañía —aclaró, puesto que ella no bajaba la ceja con gesto de sospecha.

—Yo he estado muy aburrida, no tenía a nadie con quien discutir —alegó como única concesión y con media sonrisa.

—¿Ivy o Leo no te han hecho compañía?

—Mucha. Pero con ellos es imposible discutir. Además, contigo es más divertido.

Él se quedó un rato en silencio. Después le

levantó la barbilla con la mano, le echó una extraña mirada por el rostro, como si no supiera en que parte detener los ojos, y la atrapó en otro beso que le mostraba que aún no había tenido suficiente.

Pero esta vez, ella no esperó a que él se detuviera. Al cabo de unos segundos, lo apartó empujándolo suavemente por el pecho.

—¿De verdad que no ha sucedido nada?

—No. —Parecía molesto por la pregunta—. ¿Qué iba a suceder?

—Bueno. Has estado dos semanas fuera. Y está claro que... necesitas algo más que esto. Más de lo que te puedo dar con un beso.

Él curvó los labios en una lenta sonrisa.

—¿Me estás haciendo una proposición?

—No. —Fue solo una palabra, pero fue rotunda—. Veo que necesitas más de lo que yo te puedo dar. De lo que nunca te voy a poder dar. Por eso me preguntaba si, en tu viaje, habrías estado con

alguna mujer.

Como si le hubieran tirado un balde de agua fría, Alejandro se quedó inmóvil, en silencio, hasta que las palabras le salieron con dificultad.

—Hice unos votos de fidelidad, Verónica. Igual que tú.

—No te pongas a la defensiva —protestó, molesta por cómo la miraba ahora—. Lo que quiero decir es que, dada nuestra situación, y viendo cómo eres tú, tus necesidades, lo comprendería.

—¿Comprenderías que me acostara con otra mujer? —El grito fue tan alto que Verónica creyó que Ivy y Leo podrían haberlo oído—. ¿Me estás dando tu permiso para que te sea infiel?

—Sí, Alejandro. —Ella mantuvo un tono de voz neutro—. Pero tengo dos condiciones. Que nunca traigas a ninguna a esta casa. Y que me lo digas. Siempre que suceda.

—No. Si encima querrás que te las presente...

—No, no quiero conocerlas. —De pronto, esa idea le pareció horrible—. Ni su rostro ni su nombre. Solo quiero saber la verdad, eso es todo.

Un agudo dolor en las entrañas invadió a Alejandro.

—Pues bien, la verdad es que nunca tendré que contarte nada, porque nunca sucederá.

—No puedes saber qué va a pasar dentro de unos años. La necesidad puede ser mayor de lo que ahora crees y...

—Lo mismo te digo. —La fulminó con la mirada—. Tú tampoco puedes decir que nunca cambiarás de opinión.

Ella negó con la cabeza y se sintió frustrada por tener las manos sucias y no poder pasárselas por la cara.

—Piensa lo que quieras. Solo prométeme que cumplirás mis dos condiciones el día que suceda.

Él se rio, una carcajada seca y corta, sin humor.

—Está bien. Puedo prometértelo, porque sé que nunca sucederá.

—Con eso me vale.

Ella se giró para volver a su tarea en el jardín, pero él la retuvo sosteniéndola por el brazo.

—¿Qué me dirías si supieras que he tenido la oportunidad de estar con una mujer, una antigua amante —añadió con énfasis—, íntimamente, y que la he rechazado?

Verónica permaneció de espaldas a él, sintiendo su mano en el brazo. Contacto que, de pronto y sin poder entenderlo, le produjo rechazo. ¿Estaba hablando hipotéticamente o le estaba confesando la verdad? La verdad por la que, posiblemente, había llegado en esas condiciones extremas de necesidad por sus besos.

—Te diría: ¿Por qué?

Tuvo que ser él quien la girara para que le

mirase a la cara.

—Y yo te respondería: Por ti.

—Y yo añadiría: La próxima vez, puedes ser más débil. Puedes ser solo un hombre.

Comenzó a caminar pero él le habló a lo lejos.

—¿Es ese el concepto que tienes de todos los hombres?

—Todos los hombres respondéis a vuestras necesidades básicas —argumentó, sin detenerse.

—Podemos sentirnos arrastrados por esas necesidades —gritó—, pero eso no significa que siempre caigamos en su voluntad.

Esta vez, ella se giró.

—Los hombres en general...

—Nunca me he considerado un hombre del montón —la interrumpió.

Yo tampoco, pensó ella. Pero eso no era ninguna garantía.

—¿Qué hay de nuestra canción, Verónica? —La sorprendió con la pregunta—. ¿Qué hay de “corazón fiel y amante”?

Ella se encogió de hombros. No tenía muy claro de dónde le habían salido aquellas palabras improvisadas.

—Necesitaba algo que rimara con “mente brillante”.

Él se sacudió la camisa donde ella la había manchado de tierra, en un gesto claramente dirigido a ella, a dejarle claro dónde había posado sus manos. Varios lugares por donde las había deslizado, con caricias deliciosamente inesperadas.

—Sabes que soy más de imágenes que de palabras. Pero juraría que “fiel” no es necesario en ese verso. No si el único motivo es la rima.

Ella tragó saliva. Carecía de argumentos para rebatirle eso.

—Bienvenido a casa, Alejandro —concluyó, y continuó su camino hacia los jardines.

Ni por asomo era esta la primera conversación que esperaba tener con ella. Y, desde luego, la ansiedad había desaparecido por completo. Al menos eso sí lo había conseguido. Nada más efectivo que intentar lanzarlo en brazos de otras mujeres. Por no añadir que había dudado de él, creyendo que la besaba así porque se sentía culpable. Cuando lo que hacía era cumplir con lo que llevaba soñando día y noche desde que se había marchado: tenerla entre sus brazos de nuevo.

Tenía que conseguir hacerla cambiar de idea, se dijo. Su objetivo a partir de ese momento sería que lo deseara, tanto que no pudiera ni pensar en verlo con otra, ni siquiera imaginarlo. El quid era cómo demonios iba a lograrlo. Por suerte, esa noche sería la primera de muchas noches en las que dormirían en la misma cama.

Capítulo 12

Hacía una semana que Ivy había reubicado todas las cosas de Verónica en el dormitorio de Alejandro. Verónica había pensado que se le haría más fácil dormir con él en una cama a la que ya se hubiera acostumbrado a dormir sola.

Por eso, cuando Alejandro entró en su dormitorio, se la encontró dentro del lecho, en el lado más próximo a la puerta, con un libro entre las manos.

Dio un pequeño portazo a su espalda y, cuando ella alzó la vista sobresaltada, él improvisó algo que no sabía qué resultados tendría, pero que confiaba en que no la dejara indiferente.

Empezó por las botas. Se las sacó de dos puntapiés, saliendo con menor dificultad de lo

esperado. Así que, una vez superada esa parte que podría haber resultado un tanto torpe y ridícula, adoptó una pose más erguida y continuó quitándose las prendas una por una, lentamente, a medida que iba aproximándose al lecho. Y a ella.

Verónica contempló cómo su marido se desabrochaba primero los pantalones y después la camisa, para seguidamente desprenderse de todas las prendas excepto los calzones. Todo ello, sin dejar de mirarla a los ojos ni un instante, sonriendo de medio lado y consiguiendo que su corazón latiera desbocado ante aquella impresionante visión.

Le maravilló, tanto como le aterró, descubrir algo que era toda una revelación para ella: comprobar lo que un hombre que se sabe atractivo y que sabe cómo explotar sus encantos es capaz de despertar en una mujer que solamente lo está mirando.

Estaba muda y paralizada. Tan solo podía observarlo y preguntarse cuáles eran sus intenciones. Aunque estas le quedaron bastante claras cuando él subió a la cama, gateando como un felino, acercándose sinuosamente hasta llegar a colocarse sobre ella, pero sin tocarla. Lo que no impedía en absoluto que ella sintiera el calor de su cuerpo a tan corta distancia u oliera el aroma de su piel, tan intenso y masculino y, a la vez, único. Como él.

—Alejandro. —La tenía acorralada. Sus manos sostenían un libro que era lo único que impediría que el cuerpo de él entrara en total contacto con el de ella si decidía dejar de sostenerse con codos y rodillas—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Tras lo que el hombre catalogó como el segundo balde de agua fría del día, se dejó caer de lado, rodando hasta el otro extremo de la cama. Estaba claro que había perdido facultades en sus

técnicas de seducción.

—Si tienes que preguntarlo, es que no lo estoy haciendo bien.

—Déjate de juegos y vamos a dormir. Es muy tarde.

Dejó el libro sobre la mesilla y apagó su lamparita. Alejandro se levantó y corrió parcialmente las cortinas. Después se giró y volvió a caminar lentamente hasta estar al borde de la cama.

—¿Y mi beso?

Ella alzó un poco la cabeza para mirarlo, aunque debía reconocer que ya lo había estado contemplando mientras cerraba las cortinas. Los ojos se le habían ido solos hasta esa espalda ancha que se iba estrechando y culminaba en una cintura muy marcada, antes de llegar a unos glúteos perfectamente definidos que aquellos calzones revelaban demasiado bien.

—¿Pretendes que me levante y te lo dé?

—No me importa ir yo mismo a buscarlo.

Dio un salto sobre la cama y se apoyó en un codo, de medio lado, junto a ella.

—¿Luz apagada o encendida? —preguntó, juguetón.

—Me da lo mismo.

—Oh, no, créeme. No es igual en absoluto.

Ella frunció el ceño y él se dispuso a mostrárselo.

—Luz apagada. —Cerró el paso del gas de su lamparita—. Verás cómo tengo razón.

Tumbada boca arriba y con la cabeza ligeramente girada hacia él, esperó a recibir el beso. Pero él no parecía ir a acercarse, así que después de un rato de espera, se movió hacia delante para dárselo ella misma y que dejara de jugar de una vez.

Lo que no esperaba era que él estuviera tan cerca, inclinado sobre ella, por lo que sus cabezas chocaron con un sonido seco que precedió a una incongruente protesta por parte de ambos.

—Sí, está claro que no es lo mismo encendida que apagada —dijo ella, y no pudo evitar echarse a reír a carcajadas.

—Tienes la cabeza muy dura —alegó, frotándose con dolor la parte superior de la ceja. Aunque al oírla reír de esa manera, acabó riendo él también.

—No más que la tuya —se defendió Verónica, tocándose el bulto que ya empezaba a salirle en medio de la frente.

—Tendremos que practicar nuestra percepción sensorial de las distancias en la oscuridad.

—¿El qué? —preguntó, aún riéndose—. ¿Y eso cómo se hace?

—Así.

La risa se le cortó de golpe cuando sintió a Alejandro de nuevo sobre ella, exactamente de la misma forma que había estado antes, apoyado en codos y rodillas. No lo veía, pero recordaba perfectamente lo que acababa de ver hacía un par de minutos. E imaginarlo era casi mejor que verlo. Sobre todo, porque a oscuras él no podía ver el gesto de su cara, que ella sospechaba que sería una mezcla entre terror y expectación por lo que estaba a punto de suceder.

Sintió una fuerte palpitación en el vientre cuando él le acarició el rostro solo con su aliento y su nariz rozó su frente antes que sus labios, antes de que estos bajaran poco a poco hasta llegar a los suyos. Una vez allí, giró la cabeza y le dio un pequeño beso antes de apartarse y tumbarse boca arriba en su lado de la cama.

Contente Zaldívar, le dijo la parte racional de su cerebro, la que le había impedido apretar su

cuerpo contra el de ella en cuanto había probado sus labios. *No vayas a hacer que huya de tu cama la primera noche que la tienes contigo.*

—Ahora, hazlo tú —le ordenó cuando recuperó el aliento.

—¿Yo?

—Sí. Quiero que me des nuestro beso de hoy recostada sobre mí. Tranquila —se adelantó a su protesta—. No te tocaré. Hoy mandas tú.

¿Conque mandaba ella, eh? Bien, así lo haría.

—Pon las manos sobre la almohada —le indicó antes de girarse hacia él y apoyarse en un codo—. Y no voy a subirme encima de ti. Me quedaré de lado.

—Tú mandas —repitió él.

Ella se acercó despacio, escuchando su respiración, y buscando con una mano las suyas que, tal como ella había solicitado, estaban sobre la almohada, a ambos lados de su cabeza. Eso le

indicó un punto de referencia en la oscuridad, dándole la confianza para acercarse al rostro de él sin miedo a chocar. Pero, de nuevo, lo hizo demasiado rápido, por lo que su nariz rozó el ojo izquierdo de él. Verónica no pudo evitar soltar una risita antes de descender un poco y centrar la boca hasta encontrar la suya, entreabierta y jadeante.

Entonces, empezó a besarlo tal como recordaba que hacían cada noche, antes de que él se fuera, pero sin poder evitar recordar cómo la había besado esa misma tarde.

Inconscientemente, profundizó el beso, e inmediatamente se sintió extraña al no poder verlo cuando abría los ojos, cuando se apartaba de él un segundo para coger aire. El hecho de no tocarlo con las manos, al igual que él a ella, también le resultó raro, y tuvo que reconocer que era una diferencia bastante notable. Pero experimentó, solo con el tacto de los labios, la lengua y el

rostro. Y se inclinó más sobre el codo que la sostenía, dejándose llevar, recordando esta vez cómo él se había desnudado para ella, insinuando que aquel impresionante cuerpo era suyo si ella lo quería.

¿Y acaso no lo quieres para ti?

Aquella pregunta auto formulada desencadenó una serie de movimientos de su propio cuerpo. La mano que sostenía la de él se deslizó por su brazo, su hombro, hasta llegar al pecho, ancho y parcialmente cubierto de unos rizos que, como había observado cuando aún había luz, eran algo más oscuros que su cabello. El siguiente movimiento fue el de su pierna hundiéndose entre las de él, seguida de su cadera apoyándose en su estómago, justo antes que su mano, la cual continuaba ese sendero de caricias exploradoras e incontenibles.

No obstante, separó bruscamente sus labios de

los de él en cuanto se sintió arrastrada por su brazo, que había rodeado repentinamente su cintura y la colocaba a horcajadas encima de él.

—Me dijiste que no me tocarías —le acusó, y se bajó de él para tumbarse en su lado del lecho, dándole la espalda.

—Tú dijiste que no te recostarías sobre mí. Pero lo estabas haciendo, o más bien lo intentabas. Por eso he decidido ayudarte.

La oyó resoplar, de forma que supo que no podía rebatirle lo que acababa de decir.

—Buenas noches —susurró dando por concluida la conversación.

—Buenas noches —murmuró él, preso de una lucha interna entre su instinto y su voluntad.

Las manos le temblaban, el cuerpo entero se le había tensado al sentirla pegada contra él y no poder retorcerse bajo su contacto. Solo su boca tenía permiso para hacerlo, y en ella había

concentrado todo lo que tenía para darle. No sabía si eso había sido lo que le había atraído hasta él, a buscar su contacto, un contacto que había durado menos de lo deseado. Tal vez si él no se hubiera precipitado, ella habría acabado lo que había empezado voluntariamente, sola. Unas caricias que lo estaban volviendo loco.

Se fue recuperando poco a poco, tratando de conciliar el sueño y de olvidar que la tenía tan cerca que podría tocarla con solo estirar la mano. Habría sido más fácil si ella se hubiera estado quieta un segundo. Pero no paraba de dar vueltas y vueltas.

—¿Qué te pasa?

—Lo siento. ¿Te he despertado?

—Aún no me he dormido.

—Yo tampoco. No puedo dormir. —Suspiró—.

Creo que es porque nunca he dormido acompañada.

—Yo tampoco.

Ella ahogó una risita de incredulidad.

—Es cierto —aseguró—. He compartido cama con mujeres antes que contigo, no lo niego. Pero nunca he dormido con ninguna.

—¿Pretendes que crea que pasabas la noche en vela... haciéndolo?

—No. —Contuvo la risa por su forma de referirse a practicar sexo—. Simplemente, después de *hacerlo*, ella se iba o bien era yo quien me marchaba, dependiendo de quién fuera la cama. Por supuesto, acompañaba a la dama en cuestión hasta su casa si era de madrugada.

—¿Y todas esas mujeres eran damas?

La pregunta le sorprendió.

—Nunca he tenido que pagar por compañía femenina, si es eso lo que estás insinuando.

Verónica no pudo evitar sentirse aliviada. No le hubiera gustado eso de su marido. Pero, ahora que

lo pensaba más detenidamente, tampoco es que le gustara la idea de imaginarlo con mujeres que se entregaban a él solo por placer. Que ese cuerpo que él le estaba ofreciendo tan descaradamente, un cuerpo que solo por ser su esposa ya le pertenecía, hubiera sido visto, tocado y saboreado por otras mujeres le hacía sentirse... violenta.

—No creo que oírte hablar de tus antiguas amantes me ayude a conciliar el sueño, ¿sabes?

—¿Ah, no? Creía que te daba lo mismo que las tuviera.

—No me interesan los detalles —dijo sin más. Pero una voz en su cabeza le preguntó en qué demonios estaba pensando cuando le había dado permiso para que le fuera infiel. Y era una voz muy chirriante y difícil de ignorar—. Tan solo quiero la verdad.

—¿Quieres la verdad? Te diré la verdad —Ella notó cómo él se incorporaba a su espalda—.

Somos tú y yo, Verónica, *tú y yo* los que estamos en esta cama. —Sonaba realmente dolido—. Y aún siento un hormigueo por donde has pasado tu mano mientras me besabas.

Ella guardó silencio, pero el corazón comenzó a palparle con fuerza. Conocía perfectamente esa sensación que le estaba describiendo.

—Yo también quiero la verdad —añadió él al cabo de unos segundos de silencio.

Verónica se aovilló, se aferró a las sábanas y respondió en un susurro.

—Tu piel es mucho más suave de lo que había imaginado.

Alejandro meditó sobre aquellas palabras. Tal vez no fueran mucho, pero eran más de lo que ella jamás le había concedido. Y estaba seguro que le había costado mucho formularlas. Se dijo que era mejor no presionarla. Eso nunca había funcionado con ella.

—Tienes razón. Más vale que hablemos de otra cosa si queremos conciliar el sueño.

Verónica recordó que durante la cena él ya le había hablado sobre su viaje y sus negocios mineros con Dominique Brel. Ella le había nombrado uno a uno a los nuevos alumnos y le había contado que, en su última carta, Úrsula, le mandaba recuerdos, tal como ella había escrito literalmente, *al niño pelirrojo*. Recordar eso le dio una idea.

—Cuéntame algo de cuando eras niño.

Aquello le hizo sonreír en la oscuridad.

—Creo que había una historia que dejé a medias el día de mi cumpleaños.

—¡Oh, sí! —Ella lo recordó al instante—. El día que tu padre te regaló a Gino. ¿Qué pasó?

Alejandro le contó que cuando el perro de un vecino le mordió, cogió tanto miedo a los perros que no era capaz de acercarse a ninguno. Por eso

su padre buscó un cachorro que fuera tan adorable que no pudiera despertar en él ningún temor.

El problema fue que se le ocurrió dejárselo en la cama mientras estaba dormido, y cuando se despertó a causa de unos lametones en la mejilla y se encontró con la cara del perro frente a la suya, demasiado cerca para identificar qué era, gritó tan alto y tan fuerte que el perro salió huyendo y se escondió bajo la cama.

Su padre no consiguió que el animal permaneciera en el mismo cuarto que su hijo, pues era el perro quien tenía miedo del humano. O fue así hasta un día que Gabriel, quien por aquel entonces aún estaba estudiando psiquiatría, fue de visita y les propuso algo. Solo Alejandro podría alimentar al perro. Así comprendería que él era su dueño y que era el único que se iba a ocupar de él. En pocos días se acostumbraron en uno al otro, convirtiéndose Gino en su sombra.

Cuando Alejandro comenzó a contarle a Verónica los destrozos que había hecho el perro en su dormitorio la primera vez que él se marchó varios meses de la casa, no la oyó reír o preguntar nada como había hecho durante el resto de la historia. Finalmente se había dormido.

En la oscuridad, se arrastró sobre la almohada y le dio un beso en la frente. Cerró los ojos y se durmió escuchando su acompasada respiración, satisfecho por saber que iban a ser capaces de superar su primera noche juntos sin que ninguno de los dos tuviera que abandonar la cama.

Poco a poco, se dijo, como tantas otras veces.

Conversar en la cama antes de dormirse se fue convirtiendo en una costumbre. Parecía que el refugio de la oscuridad les permitía hablar con mayor libertad.

Por eso, Alejandro esperó a terminar de besarla y recuperar el aliento para decirle algo que llevaba días pensando. Algo que quería de verdad.

—Tengo que marcharme de viaje.

La joven, que estaba tumbada boca arriba y aún respiraba con dificultad tras el intenso beso que le había hundido la cabeza en la almohada y el cuerpo en el colchón, habló casi sin voz.

—¿Otra vez? —Tragó saliva—. Acabas de volver. —Solo habían pasado dos semanas.

—Lo sé. Pero tengo que visitar la fábrica de Sajonia antes de que acabe el año.

—Sajonia —musitó ella—. Eso es Alemania, ¿verdad?

—Sí. ¿Has estado allí alguna vez?

—No, es un país que nunca he tenido oportunidad de visitar.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Bueno, quizás algún día...

—Quiero que vengas conmigo.

Verónica se giró y lo sintió muy cerca. Ahora ya sabía cómo percibirlo en la oscuridad.

—¿Cuándo pensabas irte?

—En una semana. Será un viaje de menos de un mes. Estaremos aquí para Nochebuena.

—No puedo, Alejandro. —En el fondo, le daba pena tener que rechazarlo. Le apetecía ir y, además, no quería decepcionarlo—. Tengo que ocuparme de la escuela.

—¿No estás diciendo siempre que Ivy es brillante?

—Sí, pero...

—¿No podrías preparar las clases para las pocas semanas que faltan hasta las vacaciones de invierno y explicarle cómo darlas? Tienes siete días. Más que suficiente para alguien como ella.

—Ya ayuda a algunos de los alumnos que van más atrasados en varias materias —meditó Verónica en alto—. Es muy buena explicándoles, tal vez porque ella acaba de aprender esas mismas lecciones y comprende mejor sus dudas.

—Seguro que le hace mucha ilusión que confíes en ella para algo así.

Alejandro esperó, y esperó. Quería dejarle tiempo para que lo pensara, y quería que la respuesta fuera afirmativa.

—¿Qué me dices? —preguntó cuando ya no pudo más.

—Sí. —Se le escapó un suspiro y una risita nerviosa—. Iré contigo.

Alejandro buscó su mano. Cuando la encontró, se la acercó a los labios y la besó. Después entrelazó los dedos con los suyos, dejando que sus brazos reposaran estirados sobre la cama, entre sus cuerpos. Y ambos mantuvieron sus manos

unidas hasta que se quedaron dormidos.

Verónica terminó de corregir los ejercicios de aritmética y los repartió por los pupitres. Así, al día siguiente, antes de que Ivy se estrenara en su tarea de maestra, los niños podrían ver el resultado de su examen de matemáticas.

Apagó todas las velas para cerrar por ese día la escuela, con un ligero nerviosismo en el estómago y un inesperado sentimiento de nostalgia. Iba a abandonar su nuevo hogar por primera vez en casi tres meses, y la verdad era que le daba algo de pena.

Estaba ya en la puerta cuando lo que le pareció un grito ahogado la hizo detenerse en seco. Acto seguido, lo que ella ya había bautizado como “los murmullos” comenzó a escucharse como tantas otras veces. Pero en esta ocasión, más lastimeros

que nunca. Y a diferencia de otros días, no creyó que el viento pudiera ser el causante de los murmullos, pues le pareció entender palabras ocultas en aquellos quejidos. “No”. “*Vuelve*”. “*Por qué*”

Cuando un segundo grito más agudo que el primero la hizo estremecerse de pies a cabeza, su mente se olvidó de toda lógica y, aterrada, salió corriendo por la puerta. Pero emprendió la carrera con tanto ímpetu que tropezó con el escalón de la entrada y cayó de bruces al suelo.

Le dio el tiempo justo a echar las manos para no golpearse en la cara, pero el pie que se había quedado enganchado en la piedra no corrió la misma suerte, doblándose hacia el lado contrario al que el resto de su cuerpo había caído.

Por suerte, Jacques y Nolan jugaban con Gino no muy lejos de allí. El perro no necesitó oír más que el leve quejido que su dueña había emitido al

caer para lanzarse en su busca. Y los niños con él.

Tras dejarse ayudar para ponerse en pie, Verónica no fue capaz de dar un solo paso. El tobillo le dolía demasiado. Así que Jacques se apresuró en ir a buscar ayuda a la casa mientras Nolan le hacía compañía.

—¿Qué ha sucedido, Madame?

—Yo... —No podía decirle lo ocurrido realmente. Ni a él ni a nadie. Los niños se asustarían y no querrían volver a la escuela. Y los adultos la tomarían por loca. Ahora que estaba fuera y ya no se oía nada, hasta ella dudaba de lo que le había parecido escuchar dentro. Desde luego, no podía tratarse del espíritu de Evangeline rondando por la ermita que había visitado a diario en vida—. Estaba distraída y he tropezado con el escalón. Nada más.

Todos los planes y esperanzas que Alejandro había depositado en su primer viaje, se habían visto truncados por aquel desafortunado accidente. Si era eso lo que realmente había sucedido, le planteó una torturadora voz en su cerebro, la cual trató de ignorar de inmediato.

Verónica jamás fingiría algo semejante. Si no hubiera querido ir con él, se habría negado desde el principio y punto. Y desde luego, no iba a aprovechar su ausencia para tratar de huir.

Pero podría haberlo estado planeando a conciencia para no cometer errores y desaparecer sin dejar rastro, volvió a sugerir aquella odiosa voz. Ella era tan inteligente como para encontrar una vía de escape y hacerlo el día menos pensado, sobre todo si contaba con la ayuda de... ese hombre. Ese maldito hombre que había vuelto a escribir otra de sus malditas cartas.

Alejandro se dijo que el verdadero motivo por

el que estaba así de ofuscado con la idea de que ella fuera a abandonarlo era esa segunda carta que estaba leyendo por enésima vez cuando Jacques había llegado a la casa gritando como un loco en busca de ayuda para su maestra. Aquella endemoniada misiva había tenido el mismo destino que su predecesora: el fuego de la chimenea de su dormitorio.

Porque nunca se había dejado intimidar por nadie, y no iba a ser ahora cuando empezara a hacerlo. Verónica era sincera con él, duramente sincera en muchas ocasiones, y no podía creer que estuviera engañándolo como el demonio de los celos que se apoderaba de él trataba de convencerlo.

Ojalá hubiera podido eludir ese viaje, ojalá hubiera podido quedarse a su lado hasta que su tobillo inflamado sanara del todo. Pero si su trabajo tenía alguna exigencia ineludible, era esa.

Alejandro Zaldívar tenía que estar presente allá donde se le requería, y cuando se le requería. No podía quedarse, por mucho que lo deseara. Y nunca antes había deseado tanto estar en casa.

Siempre había amado viajar, descubrir lugares hasta entonces desconocidos para sus ojos y plasmarlos en sus pinturas. Pero ahora había algo que anhelaba con más fuerza, algo que amaba aún más, y estaba en su propia casa. Solo que su mujer no era suya, aunque un papel dijera lo contrario. Tenerla a su lado, aunque no realmente con él, era lo máximo a lo que podía aspirar.

¿Quién se lo iba decir a aquel joven rico y despreocupado que solo quería ver mundo y vivir la vida? Había tenido en su lecho a más mujeres de las que podía recordar, pero ninguna de ellas había despertado en él más que sus impulsos físicos o, a lo sumo, alguna de ellas había llegado a ser una buena amiga. Y no era el hecho de ser

rechazado lo que le había llevado a sentirse de esa manera. No era la primera mujer que se le resistía. Había habido otras. Algunas de ellas habían sucumbido tras una cuidada insistencia, pero otras habían persistido en su desinterés por él. En esos casos, había desistido sin perder la dignidad y se había embarcado en una nueva conquista.

Así que estaba seguro de que su rechazo no era lo que lo tenía loco. Loco y desesperado, se dijo al verse a sí mismo espiando por una de las ventanas de la escuela mientras ella daba clases. Sabía que en breve los niños tendrían un descanso. Y él no podía marcharse durante un mes sin despedirse de ella.

—Vaya, qué energía tienen. —Alejandro se apartó de la puerta cuando los niños salieron disparados en dirección a las cocinas de la casa. Acto seguido, le ofreció una mano a Verónica.

—Son como la pólvora —le indicó, apoyando

en él la mano que no estaba en el bastón que la ayudaba a caminar—. Solo necesitan una pequeña chispa para prenderse. Ha sido mencionar las natillas con galletas de Margot y han salido como un rayo.

—No es para menos. —Aquella era una de las especialidades de la cocinera. Suspiró profundamente—. Yo... quería despedirme de ti. Me marcho ahora.

—Siento no poder acompañarte como prometí —se lamentó con una mueca de dolor.

—La próxima vez —propuso.

—Sí, la próxima —aceptó enseguida.

Él no supo si fue su disposición o las ganas que tenía él de buscar cualquier excusa para llevársela, lo que le hicieron insistir de nuevo.

—O podrías venir de todas formas.

En un rápido movimiento, la cogió en brazos y se encaminó raudo hacia el carruaje.

—¡Alejandro! —protestó ella entre risas. Parecía creer que lo decía en broma, cuando él hablaba totalmente en serio—. No tengo equipaje —repuso al ver que no desistía.

—No importa. Cuando lleguemos compraremos todo lo que te haga falta.

Verónica golpeó el suelo con su bastón, a la vez que perdía su sonrisa.

—Alejandro, no puedo ir.

—¿Ah, no? Pero sí has podido ir a trabajar hoy. Ella puso los ojos en blanco.

—No compares un paseo de la casa a la escuela con horas de viaje y traslados, reuniones y fiestas. —Vio que su expresión no cambiaba—. Además, ni siquiera he dado ese paseo, me ha traído Leo en brazos. Incluso se había ofrecido para recogerme a la hora del almuerzo, aunque Ivy ha dicho que ella misma me traería unas manzanas para que no tuviera que moverme.

—Estabas de pie dando tus clases —le acuso ceñudo.

—Porque llevaba dos horas sentada. Necesitaba estirar las piernas.

—Yo podría llevarte en brazos, justo como estoy haciendo ahora —le indicó junto a la entrada de la casa, pero se detuvo allí, sin acercarse más al carruaje.

En el fondo sabía que ella tenía razón. Sanaría más rápido si se quedaba en casa. Aquel viaje sería demasiado pesado para ella en esas condiciones. Pero, por un momento, la feliz idea de llevarla consigo le había hecho actuar de forma irracional.

—No podrías atender tus negocios como es debido con tu esposa en brazos todo el día.

—Puedo hacer muchas cosas contigo en brazos —contraatacó él.

El comentario consiguió ruborizarla.

—No lo dudo —admitió la joven, algo cohibida—. Pero las que son el propósito de este viaje no se encuentran entre ellas.

Alejandro se dio por vencido con un suspiro.

—La próxima vez no faltaré —aseguró Verónica mirándole tan fijamente a los ojos que él no pudo hacer nada más que creerla ciegamente—. Pero avísame con tiempo para que Ivy pueda hacerse cargo.

Al ver que ella ya tenía pensado cómo organizar su ausencia comprendió que hablaba en serio, que estaba totalmente dispuesta a acompañarlo. Incluso parecía que le apetecía. Aquello le alegró mucho más de lo que esperaba. Y al detenerse a mirarla se dio cuenta de que, después de tanto tiempo, su gesto había cambiado. Ya no lo miraba de forma altiva, ni a la defensiva. Parecía relajada, cómoda. Feliz.

—¿Es que no piensas bajarme nunca? —

preguntó tras unos instantes en silencio que parecieron incomodarla. Él se había quedado mirándola, analizando su expresión.

—Te iba a llevar a la cocina a por tu fruta favorita.

Sonrió tímidamente al oír aquellas intenciones.

—¿Y cómo sabes cuál es mi fruta favorita? — preguntó apretando un poco más el abrazo alrededor de su cuello. Él la alzó un poco más entre sus brazos.

—Tú misma me has dicho que eso era lo que Ivy te iba a llevar hoy para almorzar. Además, te he visto comer manzanas más que a menudo y... canturrear mientras las masticas, cuando crees que nadie te oye.

Ella esbozó media sonrisa y frunció el ceño. Parecía extrañada al ver que él se había fijado en ese encantador detalle. No hacía mucho que canturreaba, y siempre lo hacía cuando comía

manzanas. Pero ya las había comido mucho antes y no lo había hecho.

De pronto comprendió desde cuando esa era su casa, y desde cuando ya no lo miraba como si lo odiara a muerte. No tenía el momento exacto, pero lo encontraría.

—Pues te equivocas —comentó ella mirando hacia otro lado—. Aunque me gustan mucho las manzanas, mi fruta favorita son las naranjas. —Volvió a mirarlo y se rio con esa espléndida y nueva risa que acababa de descubrir.

¿Por qué se la había estado guardando tanto tiempo? ¿Qué más maravillosas sorpresas escondía? ¿Le dejaría descubrirlas?

Dejó de reír y se ruborizó de nuevo. Parecía cohibida ante su silencio, o tal vez fuera su forma de mirarla. Pero él no podía hacer nada para evitarlo. Ni siquiera podía moverse.

—¿No te ibas ya? —Trató de bajar al suelo. Él

no la soltó.

—Bueno, pensaba despedirme de ti, ¿recuerdas?

—Oh, claro —musitó, y se apoyó en uno de sus hombros para acercarse a él. Le sujetó con la mano una mejilla y lo besó en la otra—. Buen viaje —le susurró después al oído.

Él la abrazó contra su cuerpo y le susurró también al oído sin poder evitarlo.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Sobresaltada, ella se separó bruscamente y lo miró con una cara que decía claramente que sus palabras le hacían daño. Y eso fue suficiente para confirmarle que estaría.

Él creía que había perdido el miedo a su huida, pero al sentir aquel casto beso en mi mejilla el temor había vuelto. Se le revolvió el estómago al ver que esos besos que cada día le parecían más sinceros, más apasionados y menos fríos o

forzados no eran más que una farsa, y que él era tan estúpido y estaba tan perdidamente enamorado de ella que había visto lo que quería ver.

—Alejandro, estaré aquí —le aseguró con la voz tan firme como su mirada.

Él se limitó a sonreír y a asentir, pero no pudo evitar bajar la mirada. No quería que ella percibiera lo desolado que se sentía de repente. Como cuando a un niño le revelan una verdad sobre la vida que le hace crecer. Como cuando descubre que su padre no es el hombre más fuerte del mundo. Como cuando él descubrió que su padre estaba tan enfermo que se estaba muriendo y, en tan solo unas horas, se marchó de su lado.

—Estaré aquí —repitió ella sujetándole ambas mejillas y buscando la mirada de él con frustración en la suya.

Su dulce y bienintencionado beso en la mejilla le había descubierto una verdad que Alejandro se

había negado a ver. Ella nunca lo amaría, nunca vería en él más que a un hombre con el que se había visto obligada a casarse, y a pesar de que le había costado un tiempo, se había resignado a ello y ahora trataba de que su relación fuera una cordial y agradable amistad.

Exactamente lo que él había querido al principio.

Exactamente lo que él ya no quería.

Algo se quebró dentro de él como un frágil cristal. *Así que esto es lo que se siente cuando te parten el corazón*, pensó apretando la mandíbula con fuerza.

Ella soltó su cara y deslizó sus manos por su cuello hasta asirse a su nuca, y lo besó. Lo besó inesperadamente en los labios, y él no pudo reaccionar. Se quedó parado, dejando que su boca lo acariciara, sin resistirse, pero tampoco participando de aquel beso. Era otro beso

producto de un trato y, aunque era sumamente delicioso, no era más que una farsa.

Sin embargo, Alejandro no supo si fue el delicado y seductor movimiento de la lengua de Verónica separando tímidamente los labios del hombre para rozar sutilmente la suya, o si fueron las punzantes ganas de que todo aquello fuera real lo que le hicieron reaccionar casi contra su voluntad y responder a aquel beso con todo su ser. Dejó de pensar, no le importaba si aquello era motivado por amor o no lo era. El caso era que ella le besaba, y él no iba a verla en varias semanas.

Necesitaba llevarse ese recuerdo consigo, un poco más de su sabor, de sus caricias. Los brazos del hombre recuperaron su fuerza y aferraron a la mujer contra él, abrasado por la pasión. Ese ardor le recordó a ciertas palabras que hacía unos minutos ella había pronunciado. No solo los niños

eran como la pólvora. Él también lo era. Pero su chispa era ella, sus labios y su lengua, y sus manos enredadas en su pelo acercando su cabeza para profundizar el ardiente beso. Todo ello era su propia llamarada. Y habría hecho explosión de no haber salido los niños de la cocina en ese momento.

Alejandro les oyó reírse y abrió un ojo antes de indicarles con la mano que se largaran de allí.

—Madame, ¿es esto parte de las clases? —preguntó una alumna que Alejandro identificó como la más mayor del grupo. Sabía que trabajaba en la finca de los Dupont, pero desconocía su nombre. Debería aprenderse los nombres de todos esos niños.

Verónica se revolvió y él la dejó bajar por fin. Por su inquietud supuso que no les había oído reírse, y que las palabras de la jovencita habían sido su primer aviso de que no estaban solos.

—No, por supuesto que no —se apresuró a decir—. Vamos, no os quedéis ahí mirando. Todos a clase. Hoy habéis tenido recreo más que suficiente.

Los niños obedecieron al instante. Por sus caras, Alejandro dedujo que era la primera vez que ella les hablaba tan firmemente.

—Tengo que empezar la clase ya. Y tú tienes que marcharte —le recordó mirando sus faldas y estirándolas para colocarlas bien.

—Sí. En cuanto me respondas a una pregunta.

—¿Qué pregunta? —murmuró con la mirada aún clavada en su vestido.

—¿Por qué me has besado... así?

Ella se encogió de hombros.

—Vas a estar fuera mucho tiempo y...

—Me vas a echar de menos —vaticinó esperanzado.

Puso los ojos en blanco en un gesto que cada vez era más habitual en ella.

—...y voy a deberte muchos besos de buenas noches. Con este, te deberé uno menos.

Alejandro arqueó las cejas y ella se echó a reír inocentemente. Desde luego, no era eso lo que quería oír. Aunque si era la verdad, era mejor oírla de su propia boca. Pero lo que no le entraba en la cabeza era que, si eso era lo que motivaba aquel beso, la obligación, ella se entregara de esa manera. Sus besos seguían pareciéndole más y más voluntarios cada día, y este último le había convencido tanto que la reciente desolación se había visto reducida a cenizas. Hasta sus palabras de explicación, claro.

—Sí, me vas a deber muchos, y pienso cobrármelos todos —le advirtió.

—No esperaba otra cosa —repuso ella levantando la barbilla.

—Van a ser muchos minutos —insistió mientras la alzaba de nuevo en brazos.

—Tantos como días estés lejos. —Recogió el bastón y alzó el mentón aún más—. ¿Qué haces? —preguntó al ver que avanzaba con ella.

—Te llevo de vuelta a clase antes de marcharme. ¿O prefieres que lo haga Leo?

Se detuvo. Si así era, la dejaría en el suelo y, o bien conseguía gritar tan alto que Leo la oyera desde los establos o bien continuaba a pie ella sola.

—¿Por qué iba a preferirle a él? —preguntó molesta.

—Dímelo tú.

—Bueno, Leo es un encanto —afirmó—. Es muy fuerte, es amable y atento, y sé que no le supone molestia alguna ayudarme.

Si Alejandro no hubiera querido a Leo como a un hermano, aquellas palabras le habrían hecho

odiarlo.

—Pero —prosiguió— tú también eres fuerte, amable y, por lo que veo, tampoco te supone ninguna molestia ayudarme. Y además, eres mi marido. Así que tienes un punto más a favor.

—¿Solo uno? —preguntó ofendido y continuó la marcha.

La dejó junto a la entrada y pudo ver a través de la ventana cómo los niños se sentaban apresuradamente en sus pupitres. Comenzaron a escribir en cuanto Verónica abrió la puerta.

—Más de uno —dijo ella mirándole de perfil, con media sonrisa en los labios, antes de encoger un hombro para esconder su rostro con un movimiento que solo una mujer que es consciente de su belleza es capaz de hacer.

¿Qué había sido aquella caída de ojos? ¿Estaba coqueteando con él?

Se quedó parado asimilando aquellas palabras

en cuanto la puerta se cerró en sus narices. Si ese edificio no hubiera estado repleto de críos habría entrado y le habría exigido que le dijera qué más cosas veía mejores en él que en Leo, porque sabía que el dinero no era una de ellas. Eso a ella no le importaba.

Alejandro dio unos toques a la ventana y Jacques se apresuró a abrirla.

—¡Hola! —gritó demasiado alto, y el resto de la clase rio de inmediato.

Él revolvió el pelo del niño y le señaló su pupitre, al que Jacques volvió a regañadientes.

—Te traeré naranjas —le indicó a Verónica guiñándole un ojo.

Alejandro grabó en su mente la imagen de su radiante sonrisa, sus mejillas ruborizadas, y sus ojos llenos de sorpresa, para tenerla consigo durante las eternas semanas que no iba a poder contemplarla.

Capítulo 13

—¿Y cómo dices que se llama esta salsa?

Verónica estaba removiendo constantemente con la cuchara de madera el contenido del puchero hasta que este espesase, y sin que quedara un solo grumo, tal como Margot le había indicado.

De mientras, ella se dedicaba a la simple tarea de pelar patatas. Si la *Niña* quería aprender a cocinar de verdad en lugar de limitarse a curiosear por sus fogones, tendría que estar en primera fila, y mancharse todo lo que fuera necesario.

En el último mes había permanecido bastante tiempo con ella en la cocina, y sabía que no era solo porque el frío hubiera llegado tan repentina como intensamente. Acudía allí en cuanto acababa de dar sus clases, y se interesaba por lo que

cocinaba cada día. Y en ese tiempo, había podido comprobar que era tan buena alumna como maestra.

—*Sauce Béarnaise*. No dejes de removerla ni un solo segundo.

—No lo hago.

—A velocidad constante. Si se estropea la salsa... *au revoir, filet mignon*.

Verónica la vio despedirse con la mano del pedazo de ternera que Melissa fileteaba con suma delicadeza, bajo el ojo crítico de la cocinera.

Le había sorprendido que Margot le permitiera a ella encargarse de una salsa tan delicada, la cual ya le había advertido que precisaba de mucha práctica para quedar en su punto. Lástima que, aun habiendo transcurrido ya cuatro semanas, Alejandro no hubiera regresado. No iba a poder probar su primera salsa bearnesa, que parecía tener bastante buen aspecto, aroma y textura.

Esperaba que el sabor fuera también el correcto.

—Margot. Creo que esto ya está.

—Entonces es que le faltan otros diez minutos —repuso sin ni siquiera mirarla.

Ella se giró para solicitarle que, al menos, le echara un vistazo. En ese preciso momento, la puerta que daba al patio trasero se abrió de golpe con un sonido sordo, como si le hubieran dado una patada para abrirla, y Margot chilló tanto que asustó a las otras dos mujeres más que la propia puerta.

—¡Niño! —Exclamó con un segundo grito—. ¡Has traído las verduras!

—Claro, como siempre.

Era su voz, comprobó Verónica, pero una hojarasca tapaba su rostro.

—Oh, huelen de maravilla. ¡Son fresquísimas!

—Pues hay muchas más ahí fuera.

—¡Niña! No dejes de remover esa salsa ni un segundo. —La cocinera salió corriendo por la puerta hacia el huerto donde, entre todos, niños incluidos, estaban intentado encontrar algunas verduras que no se hubieran congelado por las nevadas. Al menos, las justas para la cena de esa noche. La de Nochebuena. —¡Leo, Arthur, Ivy! Ayudadme con estas cajas. —De nuevo en la cocina, Margot inspeccionó una de las que Alejandro aún sostenía y se llevó un enorme tomate a la nariz, inhalando hasta que no le cupo más aire en los pulmones—. ¡Oh! ¡Qué aroma!

Melissa guardó la carne ya preparada y se dispuso a ayudar también con la mercancía que Alejandro siempre traía por esas fechas. Cada año sin falta. Aunque esta vez les hubiera hecho esperar hasta el último segundo.

—Bienvenido. Sabía que llegarías a tiempo. —Le dio un beso en la mejilla y se dirigió al

carruaje con Margot y los demás.

—Hola, Niña.

Verónica ya suponía que ese apelativo le había llamado la atención tanto como a ella.

—Hola, Niño.

Lo miró por el rabillo del ojo. No podía desatender su salsa ni un momento. Pero todo el cuerpo le temblaba al recordar cómo la había saludado la última vez que había vuelto de un viaje. Cómo la había arrastrado hasta un lugar escondido y la había besado con desesperación. Le dedicó otra mirada fugaz y comprobó que se le acercaba lentamente, con media sonrisa en los labios y los ojos brillando. Se le aceleró la respiración.

—¿Te has cortado el pelo? —apreció, cuando ya lo tenía a su lado.

—Ya ves. ¿Tú has estado cocinando?

—Sí. —Ahora tendría que andar dándole

explicaciones—. Verás estaba...

—Huele de maravilla. —Se acercó al puchero e inhaló profundamente. Después, cogió una cuchara de la mesa y metió la punta para probar una pizca de la salsa. La forma en la que él se relamió captó toda su atención—. Mmm. Me muero de hambre.

Con la muñeca ya entumecida de remover y remover, pero sin detenerse, Verónica observó a Alejandro contando los platos dispuestos sobre la mesa. Eso era otro tema que explicar.

—Verás... Los dos primeros días estuve sola en el comedor, pero al final...

Tampoco acabó estas explicaciones, porque él cogió un plato y cubiertos de la alacena, un taburete de una esquina y se sentó a la cabecera, justo de frente a ella.

—Este era mi sitio desde que murió mi padre. Hasta que viniste tú.

A Verónica se le olvidó remover la salsa durante un par de segundos. ¿Por qué nadie le habría dicho nada? A ella le habían ofrecido la otra cabecera desde que había dejado caer que se sentía estúpida comiendo sola en el comedor mientras todos ellos estaban en la cocina.

—¿Y qué tenemos para comer, además de *filet mignon avec une sauce Béarnaise*?

Verónica se dijo que realmente tenía que estar hambriento para comenzar a comer un pedazo de pan, hablar con la boca llena, y golpear a ambos lados del plato con sus cubiertos. La imagen era hilarante, y ya se lo imaginaba con la servilleta enganchada al cuello de su camisa. Y sí, debía de tener hambre... Ni siquiera le había dado en beso en la mejilla.

—Ahora sí, Madame. —Margot entró y soltó dos cajas sobre una mesa auxiliar —. Retire el puchero del fuego.

—¿*Madame*? —Alejandro la miró con una ceja alzada y una mejilla cedida por el gran trozo de pan que tenía en la boca—. ¿Qué hay de lo de *Niña*?

Margot, que no se había dado cuenta de haber usado delante de ellos su apelativo cariñoso, se encogió de hombros y le sirvió una copa de vino.

—No te pongas a comer pan solo como los tontos. Hoy tenemos un menú muy especial.

Le guiñó un ojo a Verónica y se dispuso a mostrarle en qué momento exacto de la elaboración de la carne debía añadir la salsa que, para ser la primera vez que la hacía, le había quedado casi perfecta.

Jacques, cuya pasión por la idea de viajar solo era comparable a la que su hermano mayor sentía por los caballos, interrogó a Alejandro sobre su viaje durante toda la comida, interrumpiéndole

cada vez que se extendía demasiado en temas financieros e interesándose por las ciudades, los paisajes, el mar. Nunca había visto el mar y no podía imaginarse una masa de agua aún más grande que el río que pasaba tan cerca de la casa, y mucho menos con oleaje y aroma a sal.

—Cuando sea mayor, voy a tener un barco y viajaré por todo el mundo.

—Cuando seas mayor —Alejandro se levantó de su taburete, cogió a Jacques por la cintura, se lo subió a los hombros y comenzó a trotar alrededor de la mesa—, tendrás tu barco. Y como ya no serás un niño, no te haré el caballito y no te traeré más regalos.

—Bueno, aún soy pequeño —repuso rápidamente—. ¿Qué nos has traído esta vez, Alejandro?

—Mañana es Navidad. —Se agachó y lo volcó sobre su cabeza, de forma que cayó al suelo de pie

después de dar una voltereta en el aire que logró que a Melissa se le atragantara el postre—. Mañana lo sabréis.

Verónica se disponía a salir de la cocina cuando Alejandro la interceptó por un brazo.

—Ven, tengo algo para ti.

La dirigió hasta el saloncito y una vez allí, a solas, le dio un saquito que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Ella tuvo la visión del día en que le dio el anillo de Evangeline, allá en el cuarto de la plancha de su casa mientras preparaba unas sábanas para él.

Dejó caer el contenido sobre la palma de su mano.

—¿Perfume? —Era un frasquito muy pequeño y finamente tallado. Lo sujetó con los dedos de una mano y con la otra abrió el tapón lentamente.

—Sí. Es esencia de...

—Azahar —se adelantó la joven. Lo había percibido enseguida. Era sumamente penetrante.

—Dijiste que, de los aromas que te agradaban, este era el único que no conseguías percibir en estos jardines. Pensé que te gustaría.

—No hacía falta que te molestaras. —Aunque notó que lo que en realidad le molestaba era su falta de gratitud—. Pero muchas gracias. Es muy auténtico e intenso, creo que con solo una gota ya me parecerá tener delante un naranjo en flor.

—¿Entonces te gusta?

—Sí, claro. No he dicho que no me gustase, solo que no era necesario.

—Entonces...—Se señaló la mejilla.

—No te lo agradezco tanto —comentó depositando con delicadeza una gotita en el interior de su muñeca, frotándola con la otra y oliéndola después.

Bien podría haberse ganado un simple beso de

agradecimiento en la mejilla. Pero no se lo dio.

—Sabía que tenía que haberte dado el otro antes —alegó torciendo el gesto.

Se dirigió a un baúl enorme que había contra una de las paredes.

—¿Otro regalo? —Resopló—. ¿Has estado cerrando tratos o de compras por mercados y boutiques?

—He tenido tiempo para todo. Estaba solo y aburrido. Si me hubieras podido acompañar... ¿Qué tal tu tobillo?

—Recuperado por completo. —Miró el baúl—. Alejandro, ya te dije que no necesitaba más vestidos.

—No son vestidos. —Sonrió pícaramente.

A Verónica le vino una idea a la mente, tal vez por el aroma que emanaba de su propia piel.

—¿No serán naranjas?

Los ojos de Alejandro se agrandaron por la sorpresa. Ella recordaba perfectamente las últimas palabras que él le había dirigido antes de irse, a pesar de haber transcurrido tantos días. Se sintió estúpidamente triunfante.

—Este baúl es enorme. Y por mucho que te gusten las naranjas, no serías capaz de acabar con todas las que caben aquí antes de que se echaran a perder.

—No estés tan seguro —se echó un farol que, desde luego, él no se creyó.

—Las dos barquillas de naranjas están abajo, con el resto de la fruta y verduras. —Señaló el baúl cerrado—. Vamos. Ábrelo.

Ella se arrodilló y lo abrió con creciente curiosidad.

—Pero... —se le secó la boca—. ¿Y todo esto?

—Plumas y tinteros, cuadernillos, diccionarios, ábacos... Ah, y estos papeles de colores son para

hacer cometas. Es el regalo que les he traído a los hijos de Melissa. Pero he pensado que, con esas como muestra, podríais hacer un taller de fabricación de cometas en la escuela.

Verónica agradeció estar de rodillas en el suelo para así no tener opción a caerse.

—Es... —Su mirada se centró involuntariamente en un bulto redondo que sobresalía entre los materiales para las cometas—. ¿Eso es un globo terráqueo?

Alejandro se arrodilló a su lado y lo sacó. Hizo sitio en el suelo, donde Verónica había desperdigado ya parte del contenido del baúl.

—El de la biblioteca pesa demasiado para llevarlo hasta allí, y es demasiado ostentoso. Además, está en latín. Este es más didáctico. Y está muy actualizado. ¿Lo ves? —Señaló con el dedo índice en mitad de Francia—. Aquí, este puntito, es nuestra escuela.

Verónica lo miró sonriente. Él estaba dando vueltas a la bola del mundo con curiosidad.

—Estas cosas siempre me han fascinado... ¿A ver? Creo que yo también tendría que seguir estudiando. Este país no lo había oído en mi vida. —Acercó los ojos al globo para tratar de leer el nombre en el centro de África.

Verónica posó su mano en la de él y se incorporó por encima del globo que los separaba. Cuando él levantó la vista, ella lo besó en los labios. Él no siguió el beso hasta que ella insistió, entrando poco a poco en su boca. Esta vez sí estaba realmente agradecida.

Pero él se detuvo de golpe cuando la mano de ella se hundió en su pelo. Lo había notado más corto de lo habitual y el tacto se le había hecho extraño, como si acariciara a un desconocido. Sin embargo, su sabor era tal como lo recordaba. Exquisito.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó separándose de ella y agarrándola por los hombros.

—Un beso —respondió, confusa por su reacción.

—Ya, eso ya lo he notado. La verdadera pregunta es por qué.

Porque tú no me lo habías dado aún, resonó en su cabeza, como una revelación. Ella ignoró esa voz que no sabía de dónde demonios había salido.

—El perfume es encantador, pero esto es mucho más de lo que podía esperar. Te lo agradezco sinceramente. Y bien creo que es un regalo que merece un beso de agradecimiento.

—¿Besas así siempre que das las gracias *sinceramente*?

—No, claro que no.

—Entonces ha sido algo más que agradecimiento. Al menos a mí me ha sabido a algo más.

Él la sorprendió relamiéndose tal como había hecho al probar la salsa.

—Bueno, tal vez llevara algo de bienvenida —concedió.

—En ese caso, creo que debería marcharme más a menudo.

No, pensó ella, y casi se le escapa de los labios sin poder evitarlo.

—Pero ningún regalo que trajeras podría superar a este —dijo en su lugar.

—Estoy de acuerdo. Así que deberías seguir agradeciéndomelo, dado que he sido yo quien ha interrumpido tu gesto.

Verónica se sobresaltó al sentirse agarrada por los hombros y atraída hacia él por encima de su regalo. Sus labios apenas habían vuelto a rozarse cuando ella apoyó las manos sobre el globo intentando no caerse hacia delante, pero este giró sobre su eje haciéndola perder el equilibrio. Sin

un punto de apoyo estable, acabó cayendo violentamente sobre Alejandro, quien espetó un sonido seco al chocar contra el suelo. Ambos se rieron ante la ridícula caída.

—¿Te has hecho daño? —Ella le frotó la cabeza, que por el sonido parecía ser lo que había golpeado el suelo, aunque no antes de que lo hiciera su espalda, con el añadido del peso de ella sobre su pecho.

—No —respondió, pero dejó de reírse de golpe.

Alejandro hundió el rostro en la mano de Verónica según esta la retiraba, aún tumbada sobre él, según le daba dos suaves toquitos en la mejilla, a modo de disculpa y sabiendo que mentía. Tenía que haberle dolido.

En ese momento le sintió inhalar profundamente la palma de su mano.

—Debería advertirte de algo.

La boca de él estaba completamente pegada a la piel de su muñeca. La voz sonaba amortiguada y, aun así, profunda.

—¿Sí?

—Estás tan cerca que puedo notar cómo el perfume se ha fundido de una forma irresistible con tu propio delicioso aroma.

—Oh. —Ella se llevó la muñeca a la nariz y respiró lentamente.

—Y si no te quitas de encima cuanto antes, es más que probable que acabes debajo. De mí.

Verónica comprendió entonces que estaba sentada a horcajadas sobre él, quien ya se incorporaba apoyándose en sus codos. Casi de un salto, se levantó y se alejó de él.

—Voy a avisar a Leo y a Ivy para que me ayuden a llevar todo esto a la escuela.

Nerviosa, comenzó guardar los materiales de nuevo en el baúl.

—Tienes todas las vacaciones de Navidad para organizarlo.

—Sí. Pero me hace ilusión hacerlo ya. ¿No te importa, verdad?

—¿Acompañarte? No, en absoluto.

Riéndose para sí, y ahora que el momento de éxtasis había parecido desvanecerse tal como había llegado, se arrodilló para ayudarla a recoger.

—Yo me refería a...

—Estoy de vacaciones. — No se iba a librar de él tan fácilmente—. Me encantará ayudarte.

Como todos los años, la cena de Navidad tenía lugar en el comedor principal. Y esa noche, el servicio también cenaba allí. Alejandro imaginó cómo sería llenar aquella mesa con más niños, y

no precisamente los alumnos de Verónica. Se había pasado más de la mitad del viaje pensando en ello. Era algo que no podía sacarse de la cabeza, como a la mujer que esperaba que los engendrara con él. La mujer que se sentaba a su lado y se reía de las historias que su familia contaba sobre Navidades anteriores. Entre ellas, una en la que Arthur se emborrachó y se puso a cantar antiguas canciones inglesas y luego, nostálgico, se echó a llorar. O cuando las gemelas se quedaron dormidas simultáneamente sobre sus postres, tan sincronizadas como siempre.

Todos reían, a pesar de que sabían que allí faltaban personas que deberían estar con ellos. Persona queridas y nunca olvidadas. A Alejandro la Navidad siempre le hacía pensar más en ellos, y se preguntaba si Verónica se sentiría igual de nostálgica hacia su antigua casa, y hacia su difunto padre.

Si era así, lo disimulaba muy bien. No había habido un solo momento de la noche en el que no la hubiera visto sonreír o carcajearse. Aquel bien podría ser su particular milagro de Navidad.

Excepto Berta, quien jamás disfrutaba de las celebraciones como los demás, aún se quedaron un hora más después de que Melissa acostara a los niños. A media noche, todos se desearon una feliz Navidad entre besos y abrazos y se marcharon a sus alcobas.

—Debes de estar agotado —observó Verónica bajo la tenue luz de la chimenea de su dormitorio. El rostro de Alejandro lucía unas oscuras ojeras.

—Sí. —Giró el cuello y subió y bajó los hombros después de quitarse las botas—. La verdad es que me duele todo el cuerpo.

—¿Te duele la espalda?

—Principalmente. ¿Cómo lo sabes?

—No creo que sea solo del viaje. ¿Recuerdas el pequeño incidente del saloncito? —Alzó una ceja—. Antes te has dado un buen golpe.

—Lo recuerdo perfectamente. Pero no por el golpe en sí.

Verónica huyó de su intensa mirada.

—Deja que te vea la espalda. Tal vez tengas alguna contusión.

—¿Vamos a jugar a los médicos? —Se quitó rápidamente la camisa.

Ella le hizo un infantil gesto de burla.

—He caído sobre ti. Si estuvieras lesionado, me sentiría culpable.

Le hizo una señal para que él se sentara en la cama y ella se colocó tras él para comprobar que estaba bien.

—No parece que tengas nada. —Inspeccionó sus anchos hombros con suaves toquecitos y no detectó nada irregular—. ¿Te duele en algún sitio

en concreto?

—Aquí. —Señaló la unión entre su hombro izquierdo y su espalda.

—Sí, parece que está algo más abultado que el derecho. —Apretó ambos laterales.

—Au —protestó. Sí que le dolía si hacía eso.

—Perdona. Podría echarte algo que te calme. ¿Tienes algún ungüento? Puede que con un masaje...

—En ese cajón —respondió por encima de sus palabras.

Ella lo encontró enseguida y abrió el pequeño tarrito cuyo contenido denso y oleoso desprendía un peculiar aroma picante. No le sorprendió ver letras chinas escritas en el envase.

Untó su omóplato izquierdo con una pequeña cantidad y la extendió con pequeños y delicados círculos, incrementando la fuerza del masaje progresivamente.

—Uf.

Él emitió un sonido que ella no supo si interpretar como alivio o dolor. Después giró la cabeza hacia ambos lados, relajando el cuello, y Verónica decidió que, ya que estaba en ello, no le costaba nada extender el masaje a toda la parte superior de su espalda, el cuello y los hombros.

Notó la firmeza de sus músculos, la suavidad de su piel, y la envergadura de sus hombros le resultó especialmente llamativa. La verdad era que tenía una figura admirable, como una hermosa y bien definida estatua griega.

—Mmm —le oyó emitir después de varios minutos.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Gracias.

—Se te pasará del todo cuando hayas descansado. Esta vez has hecho un viaje muy largo.

Verónica se sobresaltó cuando Alejandro le agarró la mano sobre su hombro antes de que la apartara, pero no se giró.

—Estaba deseando volver a casa —su voz sonó como una confesión.

—Todos te echaban de menos —dijo ella sin pensar.

—¿Y tú?

La joven se soltó de su mano y se alejó hasta el cajón para guardar de nuevo el ungüento.

—Tendrías que haber visto a Gino, rondando por la puerta de la habitación, la del despacho, e incluso quedándose parado en mitad del camino y mirando a lo lejos.

—Verónica —insistió, y esta vez buscó su mirada con gesto serio.

—Supongo que sí —respondió finalmente a la pregunta que había tratado de ignorar.

—¿Supones? —repitió, incrédulo.

—Eso he dicho.

Se cambió tras el biombo y durante un par de minutos Alejandro pareció darse por vencido, manteniéndose callado. Pero cuando ella se metió en la cama, él se giró y se apoyó sobre un brazo, mirándola fijamente.

—¿Qué? —inquirió después de unos segundos aguatando en silencio su penetrante mirada.

—Ya sabes qué.

—Oh. —De pronto cayó en la cuenta. La verdad era que había estado pensando en su pregunta y en cuánto lo había extrañado pero, por algún extraño motivo, no era capaz de decírselo abiertamente—. Pensaba que el masaje que te acabo de dar sustituiría al beso de esta noche.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Además, tú lo has hecho porque te sentías culpable.

—Me refería al resto del masaje, más allá del golpe.

—Oh, esa parte ha sido especialmente agradable. Pero sigue sin sustituir nada. Además, me debes unos cuantos.

—Veo que no vas a ceder. —Y en el fondo, le encantaba que siempre quisiera besarla, que siempre la necesitara de aquella manera.

—No —sonrió—. ¿Acaso no has echado de menos mis besos?

Ella puso los ojos en blanco. No iba a caer de nuevo en su trampa para que le dijera lo mucho que le había extrañado. Así que lo besó para callarlo.

Aunque ella no contó el tiempo con exactitud, sí percibió que el beso duraba más de un minuto. O tal vez lo que había hecho ese minuto más largo fuera la novedosa lentitud con la que sus labios acariciaban los suyos, como si pretendiera que fuera ella la que buscara su boca. Pero no dijo nada y continuó besándolo hasta que él decidió

parar. Era cierto que le debía los besos de todas las noches que había faltado, y supuso que pretendería írselos cobrando a su ritmo, empezando esa misma noche.

—Supongo que eso es un sí —dijo, relamiéndose de aquella manera que le aceleraba el pulso.

—¿Supones?

—Me has besado como esta tarde. Y ahora no tenías nada que agradecerme. —Alejandro apagó la luz de su mesita—. Buenas noches, Verónica.

—Buenas noches.

Ella se quedó con los ojos abiertos, mirando hacia el ventanal. Ella siempre cerraba las cortinas del todo, pero Alejandro tenía la costumbre de dejar una rendija por la que, si el cielo estaba despejado y no había luna nueva, entraba algo de luz.

Lo oyó respirar de aquella forma que había

extrañado tanto. Tenerlo a su lado por las noches le hacía sentirse... bien. Y había estado muy preocupada por él durante ese largo mes que no había estado en casa. Junto a ella.

Bajo los rayos de luna contempló su rostro relajado y tranquilo. Un hermoso perfil que le costaba abstenerse de tocar. Pero, si estaba dormido, él no se iba a dar cuenta si lo hacía, ¿no?

Se acercó un poco más a él y, suavemente, le depositó un tierno beso en la mejilla. Ese que él le había pedido esa tarde y que ella se había negado a darle.

—Bienvenido a casa, Alejandro —susurró, y apoyó la cabeza en la almohada, muy cerca de él, para seguir oyéndole respirar.

Verónica se despertó con un rayo de sol que se colaba entre las cortinas. Pero no se movió. Se

encontraba recostada sobre el pecho desnudo de Alejandro, quien dormía boca arriba y respiraba profundamente. Tenía un brazo sobre la espalda de ella y el otro le colgaba fuera de la cama. No quería despertarle, por lo que decidió no moverse de momento. Estaban de vacaciones y no había ninguna prisa por levantarse.

Volvió a cerrar los ojos y se preguntó cómo habría acabado en aquella postura. Alejandro parecía agotado, y probablemente no se habría despertado en toda la noche, así que ella misma debía de haberse recostado sobre él entre sueños. Solo cuando tenía sueños agitados se movía mientras dormía. Si el sueño era plácido se despertaba tal cual se había acostado, de lado sobre su brazo izquierdo. Pero ahora se encontraba girada sobre el derecho, con la mano izquierda sobre su abdomen y el rostro hundido en su torso, moviéndose al compás de su respiración, profunda

pero prácticamente silenciosa.

Era agradable que aquel hombre, que había resultado ser el hombre con el que iba a dormir el resto de su vida, no roncara. También era agradable sentirse rodeada por un brazo como el suyo, fuerte, cálido, protector. Y su aroma. Nunca lo había percibido tan intensamente como en aquel momento, con el rostro pegado a su piel, suave y perfumada. Inhaló profundamente y se llenó de su esencia.

Quizás, en sueños, se había sentido atraída por su olor hasta apoyarse sobre él para poder sentirlo al máximo. Quizás le había echado más de menos de lo que pensaba y, dormida, había buscado su aroma hasta encontrarlo. Fuera lo que fuera, la sensación era muy agradable. Y la verdad era que había dormido de maravilla.

Su mano acarició su vientre, atraída por su tersa piel y las ondas de su musculatura. Tenía un

cuerpo firme y estar tan cerca de él sin que pudiera saber qué estaba haciendo la tentó a recorrer su anatomía. Era atractivo, no podía negarlo. Pero no fue su escultural cuerpo lo que llevó a los labios de Verónica a besar su pecho. Fue ese aroma ya familiar que desprendía su piel, cuyo sabor la obligó a ascender buscando más piel, más esencia, hasta que encontró su pezón. Instintivamente, lo mordió.

Rápidamente, volvió a apoyarse en su pecho y a quedarse inmóvil, como cuando se había despertado, porque notó cómo a Alejandro se le erizaba la piel bajo su mano y le oyó emitir un sonido gutural, después de que un espasmo los hiciera moverse a los dos.

El brazo que la rodeaba la aferró más fuerte y el otro se estiró acompañando un bostezo. Se había despertado, y ella no tenía muy claro en qué momento exactamente. Ruborizada por su

desvergonzado comportamiento, trató de hacerse la dormida.

Pero... ¿qué acababa de hacer?

No sabía qué la había llevado a ello. Se estremeció al comprobar que se parecía bastante a lo que él le había hecho la noche de su fiesta de cumpleaños. Rezar por que no se hubiera dado cuenta era lo único que tendría que estar ocupando su mente. Sin embargo, la forma en que aquella boca devoró su pecho aquella noche ganó protagonismo dentro de su cabeza, atormentándola, hasta que oyó su voz y todo desapareció de repente.

—Debo de estar aún dormido.

Verónica notó un beso en su frente y una caricia de en su mejilla, antes de sentir cómo la rodeaba con ambos brazos y suspiraba.

Se estremeció cuando aquella cálida mano volvió a su rostro y lo recorrió lentamente. Sus dedos dibujaron cada curva, cada contorno. Nariz,

cejas, labios, mentón, incluso la oreja que quedaba al descubierto. Apartó unos mechones de pelo que caían sobre su rostro antes de que dos de sus dedos volvieran a sus labios y, tras perfilarlos, entreabrieran su boca lentamente rozando su lengua con las yemas.

La respiración de la joven perdió la cadencia que había tratado de controlar para aparentar estar dormida en cuanto él le humedeció los labios con sus dedos antes de que volvieran a entrar en su boca para repetir lo que acababan de hacer. Verónica sintió que sus labios estaban jugosos y temblorosos bajo su mano y no fue capaz de seguir con la farsa. Tuvo que abrir los ojos, necesitaba comprobar si los suyos veían su desasosiego o no eran capaces de apreciar su cara debido a la postura.

Alzó la vista como si se acabara de despertar y sus miradas se encontraron.

—Los labios son lo último que esbozo del rostro de una mujer. Me resulta más impreciso que cualquier otro rasgo. Sus formas cambian con cada gesto, cada actitud. Y a no ser que se trate de un posado, los gestos y actitudes de las mujeres cambian constantemente.

Ella no dijo nada y se concentró en controlar su respiración.

—Pero podría dibujar tus labios con los ojos cerrados —continuó acariciándolos—. Incluso mientras duermes, tienen esa expresión desafiante y provocadora que me vuelve loco.

Sus dedos iban a volver a entrar en su boca, pero ella la cerró con fuerza, mordiéndose el labio inferior, y huyó de su mirada.

—Buenos días. —Él cambió de tema y apartó la mano del rostro de su esposa—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien —se limitó a decir y trató de

incorporarse para apartarse de él.

Alejandro no aflojó su abrazo y ella no pudo moverse.

—Es temprano —susurró—. Quedémonos un poco más en la cama, ¿quieres?

—¿Cómo sabes que es temprano? —preguntó en lugar de responderle. Realmente sí quería quedarse un poco más así, pero no lo iba a reconocer ante él, bastante le costaba ya reconocérselo a sí misma.

—Siempre dejo las cortinas cerradas a la noche, excepto esa rendija que deja pasar un poco de luz —señaló hacia el suelo—. Si esa línea no ha llegado aún hasta la cama, es que es temprano.

—¿Es tu reloj solar?

—Es uno de mis relojes. El otro eres tú.

Ella buscó de nuevo su mirada y él le sonrió.

—Siempre te levantas antes que yo. Si no lo has hecho todavía, es que es temprano. Así que

podemos remolonear un rato.

Se quedaron en silencio. Pensaba que él se había vuelto a dormir cuando su voz la sobresaltó.

—¿En qué momento de la noche has decidido abrazarme?

—No lo sé. —Era cierto—. Estaba dormida. Me he despertado así.

—¿Entonces no crees que haya sido yo el que ha forzado esta agradable postura?

—¿Has sido tú? —se planteó de pronto. Él lo negó—. Entonces he tenido que ser yo.

—¿Soñabas conmigo?

Podría ser. Durante ese mes, lo había hecho varias veces.

—No lo sé. No lo recuerdo.

—Yo he soñado contigo. —Ella no dijo nada—. ¿No quieres saber qué soñaba?

—Vas a contármelo aunque no quiera.

Eso le hizo reír. Ella siempre tan combativa.

—No te lo contaré si no quieres. —Guardó silencio un largo rato que ella aguantó tan callada como él—. ¿De verdad no sientes curiosidad? Mira que mis sueños son muy peculiares. Gabriel dice que cuando sueñas...

—Vale —se rindió—. Cuéntamelo.

Alejandro se rio con ganas antes de comenzar.

—Estábamos de viaje. No sé adónde íbamos exactamente, pero por la ventanilla del carruaje se veían unos prados verdes inmensos. Me hubiera gustado pintarlos. Puede que lo haga. Yo estaba mirando el paisaje cuando de pronto, tú pegabas un grito y te llevabas las manos a la tripa.

—¿A la tripa?

—Sí, a una enorme tripa bajo uno de esos horribles vestidos que te tuve que pedir tantas veces que no te pusieras. Gritabas y decías “Alejandro, ya viene”.

—¿Has soñado que me ponía de parto en un carruaje vestida con un vestido que no te gusta?

—Ajá. —Qué alegría que ella no protestara por las caricias de sus manos en su espalda.

—¿Y qué habría dicho tu amigo Gabriel de ese sueño?

—Teniendo en cuenta que, según él, los sueños revelan miedos o deseos... Creo que habría dicho que tengo miedo a que no hayas tirado todos tus viejos vestidos. Y de llegar a arrepentirme de no ser médico, como soñaba a los seis años antes de pintar mi primer lienzo y decidir que esa era mi pasión. Que deseo pintar esos prados. Y que deseo tener un hijo. Contigo, obviamente.

Verónica tragó saliva. La interpretación era de lo más convincente.

—Eso es lo que habría dicho él. ¿Qué dices tú?

—Que no pienso llevarte de viaje a ningún sitio cuando tu embarazo esté tan avanzado.

Eso la hizo reír. Más por el pánico que notó en su voz que de las propias palabras.

—¿Te parece gracioso? A ver. ¿Qué dices tú?

—No lo sé. Es solo un sueño.

—Quiero tu opinión. Por favor.

Suspiró, se hundió un poco más en su pecho, y respondió lo más sinceramente que pudo.

—Opino que para que exista un embarazo, antes tiene que suceder algo. Y yo ya te dije mi postura al respecto. Así que dudo que tu sueño pueda llegar a suceder.

Esperó una réplica, pero no la obtuvo. Tan solo su corazón incrementó su ritmo bajo su oído.

—Siento que no sea lo que querías escuchar —matizó.

Entonces, él la abrazó con fuerza.

—Supongo que, a pesar de estar dormido, he sentido que te tenía sobre mí. Tal vez eso me haya

dado falsas esperanzas de que algún día decidias no odiarme tanto y darme un heredero.

Ella se incorporó y se acercó a su rostro.

—Yo no te odio Alejandro.

—¿Ah, no?

—No. Pero tampoco te amo. Te tengo afecto, te has portado bien conmigo. Creo que eres un buen hombre. Pero no te amo. Te aprecio a mi manera, al igual que tú me aprecias a la tuya. Pero tampoco me amas.

—¿Estás segura?

La miró de reojo antes de levantarse de la cama y salir del cuarto llevándose consigo solo la camisa.

Ella se quedó desconcertada. No esperaba que le sentara tan mal oír algo que se suponía que ya sabría de sobra. Además, no sabía si con su última pregunta se refería a sus sentimientos o a los de ella.

No quiso darle más vueltas y se levantó. Quería aprender a hacer las cometas para que, cuando empezaran las clases de nuevo, los niños pudieran fabricar las suyas propias. Pero tal vez Alejandro no tuviera ganas de ayudarla después de su última reacción. Así que tendría que ir a la biblioteca a buscar algún libro de manualidades o papiroflexia. Aquello le llevaría toda la mañana, y la mantendría lejos de Alejandro el tiempo suficiente para que, tal vez, se le olvidara su última conversación, y su revelador sueño.

A Ivy le sorprendió ver a Alejandro tan temprano, pero lo que realmente le impactó fue verlo con tan poca ropa encima y caminando descalzo por los jardines con Gino a su lado. Tal vez el viaje le había trastocado el sueño. Y la percepción del frío de diciembre.

—Buenos días, Alejandro. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Ivy. Hoy va a hacer un día

espléndido.

A pesar de sus palabras amables y su sonrisa sincera, le pareció apreciar una gran tristeza en su expresión. Y él era siempre tan alegre que se sintió muy preocupada.

—¿Has dormido mal? ¿No estarás enfermo?

—¿Por qué lo dices?

—Perdona, pero es que no tienes muy buena cara. Además, te vas a helar.

Él sonrió y se encogió de hombros. Ella no quiso insistir y se dispuso a continuar su camino hacia los establos. Quería ser la primera en desearle feliz Navidad también a Leo esa mañana.

—Ivy. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Esperó a que ella se girara hacia él—. Pero no como mi empleada. Como una amiga, desde la infancia. Y como mujer.

—Desde luego, Alejandro. Pero no sé en qué podría ayudarte yo.

—Eres lo más parecido a una hermana que tiene mi mujer. Os he visto juntas, os habéis hecho muy amigas.

—Madame Verónica se ha portado muy bien conmigo —fue lo único que admitió.

—No es solo eso. Confía en ti, y creo que tú en ella también. Vuestra relación no es de patrona y doncella. Ni de maestra y alumna.

Eso era exactamente lo que ella sentía, pero no había pensado que Alejandro fuera capaz de verlo así también. El corazón le revoloteó en el pecho.

—Yo la he llegado a tener en gran estima en muy poco tiempo, si es eso a lo que te refieres.

—¿Crees que es feliz?

Jamás hubiera esperado esa pregunta. Pero trató de responderla con la mayor sinceridad.

—Creo que al principio no lo era. Pero poco a poco, según fue aceptando que esta era su nueva vida, empezó a agradarle y... sí. Creo que es feliz,

Alejandro. Desde que abrió la escuela se la ve entusiasmada.

La última frase le supo agridulce a Alejandro.

—¿Crees que es la escuela el único motivo de su felicidad?

—¡No! —Ivy comenzó a comprender el motivo de su tristeza—. Creo que le gusta la casa, está a gusto con todos nosotros. Y también creo que vosotros dos... cada vez estáis más unidos.

Él levantó una ceja y parpadeó. Hasta Gino pareció erguirse ante aquellas palabras.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Todo, en general. No solo porque ahora compartáis el dormitorio, cosa que al principio no... —se mordió la lengua.

—Tranquila, no era ningún secreto para nadie de esta casa.

—Habéis salido a cabalgar y a pasear juntos, se os oye conversar de forma más amigable en las

comidas, y tú la has acompañado y apoyado con todo lo de la escuela, algo que era extremadamente importante para ella.

No pareció que sus argumentos le convencieran demasiado. Así que continuó.

—Jamás me atrevería a decir nada malo de Madame Verónica, Dios me libre, pero sé que no se enfadaría si me oyera decirte que en ocasiones es demasiado orgullosa. Un día se lo dije a ella directamente y no le molestó, puesto que lo reconoce abiertamente. Pero sí sé que por eso mismo, por orgullo, jamás admitiría algo que yo sé y que creo que es lo que tú quieres saber.

Alejandro dejó de mirar al horizonte y clavó sus ojos en ella.

—En calidad de amiga y como mujer, tal como me has pedido, puedo asegurarte que todo el tiempo que has estado lejos, tu esposa te ha añorado mucho. Más que cualquiera de nosotros.

Incluido Gino.

Ambos observaron cómo el perro estaba inquieto, caminado entre las piernas separadas de su dueño y meneando la cola.

—Gracias Ivy.

—No hay de qué.

Ambos se sonrieron y se miraron con ese cariño silencioso que se tenían mutuamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Se revolvió le pelo y se frotó la cara, como si acabara de despertarse—. Otra, quiero decir.

—Claro.

—¿Cuándo dejaste de ser una niña?

Ivy abrió los ojos como platos. Esa pregunta le sorprendió más que las anteriores.

—No sé. —Se encogió de hombros con inocencia—. Pensaba que aún lo era.

—No. No lo eres —aseveró Alejandro—. Una

niña no habría sabido qué era lo que yo necesitaba oír en este preciso momento.

—Solo he dicho la verdad. Y creo que merecías escucharla.

Un gran orgullo fraternal llenó el pecho de Alejandro. Efectivamente, Ivy ya era toda una mujer.

—¿Sabes una cosa? El hombre que consiga enamorarte será un hombre muy afortunado.

Ivy sintió que se ruborizaba antes de mirar al suelo. Alejandro apretó sus mejillas con las palmas de sus manos y alzó su cara, mirándola con una gran sonrisa.

—Mira quién viene por ahí.

Él miró por encima de la cabeza de la joven y soltó su cara para saludar con la mano. Entonces Ivy oyó su voz y se giró para verlo.

—Buenos días. ¿Me he perdido algo? —preguntó Leo con el ceño fruncido.

—Sí. Te has perdido mucho —confirmó Alejandro—. Acabo de tener una conversación de lo más interesante con nuestra Ivy.

—¿No me digas? —Miró a la joven fijamente, como si esperara que ella le diera más explicaciones.

—Sí, pero es un asunto entre ella y yo. ¿Verdad? —Le guiñó un ojo y se agachó para acariciar a Gino y avisarle de que le siguiera—. Desayunad rápido porque, con el viento que está empezando a soplar, las cuatro fieras van a querer estrenar sus regalos de Navidad en cuanto se levanten. Y no podéis perdéroslo.

Capítulo 14

Verónica se revolvió en su lado de la cama. No conseguía conciliar el sueño. Y no era porque no estuviera cansada. Había dedicado gran parte de la jornada de clases a juegos al aire libre. Los niños habían terminado de fabricar sus cometas y, siendo viernes, no había podido resistirse a dejarles estrenarlas. Lástima que en lo mejor del juego el viento hubiera sido sustituido por la lluvia, arruinando la diversión.

Esa lluvia se había ido intensificando progresivamente hasta el anochecer. Ahora, unos insistentes golpes contra la ventana delataban que lo peor de la tormenta estaba sobre la casa. Pero el ruido en sí no era lo que le impedía dormir, sino que este le recordaba que Alejandro podría estar

siendo azotado por ese viento en ese mismo momento.

Antes ir a la ciudad a cerrar unos asuntos aprovechando que uno de sus socios estaba de paso, Alejandro se había acercado a despedirse de ella. Iba montado en Aquiles, asegurando que así llegaría antes, ya que tenía toda la intención de volver en el día. “*Volveré a tiempo de dormir a tu lado esta noche, te lo prometo*”. Esas habían sido sus últimas palabras antes de besarla en la frente y llevarse una de las cometas consigo mientras corría colina abajo ante el asombro de los niños, que lo vieron galopar a tal velocidad que la cometa parecía dibujar ondas rojas en el cielo.

Pero ya era más de medianoche, y aún no había vuelto.

Lejos de sentirse enfadada o decepcionada porque Alejandro hubiera roto su promesa — absurda en cualquiera caso, puesto que cuando uno

sale de viaje no sabe los contratiempos que se puede encontrar—, se sentía intranquila. No, así era cómo se había sentido cuando se había ido a acostar. Sola. Ahora se sentía asustada, y cada ráfaga de viento contra la ventana convertía su miedo en pánico.

Se levantó y retiró las cortinas. No se veía absolutamente nada. Ni una estrella, ni un rayo de luna. El cielo estaba completamente cubierto por nubes tan negras como la propia noche, y cuando un relámpago iluminó la ventana, pudo percibir que llovía a cántaros.

¡Dios santo! ¿Cómo se suponía que iba a encontrar el camino a casa si no se veía absolutamente nada?

Tonterías, se dijo antes de cerrar las cortinas con furia y volver a la cama.

Se acurrucó en su lado del lecho y se tapó hasta la cabeza para no oír el viento y la lluvia.

Alejandro era inteligente. Y lo más inteligente era quedarse en la ciudad a pasar la noche, por lo tanto, eso era lo que él habría hecho. Y ese sería el motivo por el que aún no estaba en casa.

Se acurrucó en el otro lado de la cama, el derecho, inhalando profundamente para captar cada huella del aroma de él impregnado en las sábanas.

Apenas se había sumido en sus sueños cuando un estridente trueno hizo vibrar los cristales e incluso el suelo de la habitación. Dio un respingo y se aovilló sobre sí misma por instinto. Las mantas la rodeaban tan cálidamente que, en su vigilia, creyó sentirse envuelta en unos fuertes y acogedores brazos. *Sus brazos*, se atrevió a soñar, rodeando su cintura y, de pronto, también su pecho pegado contra su espalda.

La sensación de alivio fue tal que su cuerpo, agarrotado hasta ese momento, se relajó y comenzó

a temblar, pero no de frío. El temblor tenía que ser debido a la rigidez que habían mantenido todos sus músculos hasta sentirlo en la cama con ella, a salvo, a pesar de no saber a ciencia cierta si estaba dormida.

Otro aterrador trueno la hizo botar e incluso gritar entre dientes. El abrazo de Alejandro se intensificó, su rostro se hundió en sus cabellos y sus labios rozaron su oreja, susurrando:

—No tengas miedo.

Entonces Verónica abrió los ojos. Su corazón se paró en seco al comprender que no había estado soñando, sino que Alejandro estaba realmente a su lado, rodeándola con sus brazos, y respirando acompasadamente contra su cuello. Su contacto era real, muy real. Aun así, se sintió obligada a tocarlo con sus propias manos, recorriéndolo lentamente, pasando por sus brazos hasta llegar a sus hombros, como si quisiera asegurarse de que estaba de una

pieza.

El calor de su cuerpo le hizo imposible concebir que hubiera cabalgado bajo la lluvia como había imaginado. Aunque el pensamiento duró un único instante, pues cuando se giró y recorrió su rostro hasta alcanzar su pelo, notó que su melena estaba aún mojada, y la almohada bajo su cabeza había absorbido parte de la humedad.

—¿Cuándo has vuelto?

Alejandro la abrazó más fuerte y tiró de ella, girándola de nuevo y colocándola de espaldas a él, de forma que sus cuerpos se acoplaran perfectamente.

—No sé... hace un rato. No mucho. Acababa de dormirme.

Su voz era remolona, como si no quisiera hablar, como si estuviera agotado. Y lógicamente, lo estaba. El viaje debía de haber sido difícil y demoledor. Aunque, quizás no tanto, si tenía los

suficientes ánimos y fuerzas como para abrazarla, y así de fuerte, pensó ella entre el alivio y el reproche. Pero quien no tuvo fuerzas para protestar por aquel abrazo, ni para rechazarlo, fue ella. No después del susto que se había llevado, no después del efecto tranquilizador que su contacto tenía sobre ella.

—¿Por qué no has esperado a mañana para volver?

—Porque te lo había prometido —susurró en su oído y besó su mejilla solo un instante antes de apoyar su rostro en su cuello y sumirse en una respiración sosegada, la cual indicaba que estaba más dormido que despierto incluso cuando había estado hablando.

—Idiota —murmuró enfurecida por su tozudez al poner en riesgo su vida de la forma más estúpida y por un motivo obviamente estúpido también.

No se esperaba que fuera a oírlo, pero lo hizo. Porque dejó escapar una leve risilla que acarició su cuello haciéndola estremecer. Y esta vez no supo a qué achacar ese temblor. No era frío, ni la relajación de los músculos. Era el contacto de su aliento sobre su piel. Un aliento que demostraba que estaba vivo. ¿Y por qué un suave soplido de sus labios, de pronto, le había hecho llorar? Suerte que, finalmente, se había quedado dormido porque, ¿quién era la idiota ahora?

—¡Sangre! ¡Es sangre! —La voz de Verónica retumbó en la dolorida cabeza de Alejandro y su magullado cuerpo se resintió cuando ella se revolvió entre las sábanas hasta conseguir levantarse de la cama de un salto—. ¡Alejandro! ¡Despierta!

Él abrió los ojos con un esfuerzo sobrehumano.

Estaba agotado y entumecido. Apenas podía moverse. Para colmo, la luz del alba lo cegó cuando Verónica abrió las cortinas enérgicamente. Mientras su cansada vista se acostumbraba a la claridad, vislumbró a su esposa remangándose el camisón por encima de las rodillas, inspeccionando sus piernas junto a la ventana.

—¿Qué ocurre? —logró pronunciar, aunque comprendió sus gritos cuando ella dejó caer la tela que sostenía y vio unas manchas rojas estropeando su immaculado camisón.

—No es mía, Alejandro. Así que tiene que ser tuya —le indicó con voz lastimera.

Siguiendo la dirección de la mirada de la joven hasta la cama, se sobresaltó al ver manchas similares en las sábanas. Al percatarse de a qué altura se encontraban, comenzó a comprender lo que había ocurrido y, de paso, todo lo sucedido la noche anterior, acontecimientos que invadieron su

mente en tropel, dejándolo más agotado si cabe.

—Sí, es mía. Leo tenía otras cosas más urgentes que hacer y yo estaba demasiado cansado para pararme a mirar cómo había quedado el vendaje.

Alejandro observó cómo tanto el rostro de Verónica como su tono de voz pasaban de la histeria a la preocupación.

—¿Qué vendaje? —preguntó fijando sus ojos en la cara del herido y aproximándose a él, quien se temió que el golpe en la cabeza estuviera más a la vista de lo esperado.

—El de mi rodilla. La derecha. La que impactó en primer lugar al caerme.

—Y la cabeza lo hizo en segundo lugar, por lo que veo. —Esta vez, el tono ya no parecía preocupado, sino acusador. Aun así, se sentó en el borde de la cama para inspeccionar la herida de la sien derecha con delicados toques de las yemas de sus dedos—. ¿Te duele?

—Solo si la tocas. Así que no lo hagas, por favor.

—Hay que limpiarla. Se te va a infectar.

Airada, como si él estuviera sufriendo a propósito, se levantó y descubrió la cama. Las manchas de sangre de un rojo intenso eran bastante escandalosas sobre el blanco lecho. Alejandro vio cómo Verónica se llevaba una mano al pecho, conteniendo el aliento, mientras con la otra palpaba la rodilla herida.

—No es gran cosa. —Aunque le dolía horrores, no quería verla tan asustada—. Es superficial, a pesar de recorrer casi toda la pierna. La rodilla se ha llevado la peor parte y me duele al doblarla. Pero no está fracturada ni hinchada. Solo es la carne arrancada por las piedras al arrastrarme el caballo.

Por cómo le miró a los ojos, Alejandro comprendió que sus palabras no habían sido nada

tranquilizadoras.

—A esto no se le puede llamar vendaje. —Ya recompuesta del primer impacto, Verónica acercó la jofaina con agua de su tocador más unos paños limpios y se dispuso a hacer de enfermera, separando con cuidado la poca porción de tela que aún envolvía la rodilla de Alejandro y que estaba parcialmente pegada a la herida—. Leo debería haber puesto más atención. ¿Se puede saber qué otras cosas más urgentes tenía que hacer en ese momento?

Alejandro se mordió el labio intentando no protestar cuando Verónica usó la uña de su dedo meñique para sacarle una piedrita de debajo de la poca piel que le quedaba en la rodilla.

—Salvarle la pata a Aquiles, quien la tenía bastante peor que yo. Casi todo el golpe de la caída por el barranco se lo llevó él.

Verónica, que estaba haciendo jirones con la

parte baja de su camisón —ya que parecía haber quedado inservible para nada más que, por ejemplo, un vendaje—, se quedó paralizada.

—¿Qué barranco?

—Bueno —consciente de que debía darle una versión más ordenada de lo sucedido, Alejandro acomodó la almohada contra el cabecero y apoyó la espalda en ella—, como tú bien dijiste anoche, soy un idiota. No tendría que haber emprendido la marcha con esa lluvia, pero cuando salí de la ciudad no eran más que cuatro gotas. Fue demasiado presuntuoso por mi parte pensar que las nubes no me alcanzarían si cabalgaba deprisa. El problema fue que la tormenta no venía detrás de mí, sino que la tenía delante, y me adentré de lleno en ella.

Verónica recordó la botella de lo que suponía que era brandy y que reposaba sobre la cómoda de Alejandro. Desde que se había mudado a aquel

cuarto, le había parecido un elemento decorativo más, con sus cuatro vasos a juego. Alejandro no parecía probar ni una sola gota de él. Pues bien, el olvidado licor se iba a sentir afortunado de ser por fin utilizado para algo.

Aparte de querer saber cómo había sucedido todo, pensó que hablar lo mantendría distraído mientras le aplicaba lo que —su propio brazo sabía muy bien— le iba a escocer.

—¿Y cómo caísteis por un barranco Aquiles y tú?

Alejandro la miró con recelo en cuanto se acercó a él con la botella en la mano, pero le respondió de todas formas.

—Era noche cerrada cuando llegamos al último tramo del camino. No se veía nada a excepción de la luz que nos proporcionaban los relámpagos cada cierto tiempo. Aquiles sabe llegar a casa perfectamente y podríamos haber vuelto sin ningún

percance si la lluvia no hubiera sido tan intensa como para embarrar el terreno. En algún punto, el caballo pisó mal con su pata trasera derecha. Esa pata es la responsable de su nombre —explicó—. Nació con una malformación en ella y si no hubiera sido por los cuidados de Henri, el padre de Leo, y los ejercicios que hizo con él durante largos meses, jamás habría llegado a cabalgar como lo hace, como el más veloz de los de su especie.

—Así que se resbaló con el barro, se torció la pata y eso os llevó a caer por un barranco. —A excepción de ese último detalle, lo sucedido era inquietantemente parecido a lo que a ella se le había pasado durante horas por la cabeza impidiéndole dormir.

—Sí, exacto. Aunque eso no es lo que le conté a Leo. Solo le dije que resbalamos y caímos al suelo. No quería asustarlo más de lo que ya estaba.

Tampoco hace falta decírselo a nadie más, preocuparles para nada. Así que me guardarás ese pequeño secreto, ¿vale?

—Como quieras. —Desde luego que ella no diría nada que pudiera asustar a nadie de la casa, pero aquella petición le pareció un poco extraña. ¿Acaso no le preocupaba que ella se asustara? Más de lo que ya estaba y había estado.

—Prométemelo —solicitó él.

—Te lo prometo.

Aquella insistencia levantó sospechas en Verónica. Que no se lo dijera a Leo a la noche lo podía entender, pero una vez que estaba a salvo en casa y habiéndoselo confesado a ella, le parecía extraño no mencionar ese simple detalle a todos. Se temía que le estaba ocultando algo.

—Ese es un Armagnac muy bueno, y muy caro, ¿sabes? —apuntó cuando ella abrió la botella y derramó parte del líquido en un pedazo de tela

rasgada.

—Para el caso que le haces. Pero si eso significa que tiene más graduación, te desinfectará mejor. Aprieta mi almohada. ¿Cómo salisteis de allí?

—Aquiles tiró de mí. ¡Au!

Ella ignoró su protesta. Tan solo sopló sobre la herida antes de volver a aplicarle un chorrito del líquido ambarino. Y él apretó la almohada obedientemente antes de seguir contándole lo sucedido para mantenerse distraído.

—El caballo se deslizó por el barro al caer y yo caí aún montado sobre él. Por suerte, no llegamos hasta abajo, debimos de quedar enganchados en las raíces salientes o en las ramas bajas de algunos árboles que crecen retorcidos por allí. Pero antes de eso, Aquiles giró y fue cuando arrastré la pierna por el suelo y, después, la cabeza. Creo que estuve inconsciente unos

instantes.

Verónica terminó de vendar la rodilla con los jirones de su camión y se ocupó de la cabeza. Si había estado inconsciente, podía ser más grave de lo que parecía.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo siguiente que recuerdo es a Aquiles subiendo por el barranco, arrastrando su pata derecha trasera, relinchando de la misma manera que hace cuando llama a Giralda.

—¿Ah, sí?

—Sí, es una manera muy concreta. Por eso, si sale de esta, si la herida de su pata no es tan grave como para tener que sacrificarlo, lo cruzaré con ella.

—Ya. —Verónica alzó una ceja—. ¿Cómo un premio por salvarte la vida?

—Exactamente. ¡Au!

La joven tuvo que volver a soplar esta vez en la

herida de la sien mientras Alejandro apretaba los ojos como si le hubiera clavado un puñal. Tampoco podía escocerle tanto.

—¿Y si Giralda no está de acuerdo? —continuó ella, improvisando un vendaje alrededor de su cabeza que no fuera excesivamente escandaloso. Tras un par de intentos, pensó que si lo que pretendían era no asustar a nadie de la casa, mejor lo dejaría al aire.

—Créeme que lo está. Aquiles se arrastró hasta el establo, donde por suerte estaba Leo. No se había ido a dormir porque yo le había asegurado que volvería a la noche. Por lo poco que me contó, se había quedado allí y, cuando la tormenta ya llevaba un buen rato azotando, Giralda se había puesto a relinchar y a saltar, tratando de salir de su cubículo, cosa que jamás había hecho antes. Tampoco es la primera tormenta que tenemos por aquí.

—Quizás intuía que a Aquiles le había sucedido algo —comentó casi sin pensar, concentrada en pasar un pedazo de tela humedecido en brandy por varios de los pequeños cortes que estropeaban la cara de su marido.

—Sí, estoy seguro de eso. Hay una conexión entre ellos, algo instintivo. Puede que ese deseo de Aquiles por volver a casa haya sido lo que me ha salvado la vida. Aún no sé cómo logró subir aquella pendiente embarrada, con mi peso añadido sobre él.

—Fuerza de voluntad.

—Mucha.

—Esto te va a escocer.

Verónica, con el corazón latiéndole a mil por hora, le pasó la tela por un corte de la barbilla que parecía bastante más profundo que el resto.

El instinto era algo asombroso, pensó, observando que ni las múltiples marcas rojas que

salpicaban el rostro de Alejandro le restaban un ápice de su belleza varonil.

No dudaba de que Giralda hubiera sabido que algo malo sucedía, ella misma lo había sabido. Y Aquiles había sido capaz de regresar movido por ese instinto también... al igual que Alejandro había querido llegar a casa porque... bueno, porque se lo había prometido. Y había hecho esa promesa porque quería dormir con ella, cada noche. Al llegar, la había abrazado y ella se había sentido tan reconfortada y aliviada de saber que estaba a salvo. Que estaba en casa. A su lado.

—Esto ya está. —Hizo a un lado todos los elementos que había usado y lo cubrió con la sábana—. Tú te quedas aquí descansando. Todo el día. No quiero verte salir de esta cama.

—Quiero ir a ver a Aquiles.

—Ni hablar. —Lo empujó por los hombros cuando él trató de levantarse. Después, una de sus

manos acarició suavemente su mejilla más dañada —. Yo me encargo de eso y te traigo noticias con el desayuno. Pero ahora duerme, sino no te recuperarás.

—He tenido que caer por un barranco para que me mires con esa ternura.

—Es un gesto maternal —se defendió rápidamente. Necesitaba una excusa para algo que ni siquiera sabía que estuviera haciendo—. Ahora estás desvalido, como un niño.

—Tal vez esté algo dolorido. Pero no soy un niño, ni estoy desvalido. Soy un hombre, Verónica. Siempre. Y tú eres una mujer. Mi mujer.

Sus dedos, aún apoyados en el rostro de él, temblaron. Cuando le pareció que iba a añadir algo más, algo que no creía querer oír visto por donde estaba encauzando el tema, tapó sus labios con los dedos de una mano.

—Shhh. Duerme Alejandro. En un par de horas

te traeré el desayuno.

—Y noticias de Aquiles —habló, detrás de aquellos dedos que le provocaron cosquillas en la delicada piel que rodeaba su boca.

Sin pensar en lo que hacía, Alejandro cerró los ojos y comenzó a mover los labios para rozar las yemas de los dedos que, de pronto, le parecían un preciado manjar. No acostumbraba a tomar brandy más que en comidas de negocios, y jamás había llegado a probar el Armagnac que contenía la botella de su dormitorio. Podría haber sido el tiempo de reposo en aquel recipiente lo que lo hiciera tan delicioso, aunque sospechaba que lo que le atraía era la mezcla de su sabor con el de la piel de Verónica. Aquellos dedos finos y temblorosos se acababan de convertir en la mayor de las delicias.

Oyó un jadeo contenido cuando atrapó el dedo índice entre sus labios, para deslizar la lengua en

suaves círculos contra la yema. Le produjo una inmensa satisfacción comprobar que al dejarlo libre, la mano de ella aún seguía allí, de forma que él pudo hacer lo mismo con su dedo corazón, y después el anular, hasta que ella deslizó sus dedos húmedos contra los labios de él, dibujando su contorno. Él no abrió los ojos a pesar de que la mano de ella se alejó, ni tampoco cuando Verónica le ahuecó la almohada y lo tapó hasta el mismísimo cuello con las sábanas.

—Descansa Alejandro —le susurró, y le rozó la boca con la suya.

Y con aquel mágico e injustificado contacto, cayó dormido en un agradable sueño.

Dos horas más tarde, y tras comprobar el estado de Aquiles —quien según Leo, no tenía la pata rota pero sí bastante dañada—, Verónica se dirigió a la cocina a ordenar un desayuno ligero

para Alejandro. Margot se mostró muy preocupada por él, pero Verónica insistió en que lo dejaran descansar, puesto que bastante le había costado convencerlo para que se quedara en la cama.

—El Niño es demasiado listo para cometer semejante disparate. ¡Salir a cabalgar de noche y en plena tormenta! ¡Es de locos!

—Sí. Yo también lo creo. Pero fue mala suerte, y un error de cálculo con la dirección de la tormenta. Nada más.

Margot bufó y Verónica vio que tenía los ojos anegados cuando se giró a por una taza para la infusión que estaba preparando.

—Él debería saber mejor que nadie que ese tipo de errores se pueden acabar pagando muy caros. —La voz de la cocinera había adoptado un volumen bajo y un tono sombrío—. Si llega a sucederle cerca del barranco, tal vez no estaría preparándole el desayuno ahora mismo.

Verónica se sobresaltó al oírla mencionar precisamente lo que Alejandro trataba de ocultar.

—¿Qué barranco? —preguntó procurando sonar casual.

Margot se quedó paralizada y la tetera estuvo a punto de escurrírsele entre los dedos. Después miró hacia la puerta para comprobar que estuviera cerrada.

—Perdóname, Niña. He hablado sin pensar.

—Por favor, Margot. Cuéntame la verdad.

La mujer se sentó y juntó las manos. Una lágrima se le escapó y no se molestó en secarla.

—No es que hayamos hecho algún tipo de pacto para no mencionarlo. Simplemente es algo de lo que ninguno hablamos desde hace años. Es como si de esa forma, nunca hubiera sucedido.

Verónica se sentó a su lado y le acarició una mano.

—Respetaré vuestro inexistente pacto y yo

tampoco abriré esa herida. Pero yo también formo parte de esta casa, de esta familia. Necesito saber qué es eso que es tan importante para todos.

Margot le sonrió un solo instante, tan solo con la mirada, de forma que las arrugas de sus ojos se marcaron un poco más. Verónica jamás la había visto tan seria. Ni su voz había sonado como lo estaba haciendo ahora. Llena de dolor. Se sentó frente a ella.

—Por supuesto, ya sabrás que tanto el marido de Berta como el de Melissa murieron.

—Sí.

—Lo que puede que no sepas es que los dos murieron en el mismo accidente. Ambos iban en el carro que cayó por el barranco que te he mencionado. Está a una escasa media hora de aquí y, aun así, tardaron casi dos días en dar con ellos. El carro cayó muy abajo, arrastrado por el barrizal que habían provocado las intensas lluvias de esa

semana. Y esa misma lluvia borró las huellas que pudo dejar el carro al caer.

Verónica tragó saliva. Las imágenes de Alejandro muerto en aquel barranco se superpusieron a las de dos hombres cuyos rostros no conocía, pero lo mismo daba. Era como si lo estuviera presenciando con sus propios ojos.

—¿Cómo los encontraron?

—Tras preguntar en la ciudad por ellos, y que les dijeran que habían partido hacia aquí con el carro lleno de los encargos que habían ido a recoger, Arthur, Leo y Alejandro estuvieron recorriendo los alrededores a caballo. Berta y yo lo hicimos en el carruaje. Melissa estaba embarazada de ocho meses y tenía que cuidar de sus otros tres hijos, así que se quedó en la casa, con Ivy para cuidarla a ella.

>>Estábamos convencidos de que los habían secuestrado, que los habían atacado unos

salteadores de caminos que se los habían llevado junto con las mercancías que traían. Pero, casi por casualidad, el segundo día de búsqueda, Leo divisó lo que parecían restos de una caja rota entre los árboles del barranco. Arthur me contó que Leo prácticamente se tiró cuesta abajo y que Alejandro no dudó en ir tras él. Aún recuerdo las heridas que los dos trajeron por todo el cuerpo...

La voz se le apagó unos instantes, y Verónica se dijo que nadie más debía ver las heridas de Alejandro. Podrían traerles terribles recuerdos.

—En cuanto Arthur reconoció los sollozos de Leo, cabalgó hacia la granja más cercana a por ayuda. Hombres, caballos y cuerdas... Pero ya era tarde.

Margot se frotó los ojos con el dorso de la mano. Las lágrimas salían a borbotones. Verónica esperó en silencio. Le daría todo el tiempo que necesitara.

—Lo peor, es que Henri aún estaba vivo.

—¡Santo cielo! —Verónica se tapó la boca con una mano sobre la otra.

—Ambos se habían quedado atrapados bajo el peso del carruaje y la carga, y no podían salir. Jean, el marido de Melissa, había muerto esa misma noche, por lo que el propio Henri les contó. El golpe o las heridas habrían sido más graves. Henri había aguantado más tiempo, pero para cuando Leo y Alejandro le sacaron de debajo de las ruedas del carro, ya no respiraba. Lo último que les dijo fue el mensaje que Jean le había encargado que le diera a Melissa, convencido de que al menos él resistiría hasta que vinieran a buscarlos.

—Al menos... Henri pudo despedirse de su hijo. —De una forma terrible, pero pudo despedirse de él, pensó la joven.

—Leo lo ve así ahora. Pero los primeros meses

fueron muy duros. También para Melissa. Por suerte, sus hijos eran muy pequeños. En cambio ella, estando embarazada... Temimos que perdiera a Jacques. Pero es fuerte, y salió adelante.

Verónica se percató de que no había mencionado nada sobre Berta y su dolor, que debía de ser similar al de Melissa, a pesar de que su hijo era ya mayor para aceptarlo y que no esperaba ningún otro. Supuso que Margot simplemente había olvidado mencionarla, abrumada por aquellos duros recuerdos.

—Nadie conseguía dormir en esta casa las primeras semanas. Teníamos en mente cómo habían muerto, desangrándose, agonizando, esperando una ayuda que no llegaba. Nos sentimos tan culpables por no haberles encontrado a tiempo... Fue insoportable, no había consuelo. Ninguno lográbamos reconfortar a los otros. Yo lo intenté, traté de sobreponerme. Pero ellos eran

como mis hermanos, les quería como si lo fueran. ¿Cómo podía no llorar cuando veía a Melissa sollozando por las esquinas?

—Debió de ser muy difícil de superar —comentó Verónica para sacar a Margot del silencio en el que se había sumido, mirando a la nada.

—Nadie lo ha superado aún. No del todo. Pero cuando Alejandro decidió que no podíamos seguir así, llamó a Gabriel. Todos tuvimos sesiones individuales con él cada semana durante casi seis meses. A Berta y a Melissa aún las visita mensualmente.

—¿Gabriel? ¿El amigo psiquiatra de Alejandro?

—Sí. Era el ahijado de Madame Evangeline, y todos le conocemos desde hace años, al igual que él conocía a las dos personas que ya no estaban aquí, por lo que hablar con él sobre el tema no fue como si lo hiciéramos con un extraño. No sé cómo

lo logró pero, poco a poco, nos hizo sacar a todos el dolor que llevábamos dentro. ¡Gracias a Dios! —Exclamó, como en una plegaria—. Es un hombre muy especial, y nos ha ayudado mucho. La muerte forma parte de la vida, y hay que aceptarla para seguir adelante.

—Eso es lo mismo que me dijo el Padre Gregorio cuando murió mi padre —recordó Verónica—. Aunque sabía que tenía razón, en aquel momento no fui capaz de aceptarlo.

—A veces parece mejor no hablar de ello, dejarlo enterrado como sus cuerpos. Pero creo que contarlo me ha venido bien. He dejado ir a los fantasmas. Quizás a ti también te venga bien hablar de tu padre, Niña.

Verónica habló de carrerilla y sin pensar en las palabras. Era como si esas fueran las acertadas.

—Se llamaba Arturo, como mi abuelo. Era un buen hombre. —Eran pocas palabras, pero eran

las primeras que pronunciaba sobre él en voz alta. Y la primera vez que Verónica sonreía recordándolo tras su muerte—. Algo orgulloso y conservador, pero buena persona. Cariñoso, generoso, recto como el que más. Se lo llevó lentamente una enfermedad pulmonar. Murió la noche posterior a mi boda con Alejandro.

Margot consideró que para ser las primeras palabras que la joven le dirigía al respecto, formaban un buen resumen.

—Al menos pudo presenciar vuestro enlace. —Verónica se mordió el labio para no llorar cuando Margot le apretó la mano—. Hay que pensar en todo lo bueno que dejaron. Arturo, a ti. Henri, a Leo. —La puerta se abrió de golpe y cuatro pares de pies trotaron en busca de su desayuno—. Y Jean, a estos cuatro terremotos.

La conversación llegó a su fin abruptamente cuando los niños exigieron su vaso de leche y sus

galletas.

—¿Por qué lleva usted una bandeja, *Madame* Verónica? —preguntó Jacques con el labio superior manchado de blanco.

—Alejandro y Aquiles sufrieron una caída anoche. Ya están mejor, pero necesitan que los mimemos mucho hoy. Luego podéis ir a los establos y llevarle algo de fruta al caballo. Yo, le llevaré el desayuno a mi marido.

—¿Podemos ir a darle mimos también a Alejandro?

—Tal vez mañana, Jacques. —¿Cómo esa simple pregunta podía hacerla olvidar el dolor que se le había acumulado en el estómago?—. Hoy, necesita guardar cama y descansar.

—Le haré un dibujo. A Alejandro le gustan mucho los dibujos.

—Sí, sí que le gustan. Seguro que en cuanto lo vea, se siente mucho mejor.

Cargando con la bandeja del desayuno, Verónica subió al dormitorio.

Con la nueva información que disponía, ya no pensaba que el accidente hubiera sido mala suerte o un error de cálculo. Había sido una auténtica temeridad. ¿Cómo se había arriesgado sabiendo el terrible final que habían sufrido dos hombres de su familia en condiciones similares? ¿Cómo se había jugado así la vida sabiendo que el dolor para toda la familia que formaban los miembros de esa casa había sido tan grande que ni siquiera podían hablar sobre ello, que solo con sesiones de un médico psiquiatra habían conseguido salir adelante?

Entendía que no quisiera decir nada al respecto del barranco. Al menos, esa parte la entendía. Por eso, ella no iba a mencionarlo, pero sí le iba a exigir saber por qué no se lo había contado cuando le había confesado que se había caído por el barranco. ¿Por qué podía saber una cosa y no la

otra?

Entró sin hacer ruido, a pesar de que debía despertarlo para que desayunara. Dejó la bandeja sobre su lado de la cama y se sentó en el borde del lado de Alejandro, mirándolo dormir y, por primera vez, oyéndolo roncar. Debía de estar agotado.

Su mano se movió por voluntad propia hasta un mechón de pelo que le cubría la frente, despejándosela.

—Tonto —le reprochó, imaginándolo cayendo por aquel barranco y quedando atrapado hasta que Leo fuera a buscarlo. Porque, muy probablemente, habría ido hasta el barranco en primer lugar. Sintió la primera lágrima recorrerle el rostro.

No, ella no pensaba que fuera tonto. Lo consideraba un hombre inteligente, entre otras muchas cualidades.

Preocupada al verlo removerse en sueños,

intranquilo, se preguntó si, habiendo sido las cosas de distinta manera, se habría fijado en él. Si hubiera ido simplemente de visita, si hubiera aparecido en su casa sin ninguna carta ni antigua promesa de por medio, ¿se habrían sentido atraídos el uno por el otro?

Nunca lo sabría.

Pero el caso era que Alejandro la perturbaba, y ya no solo cuando lo hacía de forma intencionada. No era solo su atractivo físico lo que le alteraba el pulso, ahora había otras cosas en él que ponían su mundo del revés.

Que hiciera estupideces como jugarse la vida en una noche de tormenta para llegar a tiempo a dormir a su lado, eso... había sido tan perturbador como la más intensa de su miradas, la visión de su torso desnudo al acercarse a la cama cada noche, o la forma repentina y sumamente erótica en la que le había besado, luego chupado y después lamido

los dedos, disfrutando con ello como si fuera un manjar succulento y haciéndola vibrar por dentro a ella.

Ninguna mujer en su sano juicio podría permanecer impasible a caricias como aquellas, ni resistirse a contemplar aquella belleza varonil si se la ponían en bandeja tan descarada e insistentemente. Y ella, maldita fuera, y tal como él había dicho, era una mujer, su mujer, y se sentía cada vez más mujer a su lado.

Estaba despertando en ella instintos tan antiguos como el ser humano, y su mente civilizada se estaba viendo aplastada por pensamientos demasiado básicos, visiones fugaces de lo que podría pasar entre ellos dos si sus defensas llegaran a caer.

Desconcertada por aquellas revelaciones, le subió la sábana que había quedado enrollada en su cintura para taparlo hasta el cuello, diciéndose que

tampoco pasaba nada, que solo mirarlo y recrearse en su perfección no podía hacerle ningún daño.

O sí podía. Porque cuando cerraba los ojos por las noches y seguía viéndolo, cuando su descarada imaginación se desbocaba tanto dormida como despierta, no podía seguir mintiéndose. Tenía un serio problema. Estaba faltándose a sí misma, a su propia palabra.

La noche anterior a la boda se había hecho una promesa. Se había jurado que por mucho que aceptara ese matrimonio, no iba a entregar su cuerpo a ese hombre. No iba a mentirse a sí misma ni a él resignándose a que aquello tenía que suceder por el mero hecho de estar casados.

Como él parecía no tener los mismos principios que ella, no había tenido ningún problema en dejarle claro que estaba dispuesto a consumir el matrimonio aunque no hubiera amor de por medio. Desde luego, para ella sí era un problema, lo era

desde hacía algún tiempo, desde que, ¡maldita fuera! deseaba a Alejandro. ¿Por qué tenía que suceder?

Aun así, era más fácil pensar que su cuerpo reaccionaba de un modo mecánico y normal ante otro cuerpo dispuesto a satisfacerlo, que pensar que, tal vez, había algo más. ¿Dónde estaba la frontera entre el deseo y el amor? ¿Qué había de común en ello y qué de distinto exactamente?

Que se sintiera extrañamente satisfecha por el hecho de que él deseara besarla cada noche y dormir a su lado hasta el punto de cabalgar bajo la lluvia era, además de perturbador, confuso. Y que cada día que pasaba sintiera cómo él la trataba con más delicadeza, cómo la miraba con más dulzura y con aquella sonrisa que hacía que los dedos de sus pies se encogieran todos a la vez según contenía el aliento, eso, era devastador.

Estaba más que claro que tenía un serio

problema, porque aún no eran ni las nueve de la mañana y ya estaba suspirando por que llegara la noche para volver a besarlo. Si bien podría acercarse a él en ese preciso momento y robarle un beso mientras estaba dormido. Pero eso, no sería ni la mitad de satisfactorio que sentirlo rodearla con sus fuertes brazos y...

Sacudió la cabeza, borrando otra de aquellas turbulentas fantasías.

—Alejandro, ¿qué me has hecho? —susurró, haciendo qué él reaccionara al sonido de su voz hasta despertar.

—¿Ya es de día?

—Ya lo era antes, cuando te he curado. —Le sonrió, y pensó que aquellos ojos soñolientos eran los más bonitos que había visto nunca—. Te traigo el desayuno.

—¿Y Aquiles? —preguntó mientras se incorporaba en la cama.

—Más o menos como tú. La pata no está rota.

—Gracias a Dios. Puedo comer solo —añadió cuando ella se dispuso a acercarle el plato—. Intuyo que Aquiles no.

—Le di unas zanahorias, pero apenas se incorporó para comerlas. Está recostado de medio lado. Mandé a Leo a dormir, aún no se había acostado. Me costó convencerlo, aunque no se fue hasta que Ivy lo sustituyó. —Le acercó la taza con la infusión esperando a que protestara de nuevo—. Giralda tenía la cabeza fuera de su cubículo y lo miraba con los ojos llorosos.

—No hay como caerse por un barranco para que te miren con ojos tiernos.

—Come y calla. Cuando acabes, volverás a dormir.

—Dudo que pueda.

—Entonces te traeré libros para que leas.

—Me duele la cabeza. No creo que fijar la

vista en un libro me venga muy bien.

Ella suspiró. Para estar malherido, tenía bastantes fuerzas para discutir.

—Margot te ha preparado esta infusión de no sé qué hierbas, dice que te relajarán.

—Dormiré el resto del día si la tomo. Y no quiero.

Pero como sí era precisamente lo que ella quería, le acercó la taza a los labios.

—Bébela.

—No. —Apretó los labios con fuerza.

—Si te la tomas, me quedaré contigo y te leeré hasta que te duermas.

—Serías una madre estupenda. Me has convencido.

Incómoda, Verónica le dio la taza y observó cómo la bebía en tres sorbos.

Sí, ella siempre había pensado que sería una

buena madre y, tenía que reconocer, se le había cruzado por la cabeza en más de una ocasión que Alejandro sería un padre ejemplar. Maldito fuera.

—¿Qué quieres que te lea?

—Tu actual lectura. Será interesante saber algo más sobre tus gustos.

—Iré al saloncito. Está allí. Pero antes, quería comentarte algo. —Carraspeó sin querer—. Sobre el barranco.

La cara de Alejandro empalideció.

—Prometiste que no se lo mencionarías a nadie.

—No lo he hecho. Solo te lo menciono a ti.

Eso pareció relajarlo.

—¿Qué quieres saber?

—Que yo no mencionara nada —aclaró—, no quita para que cualquiera, Margot en concreto, se imagine lo que te podría haber pasado por culpa

de tu temeridad. Algo similar a lo que pasó hace años. Algo que tú no me has contado, pero ella sí. Hace cinco minutos.

—Es algo que nunca se menciona en esta casa. Quería ahorrarte la tragedia familiar.

Se dijo que no podía culparle por ello. A pesar de que le doliera que no hubiera confiado en ella.

—¿Hay algo más que me estés ocultando por mi propio bien?

—¿A qué te refieres? —Alejandro pensó en las cartas de un hombre al que, aún sin conocerlo, ya odiaba, y en que ella podría haber interceptado alguna antes que él y haberla leído y...

—A nada en concreto. A cualquier cosa de la que pueda enterarme así, por casualidad, en lugar de que tú mismo me la cuentes.

—No. Si Margot te ha contado todo, cómo les encontramos, los meses de terapia y el silencio sagrado que todos guardamos al respecto, todo

está dicho.

—Sí, me lo ha contado.

—Entonces eso es todo.

Quería creerle. Debía creerle. Pero sentía que seguía ocultándole algo. O tal vez fuera su rostro fatigado y magullado lo que le hacía notarle extraño.

—No quiero que me mientas Alejandro. Nunca más.

—Solo omití una verdad. Una muy dolorosa y que todos preferimos mantener enterrada. Hace solo un par de años que Melissa dejó de llorar por las noches. No quiero que vuelva a pasar por eso.

—Entonces no cometes actos suicidas —repuso con rabia, su propia rabia.

—Lo siento. —Aunque no podía evitar sentirse conmovido por su reacción—. También no haberte confesado la verdad. —*Y ojalá nunca tengas que enterarte de que te oculto otra*, se reprochó a sí

mismo.

—Muy bien. Voy a por mi libro. —Se levantó y lo tapó de nuevo hasta el cuello. ¿Por qué no dejaba de destaparse?—. Ahora vuelvo.

—¿Con qué me vas a entretener?

—Gilles Mènage.

Verónica ya estaba en la puerta cuando oyó las palabras de Alejandro.

—*Pues la filósofa hay que degustarla y no devorarla.*

Cuando ella se giró y lo miró sorprendida por la cita textual del autor, él sonrió pero se llevó la mano a la sien al sentir que el gesto le tiraba de la piel—. ¿De qué te sorprendes? Al fin y al cabo lo has sacado de mi biblioteca. Y si algo he empezado a conocerte, *Historia de las mujeres Filósofas* es la elección que más encaja contigo dentro de toda la obra del autor que has mencionado.

—Hay miles de libros en esa biblioteca.

—Entonces es una bonita coincidencia que compartamos gustos literarios.

—Eres una caja de sorpresas. —Lo miró unos instantes. Ya se había vuelto a destapar—. Si ya lo has leído, preferirás que elija otro.

—No. Me encantará ver la cara que pones cuando lleguemos a ciertos pasajes que, me temo, no te van a gustar.

—¿Ah, no? ¿Por qué crees eso?

—Aunque sí alaba a las mujeres pensadoras y, créeme, te considero una de ellas ya que siempre estás maquinando algo en tu preciosa cabecita, dice ciertas cosas con las que no estarás de acuerdo. Y yo tampoco.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que las mujeres son muy habladoras y no son capaces de guardar un secreto.

—No todas las mujeres somos iguales.

—Ni todos los hombres.

En eso no podía contradecirle.

—Y además, es un libro de hace más de dos siglos. Los tiempos cambian.

—Las personas hacen que cambien —matizó él.

—Me temo que podríamos acabar manteniendo un debate sobre el curso del mundo civilizado en lugar de limitarme a leerte sobre lo que otros piensan.

—Podríamos.

—Aunque puede que acabemos discutiendo.

—Puede —aceptó él—. ¿Me está retando, Madame?

—No quiero que salga más malherido de lo que ya está, Monsieur.

—Me rendiré si veo peligrar mi integridad física.

Animada por las interesantes perspectivas, bajó

al saloncito a por el libro que apenas había comenzado esa misma semana.

Se sintió algo desolada al ver que, en ese breve lapso de tiempo, él se había vuelto a dormir. Apartó la bandeja del desayuno, lo tapó bien con las sábanas y, conteniéndose de acariciarlo por si se despertaba, apartó la mano que ya casi tenía en su mejilla y salió del dormitorio.

Tenía que descansar y temía que no solo ese día. Así que se dirigió a su despacho para tomar medidas al respecto.

Alejandro salió del sueño inducido por aquellas misteriosas hierbas de Margot que siempre lo dejaban atontado. Parpadeó y se sobresaltó al ver una figura sentada en una silla junto a la cama. Al reconocerla, un recuerdo muy antiguo y casi olvidado acudió a su mente. Ella había estado sentada allí, tal como lo hacía ahora,

durante las dos semanas que él había padecido unas fiebres muy altas. Él solo tendría unos nueve años, y su padre estaba de viaje. Y como había hecho desde el mismísimo día en que la nodriza dejó de darle pecho, Berta lo había cuidado como si fuera su hijo, al igual que había seguido haciéndolo a pesar de haber tenido al suyo propio.

—Tienes un aspecto horrible. —Le acercó un vaso de agua.

—He sufrido una caída horrible —justificó antes de bebérsela de un trago. Tenía la boca seca. Pero ella ya lo sabía—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde que Margot me ha contado lo sucedido. —Se levantó y se sentó en el borde de la cama—. Aunque me temo que lo que ella sabe no es toda la verdad.

—Aquiles y yo nos caímos. Pero él se puso en pie y logró llegar hasta aquí. Esa es la verdad.

—¿Dónde? —La mirada del ama de llaves era inquisitiva.

—Cerca.

—¿No me lo vas a decir?

—Por tu cara, creo que ya lo sabes —confesó él—. ¿Te lo ha dicho Verónica?

Ella alzó una ceja, sorprendida.

—No. Simplemente me he despertado a media noche y no me he vuelto a dormir hasta el alba. Ahora sé por qué. —Se sentó al borde de la cama y le acarició la barbilla donde una rojez destacaba de entre las demás. Apretó los labios, conteniendo un sollozo—. Deberías tener más cuidado. No querrás dejar viuda a tu esposa tan pronto.

—Desde luego que no.

Ella asintió y su mirada cambió de preocupada a precavida.

—La he buscado por la casa al ver que tú estabas solo. La he encontrado en tu despacho.

Desde entonces no he oído la puerta, así que no ha salido de allí en una hora aproximadamente.

—¿Y has visto lo que estaba haciendo? —No entendía qué le podía interesar de su despacho.

Ella suspiró y lo miró con gesto de culpabilidad.

—Cuando he entrado le he preguntado qué hacía allí, por supuesto. Eso ha debido de molestarla, porque simplemente me ha dicho que había estado escribiendo a Basile para que se haga cargo de todo mientras tú estés convaleciente. —Casi se le escapó una sonrisa tras esas palabras—. No dudo de que esa fuera su intención al principio, pero lo que tenía entre las manos cuando yo he llegado no era una carta escrita por ella. Sino una dirigida a ella.

—¿Su amiga Úrsula le ha vuelto a escribir?

Ella negó con la cabeza y su gesto de culpabilidad se incrementó, provocando en

Alejandro una espiral creciente de temor en medio del pecho.

—Como tú me indicaste, yo personalmente he recogido el correo cada vez que ha llegado y lo he llevado a tu despacho independientemente de a quién fueran dirigidas las cartas. Ayer en concreto llegó una para ella, la cual yo dejé en tu mesa para que decidieras si dársela o no. ¿Quién iba a imaginar que iba a entrar allí y encontrarla? —se justificó—. Pero no es de ese hombre —se adelantó rápidamente al ver que Alejandro abría la boca, alarmado—. Yo misma la recibí en mano después de que te marcharas a la ciudad. Me la dio uno de los lacayos de tu tío Armand.

—¿Qué? —Alejandro no podía estar más contrariado—. Explícate.

—Llamaron a la puerta. Un muchacho con la librea de la casa del Marqués de Beaumont me dijo que tenía una carta de parte del Marqués para

Madame Verónica, una carta que debía entregarle en mano. Estaba a punto de ir a buscarla cuando alcé la vista y vi que las cortinillas del carruaje se movían. En ese momento no le vi, pero supe que él estaba allí. Así que le dije al lacayo que Madame no estaba, que me dejara la carta a mí o que volviera en otro momento.

—¿Y qué pasó?

La alarma de Alejandro mermó en cuanto vio brillar los ojos de Berta.

—El lacayo dudó, pero al final me pidió que esperara un momento. Se acercó al carruaje, le dijo algo al ocupante y volvió para dármele. Antes de que se marchara, pude ver la cara de Armand antes de que cerrara del todo la cortinilla. Me miró con ese gesto suyo tan... odioso.

Alejandro sonrió y le tomó una mano.

—¿Hiciste eso solo para proteger a mi esposa?

—No, no solo por eso. —Parecía incómoda por

la suposición—. Él estaba ahí para verla a hurtadillas, estoy segura. Y no pensaba darle esa satisfacción, no señor. —Se soltó de su mano y se cruzó de brazos haciendo un puchero infantil—. Si quiere conocer a tu esposa, que solicite una audiencia como es debido.

Alejandro rompió reír a carcajadas y Berta sonrió como hacía tiempo que él no veía.

—¿Te he dicho cuánto te adoro?

—Últimamente no mucho —se quejó con seriedad pero volvió a reír cuando él la abrazó con fuerza.

—¿Y qué querrá mi queridísimo tío de mi esposa?

—No lo sé. Pero no será muy grave o ella habría venido a hablar contigo en cuanto hubiera leído la carta, ¿no crees?

Alejandro se rascó la barbilla, pensativo, hasta que topó con la herida que le provocó una punzada

de dolor.

—O es tan grave que lleva una hora en el despacho pensando qué hacer. —Alejandro tragó saliva antes de destaparse e intentar incorporarse de la cama—. Ayúdame a levantarme, Berta. No sé si podré andar sin un apoyo.

—¿No prefieres que le diga a ella que venga aquí?

—No. Quiero ver cómo reacciona en cuanto me vea. Así sabré si la carta la inquieta o no.

Con pasos lentos y con Berta bajo uno de sus brazos, Alejandro alcanzó la puerta del cuarto.

—Armand la habrá acusado de plebeya y caza fortunas como hizo con tu padre cuando se casó con Evangeline —murmuró Berta con tono dolido.

Por el contrario, Alejandro pareció reírse de esa posibilidad.

—Eso no amedrentaría a Verónica lo más mínimo.

—Seguro que no —reconoció Berta con lo que a Alejandro le pareció, sorprendentemente, orgullo—. Pero aun así no es algo que merezca tener que soportar.

Esta vez, Alejandro se detuvo en seco.

—¿Ya no te disgusta tanto mi esposa, Berta?

Ella parpadeó por lo inesperado de la pregunta.

—No es... como me había esperado.

No eres la única sorprendida, pensó él, retomando la marcha.

—Yo solo quiero que seas feliz, Alejandro —murmuró cabizbaja.

—¿Y no lo parezco?

Se detuvieron justo delante del despacho y ella respondió en voz muy baja.

—Casi.

—Me conoces demasiado bien —susurró el hombre, preguntándose cómo a pesar de los años

que había pasado fuera de casa ella todavía sabía leer en su mirada de aquella increíble forma.

—Como si fueras mi hijo —corroboró ella.

—Y tú eres la única madre que he conocido —añadió con cariño—. En cambio, no sé si puedo leer en ti de la misma manera que tú en mí. —No era el mejor lugar, pero sí era el momento, pues parecía más abierta a hablar que nunca—. Últimamente estás... distinta.

—Gabriel dice que es normal, es la evolución de mi... dolencia.

Ella se negaba a llamarlo enfermedad, y le había exigido a Gabriel que no lo mencionara a nadie o dejaría de aceptar sus sesiones. A pesar de eso, cuando alguno de sus ataques tenía lugar de forma inesperada, no podía ocultarle a quien estuviera presente que algo le sucedía. Por eso, habían acordado justificar cada una de sus crisis nerviosas con el accidente sufrido por su marido y

el de Melissa. Ella no lo había superado y, cada cierto tiempo, los recuerdos la invadían haciéndola sentirse... indispuesta. Era una excusa bastante creíble dado el trauma que había supuesto para todos. Solo esperaba que, dondequiera que estuviera, Henri la perdonara por usar su muerte como tapadera. Eso, entre tantas otras cosas que le remordían la conciencia cuando estaba lúcida.

—Deberías ir a mejor. Pero cada vez estás más distante.

—Me encuentro bien. —Aunque si seguían hablando de ello no duraría así mucho rato—. No le des más vueltas.

—Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y le soltó antes de abrir la puerta de golpe, tal como él quería.

Capítulo 15

—¡Alejandro! —Verónica se levantó de la silla de un salto y Alejandro observó cada uno de sus movimientos y las expresiones de su cara. La habían asustado entrando de golpe, pero no parecía tratar de ocultar nada—. Deberías estar en la cama.

—Y tú deberías estar a mi lado, leyéndome a Gilles Mènage.

—Estabas dormido y no quería despertarte. — Miró a Berta, quien sospechaba que era quien lo había hecho, y volvió a sentarse tranquilamente. La mujer acercó una silla al escritorio, ayudó a Alejandro a sentarse al lado de ella y se marchó sin decir nada—. Necesito la dirección actual de Basile. Le he escrito un telegrama para que en las

próximas semanas se ocupe de todos los asuntos que precisen de tu atención. —Lo miró sin pestañear—. Y me he tomado la licencia de decirle que yo trataría personalmente aquellos temas que él no pueda llevar solo.

—¿Eso has hecho?

—Sí. Por eso estoy leyéndome estos documentos que estaban sobre la mesa. Supuse que era lo más importante que tenías actualmente entre manos.

—Así es. —Le sorprendió ver que no solo había estado leyendo, sino que había tomado notas al respecto—. ¿Y eso? —Señaló el papel escrito de su puño y letra.

—Esto... son preguntas que quería hacerte. Cuando estuvieras mejor —remarcó—. Cosas que no veo muy claras.

Él estaba completamente fascinado.

—¿Por ejemplo?

Ella sonrió. No había esperado que él se tomara tan bien que se inmiscuyera en su trabajo. Así que podía ahorrarse las excusas que había ideado sobre lo preocupada que estaba por él y que todo lo hacía para que se recuperara cuanto antes. Lo cual era cierto.

—No entiendo cómo estos señores... —buscó el nombre entre los papeles.

—Ballester —le indicó él—. Son dos hermanos y un primo.

—Eso. No entiendo cómo han recurrido a ti después de que todos los bancos españoles y franceses se hayan negado a invertir en su proyecto.

—Los proyectos de esta envergadura son muy arriesgados. Los bancos trabajan con resultados más fiables. Somos los inversores particulares quienes financiamos el futuro.

—Ya. —Eso lo entendía. Ella misma lo había

vivido con los proyectos de su padre—. Mi pregunta es por qué tú. Precisamente tú, de entre todos los posibles inversores de España y Francia.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no he sido al único al que han acudido. Por eso me estoy dando prisa en estudiar su propuesta. Si es buena, no quiero que nadie se me adelante.

Ella dudó unos instantes antes de hablar.

—No tengo experiencia en grandes presupuestos, plazos ni rutas, por lo que esa parte de la documentación me está resultando bastante complicada —reconoció—. Pero comunicar España y Francia por ferrocarril me parece muy buena idea.

—A mí también.

—Y tarde o temprano alguien tendrá que hacerlo.

—Estoy de acuerdo.

—Así que vas a aceptar —dedujo.

—Estoy sopesando su proyecto. Mis arquitectos e ingenieros tienen que revisar los diseños, mis topógrafos tienen que ir a la zona para comprobar los mapas y ver si es viable la ruta que ellos han definido. Los Pirineos no son fáciles de atravesar.

Verónica pensó en sus palabras. Aquellas comprobaciones podían tardar bastante tiempo. Perfecto.

—Muy bien. Entonces deja que tus empleados hagan su trabajo. De mientras, tú te recuperarás de tus heridas. Y si llega más documentación al respecto, yo me encargaré.

Él se cruzó de brazos y se recostó sobre el respaldo de su silla, mirándola con una ceja alzada.

—¿Ya te has encargado de algún otro documento que ha llegado recientemente? —

preguntó con segundas.

Ella tardó un poco en entender de lo que le estaba hablando. Lo justo para recordar que Berta la había encontrado leyendo aquella sorprendente carta.

—Si te refieres a alguna carta que hubiera en esta mesa, sí. He encontrado una que iba dirigida a mí cuando buscaba la dirección de Basile en el remitente de algún otro sobre. Y si soy yo la destinataria, creo estar en pleno derecho de abrirla.

Él no podía negar eso.

—¿Puedo verla?

—Claro. —La joven buscó la carta de Armand de Beaumont entre los papeles. ¿Dónde la había dejado? —Ah, aquí está. Toda tuya. Gracias por no abrirla por mí —dejó caer con ironía.

—Llegó ayer. Y yo acabo de enterarme de su existencia.

Alejandro se relajó al comprobar que ella no le daba mayor importancia a la misiva. Aun así, en cuanto la tuvo entre sus manos la leyó con avidez.

Señora Aranda de Zaldívar:

A pesar de que nadie nos haya presentado formalmente, he de decirle que en los últimos meses he oído su nombre y el de mi sobrino mucho más a menudo de lo que me hubiese gustado. No es muy habitual que escuelas gratuitas que han profanado lo que un día fuera un lugar sagrado sean un tema de conversación en salones y clubs. Aun así, su proyecto de beneficencia es la comidilla de cualquier evento social de Orleans, cosa que me está empezando a crear un serio dolor de cabeza.

Al parecer, al llevar usted el apellido de Alejandro, quien irremediablemente lleva también el mío, las personas de mi entorno

consideran que debo estar al tanto de los progresos educativos de su escuela y de los motivos que la han llevado a querer tener merodeando por Le Petit Château Beaumont a esos desarrapados. Solo espero que su presencia se limite a esa edificación exterior y que no les permita la entrada al edificio principal. No obstante, le aconsejo que se mantenga al tanto de la posible desaparición de ciertos objetos muy valiosos que mi hermana Evangeline heredó junto con la propiedad.

Si bien muchos de mis más preciados amigos califican de admirable su labor, he de decirle que personalmente no la considero propia de una dama cuyo primogénito varón podría heredar mi actual título, puesto que Dios no deja de castigarme con una nieta tras otra.

Así pues, debo solicitarle una cosa. Le exijo

que desista de su cruzada por enseñar a leer a las clases bajas, quienes por otra parte, no lo necesitan para realizar sus trabajos. Pero sobre todo, que no se le pase por la cabeza instruir a los nietos de mi hermana en ese lugar. Un Beaumont debe acudir a los más prestigiosos colegios privados y obtener, al menos, un título universitario.

Confiando en su buen juicio a pesar de su procedencia y condición, se despide:

Armand de Beaumont y Ardèche, Marqués de Beaumont

—Me pregunto si mi tío es consciente de lo divertido que puede llegar a ser, dentro de lo ofensivo que es cada vez que abre la boca. O escribe una carta —añadió Alejandro, tirándola sobre la mesa con desgana.

—Imagino que su avanzada edad le hace decir

tonterías. No pienso hacer el menor caso a esa carta, Alejandro. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Mi tío solo le llevaba cinco años a mi madre. No está tan mayor como para poder justificarle con desvaríos propios de la vejez. Simplemente, él es así de déspota.

Podía intentar parecer indiferente, pensó Verónica, pero vio que le molestaba mucho el tono de aquellas palabras. En cambio, lo que realmente le dolía a ella era que un hombre que debería haberle querido y cuidado, sobre todo cuando murió su padre, no solo no lo hubiera hecho sino que además renegara de él. Ella estaba segura de que cualquier otro hombre estaría orgulloso de tener a Alejandro como sobrino. Pero Armand no era un hombre con todas las letras si había tenido que recurrir a un papel para decirle las cosas que pensaba de ella, de él y de su escuela.

—Quizás eso explique por qué dice que me va

a *solicitar* una cosa cuando después me la exige. Y no solo una.

Alejandro releyó el último párrafo y rio secamente.

—¿A qué crees que se refiere con lo de mi «condición»? —Aquello era un insulto personal estratégicamente colocado en último lugar, después de menospreciar a sus alumnos, el trabajo que podrían llegar a desempeñar, y acusarla de profanar la ermita—. Con “procedencia”, imagino que se refiera a mi país, que no parece ser de su agrado. Pero lo otro no sé si hace alusión a que soy mujer o a que no soy de la nobleza.

Alejandro se encogió de hombros.

—Posiblemente, a ambas cosas.

Lo sospechaba.

—Me alegro de que no te hables con él.

—Siento que hayas tenido que leer esto. —Y menos mal que Berta había tenido la mente rápida

el día interior. No le hubiera gustado nada que su miserable tío la hubiera visto leer su repulsiva carta.

—Mi venganza será no dedicarle ni un solo segundo más de mi tiempo. —A Alejandro se le ilumina la cara. —¿Qué?

—¿Quieres hacer que la venganza sea aún más dulce dando a conocer tu «cruzada» en todo el país?

—¿Cómo?

—Con lo de la caída, me había olvidado de contarte algo que esta carta me ha recordado. Un reportero de *Le Siècle* se acercó a mi mesa ayer cuando comía con mi socio en un restaurante de la ciudad. —Sonrió de medio lado—. Me temo que no solo se habla de la escuela en eventos sociales de alta alcurnia, sino por todas partes.

—¿De veras?

—Eso parece. Me solicitó un reportaje en

exclusiva y una entrevista contigo, con fotos de los niños y de la escuela.

Verónica no daba crédito, pero sabía que Alejandro no mentía. Nunca lo hacía.

—¿Y qué le dijiste?

—Que tenía que consultarlo con la maestra.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Y si yo digo que sí?

—Le diré que venga cuanto antes.

Ella lo miró con suspicacia.

—*Le Siècle* es lo único que lees en la mesa del comedor. A pesar de que aquí tienes ejemplares de la mayoría de los periódicos de tirada nacional.

—Muy observadora. —Aquello le hizo reír—. Me gusta su línea editorial. Pero eso no se lo menciones al reportero. No vamos a hacerle publicidad gratuita.

—De acuerdo.

—Entonces, escribiremos un telegrama. Y lo enviaremos mañana, junto con el de Basile.

Ella iba de asombro en asombro.

—¿Te parece bien que yo me encargue de tus negocios mientras tú...?

—Te lo agradezco enormemente.

Ella lo miró y se preguntó cómo podía existir un hombre así. Y que ella tuviera la inmensa suerte de haberse casado con él. Tragó saliva cuando sintió que le costaba respirar.

—Pero que no venga hasta que sanen tus heridas —dijo de pronto.

—¿Para que salga guapo en las fotos?

—También. —Sonrió con pena, mirando su rostro magullado—. Pero sobre todo para que no publiquen que Alejandro Zaldívar alega simplemente haberse caído del caballo cuando sus heridas revelan algo más parecido a una salvaje pelea.

—No suelo meterme en peleas —se defendió enseguida.

—En alguna ya te has metido —le recordó ella.

—No voluntariamente —contraatacó—. Y no me tocaron un solo pelo.

—Eso es cierto. —Se sintió enrojecer al recordar el altercado provocado por ella y cambió rápidamente de tema—. Dile que venga dentro de un mes, más o menos.

—Muy bien. Apunta. —Sacó papel de carta de su escritorio y se lo puso delante—. Yo no debo hacer ningún esfuerzo, ¿recuerdas?

Ella rio y comenzó a escribir lo que Alejandro le iba dictando.

Un mes después, convencido de que aquel reportaje iba a catapultar su carrera a lo más alto,

Frédéric Flute escuchó atentamente cada una de las palabras de *Madame Zaldívar*, sorprendido por su dominio del idioma y la seguridad con la que respondía a sus preguntas, muchas de las cuales había creído que se negaría a contestar. No se le escapó que su marido no dijera ni una palabra a no ser que él le preguntara directamente. Aunque por la forma en la que le brillaban los ojos cuando la miraba, como a un niño en la mañana de Navidad, no le sorprendía que le hubiera concedido semejante capricho para que su esposa estuviera entretenida.

Al final de la entrevista, la palabra *capricho* o *entretenimiento* quedaron excluidas del reportaje. Aquello era una escuela en toda regla, si bien el lugar era un tanto peculiar y los alumnos diferían en edad, sexo y nivel social. La maestra estaba entregada al cien por cien y contaba con una ayudante que ella misma había formado. Los

materiales escolares, el transporte y la alimentación de los niños y niñas eran costeados por el propio Alejandro Zaldívar, aunque Frédéric sospechaba que, si su reportaje tenía la repercusión que él esperaba, habría muchas colaboraciones altruistas a aquella obra social.

—Me gustaría que Sébastien les hiciera una foto a ambos, con la escuela de fondo —concluyó cuando dio la entrevista por terminada.

—Si espera unos minutos, podrá fotografiarnos junto con los niños. Están al llegar —indicó Alejandro haciendo una seña al fotógrafo, quien ya estaba preparando su equipo.

—Eso será perfecto —aceptó el reportero—. Pero a nuestros lectores les encantaría tener un primer plano del matrimonio que vela por la igualdad de clases sociales promoviendo la educación gratuita y universal. —Por no mencionar que él sería el primero en mostrar la

imagen de un matrimonio que ni la prensa que se dedicaba a hablar sobre los enlaces de las clases más altas había podido conseguir—. ¿Qué me dicen?

Alejandro miró a Verónica, quien se encogió de hombros. Entonces le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él.

—Esto le va a dar a mi tío más que un dolor de cabeza —farfulló, riendo entre dientes.

Verónica estaba muy satisfecha con los resultados de los últimos exámenes de sus alumnos. Habían mejorado en aritmética y cada vez leían y redactaban mejor. Nolan era uno de los que más rápidamente había avanzado. Al principio había estado un tanto rezagado, sospechaba que por los madrugones que soportaba cada mañana sin excepción para ayudar a Leo con los caballos,

tarea a la que se había negado a renunciar. Pero se había empleado a fondo y había tenido la mayor mejora de toda la clase en el último mes.

Lo que más le sorprendía de su trayectoria era la delicadeza de sus redacciones. Era un muchacho sensible, capaz de transmitir sus emociones a través de sus cuentos. Y ya no eran solo los caballos lo que conseguía emocionarle, al menos eso pensaba ella por como miraba a Marie, su compañera de pupitre, cuando creía que nadie se daba cuenta.

Por eso, cuando volvía hacia la escuela al finalizar el recreo, se sorprendió al encontrarlo peleándose con otro de los alumnos, uno de los más mayores y el doble de alto que él, mientras los demás los rodeaban en un corro y los miraban atónitos, pero sin hacer nada.

—¡No es verdad! —le gritaba al otro niño, lleno de furia y con los ojos anegados—. ¡Retíralo

ahora mismo!

—¡Sí lo es! —Replicó él, arremetiendo contra Nolan para volver a tirarlo al suelo—. ¡Me lo ha dicho mi padre!

—¡Tu padre miente!

—Los padres no mienten. Lo sabrías si tuvieras uno —espetó con crueldad—. ¡Au! —protestó cuando notó una patada en la espinilla que, al girarse, descubrió que le había propinado Jacques.

—¡Cállate, bocazas! —exigió el pequeño, llorando por su hermano. Y también por sí mismo.

—¡Basta! —La voz de Verónica hizo que el corro se dispersara y que Nolan se pusiera en pie, limpiándose la sangre que le goteaba de la nariz—. ¿Alguien va a explicarme qué sucede aquí?

—Pierre va contando mentiras de Marie. Y de sus hermanas —matizó, notando cómo se sonrojaba por momentos.

—No miento, *Madame* —contradijo el aludido

—. Mi padre conoce al padre de Marie y cuando le conté que hacía dos días que ella y sus hermanas no venían a las clases, habló con él. Y le dijo que no iban a volver.

—¿Te dijo... por qué? —Miró a Nolan en lugar de a Pierre, sabiendo que al hijo de Melissa le dolía que ella diera crédito a aquellas palabras. Ella se temía que fueran ciertas, aunque entendía perfectamente por qué Nolan no quería aceptar que lo fueran.

—Sí. Su madre ha enfermado y ellas tienen que hacer su trabajo en la casa de los Dupont.

—Comprendo —fue todo lo que Verónica dijo al respecto, con un nudo en la garganta—. Volver adentro. Voy a daros las notas de los últimos exámenes.

Conteniendo un llanto que no podía permitir que los niños vieran, Verónica entró en la escuela y mantuvo la compostura repitiéndose mentalmente

que no podía ceder a sus sentimientos hacia las que habían sido tres de sus mejores alumnas cuando tenía otros tantos alumnos a los que seguir enseñando. Por el momento.

Alejandro estaba muy hablador ese día. Entre bocado y bocado del almuerzo no paraba de comentar detalles técnicos que Verónica no comprendía —y a los que tampoco estaba prestando demasiada atención— sobre las mejoras en la última locomotora de una de las dos fábricas en las que él tenía un gran porcentaje en propiedad.

Después del primer plato, del cual Verónica apenas probó bocado, su marido pasó a hablar de las grandes capacidades de los ingenieros, a los que admiraba. Sobre todo a uno. Un hombre que se había formado en la propia fábrica, sin estudios previos de ingeniería, y que había ido avanzado desde el puesto más bajo.

Fue al escuchar esa historia cuando Verónica no pudo más, se llevó ambas manos a la cara y rompió a llorar.

A Alejandro se le atragantó el trozo de salmón que tenía en la boca y a duras penas consiguió hacerlo pasar por el camino correcto de su garganta.

—¿Pero qué...? —Dejó a medias tanto la pregunta como el brazo que estiró para apartarle las manos de la cara.

La escuchó llorar cada vez con más intensidad y retrocedió en sus propias palabras, buscando qué podría haber dicho él para desencadenar su repentino llanto. No lo encontró, así que se levantó de su silla, se arrodilló a los pies de la de ella y la giró para que lo mirara a la cara.

—Dime qué ha pasado —susurró con ternura, apartándole de la misma manera ambas manos y tomándoselas entre las suyas.

Ella lo miró con los ojos nublados por las lágrimas. Entre congoja y congoja, alcanzó a explicarle la pelea entre Pierre y Nolan y lo que la había desatado. Y como él la miró con aquellos ojos llenos de dulzura y comprensión, le confesó lo que realmente la tenía mortificada.

—¿Qué haré si a todos los niños acaba pasándoles lo mismo? —Su voz era aguda, llena de impotencia y frustración—. ¿De qué habrá servido todo el esfuerzo, el nuestro y el suyo, si están condenados al destino que les ha tocado por haber nacido en una familia pobre?

Él la escuchó plantearle sus dudas y sus miedos, escupir toda aquella rabia aún plagada de lágrimas. Y cuando pareció no tener nada más que decir, se levantó, volvió a su silla y siguió comiendo.

—¿Eso es todo?

Verónica estaba estupefacta. Hasta hacía un

segundo había sido atento y comprensivo, la había escuchado y mirado como solo él sabía hacerlo. Solo con él se había permitido llorar y ahora... ¿se mostraba completamente indiferente?

—¿Cómo?

—Que si eso es todo —repitió, como si le molestara tenerlo que volver a decir—. Su madre se pone enferma y ellas tienen que suplirla en las labores que ella no puede hacer. Supongo que temporalmente —matizó—. Y tú simplemente lloras y te hundes en el pesimismo ante la posibilidad de que les suceda lo mismo a los demás niños. ¿Eso es todo? —dijo por tercera vez, enfatizando la pregunta.

—¿Te parece poco? —gritó, atravesándolo con una mirada cargada de incredulidad, antes de apartarse de un manotazo una lágrima que no pudo contener.

Aquella pequeña lágrima le escoció a

Alejandro como si fuera ácido sobre su propia piel. Ella quería su consuelo y él se lo habría dado encantado, como todo lo que tenía, como todo lo que él era. Pero aunque podía ser lo que ella quería, no era consuelo lo que necesitaba.

—Me parece que la mujer que se casó conmigo era mucho más luchadora. No sé dónde estará metida.

La vio tragar saliva y bajar la mirada hacia las manos que tenía aferradas a sus faldas, las cuales no aflojó durante unos segundos que a Alejandro le parecieron siglos.

—¿Y qué me propones que haga? —planteó finalmente, con los dientes apretados por la furia.

—Algo. —La miró con los ojos entrecerrados—. Que no sea llorar y lamerte unas heridas que, en su mayoría, aún no has sufrido.

Aquellas palabras fueron como una bofetada, una recibida en el momento preciso para despertar.

¿Algo? ¿Qué podría hacer ella? No podía obligar al padre de las niñas a que las dejara volver a la escuela. Tampoco podía hacer que la madre sanara por arte de magia.

Sin embargo... eso... eso no impedía en absoluto que ella...

Alejandro se había sentido miserable por hablarle así, pero aquel sentimiento se mitigó en cuanto vio en el rostro de Verónica que ya tenía alguna idea en mente. Ahora ya podía ser menos duro con ella.

—Por supuesto, si yo puedo apoyarte en ese algo, lo haré encantado.

La joven lo miró de reojo y negó con la cabeza, dándose cuenta en ese instante de la estrategia que había utilizado con ella.

—Bien jugado, Zaldívar. Eres listo —reconoció—. Pero un poco cruel.

—Siempre a su servicio —respondió con una

reverencia antes de seguir comiendo y ver, con alivio, que ella se llevaba por fin el tenedor a la boca.

Verónica no le había explicado su idea. Pero le había pedido que la acompañara, y no creía que fuera solo porque no supiera dónde se encontraba la casa de los Dupont, donde vivían y trabajaban Marie, Julie y Emilie con sus padres. En concreto, le había solicitado que permaneciera en todo momento a su lado, pero que la dejara hablar a ella y que no interviniera.

Alejandro se preguntaba qué tendría pensado hacer.

Arthur detuvo el carruaje ante una casona de dos pisos, la primera de una amplia y elegante calle de Orleans. Verónica aceptó el brazo de Alejandro y juntos atravesaron un pequeño jardín

hasta llegar a una puerta blanca con una enorme aldaba dorada, la cual ella se quedó mirando como si no supiera cómo usarla.

Alejandro le dio un minuto, a su criterio, tiempo más que suficiente para reaccionar. Pero como ella no se decidió, cogió la mano de su esposa, la llevó hasta la aldaba y, con la suya propia ejerciendo toda la fuerza, golpeó la puerta tres veces.

—Esto es todo lo que pienso intervenir —susurró.

La puerta se abrió casi de inmediato, como si el hombre que apareció en el umbral hubiera estado a punto de salir justo cuando ellos habían llegado. El sombrero que se estaba poniendo delataba que así era.

—Buenas tardes. —El hombre, de no más de treinta años, vestimenta humilde y gesto neutro, observó a los visitantes detenidamente—. Los

señores no están. Supongo que no esperaban su visita.

—No venimos a ver a los Dupont —dijo por fin Verónica—. Si es usted Edwin Rocher, es a usted a quien buscamos.

—¿A mí? —Parecía más temeroso que sorprendido—. ¿Y quién me busca?

—Soy Verónica Aranda de Zaldívar, la maestra de sus tres hijas. Y él es mi marido, Alejandro Zaldívar.

El rostro del hombre se ensombreció a la vez que daba un paso fuera de la casa y arrimaba la puerta tras él.

—Mis hijas ya no forman parte de su alumnado. No tiene nada que hacer aquí.

Alejandro tuvo que morderse la lengua. Había prometido dejarla hablar a ella.

—*Monsieur* Rocher... —comenzó la maestra.

—¿*Monsieur*? —Rio secamente—. Por mucho

que intente ganarse mi favor llamándose como a un igual, lo lamento, pero no cambiaré de idea. Las niñas no volverán a su escuela. —Como se sentía más cómodo siendo rudo con un hombre que con una mujer, desvió la vista hacia Alejandro—. Ya le dije a mi mujer que no me parecía buena idea desde un principio. Pero ella insistió y se cargó de demasiado trabajo, todo el que ellas hacían, lo que la ha llevado a enfermar.

Alejandro apenas parpadeó.

—No he venido a convencerlo de nada, Monsieur Rocher —prosiguió ella—. Y si le trato con educación no es porque quiera ganarme su favor, no se equivoque. Estoy aquí porque soy maestra y me lo tomo muy, muy en serio. Aunque a usted le parezca una pérdida de tiempo, sus hijas son excelentes alumnas. Y yo no me considero menos excelente profesora y tutora.

—No he dicho que no sea usted buena

enseñando, pero...

—Por lo tanto —habló sobre sus palabras, pues no había terminado su discurso—, viendo que por circunstancias que no dependen de ellas, mis alumnas se ven obligadas a abandonar el curso antes de tiempo, considero que lo justo sería evaluarlas en función de su trabajo hasta la fecha.

Edwin Rocher, que nunca se había considerado lento, creyó haber entendido mal a la dama hasta que vio los papeles que traía consigo.

—¿Ha venido a darme sus notas? Es ridículo.

Verónica deslizó protectoramente hacia su espalda los ejercicios corregidos, como si él fuera a mancillarlos.

—No, no he venido a dárselas a usted, sino a sus hijas. Es precisamente de eso de lo que quería que habláramos. Solicito su permiso para verlas y darles sus calificaciones.

—No. —La respuesta fue rotunda—. No le

permito verlas.

—Solo serán unos minutos —insistió con voz ahogada.

—He dicho que no. No me haga repetírselo. Están trabajando.

Alejandro apretó los dientes. Viéndose impotente al igual que ella parecía haberse venido abajo, solo se le ocurrió hacer una cosa. Posó su palma extendida en la espalda de su mujer en un gesto de apoyo y ánimo. Una señal para que no se rindiera.

Ella se irguió ante aquel contacto.

—Bien. —Su voz volvía a sonar firme—. Como quiera. Pero aprovechando que ya estoy hablando con usted, le haré entrega de los ejercicios de sus hijas. Confío en que les haga llegar mis más sinceras felicitaciones por lo mucho que se han esforzado y lo bien que han trabajado y participado en clase durante estos

meses.

Una a una fue dándole las hojas, señalando la nota que ella había escrito en la parte superior. Él estiró las manos para devolvérselas, pero ella lo evitó en cuanto empezó a hablar de nuevo.

—Las tres están entre mis diez mejores alumnos. Y no me refiero solo a mi escuela de aquí, sino a los mejores alumnos que he tenido en todos mis años como maestra.

—¿Las... tres? —balbuceó Edwin tras echar un vistazo a los papeles.

Alejandro se relajó de inmediato. La ausencia repentina de tensión le permitió percibir unos cuchicheos que se oían dentro de la casa. Disimuladamente, estiró una pierna y dio una patadita a la puerta que Edwin había arrimado a su espalda, y esta se abrió lentamente, como empujada por una corriente de aire.

Verónica reconoció orgullo en la cara de aquel

hombre, y se dijo que había dado con su punto débil.

—Estos ejercicios solo son los últimos de muchos otros. Todos son de sobresaliente, sin excepción. Y le puedo asegurar que estaban puntuados antes de su decisión de interrumpir las clases. Ellas tienen el resto de tareas corregidas, las cuales fueron mejorando día a día. El avance más impresionante es el de la mayor, tiene un gran potencial, y las otras dos lo ganarán con el tiempo, tanto o más que ella.

Mientras Verónica seguía elogiando a sus alumnas ante un padre embriagado por una emoción que trataba de ocultar, Alejandro echó un vistazo dentro de la casa. Se le escapó una sonrisa al ver a dos de las niñas escondidas tras el taquillón del recibidor.

—La menor tiene una gran imaginación. Es fascinante la rapidez con la que se inventaba

historias cuando les pedía un cuento, y la calidad del vocabulario dada su corta edad. Pero lo más destacado era lo interesante de la argumentación y lo divertido de la narración. Cada día que pedía un relato, ella quería leerlo. —Recordó con una sonrisa los piques de Marie y Nolan por leer uno antes que el otro—. Al cabo de un tiempo, fueron los alumnos quienes pidieron que ella leyera el suyo en primer lugar.

»La ortografía y caligrafía de Julie es mucho mejor que la de algunos de mis compañeros maestros. Domina la gramática a la perfección y jamás le he tenido que corregir una forma verbal. Al contrario, ella ha corregido mi francés varias veces, para mi asombro y la diversión de sus compañeros.

»Y qué decir de la mayor. Emilie tiene una gran vocación de maestra. Tal vez sea porque ha tenido que cuidar de sus hermanas cuando usted y su

mujer estaban trabajando. Será una gran madre algún día, pero también podría ser una fantástica educadora. Sabe hablar en público, se expresa correctamente incluso adoptando una pose señorial, que juraría que ha adquirido al ver a su patrona y sus amigas. Sabe más de protocolo que yo misma. Dentro de un par de años, con un vestido adecuado, podría ser presentada en sociedad y quedaría por encima de cualquier otra. Nadie notaría que...

—¿Que qué? —la interrumpió de golpe, y Verónica se culpó por haberse dejado llevar—. ¿Que es una sirvienta, como sus padres y hermanas? Eso es lo que somos. A ver si le queda claro de una maldita vez.

Le devolvió los papeles prácticamente lanzándoselos a la cara, y estos cayeron al suelo. Por puro instinto, Alejandro se puso delante de ella y miró con una ceja alzada a Edwin, en una

silenciosa advertencia que él no ignoró, por lo que su tono de voz bajó notablemente.

—No importan las cosas que usted crea que pueden hacer, *Madame*. Han nacido sirvientas y morirán siéndolo. Más vale que no les meta falsas esperanzas en sus cabecitas, porque solo les hará más daño.

—Pero no es así —repuso Verónica, adelantándose a su marido, quien la tapaba con su cuerpo—. Ellas pueden hacer mucho más en la vida. Solo necesitan una oportunidad.

—¿Y usted se la va a dar?

—Yo les voy a dar una educación que luego ellas podrán aprovechar para hacer lo que más quieran.

—¡*Madame* Verónica! ¡Ha venido a vernos!

Alejandro fue el primero en ver a la tercera y más pequeña de las hermanas, la única que no había estado espiando. No obstante, las otras dos

salieron de su escondite y se unieron a su hermana en un abrazo lleno de cariño hacia su maestra.

Mientras el abrazo se producía, Alejandro recogió rápidamente todos los ejercicios que habían quedado desperdigados por el suelo y se los entregó al hombre, que miraba la escena con incomodidad.

—*Madame* ya se marchaba —intervino Edwin—. Solo ha venido a traerme estos papeles.

—Son vuestras notas —les informó Alejandro, molesto por la falta de valor de aquel hombre.

—Oh, *Madame*. Tiene que ver los últimos cuentos de Marie —propuso Emilie, llena de ilusión—. Corre, ve a por ellos —le dijo a su hermana.

—¡Alto ahí! —Edwin cogió a su hija por un brazo—. Nadie va a ir a buscar nada. —Suspiró profundamente, y le devolvió los ejercicios a Alejandro—. *Madame, Monsieur*, hagan el favor

de salir de la casa. Y vosotras, a vuestro cuarto.

Las niñas se revolvieron cuando su padre las agarró por los hombros.

—¡Pero papá! —Protestó Julie—. ¡Queremos saber nuestras notas!

—Sí, y queremos hablar con nuestra maestra. Para que nos cuente qué están haciendo ahora los demás alumnos. —Marie alcanzó a dar un paso hacia Verónica—. ¿Han llegado ya al tema del cuerpo humano? ¡Yo me moría por contarnos todos los huesos!

—¡He dicho que a vuestro cuarto! —gritó Edwin de nuevo, y las niñas dieron un último abrazo a su maestra antes de obedecerlo.

—Otro día nos veremos, niñas, os lo prometo.

—Dícales a todos que nos acordamos mucho de ellos —susurró Marie, con los ojos humedecidos.

—Y vosotras, decidle a vuestra madre que tiene tres hijas muy trabajadoras y muy inteligentes —

apuntó Alejandro, devolviéndole enérgicamente los papeles a Edwin, y tomando a Verónica del brazo para llevarla al carruaje.

—Buenas tardes, *Monsieur* Rocher —se despidió ella, conteniendo las lágrimas—. Deseo de todo corazón que su mujer se recupere pronto.

Sin volver la vista atrás, ambos atravesaron el jardín y salieron de la propiedad.

—¿A casa, Alejandro? —preguntó Arthur al verlos llegar.

—No. —Lo que menos necesitaban ahora era quedarse encerrados en un carruaje casi dos horas. Ella parecía ir a romperse en mil pedazos. Y él se moría por golpear algo. Ninguna de las dos cosas iba a suceder—. Verónica y yo necesitamos un poco de aire. Además de algo muy, muy dulce. —Le guiñó un ojo y miró su reloj—. Ya sabes dónde recogernos a las cinco en punto.

El cochero hizo una señal afirmativa con la

cabeza, y puso en marcha a los caballos.

—Que les aproveche —les deseó antes de alejarse hacia el centro de la ciudad.

—¿Adónde vamos? —Verónica apenas había oído la conversación. Aún estaba pensando en que nada había salido como ella esperaba.

—A un lugar de Orleans, del cual todo el mundo sale con una sonrisa en los labios a pesar de haber entrado con lágrimas en los ojos —explicó, secándole la que a ella le recorría la mejilla lentamente—. *La Chocolaterie de la Bonheur*.

—Ya pareces más contenta.

Verónica se ruborizó cuando Alejandro usó su servilleta para limpiarle la barbilla. Después, contuvo la risa para evitar mostrar los dientes que, probablemente, tendría llenos de chocolate.

—Está todo delicioso. Exquisito. —Se relamió

—. Lo mejor que he probado nunca.

—Sabía que te encantaría. No solo el chocolate y los pastelitos. También el local.

Verónica echó un vistazo al salón, repleto de mesas, casi todas ocupadas por clientes que devoraban sus pasteles de bocado, y bebían su chocolate caliente con avidez. Estaba decorado con un estilo hogareño, nada ostentoso, sencillo y acogedor.

Ellos habían elegido una mesita junto a los ventanales de la entrada, desde donde se veía la vía principal. A pesar de estar alejados de las cocinas, el olor a chocolate, a masa de hojaldre y a crema era tan penetrante que casi podía saborearse en el aire.

—Es un lugar único. Tenías que haberme traído antes —se quejó, sonriendo. Inmediatamente después se tapó la boca con la servilleta.

—Hoy me ha parecido un día muy adecuado.

Ambos necesitábamos una dosis de felicidad en forma de chocolate —se justificó Alejandro, aludiendo al nombre del negocio.

Los dos bebieron de sus tazas y se miraron por encima de ellas, diciéndose con los ojos cuánto los había afectado emocionalmente la visita a Edwin Rocher y las niñas. Un momento difícil y amargo, que aquel chocolate parecía hacerles olvidar con su dulzura.

—Gracias —susurró ella—. Por todo.

—Siempre que me necesites.

Sí, lo sé, pensó Verónica, y el corazón se le encogió en el pecho.

—¿Podríamos llevar algunos pasteles a casa? —preguntó, nerviosa—. Para todos. No creo que a Margot le moleste.

—A Margot le encantan —confirmó Alejandro. —Voy a por ellos. Son casi las cinco.

Verónica observó a su marido mientras se

dirigía al mostrador. No sabía qué tenía su forma de caminar, pero era capaz de hacer que se quedara embobada mirándolo. Igual que las muchachas de la mesa de al lado, apreció con una sonrisa. ¿Quién podía culparlas?

Sacudió la cabeza y volvió la vista hacia el ventanal. Entre la multitud que caminaba en diferentes direcciones, entre caballos y carruajes, distinguió una figura que también le llamó la atención por su forma de caminar. Se le hacía familiar. Mucho. Intrigada, siguió a aquel hombre con la mirada, estirando el cuello para no perderlo de vista. ¿Quién podría ser?

La respuesta le llegó como un mazazo cuando el hombre giró la cabeza en dirección a ella. Instintivamente, la joven se giró hacia el interior del local con los ojos tan abiertos como la boca.

No, no podía ser él. Era imposible. ¿Qué iba a estar haciendo él allí? La respiración comenzó a

fallarle y, presa del pánico, volvió a mirar hacia la ventana, cubriéndose el rostro con una mano. Lo buscó entre el gentío, únicamente para confirmar que no era él, sino un hombre que, sencillamente, se le parecía mucho.

Pero cuando creyó volver a divisarlo, el carruaje y Arthur aparecieron delante de ella y le taparon la visión.

—Ya los tengo —dijo Alejandro, y ella dio un brinco—. ¿Nos vamos?

Verónica observó el paquetito que él sostenía en una mano y aceptó la otra cuando él se la ofreció.

—Sonríe. Nadie puede salir de aquí sin una sonrisa en los labios. La dueña se lo tomaría como algo personal.

La joven se forzó a sonreír, y salió del local muy pegada a Alejandro, forzando a que su cuerpo quedara oculto por el de él.

Cuando estuvieron en el carruaje volvió a buscarlo, mirando discretamente desde la ventanilla, pero aquel hombre —fuera Rodrigo o no— ya no estaba por ningún lado.

No es él, se dijo una y otra vez, mientras Alejandro comentaba algo que ella no era capaz de oír. *No. No puede ser él.*

Verónica apartó su libro cuando los ojos se le empezaron a cerrar. Apagó la lamparita que había alumbrado las páginas del compendio de poemas que había elegido para esa solitaria noche, y salió del gabinete situado entre su cuarto y el de su padre.

Le pareció oír unos pasos al fondo del pasillo, y se giró buscando movimiento entre las sombras. Al no ver nada, se dijo que el sonido debía proceder del piso de abajo, donde Amelia y

Rosalía estarían terminando sus tareas antes de acostarse.

Ojalá su padre se la hubiera llevado a ella, y no a Braulio, el mayordomo, para que lo atendiera si tenía otra de sus crisis respiratorias en aquel misterioso viaje que no había querido explicarle por qué realizaba tan de repente. Pero, en vez de eso, la había dejado sola con las dos únicas doncellas que permanecían a su servicio, las cuales estaban cada vez más distantes con ella. No podía imaginar por qué.

Con un suspiro de resignación, entró en su alcoba para irse a dormir. Pero, al intentar cerrar la puerta, algo la detuvo. El estómago se le subió a la garganta al encontrarse de frente con el rostro de Rodrigo, sonriendo con aires de suficiencia.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—Hola, Verónica. Así no se recibe a las visitas.

—Desde luego, no se las recibe a las once de la noche sin haber sido anunciadas —replicó ella.

—Tú y yo ya nos conocemos, Verónica. Pensé que podíamos dejarnos de formalidades. Más aún cuando tu padre no está.

—¿Cómo has entrado? Mis doncellas no te habrían dejado pasar sin avisarme.

—Lo harían si les diera el sueldo de un mes para que hicieran la vista gorda. Sobre todo, si las convenciera de que tú estabas esperándome para una cita secreta. Por no mencionar que tu padre les debe casi medio año de salario.

¿Qué? Aquello no podía ser cierto. Y él no podía estar allí.

—¡Maldito seas, Rodrigo! ¿Qué es lo que quieres?

—A ti. —Sus ojos verdes brillaban en la oscuridad—. Solo para mí.

La joven trató de no parecer alarmada, y habló

con voz serena:

—Mira. Ya hemos hablado de esto. Tanto mi padre como yo fuimos bien claros contigo. No me casaré con un hombre al que no amo. Mi padre no me obligará a hacerlo, por muy rico que sea el pretendiente en cuestión. Tu dinero no me interesa, ni tú tampoco.

El joven continuó sujetando la puerta con el pie, y se retiró un mechón de su dorado cabello de la frente, perlada de sudor.

—Tal vez cambiaría de opinión si se enterase de que su hija no es, digamos, tan pura como él cree. ¿Qué opinaría ante la posibilidad de que llevaras a un hijo en tu vientre? Seguro que esa deshonra lo obligaría a casarte con quien lo reclamara como suyo.

—Estás enfermo, Rodrigo, completamente desquiciado. Mi padre no creerá una palabra de las mentiras que pretendas inventarte.

—Tal vez. Lo que ocurre es que pretendo que sea completamente cierto. Esta noche vas a ser mía, Verónica; y cuando tu padre vuelva, y descubra que he estado entre tus piernas porque tú misma me lo pediste, y como estoy completamente enamorado de ti no pude resistirme a tal invitación, planeará nuestra boda de inmediato.

Ella tragó saliva con dificultad. No tenía ningún arma a mano. Y él era mucho más alto y fuerte que ella.

—Nadie creerá semejante historia. Y como se te ocurra ponerme una mano encima, juro que te...

No pudo seguir. Rauda como un rayo, Rodrigo la asió por los hombros y la atrajo contra su cuerpo, devorando su boca con ansiedad, justo antes de desgarrarle el vestido por una de sus mangas.

—¡Suéltame, maldito! —gritó la muchacha cuando la boca de él se apartó un milímetro, lo

justo para respirar y volver a engullirla como un animal hambriento.

Esta vez la cogió por debajo de las nalgas y la lanzó sobre la cama mientras se desabrochaba los pantalones y la miraba con la más repulsiva lascivia en sus ojos.

—No te resistas, Verónica. Será peor. Si te relajas, verás cómo te gusta. Todas las mujeres de la ciudad se morirían por estar ahora mismo en tu lugar.

Como no pretendía rendirse en absoluto, se revolvió bajo sus brazos.

—Te equivocas. Se morirían si lo estuvieran, que no es lo mismo. No te saldrás con la tuya, Rodrigo. Antes tendrás que matarme.

—No seas trágica, mujer. —Su carcajada retumbó terroríficamente por toda la alcoba—. No hace falta que te haga daño. No me gustaría tener que hacértelo.

—No me tocarás ni un solo pelo, Rodrigo. O juro que seré yo quien acabe con tu vida.

Pero él la sujetó con más fuerza.

—Uuuuh. Me encanta lo fiera que eres, gatita. Me hace tener aún más ganas de poseerte por completo, que te rindas a mí.

La agarró por un pie cuando pretendía saltar por el otro lado de la cama y la aplastó debajo de su cuerpo.

—¡Socorro! —Exclamó con la voz ahogada por la boca pegajosa e insistente de aquel repulsivo hombre—. ¡Ayudadme, por favor!

Las faldas se rasgaron por varios sitios, y Rodrigo le levantó una de las rodillas para instalarse con fuerza entre sus piernas. Ella peleó con los puños hasta que él le sujetó ambas manos sobre su cabeza.

Justo cuando lo notó moverse entre sus muslos, cuando sintió aquella extraña dureza aproximarse

a su cuerpo, oyó la puerta, una voz de mujer y volvió a gritar:

—¡Socorro!

Sacudiendo los brazos, se sentó en la cama y buscó a su atacante con ojos ciegos.

—Tranquila, Verónica, no pasa nada.

—¡No me toques! —gritó, tratando de zafarse de las manos que intentaban sujetarla—. ¡No se te ocurra volver a tocarme, miserable!

—¡Verónica! Soy yo, Alejandro. Has tenido una pesadilla.

—¡No! ¡No! —Era lo único que conseguía decir, temblando y pataleando, tratando de que él la soltara.

—Escucha, tranquilízate. Estabas dormida y has tenido una pesadilla. Estabas gritando en sueños y acabas de despertarte. Aquí solo estamos tú yo, ¿entiendes? —Y esperaba que fuera a otro a quien estaba gritando en sueños—. Ahora estás despierta

y todo ha terminado.

Cuando los ojos consiguieron hacerse a la oscuridad, y vislumbró la silueta de Alejandro mirándola y tratando de sujetarle las manos que no paraban de pegarle, Verónica se desplomó sobre sí misma, cayendo hacia el cuerpo de su marido, buscando su abrazo y su consuelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tenía tanto miedo!

—Sí, es lo que tienen las pesadillas: sacan nuestros peores temores.

—Ha sido tan real. ¡Tan real! —murmuró con la cabeza pegada a su pecho, abrazándolo con fuerza.

—¿Quieres contármelo?

—No. —¿Cómo contarle aquello?—. Solo abrázame. Por favor.

Alejandro le rodeó la cintura y la atrajo por completo contra su cuerpo.

—Ven aquí —susurró con voz calmada y se recostó, llevándose a Verónica consigo, de forma

que quedó tumbada sobre él, con la cara hundida en su pecho.

Su llanto se intensificó hasta tal punto que Alejandro temió que fuera a quedarse sin lágrimas. Por suerte, tras varios minutos, la respiración de su esposa, la mujer a la que debía proteger de cualquier daño, incluso de los miedos que la atacaran en sueños, se acompasó a los latidos de su propio corazón.

—¿Mejor?

Ella solo movió afirmativamente la cabeza.

—¿Quieres que te cuente algo para que pienses en otra cosa? —se le ocurrió de pronto. Tal vez funcionara.

—Por favor.

Alejandro pensó en algo que pudiera hacerla evadirse por completo. No tardó en dar con ello.

—Antes de ir a buscarte a Zaragoza, pasé tres meses en Italia —comenzó, y transformó en

palabras paisajes de indescriptible belleza, que nunca pensó que pudiera reproducir más que en imágenes. Pero, por ella, hizo el esfuerzo y encontró la forma de lograrlo.

—Gracias —la oyó susurrar cuando dejó de contar sus historias, pensando que se había quedado dormida.

—¿Por qué?

—Por hacerme olvidar.

—De nada. No, quédate así, por favor. —La agarró con fuerza cuando ella trató de alejarse. No quería separarse de ella; no ahora, por nada del mundo—. Cuéntame tú algo.

—¿Yo? —Notó la caricia de sus pestañas cuando sus ojos parpadearon varias veces—. ¿Qué quieres saber?

—Algo que aún no me hayas contado.

—Hay muchas cosas que aún no te he contado. —Por ejemplo: la veracidad de su pesadilla, se

dijo a sí misma con culpabilidad.

—Elige una. Una que creas que me va a gustar especialmente.

—Está bien. —Lo pensó unos instantes—. ¿Recuerdas el día que me llevaste por primera vez a conocer estas tierras? El día que me acordé de ti por primera vez.

—Por supuesto.

—Ese día me planteaste un reto.

Él asintió con un sonido gutural. No había olvidado que se había prometido a sí mismo, y a ella, que conseguiría que su esposa lo apreciara por méritos propios.

—Te complacerá saber que has ganado.

—¿Y se puede saber qué he hecho para lograrlo?

—Ser tú.

Sus pestañas volvieron a hacerle cosquillas en

el cuello y un hormigueo le recorrió toda la piel.

—¿No vas a darme ninguna pista más? ¿Te gusto yo en general, y listo?

—También hay cosas de ti que sabes que me desquician. Pero ganan las que no.

Su risa sonó amortiguada cuando la besó en lo alto de la cabeza.

—Me siento muy halagado. Pero me gustaría saber cómo lo he conseguido.

—Lo que acabas de hacer ahora, por ejemplo.
—Tomó aire con dificultad—. Me das seguridad. Contigo no tengo miedo. De nada. Tampoco tengo miedo de ti. Si no, no estaría abrazada así. No lo haría si no confiara en ti.

—Cuando te pedí que durmieras conmigo te hice una promesa. Pero no soy de piedra, Verónica.

Ella dejó inmediatamente de acariciar los abdominales que había bajo su mano, cosa que

había hecho inconscientemente.

—Es culpa tuya. No deberías dormir sin camisa.

Él sonrió en la oscuridad.

—Si no puedes resistirte a tocarme, no importa. Pero eso tiene unas consecuencias que no soy capaz de controlar. Tu contacto me... provoca.

Ella depositó su mano lánguidamente sobre el pecho del hombre, pero no la movió.

—Me gusta tu cuerpo, Alejandro. Tu tacto y tu aroma —inhaló profundamente. Después, lo besó sobre el corazón, el cual había incrementado su velocidad vertiginosamente—. Mereces que te reconozca eso.

—¿Pretendes matarme?

—No. Solo quiero ser sincera contigo.

—¿Quieres que lo sea yo también contigo?

—No me gusta que me mientan. —Aunque él ya

sabía eso.

—Te deseo. —Su voz era ronca—. Con cada parte de mi ser. Ahora mismo estoy ardiendo en llamas de deseo por ti.

—Lo sé. —Tragó una saliva que apenas tenía—. Lo percibo en cómo me tocas, cómo me besas y me abrazas. Igual que percibo que no harás nada que yo no quiera. ¿Cierto?

—Sabes que jamás te forzaría —respondió con dureza.

—Por eso no te tengo miedo. Y por eso, entre otras muchas cosas, has conseguido que te respete como hombre.

—Todo hombre tiene sus límites. Y tú estás alcanzando peligrosamente los míos.

—No pasaré de aquí. —Levantó la mano y volvió a posarla sobre su pecho—. Pero me gustaría dormir... así. ¿Es mucho pedir?

—No, no lo es. —¿Cuántas veces había

deseado que ella le pidiera algo así?—. Descansa.

—Tú también.

Alejandro acomodó su brazo alrededor de la cintura de ella y cubrió la mano que ella tenía en su pecho con la suya. Cuando la sintió respirar más profundamente contra la piel de su garganta, cerró los ojos y trató de dormir.

Sal de su cabeza, pensó con impotencia. Quien quiera que seas, «Maldito Miserable», recordó las palabras que ella había gritado. Déjala tranquila. Ella es mía.

Capítulo 16

—Buen chico. Muy buen chico.

Alejandro acarició el cuello de Aquiles, y bajó de su montura antes de entrar en los establos. Había paseado con él por primera vez en semanas, como una pequeña prueba para comprobar el estado de su pata. No lo había puesto al galope, pero al trote no parecía dolerle. En un par de días probarían con una pequeña carrera. Pero ahora debía descansar.

Por su parte, el caballo no parecía ser de la misma opinión. Nada más cruzar la puerta del establo se puso a relinchar como loco. En respuesta, Giralda levantó las patas delanteras con un elegante movimiento y le respondió con un sonido mucho más suave y coqueto, detalle que no

impidió que Leo cayera de espalda, pues la había estado cepillando hasta ese momento.

Alejandro dio unos golpecitos en el lomo de Aquiles, según le quitaba la montura, y le ordenó que entrara en su cubículo.

—Pronto —le susurró una vez dentro—. Cuando estés recuperado del todo. Lo prometido es deuda.

—¿Cómo lo llevas, hermano? —Leo se puso de pie y trató de calmar a la yegua en celo.

La confianza con que se dirigió a él, tanto por el término que empleó como por el tono, indicaba a qué se estaba refiriendo Leo. Cuando hablaban de hermano a hermano, y no de patrón a empleado, la conversación se volvía personal.

—Tirando.

—¿Solo tirando?

—Más bien, ni siquiera eso.

Ambos hombres se miraron y se sonrieron

comprensivamente.

—No era solo deseo, ¿verdad?

Alejandro tragó saliva como si se tragara sus propias palabras.

—Ojalá hubiera sido solo eso. —Pero eso había sido lo único que él se había sentido capaz de confesarle a Verónica la noche anterior, cuando ambos se habían sincerado, a refugio de aquella oscuridad donde siempre se sentían tan cómodos.

Giralda recibió una manzana de Leo antes de que este saliera a recoger la montura que Alejandro acababa de quitarle a Aquiles.

—Entonces estás metido en un problema que solo tiene dos posibles soluciones —resolvió y se dispuso a comprobar las correas y estribos, como hacía siempre antes y después de ensillar un caballo.

—¿Dos? Pensaba que no tenía ni una sola.

—La más conveniente sería la primera: alejarte

de ella para poder olvidarla. La más conveniente pero la más complicada, dado que estáis casados.

—La segunda, por favor —lo apremió Alejandro.

—Cortejarla.

Aquiles relinchó como protesta cuando se quedó sin la manzana que Alejandro había estado a punto de darle.

—¡Y esa es la menos complicada!

—Bueno, dado el caso en particular, igual es más complicado de lo habitual, pero no imposible. Tú siempre has tenido buena mano con las mujeres.

Alejandro lanzó la manzana al aire y volvió a cogerla, para disgusto de su caballo, que lo miraba ceñudo.

—Creo que Verónica es la excepción a la regla.

—Bueno, yo he visto progresos.... Lentos —añadió cuando Alejandro lo miró con una ceja

alzada—, sí... Pero progresos.

—Son fruto de un trato porque le interesa. Jamás conseguiré que cambie sus sentimientos hacia mí.

—Yo creo que sí lo conseguirás. Tiene carácter, pero buen corazón.

—¿Y tú desde cuándo la conoces tan bien?

Mirando a Aquiles, como si él tuviera la respuesta definitiva, le ofreció la manzana que había estado mareando y este se la zampó de un solo bocado. Pero no le ofreció ninguna respuesta a cambio. Solo Leo parecía comprenderlo o, al menos, intentarlo.

—La he visto dando clases. Adora a esos niños y es feliz enseñándoles. Yo diría que se ha encariñado también bastante con todos nosotros, sobre todo con Ivy. Y por cómo se os ve juntos, no puedes negar que, como poco, se está acostumbrando a ti. El siguiente paso creo que es

ir ganándotela poco a poco.

—¿Es eso lo que haces tú, ganártela poco a poco? Me refiero a...

—Sí, ya sé a quién te refieres. Pero mi caso es distinto. Soy como su hermano mayor. Jamás me verá de otra forma. Ella es solo un sueño que jamás...

Se calló al sentir que Alejandro le apretaba el hombro.

—Créeme cuando te digo que lo tienes mucho menos negro que yo, hermano. Y no hablo por hablar.

Leo conocía muy bien esa media sonrisa de Alejandro. Significaba que sabía algo importante. Algo que él no sabía.

—Explícate.

—Tendré que darte la razón en que me he ganado un poco a Verónica. Me confía ciertas cosas, incluso algunas que hablan entre ellas. No

sé si hago bien en decírtelo... ¡Qué demonios! Claro que sí. Ella cree que Ivy está enamorada de ti.

El pecho de Leo recibió tal impacto con aquellas palabras que sintió como si Aquiles le acabara de asestar una coz.

—¿Cómo dices?

—Sí, lo cree. —O eso le había dicho hacía algunas noches antes de dormir—. Pero déjame decirte que deberías hacerle caso, pues dice estar cien por cien segura de que tú lo estás completamente. Enamorado de ella, de Ivy, quiero decir. —Las palabras se le enredaban. Nunca antes había hablado de esos temas con nadie. Tampoco nunca antes había estado enamorado. Ni había creído que Leo lo estuviera de verdad, hasta entonces.

—¿Y te ha dicho por qué piensa eso?

—Porque es la verdad. Dice que lo ve cuando

estáis juntos. Que a ti se te nota a la legua, pero sobre Ivy aún tiene dudas, igual porque es más joven y... —Se interrumpió al ver que Leo se había quedado pálido como un papel—. Oye, ¿estás bien?

—¿Cuándo te ha dicho eso, Alejandro? ¡Por Dios! ¿No le habrá dicho nada a ella? Se han hecho muy amigas, seguro que se lo ha dicho... Dejará de hablarme. ¡Se estropeará todo!

—¡Eh! Tranquilo. —Le puso ambas manos sobre los hombros para que dejara de dar vueltas sin rumbo—. No va a decir nada. Solo a mí me ha propuesto que os demos un empujoncito, pero quiere que esperemos a ver la reacción de Ivy. Desde luego, para su plan yo no tendría que haberte dicho nada. Pero ya está hecho.

—¿Plan?

La palabra salió de la garganta de Leo como si le quemara al pasar.

—Bueno, tampoco es un plan. Es una idea. Su idea. Quiere daros la opción de que estéis solos y lejos de aquí.

—¿Lejos de aquí?

—Deja de repetir todo lo que digo, ¿quieres?

—Resopló—. Sí, lejos de aquí. En concreto de Berta.

Leo no podía estar más confuso.

—¿Qué pasa con mi madre?

—Está bien, pero yo no te lo he dicho, ¿vale?

—Como si los caballos fueran a delatarle, bajó la voz—. Cree que si Ivy no se acerca más a ti y esconde lo que siente, es por ella. La respeta demasiado y cree que piensa que es poco para ti; inferior o algo por el estilo.

—¡Eso es una locura!

—¿Ah, sí? ¿Has olvidado los planes que tenía tu madre para ti y para mí? Nos veía a cada cual casado con una mujer de clase alta, ambas muy

ricas. La mía, además, baronesa. Y eso lo ha dicho mil veces delante de Ivy.

Leo no pudo evitar sonreír al recordar los absurdos comentarios de su madre al respecto. Comentarios a los que él jamás había dado la menor importancia.

—Pero no creerás que nadie iba a hacer caso de las fantasías de mi madre, ¿no?

—¿No podría haberme casado con una baronesa?

—Sí, claro, no quiero decir eso... —Torció la boca—. Aunque no te imagino con ninguna.

—Yo tampoco, la verdad. —Negó con la cabeza y fingió un escalofrío—. Solo que, tal vez, Ivy piense que eres más inalcanzable para ella de lo que tú la ves a ella para ti.

Leo guardó silencio, meditabundo. Se rascó la nuca y se sentó sobre un fardo de paja, exhalando un largo suspiro.

—Alejandro. Yo la amo. Profundamente.

Con un gesto similar, Alejandro se dejó caer a su lado.

—Lo sé, hermano. Estamos en un buen lío. Los dos.

Tras ayudar a Leo con el encamado de varios cubículos, Alejandro se dirigió hacia el gimnasio para preparar los sables de madera y las armaduras que iban a necesitar para un combate de *Kenjutsu* que ambos habían resuelto que necesitaban como nunca antes. Desahogarían su frustración muy satisfactoriamente, asestándose unos cuantos golpes el uno al otro. Mientras, dejó a Leo recogiendo los utensilios a su precisa y maniática manera. Aquélla era una de las pocas cosas que había heredado de su madre. En todo lo demás, Alejandro veía siempre rasgos —tanto físicos como de comportamiento— del difunto

Henri.

Incluso hacerse de consejeros, el uno al otro, parecía algo que habían heredado de sus respectivos padres. Ambos habían sido muy buenos amigos hasta que Fernando había fallecido. Desconocía si, en sus conversaciones, había estado presente o no el tema de las mujeres, pues la relación que recordaba de él con Berta era bastante distante, y a su padre jamás le había conocido ninguna mujer, ninguna amiga especial ni amante. Aun así, estaba seguro de que dos hombres que no charlaran de negocios siempre acababan hablando de mujeres.

Henri había servido en *Le Petit Beaumont* desde que Evangeline era una niña. Alejandro sabía, por historias que él mismo le había contado, que había acompañado a su madre junto a otros sirvientes en su viaje a España el año en que Fernando y ella se conocieron.

¿Le habría aconsejado, ya entonces, cómo ganarse a su patrona?

Sabía que su padre la había conquistado en poco tiempo, y la había pedido en matrimonio antes de que partiera a su hogar, al cual él se trasladó sin dudarle ni un solo instante, dejando todo lo que le unía a Zaragoza y a España. Todo excepto sus sirvientes más fieles, Berta, su hermano y sus padres, quienes se habían marchado con él.

Alejandro veía en aquella partida a tierras francesas un símbolo de absoluta fidelidad hacia Fernando por parte de la familia de Berta. Y del más profundo amor hacia Evangeline por parte de su padre. Amor verdadero. Amor correspondido...

¿Cortejarla? Cortejarla. Eso era lo que le había aconsejado Leo. ¡Cortejarla! ¡Y cómo demonios hacía eso!

—¡Alejandro! Por fin te encuentro. —Verónica

se aproximó a él más corriendo que caminando—. ¿Dónde te habías metido?

Bajo la luz del mediodía, sus dorados cabellos en movimiento parecían brillar como el sol, y las piedras preciosas que eran sus ojos resplandecían, llenos de una ilusión inesperada. Cuando se detuvo ante él y le sonrió a la vez que le quitaba una brizna de hierba seca del cabello pensó que, definitivamente, estaba en un buen lío.

—Esto... —Se sacudió la cabeza para quitarse más posibles restos de las labores que había estado realizando para, entre otras cosas, estar ocupado y no pensar en ella—. Estaba ayudando a Leo en los establos.

—Oh, ¿de veras? —Claro, era sábado. Leo siempre dedicaba la mañana completa de los sábados a los caballos—. ¿Y sigue allí?

—Seguramente. ¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que te comenté hace algunas

noches sobre... —bajó el volumen— él y...*ella*?

Oh, oh, pensó Alejandro, y asintió lentamente sabiendo a la perfección de quiénes estaba hablando. ¿Acaso había estado espiándoles mientras Leo y él mantenían una conversación muy pero que muy privada?

—He estado pensándolo y se me ha ocurrido algo que no puede fallar.

—¿Qué no puede fallar?

Verónica no podía esperar ni un segundo para contarle su idea. Una maravillosa y excitante que se le había ocurrido mientras comía algunos pastelitos de *La Chocolaterie de la Bonheur* con Margot, Ivy y Melissa en la cocina. La cocinera había decidido que prepararía una versión enorme de uno de ellos para el cumpleaños de Ivy, para el cual tan solo faltaba un mes.

—¡Le haremos una gran fiesta de cumpleaños a Ivy! No como la tuya, será más íntima. Pero es la

excusa perfecta para llevárnoslos lejos de aquí, aunque solo sea una tarde. A nadie le extrañará porque son sus dieciocho años, así que comprenderán que nos vayamos los cuatro solos. Los más jóvenes.

—¿Los cuatro?

—Sí. —Continuó explicándole su plan—. Tú y yo tenemos que insistir mucho en lo importante que es que nos acompañen a algún sitio en cuanto acabe la comida que vamos a organizar. A algún lugar en la ciudad que sea para divertirse, ya me entiendes.

Alejandro recordó el cabaret al que llevó a Leo cuando cumplió los dieciocho. También recordó cómo acabó aquella noche. Dudaba que Verónica estuviera pensando en algo similar.

—¿En serio crees que debemos meternos en su relación? A mí no me parece...

—Alejandro. —Le tomó ambas manos con

fuerza y le miró a los ojos con seriedad—. Nos necesitan. Lo sé.

—Pero antes de hacer nada deberíamos estar seguros de lo que los dos sienten.

—¿Quieres que les pregunte?

—¡No! —Parecía horrorizado—. ¡Claro que no!

—¿No quieres ayudarles?

—Sí, claro que sí. —Bufó. No conseguía explicarse. Tal vez porque ella aún le sostenía las manos de aquella íntima y natural manera—. Es solo que no sé si meternos es ayudar.

La cara de Verónica se entristeció y a Alejandro se le encogió el corazón mientras ella miraba cabizbaja hacia el suelo, a la vez que las manos caían sin fuerza a ambos lados de su cuerpo, derrotadas.

—¿Entonces? —preguntó con voz de niña.

Eso lo mató. ¿Desde cuándo era incapaz de

decirle que no?

—¿Y si le preguntamos a ella qué quiere hacer ese día, en vez de pensarlo nosotros? ¿En este caso, tú?

En cuanto se oyó, se abofeteó mentalmente. “*¡Así no la estás cortejando!*”, le pareció que decía una vocecita que sonaba como la de Leo en su cabeza.

—Ivy no espera nada —alegó Verónica con dolor.

Ella sabía que realmente su doncella y amiga nunca esperaba nada, como si no creyera merecerlo. Ni siquiera el pastel que Margot le iba a hacer. “*No es necesario que te molestes*” le había dicho a la cocinera, quien había respondido “*Tonterías. Tendrás tu pastel. Y punto*”

—Cualquier cosa que hagamos le encantará —añadió pensando en el humilde regalo que había pensado hacerle ella cuando comenzara a

enseñarle inglés. Aunque acababa de cambiar de idea y esperaría hasta su cumpleaños para dárselo.

—Leo le regala algo hecho por él mismo cada año. —El corazón de Alejandro dio un palpito al recordar que ella también le había regalado algo creado por ella misma el día de su cumpleaños—. Puedo preguntarle qué le piensa regalar y dependiendo de...

—¡Es una gran idea! —le interrumpió, sin darle tiempo realmente a terminar de explicársela—. Vamos.

—¿Ahora?

—Claro. ¿Por qué esperar?

Leo casi había terminado. Tan solo le quedaba barrer el pasillo, aunque llevaba haciéndolo un buen rato, y lo único que conseguía era marear la suciedad de un lado a otro. ¿Sería posible lo que su patrona creía? No parecía la típica jovencita

enamoradiza, enamorada a su vez de la idea del amor como tal, que veía parejas felices allá adonde fuera. Era una mujer con cabeza, sin pájaros en ella. Y había sido tan fácil para Ivy ganarse su corazón, más que para cualquiera de esa casa, que bien podría haber sucedido lo mismo a la inversa y entonces, igual ella se había sincerado...

O igual estaba divagando de nuevo con un sueño imposible.

—¡Leo! ¡Leo!

—¿Sí, Madame? —Sobresaltado, a punto estuvo de perder la escoba.

Se acercó a atender a Verónica en lo que se le ofreciese y vio que Alejandro llegaba justo después que ella a la entrada del establo. También se percató de que le miraba con los ojos abiertos como platos, en un gesto que parecía querer advertirle de algo.

—Estoy volviéndome loca. El cumpleaños de Ivy es en un mes y no sé qué regalarle. Alejandro me ha dicho que todos los años le haces algo tú mismo. ¿Podría saber qué será esta vez, si no es indiscreción?

Él miró hacia el suelo en cuanto se sintió enrojecer.

—La verdad es que llevo tiempo pensando en algo... Alejandro, quería pedirte permiso para... Bueno, aún no le tenía decidido. No sé qué pensarás sobre ello, así que...

—¡Vamos! ¡Suéltalo ya! —lo apremió Verónica, dejándolo alucinado.

—Desde que Ivy aprendió a leer, bueno, desde que usted le enseñó, todas las tardes pasea un ratito por los jardines con un libro. Suele sentarse junto a los antiguos muros de piedra que hay cerca de la escuela. Allí solo quedan ruinas y ni siquiera las zarzas han sido arrancadas desde hace años,

más de los que yo llevo como jardinero. Es una zona muy escondida entre árboles pero bien iluminada, ideal para leer en silencio y soledad.

—¿Y? —Verónica se moría de curiosidad.

—Había pensado hacer un pequeño jardín para ella. —Ambos patrones se quedaron mudos, así que Leo prosiguió, esta vez mirando a Alejandro—. Siempre y cuando tú me lo permitas. No sería realmente *de ella*, claro, son tus terrenos, pero sería *para ella*. Por dónde se ubica, y por cómo se levantan los cuatro muros que están parcialmente derruidos, nadie la molestaría ni ella importunaría a nadie tampoco. Es tierra en barbecho ahora mismo, pero yo podría convertirla en un precioso jardín secreto.

—Oh, un jardín secreto. —Verónica no cabía en sí de la emoción—. ¡Cielos! Es una idea estupenda. ¿Verdad, Alejandro?

—No —contestó él.

—¿No? —Verónica creyó atragantarse con su propia voz.

—Bueno, yo... —Leo estaba sin habla y rojo desde la nariz hasta las orejas.

—No puedes hacer un jardín *para Ivy* si no va a ser realmente *de Ivy*. Por lo tanto, mi regalo será que ese terreno sea suyo. ¡Ala! Ya tengo regalo, y antes que tú, Verónica. —La miró y le sacó la lengua, divertido—. Menos mal, porque no sabía qué regalarle, sinceramente.

—No hace falta que hagas algo así, Alejandro. —Leo no podía creérselo—. Era solo una idea.

—¿Algo así? Lo mío es firmar un pequeño papel de propiedad, de unos terrenos que están prácticamente abandonados. Lo tuyo te va a llevar tu tiempo y esfuerzo. Y como no empieces ya, me temo que no lo tendrás para el día señalado.

Leo se acercó a su hermano, sintiéndolo como tal más que nunca, y le dio la mano.

—Gracias, hermano, de veras.

—Es un placer, hermano, de veras.

El apretón de manos se convirtió en un palmeo de espaldas que acabó en un abrazo en el que Verónica sí reconoció a dos hermanos, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no llorar.

—¡Yo ayudaré! —interrumpió, cargada de emoción y con ganas de que aquello saliera lo mejor posible.

—¿Qué? —se le escapó a Leo algo bruscamente.

—Sí, necesitas ayuda. Y yo tampoco sabía qué regalarle. Bueno, una cosa ya tenía pensada, pero era muy poco.

—Le dedicaré tres o cuatro horas al día, nada más —aseguró, poniéndose firme—. No descuidaré ni una sola de mis tareas.

—Le dedicarás otras dos horas de las que llamas destinadas a tus tareas. Es una orden —

repuso Alejandro.

—Yo comenzaré ya mismo con las clases de inglés que había estado pensando en darle a Ivy —intervino Verónica—. Eso la mantendrá ocupada por las tardes y así no se acercará hasta los muros para leer. ¿En qué podría ayudarte a ti, Leo?

Él aún estaba pensando en la increíble facilidad y rapidez con que Verónica había salvado uno de los mayores inconvenientes de su idea, que era una excusa convincente para mantener alejada a Ivy de un lugar que frecuentaba a diario. Y en que, como una institutriz personal, pensaba dedicarle aún más horas a su formación. Nada menos que en un tercer idioma.

—Bueno, lo primero será quitar toda la maleza. Para eso no necesitaría su ayuda, Madame. Más adelante, cuando empiece a plantar las flores, la avisaré.

Alejandro vio que no se daba por satisfecha,

así que intervino.

—Asegurarte de que Ivy no se acerca por allí hasta el día de su cumpleaños, me parece una ardua tarea. Una especie de vigilancia de sol a sol.

—Vaya, no lo había mirado así. —Se dio cuenta de que era un problema mayor de lo que imaginaba—. Entonces, puede que Leo necesite más ayuda que la mía, si no puedo acercarme hasta allí sin que Ivy se dé cuenta.

—Tú lo que quieres es que yo también participe, ¿verdad? —le dijo Alejandro cuando ella enlazó su brazo con el de él de forma sospechosamente cariñosa.

—Si no estás muy ocupado... Entre los tres acabaríamos antes. Y, bueno, entre otras muchas cosas, eres arquitecto, ¿no? Quién mejor que tú para ayudar con el diseño. Las reformas para la escuela fueron perfectas.

Leo les vio mirarse a los ojos. Ella con

auténtico gesto de gratitud. Él con la cara arrebolada por lo inesperado de aquellos elogios. En su opinión, no creía que él lo tuviera tan crudo como Alejandro pensaba.

—Por supuesto que me encantará ayudar.

Leo volvió a palmearle la espalda.

—Gracias. Tu ayuda me vendrá muy bien, por ejemplo, en la canalización del manantial para hacer llegar agua a la fuente de piedra que había pensado colocar en el centro. Una pequeña, nada ostentoso.

Verónica comprendió que Leo tenía todo mucho más pensado de lo que había confesado. Tanto que, al parecer, no iba a ser solo Ivy la sorprendida.

—¡Dios mío! Va a ser maravilloso. Único. — Eufórica, dio unas palmaditas de forma infantil—. Ivy jamás podría imaginarse nada así. ¿Cuándo empezamos?

Leo se frotó los ojos. No podía creer que

aquella idea, la cual había surgido de un sueño y se había formalizado con la ayuda de varios libros, fuera a materializarse realmente.

—Para pasado mañana el terreno estará limpio de malas hierbas. Entonces podremos observar la totalidad del terreno y ver qué posibilidades tiene.

—Perfecto. —Verónica se llevó las manos a las caderas—. Alejandro, ¿puedes arreglarlo para tener medio día libre pasado mañana?

—Lo intentaré. —Al ver que ella volvía a poner esa cara de desilusión, le rechinaron los dientes—. Y lo lograré.

—Estupendo. —Le apretó el brazo como si lo abrazara a él, cosa que le hubiera gustado de verdad—. Entonces voy a organizar las lecciones de inglés cuanto antes. ¡Hasta luego, equipo!

Ambos hombres la miraron marchar corriendo, casi dando saltos, y no hablaron hasta que la perdieron de vista.

—Creo que si se lo propusiera, levantaría otro edificio como *Le Petit Beaumont* antes de que acabara el año —soltó Leo.

—Y conseguiría que yo levantara personalmente cada una de las piedras —concluyó Alejandro. Después suspiró y se marchó hacia la casa.

Si iba a dedicar aún menos horas a su trabajo de lo que ya llevaba haciendo desde hacía meses, o bien le subía el sueldo a Basile por cubrirlo en todos los viajes que debería haber realizado él en el primer trimestre del año, o bien acababa en la ruina. Aunque lo primero no era ningún problema —y ahora que se lo planteaba, no estaría de más, pues Basile estaba haciendo muy buen trabajo—, a lo segundo no estaba dispuesto. Por lo tanto, su lienzo, el que tenía a punto de acabar y que debía estar listo para el veinte de julio, tendría que esperar un poco más.

El domingo era un día que Verónica respeta por costumbre, por la educación religiosa que había recibido más de su padre que de sus maestras. Por eso era el único día de la semana que no instruía a Ivy en alguna de las materias. Tampoco solicitaba su ayuda nada más que para vestirse o peinarse, cosa que únicamente le dejaba hacer porque no tenía otro remedio, ya que ella misma la había reclamado como doncella personal. Pero en cuanto su alcoba estaba arreglada, le indicaba que no la necesitaría el resto del día.

Ivy no abandonaba el dormitorio de su señora hasta que esta decía esas palabras cada domingo.

No obstante, como Berta había reulado en sus primeras palabras y se había empeinado en que no era necesario contratar a nadie más, Ivy acababa ocupando su día libre en tareas de la casa

que aseguraba hacer con gusto. Así que Verónica había desistido en su empeño por que saliera de allí cada domingo, se marchara a la ciudad o diera un paseo por los jardines sin hacer nada más. La muchacha tenía un gran sentido de la responsabilidad —y del deber hacia Berta— que no conseguía comprender.

—Juega limpio, Zaldívar —espetó de pronto, volviendo a la partida de ajedrez que ella y Alejandro tenían entre manos en esa tarde algo lluviosa.

Alejandro disimuló mirando hacia una de las ventanas del saloncito, como si la lluvia lo hubiera distraído.

—¿Cómo?

—No quiero ganarte porque me hayas dado ventaja. —Cogió su torre negra y la colocó en la casilla anterior, como si el movimiento no se hubiera realizado—. Quiero que me trates de igual

a igual.

Alejandro tuvo una sensación de *déjà vu* que le provocó un escalofrío.

—¿Estás segura de que no prefieres jugar a las cartas? —Desplazó su alfil en un fatal movimiento de jaque mate—. No me has ganado al ajedrez ni una sola de todas las veces que hemos jugado.

—Pero lo haré —aseguró la joven, volviendo a preparar el tablero para una revancha.

—Monsieur, Madame, tienen visita —oyeron anunciar repentinamente a Berta desde la puerta.

Alejandro se levantó de su asiento y se alejó de la mesita ubicada junto a la ventana. En cambio, a Verónica le fallaron las piernas y se quedó sentada. El impulso que había cogido para ponerse en pie fue menor que el impacto que recibió al ver al hombre que apareció detrás del ama de llaves.

—Buenas tardes —dijo él en tono solemne.

—Buenas tardes, Monsieur Rocher. —

Alejandro solicitó con un gesto de su mano que Edwin tomara asiento en el sofá dispuesto en frente de las dos butacas que él y Verónica solían ocupar—. ¿A qué debemos esta inesperada visita?

El hombre se quitó el sombrero en un veloz movimiento, consciente de que debería haberse descubierto la cabeza nada más entrar en la casa. Algo menos bruscamente, se sentó donde Alejandro le había indicado.

—Me gustaría hablar con su esposa, si ella acepta recibirme después de cómo me comporté hace unos días —se lamentó el hombre, retorciendo su bombín entre sus manos.

Verónica consiguió ponerse en pie y se sentó en la butaca contigua a la de Alejandro.

—¿Ha sucedido algo? —De pronto, esa era la única explicación que se le ocurría—. ¿Se encuentra bien su esposa?

—Oh, sí. Mi Joanie está bastante mejor. Hoy ya

se ha levantado de la cama.

—Me alegra oírlo —aseguró Verónica.

—Pero sí ha sucedido algo. Anoche mis señores celebraron una cena muy importante. La fiesta de compromiso de su hija mayor.

Edwin explicó, con demasiado detalle que no venía a cuento, cómo la que era la mayor de los cuatro hijos de los Dupont, había conocido a un duque que había quedado prendado de ella y en pocos meses se habían comprometido. Después de varias alusiones a la familia del noble y a la cantidad de dinero y tierras que poseían, encauzó la conversación hacia lo que lo había llevado allí.

—Cuando el duque y sus padres llegaron, mi hija Emilie los recibió. Es muy alta para su edad y aparenta casi quince. Y como mi Joanie seguía en cama ayer noche... —justificó. Después les confesó lo que realmente importaba—. Emilie les dio la bienvenida en castellano. Y el duque es

español.

Verónica trató de encontrar sentido a todo aquello.

—Su hija es muy curiosa, y tiene gran avidez por aprender —explicó enseguida la joven—. Cuando hablo con Ivy, mi ayudante, suelo hacerlo en mi idioma porque me resulta más sencillo. Emilie me oyó en más de una ocasión y un día me preguntó cómo se decían algunas cosas cotidianas. Incluso las apuntó.

—No mencionó el otro día esa habilidad de mi hija.

—No tuve demasiado tiempo para hablar con usted.

Ninguno lo había dicho con mala intención, pero ambas intervenciones sonaron un poco a la defensiva.

—¿Qué sucedió después? —se interesó Alejandro, para romper aquel incómodo momento.

—Por si la familia del duque estuviera poco encantada por aquel inesperado recibimiento, al sentarse a la mesa encontraron una cuartilla con el menú de la cena detallado, una en cada plato, con dibujos y ribetes que la hacían parecer de un exclusivo restaurante parisino. En la parte superior estaban escritos los nombres de los prometidos, entrelazados formando un dibujo... indescriptible.

—¿Eso fue obra de Julie? —Verónica estaba más que segura de ello.

—Efectivamente. A la señora Dupont le pareció precioso cuando la vio diseñándolo esa mañana, y le solicitó que hiciera uno para cada comensal. Julie se pasó media tarde copiando su primera creación para que todos quedaran iguales.

—Seguro que se siente muy orgullosa de su trabajo. Es muy perfeccionista. —La joven trató de no sonreír demasiado.

—El cumpleaños de Monsieur Dupont es dentro

de dos semanas y Madame le ha pedido a la cocinera que defina el menú cuanto antes, para que mi hija tenga tiempo de hacer los menús personalizados para todos sus invitados.

—¡Vaya! —se le escapó a Alejandro.

—La velada fue perfecta —continuó Edwin—. Madame Dupont había temido que los padres del duque consideraran a su hija muy por debajo de su nivel. Esa era la primera vez que les recibían en su casa. Y no pudo salir mejor.

—Son muy buenas noticias.

—Pero ahí no acaban las noticias.

Verónica puso cara de sorpresa.

—¿Hay más?

—Sí. —El hombre disimuló una risita que lo hizo parecer muy joven—. Cuando los invitados se marcharon, Madame fue a ver a sus hijos menores, una niña de ocho años y un muchacho de diez. Se llevó un susto tremendo al ver que no estaban en

sus camas. Me llamó y los buscamos por todas partes. Hasta que finalmente los encontramos en el dormitorio de mis hijas.

Verónica y Alejandro se miraron por primera vez desde que Edwin había empezado a hablar.

—¿Y qué hacían allí? —Fue él quien pronunció en alto la pregunta que su mujer temía efectuar.

—Marie les estaba leyendo uno de sus cuentos. A ellos y a sus hermanas. Al parecer, es un ritual que tienen cada noche. Desde hace varias semanas.

—Interesante —murmuró Alejandro mientras que ella parecía haberse quedado muda.

—Además no se enfadó. Al contrario. Se sentó con sus hijos a escuchar la historia. Después me dijo que lamentaba haber dejado de contarles cuentos tan pronto. Ahora comprendía que era algo que necesitaban que ella hiciera, pero que mi Marie había cubierto esa necesidad por ella.

—Sus historias son muy entretenidas —

consiguió decir una muy orgullosa maestra—. No me extraña que esos niños las aprecien tanto.

—Es cierto —confirmó Edwin—. No he querido venir a verla hasta haber leído y revisado cada uno de los ejercicios que mis hijas tenían en su cuarto. Todo lo que han trabajado desde que usted comenzó a instruir las.

—Oh... —No pudo evitar ruborizarse—. ¿Y qué opina?

Edwin irguió la espalda pero agachó ligeramente la cabeza.

—Opino que no puedo permitir que mis hijas no continúen avanzando. Por eso, quería rogarle que las readmitiera en su escuela. Aunque le advierto de antemano que es posible que haya días en los que no puedan asistir. Por lo pronto, el día del cumpleaños de Monsieur Dupont. No quiero que el trabajo de la casa se acumule y que mi mujer vuelva a enfermar por llevárselo todo a sus

espaldas.

Ella tampoco quería eso.

—Sus hijas son lo bastante inteligentes como para ponerse al día en poco tiempo. Y si fuera necesario, yo les prepararía materiales adaptados para que pudieran seguir el ritmo del resto de la clase.

Edwin inclinó la cabeza en agradecimiento.

—Eso sería muy considerado por su parte.

—También lo ha sido por la suya haber venido hasta aquí para contarnos lo sucedido anoche. — En un impulso, estiró una mano y apretó la que Alejandro tenía sobre el reposabrazos de su butaca —. Sus hijas son muy importantes para mí. Y veo que para usted lo son aún más.

—Mañana mismo volverán —aseguró, y los ojos le brillaron de tal forma que revelaron un tremendo parecido con la menor de las niñas—. No puedo esperar a ver la cara que ponen cuando

se lo diga.

—Puede decirle a Marie que aún no hemos empezado con el tema del cuerpo humano. —Rio entre dientes y sintió con alivio que Alejandro apretaba su mano—. Así que aún está a tiempo de contarse todos los huesos.

—Eso, sin duda, me permitirá ver una de las más radiantes sonrisas de mi pequeña.

Edwin se levantó y los anfitriones hicieron lo propio. Ambos le ofrecieron la mano antes de que se marchara.

—Gracias por venir, Edwin.

—Gracias a usted, Madame. Por existir. —Sonrió como un niño—. Y a usted, Monsieur —añadió mirando a Alejandro—. Por traer a esta dama hasta Orleans.

—Una de mis decisiones más acertadas —murmuró él.

El hombre se marchó y Verónica se desplomó

sobre su butaca. Alejandro se sentó a su lado y observó su rostro.

—¿No irás a llorar, verdad?

—No —se apresuró en responder, pero las lágrimas ya estaban cayendo por sus mejillas—. Lo siento. No puedo evitarlo.

Él soltó una carcajada y le ofreció su pañuelo.

—Me parece que necesitarás esto.

—Es que... me he emocionado —se disculpó antes de sonarse la nariz con un ruido semejante al de una trompetilla.

Alejandro sintió que se derretía al oír aquel espeluznante sonido y ver su cara debatirse entre la risa y el llanto. ¡Qué Dios lo ayudara! Amaba a esa mujer.

—Estoy muy, muy orgulloso de ti.

Ella lo miró confundida.

—No lo estés. No se me habría ocurrido ir

hasta allí si tú no me hubieras hecho esa... encerrona. —Miró con un poco de vergüenza su pañuelo empapado y lo arrinconó en su asiento antes de tomarle de nuevo la mano que apoyaba en la butaca—. Y tampoco me habría atrevido a ir si tú no me hubieras acompañado.

—¿Bromeas? Habrías ido, antes o después. No te hubieras podido contener. Tú no.

—Sobrevaloras mi fortaleza.

—No más que tú la mía.

Cuando Alejandro tragó saliva marcadamente y desvió la vista hacia sus manos, Verónica apartó la que acariciaba la de él y jugueteaba con sus dedos inconscientemente.

—Me encanta verte así —dijo él de pronto.

—Así... ¿cómo? —¿Ruborizada?, pensó ella.

—¿Cómo te sientes? —Esperó, quería darle tiempo a que lo pensara con la mente clara—. Vamos. Dímelo.

—Feliz. Muy feliz —confesó con un nudo en la garganta.

Los ojos de él brillaron cuando se acercó a ella y le susurró.

—Prometí que te haría feliz. Fueron unos votos espontáneos, pero ahora por fin comprendo de dónde salieron. De esa parte de mí que sabía que esto pasaría, Verónica. —Entrelazó sus dedos con la mano que ella acababa de cerrar en un puño—. Ese día te prometí algo más. Pero entonces aún no comprendía por qué había dicho aquello. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas mis palabras?

Alejandro la miró fijamente, ansiando su respuesta. Sin embargo, pensó que el mundo se le caía encima cuando percibió alarma en su rostro.

—Aquel día apenas nos conocíamos, Alejandro —dijo muy despacio—. Cualquier cosa que dijéramos no tiene sentido ahora.

—Para mí tiene más sentido que nunca. Ahora,

por primera vez en mi vida, creo en el destino.

No dejaron de mirarse a los ojos a pesar de las palabras que resonaron en el pasillo.

—Le he dicho que no puede pasar. Haga el favor de esperar fuera. —Reconocieron el tono de voz más estricto de Berta antes de verla asomarse con el rostro enrojecido—. Monsieur, siento interrumpir, pero cierto caballero solicita ser recibido. Como usted me indicó, ya le he dicho que no desea atenderlo, pero él insiste en verlo.

—¿Quién es, Berta? —se interesó Verónica.

—Monsieur de Ayala —se adelantó en responder su marido.

En apenas un segundo, la sangre de la joven se heló en sus venas.

—Conde de Ayala —corrigió él mismo desde la puerta, devastando al instante la esperanza de Verónica de que se tratara de otro Monsieur de Ayala.

Pero ella no había olvidado su voz. Tampoco el olor a licor y a tabaco de su aliento. Ni su rostro. El mismo que había visto hacía unos días a pesar de tratar de convencerse a sí misma de que no era él.

Su inquietud aumentó aún más al ver la cara de Alejandro volverse sombría de pronto. Se preguntó por qué no quería recibirlo, por qué incluso había dado instrucciones al servicio para ello. Era obvio que habían tenido algún tipo de contacto previo, y no precisamente agradable. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tenían que conocerse?

—Por desgracia, tu rápida respuesta me hace pensar que soy el único caballero al que no deseas recibir en tu casa —apreció también el conde antes de quitarse el sombrero y mirar al ama de llaves con gesto de superioridad.

Alejandro le hizo una seña a Berta para que se retirara y esta lo hizo a regañadientes. Cuando

volvió a mirar a su invitado no deseado, lo encontró con la vista clavada en su esposa, con sus ojos de reptil demorándose en ella demasiado tiempo.

—Muy agudo. —Verónica nunca había oído a Alejandro tan serio. Aquella ni siquiera parecía su voz—. En cambio, está siendo muy obtuso a la hora de comprender que no es bien recibido en esta casa.

Sin apartar la vista de su enemigo, se levantó con intención de acercarse a la puerta, tratando de impedirle el paso en el saloncito, cosa que no logró porque él dio dos zancadas hasta casi llegar al mismísimo centro.

—Hola Verónica. Cuánto tiempo —le dijo ignorando la clara invitación de Alejandro a que se abstuviera de entrar.

—No el suficiente —murmuró ella sin poder evitarlo.

—¡Me complace comprobar que tus modales no han cambiado lo más mínimo! —exclamó en una carcajada.

Ella no supo si se refería a su respuesta o a que ni siquiera se había levantado para recibirlo. Ni pensaba hacerlo.

—¿Se puede saber a qué ha venido usted aquí, aparte de a insultar a mi esposa, cosa que le aconsejo se abstenga de volver a hacer?

El tono de Alejandro era tajante, lo que llevó a Verónica a pensar que detrás de todo aquello había algo que no sabía. Algo serio y que él le había estado ocultando intencionadamente.

—Precisamente es por tu actual esposa por lo que he venido, Alejandro. —Cogiendo su sombrero de copa con solo dos dedos, lo lanzó sobre el sofá que había a su espalda. Después dio un paso adelante y se encaró con Alejandro, sintiéndose muy cómodo con la altura que le

sacaba—. Puesto que tú no te has dignado a responder a ninguna de mis cartas, me he visto obligado a venir en persona.

—¿Cartas? —Verónica quería levantarse, evitar lo que se temía que podía suceder si uno de los dos daba un paso más. Pero por segunda vez en ese día, las piernas no le respondieron—. ¿Qué cartas? ¿Qué ocurre Alejandro?

Que Rodrigo le tuteara le daba muy mala espina. Demasiada. Y que se hubiera referido ella como la *actual esposa* de Alejandro le hizo estremecer. Todo él le hacía estremecer. Tenía algo que le había hecho sentir rechazo hacia él desde el primer día en que lo había visto. A pesar de su porte, por el cual seguramente resultara atractivo para cualquier mujer, tenía algo oscuro que le había hecho desconfiar de él desde que solo era una adolescente.

—Las cartas en las que le reclamaba a tu actual

marido ciertos bienes que no le corresponden legalmente —respondió, y desvió la vista de Alejandro a ella—. Tú entre ellos.

—¿De qué... estás hablando...? —En cuanto hizo esa pregunta, la joven cerró la boca para que no se notara que había empezado a temblar.

Alejandro, a quien no le gustaba nada que lo pillaran fuera de juego, terminó en ese momento de definir su estrategia. Se dio la vuelta y miró a su mujer con los ojos muy abiertos, como buscando su complicidad y solicitándole discretamente que no volviera a hablar. Se sentó a su lado en la butaca que había estado ocupando hasta la intrusión y se sentó cruzando una pierna, tratando de mostrar una tranquilidad que solo ella notó que no tenía.

Verónica se sintió aún más inquieta cuando él apoyó su mano en el reposabrazos de ella. ¿Buscaba su contacto por algún motivo? ¿Tal vez

como ella había hecho solo unos minutos antes?
¿Estaba buscando su apoyo?

No, no podía ser. No podía elegir precisamente ese momento para mostrarse inseguro por primera vez.

—Bien, Rodrigo. —Pasó a llamarle por su nombre como parte de su estrategia. Las cosas se hablarían de hombre a hombre, sin títulos, sin apellidos que los respaldaran—. Ya que pareces tan dispuesto a hablar, resúmele a mi querida esposa lo que me expones en tus cartas. Tal vez le haga tanta gracia como la que me hizo a mí.

Rodrigo de Ayala dejó de sonreír burlonamente para fruncir el ceño de aquel modo que Verónica no había podido olvidar. Del mismo modo que lo había hecho el día que rechazó su proposición de matrimonio y, poco después, sus intentos de colarse en su lecho.

Aquella noche fue salvada por su amiga Celia.

Si no hubiera sido por ella y su precipitada irrupción en su casa para darle la noticia de que se acababa de prometer en matrimonio, tal vez Rodrigo habría logrado lo que se proponía: robar su virtud —o al menos simular que lo había hecho— para así obtener su mano y, con ella, las empresas Aranda cuando aún valía la pena invertir en ellas.

Después de aquello, no había vuelto a verlo. No obstante, sí supo de él, o más bien de sus negocios. La noche previa a su boda con Alejandro, su padre le dio a conocer la hipoteca que había sobre la casa. Cuando él muriera, y tal como había pasado ya con gran parte de las empresas Aranda, la casa pasaría a ser de un banco: el de la familia de Rodrigo.

Él había conseguido todo lo que se había propuesto de Arturo, excepto a su hija. Y ella, inocente y despreocupada, le había tomado por un

hombre ambicioso al que solo le importaba el dinero, y se había olvidado de él pensando que no querría nada más de ella. Pero no. Allí estaba de nuevo. ¿Y la estaba reclamando en propiedad? No era posible.

—De acuerdo —aceptó el conde, tomando un asiento que no se le había ofrecido en ningún momento, justo frente a Alejandro. Pero cuando habló, se dirigió expresamente a ella—. En mi primera carta me puse en contacto con Alejandro para preguntarle por qué extrañamente una empresa de construcción ferroviaria, de la cual tiene tres cuartas partes en propiedad, se había hecho cargo de las reformas en la casa de tu padre. Y por si fuera poco, antes de que mi banco decidiera ponerla a la venta. Cuando, todo sea dicho, eso no iba a suceder, ya que yo mismo pensaba instalarme en ella un vez reformada. Pero cuál fue mi sorpresa al no obtener respuesta

alguna. Y, tras una lamentable torpeza de un empelado del banco, el embargo fue retirado tras un desorbitado pago al contado por un abogado. — Desvió momentáneamente su mirada de ella—. Tu abogado, Alejandro.

Rodrigo hizo una pausa, al parecer esperando una respuesta de su oponente. Sin embargo, este se limitó a mirarlo y asentir. Así que continuó, clavando sus ojos en ella de nuevo.

—Mi sorpresa fue aún mayor cuando revisé los papeles de la compra venta y me encontré con que la nueva propietaria eras tú, Verónica. —Ella se preguntó por qué le salía aquella media sonrisa tan desdeñosa cuando pronunciaba su nombre—. Cuando leí tu nombre no lo pude comprender, hasta que al final del mismo pude leer “de Zaldívar”.

—¿Has comprado mi casa Alejandro? —Según lo preguntaba se mordió la lengua. No debería

haber mostrado ante Rodrigo que ella no lo sabía.

—Vaya, vaya. Que no lo sepas confirma mi opinión de que el documento no es válido. Ya que falta una firma: la tuya. Cosa que explicaba a tu actual marido en mi segunda carta.

Alejandro la miró un instante con gesto acusativo antes de dirigirse hacia Rodrigo y hablarle con toda tranquilidad. Esa parte era la más difícil de su estrategia. ¿Cómo podía un hombre mostrarse indiferente cuando pretendían robarle lo que más amaba en el mundo?

—Si supieras algo de leyes, o al menos te molestaras en leer el contrato en su totalidad, comprobarías que se trata de una herencia en vida. La casa, una vez reformada, es un regalo para mi esposa en nuestro primer aniversario de boda. Por lo tanto no precisa de su firma todavía. — Tamborileó sobre su rodilla distraídamente con los dedos de una mano—. Gracias por estropearme la

sorpresa, camarada.

Verónica se quedó muda. Gracias a Dios, se dijo a sí misma. Porque probablemente si hubiera abierto la boca lo habría vuelto a estropear todo. ¿De qué iba todo aquello?

—Muy bien. —El carraspeo de Rodrigo delató que no había leído minuciosamente aquellos papeles—. A pesar de que eso fuera cierto, lo cual volveré a comprobar con mis abogados, no te quepa duda, no debemos olvidar el propósito de mi tercera carta. No puedes dejar nada en herencia a una esposa cuando no la tienes.

A pesar de que la aludida no dijo nada, su cara de asombro preguntó por ella.

—No te sorprendas, Verónica. Sabes perfectamente que tu matrimonio es nulo, y yo ya me he encargado personalmente de solicitar dicha nulidad.

Esta vez fue ella quien buscó la mano de

Alejandro y la apretó tan fuerte que le dolieron los dedos. Pero él se la sostuvo con más fuerza aún, un instante antes de soltársela para juntar las suyas dedo contra dedo, meditabundo.

—No hay nada de nulo en nuestro matrimonio. Tenemos un documento con nuestras firmas, la del sacerdote y la de los testigos. —Rodrigo abrió la boca para hablar pero Alejandro le detuvo con un rotundo gesto de su mano—. Y si pretendes volver a insultar a mi mujer llevando tus argumentaciones hacia cualquier ofensa contra su honradez, déjame advertirte de que estoy plenamente seguro de que Verónica llegó virgen a mi lecho.

Ella sintió un mareo, como si su estómago hubiese girado sobre sí mismo. Rodrigo no podía saber que su matrimonio no había sido consumado, nadie más que Alejandro y ella podían saberlo. Ni siquiera los sirvientes podían sospechar. Ellos dos compartían cama, y podría haber ocurrido

cualquier noche. En cambio, Alejandro no podía tener la certeza de que ella fuera pura. Solo sabía que no quería intimar con él hasta ese punto. Podría pensar que el motivo real era que no descubriera una supuesta impureza en ella. Y con Rodrigo rondando, incluso podría pensar que él mismo era el causante.

El mero hecho de que Alejandro pensara aquello, aunque asegurara no hacerlo, rompió en mil pedazos el poco control que le quedaba a la joven, quien se echó irremediablemente a llorar.

—El error no es ese, Alejandro. —Rodrigo continuó su tira y afloja sin apreciar aquellas lágrimas, pues miraba intensamente a su rival, como queriendo encontrar su punto débil—. El problema es que no seguisteis el procedimiento habitual. Vuestro matrimonio fue demasiado sospechoso, muy precipitado, ni siquiera publicasteis las amonestaciones en la basílica,

como habría sido lo adecuado. Para que cualquier hombre que tuviera algo que alegar en contra hubiera tenido su oportunidad. —Matizó aún más sus intenciones señalándose a sí mismo—. Además, la boda tuvo lugar en la casa con tan solo dos testigos y un sacerdote. Insuficiente.

—De nuevo te equivocas. —Alejandro se acomodó más en la butaca—. Es suficiente si se cuenta con un documento concreto que, casualmente, yo obtuve. Subestimas mis contactos y mi minucioso trato de la legalidad.

—¿Contactos? ¿Te refieres a tu tío el marqués? —La carcajada sonó demasiado forzada—. Él mismo me ha ayudado con la solicitud de nulidad. ¿Sorprendido?

La verdad era que sí lo estaba. Alejandro jamás se hubiera esperado eso de Armand. No porque no fuera tan vil como para hacerlo, sino porque supondría interesarse demasiado por su sobrino.

Perder un tiempo y un esfuerzo que jamás le había dedicado.

—No puede soportar otro matrimonio burgués en su familia —explicó Rodrigo, satisfecho con ese as en su manga—. Y las declaraciones de nuestra querida Verónica en ese periodicucho sobre la igualdad de clases, pudieron con su paciencia. Ya tu madre se casó con un comerciante de tres al cuarto cuando tenía cientos de propuestas de matrimonio de nobles respetables. Su hermano jamás la perdonó por ello. Y por eso te dio la espalda, ¿cierto?

—Muy cierto. —No le importaba admitirlo—. Cosa que agradezco, ya que no necesito absolutamente nada de mi tío ni de ningún noble. No solo la aristocracia puede lograr llegar hasta el Pontífice. Mis contactos son mucho más lícitos, pues provienen del mismísimo clero.

Alejandro sonrió al recordar a cierto arzobispo

italiano, un anciano que profesaba tanta devoción a Dios como al arte. Alguien que aseguraba haber encontrado al Señor en uno de los cuadros que Alejandro expuso en una galería de Roma después de visitar el Vaticano.

Él le había regalado el cuadro, pues no podía querer mejor dueño para su obra que alguien que la supiera apreciar de aquella manera. No le pidió nada a cambio, pero el hombre le había asegurado que todo gesto altruista, tarde o temprano, tenía su recompensa.

Al recibir la tercera misiva de Rodrigo de Ayala, Alejandro había decidido escribir al arzobispo solicitando humildemente su ayuda. La respuesta no había tardado en llegar, y él confiaba en las palabras de calma del anciano, quien le había asegurado que trataría el tema personalmente en la Santa Sede y le había deseado una larga y feliz vida junto a su esposa.

—Se dice que hay que tener amigos hasta en el infierno. Pues bien, yo digo que hay que tenerlos incluso en el cielo —sentenció Alejandro sin dar más detalles.

—Eso ya lo veremos. —Rodrigo no se amedrentó—. La solicitud de nulidad será respondida en breve.

—Sí. Y será denegada.

—O no.

—Si fuera así... cosa que te aseguro que no sucederá, pero para darte el beneficio de la duda, te aseguro que volvería casarme con Verónica, con todos los pasos pertinentes y cientos de testigos. Hasta el mismísimo Papa si fuera preciso.

Alejandro no comprendió por qué el tipo sonreía.

—Podrías hacerlo, si ella quisiera también. — Su mirada atravesó a Verónica tratando de leer en ella si volvería a hacerlo. Sus ojos llorosos no

parecieron aclarar mucho—. Pero el documento de herencia de la casa sería nulo, ya que ella no sería tu esposa durante un tiempo. Y yo anularía todos los contratos vinculados a esa compra.

—¿Para qué quieres mi casa, Rodrigo? —escupió ella entre lágrimas.

—Tu padre arrebató multitud de negocios al mío. Es justo que recupere lo que corresponde a mi apellido. Y tal vez, cuando cuente con tu casa además de los negocios de tu padre, declines en volver a casarte con Alejandro, y lo hagas con el nuevo dueño de lo que un día fue tuyo.

—Mi padre no le arrebató nada al tuyo. Trabajaban en el mismo sector y él se le adelantó numerosas veces porque tenía mejor visión de negocio. No dudaba cuando veía una buena oportunidad.

—Y así le fue a Arturo. No pararse a pensar las cosas le pasó factura y lo perdió todo.

Alejandro se mantuvo en silencio mientras su esposa, por fin, volvía a ser ella misma y se enfrentaba a la serpiente que se había colado en su casa. Necesitaba ver eso. A su guerrera empuñando sus armas verbales y dejándole claro que ese hombre no le importaba lo más mínimo. Porque... ¿qué haría si ella lo prefería a él? No sabía qué había sucedido entre ellos en el pasado. No sabía si ella había sentido algo por él o... si aún lo hacía.

La rabia con la que se dirigía a él le daba grandes esperanzas de que esos sentimientos no fueran positivos.

—Tú te encargaste personalmente de perjudicarlo aún más con tu inflexibilidad a la hora de cobrar las letras —le reprochó ella de una estocada.

—¿Inflexibilidad? Le hice la mejor de las ofertas. Casarme con la fiera de su hija y así

quitarle dos pesos de encima. Una hija que no encontraba marido y una deuda que nunca podría cubrir. Pero él insistió en que eras tú la que tenías que aceptarme. Que él no te vendería. Aunque veo que al final sí lo hizo.

Alejandro se levantó de un salto. Ya no podía disimular indiferencia alguna.

—Creo haberte advertido que no osaras volver a insultar a mi esposa. Sal de esta casa inmediatamente.

Rodrigo se levantó, pero solo para acercarse a él y reírse en su cara.

—Vamos. Tú, Alejandro Zaldívar, famoso por tu preciada soltería. Pero aún más por tu gusto por las mujeres de cada rincón del mundo al que te encanta viajar... ¿No será posible que te hayas casado por amor? —Lo dijo como si fuera la primera vez que oía algo así—. No, puesto que no has puesto un pie en España hasta hace unos

meses. ¿Y con una joven más pobre que las ratas, por otro lado incapaz de mostrar ese sentimiento ya que es más fría que el hielo? No te pega, amigo.

—No soy tu amigo. —Gruñó—. Y tú no eres quién para juzgar si amo a mi esposa o si ella me ama a mí. Con que ambos hayamos decidido estar juntos debería bastarte para no intentar ni siquiera acercarte a ella. Ya está casada y tú no tienes nada que hacer aquí. No quiero volver a tener noticias tuyas a no ser que sea para darme una copia de la resolución de esa absurda petición de nulidad. ¿He hablado claro o lo tienen que hacer mis puños?

Rodrigo miró sus manos apretadas a los lados y comprendió que se estaba conteniendo para no golpearlo.

—Tendrás tu copia. Y después de eso, pretendo reclamar la nulidad de los contratos. Además de a Verónica.

¿Por qué insistía en eso? Verónica estaba

perpleja. Él no la amaba, nunca lo hizo, solo la había pretendido por las empresas. Y ahora, supuso que por orgullo. Pero su voz se había marchado de su garganta. Por primera vez en su vida, era incapaz de gritar todo lo que quería escupir en su cara. Y más aún cuando el rostro desencajado de Alejandro le rogaba una de sus efusivas protestas o sus perspicaces comentarios.

—Como te he dicho, volvería a casarme con ella. Pero tú eres libre de soñar tanto como todos los otros hombres a los que ha rechazado. Soy el único afortunado al que ha aceptado, y eso es para toda la vida. —Señaló la puerta con una mano—. Si eres tan amable, preferiría que salieras por tu propio pie y no con los pies por delante —le advirtió, señalando con un gesto de su cabeza el juego de floretes de su padre, los cuales lucían cruzados entre sí sobre la chimenea—. No me gustaría que mi esposa presenciara algo así.

—No es necesario ponernos violentos. —La verdad era que la esgrima nunca se le había dado bien—. Aunque entiendo que te muestres resentido. Verónica tiene la capacidad de ofender a los hombres en lo más profundo.

—Ella no me ofende. En cambio, tu presencia sí que lo hace.

Rodrigo dio un paso hacia la puerta para mostrar su intención de marcharse. Enseguida.

—Tendrás noticias mías, Alejandro. Y tú también, Verónica. Ha sido un placer verte. Tus modales no habrán cambiado, pero tu belleza ha ido en aumento, querida mía.

Ella se aferró a las faldas. No podía hablar, pero pudo coger las suficientes fuerzas para ponerse en pie.

—Vaya, al fin te hago reaccionar.

—Sal de aquí. —Alejandro estaba al límite—. No lo volveré a repetir.

—Hasta pronto —dijo con una inclinación de cabeza, y se marchó.

En cuanto Verónica lo perdió de vista, se derrumbó, literalmente. Cayó de rodillas al suelo y sollozó sonoramente recuperando la voz en su garganta.

Alejandro gruñó y se acercó lentamente a ella, acucillándose a su lado. Ella miraba al suelo, así que no sabía cómo la miraban los ojos de él. La verdad era que tenía miedo a mirarlos después de lo sucedido.

—Cálmate. Ya se ha marchado.

Una tierna caricia de su mano rozó el rostro de la joven, secando sus lágrimas.

—Yo... yo.... —balbuceó. No sabía qué decir.

—No lo conseguiré. Necesita mucho más que el apoyo de mi tío para lograr una nulidad. Y aunque lo hiciera, te repito lo que le he dicho a él. Volvería a casarme contigo.

Las lágrimas brotaron tan fuerte y rápido que apenas vio la cara de su marido cuando alzó la vista hacia él.

—A no ser —le oyó decir, y vislumbró cómo bajaba la cabeza mirando al suelo—. A no ser que realmente tú prefieras no volver a aceptarme. Lo entendería, si tienes otra propuesta y prefieres volver a tu casa... Tal vez nunca debí sacarte de ella... Pero, pero...

Alejandro la abrazó contra él, tembloroso, como ella nunca lo había visto.

—¡Oh, Verónica! *Ne me quitte pas!*

No supo qué decir. ¿Por qué le pedía que no lo abandonara? ¿De verdad creía que se iba a ir con Rodrigo? Tan solo tras un largo silencio le vino a la mente algo que decirle.

—Realmente... compraste mi casa —murmuró

sin apenas voz. Y no supo si él la había oído hasta que cogió su cara con ambas manos y la acercó a la suya.

—Quería regalártela dentro de unos meses, cuando recuperara su esplendor. La quería para ti tal como la recordaba de aquel verano. Pensé que podríamos pasar algún tiempo en ella cada año. Como unas vacaciones. Tu amiga Úrsula y sus padres nos podrían visitar sin necesidad de viajar hasta aquí.

Aquello la derribió por dentro.

—Me gustaría mucho.

—Entonces... ¿te quedas conmigo?

Verónica sintió perfectamente su debilidad al hacerle esa pregunta. Le temblaba la voz, y los ojos le brillaban como nunca.

—¿En algún momento te ha parecido que ese hombre me agradara lo más mínimo?

—No, pero... —¡Oh! ¡Estaba tan confundido! El

miedo no lo dejaba pensar con claridad—. Esperaba una reacción un poco más... violenta por tu parte, más acorde con tu *yo enfurecido*. Con todo lo que ha dicho, me sorprende que no le hayas replicado mucho más.

—Estaba tan impactada que no podía hablar... Ese hombre me ha hecho mucho daño. Y volver a verlo ha sido muy duro.

—¿Qué te hizo?

Verónica percibió con temor cómo su rostro se endurecía y cómo uno de sus puños se cerraba. Parecía ir a levantarse y salir corriendo a buscarlo.

—No llegó a hacer eso que creo que estás pensando, pero estuvo a punto. Te juro que he llegado virgen a tu lecho, que aún lo soy.

—Como le he dicho a él, estoy plenamente seguro de ello.

Ella tiró de él para que se sentara en el suelo, a

su lado. No quería que fuera a buscarlo y cometiera una locura.

—Tras rechazarle fue a por las empresas de mi padre. Ningún otro banco habría sido tan duro con un buen cliente como lo fue él. Seguramente la quiebra de muchas empresas fuera causada por Rodrigo. Entre otras muchas cosas, robó clientes y malmetió contra mi padre con proveedores que solían dejarle más plazo del habitual. Todo se fue a pique demasiado rápido, y ahora ya no me cabe la menor duda de que él estuvo implicado en todo. Mi padre hirió al suyo en su orgullo a través de los negocios. Y yo a él al rechazar su propuesta de matrimonio. Y después... una menos honorable. — Barruntó lo sucedido y se llevó la mano al pecho. La conclusión a la que había llegado le dificultaba respirar—. ¡Santo cielo! Debía de estar esperando a que mi padre muriera para presionarme de nuevo, ya que la casa iba a ser suya y yo iba a

quedar en la calle. Pero tú te le adelantaste—. En un agradecimiento mudo, le acarició una mejilla, haciéndole sonreír—. Aunque me temo que es lo suficientemente testarudo como para insistir hasta recuperar la casa. Y tampoco me dejará en paz a mí.

—No permitiremos que se vuelva a salir con la suya. —Alejandro habló con tanta determinación que la convenció en cuestión de segundos.

—No podrá —confirmó ella—. Si seguimos juntos.

Alejandro sonrió más ampliamente. Ver aquella seguridad en él le dio seguridad a ella. Como le había dicho hacía un par de noches, con él se sentía segura. Y, desde luego, quería quedarse en aquella casa, siempre y cuando él estuviera allí. Temía que no lo hubiese creído así, pero al parecer sus palabras o su mirada lo convencieron.

—Para siempre —susurró contra sus labios.

La besó tan despacio, con tanta suavidad y ternura que ella se rindió por completo entre sus brazos. ¿Cómo un hombre con su carácter, con su fortaleza tanto física como moral, podía llegar a ser tan dulce y delicado? ¿Cómo unas manos que hubieran sido capaces de golpear el arrogante rostro de Rodrigo y dejarlo fuera de combate en el primer impacto, podían acariciarla con el tacto de una pluma, ligera y suavemente?

Aquello era demoledor. Tanto o más que el más apasionado de sus besos o la más osada de sus caricias. Y a ella cada vez le quedaban menos escudos en su línea de defensa.

Tal vez por eso le echó los brazos al cuello y profundizó el beso de forma que él no se esperaba, por cómo pudo comprobar al oírlo gruñir y sentir cómo le echaba la cabeza hacia atrás, prácticamente tumbándola sobre la butaca.

Y tal vez, si no lo hubiera hecho, Alejandro

habría concluido antes el beso y Rodrigo no les habría encontrado enredados y jadeantes, como una pareja de enfebrecidos enamorados.

Exactamente eso debió de parecerle al intruso, porque solo notaron su presencia al oírlo carraspear y murmurar:

—Había olvidado el sombrero.

Ambos lo vieron de refilón cuando salió por la puerta. Y después divisaron a Berta, quien no había dicho nada pero parecía haber acompañado a Rodrigo hasta la sala.

¿Por qué le había permitido volver a entrar? ¿Por qué no le había dado el sombrero ella misma? Ambos se hicieron esa pregunta para sí mismos. Y llegaron a la misma conclusión. Berta quería que ese hombre viera exactamente lo que acababa de ver. Era demasiado eficiente para no haberlo detenido antes, o por lo menos haberlo intentado, pegando voces como en su primera

aparición.

Cuando cerró la puerta antes de irse y les sonrió a ambos de forma desconcertantemente cómplice, a ninguno les quedó ya ni un ápice de duda.

—¿Le habrá gustado el espectáculo? —murmuró Alejandro, ofreciendo una mano a su esposa para que se levantara.

—Me da lo mismo. Prefiero no volver ni a pensar en él —sentenció y se estiró las faldas—. Tengo que empezar a preparar las clases de inglés para Ivy. Y tú deberías adelantar todo el trabajo que puedas para poder ayudar a Leo mañana con el jardín.

—Sí, señora. —Se cuadró como un soldado.

—Lo siento. —No había pretendido darle órdenes—. Necesito salir de aquí y pensar en otra cosa.

—Ya no llueve. —La cogió de la mano y

caminó hasta la ventana con ella—. ¿Cabalgamos, Madame Verónica Aranda de Zaldívar?

—Me encantaría, Monsieur Alejandro Zaldívar de Aranda.

Él alzó su mano hasta sus labios y, con los ojos fuertemente cerrados, besó el dedo anular de su esposa. Justo en su alianza de boda. Era un gesto que no hacía por primera vez, pero nunca antes había sido tan simbólico para ambos.

Ellos habían aceptado estar juntos. Habían prometido hacerlo. Y nadie iba a separarlos.

Capítulo 17

El canto de los pájaros era el sonido que habitualmente despertaba a Ivy. Su sensible oído reconocía fácilmente el trinar de los mirlos anunciando el amanecer. No obstante, ese día fue un aroma lo que la sacó de su estado de ensoñación. Y cuando abrió los ojos y vio las rosas sobre su almohada, por un segundo pensó que el sueño no había acabado.

Una avalancha de sentimientos la invadió antes de que pudiera incorporarse en la cama. Él había estado allí, la había visto dormir. Y a pesar de que casi todas las mañanas le llevara flores para que decorara su alcoba, jamás había entrado sin llamar primero. En cambio hoy, en su cama, había un ramo de dieciocho rosas amarillas. Sus favoritas.

Sus pétalos aún estaban salpicados por algunas gotas de rocío de la mañana y sus tallos no tenían una sola espina.

Vació un jarrón cuyas flores ya estaban algo secas y colocó su maravilloso regalo de cumpleaños en el interior. Cuando desvió la vista de las rosas al espejo de su tocador, se preguntó por qué su aspecto no era distinto que el día anterior. Aunque la verdad era que tampoco se sentía diferente. Tal vez cumplir dieciocho años no fuera para tanto. Sin embargo, ella tenía la sensación de que ese día sería muy especial.

Por eso, se demoró algo más que otras veces en peinarse y eligió uno de sus vestidos más bonitos, de cintura alta y del mismo color que sus rosas. Seguro que él captaba ese detalle en cuanto la viera. Solo de imaginarlo mirándola sintió que le faltaba el aliento. ¿Cuánto tiempo habría estado en su habitación? ¿Habría dejado las flores y se

habría marchado o se habría sentado a observarla?

Sacudió la cabeza y tuvo que recolocar un mechón de pelo que se escapó por el movimiento. Eso era algo que habría hecho ella si hubiera entrado en su cuarto a hurtadillas. No él. ¿Por qué querría él verla dormir? Solo era un amigo que quería hacerle un regalo especial en una fecha especial.

Desilusionada por sus propios razonamientos, se obligó a sonreír y salió de su alcoba. Era su día, y lo disfrutaría minuto a minuto.

Los habitantes de *Le Petit Beaumont* pasaron la mañana en torno al piano. Ivy y Verónica se turnaron para interpretar varios temas mientras unos cantaban y otros bailaban.

A mediodía tuvo lugar la comida que con tanto esmero habían preparado Margot y Melissa. Todos los platos favoritos de Ivy, y una versión para doce

comensales de uno de los pasteles más deliciosos de *La Chocolaterie de la Bonheur*.

—Pide un deseo —apremió Verónica a Ivy cuando esta se disponía a hacer los honores partiendo personalmente la tarta. —Piénsalo en silencio. Y hasta que no lo hayas formulado en tu cabeza como si lo estuvieras diciendo en alto, no hundas el cuchillo.

La joven soltó el cubierto y posó una mano encima de la otra.

—¿Qué más puedo desear que celebrar este día con todos vosotros? —planteó con sinceridad. Aunque sus ojos traicionaron a su subconsciente cuando miró directamente al joven que se sentaba a su lado y se sintió enrojecer—. Todo lo que puedo desear está aquí mismo. Me habéis tratado como parte de esta familia desde que llegué. Y todos los que habéis llegado después que yo, la habéis ido incrementando, haciéndola aún más

maravillosa. —El rostro, radiante hasta entonces, se le ensombreció ligeramente—. Y a pesar del triste destino que sufrió mi madre, doy todos los días gracias a Dios porque Berta me trajera a esta casa. Este es mi hogar.

—No tendrías nada que agradecer si tu madre no hubiera robado lo que no era suyo. —La voz de Berta sonó tan ronca que no pareció la suya.

—¡Mamá!

El silencio que se cernió sobre la mesa del comedor, después de que Leo se levantara arrastrando la silla hasta que cayó al suelo con un estruendo, pareció hacer bajar varios grados la temperatura del ambiente.

¿Cómo podía? ¿Cómo podía estropear un día que debería ser perfecto para Ivy de aquella cruel y vil manera? De todas las veces que alguno de sus despectivos comentarios lo habían hecho salir en defensa de la mujer a la que amaba, esa era con

diferencia la peor de todas. Esa vez, Leo se sentía capaz de odiar a su propia madre.

—¿Alguien puede explicarme qué sucede aquí?
—intervino Verónica rompiendo el devastador silencio.

Inmediatamente, Melissa se levantó y se llevó a sus hijos a la cocina sin decir nada. Nolan estaba temblando y Jacques acababa de echarse a llorar.

—Sabes que mi madre no robó aquellas joyas, Berta —sollozó Ivy, obligándose a no derramar una sola lágrima.

—Yo solo sé que desaparecieron del dormitorio de Monsieur Fernando y aparecieron en el de tu madre.

—¡Mi madre compartía alcoba con otra doncella! —espetó la joven con una furia que nadie de aquella casa había presenciado jamás.

—Por eso las echamos a las dos. No había manera de descubrir quién había sido, porque

ambas lo negaban.

—Y mi padre consintió que así fuera solamente por ese motivo. —Alejandro se levantó, recogió la silla que había tirado Leo y le apretó en un hombro para que se sentara de nuevo—. Pero como no se puede castigar a los hijos por los pecados de los padres, Ivy fue bien recibida en esta casa. Tú misma la trajiste, Berta, porque Claudette y tú habíais sido buenas amigas. Por eso, tú menos que nadie deberías empañar este día con malos recuerdos.

—Mi madre me juró que ella no había robado nada. —A Ivy le temblaban las manos—. Tú estabas conmigo cuando ella me dijo esas palabras antes de morir, Berta. ¿Cómo puedes seguir dudándolo después de eso?

—Una madre le diría cualquier cosa a su hijo en su lecho de muerte, si con eso puede hacerlo feliz.

—¡Aunque así fuera! —La joven aferró el mantel bajo los dedos cuando las manos se le cerraron en dos puños—. No te importó cuando convenciste a Monsieur Fernando de que me aceptara aquí. ¿Por qué desde hace unos años parece que sí te importa? ¿O es otra cosa lo que te hace... odiarme? —confesó finalmente.

—¡Jesús! —Margot se santiguó—. Aquí nadie odia a nadie. Berta no es la misma desde el accidente de Henri y Jean. Eso es todo. A veces es exasperante, pero Gabriel y ella están trabajando en superar esas crisis nerviosas. ¿Verdad, Berta?

El ama de llaves tragó saliva. Una de las extrañas que habitaban dentro de ella, la más cruel de todas las que convivían con la Berta que ella quería ser, la mujer que la dominaba en los momentos de mayor tensión, había estado aguardando en silencio las últimas semanas. Demasiado tranquila. Lo que tendría que haberla

hecho sospechar. Eva, como la había bautizado para referirse a ella en las sesiones con Gabriel, había estado en letargo para hacer aparición repentinamente, de forma que ella no se lo pudiera esperar, sin darle tiempo a reaccionar.

—Contesta, mamá —exigió Leo.

—Cierto. —Se levantó de golpe—. Y me temo que estoy a punto de sufrir una de mis crisis ahora mismo. Así que si me disculpáis, me retiro. No quiero estropearos más la fiesta.

—Berta... —Alejandro se levantó pero ella hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—Me tomaré una infusión y me acostaré. Será lo mejor.

Margot la acompañó a la cocina y Arthur las siguió a ambas después de hacer un gesto de disculpa ante los demás. Y de besar en la frente a Ivy cariñosamente.

—Esto no está pasando —murmuró Leo,

hundiendo la cabeza entre las manos y tirándose de los rizos con saña.

—No hagas eso, Leo —le increpó Alejandro. Tirarse del pelo era algo que comenzó a hacer compulsivamente cuando Henri murió, un autodestructivo hábito del que le costó varios meses deshacerse—. Tu madre está enferma. Peor de lo que imaginábamos. Hablaré con Gabriel para que revise su tratamiento.

—Eso no le excusa para comportarse así —gruñó, estirando una mano hacia Ivy, rogando porque la aceptara. El nudo de la garganta se le aflojó un poco cuando ella se la acarició.

—Las enfermedades de la mente son difíciles de comprender. Y de aceptar —resolvió Verónica. Una tía de Úrsula solía pasar largas temporadas en un centro psiquiátrico y su amiga le había contado cientos de historias sobre aquel lugar y los otros enfermos—. Pero no podemos juzgarla por ello.

No es algo que ella pueda controlar.

—Siento lo que he dicho. Haberla acusado de odiarme. —A Ivy se le escapó una lágrima.

—Si hay alguien aquí que no necesita disculparse por nada, eres tú, Ivy —sentenció Alejandro antes de girar el cuello hacia ambos lados para relajar la tensión que se le había empezado a acumular en ese punto. Después exhaló un largo suspiro—. En cuanto los demás vuelvan, pedirás tu deseo, partirás el pastel y nos lo comeremos acompañándolo con una copa de champán. —Miró a Verónica con complicidad. El champán era un elemento clave en el plan que tenían para esa tarde—. Después te daremos tus regalos y seguiremos con la fiesta. Es una orden —añadió y se levantó de la mesa para ir a buscar a Melissa y a los niños. Arthur y Margot se unirían a ellos... en cuanto pudieran.

El pastel no supo tan dulce después de lo sucedido. Pero todos pusieron de su parte para que la celebración no se echara a perder. Los niños contribuyeron en buena parte a ello al hacerle entrega a Ivy de sus regalos. Unos alegres dibujos de Jacques, los primeros poemas de Nolan y algunas figuras de barro que ambas gemelas habían moldeado junto al río.

Leo no respiró tranquilo hasta que no vio la sonrisa de Ivy llegar hasta sus ojos.

Melissa y Margot le hicieron entrega del vestido que llevaban meses cosiéndole. Y Arthur de los pendientes para los cuales había estado ahorrando desde que la vio mirarlos en un escaparate de la ciudad. Sorprendentemente, Berta se había prestado a poner la cantidad que le faltaba para comprarlos. ¿Por qué entonces había mencionado aquel suceso con las joyas de Evangeline? Era algo que no lograba comprender.

Cuando los niños empezaron a mostrarse algo aburridos de estar en la mesa con los mayores y solicitaron salir a jugar, Verónica se obligó a olvidar el incidente para poder seguir con el plan.

—Hoy la fiesta la acabaremos al aire libre — anunció.

Esa era la señal acordada para que los demás comenzaran a excusarse con responsabilidades maternas ineludibles o exagerado cansancio de ancianos y así evitar salir de la casa con ellos. Sabían que había una sorpresa para Ivy. Una muy especial y personal. Solo Berta desconocía que Leo era el principal artífice.

—¿Adónde vamos?

Ivy estaba intrigada y emocionada mientras se alejaban de la casa para adentrarse en el bosque, más allá de la escuela. Alejandro llevaba en las manos dos botellas de champán y Leo cuatro copas. Verónica cargaba un pequeño paquete

envuelto en papel de un intenso color verde.

—Aún faltan nuestros regalos —susurró Leo cuando llegaron al hueco de la antigua puerta del edificio que una vez formaron aquellos cuatro muros derruidos. Aún superaban la altura de cualquier persona, ocultando su interior a la vista, pero el techo hacía mucho que había desaparecido.

—¿Habéis escondido vuestros regalos ahí dentro? —preguntó incrédula. Ella solía pasear por aquellos parajes y se sentaba a leer en una gran roca que había allí fuera. Pero dentro solo había asomado la cabeza alguna que otra vez, y lo único que había encontrado eran zarzas y malas hierbas tan altas que a Jacques no se le vería si entrara allí.

—Algo así —declaró Leo y le ofreció la mano para que lo acompañara adentro. —Feliz cumpleaños, Ivy.

Si existía el paraíso, Ivy pensó que debía asemejarse bastante a lo que estaba viendo en ese momento. Desde que había dado un paso al interior de aquel paraje escondido entre cuatro paredes cubiertas de trepadoras en flor, no había podido detenerse. Caminó entre los pasillos que definían setos bajos y parterres de todo tipo de flores. Contempló las estatuas de siluetas humanas y animales que jamás había visto y que, por su aspecto envejecido, pensó que tal vez hubieran estado ocultas bajo aquellas hierbas altas.

Una pareja de mariposas revoloteó ante su rostro y su mirada la siguió hasta la fuente que se alzaba majestuosa en el mismísimo centro de aquel jardín del edén que, sin creer merecer, habían creado para ella. Leo le informó de que podía beber de esa agua, pues Alejandro había ideado cómo canalizar el manantial hasta allí. Entonces ella hundió las manos en el agua estancada en la

parte más baja y bebió del chorro que emergía con fuerza, con un cántico que invitaba a ser probado. Cuando probó aquella agua fresca y deliciosa, el mal trago que había pasado hacía unas pocas horas fue arrastrado y borrado de su mente y de su corazón. Aquello era mágico, y se sentía como en un cuento de hadas.

—¿Te gusta?

La joven miró a Leo y tuvo que contenerse para no saltar a sus brazos. Tal vez le habría faltado voluntad si Verónica y Alejandro no hubieran estado allí.

—Jamás podría imaginar un lugar más bello. No puede existir nada igual en ninguna parte de este mundo.

—Entonces te alegrará saber que es tuyo. Completamente tuyo.

Ella miró extrañada a Leo y este le indicó que se sentara en uno de los bancos de piedra

estratégicamente situados bajo un árbol que la protegería de los rayos del sol.

—Este es tu jardín secreto. Es mi regalo por tu decimoctavo cumpleaños —explicó, sentándose a su lado. Aunque había sitio para los cuatro, Verónica optó por sentarse en el césped frente a ellos, con Alejandro a su lado—. La idea y parte de la ejecución son mías. Pero Alejandro y Madame Verónica me han ayudado a hacerlo posible.

Alejandro sacó en ese momento un papel que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Yo he contribuido a la canalización del manantial y a traer e instalar algunos materiales. Poco más. Como redactar y firmar este documento de propiedad.

Ivy leyó las palabras de aquel pedazo de papel. La mandíbula se le desencajó cuando vio que su nombre constaba como el de la dueña de aquellos

terrenos.

—No sé qué decir.

—Con gracias me vale.

—Gracias. Pero es demasiado, Alejandro.
Yo...

—No lo es. Pero sí es especial. Un regalo encantador. Leo ha trabajado mucho.

—Y tú también —intervino Verónica—. Yo algo menos. No soy especialmente habilidosa en estas cosas. Pero tengo algo más para compensarlo.

Ivy tomó el paquete que le entregaba. Apartó delicadamente el hermoso papel verde que lo envolvía y encontró tres libros que la hicieron sonreír. Tres libros del mismo autor, incluso con el mismo título. Pero en tres idiomas distintos.

—“El sueño de una noche de verano” es mi obra favorita de Shakespeare —explicó Verónica—. Quería empezar a trabajar contigo el teatro, y

pensé que esta sería una buena forma de comenzar. El ejemplar en francés lo he comprado en la ciudad, así que es nuevo y no tiene mayor valor que el arte que contiene. Pero el que está en inglés es una edición especial que obtuve como premio en una competición de cálculo mental de mi escuela de Londres. —Agachó la cabeza y suspiró antes de continuar—. Y el ejemplar en castellano es una primera edición en mi idioma. En cuanto supe que lo habían traducido y que estaba a la venta, no pude evitar hacerme con uno. Ese fue el único capricho que me permití comprar con mi sueldo de maestra. —Volvió a centrar la vista en Ivy al darse cuenta de que se había quedado perdida en el horizonte—. Quería regalarte algo especial para mí, y no se me ha ocurrido nada mejor.

—Madame, no puedo aceptarlos. Son suyos. —Le devolvió dos de los libros—. Me quedaré este,

el que está en francés. Es más que suficiente.

—Quiero que los tengas todos. Por favor. —
Volvió a entregárselos—. Significa mucho para mí.
Creo que te ayudarán a perfeccionar tu redacción y
lectura en los tres idiomas. Y sé que te encantará
la obra.

—Pero Madame, son muy valiosos para usted.

—Tú eres aún más valiosa para mí. Y si algún
día quiero releerlos, seguro que me los prestas.
¿Cierto?

—Por supuesto.

—Entonces, brindemos por tu cumpleaños. —
Le hizo una seña a Alejandro y él abrió la primera
botella. Brindaron y bebieron a la salud de la
mujer que luchaba por contener unas lágrimas
cargadas de emoción—. ¿Por qué no nos lees el
primer acto de la obra? No se me ocurre un lugar
más propicio que este jardín de ensueño.

—Me encantará.

Ivy, en honor a Verónica, abrió la edición en castellano y comenzó a leer. Su voz, clara y armoniosa, se fundió prodigiosamente con los sonidos de la naturaleza que colmaban el ambiente ya de por sí mágico de su inigualable jardín secreto. Y los oyentes, sobre todo uno, quedaron embelesados por las palabras, por su forma y su contenido, mientras la lectora se adentraba en una historia que la cautivó desde la primera escena.

Alejandro tuvo que sostener a Verónica para que no se cayera de espaldas al inclinarse hacia atrás para vaciar otra copa de champán. El exagerado efecto quedó rematado cuando un agudo hipo se escapó de la boca de la joven quien, tras una risita, se llevó las manos a los labios, como si estuviera avergonzada.

—Me temo que nosotros nos retiramos antes de que la embriaguez de Madame Zaldívar la haga rodar cuesta abajo.

—La ocasión se merecía un brindis. Varios —puntualizó a la vez que se levantaba con Alejandro agarrándola por la cintura—. Pero vosotros quedaros. Aún es de día. Y esto tiene que estar precioso de noche. Especialmente al ocaso.

Ivy no comprendió por qué le guiñaba un ojo, aunque creyó que podría haber sido un gesto involuntario puesto que su patrona y amiga había tomado más champán del recomendable. De todas formas, estaba tan agradecida y feliz por lo que había vivido ese día que no le dio importancia.

—Sí, quedaros. Aún no es tarde. Feliz cumpleaños otra vez, Ivy.

—Muchas gracias, Monsieur, y Madame. Por todo.

Alejandro se inclinó para darle un fraternal beso en la frente y palmeó el hombro de Leo en señal de ánimo. Ofreció su brazo a Verónica, quien estaba mirando hacia el sol, pues este se

encontraba casi en el punto donde la magia iba a tener lugar, y prácticamente la arrastró con él.

Ambos caminaron en silencio hasta que estuvieron lo suficientemente lejos, casi a las puertas de la casa. Entonces Verónica no se contuvo más.

—¡Ha sido perfecto! —exclamó y aferró con ambas manos el brazo de Alejandro.

—Tu actuación sí que ha sido perfecta. Vas dando auténticos tumbos.

—No estoy actuando. Me he bebido todo ese champán de verdad.

—El plan era que lo derramaras disimuladamente. —Preocupado, se giró hacia ella y observó sus vidriosos ojos.

—No he tenido muchas oportunidades para hacerlo sin que fuera demasiado descarado. Tendría que haberme sentado en otro lado y no justo de frente a ellos. Uy. —Otro hipo la hizo

botar en el sitio. Y partirse de risa.

—¿Estás borracha de verdad?

—Supongo que sí. Me he bebido cuatro copas.

—Hipó de nuevo—. ¿O han sido cinco? He perdido la cuenta.

—Y el juicio. ¡Dios, Verónica! Tú nunca bebes más de una copa.

—Lo sé. Y mi cabeza también, créeme. —Se llevó la mano a la frente cuando empezó a sentir que el ligero mareo iba en ascenso—. Pero ha merecido la pena. Están solos y en un lugar donde ni Berta ni nadie los podrá interrumpir.

—Espero que no, porque estropearían la declaración.

Antes de subir la primera escalera, la joven frenó en seco.

—¿Declaración?

—Sí. Leo me ha dicho que pensaba declararse esta noche.

—¡Oh! ¡Oh! —Verónica se llevó ambas manos a las mejillas y después se abrazó a Alejandro, quien la notó sollozar en su hombro.

—¿Pero por qué lloras?

—De alegría. ¡Es tan maravilloso! —Se apartó un paso de él aunque tuvo que mantener las manos apoyadas en sus hombros al darse cuenta de que no lograba enfocar la visión en su rostro—. Y creo que estoy más borracha de lo que pensaba. —Suspiró y rio tontamente—. Mucho más.

Alejandro la miró con algo de lástima, pero sobre todo con admiración por el pequeño sacrificio que había hecho en aras del amor, y de la amistad en su caso personal. No estaba preparado cuando, de pronto, los brazos de Verónica le rodearon el cuello con fuerza para atraerlo hasta su boca, para besarlo tan sorpresiva como profundamente. Ella echaba todo el peso de su cuerpo sobre el suyo y él tuvo que rodearla con

sus brazos para evitar que ambos cayeran. Sin embargo, él ya estaba cayendo, a un pozo sin fondo, donde ella lo arrastraba con cada caricia de su lengua y cada roce de sus labios. El sabor del champán en su boca incrementaba aquel vértigo que se acababa de apoderar de él, que amenazaba con dejar escapar algo más fiero. Algo a lo que podría abandonarse. Allí mismo.

—Para, Verónica. —Hizo un auténtico esfuerzo para lograr apartarse de sus labios, al menos unos centímetros—. Esto no está bien.

Los ojos de ella parpadearon lentamente y tardaron varios segundos en enfocar hasta cruzarse con los suyos.

—¿No lo estoy haciendo bien?

—Demasiado bien. No es eso. Estás ebria y no sabes lo que haces.

—No estoy tan mal como para olvidar que si me quiero ir a dormir, debo darte tu beso de

buenas noches.

—Ah. —Se sintió como un imbécil—. ¿Solo era eso?

—Claro. ¿Qué iba a ser si no? —Lo miró a la cara, pero no logró entender lo que su gesto significaba, tal vez porque había dos rostros de Alejandro cruzándose entre sí—. Uf. Me voy a la cama. Buenas noches.

Tropezó con la primera escalera, salvó la segunda y en la tercera habría caído de bruces si Alejandro no hubiera salido de su estupefacción justo en ese momento.

—Anda, deja que te ayude. Yo también me voy a dormir.

La mantuvo firmemente agarrada por la cintura para subir cada escalón. Ya en el vestíbulo, ella resopló como si aquello le hubiera supuesto tal esfuerzo que necesitara un descanso. Alejandro decidió que sería mucho más rápido, y discreto,

llevarla él mismo.

—¡Eh! —fue la única protesta de ella cuando se sintió levantada en volandas.

—Solo te llevo a la cama antes de que te caigas y consigas hacer tanto ruido que todos nos descubran. Entonces, todos nuestros esfuerzos se irían al garete.

—Bueno. En ese caso, vale.

No tardó ni un segundo en acurrucarse en la curva de su hombro y prácticamente se quedó dormida en sus brazos antes de llegar al dormitorio.

Alejandro la dejó en el suelo al lado del biombo para que se cambiara y se dirigió a su lado del cuarto para desvestirse.

—Creo que necesito ayuda —la oyó decir cuando él ya estaba descubriendo la cama. —No encuentro los cierres.

—¿Hasta dónde? —Verónica sintió dos cálidas

manos sobre sus hombros desnudos, aunque no lo había sentido aproximarse si quiera.

—Desabróchalo entero. Pero no mires.

—Tengo que mirar para desabrocharlo.

Con un gran esfuerzo, ella giró la cabeza para buscar los ojos de él. Le pareció que allí, en la penumbra, y bajo su mirada borrosa, eran miel girando en círculos y brillando en dorados reflejos. Dulce, muy dulcemente.

—Vale. Pero cuando acabes, no mires.

Eficientemente, Alejandro desabrochó cada enganche del vestido.

—Ya está.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la cama. Obedeció y no miró hasta estar allí, pero ella se había quedado a un lado del biombo y, perplejo, observó cómo dejaba caer el vestido y lo apartaba a un lado de una patada justo antes de dirigirse a la cama.

—¿Piensas dormir así?

—No soy yo la que duerme con el pecho al descubierto cada noche.

Él trató de no pensar en qué podía significar ese detalle para ella.

—Llevas los zapatos puestos —alegó como problema principal de su indumentaria.

—¿Ah, sí? —Se miró los pies y se echó a reír sonoramente.

—Anda, deja que te ayude.

Ella se sentó en la cama, aunque fue algo más parecido a dejarse caer sobre ella. Alejandro rodeó el mueble y se agachó para quitarle ambos zapatos. Al levantar la vista se encontró con la atenta mirada de su esposa. Sin apartar sus ojos de los de ella, deslizó las manos primero por un tobillo, después por el otro, hasta llegar a las cintas que sujetaban las medias sobre las rodillas. Soltó ambas lazadas y recorrió el camino inverso,

bajando las manos por cada pierna para deshacerse del suave tejido que cubría su piel, más suave aún.

—¿Tienes mucha práctica haciendo esto?

Alejandro apartó las prendas a un lado y permaneció de rodillas frente a ella. Sus ojos seguían clavados en él, y aunque aún estaban vidriosos, ahora lo miraban desafiantes.

—Ninguna comparable con esta. —Carraspeó y desvió los ojos lejos de los de ella—. Esa camisola es muy corta. Te traeré el camisón.

Rápidamente, antes de que sus manos siguieran el camino que habían tomado sobre aquellas perfectas piernas de piel lechosa y tentadores contornos, fue hasta la cómoda y buscó en los cajones en busca de alguna de sus prendas para dormir.

Las manos le temblaron cuando volvió y la encontró tumbada de lado, con las piernas

colgando en la cama, como si simplemente la cabeza se le hubiera caído sobre la almohada. Se obligó a no quedarse pasmado allí contemplándola, a comportarse honorablemente, como se había propuesto al descubrir que ella no pensaba con claridad.

Tomándola de nuevo en brazos, la llevó hasta el biombo para que se pusiera el camisón ella misma, pero nada más dejarla en el suelo, ella cayó contra su pecho, como si las piernas no la sostuvieran.

—Llévame a la cama —le susurró escurriéndosele entre los brazos.

Él la levantó por los hombros y la giró de forma que quedara de espaldas a él. Era algo sencillo, se dijo, quitar una prenda y poner la otra. Lo haría rápidamente y sin mirar. No demasiado. Tragó saliva y decidió que, mejor, apagaba la vela que tenía más cerca, para evitar tentaciones. Así que, en una oscuridad casi total, deslizó las manos

por la parte externa de sus muslos, levantando la tela lentamente.

Ella se retorció contra el pecho que la sostenía cuando las fuertes manos de Alejandro la rozaron como un murmullo, con sus dedos de artista moviéndose tan perezosamente contra su piel que sintió un escalofrío.

Él se había propuesto hacerlo rápido, pero dibujar su silueta con las manos, tocar directamente aquella piel desnuda y cálida, tan suave y sedosa, había acabado con su autocontrol. Se permitiría esa licencia, solo esa, de tocar la piel que iba descubriendo mientras le quitaba la prenda, la única que llevaba puesta. Se le secó la boca al llegar a las caderas y palpar parcialmente aquellas delicadas nalgas que ahora se movían contra su propio cuerpo, a una altura comprometedora, a la vez que Verónica emitía un leve gemido.

Apretando la mandíbula, continuó hacia la cintura, deleitándose en esa curva tan pronunciada antes de llegar a sus senos y obligarse a solo rozarlos levemente, pues si los cubría en su totalidad con las palmas de sus manos, aquello acabaría con él poseyéndola por completo.

El último movimiento lo hizo más rápidamente, estirando los brazos de ella por encima de su cabeza para sacarle la camisola. Aquel gesto pareció hacerla reaccionar algo más y, al sentirse desnuda, bajó los brazos para cubrirse.

—Alejandro... —gimió y empezó a temblar contra el cuerpo que, apenas algo más tapado que el suyo, permanecía firme y pegado detrás de ella.

—Voy a ponerte el camisón —dijo para tranquilizarla, y porque eso era precisamente lo que iba a hacer, lo que debía hacer—. Necesito que subas los brazos.

Tras un segundo de duda, ella obedeció.

No había hecho falta la más mínima luz para dejar constancia de la perfección del cuerpo que tenía delante, se dijo él. Sus manos habían sentido esas curvas femeninas que ahora ansiaba volver a sentir. Preso de sus propios deseos, la vistió recorriendo el camino inverso igual de lenta e íntimamente.

Si iba a poner un pie al otro lado de la frontera, pensó Alejandro, bien podría permitirse otro lujo que había deseado desde el mismísimo día de su boda.

—Será mejor que te quite también las horquillas. —Esta vez le susurró al oído y las manos cambiaron el objetivo de su contacto.

Sin precipitarse en ninguno de sus movimientos, liberó cada mechón de pelo. Cuando no quedó una sola horquilla, hundió sus dedos en la larga cabellera, con las manos extendidas desde la nuca, subiendo y abriéndolos como una flor al amanecer,

masajeando la cabeza suavemente antes de recorrer la longitud de aquellos rizos y dejar caer el pelo sobre los hombros de ella. La imagen de sus cabellos desparramados sobre su cuerpo desnudo fue tan vívida en su mente que se censuró a sí mismo y se obligó a detenerse en ese mismo instante.

Verónica estaba sin aliento cuando Alejandro la cogió de nuevo en brazos y la llevó a la cama. No era del todo consciente de lo que había sucedido. Sabía que él la había ayudado a quitarse las ropas y el peinado. En el proceso, ella había sentido sus manos acariciándola. Acurrucada entre su hombro y su cuello, se preguntó si ella misma se lo habría pedido. Y si fuera así, qué más le habría dicho. Porque la piel le temblaba de necesidad. Aquellas manos la habían despertado parcialmente de un sueño mareante y su piel, toda su piel, desde los dedos de sus pies hasta su cuero cabelludo, había

despertado a unas sensaciones nuevas que eran absolutamente maravillosas.

Ella no se soltó de él mientras se subía en la cama de rodillas y la tumbaba, así que Alejandro no tuvo más remedio que retorcerse para poder tumbarse a su lado, apenas logrando deslizar una mano hasta las sábanas para cubrir a ambos con ellas.

Habría jurado que estaba dormida si no la hubiera oído murmurar.

—No vuelvas a dejarme beber nunca más.

—De acuerdo. ¿No querrás vomitar, verdad?

—No. Pero me siento mareada. —Su voz era una especie de balbuceo—. Y como flotando en una nube. Si no me agarro a ti, me iré volando.

—Entonces agárrate fuerte.

Alejandro sonrió cuando ella se acurrucó aún más cerca, con los labios rozándole la garganta. Las siguientes palabras le hicieron cosquillas en la

piel.

—Siempre vas a cuidar de mí, ¿verdad?

—Siempre.

—¿Incluso cuando sea muy viejecita?

Alejandro pensó que esa era la primera vez que ella mencionaba algo sobre su futuro.

—Sobre todo entonces.

—Pero tú también serás muy viejecito y no podrás llevarme en brazos.

—Yo siempre podré cogerte en brazos.

Una de las manos de Verónica resbaló con cautivadora lentitud por el hombro de Alejandro y le acarició el brazo de arriba abajo.

—Me gustan tus brazos. Su forma. Su tacto. Su fuerza. Y también tus manos. En mi piel.

Él estaba tratando de controlar el latido de su corazón cuando ella continuó el lento recorrido de su mano hacia su pecho.

—Me gusta tu piel. —La voz se iba perdiendo, se oía cada vez más lejos, pero las palabras eran concisas—. Su aroma y su sabor. —Olisqueó sutilmente su garganta antes de probarla con un leve toque de su lengua y un casi imperceptible roce de sus labios.

—Verónica...

Tenía que parar aquello. Antes de que fuera demasiado tarde.

—Me gusta tu voz —continuó y su mano se detuvo finalmente en una de las mejillas de Alejandro—. Cómo hace sonar mi nombre. Y tus labios, tu boca cuando sonríes. Tus ojos, como la miel caliente cuando me miras. Cómo me miras. Cómo me tocas. Cómo me besas.

La voz se fue perdiendo como un eco que se apaga. Alejandro esperó unos instantes y, cuando por fin la oyó respirar acompasadamente, se permitió tragar saliva, ese nudo que se le había

quedado atragantado y que no subía ni bajaba, cortándole la respiración.

¿Qué clase de tortura era aquella? ¿Cómo podía un hombre enamorado no tomar lo que más deseaba después de aquellas palabras? Es más, ¿cómo podía no hacerlo un marido loco de amor, de pasión, de deseo y de ansias acumuladas por su esposa? Pero ella se retractaría de aquellas reveladoras confesiones al día siguiente. Si es que se acordaba, claro.

Estaba ebria, se recordó. Y los borrachos no sabían lo que decían. Aunque él, las pocas veces que había alcanzado esos extremos de embriaguez, siempre había dicho la verdad. Ciertamente que más alto y a más personas de las que debía, pero solo la verdad. En cambio, otros hombres y mujeres que conocía no soltaban más que embustes cuando estaban como cubas. ¿Cómo saber de qué forma le afectaba el alcohol a ella?

Desde luego, no iba a dejar que volviera a emborracharse para comprobarlo. Así que solo le quedaba la opción de asegurarse de que todas y cada una de las palabras que acababa de oír eran ciertas cuando estuviera serena y lúcida. Ella debía volver a decirlo igual que ahora, voluntaria y espontáneamente. Si lo sentía de verdad, volvería a hacerlo, se dijo y se consoló con ese optimista pensamiento.

Mientras esperaba a que ese milagro sucediera, trataría de dormir, a una hora demasiado temprana, con una erección como hacía tiempo que no tenía y con el cuerpo de ella completamente pegado al suyo, suspirando en sueños.

Definitivamente, aquello era una tortura.

En el jardín secreto, Leo le había solicitado a Ivy que le leyera un poco más. Ella, con bastante más seguridad en sí misma, había accedido y había

aprovechado la última luz del día para continuar con aquella apasionante obra mientras que Leo se había dedicado a contemplarla a ella, tan cerca que con solo estirar un brazo podría rodearla y abrazarla tal como anhelaba hacer. Pero esperó, quedaban unos pocos minutos y no iba a saltarse todo un mes de planes, por no decir toda una vida, al no ser capaz de contenerse más.

—Siento interrumpirte —intervino cuando el sol estaba a punto de desaparecer tras la colina—. Pero hay otra cosa que tengo que mostrarte. Y tiene que ser justo ahora.

—¿Otra más? ¿Qué más puedo recibir hoy?

—Mucho, mucho más. Ven, acompáñame.

Ivy cerró el libro y aceptó la mano que Leo le ofrecía. Juntos caminaron por los senderos de gravilla hasta una parte algo más oculta del jardín. Él la invitó a sentarse en otro banco de piedra y, sin soltarle la mano, le señaló hacia lo alto del

muro oeste, en cuyo centro aún se mantenía en pie un arco por el que Ivy detectó que, poco a poco, un último rayo de sol se iba colando.

Sus ojos siguieron la línea anaranjada que de pronto iluminaba el ensombrecido jardín, y el corazón le brincó en el pecho cuando la luz enfocó dos únicas flores, ambas en el centro de una espiral de múltiples verdes. La belleza de aquella escena la cautivó por completo.

—Saqué la idea de un libro de Alejandro, de la universidad. Hay un templo egipcio en el que la luz del sol entra de esta misma manera e ilumina el altar.

—¿Por qué hay solo dos pensamientos? —se interesó cuando recuperó el habla, sin poder apartar la vista de aquellas dos flores, similares en forma y tamaño pero de distintos colores. Una tenía los pétalos azules y dorados mientras que los de la otra eran ámbar y marrón.

—Somos tú y yo. Creo que nos parecemos un poco.

Ella le echó imaginación y, observando los pequeños y frágiles pensamientos, consiguió verlos a ambos reflejados en aquellas flores, cuyos colores parecían imitar el tono de sus ojos y de sus cabellos. La piel se le erizó cuando una ráfaga de viento las hizo bailar, inclinando una encima de la otra, como en un tierno abrazo.

—Tendré que irlos trasplantando si queremos que el sol caiga sobre ellos al atardecer durante todo el año.

—Es un efecto increíble. Has tenido aún más trabajo aquí del que imaginaba.

—Tenía que ser perfecto. No podía ser de otra forma.

Ivy sintió que el corazón se le derretía cuando Leo se giró hacia ella y le acarició una mejilla, observándola con aquellos ojos azules que

parecían los de un ángel. Su ángel.

—Ivy. Te quiero.

Aquello no podía ser lo que se le acababa de pasar por la mente, pensó desconcertada. Era su cumpleaños, él quería hacerle un regalo especial porque eran los dieciocho, al igual que Alejandro y Verónica. Y, por supuesto, él la quería, como Arthur o Margot, solo así.

—Yo también, Leo. Ya lo sabes —dijo casi sin voz.

La otra mano de Leo cubrió su otra mejilla y los ojos le brillaron con un fuego inusual.

—No, Ivy. No me refiero a eso. —Ella creyó desfallecer cuando la mirada de Leo bajó hasta sus labios—. Estoy enamorado de ti. Desde hace mucho. Te amo como un hombre ama a una mujer.

Ivy posó sus manos sobre las de él, temblorosas e indecisas.

—Yo...

—No. No digas nada. Aún no. Tengo algo más que ofrecerte hoy.

Cuando la boca de Leo se cernió sobre la de Ivy, ella se dijo que, definitivamente, todo ese día había sido un mágico sueño, si bien por un momento había estado a punto de convertirse en pesadilla. Nada había sido real, porque no se podía ser tan feliz de golpe, aquello era demasiado para alguien como ella. Pero las manos de Leo la atraieron más cerca de él, la rodearon al igual que las de ella quisieron aferrar ese sueño para que no se desvaneciera. Lo besó, con todo el amor que su corazón albergaba, acariciando su rostro, su cuello, sus fuertes hombros. Se dejó envolver por el deseo que sentía emanando de él y su propio cuerpo reaccionó en respuesta, ávido de sentirlo latir contra él.

La boca de Leo la liberó y ella pudo tragar con brusquedad un aire que no sabía que precisara

tanto, pues lo que más había necesitado era él, su sabor y sus caricias, aquella forma de tomarla para sí, como lo que era. Suya.

—Ahora sí —le dijo él, acariciando su oreja con los labios—. Ahora dime lo que quieras.

—Tengo miedo a despertar. —El sollozo que se le escapó alarmó a Leo, quien detuvo sus caricias y la miró a los ojos.

—Si esto es un sueño, los dos estamos soñando. No me importa permanecer dormido toda mi vida, si tú te quedas conmigo.

—No me voy a ninguna parte —respondió con media sonrisa.

La sonrisa se volvió plena y la acompañó una carcajada cuando Leo la cogió por la cintura y la sentó en su regazo, abrazándola para pegarla por completo a él.

—Y yo no pienso dejarte escapar. Porque eres mía, Ivy. —A pesar de no haber más luz que la de

una media luna, sus ojos brillaban en la oscuridad con un azul intenso y llameante—. Dime que lo eres.

—Siempre he sido tuya, Leo. Siempre.

Sus bocas se fundieron de nuevo y ambos se perdieron en el abrazo del otro, entre besos, susurros cargados de amor y promesas, caricias que los hicieron estremecer con la necesidad de llegar más allá de las ropas, hasta el último rincón de sus cuerpos.

Pero no era el momento, se decía Leo cada vez que sus manos pretendían deslizarse más allá de lo que Ivy podría manejar por ahora. Él había tenido una experiencia previa, una meramente carnal y sin amor, pero experiencia al fin y al cabo. En cambio, la mujer que tenía entre sus brazos entregándose a él sin reservas, era pura. Demasiado buena para tomarla allí mismo, en la oscuridad de la noche y al refugio de su rincón secreto. Tal vez algún día,

hacerle el amor allí sería una experiencia asombrosa, pero no la primera vez.

No obstante, aquello tampoco significaba que tuvieran que irse ya a dormir a sus respectivas alcobas. Por lo tanto, Leo la besó y la abrazó, la amó de una manera más sosegada de lo que su instinto le dictaba, manteniéndolo a raya con su corazón y su voluntad.

A cambio, ella le dio todo lo que él quería, y le hubiera dado más si él lo hubiera pedido. Aunque el hecho de que no exigiera más de lo prudente, no hizo sino hacer que se enamorara aún más de él, lo que hasta ese momento habría jurado que era imposible. Estaba claro que en ese maravilloso día todo era posible.

Capítulo 18

—¡Alejandro! *Mon amour*, estás espléndido.

La dama extendió los brazos, obviamente reclamando un abrazo.

—¿Yo? —Se señaló burlonamente mientras se dirigía hacia ella—. Tú sí que estás radiante. Tu belleza es inigualable.

El abrazo fue excesivamente cercano, y aún más largo. O eso le pareció a Verónica cuando se quedó petrificada en la puerta del comedor.

—¿Cuándo has vuelto? Hace meses que no sé nada de ti. Más de un año —rectificó.

—Llegué hace una semana de América. ¡Tengo tantos asuntos que resolver! Pero uno de los más prioritarios era visitarte, por supuesto.

—Ser prioritario para ti es un honor que

muchos hombres querrían para sí.

Los dos rieron a carcajadas, y ese sonido fue la gota que colmó el vaso de los crispados nervios de Verónica. ¿Quién demonios era esa mujer y por qué se tomaba semejantes confianzas con su marido? Pero lo peor de todo, ¿por qué él le seguía el juego?

—*Ejem* —carraspeó para anunciar que estaba presente.

Fue la mujer, vestida con un traje de montar nada apropiado para una dama, quien se giró de inmediato y se acercó a ella deslizándose con una gracilidad que la obligó a quedarse parada, observando cómo se quitaba los guantes y los guardaba en un bolsillo con gran naturalidad.

—¿Y quién es esta preciosa jovencita que te acompaña? —Su mano le dibujó la curva de la barbilla con suavidad—. ¿Una prima lejana? ¿Una nueva amiga?

La forma en que la miró, con un extraño brillo en los ojos y una mueca en los labios que no supo interpretar, no le agradó en absoluto. Aún menos su tono de voz al decir “amiguita”.

Alejandro se acercó a ellas y Verónica dio un instintivo paso hacia él.

—Ni una cosa ni la otra —resolvió, tocándole el hombro como lo haría un padre, no un marido—. Ella es Verónica. Verónica Aranda de Zaldívar. Mi esposa.

—¡No! —La boca de la dama se abrió para quedarse así unos instantes.

—Sí —repuso él—. Desde hace solo unos meses.

—Bueno, bueno. El soltero más codiciado de toda Francia por fin ha decidido sentar la cabeza. Deja que te dé la enhorabuena.

La dama volvió a abrazar a Alejandro y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Exageras —dijo él con humildad—. Pero gracias.

Cuando la mujer volvió a girarse hacia Verónica, su mirada era muy distinta a la anterior. Esta vez sus ojos eran calculadores, la analizaban como tratando de encontrar en ella algún detalle que criticar.

—Así que Verónica Aranda —murmuró dando una vuelta a su alrededor, como un animal de presa—. ¿Española? —la oyó preguntar a sus espaldas. Alejandro asintió—. Mmm, buena elección —guiñó un ojo disimuladamente hacia Alejandro pero Verónica alcanzó a detectarlo.

—Gracias de nuevo —pronunció Alejandro orgulloso.

—Sí, Verónica Aranda —habló por fin, haciéndole ver que sabía hacerlo. Parecía haberlo dudado—. ¿Y tú eres...?

La dama se llevó ambas manos extendidas al

rostro y abrió de nuevo la boca con sorpresa. Un gesto que parecía tener muy practicado.

—¡Disculpa, querida! Qué maleducada soy. Ni siquiera me he presentado. —Le cogió ambas manos y tiró de ella—. Soy *Mademoiselle* Duval, una vieja amiga de Alejandro, y de la familia Zaldívar. Pero tú llámame Anette, por favor.

Verónica se quedó muy quieta cuando Anette la abrazó y le dio un beso aún más sonoro que a Alejandro. Pero en vez de retirarse después, se quedó muy cerca, mirándola a los ojos y acariciando el dorso de sus manos con sus pulgares.

—Piel fina y delicada, ojos como piedras preciosas, cabello dorado y... —sus manos dibujaron su silueta con la punta de los dedos— voluptuosa.

Aquella descripción la hizo sonrojarse, y su extraño contacto le provocó un escalofrío.

—Anette, no juegues con fuego. —La voz de Alejandro sonó muy seria de pronto.

Ella soltó una carcajada y dio tres pasos hasta alcanzar a Alejandro.

—Sabes que me encanta jugar, querido. —Le habló cara a cara y muy bajo, tanto que Verónica a duras penas pudo oírlo.

—Eso lo sé demasiado bien —respondió él igual de bajo, pero no lo suficiente—. Tanto como te encanta ganar. Siempre.

¿Es que no se daban cuenta de que ella les estaba escuchando? ¿Acaso pensaban que no podía oírles cuchichear? Verónica no sabía de qué juegos estaban hablando, pero se lo imaginaba. Sus nervios alcanzaron su punto álgido cuando Anette acarició el pecho de su marido con una mano.

—Porque siempre que juego, gano —susurró deslizado la mano hasta su cintura—. Por eso sé también que cuando no debo ganar, tampoco debo

jugar.

Alejandro cambió repentinamente de expresión. Sonrió y ella respondió con la misma sonrisa. Se sacó uno de los guantes de su bolsillo y le golpeó juguetonamente con él en el hombro.

—Anette... —susurró él entre dientes—. Semejante gesto entre caballeros significa...

—Un reto a duelo, lo sé, lo sé. —Le quitó importancia con un gesto de su mano—. Pero yo soy una dama —matizó entre risas, dibujando su propia silueta—. Aunque si ella no fuera ya tu esposa, tú y yo tendríamos nuestro duelo aquí y ahora.

La cara de Alejandro palideció para luego enrojecer. Algo que Verónica jamás había visto. ¿Qué estaba insinuando aquella mujer? Aquellos dobles sentidos, que ya no estaban siendo pronunciados en un tono nada bajo, le parecieron más que obvios. Para ella un duelo era... un

encuentro, pero no a muerte. Tendrían su duelo allí mismo si Alejandro no estuviera casado, lo que significaba que tendrían relaciones en el mismísimo comedor... tal vez como en alguna otra ocasión. La imaginación de la joven se desbocó imaginándolos en pleno *duelo* sobre el suelo o la mesa, desnudos... y la sangre le empezó a hervir de nuevo.

Sus ojos captaron a ambos aproximándose hasta ella, enganchados del brazo y hablando de algo entre risas. La visión que le habían provocado unos inesperados celos la había hecho perderse sus últimos comentarios.

Para su sorpresa, la conversación continuó como si nada de lo que se habían susurrado hubiese ocurrido.

—Y dime entonces, querida Verónica. ¿Cómo cazaste a mi adorado Alejandro? O debería decir... ¿cómo te cazó él a ti?

Ella tuvo que morderse la lengua para no soltar una grosería.

—Verónica es la hija de un buen amigo de mi padre. Nos conocimos de pequeños y, en mi último viaje de negocios a España, nos reencontramos. Todos los recuerdos de nuestra infancia nos llevaron a retomar nuestra amistad y poco después... ya te imaginas.

Anette soltó una risilla, lo que confirmaba que se creía la mentira.

—Por desgracia, su padre estaba muy enfermo. Temiendo que no sobreviviera al invierno, decidimos casarnos cuanto antes. Tarde o temprano íbamos a hacerlo y nos gustaba la idea de que Arturo estuviera presente, ya que mi padre no iba a poder estar.

—Oh, mi querido Fernando —musitó ella con nostalgia en los ojos—. ¡Qué feliz sería al verte por fin casado! Y nada menos que con la hija de un

buen amigo suyo.

El desagrado de Verónica hacia esa mujer mermó ligeramente al percibir en su gesto que apreciaba sinceramente al padre de Alejandro. Pero pronto volvió a ponerse a la defensiva ante sus comentarios.

—Y no dudaste en dejar España para vivir aquí con tu marido. ¿No había nada o nadie allí que te retuviera? ¿Algo o alguien a lo que aún estés atada?

No tenía ni idea de a qué se refería. ¿Un amante? Esa era la única cosa que se le ocurría. De pronto, que lo planteara precisamente ella corroboró sus sospechas. El comentario en susurros sobre sus juegos, aquellos a los que ella *siempre ganaba*, y esa forma de tocar a Alejandro. Ya no eran amantes, pero lo habían sido. Y ella quería retomarlo. Tuvo que suspirar antes de hablar.

—Claro. Dejé en España a grandes amigas y mi trabajo de maestra, junto con todos mis amados alumnos. Pero mi marido ha sabido paliar mi nostalgia ayudándome a montar en nuestra propia casa una escuela donde instruyo a veinte niños con pocos recursos de la zona.

Se quedó a gusto tras sus palabras, pero la satisfacción solo le duró un instante.

—Además de poseer una envidiable belleza, es generosa, trabajadora y culta... ¿Es que tu esposa no tiene ni un solo defecto, Alejandro? —Dejó de mirarlo a él para volverla a mirarla a ella y rematar su comentario—. A excepción de su reticencia a regalarme una hermosa sonrisa.

Sus palabras tenían algo oculto, no supo ver el qué, pero no le gustó nada en absoluto. Y la cara de Alejandro era tan críptica que no le ayudaba nada a averiguar de qué iba todo eso.

—Nadie es perfecto —sentenció él con gesto

de resignación—. Aunque las damas aquí presentes rocen la perfección.

Verónica no quería oír más, así que se dio la vuelta para marcharse.

—Tú siempre tan adulator, Alejandro —coqueteó Anette obligándola a seguir oyendo más de lo que quería—. Pero querida, ¿adónde vas?

Ella se giró solo un instante en el quicio de la puerta.

—Como te he dicho, Anette, soy maestra de escuela. Tengo que trabajar. Buenas tardes. —Hizo una exagerada reverencia y se marchó.

—¡Pero hoy es domingo! —la oyó gritar a lo lejos.

Sí, era domingo, pero ella podía ir a la escuela a preparar las clases del lunes... o lo que fuera.

Durante la hora y siete minutos que permaneció sentada ante su mesa en la escuela, miró el reloj

cada diez minutos. Ni siquiera prestó atención a los lamentos que, ese día más que otros, se oían haciendo eco en las paredes de la antigua ermita. Su atormentada mente había creído oír “*Fernando*”, como si Evangeline rondara realmente por allí. Pero después se había convertido en “*Alejandro*”, o eso le había parecido, quizá porque ella estaba pensando en él, y en la exuberante amazona de gruesos y rosados labios, de ojos y cabellos tan negros como el ébano.

—¡Cállate, cállate! —le había gritado al lamento, como si fuera realmente una voz y no un sonido provocado por el viento al colarse por las rendijas del edificio.

Pero, extrañamente, el lamento había cesado, dejándola el suficiente silencio como para oír el tictac del reloj mientras ella se torturaba repasando la conversación del salón palabra por

palabra, analizando cada una de ellas, tratando de dar con el código secreto de su diálogo de susurros.

Tortuosamente, por muchas vueltas que le diera, todo la llevaba a la misma conclusión: ¡Amantes!

Ella le había dicho, hacía ya mucho tiempo, que entendería que tuviera una amante, pero le había pedido que, de ser así, se lo contara. Él le había asegurado que jamás tendría ninguna y ella, ilusa, pensó que era sincero.

Él podía recordar que de alguna manera tenía su permiso, aunque hacerlo supusiera romper su palabra. Aun así, ella le había dado su consentimiento de todas formas. ¡Diablos! ¡Si casi le había empujado a ello! Y ahora había dejado a Alejandro con ella, dándoles la libertad de que hicieran en su propia casa lo que les viniera en gana... Y tal vez, siendo fiel a su palabra, él después, se lo contara.

Se dirigió al salón a la carrera. Más tarde ya inventaría una excusa para el porqué. Por lo pronto, tenía que impedir que llegara a suceder nada, si es que aún estaba a tiempo. Sabía que con decirle que, simplemente, se retractaba de sus palabras, no lo convencería. Él le exigiría una explicación lógica. Pero ella, de momento, no la tenía.

Llegó allí con una imagen en su mente, la del rifle de caza que descansaba sobre la chimenea del comedor. Subiéndose a una silla lo alcanzaría perfectamente. Aunque era muy posible que no estuviera cargado... En ese caso, recurriría a los floretes cruzados en la pared del saloncito.

—¿Dónde está Anette? —exigió saber al entrar en el comedor.

Ivy, que estaba puliendo la cubertería de plata, la miró con los ojos como platos.

—¿Pregunta por Mademoiselle Duval,

Madame? —dijo sorprendida.

—Sí. ¿Acaso ha venido hoy aquí otra Anette?

Ivy eludió su mirada, encendida como el fuego, y frotó con más vigor una cucharita de postre.

—Se ha marchado.

—¿Cuándo?

—Creo que al poco de irse usted. Alejandro la acompañó a su caballo y se despidieron.

—¿Cómo? ¿Cómo se despidieron?

La cara de Ivy era pura confusión.

—Con un abrazo. Eso me pareció ver.

—¿Solo?

—Sí, solo. ¿Ocurre algo, *Madame*?

Ivy dejó la cubertería y trató de encontrar la respuesta que esperaba en sus ojos. Si su patrona estaba imaginándose lo que ella pensaba que se estaba imaginando, no podía estar más equivocada, pensó para sí, con inesperado

regocijo.

—¿Dónde está Alejandro?

—Eso sí que no lo sé. Llevo limpiando la plata desde que usted salió por la puerta, ya que supuse que, si me hubiera necesitado, me habría pedido que la acompañara.

Cogió un cuchillo y comenzó a pulirlo enérgicamente sin darle más explicaciones. La visión le trajo ciertos recuerdos a Verónica, una historia que le habían contado de adolescente, cuando aún tenían servicio en casa. Aquel era un recuerdo de tardes de risas entre niñas que empezaban a hacerse mujeres y a las que no les importaba jugar y charlar con sirvientas tanto como con damas de la alta sociedad. Esa evocación casi profética unida a más de una hora de sospechas, al parecer, infundadas por ella misma, fue lo que la llevó a tomar una decisión de inmediato.

Salió corriendo dispuesta a encontrar a Alejandro cuanto antes, cavilando su estrategia mientras subía y bajaba escaleras y abría y cerraba puertas.

Tardó más de lo que esperaba en encontrarlo, pero le vino bien para mentalizarse de lo que iba a hacer.

—Verónica, ¿qué ocurre? ¿Por qué esa prisa?

La joven no respondió, solo corrió hacia él y lo empujó por los hombros de vuelta al interior de su taller de pintura. Una vez dentro, cerró la puerta de golpe.

La espalda de Alejandro chocó contra la pared y ella pudo retenerle contra su cuerpo con facilidad, tal como había previsto. Se alegró de que las cortinas estuvieran corridas y apenas entrara un rayo de luz, dejando la estancia en penumbra.

—¿Qué...?

—No hables —le susurró y soltó uno de sus hombros para dirigir su mano a sus pantalones.

—¿Se puede saber qué buscas? —preguntó atónito, con un deje de risa en su voz.

—¿Tú qué crees? —espetó secamente.

Al no encontrar lo que buscaba, al menos no en el estado en que lo buscaba, se dio cuenta de que iba a necesitar *prepararlo*, y sabía cómo hacerlo.

—Un beso más o un beso menos... —pensó, aunque realmente lo dijo en alto.

—¿Cómo?

Agarró a Alejandro por la nuca y lo atrajo hacia su boca. Al principio lo notó reacio, quizás por la sorpresa, pero enseguida su cuerpo se adaptó al de ella y él también la cogió por la nuca, acompañando a sus labios y, después, a su lengua.

Supo que había funcionado cuando sintió cierta presión en el vientre. Ya le latía inquieto por lo que tenía en mente hacer, pero ese roce era

conocido y era justo lo que necesitaba. Desenterró una de sus manos de entre su pelo y la llevó de nuevo a sus pantalones.

La hinchazón aumentó al contacto con su mano y un suspiro de Alejandro separó sus labios un instante en el que Verónica notó su acelerada respiración contra su boca. Estaba consiguiendo soltar sus pantalones cuando, contra todo pronóstico, él detuvo el avance de su mano.

—¿Estás segura? —siseó.

Sopesó si responder o seguir sin más, y decidió que era mejor que supiera el verdadero motivo que la llevaba a hacer lo que iba a hacer, para que no hubiera confusiones.

—No quiero que busques placer en otra mujer.

Dicho esto, apartó la mano temblorosa de Alejandro de la suya y se concentró en desatar su pantalón e introducir los dedos, no sin cierta dificultad en el angosto espacio.

Alejandro cogió su barbilla y la obligó a mirarle a la cara.

—Estás... ¿celosa? —Frunció el ceño con incredulidad.

Por cómo la miraba le pareció que le hacía gracia. A ella no se la hacía en absoluto.

—Es eso. Estás celosa. ¡De Anette! Cielos, es increíble.

—¿Y por qué es increíble? Ella es la mujer más atractiva que he visto nunca. Seguro que la deseas. Y está claro que ella está de lo más dispuesta. Creo que es como para estar celosa.

—No sabes lo que dices... ¡Oh!

No se había dado cuenta de que, mientras estaba soltándole todo lo que pensaba, su mano se había apretado dentro de los pantalones de Alejandro. Aunque ya que había empezado, decidió seguir. Repitiendo mentalmente las instrucciones que, muy detalladamente, les había

dado la doncella de su amiga Úrsula, hacía ya siete años. Una lluviosa tarde de sábado, reunidas en un cobertizo, la muchacha había comparado lo que ella estaba a punto de hacerle a Alejandro con pulir plata. La instructiva clase, con cuchillo y trapo incluidos, la había impactado tanto que no solo la recordaba hoy en día, sino que al día siguiente se había confesado con el Padre Gregorio y este había salido tan escandalizado que ni siquiera le había impuesto ningún Ave María. Simplemente, había desaparecido del confesionario.

Pero Alejandro no parecía escandalizado en absoluto, y ella estaba tan furiosa y decidida a defender lo que era suyo que estaba dispuesta a hacer incluso eso que jamás se había planteado llegar a hacer, por mucho que lo recordara al pie de la letra.

—¡Dios, Verónica! —jadeó el hombre cuando

ella comenzó a ir más deprisa.

Por los sonidos que se agolpaban contra el oído de la joven, podría haber pensado que sentía algún tipo de dolor, pero cuando lo miró a la cara le quedó claro que no. Sus ojos se encontraron con los de ella y le sonrió dulcemente, desconcertándola por completo. Decidió que era mejor no oírle gemir, ni mucho menos que la mirara como lo estaba haciendo, así que volvió a besarla.

Este beso fue distinto a todos los anteriores. Alejandro apenas cerraba la boca y ella seguía oyéndole jadear cada vez más alto, poniéndole la piel de gallina y llenándola de confusión. Su lengua estaba más húmeda que nunca, y seguía el ritmo de los movimientos de su mano, lamiendo sus labios y su propia lengua con tanta delicadeza que la hizo temblar.

Él estaba ya a punto de estallar, pero intentó

controlarse, pues aquello no podía ir tan rápido, por mucho que su desatendido miembro estuviera brincando de felicidad.

—No puedo creer que por fin vayamos a hacerlo... —murmuró y bajó sus manos recorriendo la espalda de su mujer desde la nuca hasta detenerse en las nalgas con un tierno pellizco.

—No. No *vamos*. —Apartó sus manos de ella, apretándolas contra la pared a ambos lados de su cabeza. —*Yo* te voy a hacer.

Los ojos de Alejandro se abrieron de par en par cuando ella bajó un poco sus pantalones y siguió lo que había empezado, pero sin la molestia de la tela apretando su muñeca. Ahora podía ver su excitación en pleno esplendor, y su determinación se vio alterada. No es que hubiera pensado mucho en cómo sería esa parte de Alejandro. Pero había resultado ser más vigorosa e imponente de lo que

hubiera llegado a imaginar.

—No sé si sentirme halagado o insultado —
murmuró, evidentemente descolocado.

Ella siguió con sus caricias, sin hacer caso de sus palabras, aunque su duda la dejó confundida y, después, lo hicieron sus labios. Él buscaba su boca y después recorría su cuello hasta la oreja, como si quisiera que oyera sus gemidos, cada vez más intensos.

—No sé si me arrepentiré de decirte esto, pero... no tienes que estar celosa de Anette —
murmuró con los ojos cerrados.

—No es algo que pueda controlar —respondió,
sin desconcentrarse de su tarea.

—Pero... ¡Demonios! —Exclamó negando con la cabeza—. ¿Es que no has visto cómo te miraba y cómo... te ha tocado? Soy yo el que debería estar celoso en todo caso.

—No entiendo.

Él abrió los ojos para darle su desconcertante explicación.

—No sé cómo lo hace, pero Anette siempre ha logrado conquistar a cualquiera que se haya propuesto. Y jamás se ha propuesto conseguir a ningún hombre.

—¿Cómo...? —se quedó muda, pero su mano no detuvo el ritmo.

Así que el juego iba con ella, y el duelo... era lo que parecía ser... por ella... Aunque solo lo habría dicho por decir. ¿O no? Había oído hablar de ese tipo de inclinaciones, pero jamás había conocido a ninguna mujer que las tuviera.

—Pero ella es tan hermosa... Podría tener al hombre que quisiera.

—Si quisiera, podría. Pero no quiere. —Alejandro la abrazó de pronto contra él—. Le alegrará saber que opinas eso de ella. Aunque a mí no me deja nada tranquilo.

Su insinuación la encolerizó.

—¡Yo, jamás...!

—¡Au! —protestó, aunque si no hubiera tenido su boca tan cerca ella no le habría oído.

—¿Te hago daño? —preguntó nerviosa y repentinamente insegura.

—No. Todo lo contrario, hasta ahora.

Había perdido la concentración. ¿Cómo podía imaginar él que ella iba a aceptar el extraño cortejo de Anette?

Se sintió avergonzada doblemente, y toda la determinación que la había acompañado hasta ese momento la abandonó de golpe. Dio un paso atrás y le soltó. Pero él la atrajo de nuevo y rodeó su mano con la suya, guiándola en las caricias que quería recibir.

—No pares ahora, por favor —rogó, y la urgencia de su voz la sobrecogió—. Mmm, Verónica...

No pudo más. Oírle decir su nombre entre jadeos, su rostro turbado, la cabeza echada hacia atrás, tragando saliva con dificultad... Lo sintió vulnerable ante ella, y comprendió que ese era el poder que se suponía que alcanzaría sobre él al acceder a hacerle eso.

Sí, tenía poder. Pero él también. Ella no estaba indiferente ante su excitación. También le costaba respirar y sentir su mano en la espalda, aferrándola contra él, le hacía desear que la abrazara aún más fuerte. Temerosa de perder el control de la situación, se apresuró a decirle lo que tenía planeado.

—Esto es lo que estoy dispuesta a darte, siempre que lo necesites. Esto, a cambio de tu palabra de no satisfacer tu deseo con ninguna otra mujer. Nunca.

Alejandro entreabrió los ojos, fijando a duras penas su mirada en la de ella. Cuando habló, lo

hizo en susurros y entrecortadamente.

—Subestimas el número de veces que un hombre siente esta necesidad... a lo largo del día. Más aún un hombre joven, sano y apasionado como yo. Y más aún, con una esposa como tú.

—¿Al... día? —logró preguntar y él rio entre dientes.

—También subestimas lo que me haces sentir ahora mismo, creyendo que estoy en condiciones de negociar contigo sobre nada de nada.

Sus caderas comenzaron a moverse de forma compulsiva y su mano liberó la de ella para que los movimientos ya no fueran guiados por él. Ella empezó a moverse al mismo ritmo que aquel cuerpo que parecía estar a punto de explotar. Hasta que, súbitamente, él la apartó a un lado.

Verónica pudo ver el final de su éxtasis caer a contraluz sobre unos trapos entre sus materiales de pintura.

Alejandro tardó unos instantes en recomponerse la ropa. Después se lavó las manos en un balde y se las secó con otro trapo que había sobre una mesa.

En cuanto lo hizo, se giró hacia ella, quien no sabía dónde meterse. ¿Qué se suponía que debía hacer después de eso? ¿Marcharse sin más? ¿Preguntarle qué tal? Estaba claro que gustarle, le había gustado. Ella se sentía agradecida de que hubiera tenido la delicadeza de hacerla a un lado. Él sabía que nunca antes había hecho eso y sentir cómo se derramaba sobre su mano le habría resultado algo violento. Aunque bueno, después de lo que acababa de hacer, ya no sabía ni qué pensar al respecto.

Su debate interno no dio mucho de sí, porque en un visto y no visto se vio empujada contra la pared de la misma forma que ella lo había hecho con él. Un escalofrío extrañamente cálido la recorrió de

arriba a abajo.

—También subestimas mi deseo, Verónica. ¿Crees que puedo conformarme con esto?

—Parece que te ha gustado. —Señaló con el mentón los trapos del suelo, ya que las manos las tenía sobre su cabeza y contra la pared, también tal como ella había hecho con él.

—No ha estado nada mal, desde luego. Pero eso no satisface mi deseo. Al contrario. Me hace desearte más.

Alejandro apretó el cuerpo contra el de ella, quien volvió a sentirle contra el vientre.

—¿Quieres que te lo haga otra vez?

Él rio solo un segundo.

—No. Quiero hacértelo yo esta vez.

Sus manos se deslizaron por su cuerpo y dibujaron sus pechos hasta llegar a la cintura.

—Pero yo no quiero —se apresuró a decir y

bajó las manos para agarrar las de él antes de que siguieran su camino.

—Uuh. Sí que quieres. Y puedo demostrártelo.

La rodeó con un brazo y la alzó. Con la mano libre, arrebujo la falda hasta que estuvo más arriba de sus rodillas y deslizó sus dedos por los niveos muslos que quedaron al descubierto.

Ella no pudo contener un pequeño grito.

—Lo ves —confirmó orgulloso.

—Eso no significa nada, me has sobresaltado y yo... ¡Ooh!

Esta vez sus dedos llegaron demasiado lejos y ella sintió cómo acariciaban una parte de su cuerpo que ahora estaba hinchada. Como solo alguna vez había estado tras algún perturbador sueño. Y como alguna que otra vez, aunque se lo negara a sí misma, tras alguno de sus besos.

—Ese gemido y tu... humedad, me dicen que tengo razón.

Sabiendo que era cierto, se sintió humillada, derrotada. Trató de escaparse de su abrazo y huir de allí antes de que fuera demasiado tarde, pero estaba claro que él no se lo iba a poner tan fácil.

—Déjame hacerte disfrutar Verónica, tal como tú lo has hecho conmigo. Tampoco quiero que busques placer en otros hombres... con nadie más. Quiero que veas lo que te puedo hacer sentir.

—Yo no quiero sentirlo. —Sus ojos trataban de dejárselo tan claro como sus palabras. O eso creía ella. Al menos lo esperaba.

—Sí que quieres. —La sonrisa traviesa de él la puso sobre aviso de lo que iba a hacer a continuación. Y no mentía.

Comenzó a acariciarla tan suavemente que creyó que iba a desmayarse. La cabeza le daba vueltas y el corazón se le iba a salir en cualquier momento.

—Alejandro, para, por favor.

Él se detuvo, pero no sacó su mano de ente aquellos suaves muslos que se apretaban contra su brazo con cada sutil toque de las yemas de sus dedos.

—Déjame Verónica. Déjame intentarlo aunque solo sea esta vez. Si no te gusta y no quieres que lo repita nunca, te juro por mi honor que no insistiré.

Quiso pensar en sus palabras, realmente quiso, pero si él no había estado en condiciones de negociar antes, ella tampoco lo estaba ahora.

—No te creo. Seguro que aunque te diga que no me ha gustado tú no lo aceptas.

—Llevas razón. Pero solo porque no voy a hacer caso de lo que me digas cuando haya terminado lo que pienso hacerte. Únicamente creeré lo que digas mientras te lo hago.

Ella ya no pudo replicar más. No sabía exactamente cómo la mantenía atrapada a horcajadas sobre su cintura con tan solo la

sujeción de un brazo, pero una de sus manos estaba completamente libre para recorrerla a placer de un modo que jamás creyó posible.

—No te reprimas, Verónica. Soy tu esposo. Puedo y quiero oírte, libera lo que sientes y...

—¡Ah! —No lo pudo contener más. Solo fue un jadeo, pero salió con toda la fuerza que lo había estado conteniendo cuando él introdujo un dedo entre los pliegues de su palpitante carne.

—Otra vez —susurró e insistió en una parte de su feminidad que era especialmente vulnerable a su tacto.

Otro jadeo aún más intenso se escapó de entre sus labios, volviéndolo loco.

—¡Otra vez! —exigió Alejandro, embistiéndola con sus caderas a la vez que con sus dedos dentro de aquel estrecho canal.

Ella ya no sabía cuántos ni cómo eran sus gemidos, simplemente tragaba el aire a bocanadas

y lo expulsaba violentamente entre envite y envite.

—¡Más! —le pedía él, y ella obedecía completamente indefensa y vencida.

—¡Oh! Alejandro... ¡Alejandro! —susurró y exclamó en su oído, antes de apretar los dientes contra su oreja, tratando de evitar chillar su nombre aún más alto.

—¡*Dieu!* Me encanta cómo suena mi nombre cuando lo pronuncian tus labios. Cómo lo gritas cuando te llevo al límite. ¿Estás al límite, Verónica? ¿Otra vez?

Sus miradas se cruzaron y el mundo se detuvo en ese instante.

—¿Alejandro?

La voz de Leo hizo que Verónica acallara un suspiro que estaba a medias en su garganta.

—Shhh. —Alejandro la besó con ferocidad, lo que no ayudó precisamente a que su garganta contuviera el gemido, que le salió a través de la

piel.

Unos nudillos golpearon la puerta.

—Alejandro, ¿estás aquí?

La idea de que Leo los sorprendiera la aterrorizó, pero Alejandro se anticipó.

—Vete, Leo —ordenó con firmeza—. Ahora estoy en un momento de inspiración. No me interrumpas, por favor. —Y siguió besándola como si le fuera la vida en ello.

Cuando retorció dos dedos tan dentro de ella de forma que esta creyó que iba a morir de placer, el hecho de que Leo pudiera entrar le fue completamente indiferente.

—Disculpa Alejandro —insistió el joven desde el otro lado de la puerta—, pero abajo hay unos caballeros que dicen que han venido desde Barcelona con respecto a un negocio, y que no estarán más que hoy en la ciudad. Dicen que te mandaron por carta la propuesta y que avisaron de

que vendrían esta semana.

Las convulsiones de sus caderas frenaron en seco.

—Lo sé, Leo. Diles que bajo enseguida.

—Sí, ahora mismo.

Alejandro recuperó la mano que tenía perdida entre las piernas de su esposa, pero no la soltó.

—Maldita sea... —farfulló—. Qué oportunos.

Ella no dijo nada. Estaba demasiado ocupada tratando de recuperar el aliento y que la habitación dejara de darle vueltas.

—Tengo que bajar, es demasiado importante. Pero te juro que volveré en quince minutos, o menos. Tú no te muevas de aquí. Aún no he acabado contigo. ¿Me has entendido?

La bajó de su cintura y la depositó delicadamente en el suelo. Después la besó rápidamente y se aseguró de que sus pantalones estuvieran bien abrochados antes de lavarse de

nuevo las manos en el barreño y secárselas con el trapo.

—Quédate exactamente donde estás —le repitió antes alejarse de ella sin quitarle el ojo de encima y cerrar la puerta.

Debieron de pasar varios minutos hasta que volvió en sí, aunque no podría asegurarlo. Estaba completamente ida. Las rodillas le temblaban y la respiración se negaba a volver a la normalidad. ¿Qué había hecho?

Había sido un impulso, avivado por el fuego de los celos. Pero lo que había permitido que él le hiciera... Eso no tenía explicación. Era completamente irracional. Había dejado de ser ella misma ante sus íntimas caricias. O tal vez había sido más ella misma que nunca. Como si todo lo que los rodeaba no importara. Solo quería sentir, sentirlo a él.

Su matrimonio forzado, su promesa personal de

no entregarse a un hombre al que no amara y el hecho de estar de pie contra la pared de un taller en el que el olor a pintura y trementina colapsaba el ambiente, todo ello, le había traído sin cuidado. Estaba segura de que no iba a poder volver a percibir el intenso aroma de los óleos sin que le dieran escalofríos por todo el cuerpo.

Aterrorizada por lo que pudiera suceder si Alejandro cumplía su palabra y volvía enseguida, salió corriendo del taller y se dirigió a los dormitorios, abrumada por la repentina necesidad de darse un baño.

Ivy colocó el batín de baño junto con la ropa limpia de Verónica y salió del cuarto para dejarla sola, tal como ella había pedido. Sabía que le pasaba algo, y ella se había debatido entre mantenerse al margen y preguntarle qué le ocurría, como haría una buena amiga. Pero ella era una doncella, así que solo sería su amiga cuando ella

lo solicitara, como otras veces.

—¿Dónde está mi esposa?

Alejandro venía del fondo del pasillo, de su taller, pensó ella. Y parecía enfadado.

—Se está dando un baño, espera a que...
¡Alejandro!

La puerta resonó violentamente cuando él entró de golpe. Pero el portazo posterior fue aún más atronador.

—¡Sal ahora mismo de aquí! —exigió Verónica, hundiéndose en la bañera hasta que el agua le llegó al cuello.

—No he venido a fisgar —aclaró rápidamente él—. Tenemos que hablar de algo importante que no puede esperar.

—No creo que haya nada tan importante.

—Hablaré de espaldas —concedió y se dio la vuelta—. Pero calla y escúchame.

Brevemente, le explicó que los tres hombres

que acababan de visitarlo eran los hermanos, y el primo, Ballester. Ella ya conocía sus nombres por la documentación que había estado revisando cuando él sufrió el accidente en el barranco. Y conocía el proyecto que trataban de venderle. Ahora aquel negocio que uniría España y Francia por ferrocarril parecía ir a hacerse realidad.

—Tengo que ir a Barcelona para formalizar todo. Y quiero que vengas conmigo.

Al ver que no respondía, giró la cabeza para ver su cara.

—Aún no ha acabado el curso. —Ella deslizó las manos nerviosamente por ambos lados de la bañera. Había prometido acompañarlo en su próximo viaje. Pero...—. No puedo dejar los exámenes finales en manos de Ivy. No sería justo ni para ella, ni para los alumnos. Ni para mí.

—¿Cuántos días necesitas?

—Dos semanas. Comprendo que no puedas

esperar si es tan urgente.

—Lo haré. —Terminó de girarse—. Les diré que estaremos allí antes del mes de julio.

Se miraron a los ojos unos instantes. Y lo que acababa de suceder hacía escasos minutos en el taller pareció palpar entre ellos. Verónica volvió al tema antes de que la cosa se descontrolara.

—En ese caso, me gustaría que Ivy nos acompañara. Pero no quiero separarla de Leo ahora que se les ve tan bien. —Y sería perfecto que se alejaran de la casa un tiempo, que pudieran ser libres de pasear de la mano sin tener que ocultarse de Berta—. ¿Podrán prescindir de él en la casa mientras estamos fuera?

Él no dijo nada. Solo avanzó lentamente hacia ella.

—Alejandro. ¿Podrán?

—No lo sé. Ahora no puedo pensar.

Verónica siguió la dirección de su mirada y se

encontró a sí misma demasiado erguida en la bañera, de forma que sus pechos asomaban sobre el agua que debería estar ocultándolos.

—Oh, vamos... —protestó, hundiéndose todo lo que pudo. Eso provocó que fueran las rodillas las que asomaran en su lugar.

—No debería haberme girado —murmuró, aunque ya estaba de rodillas a su lado.

—Alejandro. —Fue una advertencia acompañada de una mirada firme, que no sirvió de nada.

—¿Cómo puedes ser tan hermosa? —Con gran lentitud, ahuecó la mano y la hundió en el agua, para coger una pequeña cantidad con la que aclararle la espuma que había sobre la piel de su cuello, de sus hombros, justo antes de bajar la mano y acariciarla entre ambos pechos.

—¿Era todo mentira, verdad? —le recriminó apartándole la mano.

—No. Estarán esperándome abajo. O puede que ya se hayan marchado.

—Deberías bajar para asegurarte —recomendó con las manos cruzadas sobre el pecho, defensivamente.

—Yo creo que debería meterme ahí dentro contigo.

Le creyó completamente capaz de hacerlo. La forma en que la miraba le daba escalofríos. Jamás la había mirado así. Sus ojos abrasaban su piel ahí donde posaba su mirada. El gesto de su boca, ligeramente ladeada y mostrando sus dientes, que cada vez estaban más apretados, la estremeció como si pudiera sentirlos clavados en su carne.

La joven empezó a oír un extraño zumbido en sus oídos, como si su propio pulso retumbara dentro de su cabeza. El latido se extendió al resto de su cuerpo y la piel le empezó a arder, de forma que el agua casi hirviente le pareció estar solo

tibia. Cuando las yemas de sus dedos de artista acariciaron su hombro izquierdo dibujando una línea hasta el derecho, como si la rozara con uno de sus pinceles, no pudo sostenerle más la mirada y le dio la espalda.

—Por favor, Alejandro... Pásame el batín y gírate otra vez.

—A tus órdenes. —Se lo ofreció y giró la cabeza—. No miraré. Lo juro.

Ella se incorporó rápidamente y él la cubrió con la prenda. Después, la abrazó alrededor de la tela, que se había pegado a su cuerpo mojado. Cuando se volvió hacia él dispuesta a dedicarle una mirada fulminante de aviso, comprobó que sus ojos continuaban cerrados, fuertemente cerrados.

—También te juro que el día que decidas permitir que te haga el amor, te lo haré de tal forma que te arrepentirás de que hayamos perdido oportunidades como esta —susurró en su oído

recorriendo con las manos su cuerpo por encima de la tela, que parecía parte de su piel.

Por segunda vez en menos de media hora, alguien los interrumpió desde el otro lado de la puerta.

—Alejandro, esos hombres dicen que si no bajas y les das una respuesta ahora mismo se marcharán —informó Ivy tras dar dos tímidos toques.

—Voy enseguida.

Suspirando para controlar la cólera que le producían esas inoportunas interrupciones, Alejandro separó sus manos del cuerpo que ansiaba seguir tocando. Le dio un beso en el cuello, seguido de un suave mordisco a medio camino del hombro, y se marchó sin decir nada más.

Ella se quedó de pie dentro de la bañera, abrazándose a sí misma y tiritando como un pájaro

bajo la lluvia. Pero con la piel ardiendo como el fuego, especialmente donde sus dientes la habían rozado. Al igual que había sucedido en el taller, la había dejado temblando y pensando en cómo sería entregarse por completo a él. Planteándose qué ocurriría la próxima vez que estuvieran en esa situación y, por fin, nadie los interrumpiera.

Él no acudió a cenar. Además, tuvo que ser Melissa quien le informara a Verónica de que no lo haría. Ni siquiera se había molestado en ir él mismo a decirle por qué. Y por si eso la hubiera molestado poco, eran casi las once y él no había salido aún de su despacho. Si los Ballester ya se habían ido, ¿qué había tan urgente que no pudiera esperar hasta el día siguiente?

Decidida a descubrirlo, salió de la cama donde llevaba media hora dando vueltas sin poder conciliar el sueño y se dirigió a su despacho. Llamó y esperó a que respondiera.

—Adelante.

—¿No vienes a dormir? —preguntó, asomando solo la cabeza.

—No. —Su rostro mostraba fatiga—. Tengo muchos papeles que revisar y documentación legal que organizar. Si esto sale bien, podría ser uno de mis mayores proyectos.

—Puedo quedarme a ayudarte —dio un paso y entró, aunque al ver cómo la miraba, entre receloso y sorprendido, dudó—. Si quieres.

—Tú trabajas mañana.

—No importa. —Tomó una silla y la acercó a su escritorio.

—Pero necesitas descansar —insistió.

—Puedo decirle a Ivy que dé la primera hora de clase. Pero si no quieres mi ayuda...

—Muy bien —aceptó antes de que se levantara—. Puedes empezar con estos documentos.

Verónica parpadeó repetidamente al ver la enorme pila de papeles que le ponía delante, cuyo peso resonó contra la mesa.

—Vale. —Se rascó la barbilla. Aquello iba a llevarle un buen rato—. Avisaré a Ivy para que se encargue de las... tres primeras clases. Le encantará.

Antes de que saliera por la puerta, Alejandro la detuvo.

—Pasa antes por el dormitorio. Y ponte algo sobre ese camisón.

Sintiendo que se ruborizaba, se miró de reojo.

—Oh, claro. —Por eso la había mirado así cuando había entrado. Y ella pensando que no la quería allí con él—. Vuelvo en unos minutos.

Cuatro horas y media después, con los ojos cerrándoseles solos, salieron del despacho y entraron casi a rastras en la alcoba.

Mientras Alejandro se desvestía, observó cómo su esposa se quitaba la bata, se acostaba y bostezaba, estirándose y haciendo unos ruiditos encantadores.

—Estás agotada. —Se apoyó sobre un codo en la cama, mirándola de lado—. No tendrías que haberte quedado hasta tan tarde. Has madrugado.

La verdad era que en un solo día habían pasado muchas cosas. Sobre todo entre ellos dos. Y aunque él también estaba exhausto, su cuerpo le pedía otra cosa, no precisamente dormir. Y es que los ruiditos que ella seguía emitiendo al estirarse le estaban recordando inevitablemente a sus gemidos en el taller.

—Me ha gustado poderte ayudar con tu trabajo —declaró ella con una sonrisa.

—Y a mí me ha gustado mucho que me ayudaras. Me alegra ver que te interesas por unos negocios que, al fin y al cabo, también son tuyos.

—Tú dijiste que no veías bien que participara estando tus socios, pero no dijiste nada de no ayudarte cuando estuvieras solo. Espero poder colaborar contigo en más ocasiones. Necesito sentirme útil.

—¿Era solo por eso? ¿Por sentirte útil? —Hizo un puchero—. Pensaba que te gustaba trabajar codo con codo conmigo. Vaya decepción. —Se llevó dramáticamente la mano al corazón.

Ella se carcajeó.

—Bueno, también he disfrutado de la compañía, no solo del trabajo —admitió dejando caer los ojos en un pestañeo que a él le pareció excesivamente coqueto.

Se sintió optimista respecto a lo que ella sentía. Más que nunca.

—Hacemos un buen equipo, ¿no crees?

—Sí. Cuando nos ponemos de acuerdo, sí —matizó.

—Y si no recuerdo mal, estamos de acuerdo también en esto.

Ella puso los ojos en blanco cuando él se le acercó sobre la almohada, pero sonrió y dejó caer los párpados justo antes de besarlo.

No sabía en lo que estaba pensando ella, pero él no podía olvidar sus dos encuentros de ese día. Cómo se habían quedado a medias en el taller y cómo había estado a punto de culminarlo en el baño. Le había faltado muy poco para meterse en aquella bañera. Tenerla allí, completamente desnuda, y no poder ver más que sus hombros brillantes por la humedad casi había acabado con él. La momentánea visión de sus senos había sido apenas un parpadeo.

Iba a tener que implantar un horario para las visitas de negocios. Su casa era su casa y nadie debería poder interrumpirlo de esa manera. Pero ahora tenía a su esposa entre sus brazos, y ella lo

abrazaba también. Notó cierta demanda en su cuerpo, el cual a su vez se acercaba por completo al de él, tentando, exigiendo. Sus manos se movían entre sus cabellos, algo que cada vez hacía con más frecuencia, pero esta vez era la primera que se detenían en sus mejillas y las acariciaban, para atraer después más su rostro hacia ella.

Alejandro no sabía cuánto tiempo llevaban así, pero era más de un minuto sin duda. Bastante más. Se apartó ligeramente de sus labios, justo en el momento en que ella enredaba su pierna a la de él y su cuello se estiraba, buscando más.

—Pídemelo, Verónica. —Su voz ronca la hizo abrir los ojos, aturdida—. Dime qué quieres.

Entonces él comenzó a besarla por el cuello, deslizando sus labios y su lengua por la garganta que ella ofrecía generosamente. A su vez, se retorció bajo su cuerpo, hasta que comenzó a balancearse, y él creyó morir si no la tomaba

pronto.

—Sabes que te daré cualquier cosa —le susurró en el oído, y las manos comenzaron a subirle la parte baja del camisón—. Solo tienes que decirlo.

—¡No! —exclamó al sentir su mano en un lugar que le palpitaba ardorosamente.

—¿No? —preguntó él al verse empujado.

Cuando la vio darle la espalda, sin dudarlo, se pegó a ella y la abrazó por la cintura.

—Tu cuerpo que me dice sí —observó él, empujando la cadera contra sus nalgas, encajando su erección de forma perfecta entre ellas—. Me grita sí —gruñó en su oído.

Verónica quería detener aquel contoneo que habían empezado a acompasar de forma demasiado sincronizada, pero no era capaz. Además, él le había girado un poco el cuerpo y tenía la nariz hurgando en su escote, sumado a ese

aliento cálido y desaforado acariciando su piel, colándose bajo la tela y calentándole aún más el cuerpo, que ya le había empezado a sudar.

—¡Alejandro! —gritó cuando sus dientes atraparon la tela y la arrancaron de un mordisco.

Ella le agarró del pelo de la nuca y alejó su cabeza para que sus dientes la soltaran. Cuando giró el cuello para mirarlo a los ojos, le vio separar los dientes y dejar caer el pedazo de tela que había arrancado. Debatiéndose entre la consternación y la fascinación, pensó que su boca jamás le había parecido más apetecible que en ese preciso momento.

Lo habría besado inmediatamente si él no la hubiera distraído volviendo a removerse a sus espaldas, abriéndose paso por debajo de su camión con aquella parte de él que cada vez estaba más rígida y caliente, y eso que les separaba la tela de sus calzones.

Verónica ahogó un jadeo cuando él la cogió por la barbilla con una mano.

—Chupa —ordenó con autoridad y le acarició el labio inferior con el dedo índice.

Ella lo hizo sin titubear. También lamió el dedo corazón cuando él lo acercó a su boca.

—Enteros —añadió al ver que ella solo introducía en su boca las yemas.

La joven se sintió completamente lasciva, maravillosamente pecaminosa al hacer aquello. Rodeó los dedos e introdujo la lengua entre ambos, sin apartar los ojos de los de él, quien la miraba hambriento.

—Ahora, pídemelo. O no lo haré —le advirtió bajando los dedos húmedos hasta sus muslos y dejándolos allí apoyados, a las puertas de su auténtico objetivo.

Ella suspiró, se mordió los labios y escuchó un gruñido salir de la garganta de él, quien le miraba

la boca fijamente, sin dejar de balancearse contra ella.

—Tócame —rogó ella por fin, y chocó contra él cuando ambos se lanzaron al encuentro de sus respectivas bocas.

Hubo mordiscos, tirones de pelo y arañazos en la espalda. Él alternó embestidas de sus caderas con la penetración de sus dedos en el empapado canal que ella abría voluntariamente para él. Por eso, estaba retorcida, cuando lo que quería era estar de frente a él. Pero aquella presión en su trasero era demasiado excitante como para renunciar a ella.

Finalmente fue él quien la privó de aquel contacto cuando se separó unos instantes, solo para arrodillarse, tomarla por las caderas y alzarla de forma que quedó completamente expuesta a él. Se sintió avergonzada al saber que le estaba viendo esa parte tan íntima directamente, y no

pudo evitar gritar al sentir que él le levantaba las piernas y colocaba sus tobillos sobre sus anchos hombros.

Para su más absoluto asombro, comenzó a acariciarle la planta de un pie.

—¿Qué... Qué haces? —logró preguntar, aferrándose a las sábanas con los brazos extendidos en cruz.

Él sonrió de aquella traviesa y seductora manera que había acabado con buena parte de sus defensas.

—Voy a degustarte —murmuró con la boca pegada al empeine de su pie derecho—. Antes de devorarte.

Las uñas de la joven se clavaron en el colchón cuando él cumplió su palabra y la saboreó desde los pies hasta las rodillas, pasando de una pierna a otra a placer. El vientre se le contrajo cuando él alcanzó los muslos. Y toda ella sintió que se

elevaba de la cama cuando él la miró a los ojos y la besó en el mismísimo centro de su cuerpo.

Por primera vez en su vida, Alejandro deseó hacerle aquello a una mujer. Habían sido muchas sus amantes, y había disfrutado mucho del sexo con ellas, pero jamás ninguna había despertado en él aquel deseo. Le parecía un acto demasiado íntimo, tanto por su parte como por la de ellas, y jamás había deseado aquella intimidad con ninguna otra. Pero ahora lo deseaba, quería probar su sabor, quería hacerla disfrutar al máximo, ahora que por fin parecía querer sentir un placer que hasta ese día se había prohibido a sí misma, y con ella, a él.

La oyó contener el aliento con violencia y sintió sus manos frenando su cabeza según la introdujo entre sus piernas, pero en cuanto comenzó a jugar con la punta de su lengua, las manos de ella golpearon la cama y su respiración se volvió aún

más jadeante y desacompasada. Él acomodó la postura alzándola por las nalgas y abriendo sus piernas al límite de su flexibilidad. La exploró con labios, lengua, dientes y manos. La saboreó por completo. Degustándola y devorándola. Y sus propios latidos colapsaron sus oídos al mezclarse con sus gritos.

Cuando la notó derrumbarse, apartó su boca y la cogió por las muñecas para lanzarla contra su propio cuerpo en un salto casi acrobático que la colocó exactamente donde él quería. Contra su erección. Él arrodillado y ella con las piernas a su alrededor, comenzaron a balancearse de nuevo, pero esta vez frente a frente, con la parte más sensible de sus cuerpos en un contacto húmedo que solo separa la tela de sus ceñidos calzones.

Él se habría quedado mirando su rostro turbado eternamente, pero el pezón rosado que asomaba allí donde él mismo había desgarrado la tela del

camisón, lo llamaba a gritos. Arqueando una ceja como único aviso, inclinó a su esposa hacia atrás y tomó su pecho entre los labios. Primero con suavidad, después con desenfreno. Delicioso, pensó. Sencillamente el bocado perfecto.

En un intento por descubrir sus límites, le mordió un poquito más fuerte. Como su única respuesta fue frotarse con más vehemencia contra su pene y presionarle la cabeza con ambas manos para introducirle su seno más profundamente en la boca, Alejandro entendió que no era de esas mujeres que no soportaban caricias en los pechos, como se había temido en las pocas ocasiones en las que había tenido oportunidad de tocarlos. Y aquello le excitó aún más. Esa parte en concreto de su anatomía lo volvía completamente loco.

No obstante, comprendió que se había dejado llevar demasiado cuando sintió el sabor de la sangre en la lengua y ella gimió tan alto que él

creyó ir a derramarse en ese momento.

—¡Alejandro! —gritó y le tiró del pelo para que se apartara—. ¡No me muerdas así!

—¿Yo? —Se obligó a aguantar, a no dejarse ir aún—. ¡No te muevas tú así!

Ella frunció el ceño un segundo, solo un instante hasta comprender. Después, comenzó a balancearse de nuevo, a deslizarse sobre su erección de forma más precisa, arriba y abajo, buscando ese punto de su feminidad que disfrutaba más que ningún otro de esa fricción. Y por si eso lo estuviera excitando poco, ella decidió concederle algo que lo llevó hasta la locura. Ella misma se apartó la parte del camisón que él no había desgarrado, dejando su pecho al descubierto y ofreciéndoselo como la más experta de las seductoras.

Tragando saliva, Alejandro se acercó lentamente a ese pecho prohibido, y hasta que no

sintió su erguido pezón rozarle los labios, no desvió la vista de aquellos ojos violeta que lo hipnotizaban y lo dominaban.

En cuanto lo tuvo en la boca, ella se arqueó hacia atrás y él la cogió por la cintura, atendiendo ambos senos con caricias y besos, succionando y mordisqueando, llevándola al límite. A ese punto donde ella gritaba su nombre y gemía, completamente derrotada, entregada, perdida en él.

—¡Pídemelo! —Exigió, alzando sus caderas y elevándola hacia el techo, con ambas manos deslizándose desde sus costillas hasta su cuello y pasando por los senos enrojecidos por el roce de su incipiente barba—. Pídemelo, Verónica.

Aferrada a sus hombros, subiendo y bajando con cada embestida que él acometía, se abandonó por completo y cedió al deseo. A esa fuerza mayor que su voluntad y que cualquier cosa que ella hubiera conocido hasta entonces.

—Tómame. —Apenas había terminado de pronunciar la última sílaba cuando Alejandro le arranco con ambas manos lo que le quedaba del camisón, haciéndole palpar el vientre de nuevo —. Ahora, Alejandro. Tómame.

Ella trató de hacer lo mismo que él y dirigió sus manos hasta sus calzones para liberarlo. Sin embargo, él la detuvo, la empujó contra la cama y le sujetó las muñecas sobre la cabeza.

—Quiero tocarte —jadeó ella casi sin resuello.

—Si me tocas ahora, estallaré en mil pedazos —advirtió y liberó una de sus manos para desabrocharse él mismo los calzones.

Ella se retorció al ver su pene completamente pegado contra su vientre, prácticamente alcanzando su ombligo. Quería aquella magnífica parte de él dentro, y la quería ya. La necesidad la estaba matando.

Lentamente, él se tumbó sobre ella y la besó en

la frente, los pómulos, la nariz y la barbilla. La asió por ambas rodillas y se las separó, para después hacer que le rodearan la cintura.

Sentirlo entre sus piernas, tan firme y tan cálido, la incitó a balancearse de nuevo, empujándolo a que él se apoderara de su boca y buscara con la punta de su miembro el camino hacia el paraíso.

—¡Sí! —La espalda de Verónica se arqueó y él sintió sus senos golpear contra su pecho, donde su corazón bombeaba con la fuerza de una locomotora. Lleno de júbilo, desbordado de amor.

—*Je t'aime* Verónica! —Susurró en su boca —. ¡Oh! ¡Te quiero!

Las manos de la mujer, que estaban acariciando las nalgas del hombre, se detuvieron y cayeron contra la cama. Su boca, que jadeaba contra la de él, se tensó a la vez que el resto de su cuerpo. El mismo cuerpo que hasta hacía un momento había

estado completamente dispuesto, ahora se retraía y le negaba la entrada en él. El fuego se había consumido repentinamente, un gran bloque de hielo lo acababa de apagar de golpe y porrazo.

—¿Qué? —Empujó a Alejandro con fuerza y saltó de la cama—. ¿Por qué has tenido que...?

No podía hablar. De pronto, estar casi desnuda le parecía el mayor de los errores. Se quitó los restos del camisón que aún colgaban de sus brazos por las mangas y se puso lo primero que encontró. La camisa de Alejandro.

—¿Qué estás haciendo? —consiguió pronunciar él, pues se había quedado mudo por su repentina reacción, además de petrificado de rodillas en la cama.

—¿Yo? —gritó con una risa amarga—. ¿Qué estás haciendo tú? Mintiéndome innecesariamente cuando ya ibas a obtener lo que querías de mí.

Alejandro se frotó la cara y se retiró el pelo

hacia atrás con ambas manos. Después se abrochó los calzones todo lo dignamente que pudo.

—Yo no te he mentido.

—Sí lo has hecho.

—¿Cuándo?

—Ahora. Cuando me has dicho... que me querías.

Alejandro sonrió y exhaló un suspiro de alivio.

—No pensé que lo hubiera dicho en alto — confesó, y estiró una mano hacia ella para que se acercara. Pero ella no lo hizo—. Verónica. Estoy enamorado de ti.

—¡No es cierto!

—Sí lo es. Y tú también lo estás de mí.

Ella trató de tragar saliva, pero no pudo.

—No lo estoy.

Por lo súbita que había sido la forma en que ella había cortado el acto, él no se sentía muy

paciente en esos momentos. Así que fue directo.

—¿Segura? Tú misma dijiste que jamás te entregarías a un hombre al que no amaras.

—Y eran mis propias palabras las que pretendías usar tú para engatusarme y que lo hiciera —le reprochó.

Él resopló. Era un hombre paciente. Pero todo tenía un límite.

—Sería una estrategia plausible, si lo que hubieras dicho fuera que solo te entregarías a un hombre que te amara.

Ella enrojeció y se cruzó la camisa sobre el cuerpo para cerrarla más. Aquel era un pequeño matiz sin importancia. Que no cambiaba en absoluto las intenciones de él.

—No te amo —repitió. Parecía estar diciéndoselo más a sí misma que a él.

—Pero te entregabas a mí. —Buscó su mirada, que no se detenía en un punto fijo—. Me pedías

que te tomara.

—Es cierto que... he perdido la determinación que creía tener con respecto a eso —admitió, sintiéndose débil y tratando de esquivar sus ojos—. Tú me has hecho descubrir unas necesidades físicas que no sabía que podían ser tan apremiantes. Por eso, he cedido ante tus caricias y tus besos y... todo lo que me haces y que no puedo negar que me agrada. Mucho. —Esta vez lo miró a los ojos—. Pero eso no es amor.

—En mi opinión, es una parte importante de él. En mi caso, desearte fue el primer paso que me llevó a amarte.

—No sabes lo que dices. —Pero la miraba con aquella dulzura en sus ojos. ¡Santo cielo! ¿Y si no mentía?

—¿Tan imposible te parece que me haya podido enamorar de ti? ¿No crees que poseas las cualidades necesarias para que alguien pueda

amarte como yo te juro que te amo?

¡Qué Dios la ayudara! Él lo juraba. Él, el hombre cuya palabra valía más que toda su fortuna.

—Yo... No lo sé, Alejandro. —Luchó por no echarse a llorar—. Tal vez... tal vez creas amarme —resolvió de pronto—. Tal vez te hayas convencido a ti mismo de que debías amar a tu esposa. Y lo mismo hubiera dado que fuera yo u otra.

¿Cómo podía ella volver tan complicado algo que para él era mucho más sencillo?

—¿Insinúas que me he obligado a mí mismo a amarte?

—Algo así —admitió cabizbaja.

—No puedes estar más equivocada. — Lentamente, se bajó de la cama, quedándose de pie a solo dos pasos de ella—. Es todo lo contrario. Pretendía mostrarme bastante indiferente, ser solo

un marido cordial, un amigo para ti. Me dije a mí mismo que podría renunciar al sexo, que me bastaría con las veces que tú accedieras con el objetivo de tener hijos. Pero todo cambió, hace ya mucho tiempo. —La voz le salía sin fuerza, por el nudo en la garganta que se le había formado al verla tan asustada. Pero ya había empezado a confesarle todo y no iba detenerse ahora—. Empecé a sentirme atraído por ti. Reconozco que al principio fue algo meramente físico, pero después comprendí que era mucho más profundo. Solo pensaba en ti, en estar a tu lado, en verte sonreír, en hacerte feliz. Tú dejaste de odiarme y empezaste a aceptarme a tu lado. Saliste parcialmente de tu refugio y comencé a conocer la verdadera Verónica. Y una vez que la descubrí, no pude evitar enamorarme perdidamente de ella.

La joven se abrazaba a sí misma y lo miraba como si le estuviera diciendo cosas horribles en

lugar de estar declarándole su amor.

—Ya que no pareces ir a decir nada, te diré qué es lo que creo que sientes tú. —Cogió aire. La verdad podía doler—. Tú te has empeñado con tanta fuerza en tomarte lo nuestro como algo impuesto que has alzado un muro enorme a tu alrededor. Todos los esfuerzos que he puesto por derrumbarlo me han llevado a conquistar tu cuerpo, el cual has reconocido que me desea hasta el punto de saltarte tus propias reglas y entregarlo a mí. Pero la muralla en la que has encerrado a tu corazón es mucho más inexpugnable. Creía haber encontrado un hueco por el que colarme. Te juro que me he sentido tan cerca de tocar tu alma hace unos momentos que había creído que la muralla caería por fin. Pero al parecer, quedan más piedras de por medio. Y no sé cómo derrumbarlas.

Ella no dijo nada. No podía. Él tenía parte de razón. Pero ella necesitaba ese escudo protector.

¿Cómo podría sobrevivir sin él?

—¿Qué puedo hacer para merecer tu amor, Verónica?

Él estaba allí de pie, medio desnudo, con sus manos vacías extendidas con las palmas hacia arriba. Ese era él. Solo un hombre. Un hombre quien, en opinión de ella, merecía mucho más de lo que ella le podía dar.

—Alejandro... no es culpa tuya. Tú... eres el mejor hombre que conozco.

—Pero eso no es suficiente para ti.

—No se puede obligar a una persona a amar a otra.

—Tampoco se puede evitar amar a quien el corazón elige.

Podrían estar así eternamente, se dijo ella. Y no llegarían a ninguna conclusión.

—Tú no me elegiste. Nos vimos obligados a estar juntos.

—Y doy gracias cada día a nuestros padres por ello. Pero sé que me habría enamorado de ti aunque aquella promesa no hubiera existido. Estábamos destinados a estar juntos.

—¡Basta!

No podía permitir que siguiera por ahí. Ella misma había sopesado la idea de que ellos dos estuvieran predestinados. Y no iba a dejar que volviera a utilizar contra ella sus propios pensamientos.

—No voy a parar hasta que aceptes que te quiero. Y que tú también sientes algo por mí. —Le cogió ambas manos y buscó sus ojos—. Solo tú puedes saber si es amor o no lo es. Pero mientras lo descubres, dame la oportunidad de demostrarte lo que siento. De dártelo todo. De entregarme a ti. Tengamos un hijo.

—¿Qué? —Eso era lo que menos se esperaba oír en ese momento.

—Quiero varios en realidad. Pero hay que empezar por el primero.

Sonrió esperanzado. Y ella supo que deseaba aquello con todo su corazón.

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de eso. —No cuando ella no podía pensar con claridad. No cuando sus manos habían soltado las de ella y ahora la abrazaban por la cintura como solo él era capaz de tocarla, haciéndola sentir que ardía por dentro.

—Quiero dos chicas y dos chicos, como poco. —Le acarició una mejilla con el dorso de la mano, con tal devoción que las rodillas se le aflojaron—. Que tengan tus ojos, y mis pecas. —Sonrió de manera desconcertante, y ella creyó reconocer aquellas palabras. Las recibió con un impacto tal en la boca del estómago que las lágrimas desbordaron sus ojos.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó de nuevo y salió

corriendo de la habitación.

—¡Verónica! —La siguió. Pero no lo bastante rápido.

La puerta del antiguo dormitorio de ella le dio en las narices y, antes de que pudiera tocar la manilla, oyó la llave girar desde dentro.

—¡Ábreme! ¡Ahora! —exigió golpeando la puerta, pero la única respuesta fueron unos llantos desconsolados que se le clavaron como cuchillos en pleno corazón.

Derrotado, se dejó caer en el suelo, con la espalda contra la pared, esperando que ella se desahogara y saliera de allí.

Pasó un tiempo indeterminado hasta dejó de oír sus sollozos, los minutos más largos y dolorosos de toda su vida.

—¿Verónica? —preguntó tras llamar a la puerta.

Ella no respondió, y el pánico comenzó a

cundir en su interior.

Decidido a entrar por cualquier medio, pero descartando la idea de tirar la puerta abajo, se dirigió a su balcón y se dispuso a pasar al otro. Saltar era algo hasta lo que su agilidad no llegaba, pero la repisa entre balcón y balcón era del mismo ancho que su pie. Así que se encaramó a la baranda y puso a prueba su equilibrio. Por suerte, los entrenamientos con Yang habían dado buenos frutos, con raíces bien asentadas.

Cuando llegó al balcón de Verónica y la vio a través del cristal, sintió que se mareaba. Estaba dormida, delante de la chimenea, tumbada de medio lado en el suelo, envuelta en el cobertor de la cama. Ni siquiera había conseguido encender un fuego en condiciones. ¿Pero cómo iba a hacerlo con los ojos anegados?

Sin dudar un solo instante, forcejeó con la puerta del balcón hasta abrirla. Cuando entró y la

cogió en brazos, comprobó que aún había lágrimas en sus mejillas.

Disculpándose en silencio con su padre y con Arturo por haberla hecho llorar cuando lo único que él anisaba era hacerla feliz, abrió la puerta del dormitorio y volvió al suyo. A su cama. A la de ambos. Donde tenían que estar.

Verónica supo que no había dormido aún lo suficiente en cuanto se sintió salir de un extraño sueño. Aunque la realidad la golpeó de lleno en cuanto sintió el aroma de Alejandro y el tacto de su piel bajo su rostro. Estaba sobre su pecho, abrazada a él, y podía sentir su mano alrededor de la cintura. ¿Cómo era posible si ella se había encerrado con llave en la habitación de al lado?

Intentó incorporarse pero la mano de su marido se cerró en torno a su cintura, acercándola más a su cuerpo. Él no estaba dormido.

—¿Cómo he llegado aquí? —Si hubiera tirado la puerta abajo ella lo habría oído, ¿no?

Alzó la vista hasta él. Tenía los ojos cerrados, y habló sin abrirlos.

—Mientras me quede un aliento de vida, no permitiré que duermas en un frío y duro suelo.

Ella estaba más a gusto sobre su cuerpo que en una enorme cama llena de almohadas. Pero su última conversación no había concluido de forma que ellos pudieran volver a estar así, abrazados, como si nada hubiera ocurrido.

—Alejandro, no creo que debamos...

—Me voy, Verónica —la interrumpió—. Adelanto mi viaje.

Parpadeó sin comprender bien qué quería decir. O más bien, no queriendo entenderlo.

—Pero yo necesito esas dos semanas para...

—Tú no vienes —aclaró rápidamente—. He estado pensando en esto mientras dormías. Y es

mejor que estemos separados un tiempo. Que los dos reflexionemos sobre lo que sentimos. Porque está claro que uno de los dos se equivoca.

Ella no supo qué contestar. Solo sabía que no quería dejarlo marchar.

—Si es eso lo que quieres...

—No, claro no que no es lo que quiero. ¿Acaso has olvidado todo lo que te he dicho hace apenas unas horas?

—No. —¿Cómo hacerlo?

—Pero es lo que creo que debemos hacer.

Ella inhaló su aroma, haciéndosele imposible la idea de no ir a respirarlo cada día, cada noche...

—¿Cuándo te vas?

—En cuanto amanezca.

—¿Tan pronto?

Se incorporó y lo miró a la cara. Él abrió los ojos. Y ella sintió un mazazo en el pecho cuando

los vio llenos de lágrimas.

—Cuanto antes mejor.

La apartó de encima y se levantó. Tenía que irse de allí. Tenía que dejarla para que recapacitara. Pero solo pensar en alejarse de ella lo estaba destrozando por dentro.

—Alejandro... —Ella se arrodilló sobre la cama y estiró una mano hacia él. La dejó caer con un temblor al recordar cómo él había hecho algo muy parecido unas horas antes y ella lo había rechazado—. Cuídate.

—Tú cuida de mi familia. —Volvió hacia ella para tomar esa mano temblorosa y se la acercó a los labios. Besó su dedo anular, justo sobre la alianza, con los ojos apretados y la cabeza gacha—. Adiós.

Sin mirarla, desapareció por la puerta del baño. En cuanto la cerró, Verónica sintió como si todo el edificio se derrumbara sobre ella. Toneladas de

escombros aplastando sus pulmones y su corazón. Un dolor en el pecho solo comparable al que había sentido al morir su padre. Era como si le hubieran arrancado una aparte de sí misma. Y lo peor de todo era que esta vez, la única culpable era ella. Solo ella.

Capítulo 19

Habían transcurrido varias semanas desde que la escuela había cerrado sus puertas hasta el siguiente curso escolar, y Alejandro aún no había regresado. Ni tan siquiera había enviado una carta o noticias a través de Basile. El secretario, siempre tan respetuoso y atento con Verónica, había respondido casi de inmediato al telegrama que esta le había hecho llegar. Pero las palabras eran más amables que bienvenidas. Alejandro no se había puesto en contacto con él desde hacía más de una semana y sus últimas indicaciones habían sido que, por el momento, permaneciera en la fábrica de Sajonia, pues él prefería llevar el asunto de Barcelona solo.

Verónica había guardado aquel pedazo de papel

y lo releía cada noche desde hacía días. Él prefería estar solo. Y a ella aquella soledad la estaba matando. En especial ese día. Era veinte de julio. Y aunque no lo había mencionado a nadie en la casa, ella cumplía veintidós años.

Vagando por los pasillos de la casa, los jardines que la circundaban, o asomada a alguno de los balcones, no podía dejar de darle vueltas a lo mismo. Por muy enfadado, disgustado o resentido que Alejandro pudiera estar, no se perdería el que era su primer cumpleaños como su esposa. Eso era algo que se podía deducir de cada uno de los actos, las palabras y las reacciones que su esposo había tenido desde que ella lo conocía. Podría haber estado más de un mes fuera de casa, y podría volver a marcharse poco después, pero ese día iba a estar allí. Tenía que estar allí, se repetía a sí misma una y otra vez.

Gino, tan nostálgico como ella, la siguió hasta

la cancela que separaba el sendero de álamos del camino público. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que había caminado hasta allí. Simplemente, sus pies la habían llevado hasta el punto desde donde se divisaba la primera curva del camino, por donde esperaba ver llegar a Alejandro con su habitual sonrisa, la que le faltaba cuando se había despedido de ella.

El perro ladró y el sonido se asemejó más a un aullido afligido. Aquello reflejaba perfectamente el sentimiento que ella albergaba en su corazón.

—Lo sé, Gino. —Agachándose, le acarició la cabeza—. Yo también le echo de menos. Muchísimo.

El viejo setter la miró con aquellos tiernos ojos y ella no pudo evitar sentir una profunda culpabilidad. Él se había marchado por culpa de ella. Esa era la verdad. Y ahora todos los habitantes de esa casa, humanos y animales,

estaban sufriendo. Aunque nadie lo supiera, aunque ella no se lo hubiera esperado, era ella la que lo hacía con mayor intensidad, haciendo de ese sufrimiento del alma un dolor físico, tangible, desolador.

Cargada de una necesidad de estar cerca de él de cualquier forma posible, se dirigió a la casa con el objetivo de entrar en un lugar donde no ponía un pie desde el día previo a la partida de Alejandro. Un lugar en el cual no había entrado tampoco antes. Y aunque fuera invadir la intimidad de su marido, era tal el punto de desesperación al que había llegado que estaba dispuesta a sumar otro cargo de conciencia a su arsenal con tal de sentirle cerca unos minutos.

En cuanto logró dejar a Gino en el patio trasero, subió hasta el taller de Alejandro. El olor la colapsó nada más abrir la puerta, haciéndola recordar la intimidad que habían alcanzado

aquella tarde, en la misma penumbra que dominaba la estancia, rodeados por el aroma a pintura y a trementina que ya le estaba poniendo el vello de punta.

Si Leo no les hubiera interrumpido en aquel momento, era muy probable que hubieran culminado lo que allí, contra la pared, habían empezado. Y tal vez, solo tal vez, ahora su marido estaría en casa, en lugar de permanecer lejos... trabajando. Eso era lo que ella se decía cada día sin noticias suyas. Trabajando. Demasiado ocupado para escribir una mísera carta, aunque fuera a Leo o a Berta. Porque ellos no tenían culpa de nada. ¿Por qué no les escribía a ellos?

Las explicaciones que se le ocurrían eran, cuanto menos, paranoicas. Por eso trataba de no pensar mucho en ellas, muchas veces sin éxito, como ese día. La primera lucubración siempre era la misma. Se imaginaba que había conocido a otra

mujer y estaba disfrutando de un verdadero amor con ella, dándose cuenta de que lo que creía sentir por Verónica no había sido amor en absoluto. Seguido a este, otro miedo que nada tenía que ver con los celos se la comía por dentro. Alejandro había tenido un accidente y estaba herido en un hospital, o algo peor que herido...

Descorrió las cortinas con violencia. Ella estaba allí para tener su momento personal con él en el día que más le necesitaba a su lado. Con la luz del sol de julio entrando a borbotones por los ventanales, Verónica estudió con detenimiento, en primer lugar, los cuadros que colgaban de las paredes.

Algunos con marco y otros a lienzo descubierto, sus óleos eran majestuosos. Predominaban los paisajes, como en el resto de la casa, pero estos eran aún más atrevidos en colorido e interpretación de la perspectiva. Eran creativos,

cargados del sentimiento que al artista le habían sugerido aquellas imágenes. Eran únicos. Como él.

Entre todos, destacaban dos únicos retratos. El primero tenía una pequeña foto encajada en una esquina inferior de su marco, la cual había tomado sin duda como muestra. Fernando y Evangeline, sus padres, a pleno color y transmitiendo a través de la expresión de sus rostros, en la forma de mirar de sus ojos y en la sincera sonrisa de sus labios, el amor que solo unos padres pueden profesar, el que solo uno hijo con aquel talento, y aquel corazón, puede reflejar.

Sintió que se le rasgaba el corazón cuando se fijó en la mano que la mujer de cabellos rojizos y tenues pecas reposaba sobre su vientre. Aquella foto había sido tomada cuando Evangeline se encontraba en un avanzado estado de embarazo. Alejandro había elegido la foto en la que él estaba dentro de ella. En la que ella lo acariciaba de la

única manera que había podido hacerlo. Como su propia madre, Isabel. Ambos compartían también eso, la tristeza de no haber podido conocer a la mujer que les había traído a este mundo dando su vida por ellos.

Abrumada tras largo rato mirando aquellas caras que tanto significaban para él, pero que habían permanecido ocultas en su taller, en su refugio, en lugar de expuestas en la casa a la vista de todos, dirigió su atención a láminas que reposaban en el suelo, apoyadas contra una de las paredes. Muchas eran simples bocetos, y en algunas distinguió el germen de lo que luego serían algunos de los cuadros colgados de las paredes.

Pero después, arrinconadas en una esquina, encontró otro tipo de láminas. Dibujos de mujeres a carboncillo, vestidas, desnudas, de cuerpo entero o solo el busto, y todas ellas absolutamente bellas. Ninguna era un óleo, solo parecían haber sido

dibujadas a mano alzada como un recuerdo o como un breve posado, pero todas y cada una eran exultantes, sensuales, arrolladoras.

A pesar de lo que habría cabido esperar, no se sintió celosa. Sabía que, de alguna manera, todos aquellos dibujos eran previos a su matrimonio. Él mismo le había explicado cómo pintaba a una mujer, siempre acabando por los labios, la parte más difícil de captar debido a sus continuos cambios de expresión. A su criterio personal, pensó Verónica, él lo lograba perfectamente. Algunas mujeres parecían felices, otras excitadas, otra relajadas, y alguna, enamorada o, al menos, fascinada por el hombre que la estaba retratando.

Sin quererle detener demasiado tiempo en aquel rincón, se giró hacia otra zona del taller. Aun así, no pudo evitar que le picara la curiosidad sobre si encontraría alguna lámina similar de ella. No había posado para él, pero sabía que eso no le

hacía ninguna falta. Tampoco pudo evitar preguntarse cómo la vería, cómo trasladaría a un pedazo de tela su cuerpo y su rostro, qué expresión de ella podría haber elegido.

Como iba caminando distraída, su pie golpeó accidentalmente un paquete alargado que reposaba contra otra de las paredes, provocando que cayera al suelo y se abriera por un lateral. Sobresaltada por el ruido sordo que había emitido al caer, se agachó a comprobar de qué se trataba. Vislumbró las cuatro piezas de un marco aún sin colocar en su correspondiente cuadro. Eso la llevo a mirar alrededor y encontrar, justo al lado, cubierto por una tela oscura que lo protegía, un gran lienzo, más grande que ninguno de los allí presentes. Intrigada, lo descubrió y el corazón le saltó en el pecho con tal fuerza que fue incapaz de levantarse del suelo durante el largo rato que se quedó allí, contemplándolo emocionada y conmovida.

Se secó unas lágrimas que le impedían ver el cuadro con claridad. Allí, en el centro mismo del lienzo, estaba ella, el día del cumpleaños de Alejandro, bajando la escalinata con una mirada que se salía del cuadro, que lo atravesaba, que la atravesaba a ella misma. Y en la parte inferior, esperándola entre una multitud borrosa e insignificante, estaba él, de perfil, con una sutil y casi imperceptible expresión en el rostro que le hacía parecer un niño sorprendido, ilusionado, casi perdido.

Verónica se acercó más al cuadro, arrastrándose de rodillas, conteniendo el impulso de tocar sus rostros, el de él, y el de ella. Santo cielo. ¿Era así como la veía? Estaba demasiado bella, ella no era así, no lo era. Sus labios no eran tan carnosos, su pelo no era tan dorado, sus ojos no eran tan grandes ni tan brillantes... ¿o sí lo eran? Verse fotografiada en blanco y negro no era

lo mismo, ni verse en un espejo tampoco. Ahora se estaba mirando a través de los ojos de un hombre que veía más allá de la superficie de las cosas, de las personas. Alejandro, su esposo, un hombre que creía estar enamorado de ella.

Tomó el cuadro con ambas manos. Con cuidado de tocar solo los bordes, se lo acercó para ver con precisión cada detalle. Notó algo pegado en la parte trasera y cuando lo despegó, vio que era un sobre cerrado. No dudó en abrirlo. Allí encontró un papel escrito con la letra de Alejandro, y la frase que rezaba la dejó sin aliento.

“Como muestra de mi afecto, te entrego mi obra maestra, la que has inspirado tú. Mi esperada musa, mi adorada esposa, mi primer y único amor”.

Abrumada, notó que en el interior del sobre había algo más. Y cuando lo sacó, suave e inmaculado deslizándose entre sus dedos, docenas

de imágenes acudieron a su cabeza en tropel.

Una partida de ajedrez, un sauce, un dibujo de una niña con dos coletas que era arrastrado por el viento hasta el río... Y una aceptación de matrimonio.

Con el llanto impidiéndole respirar, acarició el lazo blanco que ella misma le había anudado en la muñeca hacía casi quince años. Él lo había guardado todo ese tiempo. En cambio ella... Ella lo había olvidado. Hasta ese día.

Y de pronto, lo oyó. El ventanal no daba hacia la entrada de la casa, pero el sonido de los cascos de un caballo era inconfundible. Un solo caballo, galopando a gran velocidad, y deteniéndose al llegar a la puerta principal. Un único jinete, el día de su cumpleaños... ¡Alejandro!

Verónica bajó corriendo las escaleras para recibirlo. Solo podía pensar en abrazarlo, en besarlo y darle la bienvenida. No le reñiría por no

haber escrito. Ese día no habría un solo reproche, solamente alegría. Con el corazón desbocado, abrió la puerta con los ojos ardiendo por ver su rostro.

No reconoció al joven de la oficina de correos hasta que bajó del caballo, aunque había sabido que no era Alejandro en cuanto había visto su silueta de perfil.

—Madame Zaldívar —comenzó, tartamudeando, y a Verónica se le cayó el alma a los pies—. He venido en cuanto lo he recibido. Sabía que usted estaba muy preocupada y...

—¿Qué es, Nicolás? —Con la confianza que les había otorgado la visita de Verónica, dos veces por semana, para preguntar por noticias de su marido, se dirigió al joven con naturalidad—. No te andes con rodeos, por favor.

—Hay un telegrama para usted, o para la Familia Zaldívar. El remitente no es su marido,

sino el director del hotel donde se alojaba.

—¿Se alojaba?

Temblando, Verónica tomó el pedazo de papel y leyó el mensaje telegráfico, no pudiéndose creer lo que decía. No tardó en dar algunos pasos hacia atrás hasta chocar contra el primer escalón antes de agarrarse al pasamano para evitar caerse de golpe. Aun así, se desplomó contra la escalera, justo cuando Berta corría dentro de la casa, buscando al jinete del caballo que había en la entrada, y como Verónica, esperando que fuera Alejandro.

—¿Qué sucede, Madame? —La mujer miró al muchacho y después a su señora, fijando la vista en el papel que sostenía en la mano, aunque ella no lo mirara. Estaba como ida, con la vista perdida en la nada—. Madame Verónica, ¿son noticias de Alejandro?

Berta tuvo que sacudirla por los hombros para

que reaccionara. Entonces ella centró la vista en sus ojos y el ama de llaves se sobresaltó al ver fuego y determinación en ellos.

—Berta —pronunció su nombre como si acabara de reconocerla—. Avisa inmediatamente a Ivy y a Leo. Ambos se vienen conmigo. Prepara mi equipaje y después ve al despacho de Alejandro y saca todo el dinero que puedas de la caja fuerte, sé que conoces la combinación. Haz el favor también de indicar a Arthur que habilite el coche para llevarnos a la estación de tren. —Se levantó y estiró sus faldas—. Y que Margot prepare comida para un largo viaje.

—¡Por Dios, Madame! ¿Qué ha sucedido? —preguntó Berta, desesperada.

—Alejandro está preso. —Los ojos de Verónica centellearon, y Berta sintió un escalofrío recorrerle la columna—. Pero yo voy a mover cielo y tierra si es necesario, Berta. No dejaré

piedra sobre piedra hasta que consiga traerlo de vuelta a casa.

El pasillo que conducía a los calabozos parecía no ir a terminar nunca. El olor era cada vez más desagradable, orín y sudor, humedad y suciedad acumulada. Verónica pensó que Alejandro no habría podido sobrevivir las tres semanas que llevaba allí si en su celda hedía de aquella manera. Él era un maniático de la higiene, la limpieza y el orden.

Sin embargo, cuando el oficial le abrió paso a la zona de las celdas, Verónica rezó porque el olfato de su esposo fuera lo único que hubiera resultado lastimado. El primer hombre que vio tras unos barrotes tenía la cara magullada y la miraba fijamente, como si fuera un plato de comida, a través de su único ojo sano. El otro estaba tan

hinchado y amoratado que no podía ni abrirlo.

¡Cielo santo! ¿Habrían golpeado a Alejandro otros presos, o la propia Guardia Civil? ¿Lo habrían torturado para hacerle confesar las infamias de las que le acusaban?

Ella había sabido que eran infamias desde el mismo momento en que recibió el telegrama. Lo había corroborado al llegar al Hotel Mediterráneo y hablar con Don Jacinto, el director, quien le había explicado cómo unos oficiales de la Guardia Civil le habían mostrado un documento por el cual tenían derecho a registrar la suite de uno de sus mejores clientes sin que él pudiera impedirlo. Pero lo que nadie le podía impedir era avisar a su familia y, una vez que su esposa había llegado allí, alojarla en la mejor de sus habitaciones, además de ofrecerse a ayudarla en todo lo que estuviera en su mano. La memoria de su antigua amistad con Fernando Zaldívar así se lo dictaba.

Don Jacinto había sido la primera de las muchas personas que la habían llevado a resolver, más o menos, la trama que ciertos hombres habían tejido en torno a Alejandro, tendiéndole una trampa en la que él había caído sin darse cuenta.

Había sido una larga semana de investigación, tanto por los salones más lujosos como por los rincones más sórdidos de Barcelona. Pero después de ser prácticamente echada de una patada del cuartel de la Guardia Civil hacía exactamente ocho días, sin tan si quiera permitirle ver a su marido, ella había logrado reunir las suficientes pruebas y los suficientes testigos como para que el Capitán Azcona se dignara a escucharla. Después de casi una hora explicándole los informes que ella había elaborado concienzudamente, había aceptado recibirla a ella, y a todos los que tuvieran algo que decir, en su despacho a las nueve de la mañana en punto.

Así que ella había llegado allí con Leo a las ocho y media, exigiendo ver a Alejandro antes de aquella sesión informal pero que para Verónica era como un juicio del que se había proclamado abogada de la defensa. Solo la habían dejado pasar a ella, y Leo se había quedado aguardando en la entrada para recibir a las personas que les iban a ayudar.

Agradeció llegar por fin a una puerta ante la cual había un oficial que se cuadró como un soldado ante su compañero, quien al parecer tenía mayor rango.

—Es la esposa del preso Zaldívar —le indicó, y Verónica sintió que le flaqueaban las rodillas ante aquellas palabras. Después se dirigió de nuevo a ella—. Solo tiene cinco minutos, así que aprovéchelos bien. El Capitán los espera en su despacho a las nueve, ni un minuto más tarde. Acompáñelos después, Oficial.

—Sí, mi Teniente —respondió el otro hombre, mirando al frente. Después abrió la puerta para que Verónica pasara.

—¡Zaldívar! ¡Tienes visita!

Verónica dio un paso inseguro. De pronto no quería verlo o, más bien, no quería ver lo que había sido de él. Miles de atrocidades se cruzaron por su mente. Su hermoso rostro destrozado, sus radiantes ojos hinchados, sus perfectos labios partidos, algún que otro diente bailando...

—¿Quién es? —preguntó Alejandro, con curiosidad e inquietud.

Su voz provenía de lo más profundo de aquella estancia, y un frío eco repiqueteó varias veces antes de que ella alcanzara un punto desde donde pudiera ver las rejas de la celda. Y allí, en un rincón oscuro, estaba él.

Alejandro se aferró con ambas manos a los barrotes de su celda y metió la cabeza entre ellos

todo lo que pudo. Tenía que ser un sueño, una visión. Ella no podía estar allí. Así que, definitivamente, había perdido la cabeza. Había oído hablar de personas que perdían el juicio estando encarceladas, aunque eso solía pasar después de varios años. Él había contado los días que llevaba en aquella inmunda celda, veintitrés con ese que empezaba. Días llenos de incertidumbre, impotencia y rabia, pero sobre todo, con un miedo metido en lo más profundo de su pecho. La posibilidad de no volver a verla jamás.

Cada noche en aquel duro camastro, se había fustigado a sí mismo por su avaricia. Había querido todo de ella, y ella no podía dárselo. Así que él le había exigido todo o nada, y la había dejado para que pensara lo que era estar sin él, mientras él trataba de olvidarla para dejar de padecer el dolor de su rechazo.

Por desgracia, el efecto había sido el contrario. Había sufrido cada día que había estado separado de ella. Y el día que se había despertado en aquella celda de la que ya no había vuelto a salir, se había dicho que en el fondo se lo tenía merecido, aunque él no hubiera cometido ninguno de los delitos de los que le acusaban.

Un hombre tenía que aceptar lo regalos que recibía en esta vida. Y él había intentado que el mayor de todos respondiera a sus deseos a su manera, sin pensar en los suyos propios, en sus sentimientos, en su voluntad de dar lo que solo ella podía decidir regalarle a él. Tal vez no fuera tan diferente a otros hombres como siempre había pensado de sí mismo. Ni tan adelantado a su tiempo, tan liberal y moderno.

Por eso, habiéndose comportado con soberbia, prepotencia y egoísmo, no esperaba que ella fuera a ir a verlo. Y por eso, solo podía ser una visión

fruto de las primeras manifestaciones de su inminente locura.

Pero ella se estaba acercando. Estaba muy cerca, tan cerca que si estiraba la mano podría tocarla, y lo hizo. Soltó uno de los barrotes y alargó el brazo. De inmediato, Verónica alargó el suyo y tomó su mano, con fuerza, y con la otra ahuecada en su mentón le acarició la mejilla, que ahora estaba cubierta por una espesa barba que daba fe de que su cabello aún era rojizo.

Verónica no podía creer que su rostro fuera el de siempre, si bien aquella barba le hacía parecer más mayor y algo desaliñado. No tenía herida alguna y sus ojos se abrían de par en par, como si no pudieran creer lo que veían. Después de leer en ellos una palpable incredulidad, la joven percibió cómo por sus ojos pasaban diferentes sentimientos, muchos de los cuales no supo interpretar. Pero sí pudo ver orgullo, arrepentimiento, nostalgia, hasta

felicidad.

No supo qué le hizo recordar lo que llevaba en uno de sus bolsillos, pero decidió que aquel era el mejor momento para devolvérselo. Ante el asombro de él, la joven le mostró aquel delicado lazo blanco, tomó la muñeca de su marido y la rodeó como hacía quince años había hecho. Nudo, lazada, nudo.

Cuando él pronunció su nombre y sonrió como si hubiera visto un ángel, ella se acercó más y posó su frente contra la de él.

—Voy a sacarte de aquí —susurró y frotó su nariz con la suya justo antes de besarlo con suavidad en los labios.

Se separó y abrió los ojos, observando como él aún los estaba abriendo, lentamente. Justo en ese momento su sonrisa creció y una lágrima resbaló por su rostro, perdiéndose entre su barba, y el corazón de Verónica dio un vuelco en su pecho,

avisándola de algo que llevaba tiempo tratando de decirle, algo a lo que ella había hecho oídos sordos.

“¡Maldito seas Alejandro!” —Le gritó mentalmente, sin poder ni querer soltarse de su mano—. *“¿Cómo has conseguido que me enamore de ti?”*

El despacho del Capitán no era muy espacioso, pero tenía un gran ventanal que estaba abierto de par en par y por el que entraba la suave brisa de la mañana. Alejandro respiró aquel aire fresco como si fuera un tesoro, y tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no levantarse de la silla en la que le habían confinado y sacar la cabeza por aquel espacio abierto. Los dos guardias que tenía a cada lado se lo hubieran impedido de todas formas, y él no iba a estropear los esfuerzos que había hecho Verónica para sacarlo de allí. Esfuerzos que lo tenían tan fascinado que no podía

esperar a saber cómo había logrado una audiencia con el Capitán, cuando a él no le habían permitido ni tan siquiera escribir una carta. Los espías no tenían ese derecho.

—Espero que las personas que van a testificar corroboren los informes que me dio ayer, Señora Zaldívar. Mi tiempo es escaso y a su marido se le acusa de cargos muy graves. Espionaje y allanamiento de una propiedad privada —y *encima, francés*, se abstuvo de añadir.

—Justamente, Capitán, es por esos cargos por los que mi marido ha sido privado de su también preciado tiempo, y libertad. Aunque me temo que, a pesar de ser graves, no han podido demostrarse. Ni nunca lo harán.

—Muy bien, Señora. Haga pasar a su primer testigo. Pero recuerde que yo no soy juez, ni usted abogado. Solo voy a permitir que esas personas que están ahí fuera hablen porque son ciudadanos

respetables, en su mayoría —matizó al recordar a alguno de los que había visto aguardando su turno antes de entrar en su despacho—. Yo me debo a los ciudadanos, y si quieren que los escuche, lo haré. Pero eso será todo, no espere que esto vaya a hacer que su marido quede libre hoy mismo.

—Gracias por permitirme verlo, Capitán. Y aceptar que esté presente durante las declaraciones —respondió ella, descolocándolo—. Espero que su esposa no tenga que pasar jamás por algo así.

—Que pase su primer testigo, Señora —dijo molesto por su última frase. Y se dio cuenta de que efectivamente, aquello parecía un juicio.

Alejandro saludó con un casi imperceptible gesto de la cabeza a Don Jacinto cuando entró en el despacho. Cada vez que movía las manos los guardias que lo flanqueaban echaban mano a sus armas, como si fuera a atacarlos. Así que

procuraba estar lo más quieto posible.

El anciano de pelo espeso y cano, después de presentarse y confesar haber sido él quien había informado a la familia de su cliente acerca de su detención, respondió una por una a las preguntas de la intrépida y suspicaz esposa de quien, si no estuviera siendo acusado de algo injustamente, consideraría el hombre más afortunado del mundo.

A simple vista, su declaración podría no servir para mucho. Pero él solo era el primero en testificar. Afirmaba bajo juramento haber informado a Alejandro sobre cómo llegar a la calle del Raval, la cual estaba a solo quince minutos a pie desde el hotel y no tenía pérdida. Allí se había citado con un hombre, Arnau Ballester, recordaba perfectamente, pues memorizar rostros y nombres era parte de su trabajo. También recordaba algo que Alejandro le había comentado aquella primera noche en el

comedor del hotel, donde habían compartido una copa. Arnau era el primo de sus otros dos socios, Biel y Agustí Ballester, pero ninguno de los hermanos se encontraba en la ciudad. Posiblemente porque ninguno lo esperaba, ya que él había adelantado su viaje a última hora.

Las últimas palabras que había cruzado con Alejandro habían tenido lugar a primera hora de la mañana de su detención. Se habían visto en el vestíbulo del hotel y Don Jacinto le había ofrecido entradas para la ópera para esa misma noche. Él le había dado las gracias pero las había rechazado, pues Arnau le había asegurado que sus primos regresaban ese día y que acudirían a su reunión diaria. Y así, por fin podrían avanzar en los trámites del negocio que le había llevado allí. Un negocio que consistía nada menos que en abrir una ruta de ferrocarril a través de los Pirineos.

El Capitán Azcona tomó nota de los nombres

citados, las fechas y la calle donde, supuestamente, se habían reunido las personas mencionadas. Preguntó a Alejandro si corroboraba su historia y, cuando él solo asintió con la cabeza —como el Capitán ya esperaba, pues coincidía con su propia declaración—, solicitó a Don Jacinto que permaneciera fuera mientras declaraban los demás testigos. Podría necesitar preguntarle algo más.

El siguiente en pasar por petición explícita de Verónica fue un muchacho harapiento que apenas alcanzaría los ocho años. El Capitán la miró con gesto severo, pero ella alegó que la declaración del muchacho era vital para la defensa de su marido. Cuando el hombre se rascó la cabeza y le indicó al niño que se sentara frente a él, Verónica pensó que tal vez no fuera tan terrible no haber logrado contactar con el abogado de Alejandro. Ella no lo estaba haciendo tan mal.

—Hola Jordi. Gracias por venir —le dijo al

muchacho, quien miraba receloso a su alrededor.

—Le dije que lo haría, Señora. —Cruzó la mirada con Alejandro y le decidió una fugaz sonrisa al reconocerlo—. Pero mi madre me ha dicho que deberá usted compensarme con una peseta por perder toda una mañana de mi trabajo.

—Me parece justo —resolvió ella con una sonrisa.

—Mendigando y vendiendo florecillas tú no ganas una peseta ni en todo un mes, ratoncito —le acusó el Capitán, pero Verónica abrió su bolso y le dio la moneda de plata al muchacho.

—Me he buscado una buena esquina en el Raval, Capitán. Y hay Dones y Doñas muy generosos por esa zona —se defendió el chico, mirando la moneda con deleite antes de guardársela en un bolsillo.

—No le he dado un solo céntimo más a este muchacho, Capitán —alegó enseguida Verónica—.

Lo quiero dejar claro por si se le pasa por la cabeza la idea de que le haya pagado para que diga algo que no sea cierto. Solo le he pedido que viniera aquí y contara lo que me contó a mí.

—Mentirle a un Capitán de la Guardia Civil es algo muy serio, muchacho —le advirtió directamente a Jordi—. Así que más vale que no salga una sola mentira de tu boca, o acabarás entre rejas como tu padre y tus hermanos mayores, ¿entendido? —Él asintió, consciente de que el Capitán le había reconocido como uno de los hijos de *El Rata*, apodo que se había ganado a pulso por ratero—. Bien. Entonces dime, ¿qué rayos pintas tú aquí?

—El señor francés, el que está ahí sentado, compró mis flores hace así como un mes. Las compró todos los días a la misma hora durante una semana entera, justo antes de entrar en el edificio del número dos, frente a mi esquina. La primera

vez me dijo “Si mi esposa te oyera, te llevaría de una oreja a su escuela”. Me corrigió porque yo decía “Compren manojitos de violetas”, y él me explicó que lo correcto eran “ramitos”. Pero desde que empecé a decirlo bien, a la gente no le doy tanta lástima y no se detiene a comprar. Así que hace días que he vuelto a decirlo mal.

El Capitán trató de no reírse cuando el niño puso cara de resignación y se encogió de hombros.

—También me dijo que el color de mis flores era igual al de los ojos de su esposa. Por eso la reconocí hace unos días, cuando se detuvo en la calle y me corrigió igual que el señor francés. Me pareció mucha casualidad que dijera lo mismo que él, y que además tuviera los ojos del color de mis violetas. Entonces le pregunté dónde estaba su marido, porque desde que me pidió que le indicara por dónde ir a una dirección que tenía apuntada en un papel, no lo había vuelto a ver.

—La nota...

—Silencio, Señor Zaldívar —exigió el Capitán en cuanto lo oyó murmurar—. Absténgase de hablar si no quiere volver a su celda antes de que esto acabe.

—Capitán. —Verónica avanzó un paso—. ¿Le importaría dejar que mi marido termine lo que pretendía decir? Tal vez aclare por qué, cuando llevaba toda una semana acudiendo a un mismo lugar, de pronto decidiera ir a otro edificio y, teóricamente, colarse sin que nadie lo viera, con la intención nunca culminada de robar información industrial de una empresa competidora suya.

El Capitán refunfuñó y rebuscó entre unos papeles. Se detuvo unos minutos a leer un documento.

—Señor Zaldívar. En su declaración, alega textualmente: *“La mañana de mi detención acudí a la oficina del primer piso del número dos de la*

calle del Raval, como llevaba haciendo desde que llegué a Barcelona. Pero ese día el portero me dio una nota en la que se me indicaba que debía acudir al número doce de la avenida del Paralelo, donde mis socios ya me esperaban. Cuando llegué al edificio en cuestión, la puerta estaba abierta y, como no había nadie, entré directamente. Busqué a alguna persona a la que preguntar por mis socios y di con una sala cuya puerta estaba abierta. Allí había una enorme mesa cubierta de planos muy similares a los que habíamos estado estudiando Arnau Ballester y yo durante esa semana. Dando por hecho que ese era el lugar de reunión, esperé allí, curioseando los planos. Al cabo de unos minutos, oí un ruido de pasos a mi espalda y me giré, creyendo que serían ellos. Y no recuerdo nada más que sentir un fuerte golpe en la cabeza y que todo se volviera negro antes de despertar en una celda.”

—El Capitán dio un sorbo a un vaso de agua que tenía sobre la mesa—. ¿Mantiene su declaración tal como está?

—Sí, Capitán. Solo me gustaría añadir algo—. Esperó a que él asintiera—. Al oír a este muchacho he recordado que guardé esa nota en el bolsillo de mi chaqueta. Después de leérsela para preguntarle por dónde debía ir a aquella dirección, la guardé en ese bolsillo y encima coloqué el segundo ramito que le compré ese día para agradecer su ayuda.

—¿Y de qué nos servirá esa nota?

—Comprobará que la letra no es mía. En su momento me pareció la de Arnau Ballester. La reconocí por la documentación que poseo de su puño y letra.

—Toda la documentación que mi marido tenía en su habitación del Hotel Mediterráneo fue requisada por sus hombres, Capitán. —Para lo

cual, habían dejado patas arriba la estancia y todas sus pertenencias tiradas, se abstuvo de mencionar —. Podríamos comparar la letra con eso.

El hombre sacudió la cabeza negativamente.

—Aunque así fuera, es muy sencillo imitar la letra de alguien para escribir una simple dirección.

—¿Va a sumar falsificación a los cargos? — Refunfuñó Verónica—. Porque en ese caso, lo lógico habría sido que mi marido no hubiera olvidado mencionar la existencia de ese papel, ¿no cree? —Lo miró ceñuda—. ¿Le importaría hacer traer la chaqueta de mi marido?

Con un gruñido, el hombre indicó a uno de los guardias que fuera a por las pertenencias del recluso.

—Le echaré un vistazo —aceptó, y se dirigió a Alejandro—. Pero no es una prueba que le exculpe de estar en las oficinas de esa empresa de construcción ferroviaria, lugar que usted allanó y

cuyos dirigentes lo acusan de espionaje industrial. Porque su versión de que las puertas estaban abiertas y que no había nadie allí, se contradice con las alegaciones de los dos vigilantes de seguridad, quienes aseguran no haberse movido de su puesto de trabajo.

—Puesto que no querrán perder reconociendo no estar donde debían... tal vez porque alguien se lo solicitó a cambio de una buena propina —insinuó Verónica, pero no tenía pruebas de eso—. Además, ningún acceso estaba forzado. Y cuando casualmente los dos vigilantes aparecieron en la sala y lo encontraron porque él mismo había dejado la puerta abierta, decidieron muy valientemente no preguntarle quién era ni darle el alto, sino asestarle un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente durante horas —recalcó, insistiendo en esa parte de la historia que ya había discutido el día anterior con el Capitán.

—Como le dije, una práctica demasiado violenta, y un descuido fatal para él. Y sobre entrar sin forzar nada... podría haber robado alguna llave —adujo.

—Entonces debería haber llevado encima esa llave cuando lo detuvieron y lo registraron, ¿no? —indicó Verónica en cuanto el guardia entró con la caja que contenía los efectos personales de Alejandro.

La vaciaron sobre la mesa. Varias ramitas secas y pétalos marchitos llovieron lentamente sobre el suelo al sacudir la chaqueta boca abajo. La cartera cayó con un golpe seco y el Capitán registró su contenido sin encontrar nada sospechoso. Tuvo que meter la mano en el bolsillo de la solapa para sacar la nota. La leyó y la colocó junto con los informes que Verónica le había llevado, y gruñó al detectar por el rabillo del ojo un movimiento. Jordi había alzado una mano para hablar.

—Yo también acabo de recordar algo —
murmuró algo asustado.

—Desembucha —farfulló el Capitán.

—El señor francés solía salir del edificio del número dos a mediodía, acompañado de un hombre con el que iba al restaurante del viejo Rufo, en el número seis. Al principio me extrañó que, con lo distinguidos que parecían, fueran al peor restaurante de la calle. Luego imaginé que sería porque el otro señor cojeaba y le costaría andar hasta uno que estuviera más lejos.

El Capitán Azcona dio dos golpecitos sobre la mesa con el dedo índice.

—Ahora me dirá, Señor Zaldívar, que Arnau Ballester cojea.

—De su pierna izquierda, Capitán. Me contó que sufrió una caída de un caballo siendo niño. Aunque ahora dudo que nada de lo que me contara sea cierto.

—Supongo que la única forma de comprobarlo es trayéndolo aquí. ¿No ha ido usted al número dos de la calle del Raval, Señora?

—Por supuesto. Pero allí no hay más que oficinas en alquiler. Arnau Ballester no dio su nombre para alquilar ninguna de ellas. Ni ninguno de sus primos. Lo he comprobado.

—¿Y lo ha localizado en algún otro lugar?

—No. A ninguno de los tres. De momento —matizó, con las esperanzas puestas en la mujer que más le había ayudado durante esa agónica semana.

—Qué mala pata —farfulló con ironía antes de centrarse en el muchacho que tenía en frente—. Sal de aquí, ratoncito. Espera fuera hasta que te indiquemos que puedes irte. Y más te vale hacer buen uso de esa peseta.

—Sí, Capitán. —El niño se cuadró ante él y salió corriendo después de sonreír a Verónica con la esperanza de haber sido de ayuda. Aquella

señora tan bonita y el señor francés tan amable se lo merecían.

—¿Algún testigo más?

—Sí —respondió inmediatamente Verónica, dando un toquecito en la puerta para que el guardia la abriera—. Miguel García. El tabernero.

El oficial hizo pasar a un hombre corpulento y barrigón cuyas ropas no tenían mucho mejor aspecto que las de Jordi. Miró con desgana a Verónica y esta suspiró aliviada. Ese hombre había estado a punto de no acudir. Menos mal que su compañera de investigaciones había adivinado cómo convencerlo, qué puntos flacos atacar. Ella por su parte no habría sido capaz de reconocer un antro de juego ilegal disfrazado de burdel de poca monta con solo mirar a los sujetos que lo frecuentaban.

El hombre esperó a que se le preguntara, respondiendo muy escuetamente y sin entrar en

detalles. Aunque no pudo evitar ponerse a la defensiva y asegurar que su local era humilde pero respetable, aduciendo que prestaba un servicio muy necesario a la comunidad. Gracias a él, había menos fulanas por las calles, añadió. Al ver que el Capitán carraspeaba, decidió volver a limitarse a responder directamente a las preguntas.

—¿Señor García, podría reproducir lo que me contó en su taberna hace tres noches?

—Lo intentaré. —Cogió aire y se secó el sudor de la frente—. La señora aquí presente y su amiga entraron en mi local preguntando a mis clientes por unos tipos, los Ballester. Buscaban a alguien que pudiera decirles dónde encontrarlos. Pero a mis clientes no les gusta que los molesten cuando están... divirtiéndose. Así que las invité a marcharse.

—Trató de echarnos por la fuerza, querrá decir —corrigió ella.

—Tengo que proteger mi negocio —se defendió, y continuó rápidamente—. Les expliqué que allí nunca había acudido nadie con ese apellido, que yo conocía a todos mis clientes. Y que ningún hombre de su distinguida clase frecuentaba mi local. O no lo había hecho hasta hacía algunas semanas.

—¿De quién está hablando? Quiero nombres —exigió el Capitán.

—No sé sus nombres. Solo sé que se reunieron a mediados de mes, varios días seguidos. Reservaron una de mis mesas más discretas, al fondo del local, y las cuatro de alrededor. No querían que nadie los molestara. Vestían muy elegantemente y, según mis chicas, a las que les encanta hablar sin parar, parecían estar más conspirando que negociando sobre algo. Estuvieron allí cada noche durante casi una semana. Era viernes cuando los vi por última vez.

—¿Cómo está tan seguro? —inquirió el Capitán, pues Alejandro había sido detenido casualmente un viernes de mediados del mes de julio.

—Porque el sábado es el día que más clientela acude. Y si ellos hubieran reservado cinco mesas para el día siguiente, tendría que haberles cobrado el doble. Pero ya no volvieron.

—Cuéntele lo del carruaje, señor García —solicitó Verónica.

—Oh, sí. Una noche coincidí con ellos en el callejón, justo cuando se marchaban. Yo iba a sacar la basura y ellos estaban montándose en carruajes distintos. Uno parecía de alquiler, pero el otro me llamó la atención porque tenía un blasón en la puerta.

Interesante, pensó el Capitán y se rascó su cuidada perilla preguntándose cómo habría conseguido la dama convencer a aquel tipo para

que acudiera a declarar. Algo le decía que no le había pagado un céntimo, porque el hombre hablaba con disgusto, como si no le agradara tener que estar allí.

—¿Podría describirme ese blasón?

—No. Lo lamento. Quizás si lo viera de nuevo, lo recordaría.

O si no llevara un par de jarras de vino en el buche desde primera hora de la mañana, pensó Azcona para sí.

—¿Podría detallarnos algo más de esos hombres?

—Entraban embozados y salían igual. Solo les vi la cara cuando yo mismo les llevé vino un par de veces, porque solían ir mis chicas. Uno era más alto, rubio y de ojos claros, creo. Joven. Como ese hombre de ahí —señaló hacia Alejandro—. El otro era más mayor, veinte años más quizás. Menudo, o lo parecía al lado del otro. Moreno. Y

además... me parece que cojeaba, porque llevaba un bastón.

—Ese detalle no me lo mencionó a mí, señor García —comentó Verónica, esperanzada.

—Lo acabo de recordar —dijo y se sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente. Necesitaba aire.

—Una prueba más de que esos dos hombres confabulaban contra mi marido, Capitán. El de la cojera apunta a que era Arnau Ballester. Y el otro hombre, no me cabe duda de que es el Conde de Ayala. Ayer le hablé con detalle de nuestro pasado en común, de su irracional interés por todo lo que era mío, y de mi padre. Le hablé también la de solicitud de nulidad de mi matrimonio que él mismo interpuso, además de tener la desfachatez de presentarse en nuestra casa para jactarse de ello y amenazarnos. —Miró a Alejandro pidiéndole calma en silencio, imaginando que

hasta ese momento él no habría relacionado a Rodrigo con todo aquello. Temía su reacción ahora que lo sabía—. Si encontramos un blasón de su familia para que el señor García lo identifique, ¿no cree que tendremos pruebas de su confabulación?

Él negó con la cabeza.

—Eso... situaría a un hombre con cojera y a ese Conde en un antro. Nada más.

—Sí. Pero, casualmente, durante los días que mi marido estuvo reuniéndose con Arnau Ballester. Y solo hasta que lo detuvieron.

—Usted lo ha dicho. Casualidad —sentenció—. Espere fuera señor García.

Apenas se había levantado cuando la puerta se abrió de sopetón.

—Capitán, hay un hombre que precisa ser recibido inmediatamente —informó el guardia que custodiaba la entrada.

—¿No le has dicho que estoy muy ocupado ahora mismo?

—Sí. Pero dice que es el Marqués de Beaumont y que a él nadie le hace esperar.

Verónica abrió los ojos por la sorpresa y Alejandro captó de inmediato que su tío no estaba entre los testigos que había reclutado. Entonces, ¿qué demonios hacía allí?

—¿Su segundo apellido no es Beaumont, señor Zaldívar?

—Sí. El Marqués es mi tío —confirmó resignado—. Pero no tenemos relación alguna. No sé qué hace aquí.

—Yo solo le mandé un telegrama en cuanto imaginé que Rodrigo tenía algo que ver con todo esto. —Aunque realmente habían sido varios, uno por cada una de las residencias que poseía, cuyas direcciones le había facilitado su nueva amiga—. No pensé que fuera a...

Verónica fue interrumpida por los gritos que resonaban fuera.

—Tendrá que dispararme o dejarme entrar, oficial. Usted elige.

El Capitán le hizo una señal al guardia, quien se apartó de la puerta. Armand de Beaumont entró como un toro en el despacho.

—¿Capitán Azcona? Tengo que hablar con usted.

—Si viene a declarar, Marqués, póngase a la fila.

—¿Cómo dice? —Trastabilló y se hubiera caído si su bastón no lo hubiera sujetado. Volvió a perder el equilibrio al ver a Alejandro en una silla, custodiado por dos guardias. Al mirar a su alrededor, solo necesitó un segundo para reconocer a la mujer de su sobrino. Era tal como la recordaba de la fotografía del periódico.

—Yo no espero en una fila como un vulgar

obrero. Exijo que me escuche para que pueda volver a descansar a mi residencia de verano, donde esta mujer me envió un telegrama acusándome de tener algo que ver con que mi sobrino estuviera preso. Cosa de la que nadie me había informado hasta entonces.

Ante la mirada fría que le lanzó al tabernero, quien estaba de pie delante de la única silla libre, el aludido se hizo a un lado y el Marqués se sentó con dificultad.

—Así que alega no tener nada que ver en una trama para inculpar a su sobrino de falsos cargos. —Azcona se cruzó de brazos y se recostó en la silla, dispuesto a escuchar otra declaración más, aunque bastante harto de ello.

—¿Se ha vuelto loco? —Armand golpeó el suelo con su bastón—. No puedo permitir que mi apellido quede mancillado. Ningún Beaumont puede ser apresado.

—¿Así que usted no se reunió hará cosa de un mes con Arnau Ballester en la taberna del señor García aquí presente?

—¿Yo? —Su arrugada frente se frunció aún más al abrir los ojos de par en par—. Llevo viajando dos días sin descanso para llegar aquí lo antes posible. Antes de que este ultraje saliera a la luz. No pisaba España desde hacía años.

—Cojea. —Azcona señaló su bastón—. Y ese escudo de armas que lleva en la empuñadura de su bastón será el de su familia, el mismo que lucirá en la puerta de su carruaje.

—Sí. ¿Y qué?

—Señor García. ¿Reconoce a este hombre y el blasón que vio aquella noche?

Él lo miró detenidamente y lo hubiera cogido para asegurarse si el Marqués no lo hubiera apartado rápidamente.

—No. Este hombre es más mayor. Y el escudo

no se parece. Además, el que cojeaba no era el que entró en el carruaje del blasón, sino el otro.

—¿De qué blasón hablan?

—Monsieur Armand —intervino Verónica—.

Estamos intentando esclarecer los hechos que han llevado a mi marido a ser acusado de todo lo que le expuse en el telegrama. Este hombre asegura haber visto a alguien muy parecido a Rodrigo de Ayala en actitud conspiratoria con un hombre muy similar a un supuesto socio de Alejandro, Arnau Ballester. He reunido algunas pruebas y declaraciones que demuestran que ellos le tendieron una trampa.

El Marqués miró ceñudo a la joven. Estaba tratando personal y valientemente de sacar a Alejandro de la cárcel. Justamente lo que él pretendía también. Así que no pasaba nada porque colaborara con aquella plebeya, solo por esa vez.

—No conozco al otro hombre. Pero sí

considero que ese Conde es capaz de algo así. Está obsesionado con usted, Madame, de un modo enfermizo. Por eso he traído esto para el Capitán. —Armand sacó un papel y se lo dio a Azcona. Era un telegrama, pero no el de Verónica—. A finales del pasado mes recibí este telegrama del Conde de Ayala. Admito que él y yo colaboramos en la solicitud de nulidad del matrimonio de Alejandro. Mi sobrino debía casarse con una aristócrata francesa, y no con la hija de un comerciante español. Pero la resolución de nuestro requerimiento fue negativa, tal como me informó el Conde en ese telegrama. Si lo lee, comprobará que dice agradecerme mi colaboración de todas formas. También que, no obstante, por si eso ocurría, tenía un as en la manga para separar a Verónica Aranda y a mi sobrino. Dice textualmente que sus propios negocios serían su perdición. Sospechoso, ¿no cree?

—Reconozco que sí, Marqués. Mucho. — Azcona leyó el telegrama con atención. Era casi como una confesión—. Pero no puedo relacionar a ese Conde con los Ballester de ninguna forma.

—Sí puede. —Verónica se acercó a la mesa y buscó entre los papeles que le había entregado el día anterior—. La empresa ferroviaria que supuestamente allanó mi marido dispone de varias cuentas en el banco de la familia de Ayala.

Todos observaron a Azcona, quien revisaba detenidamente aquellos documentos y se rascaba la perilla, pero no parecía llegar a ninguna conclusión.

—Señor García —dijo de pronto Armand, mirando al tabernero con disimulado desprecio—. ¿Reconoce esto?

Estiró la mano y solicitó la pluma que el Capitán tenía sobre la mesa. Cogió el primer papel que encontró e hizo un dibujo que mostró al

sudoroso hombre.

—¡Sí! Es el blasón que vi en el carruaje. Es ese, sin duda.

—El emblema de los Ayala. Puede comprobarlo si no me cree, Capitán.

Azcona observó el asombroso dibujo que había realizado el Marqués en un par de minutos. Y, efectivamente, lo guardó para comprobarlo más tarde.

—Ahora, ¿va a dejar libre a mi sobrino? —Con un forzado movimiento, el Marqués se levantó de la silla—. Tengo que volver a mis asuntos.

—Tendría que interrogar a ese Conde antes de tomar una decisión respecto al señor Zaldívar. Puede que ambos hechos no estén relacionados. Si el abogado de la empresa que teóricamente allanó no retira los cargos de espionaje industrial, yo estoy de manos atadas hasta que hable con Rodrigo de Ayala o Arnau Ballester. Y esas personas

parecen haberse esfumado.

—¡Pamplinas! —El bastón del Marqués repiqueteó contra el suelo—. Mi sobrino no necesita espiar a otras empresas. En aras de proteger mi apellido, llevo años haciendo seguir de cerca cada uno de sus negocios. Para evitar cosas como esta —lo señaló, aún custodiado por los guardias—. Son un ejemplo de legalidad y eficiencia. Además, ¡por el amor de Dios!, ha permitido que su esposa monte una escuela gratuita para niños. ¡En su propia residencia! ¿Cree que alguien así iba a espiar descaradamente a nadie?

Todos aguardaron en silencio la respuesta de Azcona. Aunque Alejandro estaba más pendiente de su tío. No sabía si estaba más sorprendido por el hecho de que hubiera estado al tanto durante años de lo que él hacía, o porque hubiera hecho comentarios positivos sobre ello.

—No importa lo que yo crea. —Azcona miró

con furia al Marqués. No le gustaba que le gritaran en su propio despacho—. Solo importa lo que las pruebas demuestran.

—Las pruebas en su contra solo se basan en que estaba en un lugar privado al que no debía haber entrado, aunque una nota justifica que acudiera allí. Sin embargo, no forzó ninguna puerta ni se le ha encontrado una llave robada. No cogió nada de aquella empresa, solo fue visto mirando unos planos que estaban sobre una mesa, no en una caja de seguridad. Si esos empresarios no saben mantener cerrados sus edificios, ni guardar a buen recaudo documentos tan importantes, no es culpa de mi marido.

—Hablaré con el abogado que lleva esta acusación. Le expondré toda esta información. Pero hasta entonces, el señor Zaldívar deberá permanecer aquí.

¡No, no, no! La impotencia invadió a Verónica.

No permitiría que su marido pasara un solo día más en una celda. Si tan solo hubieran encontrado a alguno de los Ballester...

—Perdón. —El guardia volvió a abrir la puerta y, tras mirar al Capitán, se dirigió a Verónica. A ella le extrañó verlo sonrojado y nervioso—. La señorita que la acompañaba ayer quiere saber si puede pasar.

Verónica comprendió entonces el sonrojo del muchacho. Su amiga provocaba ese efecto en muchos hombres. Algo que les había ayudado enormemente en toda aquella investigación.

—Claro, hágala pasar. —No podía llegar en mejor momento—. Hola Anette. ¿Ha habido suerte?

—Sí. —La dama entró y miró uno por uno a los presentes en aquella concurrida sala, alzando una ceja al encontrar inesperadamente a Armand, allí, de pie junto al tabernero. Menuda estampa. Al

cruzar su mirada con la del cada vez más sorprendido Alejandro, intercambiaron una sonrisa —. He localizado a uno.

Alejandro suspiró aliviado al ver a Agustí Ballester entrar detrás de Anette, aunque la presencia de ella lo descolocara casi tanto como la de su tío. ¿Era ella la amiga que había acompañado a Verónica en su investigación por burdeles y tabernas de mala muerte? La idea de imaginarla allí con Ivy lo había sobrecogido. Que fuera Anette quien la había acompañado, lo tranquilizaba mucho más. Ella era una mujer de armas tomar.

El Capitán profirió un juramento y se levantó de su silla golpeando la mesa con un puño.

—¡Señora Zaldívar! ¿Acaso pretende meter en mi despacho a medio Barcelona? —Cuando una risilla lo distrajo, su rostro se enrojeció y fulminó con la mirada a uno de los guardias que custodiaba

a Alejandro—. ¡Idiaquez! Como vuelva a reírse lo expediento y lo meto un día entero en el calabozo. Ya veremos si eso también le hace gracia.

—Perdón, Capitán.

Frotándose la cara con ambas manos, Azcona se dejó caer sobre su silla.

—Señorita Duval. —Miró a la dama y pareció tranquilizarse de inmediato—. ¿Sería tan amable de decirme quién la acompaña?

—Él es Agustí Ballester. Y tiene mucho que contarle, Capitán.

Ella misma le ofreció la silla que había frente a la mesa y se alejó un paso, quedando de pie junto al Marqués, a quien miró con una sonrisa retorcida, solo para molestarlo. Y como estaba de muy buen humor, dio otro paso para acercarse más a él, lo justo para rozarle el brazo. ¡Oh! ¡Qué fácil y gratificante era hacer rabiar a su padrino! Nombramiento del que él había renegado en cuanto

había descubierto su preferencia por las mujeres.

—Hable, señor Ballester. Diga lo que tenga que decir y acabemos de una vez. No puedo dedicar todo un día a un solo caso.

—La verdad, Capitán, es que no me esperaba todo... esto —señaló a su alrededor, a toda aquella gente y a Alejandro vigilado por dos hombres— cuando esta señorita me asaltó en la puerta de mi casa y me convenció, muy persuasivamente, para que viniera aquí de inmediato. Pero si llego a saber antes que Alejandro Zaldívar estaba preso por el proyecto que he acabado vendiendo a otros en vez de a él, habría venido mucho antes.

Con gesto apesadumbrado, Agustí miró a Alejandro y agachó la cabeza.

—Explíquese. —Azcona cogió su pluma y se dispuso a tomar más notas. Esperaba que fueran las últimas.

—Mi hermano Biel y yo hemos dedicado muchos años a este proyecto. Aunque podría decir que es más que eso. Es un sueño. Así lo tratamos de hacer ver a todos los inversores a los que visitamos, pero nadie en España quiso financiar la construcción de las vías por donde nosotros habíamos calculado. Fue entonces cuando nos planteamos, ¿por qué no intentar vender la idea en Francia si iban a salir igual de beneficiados?

>>Mi primo Arnau, que es quien se encarga de buscar a los inversores, nos habló de Alejandro Zaldívar y sus empresas. Él fue nuestro único contacto en Francia, y con él estábamos a punto de cerrar el trato. Lo esperábamos en Barcelona antes del mes de julio, pero Arnau nos informó de que no vendría hasta que no replanteáramos uno de los planos. Según le había explicado a mi primo, los topógrafos de sus empresas habían encontrado errores. Por supuesto, Biel y yo volvimos a la zona

y recalculamos todo a conciencia. No había un solo error en las cotas.

—¿Qué tiene que decir a eso, señor Zaldívar?
—inquirió Azcona.

—Los informes de mis topógrafos estaban en mi habitación del hotel. En ellos se da el visto bueno a todos y cada uno de los planos. —Buscó la mirada de Agustí—. Yo no me puse en contacto con Arnau hasta que llegué a Barcelona. Él me dijo que sus primos estaban fuera de la ciudad, pero no que estuvieran en los Pirineos replanteando nada. Y todo lo que traté con él fue en aras de continuar con nuestro acuerdo.

—Lo creo, Zaldívar. —Agustí se rascó la frente—. Porque no es la primera vez que mi primo hace algo así.

Una exclamación ahogada se oyó en el despacho, pero la siguió un silencio sepulcral.

—¿Está usted acusando abiertamente a su

primo, señor Ballester?

—No lo hice hace doce años, cuando perdimos inexplicablemente la venta de otro proyecto y, como por arte de magia, él logró encontrar otro inversor. Uno que pagó mucho menos por nuestra idea y nuestro trabajo. En cambio, por lo que descubrimos mi hermano y yo casualmente al revisar unas cuentas, Arnau obtuvo unos beneficios extra. No podíamos demostrar que provenían de ese inversor, pero siempre lo sospechamos. Ahora, ya no tengo ninguna duda.

—¿Y por qué está tan seguro? —quiso saber Azcona tras buscar otro papel donde seguir tomando notas.

—Porque desde que llegué anteayer a Barcelona no consigo dar con mi primo. Hace días que nadie sabe nada de él. Y antes de volver de los Pirineos recibimos un telegrama suyo donde decía que Alejandro Zaldívar había retirado su

oferta. Había detectado más planos erróneos y ya no le interesaba el proyecto. Por suerte, uno de los bancos a los que habíamos acudido hacía ya un año había cambiado de idea. Así, de repente. Tan repentinamente como había llegado a un acuerdo con una empresa de Barcelona para comenzar cuanto antes. —Carraspeó de incomodidad—. Me temo que la misma empresa que, según me ha contado la señorita Duval, dicen que el señor Zaldívar allanó para robar información. Cosa que no tiene ningún sentido, ya que él cuenta con toda la documentación del proyecto.

—¿Ese banco, señor Ballester, no será por casualidad el de la familia de un tal Conde de Ayala?

—Sí —respondió sin darle mayor importancia—. ¿Por qué?

—Porque su primo y el Conde de Ayala han sido quienes han conspirado contra mi marido —

farfulló Verónica a su espalda—. Por mi culpa.

Cuando aquella sospecha se convirtió en una certeza, el peso de la culpa cayó sobre ella. Se derrumbó, tanto física como moralmente. Anette corrió a su lado y la cogió por los brazos antes de que cayera al suelo. Antes de que Alejandro pudiera levantarse y agarrarla él mismo. Agustí le cedió su asiento a la mujer, quien temblaba y lloraba desconsolada. Aquello era el colmo.

—Mi primo no está en su casa, Capitán. Ni nadie sabe nada de él. Se esconde —aseguró irritado—. Porque es culpable y teme que mi hermano y yo le pidamos explicaciones sobre este repentino cambio de inversores y descubramos lo que ha hecho para sacarse de en medio a Alejandro Zaldívar. Seguro que si el Conde de Ayala es su cómplice, sabrá dónde está. ¡Quiero que los encuentren! —Golpeó con rabia la mesa, haciendo que la última palabra que estaba

escribiendo Azcona acabara siendo un borrón—. ¡A ambos! Quiero hacer una denuncia formal contra ellos. Esta vez no lo dejaré correr.

—Señor Ballester. —Anette habló muy pausadamente y agarró delicadamente de los hombros al enfurecido hombre—. Los contactos que me han llevado hasta usted, no han podido dar con el paradero del Conde, ni el de su primo. En cambio, sí han descubierto dónde va a estar Rodrigo de Ayala esta noche. Es un hombre de gustos refinados, así que hay ciertos lujos que no se abstiene de disfrutar ni en momentos como este. Y aunque no creo que tengamos la suerte de que su primo vaya a acudir a ese lugar con él, comparto su idea de que Ayala sabe dónde está. Incluso lo puede estar ocultando él mismo por su propio interés. —Se volvió hacia el Capitán y lo miró a los ojos, decidida a convencerlo—. Arnau Ballester es el único que puede acusar a Rodrigo

de Ayala de sobornarlo para cederle el proyecto de Alejandro y después prepararle una encerrona que lo llevara a una celda. Si detiene o interroga a Ayala antes de dar con su cómplice, nunca encontraremos a Arnau y no habrá pruebas suficientes contra Ayala.

Los ojos de Azcona parpadearon por primera vez desde que ella se le había acercado.

—¿Así que sabe dónde puedo arrestarlo esta misma noche, pero insinúa que lo deje marchar sin más?

—En absoluto. —Su estudiada risita resonó en el abarrotado despacho—. Quiero que ese miserable se pudra en la cárcel. Pero creo que antes deberíamos persuadirlo para que nos diga, voluntariamente y sin que sospeche nada, que él está implicado. Y dónde está su cómplice.

—Claro. Eso estaría muy bien. ¿Tiene alguna brillante idea para conseguir ese milagro?

—Sí —afirmó, sorprendiendo a todos. Cuando Anette miró a Verónica, Alejandro supo que aquello no le iba a gustar nada—. Tengo un plan.

Capítulo 20

Leo se dirigió a la antigua suite de Alejandro en el Hotel Mediterráneo. Había dejado allí a Ivy esa mañana. Verónica no quería que la joven se acercara al cuartel, y él tampoco. Después de protestar por tratarla como a una niña, ella había decidido esperarlos recogiendo las pertenencias de Alejandro, las cuales habían sido volcadas de cualquier manera durante el registro. De esa forma, cuando lo liberaran —que lo harían— todas sus cosas estarían en condiciones y esperándolo en la suite de su esposa.

El joven apenas había tocado la puerta cuando oyó el repiqueteo de pequeños pasos contra el suelo enmoquetado. La puerta se abrió violentamente.

—¡Leo! —Ivy miró detrás de él y se llevó la mano al pecho con angustia—. ¿Y Alejandro? ¿Y Madame? No me digas que no...

Él dio un paso dentro de la habitación, cerró la puerta y abrazó a Ivy, quien había comenzado a respirar entrecortadamente y además parecía ir a desplomarse como si las piernas ya no la sujetaran.

—El Capitán Azcona ha accedido a liberar a Alejandro mientras comprueban que ese Conde del que Madame Verónica sospechaba es el responsable de toda esta trama. Pero permanecerá custodiado por dos guardias y no podrá salir del hotel en cuanto llegue. Tardarán aún un rato. Tiene que esperar a que los testigos que Madame reunió pongan sus declaraciones por escrito. Y a que el primo del cómplice del Conde redacte una denuncia. Eso va a ayudar a que Alejandro quede libre de los cargos. —Le acarició una mejilla al

ver que los ojos se le inundaban—. Mademoiselle Duval ya está con ellos. Y yo no quería dejarte sola más tiempo.

—¡Oh, Leo! —Hundió la cabeza en el refugio de su pecho—. Estaba tan preocupada.

—Lo sé, mi vida. —Le besó la frente—. Vamos, siéntate. Te traeré agua.

Después de dejarla en una silla miró a su alrededor. Aquel cuarto había sido cerrado a cal y canto desde la intrusión de la Guardia Civil hasta ese día. Era posible que no hubiera una jarra de agua y... Se quedó paralizado. Solo habían pasado unas tres horas desde que él y Verónica la habían dejado en esa suite por donde parecía haber pasado un huracán. Ahora todo estaba impecable.

—¿Ha venido alguien del servicio del hotel a limpiar?

—No. Pero una muchacha me ha dejado uno de los carros de limpieza.

—¿Qué? —No lo podía creer.

—Necesitaba estar ocupada.

—Ivy...

Ella se secó las lágrimas con el dorso de la mano antes de replicar con furia.

—¡Qué querías que hiciera! Estaba aquí, volviéndome loca. Pensando en si los esfuerzos de toda esta semana habrían valido de algo. Y... ¡pensando en ti!

Aturdido, el joven se arrodilló ante ella.

—¿Cómo?

—¡Oh, Dios mío! ¡Soy una persona horrible!

Él ahogó una carcajada.

—Eres la persona menos horrible que conozco.

—No te burles de mí. —Le dio un empujoncito en un hombro que él apenas percibió—. Lo digo en serio.

—Yo también. —Pacientemente, se sentó sobre

sus talones y le tomó ambas manos—. ¿Vas a contarme qué sucede?

Ella le dirigió una mirada llorosa.

—Sabes que adoro a Alejandro, que lo quiero como a un hermano. A los dos os amé así en cuanto os conocí. Después, mis sentimientos por ti siguieron otro rumbo. Y aunque él me aprecia, no es igual que contigo. Nunca llegué a tener lo que vosotros dos teníais.

—Ser varones nos unió más —justificó—. Y mi madre nos crio a los dos.

—Lo sé. No es que me queje. Solo trato de explicarte lo que he sufrido estos días pensando que no volvería a verlo. He sufrido lo mismo que tú, Leo, ¿entiendes?

—Sí. —Y ojalá no hubiera tenido que sentir aquello—. Un intenso dolor por todas partes, como si te estuvieran golpeando continuamente y no pudieras defenderte.

—Y un nudo en el estómago que no deja que el aire que respiras llegue a lo más profundo de los pulmones. Ningún aire es suficiente.

—Posiblemente, solo la angustia de Madame Verónica, y la del propio Alejandro, haya sido peor que la nuestra.

—Muy posiblemente —aceptó ella—. Y es eso lo que me hace mala persona. Ella es mi amiga, Leo. Como Alejandro, otra hermana para mí. Y en lugar de centrar todos mis pensamientos en ellos, mi cabeza no dejaba de pensar en ti.

—¿En mí?

Ella asintió y respiró profundamente. Ahora ese aire llegaba un poquito más lejos.

—Estaba recogiendo el desastre de esta habitación. Viendo la impunidad con la que habían destrozado gran parte de sus cosas. Imaginando cómo lo habían detenido y confinado en una celda. A él, que es de sangre medio noble, que es rico,

que tiene unos apellidos que lo respaldan y unos negocios respetables. Si a él que parece intocable han podido hacerle esto, cuando todos sabemos que es inocente, ¿qué no podrían hacernos a nosotros? ¿A ti?

Él le masajeó las manos con sus pulgares, transmitiéndole toda la tranquilidad que podía.

—Nadie va a conspirar contra nosotros, Ivy. No tienen motivos.

—Pero si alguien quiere usarnos como cabeza de turco, unos sirvientes son un blanco fácil. Nadie iba a creernos. Yo no tengo la fortaleza de *Madame*, yo no habría sido capaz de hacer todo lo que ha hecho estos días: reunir pruebas y testigos para sacarte de la celda en la que te hubieran encerrado. —Le apretó las manos y lo besó en los labios suavemente—. Y yo me moriría sin ti, Leo. El corazón dejaría de latirme si no pudiera verte a diario.

Así que era aquello lo que alteraba la paz de su preciosa Ivy. Bueno, visto de esa manera, él también tenía miedo. Mucho. Le devolvió el beso.

—Yo también moriría sin ti, amor mío. Pero no podemos estar pensando en eso, no podemos vivir con miedo a todas las cosas malas que podrían sucedernos.

Sus palabras, en vez de tranquilizarla, la hicieron llorar de nuevo.

—También me ha venido a la cabeza lo que les pasó a tu padre y a Jean. Lo que le sucedió a mi madre. Murieron jóvenes, por accidente o enfermedad. Son tantas las cosas que pueden suceder, que podrían separarnos...

—Tú nunca has sido aprensiva, Ivy. No pienses en eso. Todo va a salir bien, ya lo verás.

La hizo levantarse de la silla y la rodeó con sus fuertes brazos para que se sintiera segura entre ellos. Él la protegería con su vida si fuera

necesario. Tal vez ella también temiera eso.

—Todo esto me ha hecho plantearme algo importante. —Levantó la cabeza buscando el profundo cielo que eran sus ojos—. No sabemos el tiempo del que disponemos en esta vida. Y no quiero desaprovechar ni un minuto de la mía. De la nuestra. De poder estar contigo. —Ni siquiera parpadeó, solo cogió aire y sonrió—. Quiero que hagamos el amor, Leo. Ahora.

El abrazo del joven se aflojó. Su rostro permaneció pétreo y sus labios no pudieron articular palabra.

—Leo, te quiero. Quiero ser tuya. No puedo esperar más.

—Pero... —fue todo lo que pudo decir

—Ya no soy una niña. Dentro de mí hay apetitos de mujer. —En silencio, y lentamente, le desabrochó la camisa. Después pasó las palmas extendidas por su musculoso pecho, algo que

llevaba años queriendo hacer—. Desnúdame — susurró antes de echarle los brazos al cuello y besarlo con frenesí.

Leo se debatió entre el deseo y el honor. No estaba bien que hicieran eso antes de... Pero él no la deshonraría. Él iba a hacerla su esposa, había un anillo del color de sus ojos esperándola en *Le Petit Beaumont*, solo que aquel viaje inesperado había interrumpido sus planes de petición de mano.

Así que cedió ante sus caricias, sus besos desenfrenados, los letales jadeos que se escaparon de su garganta cuando él comenzó a acariciarle los senos por encima de la ropa. Ella pronunció su nombre atropelladamente cuando él le soltó el vestido y lo dejó caer a sus pies. Y lo gritó cuando la alzó en brazos y la llevó a la cama que ella misma había arreglado.

Las manos de Ivy despojaron a Leo de su

camisa para llenarse con aquellos músculos que durante tanto tiempo se había conformado con admirar de lejos, y desear en sueños. De la misma manera se apoderó de la piel y la carne que cubrían pantalones y calzones. Leo, rabiosamente eufórico por la urgencia con la que ella lo acariciaba por todas partes, correspondió a sus exigencias deshaciéndose de su camisola y sus medias.

La ropa de ambos voló, quedando tirada por el suelo como hasta hacía bien poco había estado la de Alejandro. Sin embargo, ninguno de los dos recordaba ahora nada de eso. Ni nada de nada. Solo eran ellos: sus almas y sus cuerpos.

Era tan maravilloso sentir su poderoso cuerpo desnudo sobre el de ella. Piel contra piel, sin nada que pudiera separarlos. Su peso ejercía una gloriosa presión que le permitía sentirlo clavado en su carne mientras sus bocas se buscaban y sus

manos se recorrían de arriba abajo.

Leo no pudo contenerse más y deslizó su lengua por el cuello de marfil de la mujer más perfecta que un hombre podría soñar. Siguió descendiendo y se entretuvo entre los firmes pechos que ya habían alcanzado su madurez, irguiéndose para que él los probara. Y para que ella se retorciera de placer ante aquel húmedo contacto.

Ivy hundió los dedos en los brillantes cabellos dorados que se movían sin cesar mientras Leo descendía y descendía hasta que su boca encontró el punto que buscaba. El punto que llevó a Ivy al séptimo cielo entre besos, caricias y arremetidas de sus fuertes dedos, preparándola para lo que deseaba que sucediera. Ya.

Leo dibujó un camino de besos desde el ombligo hasta la punta de la nariz de Ivy, al sentir que ella abría más las piernas, invitándolo a entrar en su cuerpo, incitándolo a hacerlo con los

movimientos exigentes de sus caderas.

—Iré despacio. No quiero hacerte daño —le susurró y mantuvo su mirada fija en aquellos ojos ambarinos que relucían de expectación y necesidad.

Fue ella quien aceleró el ritmo, obligándolo a profundizar más deprisa en el estrecho espacio que, poco a poco, cedía ante su intrusión. Se ceñía tanto a su alrededor, lo envolvía con tanta calidez, que se temía ir a explotar antes de que ella pudiera disfrutarlo lo suficiente.

Sin embargo, cuando se retiró para poder contenerse unos minutos más, ella rodeó su cintura con las piernas y lo apremió a que volviera a entrar, con más fuerza, con un movimiento rítmico que les hizo gritar a los dos. Ese era el punto, el momento exacto. Con sus bocas fundiéndose, y amortiguando un grito de éxtasis, ambos se abandonaron a la sensación de libertad y

complicidad que acababa de inundarlos. Ya eran uno, totalmente unidos. Y celebrarlo de aquella manera tan carnal no era más que el comienzo de aquella revelación. Sus almas y sus cuerpos estaban hechos el uno para el otro. Se pertenecían. Desde entonces, y para siempre.

Alejandro terminó de afeitarse y se secó la cara. Casi ni se reconocía a sí mismo en el espejo del tocador. Se le había hecho raro verse con una barba de varias semanas. Pero ahora que ya no la tenía, se notaba hasta en el rostro que había perdido peso.

Se giró al oír la puerta, esperando que fuera ella. Pero no lo era. Verónica parecía haber estado evitando quedarse a solas con él desde que habían salido del cuartel.

—No me gusta tu plan, Anette —le dijo por

enésima vez cuando esta entró en la mejor suite del Hotel Mediterráneo.

—Lo sé. Pero es nuestra única baza para que todo se aclare hoy mismo.

—¡No quiero que ese malnacido se acerque a mi mujer! —Lanzó la toalla contra el espejo, furioso e impotente—. Menos aún si yo no puedo estar allí para protegerla.

Anette caminó hasta él y le acarició la mejilla, aún fresca por el afeitado.

—Yo estaré allí por ti. Sabes que puedes confiar en mí. También estará Agustí y varios hombres de Azcona de incógnito. No podrá hacerle nada.

—No quiero que la toque. ¡No quiero ni que la mire! —rugió, y el rostro comenzó a ponerse granate.

—Shhh. Tranquilo. Verónica necesita hacer esto por ti. Se siente culpable porque él está

obsesionado con ella, porque te ha utilizado para llegar hasta ella. Una mujer necesita defenderse. Y vengarse —añadió, apretando la mandíbula.

—Yo soy quien debe protegerla, no al revés.

—¿Quién dice eso? —Puso los brazos en jarra, mostrándose exageradamente ofendida—. Ah, sí: todos los hombres creen eso. Pero tú no eres como los demás.

Él sabía a qué se refería. Diez años atrás, Anette había huido de su casa y del matrimonio que sus padres habían acordado para ella. Fernando la había escondido en *Le Petit Beaumont* mientras ella pensaba qué hacer. Alejandro solo era un adolescente, pero había comprendido y respetado los motivos de ella para no aceptar aquel matrimonio ni ningún otro. Todos los Zaldívar habían sido de gran ayuda para ella. Y la casa de Julián y Bernarda, en Valencia, había sido su hogar cuando decidió abandonar el país y

alejarse de su familia de sangre. Los tíos de Alejandro, que no habían podido engendrar hijos, acogieron felizmente a la muchacha de dieciséis años que se convirtió en una hija para ellos.

—Puedo pensar de forma algo diferente a la mayoría de los hombres —admitió—. Pero me mueven los mismos instintos. Y ahora solo quiero coger a Rodrigo de Ayala por el cuello y retorcérselo. Lentamente.

—Pero no lo harás. —Le agarró las manos, que estaban escenificando lo que él acababa de describir—. O acabarás en esa celda otra vez, y entonces nadie podrá sacarte. Ni Verónica con su tenacidad e inteligencia, ni yo con mis contactos. Alejandro. —Tiró con fuerza de sus manos para que la mirara a los ojos—. Déjanos ayudarte y poner fin a esta pesadilla de una vez por todas.

Él centró la mirada en aquellos ojos negros: los más grandes y oscuros que una mujer pudiera

tener. La determinación que vio en ellos le hizo plantearse, con retorcido humor, que Ayala iba a tener serios problemas con mujeres como ella y Verónica buscando venganza.

—Júrame que no la perderás de vista. Y que también tú tendrás cuidado.

—Te doy mi palabra. —Le besó la mejilla al ver que por fin accedía—. Ya sabes que aprendí hace mucho tiempo a defenderme, querido.

Él suspiró y se sentó en un sofá. Estaba agotado.

—Tenemos suerte de que estuvieras en Valencia cuando Verónica se puso en contacto con mis tíos.

—Ya les he escrito para que sepan que estás libre. Bueno, casi —añadió, pensando en los dos guardias que custodiaban la puerta. Después se sentó a su lado—. Prometerles que enviaría un telegrama a Valencia, cada día, fue lo único que hizo que Julián no viniera conmigo a Barcelona.

Bernarda lo habría acompañado, y a su salud no le conviene un viaje tan largo.

Anette sintió una punzada en el pecho. Bernarda y Julián habían sido como unos segundos padres para ella. ¡Les debía tanto! Y verlos así de viejecitos, y a ella enferma, la llenaba de tristeza.

—Volverás en cuanto esto acabe. —Era más una orden que una pregunta.

—Sí. Llevo mucho tiempo fuera de casa. Quiero pasar una temporada con ellos —y *con alguien más*, pensó para sí—. ¿Vosotros volveréis a Orleans?

—Me temo que Azcona nos requerirá cerca de aquí. Si todo sale bien esta noche, pronto habrá un juicio en el que Verónica y yo tendremos que declarar.

—¿Y después?

—Sí, iremos a visitaros. —Ya sabía que ella estaba buscando que dijera eso—. También quiero

pasar por Zaragoza.

—Compraste y reformaste su casa. —Le sonrió con orgullo—. Ella me lo contó.

—Veo que os habéis hecho amigas. —Alzó una ceja, buscando suspicazmente una explicación clara de su relación—. Muy buenas amigas.

—Sí, así es. Pero tranquilo. Su corazón ya está ocupado. —Le dio dos toques a él en el pecho. Después se golpeó el suyo—. Y el mío también.

—¿Ah, sí? —Alejandro la cogió del brazo cuando ella se levantó para marcharse sin decir nada más—. ¿Quién es la afortunada?

—Cuando vengas a Valencia, la conocerás.

La acompañó hasta la puerta, de donde él no podía pasar. Pero antes de que se marchara, Alejandro le pidió algo.

—Dile a mi esposa que venga antes de que os vayáis. —Anette arqueó una de sus perfectas cejas, y él alzó una mano para que no replicara—.

No voy a tratar de impedir que vaya. Solo quiero hablar con ella. A solas.

—Está bien. Supongo que seguirá en el salón que nos ha cedido Don Jacinto para prepararnos. La dejé allí con los hombres de Azcona y con Agustí. Él también quiere venganza. Estamos todos muy motivados. —Sonrió y le dio otro beso en la mejilla antes de salir a buscar a Verónica.

Alejandro paseó sin rumbo por la habitación mientras la esperaba. Quería decirle tantas cosas, preguntarle tantas otras... Pero sobre todo, quería verla, mirar sus ojos directamente y volver a encontrar lo que había visto en ellos cuando ella le había atado el lazo a la muñeca. El pedazo de tela blanco seguía en su lugar, algo húmedo porque él no se lo había quitado ni para bañarse. ¡Había sido algo tan simbólico verla anudarlo de nuevo como tantos años atrás! Significaba que lo recordaba. Todo. Y si lo había encontrado, también habría

leído la dedicatoria que acompañaba al cuadro, su regalo. ¿Le habría servido todo aquello para comprender lo verdadero que era su amor?

Para él, no había mayor prueba de amor que el hecho de que ella hubiera viajado hasta allí para sacarlo personalmente de la cárcel. Todo lo que había hecho para reunir testigos y pruebas que le permitieran conseguirlo. Y lo que estaba a punto de hacer esa noche.

Cuando Verónica entró en el cuarto, encontró a Alejandro sentado en la cama, con la cabeza entre las manos, como si le doliera horrores. Como a ella.

—¿Estás bien?

—No. —Alzó la vista—. No estoy bien.

Ella se acercó y se sentó a su lado.

—¿Por qué no te acuestas un rato? Aquel camastro no parecía nada cómodo. —Le acarició la mejilla. Su rostro era tan hermoso como

siempre, aunque estaba más delgado. Y tenía sombras oscuras bajo los ojos. Descansar y comer, eso necesitaba. —Pediré que te traigan ya la cena para que puedas dormir cuanto antes.

—¿Dormir? —Las manos se le cerraron en dos tensos puños—. ¿Cómo quieres que duerma sabiendo que vas a simular seducir al hombre que intentó violarte?

—¡No voy a hacer eso! —Sobresaltada, se llevó una mano al pecho. En el contacto reconoció que el vestido que Anette le había prestado era demasiado escotado—. Solo le diré algunas mentiras para que confiese que está implicado y dónde está Arnau.

—No dejes que te bese —replicó con los dientes apretados.

Ella tragó saliva. Era algo a lo que Anette le había advertido que quizás debería recurrir para que él se creyera toda la mentira. Algo que debería

fingir muy bien si quería que cayera en la trampa.

—Júrame que no lo permitirás —insistió él, agarrándola por los brazos.

—No puedo jurarte eso. —Lo miró a los ojos. Los de él echaban fuego, pero ella lo soportó con entereza—. Porque voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que el más miserable de los hombres vaya a la cárcel. Lo haré por ti, Alejandro, pero también por mí. Por lo que le hizo a mi padre y lo que trató de hacerme a mí. Necesito superar el miedo que ese hombre me hizo sentir. Y solo lo haré enfrentándome a él cara a cara.

—¡Dios! ¡No quiero que te toque! —Desesperado, la envolvió con sus brazos, apretándola contra él. Quería que su cuerpo fuera el escudo protector que la rodeara en todo momento, en todo lugar—. Solo de pensar en sus sucias manos sobre tu piel, me vuelvo loco.

—Mi piel es solo tuya —susurró con el rostro

hundido en la parte de su pecho que revelaba su camisa a medio abrochar. Inhaló profundamente su fresco y familiar aroma—. Hasta el Vaticano reconoce eso.

Los dos se vieron sacudidos por la risa amarga que Alejandro dejó escapar de su garganta. Gracias a Armand de Beaumont, habían sabido que la resolución de la nulidad había sido negativa. También había colaborado, avalando la honradez de Alejandro en sus negocios y dibujando con un arte que parecía venir de familia, el blasón de los Ayala. Mucho más de lo que se hubieran esperado de él. Aunque, después de firmar su declaración, se había marchado sin tan siquiera despedirse. Muy en su línea.

—Júrame que tendrás cuidado, por favor.

—Te lo juro. —Se obligó a apartarse de él, a pesar de que era en el círculo de sus brazos donde quería quedarse horas y horas—. No estaré sola,

tranquilo. Todo está muy pensado y definido.

Él se rascó la cabeza antes de sacudirla negativamente.

—Lláname paranoico si quieres. Pero tengo un mal presentimiento. El mismo que sentí cuando entré en aquel edificio que parecía desierto. Creo que no fue solo a Arnau a quien sobornó Rodrigo.

—Si es así, lo descubriré esta noche. —Se levantó, pero Alejandro la sostuvo por las manos —. Tengo que irme ya.

—No, espera. —Se puso de pie, frente a ella —. Aún no te he dado las gracias por venir a buscarme.

En un movimiento lento, se acercó a su mejilla y la besó. Fue un beso casto, pero a ella le tembló todo el cuerpo.

—Mi marido tiene que estar en casa. Conmigo. En ningún otro lugar. —Le tomó el rostro con ambas manos y cogió todo el aire que le cabía en

los pulmones—. ¿Recuerdas nuestra última conversación antes de marcharte? —Esperó a que él asintiera—. Era yo quien me equivocaba. Tú tenías razón. En todo. Te quiero, Alejandro.

Ella se quedó mirándolo, esperando a que él la besara, a que le dijera que él también la quería. Pero ni siquiera había parpadeado.

—Repite eso —farfulló sin apenas mover los labios.

Ella se puso de puntillas y le susurró al oído:

—Te quiero. —Besó el lóbulo de su oreja, continuó bajando por su mejilla y depositó un ligero beso en sus labios. Después, hizo el recorrido inverso hasta su otra oreja—. *Je t'aime*.

Entonces él reaccionó de sopetón. La abrazó con fuerza y poseyó su boca, furiosa, brutalmente. Se dejó caer sentado sobre la cama y la arrastró con él, sentándola en su regazo, y siguió devorándola con todas las ganas acumuladas

durante aquellas agónicas semanas.

—Es precisamente por esto por lo que he evitado quedarme a solas contigo. —Ella estaba sin aliento, vibrando de necesidad. Pero no podía dejarse llevar—. Para. O no seré capaz de marcharme. Y debo hacerlo.

—¿De verdad tengo ese poder sobre ti? —Sus labios descendieron por su cuello, alcanzando el descocado escote que dejaba al descubierto la parte superior de sus pechos. Mordisqueó uno.

—Sí, mucho más del que imaginas. Pero no debes ejercerlo ahora. —Jadeó y se retorció sobre su regazo, con las nalgas rozando aquella parte que ya estaba preparada para hundirse en ella. Pero le sujetó la cabeza cuando sus dientes apretaron más fuerte la carne que desbordaba sobre su vestido, palpitando por su contacto—. Quiero poder pasar contigo el resto de noches de mi vida. No solo esta. Por eso debo irme ahora.

—Lo sé. Pero necesitaba... esto. No sabes cuánto. —Volvió a besarla, profunda y largamente, hasta beberse una docena de gemidos entre sus labios. Después se levantó y la dejó en el suelo, obligándose a soltarla—. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. —Jadeante, carraspeó para recuperar su voz—. Tú come y duerme algo. Querrás estar descansado para cuando vuelva —le aseguró, deslizando el dedo índice desde su garganta hasta donde la camisa dejaba ver su pecho descubierto, abrasándolo con la mirada mientras se mordía el labio inferior.

Él abrió los ojos de par en par y ella dejó escapar una risita antes darle un beso fugaz y salir corriendo de la estancia.

—Yo también te quiero —susurró cuando se quedó solo—. Por eso tengo que hacerlo.

Rodrigo de Ayala se consideraba un hombre inteligente, astuto y previsor. Como había hecho su padre antes que él, tanto en los negocios como en su vida personal, siempre iba dos pasos por delante de sus rivales. O casi siempre. Parecía que con la familia Aranda esa regla no se cumplía.

Él la deseaba, lo había hecho desde que el cuerpo de Verónica había dejado de ser el de una niña encantadora. Que sus progenitores rivalizaran en los negocios había añadido una chispa de emoción a la conquista. El premio sería doble si la hacía su esposa. En una sola jugada, conseguiría a la heredera de los negocios que su padre había perdido por culpa de Arturo, y a la diosa que protagonizaba sus más perversas fantasías.

Pero ella lo había rechazado, varias veces. Y él había perdido la paciencia, hasta el punto de tratar de forzarla para conseguirla a toda costa. Una de

sus inoportunas amigas los había interrumpido y aquella estrategia había quedado truncada. Así que su siguiente paso fue mucho más cauteloso. Esperó. Largos años en los que se fue haciendo, poco a poco, con todo lo que Arturo había ido dejando morir, convencido de que cuando se dejara morir a sí mismo, ella no tendría más remedio que rendirse ante él, quien poseería todo lo que un día había sido de ella.

Desafortunadamente, la muerte de Arturo lo pilló fuera de la ciudad. Y Alejandro Zaldívar irrumpió en escena, trastocando sus cuidados planes. Aquello lo obligó a replantearse su estrategia. La nulidad era una buena baza, pero la jugada no le había salido como esperaba. En cambio, hacer un seguimiento de las empresas Zaldívar lo llevó a descubrir uno de los pocos puntos flacos de Alejandro: la confianza. Él confiaba en sus socios y en su palabra, respetando

los contratos verbales con demasiada ingenuidad. Eso lo había llevado a perder el proyecto que Arnau Ballester había vendido a un mejor postor: uno que aumentaba su comisión a cambio de una pequeña actuación y unas cuantas mentiras.

Arnau tampoco había tenido reparos en engañar a sus propios primos, a quienes les guardaba un profundo rencor por creerse mejores que él, cuando era él quien hacía el trabajo más difícil dentro de la sociedad que tenían en común. Él era quien conseguía a los inversores para sus descabelladas ideas.

Rodrigo debía reconocer que aquel usurero había hecho muy bien su papel, pero una vez que los contratos estuvieron firmados y su rival en la cárcel, ya no lo necesitó para nada. Al contrario: era un cabo suelto que podía llevarlo a una celda como la de Alejandro. Pero él no era como Alejandro: él no confiaba ciegamente en

cualquiera. Por eso, cuando el tipo pretendió sacar más tajada de algo que Rodrigo creía haber pagado de sobra, le dio instrucciones a su guardaespaldas para que lo hiciera desaparecer. Para siempre. Si bien el plan era que sus ingenuos primos creyeran que había huido con el dinero, bien lejos. Seguro que lo creían capaz de algo así.

No obstante, lo que llevaba viendo dos largas horas, y le estaba provocando un rabioso ataque de celos, no era algo que hubiera podido prever jamás. Le había costado una buena suma poder deshacerse de Alejandro, a quien había creído su único oponente. Se había tomado como una inversión el soborno a los guardias de la empresa ferroviaria para que hicieran la vista gorda y dejaran pasar al intruso hasta un lugar muy concreto y, una vez allí, noquearlo. También el abogado de la firma se había llevado un buen pellizco por mantener la acusación a toda costa, de

forma que Alejandro no saliera de la cárcel en unos cuantos años: los suficientes para que Verónica quedara desamparada y completamente a su merced.

Contra todo pronóstico, ella había encontrado muy rápidamente en quien refugiarse. La intocable y recatada Verónica Aranda había cambiado mucho en muy poco tiempo. Al igual que había olvidado sus votos matrimoniales, y estaba jugando con fuego nada menos con Agustí Ballester, a quien él había reconocido por un único encuentro anterior, cuando había rechazado su proyecto hacía más de un año.

Que estuvieran juntos no podía ser casualidad. Por eso se contuvo en su palco del *Liceu* hasta el período de descanso, esperó oculto entre las sombras a que el hombre que la acompañaba se alejara a por un par de bebidas, y muy cautamente se acercó a ella.

—Hola Verónica.

A pesar de que ella ya lo esperaba, se sobresaltó en cuanto oyó aquella inolvidable voz a su espalda. Mejor así, porque si no tendría que haberlo fingido.

—¡Rodrigo! —Con un gesto que había practicado frente al espejo, su cara pasó de la sorpresa al enfado—. Qué... ¿qué haces tú aquí?

—Me gusta la ópera. —Y por la mirada que le echó de pies a cabeza, no era lo único—. Procuro no faltar a ningún estreno. Aunque creo que tu amiguito y tú os lo estabais perdiendo.

De su observación se deducía que tampoco él había estado precisamente pendiente del tenor y la soprano. Y sí de las fingidas carantoñas entre Agustí y ella.

—¿Me estás vigilando?

—Te tenía enfrente. Pero tú estabas demasiado ocupada para percatarte de mi presencia. —La voz

de él cambió de irónica a enfurecida—. ¿Qué haces con ese viejo?

Ella se encogió de hombros y parpadeó repetidamente. Debía parecer frívola y despreocupada.

—Es un amigo. Y a ti no te importa.

Él dio otro paso hacia ella, y se abstuvo de cogerla de un brazo porque una masa de gente los rodeaba.

—¿Sabe tu marido que te dedicas a hacer manitas con tus amigos?

—¿Ahora te preocupa que le sea fiel a Alejandro? —Se rio tal como Anette le había enseñado—. Eres tú quien ha reclamado la nulidad de nuestro matrimonio. Y ya sabes qué me espera si te la conceden. —Alzando las cejas como si esperara que dijera algo, se adelantó y respondió ella misma—: Me quedaré en la calle.

Así que ella no sabía que la resolución ya había

sido comunicada. Tal vez llevara más tiempo en Barcelona del que había imaginado.

—Creo recordar que Alejandro aseguró volver a casarse contigo de todas formas. ¿No me digas que ha cambiado de idea? —Su sonrisa retorcida revelaba que eso era precisamente lo que quería que le dijera.

Ella miró hacia donde estaba Agustí. Lo encontró hablando ya con Anette, quien estaba haciendo muy bien su papel. Una devora hombres tratando de robarle la presa a ella.

—No lo creo. Si tu memoria es tan buena, recordarás cómo lo tenía encima día y noche; fuiste testigo de uno de sus arrebatos de pasión —respondió con orgullo, pero a su vez como si la molestara—. Por desgracia, me temo que no va a poder hacerlo aunque quiera.

Siguió mirando hacia Agustí, mostrándose distraída, como si hablar con él no fuera su

prioridad.

—¿Qué sucede? ¿Ha muerto?

Ella lo miró con el ceño fruncido y fingió que el chiste le hacía gracia. Eso seguro que le encantaba.

—No, pobrecito. —Se acercó hasta casi rozarle la oreja y le confesó la verdad, muy bajito —: Está preso.

Rodrigo tuvo que armarse de todo el control que pudo para no girar la cabeza y morder aquellos labios rosados que tenía tan cerca. Aún recordaba su sabor. Y lo ansiaba.

—¿El respetado Alejandro Zaldívar, preso? ¿Cómo es posible?

—No lo sé. No me han permitido hablar con él, no dejan que reciba visitas. —Puso los ojos en blanco y resopló, más asqueada que preocupada —. Es por algo relacionado con un negocio, uno que perdió en el último momento. No debió de

sentarle muy bien y se coló en unas oficinas a robar información o algo así. —Movió la mano con desinterés, como si los motivos fueran lo de menos—. Eso fue lo que me contó el señor Ballester. —Lo señaló a propósito para que él viera también que estaba demasiado acaramelado con Anette.

—¿Ballester dices?

Ella había dado su nombre a propósito. Agustí le había dicho que solo había visto a Rodrigo una vez, y que tal vez él no lo recordara.

—Sí, Agustí Ballester —corroboró sin dejar de mirar la escena a lo lejos, que cada vez era más cariñosa—. Coincidí con él en el cuartel de la Guardia Civil; también quería ver a Alejandro. Estaba tan sorprendido como yo por su detención. Él se ofreció muy cortésmente a consolar a la desolada esposa y me invitó a tomar una tila en su casa. Hablamos mucho, y me aseguró que, aunque

el proyecto hubiera cambiado de manos, la idea seguía siendo suya. Va a ser un hombre muy rico, ¿sabes? Justo lo que yo necesito ahora mismo. — Recogió sus faldas e hizo una leve reverencia de despedida, sin ni siquiera mirar al conde—. Y como esa mujer que está con él no me lo va a arrebatar en mis propias narices, nuestra conversación acaba aquí. Hasta otra, Rodrigo. Disfruta de la representación.

—Un momento. —Esta vez sí la retuvo, cogiéndola por un brazo—. ¿Pretendes que me crea que estás dispuesta a venderte a un viejo así, tan fácilmente?

Ella contuvo la respiración para que su cara enrojeciera y parecer más indignada.

—Llámallo como quieras. Yo lo llamo sobrevivir. Ya no soy la niña inocente que conociste, Rodrigo. —Hizo una pausa dramática para que él pensara en esas palabras—. Alejandro

tomó de mí la poca inocencia que me quedaba: la única que conservaba tras tres años viviendo en la miseria y viendo agonizar a mi padre. No estoy dispuesta a pasar por eso otra vez. Si Alejandro se hunde, yo no pienso hundirme con él.

Si no hubiera visto aquella desesperación en su mirada, no la habría creído. Pero sus ojos siempre habían sido muy reveladores. Lo habían mirado con odio y repulsión en varias ocasiones. Y con miedo en otras tantas. Ahora solo reflejaban impotencia y rabia. Transmitían algo que, volviendo a esquivar su capacidad de previsión de los acontecimientos, jamás hubiera creído de ella. Ahora ella era capaz de hacer cualquier cosa. Sin principios, sin moral ni ética. Solo movida por el instinto de supervivencia.

—Y antes de que el barco se hunda, te agarras a la primera madera vieja que se te pone a tiro, ¿no? —señaló con el mentón a Agustí, y le apretó aún

más fuerte del brazo que aún le sostenía.

Ella forcejeó, aunque no demasiado, a pesar de que le estaba haciendo daño.

—Será vieja, pero segura. Tiene un buen negocio entre manos, uno por el que Alejandro se ha arriesgado incluso a ir a prisión. Debe de valer oro.

—Es cierto que ese proyecto es una inversión interesante —admitió, mirando con aversión cómo una dama casi tan hermosa y joven como Verónica se lo camelaba, seguramente porque él le había vendido ya la misma fantochada de que era rico—. Pero el negocio ya no es de ese carcamal. Él ha vendido su proyecto al mejor postor. En eso sois muy parecidos —añadió con malicia.

Ella logró soltarse de su agarre. Y en lugar de alejarse de él, se le puso muy cerca. Él era bastante más alto, aun así lo miró directamente a los ojos, que relampagueaban con alguna idea

recién formulada.

—¿Qué sabes tú de Agustí? ¿Acaso lo conoces?

En ese momento Verónica hizo la señal. Abrió su abanico enérgicamente y comenzó a moverlo, fingiendo sentirse acalorada. Un camarero más hábil con las armas que con la bandeja se les acercó y les ofreció dos copas de champán. Desafortunadamente, Rodrigo no dijo una sola palabra hasta que el hombre se alejó.

—A él lo conozco muy poco. Pero recientemente he negociado con su primo.

—¡Qué casualidad! —Ella bebió un sorbo y volvió a abrir el abanico, lo que indicaba que él estaba empezando a soltar prenda. El supuesto camarero fingió recoger unas copas de una mesita auxiliar cercana.

—No es casualidad. El negocio del que te hablo es el mismo al que tú te estabas refiriendo.

Ella se quedó con la copa a medio camino de

sus labios.

—No comprendo.

Él la hizo girarse hacia la mesa, algo apartada, a la que se habían desplazado Anette y Agustí.

—Ese hombre que, si te fijas, no está tan interesado en ti como piensas —se burló, señalando a Anette, quien justo susurraba algo al oído de Agustí y este respondía cogiéndola de la mano—, no es rico ni va a serlo. La empresa que ha comprado su idea, financiada por mí, no va a ser tan generosa con su comisión como iba a serlo Alejandro.

Ella se abanicó lentamente, como si estuviera asimilando las palabras hasta llegar a una conclusión. Dos camareros se unieron al primero y escucharon atentamente la conversación mientras ofrecían bebidas a las personas que los rodeaban.

—¿Le has robado el proyecto a mi marido? —
No supo si su cara revelaba la admiración que

pretendía, esa parte le parecía especialmente difícil de fingir—. ¿Por eso fue a aquel edificio, para recuperarlo? ¿Está en la cárcel por tu culpa?

—Dirás gracias a mí. —Levantó el mentón, visiblemente complacido de su proeza. Después, la cogió por una muñeca, haciéndola derramar el champán, y se inclinó para susurrarle muy de cerca —: ¿Es dinero lo que quieres? Yo tengo más del que puedas soñar. Además, tengo un título nobiliario que Alejandro jamás va a heredar. Y soy mucho más joven que ese fósil que ya te ha cambiado por otra. Yo no te haría eso, Verónica. —Sus labios casi rozaron los de ella, pero se apartaron cuando él recordó que no estaban solos. Optó por un gesto menos indecoroso—. Sabes que siempre me has interesado por encima de las demás.

La joven contuvo lo mejor que pudo el desagrado que le producía que la tocara y dejó

muerta la mano que él alzó para besársela.

—Tú no te has portado precisamente bien conmigo, Rodrigo. —Recuperó su mano, retrocedió un paso e hizo un puchero infantil antes de beberse lo que le quedaba del champán y reclamar que recogieran su copa. La mirada que cruzó con el camarero avisaba de que no debía alejarse mucho—. ¿Cómo voy a fiarme de ti?

—¿Qué pruebas quieres? ¿Perseguirte hasta la casa de tu marido no te parece suficiente muestra de devoción?

Ella se llevó el abanico cerrado a los labios, dándose pequeños golpecitos mientras pensaba. Él sintió una punzada en el bajo vientre cuando la vio mirarlo con un extraño brillo en los ojos.

—Alejandro es un niño travieso, y me ha enseñado muchas cosas. —Se acercó y volvió a susurrarle al oído. Esta vez le rozó deliberadamente la oreja con los labios—. Muchas

que sé que te gustarían. ¿Qué puedes darme tú a cambio de eso?

Todo. Te lo daría absolutamente todo, pensó, no precisamente con el cerebro. Para empezar, la haría su esposa. Para que fuera suya y no pudiera huir jamás de él. Pero seguía casada y... Bueno, ahora que lo pensaba, tal vez eso podría arreglarse de otra forma.

—En la cárcel se encuentra lo más bajo de la sociedad. Es común que haya alboroto, peleas entre presos que acaban trágicamente. —Bebió su copa de un solo trago y buscó con la mirada a un camarero para que la recogiera—. Alejandro podría salir muy mal parado en uno de esos altercados. Como consecuencia, tú quedarías libre para casarte de nuevo. Y para ser Condesa.

Verónica miró de reojo al hombre que estaba detrás de Rodrigo. Idiaquez, recordó de esa misma mañana. Y por la cara que acababa de poner, el

oficial había oído aquella inquietante propuesta.

—¿Y cómo conseguirías algo así? —Le cogió una mano y la examinó—. No te veo capaz de mancharte las manos de sangre.

—No tengo por qué hacerlo yo directamente. —Entrelazó los dedos con los de ella con excesiva confianza—. Tengo quien lo haga por mí. El dinero mueve montañas.

No tan grandes como el amor, pensó Verónica y tragó saliva mientras jugueteaba con sus dedos. De pronto, los soltó y le dio un golpecito con su abanico en esa mano.

—Me tomas el pelo.

—No. —Parecía ofendido por la duda—. Ya lo he hecho antes.

—¿En serio? —Santo cielo, ¿a quién habría mandado matar?—. ¿No lo dirás para impresionarme? Porque los hombres peligrosos me parecen tan... —apretó el brazo de él contra

sus pechos — excitantes —susurró en un ahogado jadeo, el cual esperaba que no hubiera sido demasiado exagerado. ¡Dios, qué incómoda se sentía con todo aquello!

Rodrigo notó que se ponía duro en cuanto sintió la presión de aquella protuberante carne contra su cuerpo. No podía pensar con claridad, pero sí sabía que la Verónica que él había conocido no habría hecho algo así en público. Y se preguntó cuántas cosas podría hacer esa nueva Verónica en privado. Muchas y, según parecía, tan perversas como le gustaban a él. ¿Eso la excitaba? Bien, porque así era como quería tenerla.

—¿No te ha contado tu amigo que hace días que nadie sabe nada de su primo?

—Sí, creo que algo mencionó —dijo sin interés aparente, pero continuó restregándose suavemente contra su brazo.

—Curioso, porque no ha salido del jardín de su

casa. —Le guiñó un ojo y se rio de su propio y macabro chiste.

Ella fingió sentirse maravillada en lugar de horrorizada.

—¿Puedo saber qué hizo para merecer tu ira, querido Rodrigo?

—Pasarse de listo conmigo. —Tiró de ella para que dejara de hacer eso que lo estaba volviendo loco—. Ya ves cómo me las gasto. Así que más vale que no lo olvides.

Ella le sonrió, tratando de que la boca no le temblara mientras lo hacía.

—No es mi intención pasarme de lista, ni mucho menos. Pero viendo cómo te las gastas y que el negocio de Alejandro acabó pasando a tus manos... —abrió el abanico y lo movió muy lentamente—, algo me dice que mi pobre maridito no estaba en aquel edificio para robar ninguna información. ¿Me equivoco, Rodrigo?

—También se pasó de listo conmigo —admitió, pero no continuó hasta que un camarero que no paraba de merodear no se alejó lo suficiente—. Pero era más gratificante hacer que lo apresaran para humillarlo como él me humilló al menospreciarme y e ignorar mis cartas, que matarlo sin más. Sin embargo, ya me he divertido bastante con eso. Mañana mismo pasará a mejor vida. Y tú serás mi Condesa.

Verónica reprimió una náusea y sacó la voz que creía haber perdido.

—¿Mañana? ¿Tan rápido?

—¿Rápido? Llevo media vida esperando esto. —Y sentía que un día más era demasiado esperar. ¿Por qué hacerlo entonces?—. Me parece que también vas a perderte el resto del estreno.

Verónica no pudo reaccionar. No supo de dónde salió el enorme hombre calvo y vestido de negro que se acercó en cuanto Rodrigo chasqueó los

dedos. Solo vio con incredulidad cómo el tipo se dirigía hacia Agustí y le bloqueaba el paso cuando él, y Anette, trataron de ir detrás de ella, quien estaba siendo arrastrada por Rodrigo hacia un pasillo oscuro y desierto.

Ella logró girarse, lo justo para ver cómo Idiaquez y otro de los hombres de Azcona la seguían con la mirada pero, al correr hacia ella, acabaron chocando entre sí, tirando las bandejas repletas de copas, tropezándose y cayendo al suelo tan torpemente que se clavaron varios cristales en las manos, mientras la gente gritaba y corría alarmada.

Rodrigo aprovechó el desconcierto general para desaparecer y Verónica se debatió entre forcejear para huir o seguir con la farsa hasta que escapar fuera más viable. Ahora estaban solos. Él era más fuerte. Y no sabía si algunos de los hombres que supuestamente estaban allí para

protegerla habrían podido ver por dónde se la había llevado Rodrigo entre tanta confusión.

Optó por tratar de ganar tiempo.

—¿Adónde me llevas?

—Saldremos por una puerta lateral. Por si mi guardaespaldas no consigue retener a tu viejecito y decide bajar a buscarte.

—No hace falta que me arrastres, Rodrigo. Voy a irme contigo —replicó.

Él se paró en seco.

—Comprenderás que esté impaciente. Sabes lo que provocas en mí.

—Lo sé. Pero no hay prisa —insistió ella, caminando de nuevo, algo más despacio. Mejor salir a la calle, donde podría haber gente paseando, que estar allí, casi a oscuras, sola con él.

Comenzaron a bajar las escaleras que llevaban a una puerta entreabierta, por donde la luz de las

farolas de la calle se colaba e iluminaba los escasos escalones que la separaban de poder librarse de él.

—No puedo esperar a tenerte en mi cama —le oyó farfullar entre dientes antes de sentirse empujada contra el pasamanos—. Necesito un adelanto ahora mismo.

Ella se había estado mentalizando para hacer algo así si fuera necesario. Pero en el momento de la verdad, y a pesar de todo lo que había fingido ya ante él, no fue capaz de aquello.

—¡No! —gritó cuando sintió la boca de él buscando la suya. Giró la cara y la lengua de Rodrigo lamió su mejilla en lugar de sus labios—. Suéltame, Rodrigo. ¡Me das asco!

La verdad se cernió sobre él como una niebla espesa que no le permitía respirar. ¿A qué estaba jugando? La furia que lo invadió le hizo cerrar la mano en un puño y echar el brazo hacia atrás antes

de dirigirlo directamente sobre un rostro traicionero que estaba empezando a cubrirse de lágrimas.

Agresor y víctima se quedaron paralizados cuando, escalera abajo, una voz ronca irrumpió inesperadamente.

—Aléjate de mi esposa o eres hombre muerto, Rodrigo.

Capítulo 21

El instinto era algo en lo que Alejandro había creído siempre. Se había dejado guiar por él para tomar múltiples decisiones, si bien en alguna ocasión no le había hecho el caso que se merecía y había acabado metido en algún que otro entuerto. O en una celda.

Pero el mismo presentimiento que le había hecho buscar la manera de huir del hotel sin que los guardias que lo custodiaban lo vieran, le había llevado a rodear el edificio del *Liceu* en busca de una entrada no custodiada por la Guardia Civil.

Que aquella puerta estuviera entreabierta había sido providencial, y gracias al cielo, parecía haber llegado justo a tiempo.

—Alejandro. —Rodrigo no pudo ocultar su

sorpresa—. ¿Te has escurrido por las alcantarillas de la cárcel como las ratas?

—Estaré encantado de darte todos los detalles cuando bajes y te enfrentes a mí cara a cara.

Él no soltó a Verónica, al contrario, le rodeó la cintura con un brazo con mucha fuerza.

—Oh, no. No soy tan estúpido. Me habré dejado engañar por ella. Ha hecho muy bien el papel de zorra. Pero no voy a cometer ningún error más esta noche. —Metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un revólver—. ¿Quieres ver cómo le vuelo los sesos o prefieres morir tú primero?

Alejandro sintió un mareo cuando vio que encañonaba la sien de Verónica, quien no paraba de forcejear sin éxito. Les separaban ocho escalones, demasiada distancia para llegar hasta su esposa antes de que aquel cobarde apretara el gatillo. Manteniéndose muy quieto, solo moviendo

los ojos, miró a su alrededor en busca de algo que disminuyera su actual desventaja.

—Yo primero —eligió tras solo unos segundos.

—¡No! —exclamó ella empujando a Rodrigo lo más fuerte que pudo. Él apenas se movió.

—La cortesía dice que las damas deben ser las primeras —comentó el Conde con un deje de risa en la voz que delataba lo que estaba disfrutando de aquello—. Pero ella acaba de demostrar que no es una dama. Y tú no eres lo bastante hombre.

En cuanto Rodrigo desvió la pistola para apuntar a Alejandro, este cogió todo el impulso que la rabia le aportaba y dio una gran patada a la bola de madera que remataba el final del pasamano. Como si se tratara de una bala de cañón, la pesada esfera voló directamente hacia Rodrigo, golpeándolo de lleno en el estómago.

El revólver cayó de su mano cuando se llevó ambas a las tripas, aquejado de un agudo dolor.

Entonces Verónica aprovechó que la había soltado para empujarlo y tirarlo contra los escalones. Aunque en vez de huir, trató de hacerse con el arma.

—¡Sal de aquí! —le ordenó Alejandro, cogiéndola por un brazo y lanzándola hacia la puerta.

Rodrigo reaccionó y recuperó el arma que tenía justo a sus pies. Pero antes de poder alzarla contra Alejandro, este le pisó la muñeca obligándole a volver a soltarla.

—¡Sal por esa puerta ahora mismo! —repitió mientras alzaba a Rodrigo por el cuello.

—No pienso dejarte solo —repuso la joven, distrayéndolo lo justo para que el Conde se impulsara hacia adelante, forzando que ambos cayeran escalera abajo.

Retorcidos y en el suelo, ambos se propinaron puñetazos, patadas y codazos, en un amasijo que

no dejaba diferenciar al uno del otro. Verónica vio que el arma había quedado tendida sobre un escalón, pero los dos hombres le bloqueaban el paso. Si quería alcanzarla, tendría que meterse en medio de la pelea.

Al ver que los hombres se ponían en pie, cogió carrerilla y se lanzó sobre la espalda de Rodrigo. Por desgracia, él y Alejandro estaban tan enzarzados que los tres acabaron cayendo contra la escalinata. Algo aturdida por el impacto, se revolvió y buscó el arma con la mirada. Sin embargo, la ventaja que le proporcionaba su mayor altura había permitido a Rodrigo alcanzar el revólver antes que Alejandro, quien tenía la espalda contra la pared y el arma apuntándole directamente al corazón.

—Despídete de ella, Alejandro.

Las palabras de Rodrigo precedieron a un disparo. Extrañamente, Verónica lo oyó a su

espalda, solo un segundo antes de oír otro frente a ella.

—¡Alejandro! —gritó una voz y, aunque era de mujer, Verónica supo que no era la suya. Ella no podía hablar. No podía ni respirar—. ¡Están aquí!

El repiqueteo de unos tacones resonó en las escaleras al mismo tiempo que Verónica veía cómo Rodrigo apoyaba una mano ensangrentada en el suelo. Sin dudar un solo segundo, se la pisó con toda la fuerza que pudo.

El grito del Conde fue agudo. Por el contrario, Alejandro estaba completamente callado, con la espalda apoyada en la pared y sentado en el último escalón. Con una mano sujetándose el costado, y la camisa empapada en sangre.

Dos hombres vestidos de camarero bajaron detrás de Anette y se encargaron de Rodrigo, sacándolo por la puerta mientras las dos mujeres atendían a Alejandro.

Verónica le dio unas palmaditas en el rostro y él entreabrió los ojos, con la mirada perdida. Anette le sacó la camisa y buscó la herida.

—La bala solo le ha rozado —detectó con alivio, cubriéndole la herida con su pañuelo—. Se pondrá bien.

—¿Y Rodrigo? —farfulló Alejandro.

—Está detenido. Y también se ha llevado un balazo —declaró—. Va a tener un bonito agujero en mitad de la mano para el resto de su miserable vida.

—Buena puntería —la felicitó él. Aunque trató de incorporarse, el dolor no le permitió hacerlo—. Gracias.

—De nada. Lamento no haber llegado un poco antes para evitarte esa herida.

—Al contrario, Anette. Has llegado justo a tiempo—. Verónica la miró por primera vez desde que había llegado y se sobresaltó al verle sangre

en la frente. Se la limpió con la mano y le extrañó comprobar que no era suya. Aun así, ella protestó por el contacto—. ¿Qué te ha pasado?

—El hombre que Rodrigo envió para retener a Agustí era muy grande, y tenía la cabeza muy dura. Romperle la nariz me ha costado un buen chichón. Me he quedado un poco mareada, por eso te he perdido de vista y he tardado tanto en encontraros. Lo siento mucho.

Verónica la miró estupefacta.

—¿Que lo sientes? —La cogió por ambas manos—. ¡Le has salvado la vida! —exclamó, recordando dónde había apuntado el arma de Rodrigo hasta que ella había logrado desviarla, disparándole a la mano un providencial segundo antes.

Consciente por primera vez de cómo había sucedido todo, Verónica actuó por un impulso y besó a Anette en los labios con fuerza. Ella

parpadeó por la sorpresa y miró a Alejandro con un gesto de disculpa a la vez que se levantaba y retrocedía un par de pasos. No todo lo discretamente que pretendía, se levantó la falda e introdujo su pequeña pero certera pistola en su liga.

—Voy a buscar un médico. —Carraspeó, recolocándose las ropas—. Vuelvo enseguida.

Verónica se concentró de nuevo en la herida de Alejandro y rasgó su camisa para sustituir el pañuelo ya demasiado ensangrentado de Anette.

—¿A qué ha venido eso? —quiso saber Alejandro entre pinchazos de dolor.

Ella no supo de qué le hablaba hasta que vio cómo la fulminaba con la mirada.

—Era un gesto de agradecimiento. —Se encogió de hombros y enrojeció de golpe—. Y que la hubieras besado tú no habría sido lo mismo —explicó.

Él sacudió la cabeza y rio sin fuerzas.

—Te dije que salieras por esa puerta —le reprochó, pero ella acalló cualquier otra protesta dándole un beso muy diferente al que le había regalado a Anette.

—Ahora mismo voy a hacerlo. Pero contigo a mi lado.

Un hormigueo sacó a Alejandro de un sueño pesado que amenazaba con volver a arrastrarlo, como si le hubieran dado a beber una de las infusiones de Margot. Pero la sensación placentera que le recorría todo el cuerpo reclamaba su atención consciente. Se entregó a ella y dejó que tirara de él con más fuerza que el cansancio.

El contacto de unos finos dedos por su pecho, por su garganta, y ahora por su rostro, era el mejor bálsamo para el dolor de su cuerpo. Saber que ella

estaba allí, a su lado, y que nada ni nadie volvería a separarlos, era la mejor cura para el dolor de su alma.

En cuanto ella le rozó los labios, él atrapó con su boca uno de sus curiosos dedos.

—¡Tramposo! —le acusó tras soltar un gritito. Tiró de su dedo para recuperarlo—. Te has hecho el dormido.

—No. Me acabo de despertar.

Cuando abrió los ojos y la vio apoyada sobre un codo, tumbada de lado junto a él en la cama del hotel, se preguntó si alguna vez habría visto una imagen más hermosa que la cascada de su pelo fluyendo alrededor de su rostro, sonriente e iluminado por las velas.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—No el suficiente —palpó delicadamente las ojeras que sombreaban su rostro.

—¿Tú no duermes?

—Acabo de llegar. Azcona me ha retenido horas con la declaración. Y tampoco quería irme hasta saber si habían encontrado el cuerpo de Arnau enterrado en su jardín.

Alejandro recordó poco a poco todo lo que ella le había contado mientras lo curaban.

—¿Lo han hecho?

—Me temo que sí. —Suspiró profundamente—. Agustí está bastante afectado.

No le extrañaba. Podría haberse comportado vilmente, pero era su familia.

—¿Y Rodrigo?

Ella respondió a todas sus preguntas. Sin embargo, su atención estaba en su cuerpo, sus dedos no cesaban de acariciar su rostro y su pecho, deteniéndose de vez en cuando en el vendaje de su costado.

—Su guardaespaldas ha confesado haber disparado y enterrado a Arnau por órdenes tuyas.

Solo con eso y mi declaración, ya estaría acusado de un asesinato y de otros dos intentos. Pero el Capitán Azcona le ha seguido presionando y, con los dolores que tenía a causa de su nariz rota, ha cantado todo como un pajarito para ser atendido cuanto antes. Ha delatado a varios vigilantes de seguridad y a un abogado de la empresa ferroviaria en la que entraste. Estás libre de todos los cargos.

Era una noticia inmejorable, pero a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Ya no tengo dos perros guardianes en la puerta?

—No. —Su comentario logró hacerla sonreír y le recordó algunas cosas que la tenían intrigada—. ¿Cómo saliste sin que te vieran? Estamos en un quinto piso. Dudo que saltaras por una ventana.

—No, pero tengo práctica saltando de balcón a balcón para ir a buscarte. —Alzó la mano y le

secó una lágrima que colgaba de sus pestañas—. Até una sábana en la baranda y me descolgué hasta el balcón del cuarto piso. Con este calor, el ocupante del dormitorio había dejado la puerta abierta mientras dormía como un tronco. Salí sin que me oyera girar la llave.

Verónica reprimió una inquietante visión de la peligrosa maniobra.

—¿Esa es una de las habilidades que aprendiste con tu amigo Yang Akio?

—No exactamente. —Eso había sido cosecha propia—. Aunque practicar el equilibrio sí ha contribuido.

—¿Y esa asombrosa patada que has dado a la bola del pasamano? ¿Cómo has podido arrancarla de un solo golpe y lanzarla justo contra el estómago de Rodrigo?

—Se llama *Pit Tolia Chagui*, aunque lo que he hecho es más bien una versión con objeto volador

que se me ocurrió de repente. Aunque no me salió bien del todo, porque mi mente ordenó a mi pie que lanzara la bola un poco más abajo —confesó con media sonrisa—. Hace tiempo que no practico *Tae Kwon Do*.

—¿Cuántas técnicas de autodefensa te enseñó Yang?

—Las más populares entre las orientales. Y algunas occidentales. —Sonrió ante la cara de asombro de su esposa—. Recuérdame que le lleve algún regalo de agradecimiento cuando volvamos a casa.

—Le había prometido a Anette que en cuanto te recuperaras iríamos con ella a ver a tus tíos de Valencia. A Ivy y a Leo les parece estupendo.

—A mí también —admitió él.

—Y después... ¿podríamos ir a Zaragoza? Me gustaría visitar a los Oliván, y ver cómo has dejado mi casa.

—Ese era tu segundo regalo de cumpleaños.

La mano de ella pasaba justo sobre su corazón. Él posó encima la suya con fuerza, reteniéndola sobre ese latido que había sentido detenerse al ver el arma contra su sien.

—El primero también me ha gustado mucho —confesó ella recordando el cuadro que había encontrado en el taller—. Es más, mientras te observaba dormir se me ha ocurrido que podrías enseñarme a pintar. —Volvió a acariciarle la cara como había hecho antes—. Yo también quiero hacerte un retrato.

Él frunció el ceño y ella recorrió aquellas arruguitas con sus dedos.

—¿Me estabas tomando medidas? Y yo pensando que esas caricias significaban otra cosa.

—También. —Lo besó entre ceja y ceja para que relajara el gesto—. Pero estás convaleciente. Y no quiero que se te abra la herida. —Le palpó el

vendaje—. El médico ha dicho que no deberías hacer movimientos bruscos.

Sin previo aviso, él giró y se colocó sobre ella. El dolor fue agudo, pero lo soportó estoicamente.

—El médico no lleva más de un mes separado de su esposa. Atormentado por la idea de no volver a verla nunca más.

Ella lo besó gustosamente cuando él reclamó su boca, pero rodó sobre él para que se tumbara de nuevo boca arriba. Siguió besándolo hasta idear cómo darle lo que sabía que necesitaba, lo que ella ansiaba ofrecerle, sin que su herida se viera afectada.

—Espera. —Lo sujetó por los brazos, indicándole con la presión de sus manos que no se moviera—. Déjame a mí.

Le ahuecó la almohada bajo la cabeza y salió de la cama. Lentamente, caminó hasta los pies del lecho y se plantó ante él, mirándolo con una

sonrisa tímida pero coqueta. A Alejandro se le secó la boca cuando ella se desabrochó los botones del camisón y lo dejó caer por sus hombros. La tela se deslizó por su piel con un suave murmullo y cayó a sus pies, mostrando su cuerpo completamente desnudo e iluminado por la anaranjada luz de las velas. Para él.

—No te muevas —solicitó cuando gateó sobre la cama hasta llegar a su lado.

Muy despacio, desabrochó los calzones de Alejandro y se los bajó hasta los tobillos deslizando las manos con suavidad sobre sus piernas. Él se deshizo de ellos sacudiendo los pies mientras ella contemplaba su creciente erección y comenzaba a acariciarla con ambas manos.

—He querido hacerte esto desde que me lo hiciste tú a mí —confesó justo antes de rodearle la punta del miembro con los labios.

Alejandro tensó los glúteos y trató de no

hundirse de una sola estocada en la deliciosa boca que lo torturaba delicadamente, aventurándose en algo que era completamente nuevo para ella. La lengua rodeó su glande, lo saboreó y sus labios presionaron cada vez más osados, más hambrientos. Y cuando un rugido le indicó que lo estaba haciendo bien, ella se armó de confianza y seguridad y absorbió todo el pene en su boca.

Alejandro escupió un juramento y se incorporó de golpe, hundiendo una mano entre sus dorados caballos, manteniéndole la cabeza fija donde estaba, mientras con la otra la cogía por la cintura y la giraba de espaldas a él.

—Ven aquí —pronunció, ardiendo por tocarla.

Esa misma mano palmeó su trasero y después lo acarició con suaves círculos, justo antes de introducirse entre sus muslos.

—No pares —gruñó él, cogiéndola por la nuca cuando ella dejó de lamer al sentir la invasión de

sus dedos muy dentro de ella—. Pero ve más despacio o esto acabará pronto. Yo marcaré el ritmo.

Acompasados, ella redujo la intensidad de la succión a la vez que él entraba y salía de su interior, rodeaba su vulva con tormentosas caricias y palmeaba sus nalgas haciéndola brincar con cada cachete.

Los dos estaban inmersos en la entrega y en el placer, con todos los sentidos concentrados en un único objetivo: sentirse el uno al otro. Su embriagador aroma, su delicioso sabor, su suave tacto. Con los oídos colapsados por los gemidos de ambos y sus propios latidos retumbando en sus cabezas. Con los ojos nublados y entrecerrados.

Pero por un segundo, sus ojos se cruzaron. Aquello le dio a ella aún más seguridad en lo que estaba haciendo. Porque él parecía completamente perdido, derrotado bajo su embrujo. Y no se

equivocaba.

El hombre acababa de descubrir que aquella visión de ella, retorcida sobre él, acogiéndolo en su boca y en su sexo mientras lo miraba lasciva, con su piel brillando bajo una tenue y favorecedora luz, era el cuadro más impresionantemente erótico que sus ojos habían contemplado jamás. No necesitaría pintarlo para recordarlo eternamente. La imagen acababa de grabarse a fuego en su retina.

—Te tomaría tal como estás ahora, por detrás, con fuerza —confesó, emulando sus intenciones solo con sus dedos—. Te haría gritar mi nombre con cada embestida. No imaginas todas las cosas que deseo hacerte.

—Hazme lo que quieras —jadeó sin dejar de lamer, seducida por sus palabras.

—Lo haré. Créeme. —Suspiró profundamente—. Pero no hoy.

Detuvo sus caricias y liberó la sujeción que aún ejercía sobre su nuca.

Ella parpadeó confusa, sin comprender por qué se detenía, hasta que él se palmeó la parte superior de los muslos.

—Como no debo moverme, hoy mandas tú.

Ella pasó una pierna por encima de él y se acomodó sobre su vientre. Fue entonces cuando vio que el vendaje estaba tiñéndose de rojo.

—¡Estás sangrando!

Él evitó que le presionara la herida sosteniéndole las manos y entrelazando sus dedos.

—Así estaremos en igualdad de condiciones.

Conmovida, Verónica se removió sobre él hasta que sintió la punta de su erección alcanzar la entrada de su sexo. Palpitando de anticipación, se deslizó a lo largo de aquella flamante rigidez y lo acogió poco a poco, cada vez más profundamente, deseosa de abarcarlo por completo.

Él contuvo el aliento cuando ella apretó los ojos con fuerza y se detuvo unos segundos. La respiración se agolpó en sus pulmones al sentir cómo ella le arrastraba ambas manos hasta sus senos, solicitando con muda exigencia que los acariciara.

El balanceo se reactivó en cuanto él se colmó las manos con sus tiernos y firmes pechos, los acunó y los pellizcó, llevándola a una convulsión que oprimió su miembro en el interior de ella, tan violentamente que no pudo evitar derramarse en ese preciso momento.

Las sacudidas del orgasmo lo empujaron a incorporarse buscando sus senos con la boca, para lamer esos pezones que reclamaban atención desesperados. Ella se arqueó tras el primer bocado, y con la cabeza hacia atrás, gritó su hombre repetidas veces, hasta que finalmente, sus músculos se relajaron y se dejó caer sobre él.

Agotados, desmadejados y sin aliento, se tumbaron sobre la cama. Él aún en su interior y ella adormilada sobre su pecho, se susurraron palabras de amor hasta que cayeron dormidos profundamente. Y en sueños que pronto se harían realidad, idearon cómo recuperar todas y cada una de las noches perdidas.

Capítulo 22

Alejandro se despertó y, antes de abrir los ojos, buscó a su esposa estirando una mano hacia su lado del lecho. Pero allí no estaba. Desde que habían abandonado Barcelona, tanto en la casa de sus tíos en Valencia como en la de ella en Zaragoza, ambos habían amanecido juntos a diario. Y habían hecho el amor bajo la penumbra que les ofrecían los primeros rayos de sol.

Sin embargo, la primera mañana en *Le Petit Beaumont*, ella había decidido saltarse esa deliciosa rutina. Y él no iba a tolerarlo, no señor.

Se vistió y fue en su busca. Directo al lugar donde sabía que la encontraría.

—¿Qué haces aquí? —Le preguntó en cuanto dio un paso en el interior de la escuela—. Todavía

estamos de vacaciones.

Gino entró detrás de Alejandro y Verónica ignoró su pregunta para detener al perro antes de que... Demasiado tarde.

—Te he dicho cientos de veces que no dejes entrar al perro aquí. Como ves, se come las tizas.

Intentando abrirle la boca, Verónica tomó al animal por la cabeza, pero este se escurrió y se coló por la puerta abierta de la sacristía.

—No me he dado cuenta de que me seguía —se justificó Alejandro, sin darle mayor importancia—. Estaba concentrado buscándote.

Ella le sonrió y abrió otra de las ventanas.

—Solo estaba ventilando un poco. No quería que la escuela volviera a tener el aire viciado que tanto nos costó sacar al principio. Hace ya tres meses que está cerrada.

—Y va a permanecer cerrada un tiempo más —le aseguró—. Te quiero solo para mí las

veinticuatro horas del día lo que queda de mes. Solo para mí.

Verónica contuvo el aliento cuando él se le acercó peligrosamente, clavándole una mirada llena de ardientes intenciones. Pero soltó una carcajada cuando él la alzó rodeándole la cintura y la besó sin que ella tocara el suelo, mientras daba vueltas y vueltas en el aire, chocando con los pupitres y riendo entre beso y beso.

Su cariñoso juego se vio interrumpido por unos alarmantes ladridos de Gino. Asustados pensando que algo malo le había sucedido, corrieron a la sacristía, donde lo encontraron ladrándole inexplicablemente a un armario empotrado en la pared.

Con cautela, imaginando que podría tratarse de un animal ya que Gino no paraba de olfatear en suelo y ladrar, Alejandro miró a su alrededor y se decidió por una cruz de plomo de base bastante

pesada. Abrió la puerta rápidamente, dispuesto a asestar un buen golpe, pero le sorprendió comprobar que allí solo había estanterías completamente vacías.

No obstante, Gino no se dio por vencido tan fácilmente. Siguió ladrando al vacío hueco en la pared hasta que, con todo el peso de su cuerpo, se lanzó dentro del mueble sin que Alejandro pudiera evitarlo. El impacto fue certero, si su objetivo era echar abajo las estanterías y, con ellas, el falso fondo del armario.

Alejandro sintió en el rostro el frío viento que subía por las escaleras que parecían dirigirse a un sótano.

—Creo que Gino ha encontrado un pasadizo secreto —murmuró, y buscó velas con las que alumbrar ese oscuro túnel.

Verónica empalideció, recordando las voces que había creído oír varias veces estando en la

escuela, siempre sola.

—No bajas ahí, Alejandro. —Le agarró de un brazo al ver que ponía un pie en la primera escalera—. Me da escalofríos.

—Imagino que construyeron esta ermita sobre los restos de antiguas ruinas, como los que había en el jardín secreto de Ivy. No tengas miedo, seguramente solo serán tumbas.

La mano de la joven se apretó con mayor fuerza alrededor del brazo de él.

—Creía que eras más valiente. —Le ofreció una de las velas que había encendido—. Los muertos no pueden hacerte nada.

—Eso he creído siempre pero... algunas veces, me ha parecido oír voces —confesó—. Ahora creo que no era mi imaginación, ni el viento.

—Eso solo puede significar que alguien ha estado entrando aquí. Vamos a ver por qué.

Gino bajó el primero, y Alejandro se apresuró

a seguirlo, cogiendo a Verónica de la mano, quien trataba de no temblar demasiado.

—Creo que hay luz tras esa curva —fueron las últimas palabras que pronunció antes de encontrar algo que los dejó a ambos sin palabras y profundamente horrorizados.

Seguían en silencio cuando emprendieron el camino de vuelta hacia la casa. Verónica continuaba estando consternada, aunque lo peor era ver a Alejandro tan afectado. Jamás lo había visto así. Le acarició la mano para tranquilizarlo y cruzó los dedos para que no hubiera nadie en la cocina en ese momento, y así poder prepararle una infusión que le calmara los nervios. Quería que estuviera más tranquilo cuando hablaran con cierta persona que tenía que darles muchas explicaciones. Muchísimas.

Creyó que estaban solos cuando hizo a Alejandro sentarse en un taburete. Pero cuando se dirigió a la alacena, oyó voces en el patio. Por si era ella, se acercó sigilosamente hasta la puerta, y a quien encontró fue a Leo clavando la rodilla en el suelo, a los pies de Ivy.

Maravillada por aquella escena, le hizo una seña a Alejandro para que acudiera a la puerta a presenciar el momento mágico que, por unos segundos, había borrado de su mente el mal rato que acababan de pasar en aquellos pasadizos.

Alejandro se sintió algo menos desolado mientras contemplaba cómo Leo le ofrecía un anillo a Ivy con el rostro lleno de esperanza y amor. Y cómo ella lo aceptaba y se arrodillaba frente a él para besarlo y abrazarlo mientras le gritaba:

—¡Sí, sí, sí!

Pero sus gritos no fueron los únicos. Desde la

dispensa, otros gritos que contradictoriamente pronunciaban “*No, no, no*” alertaron a ambas parejas. Aunque solo los que estaban en la puerta presenciaron cómo Berta salía echa una furia de ese cuarto, desde cuya ventana había sido testigo de algo que siempre se había temido, pero que había esperado que no llegara a suceder nunca.

No pareció importarle que Verónica y Alejandro estuvieran allí, porque con la mirada enfebrecida, con unos ojos en los cuales ninguno de los dos reconoció realmente a Berta, esta se dirigió a la encimera y se hizo con un enorme cuchillo.

—¡No lo permitiré! —gritó con una voz que tampoco parecía la suya, y se encaminó hacia la puerta, empujando a Alejandro a un lado para poder salir al patio.

—¡Qué crees que estás haciendo! —Él le sujetó la muñeca, pero ella se revolvió con una fuerza tan descontrolada que logró soltarse.

—¡Tengo que impedir esto! ¡Ellos no pueden estar juntos!

Los aludidos aparecieron en la puerta alarmados por los gritos. Verónica cogió de la mano a Ivy y la escondió a su espalda. Alejandro trató de hacer algo parecido con Leo, pero él ya había entrado en la cocina.

—¡Mamá! ¿Se puede saber qué estás haciendo con ese cuchillo?

—No te acerques a ella, Leo. No sabe lo que hace —le susurró Alejandro.

—Mamá. —Extendió la mano lentamente. Ella no le haría daño—. Dámelo.

Berta negó con la cabeza.

—Ella no, hijo. —Alzó más el cuchillo—. Ella no.

Cuando Ivy sintió la mirada hostil de Berta sobre ella, el día más feliz de su vida se convirtió en el más horrible en cuestión de segundos.

—Mamá. —El joven avanzó otro paso—. Yo la amo. Vamos a casarnos.

—Por encima de mi cadáver —resolvió Berta de inmediato.

Estirando el brazo izquierdo, se acuchilló las venas desde la muñeca hasta el interior del codo.

—¡Mamá!

Leo le arrebató el cuchillo antes de que continuara y la cogió en sus brazos cuando los ojos se le cerraron y las rodillas le vencieron. Entre borbotones de sangre, Berta se desplomó sobre su hijo, inconsciente.

Gabriel deshizo el vendaje en el que Ivy había envuelto el brazo de Berta y comprobó uno por uno los puntos que Leo había cosido para evitar que se desangrara. Para solo contar con su

experiencia sanando heridas de caballos, tuvo que reconocer que había hecho un trabajo excelente. Uno que probablemente había salvado la vida de su madre.

—¿Se pondrá bien?

La voz de Leo sonaba cansada. Gabriel alzó la vista y vio en el rostro de los presentes la misma expresión desolada. Menos mal que Melissa y los niños no estaban allí.

—Físicamente, sí. Mentalmente... solo lo sabré cuando despierte.

—Se mutiló —escupió Leo—. Y lo hizo para hacerme elegir entre Ivy y ella. ¿Cómo puede una enfermedad mental empujarla a hacer algo así?

—Hay algo... —Gabriel dudó, era duro explicar aquello—. Algo sobre Ivy que la perturba. En las sesiones hemos ido avanzando por algunos caminos, pero con Ivy en concreto estamos estancados. Ella tiene sentimientos contradictorios

hacia tu prometida.

—Explícate, Gabriel. —Alejandro estaba fuera de sí—. Y no me vengas con eso del secreto médico-paciente. Estamos hablando de un intento de suicidio, ¡por el amor de Dios! —Y eso porque no le habían dejado salir por aquella puerta y alcanzar a Ivy con ese maldito cuchillo, pensó solo para sí.

Gabriel se retorció uno de los rizos de su cabeza, en un gesto que él mismo había diagnosticado como inseguridad originada en la infancia.

—Berta tiene... diferentes personalidades. Y no me refiero a cambios de humor como cualquiera de nosotros. Es como si dentro de ella hubiera realmente distintas personas. Aún no he dado con el trauma que hizo emerger a la más poderosa y dominante de todas. Pero sí sé de otras que surgieron de situaciones dolorosas para ella.

Una de esas personalidades adora a Ivy, como una madre. Pero otra... todo lo contrario. Siento no poder explicaros por qué.

—¿Qué clase de broma es esta? —Leo no podía creer lo que oía—. Gabriel, mi madre no está loca.

—Loco es un término muy despectivo, y demasiado amplio. Yo empleo el término trastorno de la personalidad.

—Loca, trastornada... Lo mismo me da. —Suspiró y se acercó a la cama. Acarició el rostro envejecido de una mujer que había sido muy hermosa, y que lo había dado todo por él—. ¿Qué podemos hacer para que se cure?

—Estoy probando diferentes combinaciones de medicamentos, pero lo más importante sería encontrar el desencadenante, la raíz del problema. Por qué surgió Eva, como ella la llama. Como la primera mujer de la creación según la Biblia. Eso

me ha llevado a pensar que Eva es la primera que emergió en su mente.

—¿Leo?

La voz de Berta sonó como un quejido.

—Mamá, estoy aquí. —Le acarició una mejilla —. Te vas a poner bien.

—Leo, dime que no vas a casarte con ella.

El joven se levantó de un salto y se apartó de la cama. Apenas se acaba de despertar, ni siquiera había abierto los ojos aún, y ya estaba de nuevo con esas.

—Si no puedes aceptarlo, me marcharé con ella y nunca volverás a vernos —amenazó, decidido a hacerlo si fuera necesario.

—¡Leo! —Ivy se levantó del asiento que ocupaba junto a Verónica, Arthur y Margot y le agarró del brazo—. No puedo permitir eso.

—Y yo no puedo permitir que mi propia madre nos separe. —Besó la mano de Ivy y acarició el

anillo que ella acababa de aceptar—. Si me hace elegir entre ella y tú, te elijo a ti.

—¿Cómo puedes renegar de la mujer que te trajo a este mundo? —sollozó Berta, incorporándose en la cama con dificultad.

—¿Y cómo puedes tú intentar separar a tu hijo de la única mujer a la que jamás podrá amar? ¿Qué te ha hecho Ivy, mamá?

—¡Su madre fornicó con el único hombre al que yo amé en mi vida! —El grito resonó por toda la estancia y se les clavó a todos como un puñal—. Ella es el fruto de la más sucia de las traiciones.

Ivy se desplomó de rodillas contra el suelo y Leo no fue capaz de reaccionar para agarrarla. El silencio solo fue interrumpido por el llanto desconsolado de la joven.

Todos se quedaron mirando a Berta, esperando que diera más explicaciones. Porque aquello no podía ser. Leo e Ivy no podían ser medio

hermanos, aquello era un disparate.

—Mi madre... —La voz de Ivy era un balbuceo mientras sus ojos miraban suplicantes a Berta—. Mi madre me dijo que solo hubo dos hombres en su vida. Al primero apenas lo recordaba, fue una insensatez de su adolescencia. Pero a mi padre lo amó. Él fue realmente el único hombre para ella. Me contó que él fue bueno con ella mientras aquello duró. Nunca mencionó que estuviera casado. Y sé que ella jamás habría hecho nada semejante.

—No me creo nada, mamá. —Si había sido capaz de clavarse un cuchillo, también podía inventar una mentira así—. Mi padre te adoraba. Y a pesar de que tú fuiste fría y distante con él, siguió venerándote. Jamás te habría engañado con otra mujer, menos aún en su propia casa.

—Pero no es de Henri de quien está hablando, Leo. ¿Verdad, Berta? —Alejandro dio un paso

hacia la cama y la enfrentó, como había estado pensando hacer antes de toda aquella tragedia—. Solo has amado a un hombre en tu vida. Pero no era el padre de Leo, sino el mío.

La cara de Berta enrojeció mientras las exclamaciones de los presentes resonaban por la habitación. Margot tomó la mano de Arthur con fuerza y comenzó a comprender muchas cosas. Una tras otra.

—¿Cómo... lo has descubierto? —preguntó la mujer, avergonzada.

—Gino ha encontrado por casualidad la entrada al pasadizo que hay bajo la escuela. Verónica y yo hemos bajado, y hemos visto... tu santuario.

—¡Es un lugar sagrado! —Exclamó con aquella mirada turbia de nuevo en sus ojos de un frío azul—. ¡No teníais derecho! Ese lugar es nuestro.

—Mi padre está muerto. —Lo dijo con tanta rotundidad que Berta lo sintió como un puñetazo

—. Todas esas fotos y su ropa en maniquís rotos no nos lo van a devolver.

Alejandro recordó con algo muy parecido al asco las fotos de su padre por todas partes. Las de él junto a su madre, mancilladas, y con el rostro de Evangeline recortado para sustituirlo por el de Berta. Cientos de objetos de Fernando que, supuestamente, ella misma se había encargado de meter en baúles y subirlos al desván tras su muerte. Pero estaba claro que había sido otro su destino.

—¿Engañaste a mi padre con Fernando? —Leo sintió ganas de coger a su propia madre por los brazos y sacudirla para que dijera toda la verdad—. ¡Cómo pudiste!

—No, jamás. —Se llevó las manos a la cara y se apretó los ojos, obligándose a no llorar—. Ni siquiera lo engañe diciéndole que lo amaba. Ni una sola vez. Él sabía que yo estaba enamorada de

otro hombre, pero no le dije de quién. Y aun así se casó conmigo. Creyó que me haría olvidar al otro. Pronto comprendió que no sería así, y desde que me quedé embarazada, ni siquiera trató de volver a acercarse a mí por las noches. Él era un hombre bueno, y me respetó. Se conformó con el hijo que le había dado, un hijo precioso y sano, listo y trabajador. Tú compensaste el cariño que yo no le pude dar. Porque yo seguía amándolo a él. —Las lágrimas ya no se contuvieron más—. Oh, Fernando...

Verónica sintió un escalofrío. Aquel gemido llamando al padre de Alejandro era exacto al sonido que ella había escuchado tantas veces en la escuela. Ese lamento desesperado era inconfundible.

—Ya lo amaba antes de que conociera a Evangeline. Por eso no dudé en marcharme con él cuando se casó y vino aquí con ella. Arrastré

conmigo a mis padres y a mi hermano, porque yo contaba con que tarde o temprano, él recapacitaría y vería que ella no le amaba ni la mitad de lo que lo hacía yo.

Buscó con la mirada a Alejandro, pero al ver en él un gesto acusador, se refugió en los ojos de Margot, tan llorosos como los de ella.

—Unos días después de que mi hermano se casara con una muchacha de la ciudad y se fueran a buscar fortuna a París, llevándose a mis padres con ellos, Fernando me preguntó si mis motivos para quedarme tenían que ver con Henri, quien había dado muestras de su interés por mí delante de todos. Me confesó que se alegraría si fuera así, porque le daría mucha pena verme marchar a mí también. Entre otras cosas, porque no podía pensar en nadie mejor que yo para ayudar a Evangeline a cuidar al hijo que estaba esperando.

>>La noticia me dejó desolada, pero ese mismo

día Henri se me declaró, y yo pensé que aquella era la oportunidad perfecta para estar siempre a su lado, casarme con alguien de la propia casa. Entonces, ella murió al dar a luz, y creí que él se refugiaría en mí, que por fin había llegado nuestra oportunidad. Pero no fue así. Fernando se centró en su hijo, solo en él. Y años después, Claudette entró a servir a la casa. Y me robó al hombre que por derecho me pertenecía.

—Ni Claudette ni Astrid robaron esas joyas, ¿verdad? —intervino Margot, refiriéndose a la madre de Ivy y su compañera de cuarto—. Tú las pusiste en su mesita de noche.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Una noche que no podía dormir, la descubrí saliendo a hurtadillas del dormitorio de Fernando. Y a la noche siguiente me quedé allí esperando hasta que la vi entrar. No salió hasta el alba. Y así muchas otras noches. Yo era quien debía detener aquello. Y lo hice.

—Entonces... ¿Por qué años después me trajiste aquí, Berta? —exigió saber Ivy, aún arrodillada en el suelo.

—Un día, Astrid llamó a la puerta preguntando por mí. Claudette se estaba muriendo y le había solicitado que cuidara de su hija, pues su padre la había abandonado antes de que naciera. Pero su trabajo no le permitía hacerse cargo de una niña de seis años. Así que amenazó con acusarme ante Fernando de ser yo quien había mentido con lo de las joyas si no me hacía cargo de ti. Ellas habían perdido su trabajo por mi culpa, lo supieron al poco de marcharse, después de hablar sobre lo sucedido y atar cabos, imagino. Por eso, era mi responsabilidad cuidar de ti.

>>En aquel momento, la creí. Pensé que aquella niñita que estaba llorando en la cama de su madre moribunda era la hija de un viajante anónimo. Por eso te traje conmigo, tenía cargo de conciencia. Y

te cuidé, incluso me encariñe contigo, como si fueras la hija que nunca tuve. Hasta que una noche os vi. A Fernando y a ti tocando el piano. Y supe que ese viajante era una invención de Astrid.

—¿Y por qué callaste? —le increpó Alejandro, con las manos clavadas en poste de la cama.

—Nadie debía saberlo —justificó mirando a Alejandro como si fuera algo obvio—. Menos aún Fernando. Él mismo lo sospechaba, porque aquel talento al piano no era nada corriente. Además, su edad coincidía con la fecha en la que ellos habían estado juntos. Pero cuando me preguntó si sabía algo de su padre, le juré que recordaba perfectamente al hombre que había abandonado a Claudette, y que la niña se le parecía mucho. Después, no pude decirle la verdad antes de morir, porque sucedió tan rápido que para cuando volví de hacer las compras en la ciudad, ya había muerto. Ni siquiera pude despedirme de él. —Se

lamentó con un sollozo—. Así que lo seguí ocultando. Y lo habría seguido callando si vosotros dos no hubierais...—Miró a Ivy y a Leo entre enfurecida y arrepentida—. Tu madre robó lo que no era suyo, Ivette. Tenía que pagar por ello. Y tú también.

—Tampoco era tuyo, mamá. —Leo estaba temblando—. Nunca lo fue.

—Sí, sí es mío. —La cara se le iluminó—. Nos reunimos en nuestro lugar sagrado.

Alejandro golpeó el poste de la cama y todo el mueble tembló.

—Voy a hacer sepultar ese pasadizo, Berta. Pero antes quemaré todo lo que hay allí. Todo.

—¡No! —Trató de levantarse de la cama pero Gabriel se lo impidió—. Allí están las fotos de nuestra boda, todos nuestros recuerdos... —Su voz habitualmente grave se convirtió en un suave susurro y, de pronto, comenzó a hablar en francés.

La risa que surgió de su garganta les puso los pelos de punta a todos.

—Evangeline —murmuró Margot y se santiguó tres veces—. Que Dios nos ampare. Está imitando su voz y su forma de reír.

Alejandro cayó de rodillas a los pies de la cama, observando a Berta con una mezcla de repulsa y compasión.

—¡Eso es! —Gabriel se incorporó de un salto y se tironeó de varios rizos a la vez—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Eva no se refiere a la primera mujer de la Biblia. Sino a Evangeline. Ha adquirido su personalidad para tomar esas fotos y recuerdos como suyos, como si realmente hubiera sido ella su esposa. La señora de esta casa. Ese es el desencadenante. Esa es la mujer que nunca podría ser.

—¡Haz que se calle! —rugió Leo. Pues mientras Gabriel razonaba en alto, Berta seguía

farfullando cosas sin sentido y riendo de forma fingida y aterradora—. ¡Mamá, basta! Tú no eres Evangeline, ni Eva, ni Claudette, ni nadie más. Eres Berta, mi madre, ¿me oyes?

—Muchachito, así no se le habla a tu señora —le reprochó muy seria, pero inmediatamente volvió a reír.

Viendo que la cosa iba de mal en peor, Gabriel cogió una de las inyecciones que tenía preparadas por si ella se despertaba aún con intenciones suicidas y le administró un tranquilizante que la hizo callarse poco a poco hasta cerrar los ojos.

—Ya tenemos el punto de partida —sentenció Gabriel, mirando con preocupación a Leo—. Eso era lo más importante. Ahora, solo necesitamos tiempo. Y mucha paciencia.

En silencio, todos observaron cómo Berta iba sumiéndose en un sueño cada vez más profundo, hasta que sus ojos dejaron de moverse inquietos

bajo sus párpados.

Entonces, Verónica reunió fuerzas para levantarse y se colocó entre Alejandro e Ivy, ambos aún de rodillas en el suelo. Ofreciéndoles una mano a cada uno para que se levantaran, les sonrió ampliamente y unió sus manos.

—Alejandro. Tenemos una hermana. —Dirigiéndose a Leo, le solicitó con la mirada que se acercara a ellos. La mano temblorosa del joven se unió a las otras tres—. Y dentro de poco, también un hermano.

Epílogo

*Le Petit Château Beaumont, noviembre de
1873*

Los ladridos de Gino, inquieto por el continuo caminar sin rumbo de su amo en la puerta principal de la casa, impacientaron aún más a Alejandro.

—¿Por qué las mujeres tardan tanto en prepararse? —le preguntó a Gabriel, quien miraba divertido al perro, siguiendo a su dueño y ladrando de frustración.

—Eso es algo que ni siquiera la ciencia que yo estudio puede explicar.

Alejandro estaba a punto de entrar a buscarlas, pues ya llegaban varios minutos tarde, cuando Melissa apareció en la puerta junto a sus cuatro hijos, todos elegantemente vestidos para la

ocasión.

—¿Pero quiénes son estos niños tan guapos? Nunca los había visto.

Acostumbrados a las bromas del que les parecía un hombre muy divertido, al que cada vez veían más a menudo por casa y que siempre les dedicaba un rato de su atención, Jacques corrió escalera abajo seguido por su hermano.

—Mira, Gabriel, llevamos pajarita.

—Y os sienta realmente bien. —Les revolvió el pelo a ambos y, cuando Melissa lo miró ceñuda, trató de peinárselo bien de nuevo.

—Os echamos una carrera hasta el Jardín Secreto —retaron a sus hermanas y los cuatro se lanzaron a la competición, para disgusto de su madre.

—No sé para qué me he pasado dos horas vistiéndolos y peinándolos. Acabarán tirados por el suelo antes de la ceremonia.

—Si quieres, voy a por ellos y los ato a las sillas hasta que todo acabe —se ofreció voluntario Gabriel.

Melissa rio y sacudió la cabeza.

—Dudo que pudieras con ellos.

—Te demostraré que sí. Si algún día me dejas intentarlo.

A Alejandro no se le escapó la forma en la que Gabriel dijo esas palabras, mirándola intensamente a los ojos mientras le ofrecía el brazo para que bajara los últimos escalones, como todo un caballero. Tampoco dejó de captar el leve rubor que había aparecido en el rostro de Melissa, ni cómo había agachado la mirada antes de aceptar el brazo del hombre, quien parecía absorto y ni siquiera parpadeaba.

Cómo no, cuando volvió a mirar hacia la puerta comprobó que Verónica había llegado justo a tiempo de presenciar la escena. Rápidamente,

subió las escaleras para bajarlas de nuevo con ella, más lentamente.

—Sé lo que estás pensando, y esta vez te digo un rotundo «no». Deja que ellos arreglen su asuntos, ya son mayorcitos —le susurró con voz severa.

—Se dice que de una boda sale otra —le informó con esperanza.

—Me parece muy bien. Pero será sin tus artes de Celestina. Nada de esfuerzos en tu estado.

Molesta por ser tratada como una enferma, Verónica bajó las últimas escaleras casi tirando de Alejandro.

—Está realmente hermosa, *Madame*. —Gabriel tuvo que reconocer que el embarazo le sentaba muy bien—. ¿Pero no se suponía que estaba de menos de cuatro meses?

Melissa miró a Alejandro, después volvió la vista al vientre de Verónica, y miró de nuevo a

Alejandro.

—Me recuerda a mi primer embarazo. El de Emma y Caroline.

El futuro padre empalideció.

—¿Gemelos?

—Sospechamos que sí —admitió Verónica, acariciándose el vientre.

—Necesito sentarme.

Alejandro se apoyó en las escaleras, y Verónica rio a la vez que se acercaba a él.

—Cariño, todo saldrá bien.

Él se aflojó el nudo de la corbata y tomó las manos que su esposa le ofrecía. Con los antecedentes de ambos, ya había pensado que un parto simple sería bastante complicado. Si ahora se le presentaba uno doble, además siendo primeriza, temía que pudiera tener un desenlace similar al de sus propias madres.

—Soy más fuerte de lo que crees, papá — insistió Verónica—. Y ahora levanta, padrino. Tienes que llevar a tu hermana al altar.

Alejandro se puso en pie de un salto. Cuando miró hacia la puerta, vio a Ivy saliendo con paso lento y las manos temblorosas, pero su sonrisa iluminaba más que el sol de esa excepcionalmente cálida mañana de otoño.

—Tienes a Leo aniquilando el césped que él mismo ha plantado de tanto andar de un lado al otro en vuestro jardín. Pero creo que la espera ha merecido la pena.

Enfundada en su vestido blanco de seda, Ivy miró a su hermano con los ojos tan llenos de alegría que al hombre le saltó el corazón en el pecho. Él la besó en la frente y ella se apresuró a bajar los escalones a su lado. Estaba ansiosa por llegar al jardín donde todo se había dispuesto para una ceremonia al aire libre, en el lugar de la casa

más especial para ambos.

—Nosotros tres nos adelantaremos —anunció Verónica, agarrándose del otro brazo de Gabriel—. Vosotros tenéis que llegar en último lugar. Avisaremos a los violinistas para que comiencen a tocar.

Una vez allí, Gabriel dejó en su asiento a Melissa y acompañó a Verónica hasta a la primera fila. Entonces ella le susurró disimuladamente al oído algo que le hizo sonreír:

—Tranquilo, yo me encargaré de que los niños os dejen un rato a solas.

Pero él mismo se sentó al lado de la mujer que le hacía sentir lo que ninguna otra y, subiendo a sus rodillas a uno de los niños que tanto se hacía querer, se aseguró de que estuviera formal durante la ceremonia.

La música comenzó a sonar y todos los invitados miraron hacia atrás, esperando la llegada

de la novia y el padrino.

—¿Cómo te encuentras hoy? —susurró Verónica a Berta, quien se sentaba justo a su lado. Aunque realmente no podía apartar la vista de Leo, quien buscaba a Ivy con la mirada y parecía ir a salirse de su elegante chaqué para ir a buscarla.

—Bien. La nueva medicación me sienta bastante mejor.

—Tu hijo está radiante. ¡Y espera a ver a la novia!

Berta tragó saliva.

—Seguro que está preciosa.

Verónica le dio un toquecito en el hombro cuando la mujer agachó la mirada, avergonzada.

—Hoy es un día feliz. No te tortures con malos recuerdos.

—Lo intento. No paro de intentarlo. Solo espero que eso sea suficiente para que me perdonen.

—Ya lo han hecho. Todos lo han hecho. Lo mejor que puedes hacer por ellos es disfrutar con su felicidad.

Berta miró de reojo a Verónica y esta le sonrió abiertamente, mostrando que ya no le guardaba ningún rencor. Ella no creía merecer tanta confianza, pero agradecía cada día que pasaba sin que nadie de la casa la juzgara ni la mirara mal. Cada día que conseguía que las extrañas mujeres que habitaban dentro de ella se mantuvieran calladas, como si se hubieran marchado definitivamente, cosa que Gabriel le había advertido que tardarían mucho en lograr. Pero que lo lograrían.

—Dedicaré el resto de mis días a compensarles por ello —aseguró y los ojos le brillaron cuando la mujer que hacía brillar los de su hijo apareció al final del pasillo formado por sillas forradas en blanco y llenas de flores.

Bajo el radiante sol, la suave brisa y la melodía de los violines, novia y padrino recorrieron la distancia que los separaba del altar, donde novio y sacerdote esperaban desde hacía casi media hora. Ivy rio al mirar al suelo y ver que, efectivamente, bajo los pies de Leo la hierba había desaparecido por completo dejando solo tierra yerma.

—No te preocupes. Voy a casarme contigo —murmuró para tranquilizarlo al llegar junto a él.

Alejandro cedió la mano de su hermana al hombre al que la entregaba. Después, la besó en la mejilla y con la voz ronca le susurró *te quiero*. Aquellas dos palabras iban implícitas en el palmeo que le dio a su inminente cuñado en la espalda.

La música cesó y el sacerdote pronunció las primeras palabras que daban paso a la ceremonia. Con respetuoso silencio todos los presentes escucharon las lecturas, los votos llenos de

promesas de amor y fidelidad eternos.

El beso apasionado de los novios provocó una explosión de aplausos que precedió a las felicitaciones, abrazos, lágrimas de felicidad y sonrisas radiantes.

Gino ladró y los niños corrieron detrás de él, locos por jugar desde hacía rato. Melissa buscó el brazo de Gabriel, incluso antes de que este se lo ofreciera, haciéndole brincar el estómago con una inusitada esperanza.

La música siguió sonando mientras los invitados se encaminaban a la casa para tomar el aperitivo y comenzar a celebrar una de las muchas alegrías que se esperaban en *Le Petit Beaumont*. Por muchos años. Por muchas generaciones.